LOS METALES PRECIOSOS
y la primera globalización

Alfredo Castillero Calvo



LOS METALES PRECIOSOS
y la primera globalización

LOS METALES PRECIOSOS
y la primera globalización

Alfredo Castillero Calvo



Banco Nacional de Panamá

669.62
C352 Castillero Calvo, Alfredo
Los metales preciosos y la primera globalización.
Alfredo Castillero Calvo.- Panamá: Imprenta Editora Novo Art, 2008

ISBN 978-9962-00-419-6

Cubierta: parte superior, mercaderes portugueses desfilando con regalos por Nagasaki, detalle de biombos Namban atribuidos a Kano Domi (1593-1600), *Museu Nacional de Arte Antiga*, Lisboa; anverso y reverso de peso mexicano del siglo XVIII resellado en China, y moneda acuñada en la ceca de Panamá a fines del siglo XVI. Abajo y en la contraportada, acuarelas de galeones españoles, Rafael Monleón, *Museo Naval*, Madrid. Guardas: Mapa del orbe terrestre, grabado de Abraham Ortelius,1570.

Diseño y diagramación:
Pedro A. Argudo F.

Edición de estilo:
Montserrat de Adames

Editora Novo Art, S.A.
www.editoranovoart.com

Primera edición, año 2008
Tiraje de 2.000 ejemplares

Impreso en Colombia por Cargraphics, S.A. para
Editora Novo Art, S.A., Panamá

Publicación patrocinada por:



Para Angie

Índice

Prólogo

El Banco Nacional de Panamá, fortaleciendo su reconocida política de responsabilidad social y de difusión de los valores culturales, se congratula de presentar la edición de "Los metales preciosos y la primera globalización", valiosa obra del historiador panameño doctor Alfredo Castillero Calvo. Sobre la base de una exhaustiva investigación histórica, consultando archivos nacionales y foráneos, el doctor Castillero Calvo siguió el derrotero de los metales preciosos del Nuevo Mundo, sobre todo del Perú, Bolivia, Brasil y México, a partir del siglo XVI por los mercados de Europa y Asia. A su juicio, la exportación de los metales preciosos americanos transformó radicalmente la economía mundial, forjando hace quinientos años lo que denomina la primera globalización.

Un libro de esta trascendencia académica posee una inestimable importancia en la actual etapa de cambios de la economía mundial, en la que, hoy como ayer, Panamá jugó y continúa jugando un singular rol como eslabón estratégico en la ruta de los metales preciosos hacia los centros económicos del continente europeo. Como destaca el historiador panameño, sin la articulación del Camino de Cruces, el río Chagres, Nombre de Dios y, después, Portobelo, a los puertos sudamericanos de embarque del oro y la plata, habría sido muy difícil, sino altamente incierto y temerario por los riesgos de la navegación a través del tempestuoso Estrecho de Magallanes, poder transportar, con garantía y seguridad, los metales preciosos a las bodegas de los galeones españoles.

Fuimos precursores de la globalización en el siglo XVI y, hoy, gracias al Canal, hemos asumido eficientemente la responsabilidad de la circulación y distribución de mercancías procedentes del mundo entero.

Como agente financiero del Estado, el Banco Nacional de Panamá concurre activamente a la dinámica de la globalización. Por tal motivo no vaciló en respaldar una obra que fundamenta que nuestro país, desde su origen histórico, se incorporó al proceso mundial de interrelación económica.

Juan Ricardo de Dianous
Gerente General
Banco Nacional de Panamá

Agradecimientos

Libros como éste no son resultado de un año o dos, sino de toda una vida de investigación y estudio. Van articulándose a tenor de otros proyectos que surgen a lo largo de una dilatada carrera que, como en mi caso, empezó hace ya muchos años. La mayoría de mis trabajos se ha enfocado en la historia de Panamá, pero dado que su privilegiada posición geográfica quedó insertada desde temprano en las grandes corrientes de intercambio mundiales, mientras avanzaba en mis pesquisas raras veces olvidaba que era un mirador ideal para observar lo que pasaba en el resto del mundo.

Muchas de las ideas y propuestas contenidas aquí son el fruto de bastantes años de estudio, que me han llevado a visitar muchos países, investigar durante meses o años en no pocos archivos y bibliotecas extranjeros (y visitar incontables museos, donde suele aprenderse más de lo que se cree si se recorren con ojo crítico). Otras son resultado de reflexiones y estudios de los últimos años, en particular los que realicé para otra obra menos ambiciosa y muy diferente a ésta, pero que me sirvió como punto de partida para perfeccionar mi enfoque global y sobre todo para despejar muchas dudas que se me presentaron mientras la hacía. Cuando me sentí preparado para ofrecer una propuesta convincente sobre la importancia del tema, encontré la generosa receptividad de D. Juan R. de Dianous, gerente general del Banco Nacional de Panamá, y de D. Oydén Ortega Durán, su gerente ejecutivo de asesoría legal (y actual magistrado de la Corte Suprema de Justicia), que la acogieron con entusiasmo, demostrando una genuina vocación de mecenazgo. Les expreso aquí mi fraternal e inmensa gratitud.

He acumulado muchas deudas también con numerosos colegas y amigos que a lo largo de tantos años me han apoyado con sus comentarios y consejos. Cometería un acto de injusticia si tratara de nombrarlos a todos, pues involuntariamente podría omitir a algunos. No podría dejar de mencionar, sin embargo, algunos colegas y amigos que me dieron su apoyo más recientemente y cuando las investigaciones para este libro en particular estaban en marcha, consiguiéndome obras de difícil acceso, o llamándome la atención sobre otras que no conocía, como Manuel Lucena Giraldo, Michael Conniff, Aims McGuinness y Allan J. Kuethe, o me permitieron utilizar reproducciones digitalizadas de sus colecciones, como Nicolás Liakópulos Falcón, Jorge Proctor y Roberto Bruno. Tengo una deuda muy especial con el arquitecto e historiador portugués Víctor Mestre de Oliveira, que me facilitó raras reproducciones de la presencia portuguesa en Oriente, con el embajador de Gran Bretaña James Ian Malcolm, OBE, por las fotos que tomó en Yakarta cuando estuvo allí destacado, y con el señor Kaname Sakai por su fotografía del castillo de Osaka. También estoy en deuda con Marcus Gilkes, por su apoyo en la digitalización de imágenes. Mi mayor deuda, como siempre, es con mi esposa Angie. Su amor, paciencia y comprensión (para no mencionar sus oportunos consejos y su inagotable inteligencia) han hecho de mi vida doméstica un remanso de paz, serenidad y alegría. Gracias a tan envidiable condición, he podido producir éste y todos los demás libros y artículos que he escrito en los últimos veinte años aliviado de los sobresaltos y angustias habituales de la vida moderna. Nunca podré expresarle lo mucho que le debo. Como un mínimo gesto de agradecimiento le dedico este libro, que es también suyo.

Introducción

El descubrimiento de oro y plata en el Nuevo Mundo durante el siglo XVI inició un proceso de vastos alcances, creando por primera vez un sistema global de intercambios que arropó a todos los continentes. Trataré en este libro sobre el papel que los metales preciosos jugaron en la formación del mundo moderno, lubricando el comercio a escala mundial, poniendo por primera vez en contacto directo y frecuente áreas que nunca antes se habían relacionado, cambiando el balance de poder en Europa y el resto del globo, dando origen a un nuevo orden económico, modificando el concepto de riqueza, y estimulando el nacimiento de la revolución industrial. La tesis del papel decisivo de los metales preciosos en la formación de la primera economía global no es mía. Ha sido defendida con energía por Dennis Flyn, Arturo Giráldez, Richard von Glahn, Kenneth Pomeranz, Andre Gunder Frank[1], y algunos más (aunque Frank sostenía en sus últimos trabajos la tesis de que la globalización había empezado mucho antes del Primer Viaje de Colón). Me propongo exponerla a un público no especializado, destacando algunos aspectos que suelen pasarse por alto o que no se les ha dado la relevancia que merecen, y deteniéndome en los distintos procesos que condujeron a la globalización que las obras especializadas dan por sabidas.

Sus límites cronológicos son claros. Empieza en el siglo XV, al iniciarse la expansión europea incitada por la necesidad de metales preciosos, y concluye en las *Guerras del Opio* (1839-1842, 1856-1860), o más bien, en los Tratados de Nanking, de 1842, y de Tientsin, de 1858, cuando China se ve forzada por las potencias occidentales a abrir sus puertos al comercio internacional a fin de equilibrar su tradicionalmente negativa balanza de pagos, y deja de ser "el cementerio de la plata" del mundo, como lo había sido hasta entonces. Un desenlace que parece lógico para concluir el tema de este libro.

El peso de los metales preciosos se hizo sentir de manera distinta en los tres continentes donde su impacto fue mayor. América los produjo (fue de lejos la principal cantera mundial de la plata), Europa los absorbió parcialmente y los distribuyó por el mundo, y Asia los devoró. Pero esto es simplificar demasiado.

La historia de los metales preciosos en la América hispana —pero sobre todo de la plata— implica referirse a la organización de los espacios político-administrativos del imperio español en el Nuevo Mundo; a la sobrevaloración geográfica de unos espacios sobre otros, sea en razón de su riqueza metalífera o por su función como pasaje y puente para el transporte de los tesoros; a la formación social de poderosos grupos de poder; a los principales circuitos de intercambio en el ámbito colonial americano; a las principales rutas que comunicaban América con la metrópoli; a las ferias de Portobelo, Veracruz y Jalapa; a las flotas y galeones que iban a Veracruz, Cartagena, Portobelo y la Habana, y a sus contrapartes en el Pacífico, la Armadilla de la Mar del Sur y el galeón de Manila; a las técnicas para la extracción de metales preciosos de los centros mineros americanos; a la fundación de ciudades como instrumentos organizativos para la explotación racional de las colonias americanas; a la acuñación de monedas, a su falsificación y a las crisis monetarias; a los principales naufragios que tuvieron lugar durante ese período en el Atlántico y el Pacífico con grandes pérdidas de tesoros; a la piratería y a batallas navales con buques de línea de potencias rivales; al sistema de defensas que tuvo que implantar el imperio español para proteger sus tesoros; a la organización de la fuerza de trabajo esclavo de origen africano, o a la indígena, mediante la esclavitud o la mita; a la fiscalidad colonial; a la producción agrícola, ganadera y manufacturera cuyo destino eran los mercados mineros, creando redes de intercambios interregionales con caminos y sistemas de

transportes que de otra manera no habrían existido; a problemas relacionados con conflictos internacionales que derivaron en guerras entre las potencias y en tratados diplomáticos; y es también referirse a las artes aplicadas, como la platería y la orfebrería, que gozaron de gran esplendor con la producción de joyas y objetos suntuarios para un creciente mercado colonial y metropolitano, y para la inagotable demanda de objetos litúrgicos.

El oro y la plata constituyeron el principal vínculo económico entre España y sus provincias americanas, y fueron los metales preciosos el mayor rubro de exportación de las colonias americanas hacia la metrópoli. ¿Fue esta dependencia en favor del sector metalífero, que duró siglos, lo que sentó las bases para el futuro subdesarrollo en Hispanoamérica?

Gracias a la plata, se establecieron en América varias Casas de Moneda, o cecas, donde se acuñaban monedas fraccionarias y los célebres pesos o reales de ocho, que tanto prestigio gozaban internacionalmente, desde China a Amsterdam. Estos pesos eran la moneda "más buscada y más apreciada", y peregrinaba por todos los confines, ya que debido a su gran pureza y a que su valor intrínseco excedía a su valor nominal, todos se la disputaban. Pero entre 1630 y 1650, en la ceca de Potosí empezaron a acuñarse con impurezas y cayeron en el descrédito; en todas partes los pesos peruanos fueron rechazados, provocando un escándalo monetario internacional.

Gracias a los ricos yacimientos metalíferos americanos, los metales preciosos jugaron un papel a escala internacional que nunca antes habían tenido. Pero el valor del oro y la plata variaba según su abundancia o escasez; rivalizaban, competían entre sí, pues el coeficiente bimetálico no era estable, y si subía el precio del oro, descendía la demanda de las monedas de plata.

Los metales preciosos dinamizaron económicamente vastas regiones y sirvieron de base para la organización de los espacios americanos en grandes circunscripciones político-administrativas: la plata definió la creación de los virreinatos del Perú y de la Nueva España, y el oro convirtió a Brasil en un territorio articulado, y en la piedra angular del imperio lusitano. De colonia marginal con escaso valor económico, una vez se encontraron vastos yacimientos de oro en Minas Gerais, se convirtió en la joya de la corona. El oro brasileño salvó a Portugal de la recesión económica cuando Brasil empezó a producirlo masivamente, y lo abandonó a su suerte cuando el oro dejó de llegar. Succionado a torrentes por Inglaterra, este oro engrasó generosamente su comercio con Oriente, costeó la guerra contra Napoleón hasta vencerle y contribuyó al nacimiento de la revolución industrial.

Siendo esto así, era apenas natural que gran parte de los problemas económicos, políticos, administrativos y sociales del período colonial americano, giraran en torno a los metales preciosos, de manera que historiarlos es, en gran medida, acercarse a casi cualquier tema referente a la historia de la América colonial. A su vez, desde el siglo XVI al XVIII, ni las economías europeas ni la China, ni sus sistemas monetarios, podrían explicarse sin estudiar el movimiento de los metales preciosos procedentes de América.

Los metales preciosos fueron creadores de futuras naciones en el Nuevo Mundo, articulando sus territorios e intercomunicándolos, impulsando su economía y estimulando el desarrollo de expresiones culturales de gran originalidad y esplendor, como el *Barroco Mineiro* de Minas Gerais, y las innumerables manifestaciones del Barroco hispanoamericano. El arte *Momoyama* fue posible merced a la plata y el oro que producían las minas japonesas, mas el oro de China que se compraba con plata de las minas de Iwami Ginzan, de Ikuno, o de la isla de Sado. Gracias a los metales preciosos, que tanto contribuyeron al enriquecimiento y la formación de la burguesía holandesa, se produjo la formidable eclosión pictórica de la *Escuela Holandesa*. Y el rococó le debe mucho a la influencia del arte chino, cuando éste se puso de moda en Europa. ¿Cómo iba a permanecer el Arte ajeno a esa riqueza que fluía por doquier?

El flujo del oro y la plata americanos marcó los ritmos de la naciente economía-mundo y preparó el poderío español, cuyo vigor duró hasta el siglo XVII, sostenido por los metales preciosos de sus dominios coloniales. Drenados por otros países —China desde el siglo XVI, Génova en el XVII, Holanda desde el XVII a mediados del XVIII, Francia a caballo entre el XVII y el XVIII, y finalmente Gran Bretaña desde el siglo XVIII gracias a la inyección de oro brasileño—, los metales preciosos americanos impulsaron su prosperidad, afianzando su influencia económica, política y militar, y cuando este flujo metalífero disminuyó perdieron fuerza. Sus latidos marcaron los ritmos de su vitalidad o decadencia. Los hitos cronológicos de alzas y caídas de las grandes potencias coinciden con las curvas de auge o repliegue de la producción metalífera americana. Son simetrías extrañamente concomitantes. España dominó hasta que el torrente de plata y oro se detuvo, escapándose hacia Oriente y hacia Europa, o permaneciendo cada vez más en América, que empieza a autogestionarse buscando su propio destino. Los metales preciosos americanos y las rutas por donde fluyeron pulsaron los orígenes y la formación del mundo moderno. Pero la plata fue la que tejió las redes de la primera globalización de la economía mundial.

Los torrentes de plata que fluyeron hacia la India, Indonesia y China, estimularon sus actividades productivas, disparando una ola de creciente consumismo a escala mundial de calicós, sedas, especias, porcelana y té. Y como India y China casi no tenían plata, se convirtieron en las grandes devoradoras del metal, creando una crónica balanza de pagos negativa para los países europeos. La plata se convirtió en la piedra angular del comercio mundial y cuando ella escaseaba la crisis tocaba a casi todos, provocando convulsiones políticas y sociales de vastos alcances; sólo cuando ella volvía a fluir, los intercambios renacían y el orden era restablecido. La "crisis del siglo XVII", de la que pocos países se libraron, fue esencialmente una crisis de intercambios porque la producción de plata en América se contrajo y dejó de manar.

En el umbral de esta obra era preciso prevenir al lector de la amplitud y complejidad de tan vasta problemática. De hecho, se trata ni más ni menos que de comprender uno de los grandes problemas que subyacen a la formación del mundo moderno. Abarcar todos esos temas es imposible en un libro como éste. Aquí se destacará lo esencial, sin dejar de hacer mención a temas tangenciales aunque contextualizados. Dado que es una obra dedicada a un público culto, aunque no especializado en el tema, el autor se propone exponerlo en los términos más breves y claros, aun a sabiendas de que la suya no será una tarea fácil.

El lector encontrará en esta obra información ya conocida por los especialistas, pero también se le ofrecen primicias sobre actividades metalíferas, niveles de producción, rutas e intercambios, de los que hasta ahora se ha hablado poco o nada. ¿Qué se sabía antes del oro de Veraguas o del Darién y de sus relaciones con la producción neogranadina? ¿O del flujo de la plata que salía de América por la ruta panameña entre 1810 y 1818? ¿O lo que significó para la economía global la caída simultánea de la producción metalífera en América y Japón, los dos grandes proveedores de plata del mundo en la primera mitad del siglo XVII? También he tratado de encontrar respuestas a problemas a mi juicio fundamentales. ¿Realmente se libró Holanda de la "crisis" global del siglo XVII? ¿Por qué se detuvo la producción argentífera en América hacia 1640? ¿Cuándo se convirtió América en único proveedor de plata de China? ¿Fue el retiro de Japón como principal proveedor de plata de China lo que provocó el nuevo despegue de la producción argentífera americana? ¿Fue casual la concomitancia del despegue y caída de los principales centros mineros del mundo durante los siglos XVI y XVII? En China el oro era muy barato en comparación a la plata (un peso de oro compraba 5,5 de plata, mientras que en Europa el coeficiente bimetálico era 1:14). Pero la producción de oro en China se estanca en 1630-1640 y deja de comprarse oro con plata americana. ¿Fue éste uno de los factores que contribuyó a desalentar la exportación de plata americana a China?

Ésta es una obra de revisión de viejos conceptos y de referencias documentales ya conocidas pero, asimismo, de aportaciones novedosas. Introduce datos hasta ahora olvidados, y trata de interrelacionarlos dentro de sus correspondientes tramas contextuales para hacerlos más comprensibles. Ha pretendido ser algo más que una obra de mera divulgación.

* * *

En el principio fue el oro. En la Europa del siglo XV, quizás ningún otro producto concitó más las pasiones o los deseos de buscarlo en otros lugares, por lejanos que estuvieren, que el oro. La pasión por el oro y la pulsión por encontrarlo primero en la Costa de Oro, en África Occidental, luego en América, fue el gran motor de los descubrimientos y de la expansión europea más allá del Viejo Continente. Una vez puestos los pies en América, no hubo otra cosa que impulsara más al europeo a aventurarse por ese bravío y gigantesco continente —ocupado por pueblos casi siempre hostiles y fragmentado en multitud de culturas incomprensibles y desconocidas—, que la búsqueda de ese precioso metal. Como si la ilusión del oro, de esos elusivos Dabaibes y Eldorados, fuesen la razón de ser de la Conquista y los Descubrimientos. ¿Por qué el oro tenía tanto poder para motivar esa pulsión?

La respuesta a esta pregunta pasa por dos hechos, uno de carácter objetivo y otro de naturaleza ideológica. Uno estrictamente económico, y otro extraeconómico, basado este último en valoraciones creadas por las estructuras mentales, ya que el fetichismo del oro estaba profundamente arraigado en las mentalidades de la época.

Europa no producía oro o muy poco. Y desde tiempos inmemoriales había exportado su escaso oro hacia Oriente a cambio de productos suntuarios, o se le había escapado a manos de los pillajes de los vikingos y de otros pueblos invasores, o retenido en las iglesias, a fin de atesorarlos, en forma de objetos litúrgicos. Entre los siglos XI y XIII el oro dejó de acuñarse en Europa Occidental, teniendo ésta que utilizar monedas procedentes del mundo bizantino y musulmán, como los besantes o los *mancusi*. Y como la escasez de un producto exacerba su valoración, el oro empezó a convertirse en un artículo cada vez más preciado, es decir que se hace cada vez más caro. Pero sucede que en la segunda mitad del siglo XV ya la producción argentífera también era escasa en Europa; sólo existían minas de plata en Hungría, el Tirol, Bohemia o Alsacia, ninguna de las cuales producía más de 2.300 kilos al año. Aunque algunas eran ricas y las cecas europeas quedaron inundadas de plata a finales del siglo, lo que incluso provocó una reforma monetaria iniciada en Venecia en 1472, nunca se disponía de cantidad suficiente de este preciado metal. La minería de la plata alemana llegó a su plenitud entre 1526 y 1535, pero a partir de 1540 empezó a declinar aceleradamente. Para fines del siglo XV Europa avanzaba de manera incontenible hacia una fase de expansión económica, y la penuria de oro y plata empezaba a convertirse en un freno para la economía, pues su escasez provocaba una frecuente carestía de circulante. Ya se sabe que la escasez monetaria, o deflación, desalienta y entorpece el intercambio y la actividad económica. Es decir, que su falta o escasez perjudica a la economía.

A partir de mediados del siglo XV se produce un incremento de la población europea, se amplían las roturaciones agrícolas, que se organizan de manera más efectiva, y se multiplican los inventos técnicos; se cree que hubo más inventos en el siglo XV que en el siglo XVIII. A consecuencia de ello aumenta la producción, provocando una caída en los precios, ya que los productos son cada vez más baratos con relación al oro, lo que hace más atractiva y ventajosa la búsqueda de éste. Dado que se valoran cada vez más los metales preciosos, se hace necesario buscarlos ávidamente. Es una época con hambre de oro. Y como Europa no lo tiene, se ve así impulsada a buscarlo en otros continentes. Los metales preciosos convierten a Europa en conquistadora, en continente en expansión geográfica, en cuna de futuros descubrimientos.

Así fue cómo Portugal, el primero en salir al frente para iniciar la expansión europea —gracias a su cercanía marítima al África Occidental, a su experimentada marinería, y a que en el siglo XV se había convertido en el país europeo más avanzado en la navegación de altura— alcanza el oro africano del Sudán y Costa de Oro. Pero este oro no era muy abundante; se obtenía por intercambio y era desviado del Magreb en beneficio más bien de Portugal, para más tarde tomar rumbo hacia la India. Fue poco el oro de África Occidental que ingresó a Europa. Finalmente, su importancia declina a partir de 1520 y sobre todo desde 1540. En Europa no produjo el impacto necesario para aplacar su sed de metales preciosos, ni para modificar la tendencia de los precios.

Esa fue una misión que recayó en la vecina España. Ésta disponía de la doble ventaja que le otorgaba una fachada en el Atlántico y otra en el Mediterráneo. No estaba exenta de experiencias en la navegación de altura. Desde mediados del siglo XV había estado asediando las plazas ricas en oro de África del Norte. Rivaliza con Portugal en las rutas de África Occidental, donde ya había puesto el pie, gracias a su incipiente colonización de las Canarias. Fusiona las tradiciones mediterráneas con las innovaciones atlánticas al lograr la unión dinástica de Castilla y Aragón. Política y militarmente se convierte en la primera potencia europea. Expulsa el último bastión musulmán en la Península al conquistar Granada, condición que le permite entrar en contacto directo con África, a través del Magreb. Este triunfo arrollador sobre el Islam, que venía precedido por una eficiente organización de su Ejército —el de los futuros y temibles tercios españoles—, y el desarrollo de una potente artillería, convierte a los Reyes Católicos en los monarcas más poderosos y con mayor prestigio de la Europa Occidental. No fue casual que, con pocos meses de diferencia, durante el año de 1492, concluyera la Reconquista y se iniciara la Conquista de América, cerrando una etapa e inaugurando otra nueva. Ambos acontecimientos están ligados entre sí, como si respondiesen a un mismo designio, porque el primero preparó al otro, y este último fue su natural continuación.

No debe olvidarse que el ambiente de la Corte estaba invadido por hábiles hombres de negocios de todas partes del Mediterráneo —sobre todo italianos de Génova, Florencia y Venecia—, como el veneciano Vianello, que era consejero de Fernando de Aragón y le instruía sobre las riquezas africanas; de banqueros como el duque de Medina Sidonia, un florentino que presentó a Colón a los Reyes Católicos antes de que cayera Granada; y de judíos conversos, como el tesorero Luis de Santangel, quien organizó el financiamiento del primer viaje de descubrimiento de Colón. El propio Colón había sido agente de los Centurioni, célebres hombres de negocio genoveses; había navegado por todo el Mediterráneo; residió en las Madeiras donde estaba casado; y viajó por el África portuguesa ganando dinero en sus factorías de oro.

Todo este núcleo de hombres de negocios estaba animado por la idea de beneficio, tenían sed de oro y deseaban acometer empresas para adquirir especias en tierras lejanas. Participaban de una mentalidad cosmopolita, y además compartían una común concepción sobre el papel que desempeñaban los metales preciosos en la economía.

Entonces prevalecía la idea de que la única riqueza la constituían los metales preciosos y que éstos eran la savia, la sangre y el motor que movía el cuerpo económico. Se creía que la verdadera riqueza de los Estados consistía en el mayor atesoramiento de metales preciosos dentro de su propio territorio, y que a toda costa debía evitarse que cayeran en manos de los Estados rivales. Este "principio" ha sido identificado por algunos como una forma primitiva de "mercantilismo", o calificado con nombres como "bullonismo", o "crisohedonismo", por aquello de que se asignaba al oro la fuente de la felicidad. Esta percepción dio pie a que las gentes de aquella época confundieran la riqueza con el dinero, y a su vez dio origen a verdaderas políticas estatales, ya que asignaba a la acumulación de riqueza en forma de metales preciosos un factor decisivo en el bienestar de las naciones. Se trataba de una idea profundamente arraigada en la mentalidad de ese

tiempo. Esto explica también la pasión por el oro y la búsqueda afanosa de este metal, primero en África y luego en América. De hecho, este principio o concepción que relacionaba la riqueza con los metales preciosos, lo utilizaría más tarde España como soporte ideológico para establecer el sistema de monopolio en las colonias, tema del que me ocuparé más adelante. Tal era el arraigo y extensión de esta idea.

Esta acumulación de factores —la rendición de Granada, la idea de que la riqueza se basaba en la acopio de oro y plata, y la avidez por aprovechar nuevas oportunidades para hacer negocios en un mundo inconmensurable que se anunciaba en el horizonte—, lanzaron a España a la mayor aventura de su historia, convirtiéndola en la primera potencia mundial de Occidente.

La expansión europea —y la búsqueda de metales preciosos— fue así continuada por España, que descubre primero oro en las Antillas. No fue mucho el que se pudo enviar desde las islas en las tempranas fases del Descubrimiento, pero sí lo suficiente como para invertir la tendencia de los precios, y a partir de 1500 se inicia en Europa lo que se ha llamado la “revolución de los precios”. El oro que llega de América, aunque escaso en cantidad, era inmenso en valor relativo, provocando un rápido incremento de los precios. A partir de entonces ya Europa no sería la misma. Tampoco el resto del mundo, que a partir de entonces se ve arrastrado por el impulso arrollador de los metales fabulosos.

Capítulo I

La búsqueda de Eldorado o "el ciclo del oro"

El oro de las islas

El oro obsesiona a Colón desde que llega a las islas del Caribe. Para cuantificar esta obsesión, un conocido historiador de la economía tomó nota de las veces que Colón menciona el oro en el Diario que llevó durante su primer viaje al Nuevo Mundo. Entre el 12 de octubre y el 17 de enero de 1493, cuando emprende su regreso, encontró "por lo menos 65 pasajes relativos al oro"[2]. El 13 de octubre, apenas un día después de haber pisado por primera vez tierras americanas anotó: "y yo estava atento y trabajava de saber si avía oro". El 26 de diciembre siguiente escribía que esperaba "encontrar oro en tales cantidades" que en tres años los Reyes Católicos podrían "preparar y emprender la conquista de Tierra Santa"[3]. (Porque no olvidemos que la idea de misión y de "cruzada" contra el infiel era parte esencial del proyecto descubridor). Se entusiasmó al observar la piel oscura de los nativos y el clima cálido del Caribe, pues entonces se creía en Europa que en los países de clima caliente poblados por gentes de color abundaba el oro, idea que al parecer provenía de la experiencia portuguesa en África durante el siglo XV. El rey Fernando le había encomendado explícitamente: encuentra oro, hasta donde sea humanamente posible, pero consíguelo a cualquier precio. Por supuesto que los reyes también esperaban que Colón llegase a las tierras del Gran Khan, y a las islas de las Especias, y tanto los Reyes Católicos como Colón mismo, confiaban que una vez logrado ese objetivo se empezara a librar una cruzada para cristianizar



Retrato póstumo de Cristóbal Colón, atribuido al pintor florentino Ridolfo del Ghirlandaio (1483-1561), Museo Naval, Génova-Pegli.

indios. Pero desde que Colón advierte el poco valor que éstos le asignan al oro al cambiarlo por chucherías, el oro se convierte en su mayor obsesión y trata de convencerles de que es lo único que le interesa. En las primeras islas encontró poco, e igualmente en Cuba. Pero cuando llega a La Española declara exultante que "había encontrado lo que buscaba": allí encontró arenas auríferas, y descubrió que podía hacer trueques con los indios (o "rescates"), adquiriendo oro en forma de joyas a cambio de baratijas hasta completar "un tonel de

oro". La esperanza de encontrar más, basado en los rumores que escuchaba de boca de los indios, le indujeron a preparar de inmediato el segundo viaje y esta vez llega con 17 barcos y 1.500 hombres.



Los Reyes Católicos Fernando e Isabel.

Pero ni en este segundo viaje ni en el tercero, Colón encontró noticias del Gran Khan ni evidencias de grandes riquezas, sino sólo islas y costas continentales poco pobladas y pobres donde la presencia del oro era decepcionante. Como Colón seguía convencido de que aquellos territorios eran parte de Asia, agregó a su obsesión del oro la de buscar un paso, el paso que le abriría el camino hacia Cipango, Catay, y Las Molucas, las islas donde abundaban las especias. Este doble objetivo será el norte de sus futuros viajes de descubrimiento, hasta su Cuarto Viaje, cuando llega a Honduras, y desde allí desciende, recorriendo parsimoniosamente el perfil costanero de Nicaragua, Costa Rica y el istmo de Panamá, buscando señales del paso... y de oro. De hecho, cuando hizo su primer contacto con las Islas de la Bahía, en Honduras, Colón envió a su hermano Bartolomé a explorar la isla Guanaja con dos bateles y éste encontró allí "pedazos de tierra llamada cálcide, con la cual se funde el cobre, la cual algunos marineros, pensando que fuese oro, llevaron mucho tiempo a escondidas"[4].

Después de detenerse en Guanaja, escribe su hijo Fernando, que acompañó al Almirante en este viaje, "siguió su intento de descubrir el *estrecho* de Tierra Firme, para abrir la navegación del sur, de lo que tenía necesidad para descubrir las tierras de la Especiería". O más claramente: "La intención del Almirante {era} continuar aquella costa hasta dar con el *estrecho*, el cual tenía por cierto que debía existir hacia Veragua y Nombre de Dios"[5]. Pero en este viaje, por supuesto, tampoco encontró el pasaje, sino apenas vagos indicios de que recorría las costas de un istmo. Tuvo en cambio más suerte con el oro cuando llegó al istmo de Panamá, donde finalmente encontró los yacimientos auríferos que tanto había buscado.

Al principio el oro que se consiguió fue mediante el rescate o trueque con los indios, lo que se hizo a todo lo largo de la costa occidental panameña, desde la actual provincia de Bocas del Toro hasta la de Veraguas. Diego de Porras, que dejó una relación del Cuarto Viaje colombino, escribió que, a la altura de Cerabaro (Bocas del Toro) "se falló la primera muestra de oro fino". La llevaba un indio en los pechos en forma de "patena", que se "rescató"[6]. Bartolomé de las Casas, que tuvo acceso directo a los papeles del almirante, y Hernando Colón, que luego escribió su biografía, registraron virtualmente los mismos datos sobre lo que se rescató. Dice Hernando que en este punto se "trocaron un espejo que pesó diez ducados por tres cascabeles, y {los nativos} dijeron haber gran abundancia de aquel oro, y que se cogía en la tierra firme, muy cerca de ellos". Lo mismo afirma Las Casas. Sigue Hernando: allí continuaron "rescatando" oro a cambio de cascabeles y el disco o espejo de oro que llevaba un indio se evaluó en 14 ducados, y el águila que tenía otro, en 22 ducados[7]. (Las patenas, discos o espejos, que se conservan en los museos suelen tener poco más de 12 pulgadas de diámetro)[8]. A continuación, sigue diciendo Porras, se capturaron algunos indios, "para informarse donde había aquel oro e donde se traía". Y continuaron "rescatando por toda la costa". Más adelante se capturó "un indio el cual dijo que adelante por la costa andadura de medio día había de aquello que pedíamos"[9]. En Guayga, actual Veraguas,

agrega Hernando Colón, los indios que asomaban a la playa, luego de ser apaciguados pues al principio tuvieron una actitud amenazante, cambiaron 16 espejos de oro fino que valían 150 ducados, "quienes por dos cascabeles y quien por tres"[10]. Según Hernando Colón y Las Casas, el total rescatado se redujo a 18 espejos y un águila, con un valor agregado de 196 ducados. Un ducado es igual a 375 maravedíes y un castellano o peso de oro tiene 450 maravedíes, de modo que el total sumaba unos 164 pesos de oro o 707,3 gramos. Todo eso a cambio de unos 56 cascabeles. Parece un negocio redondo. ¿Pero lo fue?

Podemos aceptar por fidedignos los datos de Las Casas y de Hernando, pues seguramente se basan en los que dejó anotados el almirante, pero la relación de Porras es más confiable: está escrita en noviembre de 1504, y se trata de un estado de cuenta. El total que da para lo rescatado es de cerca de once marcos. Un marco de Castilla tiene ocho onzas, y equivale en el sistema decimal a 230,0465 gramos. También el marco se calcula en maravedíes que es moneda de cuenta y equivale a 22.500 maravedíes, es decir 60 ducados. El castellano o peso de oro tiene 450 maravedíes, y su peso es de 4,3125 gramos, de modo que un marco de oro valía 50 castellanos o pesos de oro. De esa manera, todo lo rescatado si seguimos a Porras, se reducía a unos once marcos de oro o sea 550 pesos de oro con un peso de 2,53 kilogramos. Poca cosa en verdad.

Según escribe Cristóbal Colón en la *Lettera rarissima*, él trató de evitar que se le arrebatara a los indígenas el oro por la fuerza. Pero una vez se enteró de que el cacique Quibián de Veraguas tramaba un ataque, envió a su hermano Bartolomé, el adelantado, para que le apresara. Cuando lo atrapó trajo consigo un pequeño botín, cuyo monto resume Diego Porras: "cinco espejos grandes de oro e otras piezas menudas que pesaron tres marcos e tres onzas de oro, sin dos coronas que el Adelantado tomó por joya de capitán, e otro espejo que dio al Almirante, que no se pesó"; de oro bajo o guanín, fueron 23 piezas que pesaron tres marcos[11]. Todo esto hace alrededor de ocho marcos y 3 onzas (incluyendo las coronas que se reservó el adelantado y el disco del almirante), es decir unas 64 onzas de oro, o 400 castellanos o pesos de oro, con un peso de 1,7 kilogramos. Total, entre lo rescatado y lo sustraído por la fuerza a los indios: 950 pesos, que sólo llegaban a pesar poco más de 4 kilogramos de oro. Una suma penosamente ridícula, que difícilmente podía compensar los gastos del viaje en el que, además, se perdieron todas las naves y Colón tuvo que ser rescatado desde La Española cuando se encontraba en Jamaica sin un solo barco para navegar.

Oro obtenido en Veraguas durante el Cuarto Viaje de Colón

Descripción	Marcos de oro	Pesos de oro o castellanos	Gramos
Oro de rescate	11,0	550	2.530,0
Oro de rapiña	8,3	400	1.700,0
Oro de minas	0,1	3	13,0
Total	19,4	953	4.243,0

Pero así y todo estaban felices porque finalmente habían encontrado un territorio donde abundaban las tan deseadas minas de oro. Guiados por los hijos del cacique Quibián, escribe Porras, "hallamos muchas minas afondadas de los mismos indios, fondura de medio estado" (unos 85 cm). Y sigue: "en obra de un día sacamos dos o tres castellanos sin aparejo ninguno, sino de las mismas minas que los indios tenían fechas"[12]. Todo esta excitación por el oro la recoge el almirante en los papeles que copió Las Casas, quien escribió que en dos horas, sin mayor esfuerzo, "cada uno cogió su poquillo de oro entre las raíces", con lo cual se regresaron muy contentos "estimando ser gran señal de las riquezas de aquella tierra, por sacar tanto, aunque poco, en tan poco tiempo"[13]. Según Colón, se trataba de los minerales de oro más ricos

y abundantes que había encontrado hasta entonces en sus viajes de descubrimiento: "Yo vide en esta tierra de Veragua mayor señal de oro en dos días primeros que en La Española en cuatro años". Pero estos hallazgos tampoco le fueron de mucho provecho porque las fuerzas del cacique Quibián, una vez éste se liberó, y en venganza por el atropello que sufrió, atacaron con furia el poblado de Belén, que Colón había fundado en la costa, y lo expulsaron.

De hecho, más importante que el oro, fue el descubrimiento de que Veraguas era un Istmo. Colón se había enterado por los indios de que a sólo diez jornadas de camino por tierra se llegaba a Ciguare, "donde el mar boja", es decir, que al lado opuesto de Veraguas, se encontraba otro mar. Había encontrado el "paso" que buscaba, aunque éste no era de mar, como esperaba, sino terrestre, pero como quiera que sea, había finalmente alcanzado la solución que tanto anhelaba. El "descubrimiento intelectual del Istmo" cambiaba la situación de manera radical, aunque para Colón ya era demasiado tarde. Fue su último viaje. Abandona el Istmo en 1503 y arriba a Jamaica con las naves muy maltratadas y con el escaso oro que logró extraer de Veraguas. Fue en ese precario destierro insular donde escribió su *Lettera rarissima,* para dar cuenta a los reyes de lo que había descubierto y lo que prometían sus nuevos hallazgos. Con la promesa de oro abundante y la posibilidad de cruzar el istmo veragüense y llegar a la otra mar para desde allí dirigirse hacia Oriente, Colón declara en esta famosa carta, que Veraguas "no es hijo para dar a criar a madrastra". Su interés por reclamar para sí y su familia este territorio, que tanto parecía prometer en oro y futuros descubrimientos, no podía ser más claro y enfático. Y ésta es la razón por la que, con el paso del tiempo y luego de arduos litigios entre sus descendientes y la Corona, se crea en favor de los Colón el Ducado de Veragua, que aún poseen sus directos descendientes, aunque no ejerzan ningún derecho sobre esas tierras[14].

La posibilidad de que, en efecto, Veraguas fuese un istmo, produjo inmediatas repercusiones. Rodrigo de Bastidas, Alonso de Ojeda, Américo Vespucci y otros, habían descubierto vastos territorios continentales que se extendían desde Centro América al actual Brasil. El propio Colón se había percatado de que "la tierra firme de acá", refiriéndose a Paria, que él había sido el primer europeo en descubrir, y que en un principio había considerado una prolongación del Asia, era en realidad parte de un nuevo continente. Cuando regresó a España acababan de conocerse los resultados de los descubrimientos de Vespucio, lo que parecía confirmar que los territorios que había descubierto constituían en realidad un Nuevo Mundo.

Para entonces ya era evidente que las Antillas eran un estorbo en el camino para llegar al Asia, ya que era Asia lo que se estaba buscando. Las tierras descubiertas no llenaban las expectativas europeas: la cultura de sus habitantes parecía atrasada, éstos eran poco numerosos, y la tierra era pobre en metales preciosos. No era lo que se venía a buscar y lo que se encontraba era desalentador. El Nuevo Mundo resultaba ser, hasta entonces, una dolorosa decepción. Por eso seguía buscándose la ruta hacia las tierras de La Especiería, del Gran Khan, de Cipango, aquellas de las que hablaba el célebre Marco Polo en su libro *Il Millione*, y que Colón llevaba como libro de cabecera, llenándolo de apuntes curiosos. Así pues, la búsqueda de un paso, un estrecho de mar o siquiera de tierra, era una necesidad cada vez más apremiante y la única vía para recuperarse de lo que ya se rumoraba y no convenía ocultar más: el fracaso de los descubrimientos.

El descubrimiento del Istmo de Veraguas por Colón planteaba así la solución esperada, al menos teóricamente. Si sus interpretaciones eran correctas, resultaba la vía de escape para sortear la gran barrera continental y llegar a Oriente. De ahí que tan pronto Colón regresó a España con estas noticias, a las que se sumaban las igualmente reveladoras de Vespucci, que habían regresado del Brasil en 1503, y que ya no dejaban dudas sobre la existencia de un nuevo continente, la Corona

empezó a revisar de raíz su programa de descubrimientos. De hecho, la obsesión por el descubrimiento de un "paso", fuese de mar o de tierra, acaparó la atención de la corte española después del Cuarto Viaje y del retorno de Américo Vespucci.

Se organizaron tres expediciones para intensificar la búsqueda del paso, precisamente por las tierras recorridas por Colón, Ojeda y Bastidas, es decir en torno al Istmo de Panamá: A Vicente Yáñez Pinzón y a Díaz de Solís se les encomendó buscar el paso más arriba del Cabo de Gracias a Dios, en Honduras; a Alonso de Ojeda se le envió a buscarlo por lo que es hoy Colombia, y a Diego de Nicuesa, a la propia Veraguas. A la postre y luego de pasados varios años de espera impaciente y de inútiles búsquedas, el ciclo se cerró, encontrándose finalmente el paso cuando Vasco Núñez de Balboa cruza el Darién y descubre el Pacífico en 1513. La tesis ístmica de Colón quedaba así rotundamente demostrada.

Balboa había sido colono en el poblado de Salvatierra de la Sabana, en La Española, y fue testigo de las prácticas que aplicaron los españoles para drenar esta isla del oro acumulado por los indios durante mil años en forma de joyas. Se les despojó por la violencia o mediante "rescates". Agotado este oro en dos o tres años, se pasó a otra etapa, la de extraerlo de las arenas auríferas de los ríos. Este oro de aluvión era llamado también de "placer". Los indios e indias eran forzados a trabajar con bateas para lavar la arena y encontrar las pepitas del metal. Siguiendo los datos de la Casa de Contratación de Sevilla, donde debían ser registrados cuando entraban a España, se ha calculado que entre 1503 y 1510 se exportaron 4.950 kilos de oro, una cantidad que será luego duplicada en el decenio siguiente[15], cuando a La Española se agregó la producción de los placeres de nuevas colonias caribeñas, como Cuba y Puerto Rico.

Al quedar separada la mano de obra de sus faenas agrícolas tradicionales para trabajar en los "lavaderos", se produjo una crisis en las cosechas de subsistencias, con el consecuente aniquilamiento de la población indígena, ya bastante disminuida por las guerras de conquista. Aunque no se dispone de cifras confiables, lo cierto es que la población indígena de La Española virtualmente desapareció, reduciéndose de un millón aproximadamente en 1492, a 10.000 en 1530. El llamado "ciclo del oro" que se inicia en este período, fue también un ciclo de muerte.

Todavía en 1529 el emperador Carlos V trató de renovar las explotaciones de oro en La Española, contratando a la compañía Welser, de Augsburgo, que enviaría 80 mineros silesianos a la isla con objeto de encontrar nuevos yacimientos, pero este proyecto fracasó tras la muerte de la mayoría de los mineros.



Carlos V sedente, por Tiziano (1477-1576). Óleo sobre lienzo, Munich, 1548. Alte Pinakothek, Munich.

Castilla del Oro

Testigo de esta devastación demográfica, cuando estuvo al frente de la colonia del Darién, Balboa trató de evitar los horrores que había visto cometer en La Española. No le impuso tributo a los indios, ni les obligó a realizar trabajos forzosos, y trató de disciplinar y contener a sus hombres para que no cometieran abusos con los nativos. Es cierto que Balboa usó la fuerza para imponerse a los caciques de la etnia *cueva*, y a veces lo hizo con excesivo rigor cuando encontró fiera resistencia o descubrió pueblos que practicaban la sodomía, pero una vez sometidos les ofreció su amistad y protección, promesas que trató siempre de honrar. Fue respetuoso de sus estructuras sociales y políticas tradicionales, y utilizó hábilmente la negociación para arbitrar disputas y viejas enemistades entre caciques rivales. Gracias a esta política, y sin que tuviera que usar la violencia, Balboa logró asegurarse el favor de muchos caciques, que le suministraban mano de obra, guías, y auxiliares para sus nuevas exploraciones, como la que le condujo al descubrimiento del Mar del Sur. También esto le permitió obtener algún oro mediante rescates e intercambios que se realizaban sin recurrir a la fuerza.

Sin embargo, tras el descubrimiento del Pacífico, y convertirse el Darién en la pieza clave para organizar la expansión hacia el Asia, a la Corona no le convenía dejar al frente de la colonia a Balboa, que hasta hacía poco era un hidalgo oscuro y desconocido. Además, Balboa tenía graves casos pendientes con la Justicia, con cargos como usurpación de poder, cuando sustituyó arbitrariamente del gobierno de Santa María la Antigua a Martín Fernández de Enciso, o la muerte de Diego de Nicuesa. Todo esto se le había perdonado al convertirse en el "Descubridor del Mar del Sur" y se le compensó con el título de adelantado y otras prerrogativas. Pero la Corona necesitaba nombrar a un hombre más calificado y de confianza, que le pudiera servir mejor como interlocutor e intérprete de sus reales designios. El elegido fue Pedrarias Dávila, un aristócrata viejo y duro con influencia en la Corte. Había participado en el sitio de Granada y estaba casado en la influyente Isabel de Bobadilla; se le apodaba *El Gran Justador*, gracias a la fama que había adquirido en su juventud por sus destrezas en las justas y torneos.

El nuevo gobernador y capitán general viaja con un nutrido pliego de *Instrucciones* para la administración de la colonia, algunas de ellas novedosas, como el *Requerimiento*, que debía ser leído a los indios ante notario, para que aceptasen su condición de súbditos del rey y acatasen la Verdadera Fe, y si se resistían, ser legítimamente sometidos por la fuerza en lo que eufemísticamente se llamaba "guerra justa"; el compromiso de fundar ciudades conforme a las tradiciones castellanas, incluyendo la primera normativa urbanística que se envía a América; y, sobre todo, preparar el terreno para desde el Darién lanzar la ofensiva hacia Oriente.

La fama del Darién se había extendido por España, tanto por su oro, como por su condición de pasaje hacia Oriente. Para hacerlo aún más atractivo, la Corona lo rebautizó con el propagandístico y sonoro nombre de Castilla del Oro o *Castilla Aurifia*. En España se rumoraba que por aquellas tierras "el oro con redes se pescaba"[16]. Y de esta fama se hacían eco autoridades de prestigio que, además, conocían el territorio, como Martín Fernández de Enciso, que había sido alcalde mayor del Darién y escribió uno de los primeros tratados de geografía del Nuevo Mundo, la *Summa de Geographia que {...} trata largamente del arte de marear*, impreso en Sevilla en 1519 y considerado "el primer texto de náutica impreso en España"[17]. Allí encontramos frases como las siguientes: "Hay en ella mucho oro"; "Están en medio del río de Chapanare y el de Pacora que es buena tierra y es tierra do hay oro"; "Es la tierra rasa y buena [...] y en toda ella hay mucho oro"; "hállase entre los indios mucho oro, aunque mucho dello es baxo que no es de diez y doce quilates y menos, y llaman esto guanín", o bien, "yo he visto grano cogido en río de



Estatuilla orante del siglo XVII en el claustro de la Catedral de Segovia. Se ha sugerido que representa a Pedrarias Dávila o a su abuelo el contador Diego Arias Dávila. Foto del autor, año 1994.

peso de siete ducados”. Dado que un marco de oro valía 60 ducados y pesaba 8 onzas, 7 ducados equivalen a poco menos de una onza, que al valor actual del oro (abril de 2007) valdrían unos 650 dólares. No era riqueza para tomársela a la ligera.

Fue bajo la impresión de que cada quien se haría rico con sólo pisar Darién, que una vez se anunció la organización de una empresa para ir a ese destino, se enrolaron 1.200 personas, contándose entre ellas numerosas mujeres y no pocos aristócratas, que llegaron con trajes lujosos de oros y brocados, y sobre todo, con una irrefrenable ansiedad por encontrar oro y regresar a casa ahítos de riquezas.

El descubrimiento del “paso” por Darién trasladó el epicentro de la conquista, situado hasta entonces en La Española, hacia el istmo de Panamá, que se convierte en la zona de mayor interés para la expansión castellana durante estos años. La fase caribeña quedaba atrás, cediendo a la fase continental de la conquista. Se trata del primer relevo, ya que La Española había quedado casi vacía de habitantes y el Darién era la nueva tierra de promisión, del camino hacia el Asia y de tentadores Dabaibes y Eldorados.

En efecto, a partir del descubrimiento del Pacífico por Balboa, se concentraron en Panamá los esfuerzos colonizadores del Nuevo Mundo, y la corona española encomendó a Pedrarias Dávila el control de ese territorio mediante la fundación de ciudades estratégicas, sobre todo ciudades terminales para facilitar la comunicación de un mar a otro, y desde el Pacífico lanzar nuevas expediciones de descubrimiento hacia otras costas del nuevo Mundo o hacia el lejano Oriente. Siguiendo estos designios, Pedrarias fundó Panamá (1519) a orillas del Pacífico, y Nombre de Dios (1520), como terminal en el Caribe. El mismo año de la fundación de Panamá, salía desde España la expedición de Magallanes para hacer la circunnavegación de la Tierra y descubrir por el Pacífico una ruta hacia Las Molucas. Se trata de dos actos íntimamente relacionados, pero este hecho no ha sido destacado lo suficiente por la historiografía.

La expedición de Pedrarias empezó mal y rápidamente sus hombres destruyeron toda la labor que había realizado Balboa para asegurarse la fidelidad de los nativos. Los nuevos colonos se abalanzaron sobre los indios para exigirles oro, vejándoles, atropellándoles y persiguiéndoles; se organizaron una tras otra inútiles expediciones en busca del

Firma de Pedrarias Dávila.

mítico Eldorado arrasando todo a su paso. Pero Eldorado se mostró esquivo, convirtiéndose en una obsesión destructora. Reaccionando a estos atropellos, los nativos se rebelaron, quemaron o abandonaron los cultivos, y huyeron a los montes, dejando a los colonos desprovistos de lo más elemental para alimentarse. Las expediciones que se organizaban en busca de oro o de alimentos, o para fundar nuevas ciudades, o para encontrar el fabuloso Dabaibe, eran atacadas y a menudo derrotadas. Las fundaciones fracasaban o pronto eran abandonadas, como sucedió con Santa Cruz, o con Los Anades. El hambre y la muerte invadió la colonia y se hicieron familiares las escenas de aristócratas enflaquecidos y demacrados, pero regiamente vestidos, ofreciendo sus lujosos trajes de sedas y brocados a cambio de un mendrugo de pan[18].

Como resultado, el Darién fue literalmente arrasado, y Pedrarias empezó a buscar nuevos horizontes hacia el occidente del Istmo, donde empezó a estabilizarse la colonia a partir de 1519, cuando se funda la ciudad de Panamá, en el Pacífico, convirtiéndose en la esperada catapulta para la ofensiva oriental. Cuando Pedrarias terminó su período como gobernador en 1526, y se le siguió el acostumbrado Juicio de Residencia, el tesorero rindió las cuentas de su administración, consistentes en los impuestos que se cobraron. Las cifras son asaz reveladoras sobre la naturaleza de las prácticas de conquista en el Istmo durante este período[19].

Según estos registros fiscales, durante los primeros años, los principales impuestos proceden de la acción violenta y la rapiña. Son los impuestos bajo el rubro de "cabalgadas" y "venta de indios" como esclavos. Se trata, como es obvio, de los años más feroces de la conquista. En los años que siguen, las "cabalgadas" ceden al trueque con los indios y al oro de minas, es decir impuestos que se adquieren mediante el comercio, o el trabajo forzado de los nativos, ya sometidos, que son obligados a trabajar en los placeres de los ríos. Se trata de una nueva etapa, donde la relación es menos violenta con los sometidos. Se avanza hacia un cambio cualitativo en la relación hispano-indígena de la conquista.

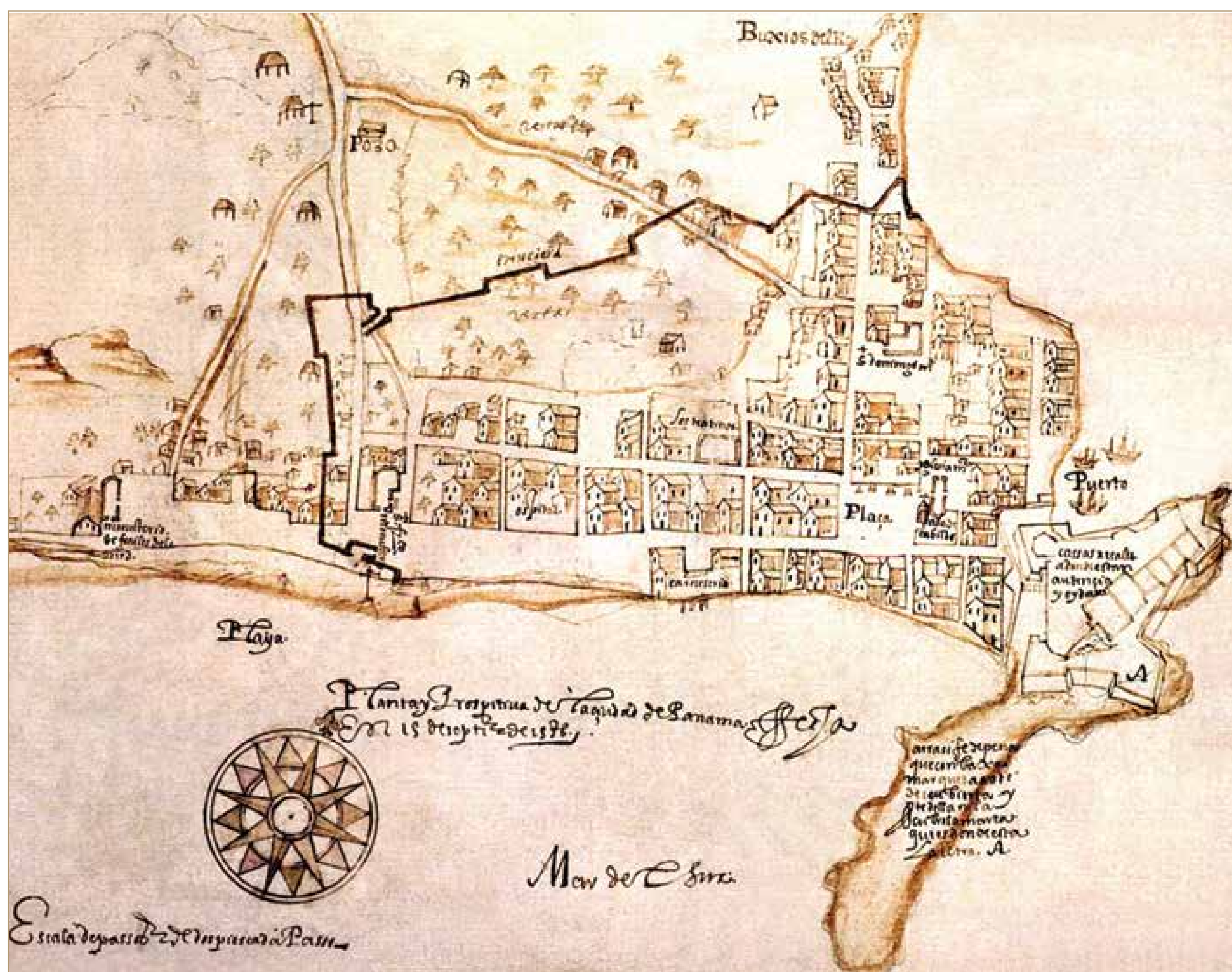
Resulta significativo que esta transición de la conquista por la violencia a la explotación laboral, coincida con las fundaciones de Panamá, Nombre de Dios y Natá, entre 1519 y 1522. Y es que a partir de 1519, tras la fundación de la nueva capitalidad de Castilla del Oro, se inicia un cambio de orientación. De la etapa inestable, experimental, guerrera, se ingresa a una fase de relativa estabilidad y sedentarización. Las nuevas fundaciones tienen carácter permanente, la organización del espacio panameño y la asignación de funciones a las distintas zonas geográficas, por primera vez se hace discernible. Es un punto de flexión en el proceso de la conquista: se detiene la etapa de la violencia y la rapiña, para pasar a un nuevo modo de relación con los sometidos. Es precisamente entonces cuando empiezan a distribuirse las primeras encomiendas indígenas, clara señal de que la Conquista se estaba consolidando[20].

Para la totalidad del período comprendido entre 1514 y 1526, el "oro de cabalgadas" representa el 39,2% con 94.033.000 maravedíes (moneda en la que vienen expresadas las cuentas); el rubro de "rescates y presentes", representa el 17,1% con 41.085.000 maravedíes; el "oro de minas" constituye el 34,0% con 81.737.000 maravedíes. Lo demás, en un plano muy secundario, lo ocupan las "perlas de cabalgadas", la "venta de indios" y la "extracción de perlas". Hasta 1519 se cobra el clásico "quinto" (o 20% del valor), pero a partir de 1520 se paga sucesivamente el diezmo, luego el noveno, el octavo, el séptimo y (al parecer) el sexto a partir de 1524[21].

Con objeto de conocer el valor de estos tres rubros en términos de su peso en oro, aventuraré algunos cálculos. Para ello recordemos que 450 maravedíes equivalían a un peso de oro, o peso ensayado; éste pesaba 4,3125 gramos de oro fino y tenía 22,5 quilates de ley. Las cuentas corresponden sólo a lo que se entregó en concepto de impuestos a la corona; mis cálculos para la

producción real se hacen a base de esta recaudación. Hasta 1519, el quinto del oro de cabalgadas recaudado en Darién ascendió a 64.344.000 maravedíes, o 142.987 pesos, lo que representaba una cosecha de alrededor de 3.081 kilogramos de oro, con un promedio de 514 kilogramos por año. En 1520 el oro de cabalgadas, que entonces paga el diezmo, produce 135 kilogramos de oro. El quinto de oro de minas recaudó hasta 1519 un total de 15.555.000 maravedíes o 34.567 pesos de oro, lo que representaba un valor real de 172.835 pesos y un total de 745 kilogramos de oro, con un promedio anual de 124 kilogramos. En 1520 sólo el oro de minas, que para entonces paga el diezmo, produce 470 kilogramos de oro. La suma del oro de minas y del oro de cabalgadas hace un total para el año 1520, de 605 kilogramos de oro.

Si se tiene en cuenta que entre 1511 y 1520 América exportó a España, según Hamilton, 9.153 kilogramos de oro, con un promedio de 915 kilogramos anuales[22], los cálculos anteriores sugieren que la aportación de Castilla del Oro representaba por sí sola la mayoría de las exportaciones de oro que llegaban a la Península. De hecho, un autor asegura que "los arribos más cuantiosos" se producen entre 1511 y 1520[23], lo que acontece cuando precisamente Castilla del Oro juega un papel decisivo.



Plano de la ciudad de Panamá, fundada en 1519 por Pedrarias Dávila. Atribuido a Bautista Antonelli, año 1586. Museo Naval, Madrid.

La importancia del istmo de Panamá como proveedor de oro fue aumentando a medida que avanzan los años. Según mis cálculos y siguiendo las cuentas del tesorero de Castilla del Oro, en 1521 la producción de oro de minas fue de 423 kilogramos; en 1522, de 739 kilogramos; en 1523, de 1.047 kilogramos, y entre 1524 y 1526, de 1.898, con un promedio anual para esos tres años de 633 kilogramos. Total para los seis años, 4.107 kilogramos, con un promedio anual de 685 kilogramos de oro. Por su parte, durante estos seis años, el oro de cabalgadas rindió un total de 1.550 kilogramos con un promedio anual de 258 kilogramos.

Resumiendo, durante estos seis años la suma de "oro de minas", "oro de cabalgadas" y "oro de rescates y presentes", rindió un total de 8.327 kilogramos, con un promedio anual de 1.388 kilogramos. Según los registros de la Casa de Contratación de Sevilla, entre 1521 y 1530, llegaron del Nuevo Mundo 4.889 kilogramos de oro con un promedio anual de 489 kilogramos[24], lo que sugiere que, si mis cálculos son correctos, gran parte del oro enviado de América, al menos hasta 1526, procedía del istmo de Panamá. De hecho, es más lo que se obtuvo en Panamá de lo que ingresó a la Casa de Contratación, pero esto puede explicarse por los fraudes, o por lo que permaneció en el Istmo, o se gastó en las campañas de conquistas, que para esos años no cesaban.

Producción de oro de Castilla del Oro. Años 1514-1526 (en kilogramos)

Años	Oro de cabalgadas	Oro de minas	Oro de rescates	Total
1514-19	3.081	745	0,6	3.827
1520	887	470	7,3	1.364
1521	859	423	445,0	1.727
1522	111	739	899,0	1.749
1523	26	1.047	547,0	1.620
1524-26	553	1.898	780,0	3.231
Total	5.517	5.322	2.679,0	13.518

Reelaboración del cuadro de Mario Góngora, op. cit., p. 20.

A lo anterior podría agregarse lo que aportó la expedición a Costa Rica, Nicaragua y Honduras de Gil González Dávila y Andrés Niño entre 1522 y 1524 (y que no parecen estar incluidas en las cuentas del cuadro de Mario Góngora), que según Pascual de Andagoya sumó 100.000 pesos[25] y según Gonzalo Fernández de Oviedo alcanzó a 120.000 pesos[26], es decir, entre 45 y 54 millones de maravedíes o bien entre 431 y poco más de 518 kilogramos de oro y un promedio anual de 144 kilogramos a 173 kilogramos. Verosímilmente todo ese tesoro debió obtenerse por la fuerza, es decir, en "cabalgadas".

Botín de la expedición de González Dávila y Niño a Centro América. Años 1522-1524

Fuente	Pesos de oro	Kilogramos	Kilogramos de promedio anual
Andagoya	100.000	431	144
Oviedo	120.000	518	173

Pero la extracción de oro de placer y las *razzias* de la conquista, también habían arrasado con la población indígena de Panamá, a un ritmo y con una voracidad similar a lo ocurrido en La Española (y lo mismo sucedería pocos años más tarde y por iguales razones en Nicaragua y Honduras). En el primer censo que se realizó para identificar el número de indios repartidos en encomiendas, entre 1519 y 1520, en toda la zona bajo control castellano apenas quedaban 8.729 indios. En 1520 se habían reducido a 7.043 nativos. La etnia *cueva* virtualmente había desaparecido. A partir de 1526 empezaron a importarse indígenas de otras regiones, sobre todo de Nicaragua, ya que eran muy pocos los nativos de Panamá que habían logrado sobrevivir a la Conquista. En 1550, un nuevo censo puso en evidencia la magnitud de la devastación demográfica: sólo quedaban 822 indios, de los cuales apenas el 27,4% eran nativos del Istmo de Panamá;

el resto era de México y Centro América (el 24,2%), de Nueva Granada y Venezuela (el 38,2%), del reino de Quito (el 9,9%) y tres solitarios indios de las islas antillanas[27].

Hacia 1526, el istmo panameño entra en una fase de estancamiento. Desde Cuba y las otras islas del Caribe, donde habían decaído tanto la producción aurífera como la población indígena, muchos aventureros ya habían empezado a marcharse a partir de 1516, atraídos por el descubrimiento de México. Lo mismo había ocurrido en Darién, de donde salió Grijalba, el descubridor de Yucatán. A partir de 1519, tras la llegada de Cortés a Tenochtitlán, este nuevo frente se convierte en el gran imán de la conquista.

Mientras Magallanes navegaba por el Pacífico, desde el istmo de Panamá partía en 1521 la expedición náutica de Andrés Niño y Gil González Dávila para reconocer las costas de Centro América hacia el Noroeste, cuyo propósito era encontrar un pasaje de mar, ya que el estrecho de tierra de Panamá tenía serios inconvenientes y no dejaba de ser un obstáculo. Durante el resto de la década, la meta oriental se convierte en una obsesión para Castilla, y Oriente continuó durante ese tiempo como su objetivo final. La fundación de Panamá, el viaje de Magallanes y la expedición de González Dávila y Andrés Niño respondían, como parece obvio, a un plan coherente y a una estrategia estatal que buscaba el mismo objetivo.

Andrés Niño llegó hasta el Golfo de Fonseca, en Honduras, y Gil González Dávila avanzó por tierra hasta Nicaragua, donde se informó de las ventajas combinadas del Desaguadero, o río San Juan, un río navegable que salía al Caribe, y de los grandes lagos nicaragüenses, separados del Pacífico por un estrecho istmo. ¿Sería éste el paso que se buscaba? Estas noticias, sumadas a los triunfos de Hernán Cortés en México, desviaron el interés que hasta ese momento se había concentrado en Panamá, hacia el norte de Centro América, donde se esperaban encontrar ricas civilizaciones como la de los aztecas y, sobre todo, el anhelado paso de mar.

Queriendo ser los primeros en llegar a fin de asegurar su posesión, y alegando derechos jurisdiccionales, varios grupos de conquistadores ponen su mira en Honduras. Desde Panamá, Pedrarias Dávila se traslada a Nicaragua en 1526, donde se establece como gobernador, y envía a Honduras una expedición al mando de Francisco Fernández de Córdoba para reconocer el territorio y descubrir el paso. Desde el Norte, Hernán Cortés envía a Cristóbal de Olid. A su vez, nuevamente Gil González Dávila, a nombre de la Audiencia de Santo Domingo, organiza otra expedición marina que sale de La Española y se dirige a Honduras, desembarcando en Puerto Caballos.

Cada una de estas expediciones alegaba representar derechos legítimos y estaba preparada para enfrentar a quien se le opusiera. El escenario estaba montado para el conflicto. Olid traicionó a Cortés y fue ajusticiado. Fernández de Córdoba también fue acusado de traición y Pedrarias ordenó ejecutarlo. Gil González Dávila fue capturado y enviado preso a México. Cortés envió más hombres a Honduras, para que impidieran los avances de Pedrarias, y él mismo, temeroso de otra traición, encabezó una expedición que fue uno de sus peores errores. En un combate fue herido en el rostro y regresó de Honduras con las manos vacías. Durante esos años y las décadas siguientes, hasta principios de la de 1560, toda América estuvo sacudida por hechos sangrientos entre los conquistadores, con numerosos combates entre ellos mismos e incontables traiciones y asesinatos. Honduras no escapó a la regla.

La búsqueda del paso, y los choques entre los conquistadores, habían convertido a Honduras en el nuevo teatro de operaciones de la Conquista. Pero no se encontró el pasaje terrestre o de mar. El fracaso de los distintos grupos expedicionarios fue total: la mayoría de las poblaciones que se fundaron en medio de la turbulencia quedaron abandonadas, y aprovechando los choques entre los españoles, la resistencia indígena recrudeció,

ocasionando más muertes entre españoles y nativos. Fueron dos años perdidos para la conquista. Desmentida la existencia del pasaje interoceánico y pedida su fama como país de grandes riquezas, muy pocos conquistadores quisieron permanecer en la nueva colonia, y los que lo hicieron sobrevivirían de mala manera. Pedrarias continuó en Nicaragua, donde muere ya anciano, y Cortés se regresó a México, desencantado de su fracasada experiencia hondureña.

¿Qué pudo sugerir que había un estrecho de mar en Honduras? No se conocen textos que hubiesen podido convencer a los primeros conquistadores de que tal estrecho existiese y que explique el enorme predicamento que gozó este territorio en la década de 1520, cuando se convierte en el nuevo imán de la Conquista. En el primer Mapa Mundi donde se muestran las costas caribeñas de Centro América, dibujado a principios del siglo XVI por el gran cartógrafo y navegante Juan de La Cosa, este territorio aparece como tierra firme continental, sin ninguna indicación de pasaje marino. Sin embargo, casi al mismo tiempo, en 1507, empezaron a circular unas mil copias del planisferio del cartógrafo Waldseemüller, donde se muestra el territorio de Honduras separado de Guatemala por una apertura marina que hubiera hecho creer a los conquistadores que, en efecto, por allí estaba el paso tan anhelado[28]. De hecho, este espacio abierto o estrecho entre Guatemala y Honduras seguía apareciendo en mapamundis de 1526 y 1532.

Si bien otros historiadores ya han expresado su extrañeza al advertir la presencia del estrecho de mar del mapa de Waldseemüller, nadie lo ha explicado. Sin embargo, en un libro reciente, donde se plantea la tesis de que los chinos descubrieron el Nuevo Mundo en 1421,



Detalle del mapamundi de Waldseemüller, de 1507, que muestra un pasaje marino por Centroamérica.

recorriéndolo por ambos océanos, se hace referencia a mapas contemporáneos existentes en Europa y copiados de mapas chinos, de los cuales Waldseemüller pudo haber tomado esta información, así como a las posibles observaciones de los navegantes chinos de las características geográficas de las costas caribeñas de Guatemala u Honduras (tal vez la falla o depresión del valle de Motagua, o quizá el golfo de Fonseca, en el Pacífico hondureño) por donde no se atrevieron a entrar debido a que son excesivamente llanas y brumosas, pero que les hubieran sugerido ser un paso marino, y que no dejaron de registrar en sus trazados cartográficos[29].

A cualquiera que conozca la geografía de Honduras le parecería sorprendente que los conquistadores esperasen encontrar el "paso" por este país, y que creyesen que el istmo hondureño estaba mejor dotado que el de Panamá para pasar del Caribe al Pacífico. Antes de que Pedrarias abandonase Panamá se tenía claro conocimiento de la existencia del río Chagres, que era navegable, situado justo en medio del Istmo, y entre las dos ciudades terminales fundadas por Pedrarias —Panamá y Nombre de Dios— apenas median 80 kilómetros, que podían recorrerse en sólo cuatro días. Como se sabe, Honduras carece de ríos navegables; su orografía es extremadamente accidentada, con elevaciones que promedian los mil metros y los océanos que bañan sus dos costas marinas están separados por casi 200 kilómetros, más del doble que en Panamá, cuya altura máxima por su istmo central y por donde pasa actualmente el canal (el Corte Culebra) no rebasaba en aquellos tiempos los 150 metros, hasta que para la construcción del ferrocarril transístmico —entre 1850 y 1855— su cerro más alto fue rebajado a 100 metros y para hacer el canal se redujo al nivel del mar.

Entonces, ¿por qué, precisamente, Honduras? No encuentro otra explicación mejor que el planisferio de Waldseemüller. Si de lo que se trataba era de encontrar a toda costa un pasaje marino y entre Honduras y Guatemala aparecía éste claramente dibujado en el mapa, entonces debía de buscarse allí. El tema, por supuesto, queda abierto a discusión, ya que no se conoce ninguna evidencia documental de que los conquistadores actuaron en Honduras como lo hicieron, guiados por este mapa. Aunque, como se sabe, la historia está más plagada de silencios que de declaraciones explícitas y son sobre todo las cosas que resultaban obvias para los contemporáneos las que menos dejan huellas escritas. Sin embargo, siendo que, como escribe el cronista López de Gómara, "andaba entonces el pleito y negocio de la especiería caliente y deseaban hallar por aquella parte paso para ir a los Malucos [...] y muchos decían al rey que había por allí estrecho, según el dicho de los pilotos"[30], es casi seguro que la Casa de Contratación sevillana se apresurase a adquirir el planisferio de Waldseemüller y que muy pronto la información allí contenida sobre el pasaje marino empezase a circular entre los conquistadores. Pero era un error cartográfico y no existía tal paso.

Descartada pues, la esperanza de un paso de mar por Centro América, el impulso de la conquista tomó otro rumbo y poco después se abrió un nuevo frente, uno que colmaría más allá de toda imaginación la obsesión por el oro de los conquistadores.

Para los años en que los conquistadores se afanaban por encontrar el estrecho de mar en Honduras, ya casi no quedaban pobladores en las cuatro únicas ciudades de españoles que había fundado Pedrarias en el istmo panameño y que habían logrado permanecer, es decir, Panamá, Nombre de Dios, Natá y Acla. La situación llegó a mayores extremos entre fines de la década de 1520 y principios de la siguiente, debido al frenesí migratorio que provocó la conquista del Perú, despoblándose aún más la debilitada colonia, ya que muchos colonos y fundadores se llevaron a sus propios indios de encomienda. Según Gaspar de Espinosa, lugarteniente de Pedrarias, 10.000 indios varones corrieron esa suerte, aunque sin duda exageraba. Gran parte de la cosecha agrícola y ganadera también se envió en las expediciones, lo que provocó una crisis

de subsistencias; la abusiva exportación de ganado vacuno obligó a las autoridades a limitar la matanza a sólo vacas estériles. A esta crisis se sumó una devastadora epidemia que agravó aún más la situación tanto demográfica como alimentaria[31].

Sin embargo, los pocos colonos que permanecieron en Panamá no abandonaron la búsqueda de oro, tanto en las zonas cercanas a la capital, como en Acla, situada en la cornisa caribeña oriental, donde quedó un puñado de colonos extrayendo oro, que a falta de indios empezaron a importar negros esclavos. De hecho, la ilusión del oro había echado hondas raíces en el imaginario colectivo de la colonia panameña, y esta ilusión se mantuvo viva durante el resto del período colonial, con episodios paroxísticos de fugaces fiebres de oro intercalados con largos remansos de escasa producción.

El oro del Inca

Todo cambió a partir de 1533 con la caída del imperio incaico. Sólo el tesoro que le entregó Atahualpa a Pizarro en su prisión de Cajamarca llenando la habitación donde estaba cautivo con joyas y ornamentos de oro, fue evaluado en 2.475.301 pesos de oro, aunque de distinta ley, de modo que, de acuerdo a un estudioso, el cálculo final arrojó 600.655.410 maravedíes, o el equivalente a 5.753 kilogramos de oro[32]. Según qué cronista contemporáneo se siga, las cifras pueden variar, aunque no sustancialmente. El historiador de la conquista del Perú, William H. Prescott calcula que el valor del oro alcanzó algo menos: según él, 1.325.539 pesos y la plata, 51.610 marcos[33]. El historiador peruano Manuel Moreyra Paz Soldán, usando los montos de los cronistas Francisco de Jerez y Sancho de la Hoz, calcula un total de 1.326.536 pesos de oro y 51.610 marcos de plata con 3 onzas, sumas casi iguales a las de Prescott[34].

De este botín, según Prescott, Pizarro recibió 57.222 pesos de oro, y 2.350 marcos de plata. Se guardó para sí el trono de Atahualpa, que era de oro macizo y pesaba 86 kilogramos de 16 quilates. Sólo esto representaría muchos millones de dólares al valor del oro en nuestros días. A su hermano Hernando le correspondieron 31.800 pesos de oro y 2.350 marcos plata. A Hernando de Soto le tocaron 17.740 pesos de oro y 724 marcos de plata. A la mayor parte de los sesenta que hicieron la campaña a caballo le entregaron 8.880 pesos de oro y 362 marcos de plata, aunque no todos recibieron la misma cantidad. Y así sucesivamente, según su importancia, a los demás miembros de la hueste, sin que quede constancia de que alguien se quejara[35]. Pero todo esto era oro atesorado, acumulado durante generaciones por los incas y por los pueblos que habían sometido. La suma era inmensa, y se comprende el impacto que esta riqueza produjo en la imaginación de los contemporáneos.

Luego los invasores subieron a Cuzco, donde el valor de los tesoros fue aún mayor que lo obtenido en Cajamarca, si bien el oro fue menos de lo que se obtuvo en Cajamarca. Allí encontraron el gran templo del Sol cubierto con planchas de oro y, dentro de éste, momias sentadas en tronos del mismo metal; en sus huertos se encontraron "cañas de maíz hechas de oro, con sus mazorcas y al natural como el maíz, todo de oro muy fino". Arrancaron de los muros del templo como 700 planchas del tamaño de "más de un palmo" (unas diez pulgadas) y con un peso cada una de más de dos kilogramos para un total de más de 1.400 kilogramos. En una cueva se encontraron "velas de oro y de plata de la hechura y grandor de las de esta tierra", es decir, España, y cántaros "la mitad barro y la mitad de oro", un "bulto de oro [...] que era figura del primer señor que conquistó esta tierra". Todo, "tan al natural que era cosa de ver", y el "bulto de oro", al parecer la escultura a escala natural del primer inca. Pero era sólo el comienzo. Pronto fue llegando oro de todo el imperio incaico: "vasos, en ellos esculpidos de bulto todas las aves y culebras, hasta arañas, lagartijas, todas las sabandijas que ellos conocían hechas de bulto", y gran cantidad de objetos en

El botín de la Conquista.
Años 1514-1533

Año	Ciudad o región	Millones de maravedíes	Miles de pesos de oro o castellanos	Kilogramos de oro	Porcentaje
1514-1526	Panamá (Istmo)			13.518	49,09
1522-1524	Centro América			173	0,62
1521	Tenochtitlán	58	130	561	2,00
1533	Cajamarca	710	1.578	6.804	24,21
1533	Cuzco	736	1.640	7.053	25,09
Total		1.504	3.348	28.109	100,00

forma de copas, bandejas, aguamaniles, baldosas, brazaletes, vasos, planchas, máscaras, y curiosas representaciones de animales y plantas. Se hablaba de cuevas donde se tenían ocultas, en una, "mil cargas de planchas de oro", y en otra, más de cuatro mil cargas de oro y de plata[36].

Al igual que se hizo en Cajamarca, una tras otra, estas piezas de bellísima artesanía fueron fundidas en los crisoles para transformarlas en lingotes de tamaño uniforme, a fin de asignarles un valor regular y repartirlos más equitativamente entre los conquistadores, pagar el quinto real y transportarlos a España. Esta operación fue realizada por los indios, que fueron forzados a hacerlo, y demoró un mes completo, produciendo, según las actas del reparto descubiertas por Rafael Loredo, un total de 588.266 pesos de buen oro y 228.310 marcos de plata[37]. Afinando el cálculo según la ley de la plata, y considerando el peso de oro en 450 maravedíes, Moreyra Paz Soldán llega al cálculo aproximado de 710 millones de maravedíes para el rescate de Atahualpa y de 736 millones para el reparto del Cuzco[38].

Doce años antes, en 1521 Hernán Cortés había capturado en Tenochtitlán, según Demetrio Ramos Pérez, "más de 130.000 castellanos o algo más de 58 millones de maravedíes[39]. Esto era 25 veces menos que lo obtenido en Perú. No obstante, como se puede apreciar en el cuadro que sigue, lo que produjo el istmo de Panamá (a menos que los datos de Góngora y mis cálculos estén errados) fue poco más o menos lo mismo que Perú, dato que es por lo demás sorprendente y totalmente ajeno a lo que hasta ahora se sabía. Pero hay una diferencia: lo de Perú fue obtenido virtualmente de golpe, mientras que lo de Panamá se produjo a cuentagotas durante doce años.

No es difícil imaginar el impacto que debió producir en la hueste tanta riqueza depositada de pronto en sus manos. De inmediato se dispararon los precios de aquellos productos que eran de origen europeo y que no podían conseguirse en Perú, como caballos, espadas, vino, papel, azafrán, ajo, artículos de vestir españoles, etc. Algunos conquistadores virtualmente perdieron el sentido de las cosas y se dedicaron a jugar lo que les había tocado, en no pocos casos perdiéndolo todo. "En un sólo día se perdían y se ganaban fortunas que hubieran bastado para asegurar por toda la vida la subsistencia de sus poseedores", escribe Prescott[40]. El cronista sevillano Francisco de Jerez, que tuvo la sensatez de regresarse a España con lo que le tocó del botín y llegó a la Península en junio de 1534, describió la enloquecida escalada de precios que se suscitó al repartirse el botín:

> "No dejaré de decir los precios que en esta tierra se han dado por los mantenimientos y otras mercadurías, aunque algunos no lo creerán por ser tan subidos; y puedolo decir con

verdad pues lo vi y compré algunas cosas. Un caballo se vendió por mil y quinientos, y otros [a] tres mil y trescientos. El precio común dellos era de dos mil y quinientos y no se hallaban a este precio. Una botija de vino de tres azumbres, sesenta pesos, y yo di por dos azumbres cuarenta pesos; un par de borceguíes, treinta o cuarenta pesos, unas calzas otro tanto; una capa, cien pesos, y ciento y veinte; una espada, cuarenta o cincuenta, una cabeza de ajos, medio peso; a este respecto eran las otras cosas (es tanto un peso de oro como un castellano). Una mano de papel diez pesos. Yo di por poco más de media onza de azafrán dañado doce pesos. Muchas cosas había que decir de los crecidos precios a que se han vendido todas las cosas, y de lo poco en que era tenido el oro y la plata. La cosa llegó a que si uno debía a otro algo le daba de un pedazo de oro a bulto sin lo pesar, y aunque le diese al doble de lo que le debía no se le daba nada, y de casa en casa andan los que debían con un indio cargado de oro buscando a los acreedores para pagar lo que debían"[41].

Esta abrupta inflación de los precios fue una prefiguración de lo que sobrevendría muy poco después, primero en España, luego en toda Europa, una vez empezara a derramarse la riqueza americana por el mundo. Porque el Perú siguió arrojando oro a torrentes, aunque menos. Y sobre todo plata. Entre 1531 y 1535 Perú produce 11.736 kilogramos de oro y 95.504 kilogramos de plata; entre 1536 y 1540, 2.891 kilogramos de oro y 34.900 kilogramos de plata, y un 12% más en el quinquenio siguiente. La inmensa mayoría del oro que llega a Sevilla procede entonces del Perú, que se convierte en el proveedor dominante. Sin embargo, este oro se agota pronto porque es fruto del pillaje y la violencia, y si se quiere más, hay que ir a buscarlo en otras partes y a un costo mayor. Y también la plata, aunque su importancia llegó más tarde.

El licenciado Pedro de la Gasca, que es enviado por la corona al Perú para restablecer el orden, tras largos años de convulsiones internas y violentos asesinatos de algunos de los principales conquistadores y aun del propio virrey, regresa triunfante en 1548, pasando por Panamá, con un inmenso cargamento de plata que habían producido las recién descubiertas minas de Potosí. Para transportarla desde las minas a la costa se necesitaron "más de dos mil carneros [es decir llamas] y más de mil y quinientos indios de carga y número de vecinos"[42].

Ingresos decenales de oro fino y plata americana en la Casa de Contratación de Sevilla (en kilogramos)

Período	Plata	Oro
1503-1510	—	4.965
1511-1520	—	9.153
1521-1530	149.000	4.889
1531-1540	86.194	14.466
1541-1550	177.573	24.957
1551-1560	303.121	42.620
1561-1570	942.859	11.531
1571-1580	1.118.592	9.429
1581-1590	2.103.028	12.102
1591-1600	2.707.627	19.451
1601-1610	2.213.631	11.764
1611-1620	2.191.256	8.856
1621-1630	2.145.339	3.890
1631-1640	1.399.760	1.240
1641-1650	1.050.431	1.549
1651-1660	443.256	469
Totales 1503-1660	16.886.815	181.333

Fuente: Hamilton, Earl J., op. cit., p. 42. Nota: El título original, traducido al español es "Importaciones decenales de oro fino y plata (en gramos)". He convertido los gramos del cuadro original a kilogramos.

La fase del oro y la plata obtenidos mediante el saqueo, es decir a bajo costo, cede ahora a la búsqueda de los metales preciosos en los ríos o en las entrañas de la tierra, es decir, al lavado de arenas auríferas, o a las minas de filón, con el trabajo de miles de indios de encomienda o de indios mitayos. Estos metales son más caros de producir, porque

suponen grandes inversiones de capital y la explotación organizada de una mano de obra costosa, como eran los esclavos negros, que eran caros, o asalariada, como los indios mitayos. Se trata de un relevo que anuncia la consolidación de la Conquista y el comienzo de un nuevo modo de explotación de los territorios sometidos. Había llegado el momento de la minería, que era un asunto muy distinto al saqueo.

Notas al capítulo I

1 Ver bibliografía.

2 Pierre Vilar, *Oro y Moneda en la Historia, 1450-1920*, Editorial Ariel, Colección Demos, Barcelona 1974, p. 85. La primera edición es de 1964.

3 "Diario del Primer Viaje" (1492-1493), en Cristóbal Colón, *Los Cuatro Viajes, Testamento*, edición de Consuelo Varela, Alianza Editorial, Madrid, 1986, p. 64.

4 Hernando Colón, *Vida del Almirante don Cristóbal Colón*, edición de Ramón Iglesia, Fondo de Cultura Económica, México, 1947, p. 273-274. Se usó Veragua, sin la ese, hasta fines del XVIII.

5 Ibídem, pp. 269 y 276. Cursivas mías.

6 "Relación hecha por Diego de Porras, del viage e de la tierra agora nuevamente descubierta por el almirante D. Cristóbal Colón", en *Colección de documentos para la Historia de Costa Rica relativos al Cuarto y Último viaje de Cristóbal Colón*, publicado por la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica, San José, Costa Rica, 1952, p. 44.

7 Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias*, edición de Agustín Millares Carlo y estudio preliminar de Lewis Hanke, Fondo de Cultura Económica, México, 1951, T. II, pp. 280-282. Hernando Colón, op. cit., p. 284.

8 Al igual que las aguilillas, los "espejos" y otras piezas de orfebrería como las encontradas en el IVº Viaje, se encuentran en el *Museo Nacional de Costa Rica*, en el *Museo Arqueológico Reina Torres de Araúz* y en réplicas del *Museo del Canal Interoceánico de Panamá*, estos dos últimos en Panamá. También se encuentran en las colecciones de los *Museos Peabody* en los Estados Unidos.

9 Op. cit., p. 46.

10 Op. cit., p. 285.

11 Cf. *Colección de documentos para la Historia de Costa Rica relativos al Cuarto y Último viaje de Cristóbal Colón*, ya citada, p. 49. Las Casas (op. cit., T. II, p. 295) da más detalles sobre las piezas obtenidas en este "despojo que había robado" el Adelantado, "que serían obra de 300 ducados en espejos y aguilillas y cañutillos, como cuentas de oro, que se ponen a los brazos y piernas en hilos ensartados, y en unas tiras de oro que traen alrededor de las cabezas, en manera de corona".

12 Op. cit., pp. 45-46.

13 Las Casas, op. cit., T. II, p. 289.

14 Una copia de esta carta se hizo en el segundo tercio del siglo XVI y se conserva en el *Libro Copiador* de Colón, adquirido por el gobierno español y depositado en el Archivo General de Indias el 14.III.1988 (Patronato 296B, fol. 33v-38v). Llamada "Carta de Jamaica", fue impresa por primera vez en Venecia en 1505, con el título de *Lettera rarissima*, reimpresa nuevamente en la misma ciudad en 1810. Otra copia de la versión manuscrita fue realizada en el siglo XVII, y se encuentra en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca. Esta otra copia la publicó Martín Fernández de Navarrete en 1825 y es la que más han utilizado los especialistas. Ha sido reproducida numerosas veces.

15 Earl J. Hamilton, *American Treasure and the price revolution in Spain, 1501-1650*, Octagon Books, 1970, (primera edición, 1934), p. 42. Traducida al español como *El Tesoro Americano y la Revolución de los precios en España, 1501-1650*, Editorial Ariel, Barcelona, 1975.

16 Este rumor se lo atribuye Bartolomé de las Casas a los procuradores Caicedo y Colmenares, enviados por Balboa a la Corte. Op. cit., T. III, p. 14.

17 José María López Piñero, *Ciencia y Técnica en la Sociedad Española de los siglos XVI y XVII*, Labor Universitaria, Barcelona, 1979, p. 199.

18 El episodio de los aristócratas que llegaron en la flota de Pedrarias y que acabaron mendigando mendrugos de pan, en Bartolomé de las Casas, op. cit., T. III, p. 37.

19 Los especialistas están familiarizados con esta fase temprana de la conquista de Panamá y sobre el tema se ha escrito bastante. Para mi enfoque e interpretaciones propias, el lector puede consultar: *Políticas de Poblamiento en Castilla del Oro y Veragua en los Orígenes de la Colonización*, Editorial Universitaria, Panamá, 1972; *Conquista, Evangelización y Resistencia*, Instituto Nacional de Cultura, Panamá, 1995; los capítulos I a III de la Segunda Parte (El Orden Colonial) de la *Historia General de Panamá*, Comité Nacional del Centenario de la República de Panamá, Bogotá, 2004, Vol. I, T. I, pp. 79 a 129; y *Sociedad, Economía y Cultura Material, Historia Urbana de Panamá la Vieja*, Editorial e Impresora Alloni, Buenos Aires, 2006, capítulos I y II.

20 Ibídem. Sobre todo las tres últimas referencias.

[21] Utilizo como base para la elaboración de estos datos el cuadro de Mario Góngora, *Los Grupos de Conquistadores en Tierra Firme (1509-1530), Fisonomía histórico-social de un tipo de conquista*, Universidad de Chile, Centro de Historia Colonial, Editorial Universitaria, Santiago, 1962, p. 21.

[22] Earl J. Hamilton, op. cit., p. 42.

[23] Pierre Vilar, op. cit., p. 90.

[24] Earl J. Hamilton, op. cit., p. 42.

[25] Pascual de Andagoya, "Relación que da el Adelantado Pascual de Andagoya, dirigida al emperador Carlos V sobre su partida de Panamá y reconocimientos hasta Cali", en *Relaciones y Visitas a los Andes, S. XVI*. Edición de Hermes Tovar Pinzón, Instituto de Cultura Hispánica, Santa Fe de Bogotá, 1993, p. 129.

[26] Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, Biblioteca de Autores Españoles, editorial Atlas, Madrid, 1959, T. III, p. 289.

[27] Alfredo Castillero Calvo, *Conquista, Evangelización y Resistencia*, ya citado, pp. 39-63.

[28] En la edición príncipe de este mapa aparece por primera vez el nombre de América, y la única copia conocida de la primera impresión fue comprada en junio de 2003 por la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, pagando la suma de 10 millones de dólares. Es un mapa grande: mide 8 por 4,5 pies con una superficie de 36 pies cuadrados.

[29] Véase Gavin Menzies, *1421: El año en que China descubrió el Nuevo Mundo,* editorial Grijalbo, Madrid, 2003, p. 239. Menzies reproduce a color el mapa de Waldssemüller. El título original es *1421: The Year China Discovered the World*, publicado el mismo año.

[30] Francisco López de Gómara, *Historia General de las Indias y vida de Hernán Cortés*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1979, p. 288.

[31] Alfredo Castillero Calvo, *Conquista, Evangelización y Resistencia*..., pp. 48-49.

[32] Pierre Vilar, op. cit., p. 149.

[33] *Historia de la Conquista del Perú*, Segunda Edición de la Compañía General de Ediciones, S.A., México, 1965, pp. 138-139.

[34] Manuel Moreyra Paz-Soldán, *La Moneda Colonial en Perú: Capítulos de su Historia*, Banco Central de Reserva del Perú, Lima, 1980, p. 35.

[35] Cf. William H. Prescott, op. cit., p. 139.

[36] Pedro Pizarro, "Relación del Descubrimiento de los Reinos del Perú..., año 1571", en *Crónicas del Perú*, Biblioteca de Autores Españoles, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, Editorial Atlas, Madrid, 1965, pp. 193-196.

[37] Rafael Loredo, *Los repartos*, Lima, 1958.

[38] Manuel Moreyra Paz Soldán, op. cit., p. 35. Para estos temas ver también Eduardo Dargent Chamot, "Oro y plata en el Perú de la Conquista", en *Las Casas de Moneda Españolas en América del Sur*, Lima/Madrid, 2005.

[39] Demetrio Ramos Pérez, "Las grandes conquistas", en *Historia General de España y América*, T. XVII, Ediciones Rialp S.A., Madrid, 1982, p. 286.

[40] William H. Prescott, op. cit., p. 151.

[41] Francisco de Jerez, "Verdadera Relación de la Conquista del Perú y provincia de Cuzco", en *Crónicas de la Conquista del Perú*, México, s.f., p. 33. Ver también *Historiadores primitivos de Indias*, editado por Enrique de Vedia, Vol. II, Madrid, 1946-1947. Había llegado a Panamá en 1514 con Pedrarias Dávila, siendo aún adolescente. Se entrenó como notario y fue secretario de Pizarro por varios años. En Cajamarca se quebró una pierna y quedó para siempre baldado, lo que tal vez explique que no quisiera seguir en las campañas de conquista y prefiriese regresar a España. Un mes después de su arribo a Sevilla, publicó su célebre informe y era tal el interés por las cosas de Perú que fue de nuevo impreso en 1547 y luego traducido al italiano. Cf. James Lockhart, *The Men of Cajamarca*, A *Social and Biographical Study of the first conquerors of Peru*, Univ. of Texas Press, Austin, 1972, pp. 268-270.

[42] Juan Calvete de la Estrella, "Vida de don Pedro Gasca", en *Crónicas del Perú*, Biblioteca de Autores Españoles, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, editorial Atlas, Madrid, 1965, p. 73.

Capítulo II

Las minas de oro del mundo hispanoamericano

Se sigue buscando oro y se encuentra

Hacia mediados del siglo XVI, los metales preciosos siguen constituyendo la gran obsesión de los exploradores y colonos del Nuevo Mundo, porque siguen encontrándose, aunque con resultados variables. Se encuentra oro en Chile, en México, en Nueva Granada, y nuevamente en Panamá. Durante este período el oro sigue dominando. El "ciclo del oro", que se había iniciado casi desde el mismo Descubrimiento de América, llega no obstante a su fin, para dar paso al "ciclo de la plata", ya que a partir de la segunda mitad del siglo XVI, concretamente desde 1545, empiezan a encontrarse casi a la misma vez, grandes yacimientos argentíferos en el Nordeste de México y en Potosí, Bolivia, si bien el gran despegue de la producción es a partir de la década de 1570.

Aunque fue la plata la que dominó abrumadoramente a partir de entonces, el oro no dejó de buscarse, y encontrarse. Así sucedió en Panamá, sobre todo en Veraguas; en Buriticá y otras partes de la actual Colombia; en Chile, y en ciertas partes de México. También se encontró en Honduras. Las primeras señales de que el territorio hondureño bajo control español empieza a consolidarse aparecen a fines de la década de 1530, precisamente a raíz del descubrimiento de los primeros lavaderos de oro en los ríos Aguán y Quimistán, y al establecerse, concomitantemente, las primeras haciendas de ganado vacuno al interior de Puerto Caballos.

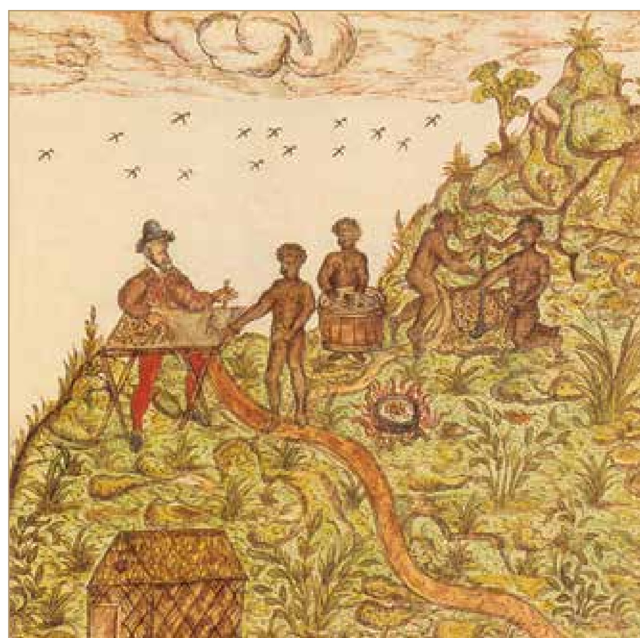
Entre 1545 y 1560 Chile produjo una media de 2.000 kilogramos por año, para descender a 500 kilogramos a partir de 1560, debido a la resistencia de los fieros araucanos. La producción de México era más bien escasa: un esclavo tardaba un mes en recoger un peso de oro, mientras que, como ahora veremos, en los minerales de Veraguas esta cantidad la obtenía un esclavo en un solo día, e incluso en medio día. Para la misma época se extraía oro en la Audiencia de Quito, actual Ecuador, en las minas de Zaruma, Cuenca, Loja y Yaguarsongo. Hacia 1570 en estos distritos se producían anualmente cerca de 300.000 pesos, pero la producción entra en crisis hacia 1590, cuando desciende a 130.000 pesos, y a 70.000 en 1600, reduciéndose a cerca de 50.000 a partir de 1610.

Los yacimientos de oro más importantes encontrados en las colonias españolas del Nuevo Mundo se ubican realmente en la cuenca aurífera que se extiende entre el istmo de Panamá y la actual Colombia, que desde fines de la década de 1550 domina la producción aurífera de todas las posesiones españolas del continente hasta fines del período colonial. La explotación de las minas de oro fue la base de la economía neogranadina durante siglos. Se ha calculado que la producción anual de oro en la Nueva Granada durante el siglo XVI fue de 4.063 libras; de 7.063 libras en el siglo XVII y de 9.375 libras en el siglo XVIII. En el siglo XVII Nueva Granada era el área de mayor producción mundial de oro, con el 40%[43]. Esta posición la cede en favor de Brasil en el siglo XVIII y de California y Australia en el siglo XIX.

Hasta 1780, el oro representaba casi el 100% de las exportaciones de Nueva Granada. Sólo a fines del siglo XVIII, luego de que la metrópoli tratara de promover y diversificar las exportaciones de otros productos como el algodón, el cacao, el azúcar, el palo de tinte, la quina y los cueros, fue que se redujo su importancia como factor dinamizador del comercio exterior, y aun así representaba el 90% de las exportaciones. La producción aurífera fue el motor de otras áreas económicas, estimulando y posibilitando el comercio interno y externo, así como el desarrollo agrícola, ganadero y manufacturero, creando en las zonas mineras un mercado para los productos agrícolas y ganaderos de varias provincias y para los lienzos y ropas que se producían en Quito, Pasto y las provincias de Tunja y Socorro. Según la historiografía colombiana, toda la economía del virreinato estuvo de alguna manera vinculada a la producción de oro, y sus ciclos de bonanza o depresión estuvieron condicionados por las coyunturas de prosperidad o estancamiento de la minería[44].

Dada la enorme importancia del sector minero en la historia colonial de Nueva Granada, se comprende la multitud de trabajos que ha inspirado el tema. Esto no ha sucedido en Panamá, cuya economía ha estado desde los umbrales de su historia estrechamente ligada al sector terciario, y donde la producción aurífera nunca ocupó un papel decisivo en sus ascensos o caídas coyunturales. Así se explica esta notable asimetría entre la producción historiográfica panameña y la colombiana. Sin embargo, aunque todavía hacen falta mayores investigaciones sobre la minería panameña, los datos que aquí presentaré permiten sugerir que entre ambas regiones hay grandes similitudes, tanto en el volumen de la producción aurífera de ciertos centros mineros como en sus ciclos cronológicos.

En muchos aspectos ambos territorios compartieron una historia común, intercambiándose mano de obra esclava, o confrontando simultáneamente los mismos problemas laborales y el consecuente estancamiento de la producción. Esto último sucedió en ambos territorios cuando la provisión de esclavos hizo crisis en 1640. Mineros blancos dueños de cuadrillas se mudaban con sus esclavos de Veraguas en Panamá, a Zaragoza, en la Nueva Granada, o viceversa. Los rendimientos decrecientes determinaron en ambas regiones los mismos ciclos de alzas y bajas de la producción. Los ciclos cronológicos que se han identificado para la Nueva Granada —auge entre 1550 y 1640, decadencia a partir de entonces y nuevo despegue a partir de 1680—, coinciden notablemente con los ciclos auríferos panameños. Los picos más altos alcanzados en Nueva Granada en el siglo XVI coinciden cronológicamente con los momentos de mayor producción en Veraguas. En ambas regiones se confrontaban los mismos problemas tecnológicos, y se explotaron tanto minas de filón con sus galerías y socavones, como lavaderos de aluvión o de placer, usándose en los de aluvión el mismo tipo de herramientas rudimentarias como el almocafre (una especie de azadón) y las barretones, una pala para remover la



Esclavos negros trabajando en minas de placer americanas.

tierra y una batea para separar el oro de sus gangas mediante el movimiento por rotación. La concentración de mano de obra en los minerales era muy parecida en Panamá y en Nueva Granada, con límites máximos de unos 2.000 esclavos por real de minas en explotación. Finalmente, el inicio del segundo ciclo del oro, que empieza en 1680 —en el Chocó neogranadino por un lado, y en el Darién panameño por otro, ambos en el Pacífico y relativamente cercanos— fue posible gracias a la apertura de estos territorios mediante su "pacificación", con el consecuente establecimiento de núcleos urbanos ocupados por colonos y de asentimientos indígenas bajo control doctrinal, en el caso de Panamá a cargo de la orden de Santo Domingo. Las semejanzas son tales y ambos territorios comparten tantos problemas comunes, que sin exageración puede decirse que se trata de una misma historia.

Los metales preciosos y la organización del espacio hondureño

La historia de Honduras está íntimamente ligada a la explotación de los metales preciosos, sobre todo la plata. Ambos metales fueron soportes esenciales de la economía hondureña colonial y resultaron decisivos en la integración de su territorio, aún hasta tiempos relativamente recientes. A tenor de los hallazgos de minerales preciosos fue, en efecto, eslabonándose el país y sentándose las bases para su organización económica y política, hasta adquirir una unidad razonablemente coherente. En 1536, Pedro de Alvarado funda San Pedro Sula, para conectar con el Caribe por Puerto Caballos. Ese mismo año, ordena la fundación de Gracias a Dios, en el occidente de Honduras. Entretanto, la ganadería se extiende hacia Yoro, Agalteca y Comayagua, fundándose en este último lugar en 1537 la ciudad de Nueva Valladolid (hoy Comayagua), donde se encuentran abundantes minerales de oro. Al año siguiente algunos colonos se establecen en el Valle de Olancho, donde el oro abunda más. Y es que el oro, para los conquistadores, era el motor principal para la ocupación territorial y los asentamientos. Por ello, casi cada nueva población se asienta y prospera porque surge al calor de algún hallazgo metalífero.

La selección de Comayagua es vital: quedaba "equidistante de los dos mares", y por ello se propone como sede de la capital de Honduras. Pero también porque la rodean ricos yacimientos metalíferos. Situada en un fértil valle "y cercada de oro y plata, do se dan todos los frutos de Castilla", y en el corredor natural del territorio hondureño, a medio camino entre el Caribe y el Pacífico, es la primera evidencia sólida de un programa de consolidación territorial basado en la ilusión transístmica, una elusiva quimera que ya empezaba a excitar la imaginación de los criollos hondureños de entonces, y que los ha acompañado hasta el día de hoy.

El oro, la ganadería, y el corredor, definen la nueva lógica espacial de Honduras, cuyo centro de gravedad se desplaza claramente hacia la mitad occidental del país. De esa manera, los polos económicos y administrativos empiezan a definirse. En 1544, en un intento institucional por dar mayor definición al territorio, se establece la sede de la Audiencia de los Confines, primero en Comayagua y luego en Gracias, acentuándose de esa manera la vocación occidental del espacio hondureño. Entretanto, la ganadería se sigue expandiendo al irse confirmando las ventajas de la depresión central para comunicar ambos mares, abriendo al mercado la creciente población ganadera de la Choluteca, que a la vez empieza a exportar su sal. En la fértil región de San Jorge de Olancho, fundado en 1540, se encuentran ríos auríferos y crece la ganadería, que sale hacia Guatemala pasando por Comayagua. Finalmente, en 1578, se descubren importantes yacimientos de plata donde más tarde se fundaría Tegucigalpa.

Todo esto ocurre cuando Guatemala empieza a convertirse en el gran polo económico y administrativo de la región, y hacia este polo se orienta cada vez más la producción hondureña: sobre todo de metales preciosos y de ganado para el sustento de la mano de obra que trabaja en Guatemala en el cultivo de añil, su principal producto de exportación. Gran parte del oro y la plata salía para los mercados europeos, aunque el principal mercado del ganado era la vecina Guatemala. Cada año, manadas de ganado de Olancho y de Gracias eran vendidas en las ferias de la frontera para el consumo de las empresas añileras. Desde entonces y por muchos años, quedó establecida la dependencia económica de Honduras a Guatemala.

España, a su vez, procede a definir los límites provinciales de la región, basándose, según era su política tradicional en las colonias, en sus recursos naturales, sobre todo si entre esos recursos estaba el oro o la plata. Traslada la Audiencia de los Confines de Gracias a Guatemala, y establece en esta ciudad la sede de la Capitanía General, que dominará sobre otras cuatro provincias: Honduras, Nicaragua, El Salvador y Costa Rica, con límites territoriales que prefigurarán los futuros estados nacionales modernos. Honduras, a su vez, es dividida en siete Partidos: Comayagua, Olancho el Viejo, Yoro, Tencoa, Olancho el Nuevo, San Pedro Sula y Gracias. Se crea además la Alcaldía Mayor de Tegucigalpa, que comprenderá los actuales departamentos de Francisco Morazán, Choluteca, Valle y El Paraíso. La capitalidad de todo el territorio hondureño recaerá finalmente en Tegucigalpa, un pueblo que se levantó, literalmente, sobre boca minas de plata, y fue este metal el que decidió su condición de capital.

Ganado vacuno y mular, y metales preciosos, sobre todo plata, constituyen desde mediados del siglo XVI los motores económicos que vinculan a Honduras a los mercados regionales. El descubrimiento de plata en el centro del país en la década de 1570 produce el abandono de los lavaderos de oro, y el traslado del centro de gravedad económica hacia las zonas de Comayagua y Tegucigalpa. Así, en 1573 San Pedro Sula pierde el rango de capital para cederlo a Comayagua, aunque Tegucigalpa no cesará de disputarle la primacía económica y administrativa, por concentrarse en ella la mayor producción de plata. La disputa por la capitalidad entre Comayagua y Tegucigalpa se convertiría en uno de los temas fuertes de la historia hondureña. Con la creación de la Alcaldía Mayor de Tegucigalpa y la riqueza de sus vetas de plata, se va consolidando la orientación espacial de Honduras hacia la zona sur-occidental.

En Nicaragua y El Salvador también se realizaron explotaciones mineras, pero fueron de duración efímera. Igualmente Costa Rica tuvo un fugaz proyecto minero, pero luego se convierte en región agrícola para depender de sus ventas al istmo de Panamá[45].

El primer ciclo de oro neogranadino: 1550-1640

El primer ciclo del oro neogranadino se inicia en Santa Fe, Tunja, Vélez y Pamplona, en la gobernación de Popayán, y en Antioquia. Entre 1535 y 1550, cuando se iniciaba la conquista y colonización de Nueva Granada, la gran mayoría del oro se obtenía mediante el saqueo de los cementerios indígenas y la rapiña, al igual que había sucedido en Las Antillas y en Panamá. Entre 1537 y 1544, los conquistadores le habían arrebatado a los chibchas más de medio millón de pesos, y entre 1545 y 1550 empezaron a explotarse los lavaderos de Tocaima y Vélez, que produjeron cerca de 150.000 pesos durante ese quinquenio. En la década de 1550, los minerales más ricos se encontraron en la montaña de Buriticá, en la región de Antioquia, cuyo oro ya era trabajado por los orfebres indígenas del Sinú. Su rendimiento fue de 80.000 pesos de oro, es decir mucho menos de lo que se esperaba debido a la resistencia de los indígenas. A partir de 1560 la fuente principal del oro

se encuentra en el distrito de Santa Fe, con los filones de Pamplona y Vitoria, y los lavaderos de Vélez, Tocaima, Ibagué y Mariquita, que continuarán siendo los más importantes hasta la década de 1580, cuando se descubren los yacimientos de Cáceres y Zaragoza, en la región antioqueña, y los de Remedios, a orillas del río de La Miel, tributario del Samaná del Sur. En 1582, Buriticá contaba con 300 esclavos negros y 1.500 indios de encomienda, 20 vecinos propiamente y unos 200 españoles. Las arenas auríferas de Zaragoza se convierten luego en el gran foco de atracción, y en el centro minero neogranadino más importante del período colonial. La minería en Popayán, muy rica en filones, pero donde escaseaba la mano de obra indígena, empezó a regularizar su producción hacia 1550, luego de sufrir varias rebeliones indígenas; pero en 1575 las minas de Popayán se despueblan debido a los ataques de los indios paéces y pijaos[46].

Gran parte de la producción aurífera neogranadina tenía la ventaja de que podía salir por las vías fluviales que llegaban hasta el puerto de Cartagena, cuyas actividades virtualmente dependen de la prosperidad de la producción aurífera. Desde mediados del siglo XVI hasta la década de 1580 Cartagena es sobre todo un puerto exportador de oro extraído del interior neogranadino. Basándose en los estudios de Parsons y en los datos estadísticos publicados por Hamilton, Pierre Vilar ha sostenido que mientras dominaba la producción de Buriticá, estos yacimientos eran "los más importantes del continente", asumiendo que de allí procedían las entradas de oro a Sevilla, que alcanzan a 42.620 kilogramos entre 1551 y 1560; entre 1571 y 1580, 9.429 kilogramos; y 19.541 kilogramos entre 1591 y 1600[47]. Hamilton a su vez, supone que para el período 1540 a 1560, cuando las llegadas de oro a Sevilla aumentaron considerablemente, la mayoría procedió de Nueva Granada.

Pero no debe olvidarse que las cuentas fiscales de la época sólo pueden aceptarse por su valor para indicar una tendencia, más que como datos de valor absoluto. Por otro lado, en las remotas regiones mineras resultaba muy difícil llevar un riguroso control fiscal del oro que se producía. Siendo el oro una mercancía de alto valor por unidad de peso, para los mineros debía ser muy fuerte la tentación del fraude y el contrabando. De esa manera es difícil establecer una relación estadística confiable entre el oro que se produjo en América y lo que ingresó a Sevilla. Finalmente, como ha demostrado el historiador colombiano Germán Colmenares, el quinto recaudado en Nueva Granada entre 1540 y 1560 dista mucho de respaldar la hipótesis de Hamilton, ya que está muy por debajo de sus cifras[48].

La impresión de que virtualmente todo el oro que llegaba a la Casa de Contratación procedía de Buriticá, como sugiere Vilar, supone ignorar otros yacimientos neogranadinos más importantes, o de otras partes del continente, como los de Ecuador, o Panamá, donde nunca cesó la prospección de yacimientos y no faltaban individuos dedicados a la minería incluso en las cercanías de la capital. En Acla, situado en el extremo oriental de la costa Caribe de Panamá, muy cerca de la frontera colombiana, hasta 1559 se concentraba una comunidad exclusivamente dedicada a la minería aurífera con el auxilio de uno o más cientos de esclavos negros, aunque sobre sus niveles de producción apenas se sabe nada. Ente 1559 y 1589, además, se desarrolló una actividad minera muy importante en Veraguas, situada al oeste de Panamá, y como ahora veremos, la producción de sus minerales, sobre todo entre 1564 y 1578, distó mucho de ser despreciable, representando probablemente un alto porcentaje de lo que ingresó a Sevilla durante esos años.

Para esas fechas aún no se habían empezado a explotar los ricos minerales de Zaragoza en Antioquia, y los centros mineros neogranadinos quedaban en el distrito de Santa Fe, Cartago y Popayán (este último hasta 1570, como ya dije). Germán Colmenares ha analizado los registros de las distintas Cajas neogranadinas, para ofrecernos

datos puntuales sobre la producción de oro entre mediados del XVI y mediados del siglo siguiente, y yo mismo he trabajado las Cajas Reales de Veraguas para el siglo XVI. Comparando los datos de ambas Cajas se observa que entre 1565 y 1579 el total de la producción neogranadina fue de 850.602 pesos con un promedio anual de 56.707 pesos. Para el mismo período, la producción de Veraguas, entonces concentrada en un sólo río, el Concepción, y sus afluentes, fue de 103.810 pesos anuales, es decir casi el doble que el promedio neogranadino[49]. Más adelante volveré sobre la minería veragüense.

Según Colmenares, en las Cajas de Santa Fe, la producción asciende de manera constante a partir de 1555, hasta alcanzar su pico en el quinquenio 1565-1569 con 173.534 pesos anuales, manteniéndose en este nivel hasta 1584, con 154.514 pesos anuales para los tres lustros. A partir de 1590 se le agrega el mineral de Remedios, y la producción del decenio asciende a 207.262 pesos anuales. Todavía en el quinquenio 1600-1604 el rendimiento es alto, con 185.451 pesos anuales, pero a partir de entonces empieza a descender irreversiblemente hasta casi desaparecer a partir de mediados de la década de 1640: entre 1640 y 1644 las Cajas sólo registran una producción de 19.382 pesos anuales.

Según la Caja de Popayán, la explotación minera se reanuda entre 1595 y 1599, produciendo 68.965 pesos de 22,5 quilates al año, para empezar a declinar desde principios del siglo XVII hasta 1634, con un promedio anual durante los últimos 30 años, de 38.947 pesos. Luego entra a una nueva fase decreciente hasta 1656-1659, cuando sólo produce 3.742 pesos anuales. Sus actividades mineras cesan entonces.

Según la Caja Real de Cartago, los minerales de Toro y Anserma inician actividades a partir de 1551, con una producción de 4.701 pesos anuales. En los años siguientes, hasta 1594, el promedio anual es de cerca de 6.500 pesos. A partir de comienzos del siglo XVII la decadencia es visible: entre 1605 y 1624 la producción media anual es de poco más de mil pesos. Luego cesa la producción.

Los más ricos minerales neogranadinos quedaban en Antioquia: Zaragoza y Cáceres, a los que se agrega Guamacó a partir de 1620. Los dos primeros alcanzan en conjunto en el momento de despegar (1595-1599), un promedio anual de 349.705 pesos. Fueron sus años más fecundos. Luego empiezan a declinar, aunque suavemente. Entre 1600 y 1629 alcanzan un promedio anual de cerca de 260.000 pesos de 22,5 quilates, aunque ya se había sumado la producción de Guamacó. Luego sobreviene un decline cada vez más acusado. Entre 1650 y 1659 todos los minerales antioqueños sólo producen 26.265 pesos anuales. Entre 1660 y 1665, no alcanzan a 22.000 pesos anuales. A partir de entonces Antioquia deja de producir oro[50].

Resumiendo, los años de mayor esplendor de la minería neogranadina durante este período se sitúan entre 1595-1599, cuando la producción de todos sus minerales suma un promedio anual de 651.576 pesos. Entre 1600 y 1604 el promedio sigue siendo alto: 526.765 pesos anuales. Pero desde principios del siglo XVII empieza el declive. Ya entre 1635 y 1639 la producción total es de 226.364 pesos anuales. En el quinquenio siguiente, de 116.165 pesos anuales y entre 1655 y 1664 el promedio anual es de sólo 25.979 pesos al año. Es el fin de este ciclo del oro y la minería neogranadina entra entonces en una prolongada crisis de la que no empieza a recuperarse hasta 1680.

Los estudios de Hamilton indican que a partir de 1611 hasta 1660, la llegada de oro a Sevilla siguió una tendencia decreciente, hasta casi paralizarse en el deceno de 1651 y 1660 con sólo 469 kilogramos y un promedio anual de 46 kilogramos. La coincidencia entre el declive en los ingresos de Sevilla y la producción neogranadina no parece casual. La producción aurífera de Veraguas sigue idéntica tendencia, y parece obvio que en ese sentido comparte con Sevilla y la Nueva Granada una historia común.

El oro en Veraguas: 1559-1640

La producción aurífera de la provincia de Veraguas, situada al Occidente del istmo de Panamá, ha sido virtualmente ignorada por la historiografía y se desconoce fuera de Panamá. Sin embargo, su importancia no puede ignorarse. Si bien la riqueza aurífera de Veraguas era conocida desde el Cuarto Viaje colombino, no había llegado a explotarse hasta 1559, cuando Veraguas fue finalmente conquistada por Francisco Vásquez, un colono extremeño avecindado en Natá. Se estableció entonces el real de minas de Concepción, a orillas del río de ese nombre, situado en la vertiente Caribe de la provincia. Durante los primeros años la explotación se concentró en el propio río, que demostró ser excepcionalmente rico en arenas auríferas; luego empezaron a explotarse los "placeres" de otros ríos y quebradas cercanas, pero años más tarde se encontraron minas de filones o vetas, iniciándose entonces la explotación de sus socavones y galerías[51].

Para la década de 1570 se concentraban en la zona más de cien mineros españoles y 2.000 esclavos africanos. Se trata de una cifra relativamente alta si consideramos la época y la posición periférica del asiento respecto a los principales centros coloniales y a las grandes rutas de comercio. El hecho es que, según los registros fiscales, la producción creció a un ritmo creciente; algunos años la producción superó los 140.000 pesos de "oro fino"; al cabo de 30 años de explotación, la producción sumó un total de 2.000.000 de pesos, a razón de unos 65.000 pesos anuales[52]. El cronista Juan López de Velasco aseguraba en 1571, que toda Veraguas estaba "lastrada de oro", y que éste se encontraba "en cualquier parte de ella que se cave hasta un estado" (1,67 metros)". Agregaba que "cada negro saca por lo menos un peso cada día, y en todos los ríos y quebradas se hallan buenas minas y nacimientos de ello y el oro llega a la ley". Se trata de pesos de oro de 4,18 gramos, de modo que cada negro extraería un kilo de oro cada 200 jornadas.

Analizando evidencias referentes a los días de trabajo en los centros urbanos, he calculado que un obrero típico trabajaba efectivamente 283 días al año, asumiendo que se respetaran los domingos y días de guardar[53] Tomando en cuenta esto, más el rendimiento diario por esclavo y el total de la fuerza laboral durante las épocas de máxima producción, los mejores años alcanzarían la notable cifra de 566.000 pesos (o acaso mucho más, ya que probablemente a los esclavos se les hacía trabajar también en días de fiesta religiosa). Esto parece coincidir con las afirmaciones del canónigo de la catedral, Dr. Antonio de Herrera, quien escribió en una "Memoria" de 1603: "notoria cosa fue a toda España la riqueza y grosedad de las minas de oro de Veragua pues sin se mudar de un asiento de un río [se refiere al Concepción] que corría espacio solamente de tres leguas a la costa del norte se sacaban cada año setecientos y ochocientos mil pesos de oro"[54], es decir, unos 3.000 a 3.500 kilogramos anuales o entre 6.522 libras y 7.609 libras (una libra = 460 gramos y una onza 28,75 gramos).

Vimos atrás que para esos mismos años (1571-1580) se registraron en la Casa de Contratación de Sevilla entradas por 9.429 kilogramos, es decir menos de 1.000 kilogramos por año, por lo que a las minas de Veraguas debía corresponderle una parte alícuota mayoritaria. De ser esto cierto, se impone revisar la afirmación de Vilar de que las minas de Buriticá "se convierten rápidamente en las más importantes del continente", puesto que ese honor bien podría disputárselo Veraguas. A juzgar por las evidencias, por otra parte, también habría que revisar la afirmación de que las actividades mineras de Veraguas fueron "bastante efímeras"[55], ya que, como dije, estuvieron bajo explotación ininterrumpida durante 30 años, sólo en el real de Concepción, sin mencionar que la actividad minera en esta provincia virtualmente no cesó durante todo el período colonial, que la misma fue reactivada durante el siglo XIX con capital inglés, y que aún continúa hasta nuestros días. De hecho, si se comparan las cifras de producción de este

real de minas, con el total producido en Nueva Granada entre fines del siglo XVII y mediados de XVIII, se observa que las cotas alcanzadas eran muy cercanas.

Producción anual del real de minas de Concepción

Años	Pesos	Años	Pesos
1559-1560	127.378	1574	131.622
1561	129.993	1575	132.200
1562	71.812	1576	140.617
1563	80.160	1578	100.000
1564	106.169	1579	81.350
1565	104.686	1580	78.610
1566	114.458	1583	27.000
1567	137.142	1584	52. 406
1568	112.638	1585-86	50.000
1569	92.656	1587	14.970
1570	49.138	1588	9.920
1571	69.399		

Fuente: Alfredo Castillero, *Estructuras*..., p. 60.

Pero en 1589, el real de minas de Concepción fue abandonado, aunque no por agotamiento de los minerales, ya que si bien los rendimientos habían decrecido, también intervinieron otros factores, casi todos de origen externo, que al parecer fueron los decisivos. A cambio de rescates, la piratería que merodeaba las costas cercanas constantemente retenía las vituallas que se enviaban de Nicaragua, Nombre de Dios, Tolú, Cartagena y las islas del Caribe, con el consecuente encarecimiento de los costes de producción. A esto se agregaban los ataques de los indios *coclé,* que no cesaban de hostigar a los mineros, causándoles muertes a ellos y a sus esclavos. Finalmente, llegaron noticias de que en la zona de Zaragoza, en la Nueva Granada, se habían encontrado nuevos hontanares ricos en oro; además, para 1588 una epidemia devastó la población indígena de Zaragoza, quedando las explotaciones sin brazos, y para estimular la repoblación y la minería, se anunció que se cobraría el "veinteno" en lugar del "diezmo", es decir la mitad del impuesto. Todos estos factores contribuyeron a que en 1589 los mineros de Concepción decidieran abandonar el real veragüense y se marcharan en masa a Zaragoza con sus esclavos, pudiendo de esa manera continuar en el negocio minero.

Pero este abandono de la minería veragüense duró poco. La quimera del oro había fraguado firmemente en el imaginario popular, no sólo entre los veragüenses sino entre mucha otra gente del reino. De esa manera, el oro siguió buscándose y, ya en 1599, surgió un nuevo polo de atracción aurífera localizado en la vertiente occidental de la Península de Azuero, entre los ríos Tebario y Quebro y las sierras de Guanete. Pero esta actividad, que se centró en la comunidad minera de San Juan de Meriato, fue efímera, y ya había terminado hacia 1604. En tres años de explotación, entre el 22 de junio de 1599 y el 21 de mayo de 1604, el veinteno del oro en polvo que se registró en las Reales Cajas sólo sumaba 1.600 pesos y 6 tomines de oro, cantidad mínima si se la compara con las cifras alcanzadas en el real de minas de Concepción durante la década de 1570.

Casi al mismo tiempo que se abandonaba el real de minas de Meriato (originalmente Mariato), surgía un segundo polo de atracción aurífera, en la vertiente del Caribe, a partir de la región cordillerana. El gobernador Juan López de Sequeira, de origen portugués, fundó la ciudad minera de Lisboa en 1602, a orillas del río San Juan, en el actual Coclé, a seis leguas de la costa caribeña, que trasladó poco después a orillas del río Belén con el nombre de Nueva Lisboa, donde también encontró oro de placer; luego la trasladó al curso bajo del río Belén, más cerca del mar, aunque tampoco ésta sobrevivió. Entre 1604 y 1607, según una Probanza que había ordenado hacer este gobernador, se registraron en la "fundición real de Coclé" 101.212 pesos dos tomines de oro en polvo, es decir 436 kilogramos, a razón de 109 por año. Al parecer este oro fue extraído de las riberas de los ríos Belén, Caimito, San Juan y Coclé del Norte, que desaguaban en el Caribe.



Conquistadores españoles maltratando indígenas americanos. Grabado de Thédore de Bry (Lieja, 1528-1598).

Pero el incremento en la producción de oro a partir de 1605 se debió menos a López de Sequeira que al capitán Lorenzo de Roa, quien había sido nombrado mediante provisión del 31 de marzo de ese año por el presidente y capitán general Alonso de Sotomayor para reemplazar a Sequeira como gobernador *a.i.* de Veraguas, por haber sido éste suspendido por la Audiencia bajo acusación de maltrato a los indios, y enviado preso a la capital. Roa se había ganado la confianza de Sotomayor y desde mucho antes había hecho notables méritos como capitán de navío en varios viajes trasatlánticos, en combates con piratas en Cartagena y desde 1597, cuando llegó al Istmo, estuvo a cargo de distintas fortificaciones y tropa tanto en Panamá como en Portobelo con títulos de capitán, alférez y sargento mayor. Siendo Sequeira todavía gobernador de Veraguas, y siguiendo órdenes de Sotomayor, Roa había llevado tropa, alimentos y equipo a los reales de mina, de modo que conocía la región. Fue una misión que él mismo costeó con su sueldo de militar, para la que había pedido un adelanto que se le concedió.

Roa permaneció en este cargo durante tres años, realizando nuevos descubrimientos de minas que aumentaron considerablemente los ingresos del fisco, como lo evidencia la Probanza citada antes. Aunque durante todo este tiempo Roa sólo recibió el sueldo de capitán de infantería de mil ducados anuales, no dejaría de acumular algún oro pues durante su administración "se descubrieron muchas y muy ricas minas". Luego llegó el gobernador en propiedad Juan de Arrola, y Roa regresó a la capital para seguir ocupando su cargo de capitán de infantería.

Al regresar a Panamá, casi de inmediato, en las elecciones del primero de enero de 1608, el Cabildo le eligió alcalde ordinario. Con ello la élite capitalina, también interesada en la extracción de oro, la hacía reconocimiento público por el éxito que había tenido en Veraguas. Ya para entonces, Roa era propietario de uno de los hatos ganaderos más grandes del país, con más de 5.000 reses. Este ganado lo tenía en los llanos de Coclé, seguramente para abastecer los cercanos reales de minas. Como alcalde ordinario, realizó varias obras públicas, aderezando calles y calzadas, acabó de reedificar a su costa la ermita de Santa Ana, situada a las afueras de la capital, e hizo construir de piedra una gran cruz o humilladero al frente de la ermita, "procediendo en todo como muy gran republicano". Casó con la hija de uno de los hombres más ricos e influyentes de la ciudad, Juan de la Fuente Almonte y de las Casas, tenía un bergantín para la pesca de perlas en el Golfo de Panamá y una casa situada detrás del convento de La Compañía de Jesús, inmediata a una de piedra de Agustín Franco, alguacil mayor de la ciudad y uno de los hombres más prominente de la ciudad. Un testigo afirmaba que Roa "se ha tratado desde que este testigo le conoce muy honradamente, trayendo camaradas y otras personas particulares a su mesa en lo cual se gasta dos veces doblado de los sueldos que su majestad suele hacer merced a semejantes personas". Otro testigo lo confirma: "trae su persona y casa muy bien aderezada y con tanto aparato que es imposible con el salario que se le da poderse sustentarse"[56].

Dado que antes de ir a gobernar Veraguas Roa carecía de bienes de fortuna y no gozaba de mayor predicamento social, salvo por sus glorias pasadas como "soldado de cuenta", cabe suponer que fueron los años que permaneció al frente de las explotaciones auríferas lo que le aseguró un futuro económico desahogado. Aunque su comisión oficial había sido sólo la de gobernar y por tanto de administrar la provincia, consta que desde su primera comisión a Veraguas Roa estuvo realizando catas para descubrir nuevos yacimientos, lo que hizo con bastante éxito, para lo que debió poner esclavos suyos a explotar los minerales. Parecería además apenas natural que se beneficiase del mercado minero con su hato ganadero. Fue una combinación exitosa que nadie habría pensado objetar, ya que era así como funcionaba el sistema colonial. En ese sentido podría considerarse un caso típico que se repetiría en el futuro varias veces, tanto en Panamá como en otras colonias.

El nuevo auge de las actividades mineras, sobre todo gracias a la gestión de Lorenzo de Roa, continuó estimulando nuevas explotaciones, y en 1608 se descubren lavaderos en el río Tabarabá, en la vertiente del Pacífico cerca de Montijo. De esa manera, los mineros que se encontraban en los placeres de Coclé se desplazaron hacia el sur, abandonando el proyecto colonizador iniciado por López de Sequeira. A orillas del Tabarabá se fundó el pueblo de Nuestra Señora de La Regla, y 500 esclavos negros empezaron a trabajar en los arenales auríferos. Pero tampoco esta explotación fue muy duradera y a principios de la década siguiente ya había sido abandonada. Con todo, la pacificación de los indios *coclé* por López de Sequeira y Lorenzo de Roa, dejaría expedito el camino del litoral Caribe para futuros poblamientos. Así, hacia 1619, cuando los lavaderos de Tabarabá se habían agotado, el gobernador Lorenzo del Salto pudo fundar el real de minas de La Palma, a orillas del actual río

Palmilla, que desagua en el Caribe y se encuentra a pocos kilómetros al Este de Concepción, creándose un cuarto polo de atracción aurífera. Durante 20 años, pendulando de norte a sur, y generalmente hacia las mismas regiones litorales, la actividad aurífera se había mantenido de manera prácticamente ininterrumpida.

A tenor de estos descubrimientos se desatarían fugaces aunque intensas fiebres de oro que arrastraban a muchos vecinos y, con ellos, a sus indios de encomienda. Los primeros en acudir eran los mineros con experiencia y los dueños de cuadrilla, algunos de ellos formados en la desaparecida Concepción. Procedían de Cartagena y Santa Marta y, sobre todo, de algunas comunidades mineras del interior de Nueva Granada, como Zaragoza. Algunos llegaban con cientos de esclavos negros. En Tabarabá llegaron a trabajar hasta 500 negros, y en La Palma, unos 300. Pronto comenzó a extenderse la práctica de que casi cualquier vecino, sin esclavos y con sus propias manos, se dedicara a buscar "su orito"; se les conocía en el argot popular con el nombre de "mazamorreros" o "gurguzeros". Tampoco faltaban los empresarios que llegaban con decenas o con cientos de esclavos procedentes de Panamá, y que con suerte variable se dedicaban a la minería. Y es que en la gobernación de Veraguas y en la región de Coclé no existía entre los siglos XVI y XVII ninguna otra actividad más lucrativa que la minería.

La minería se extendía por un amplio territorio. Conforme a una *Memoria* que elaboró Juan de Valencia en 1669, se explotaban "seis leguas de tierra hacia el paraje de los picachos y más de 30 leguas desde el embarcadero que llaman de Coclé [¿Río Coclé del Norte?] hasta el sitio en que hoy están labrando en Veragua". Según esto, los minerales se encontraban dispersos por un área de tal vez más de 5.000 kilómetros cuadrados. De hecho, se extendían desde las cercanías del río Chagres, pasando por las cercanías de la capital, hasta las jurisdicciones de Natá, Los Santos y prácticamente toda la provincia de Veraguas.

Algunos mineros tuvieron verdaderos golpes de fortuna; encontraban ubérrimas "cangrejeras" y filones, y se hacían ricos de la noche a la mañana, convirtiéndose en figuras señeras de la élite capitalina. Estos súbitos golpes de fortuna pasaban de inmediato a convertirse en leyendas populares evocadas muchas décadas más tarde. El alguacil mayor de la Audiencia, capitán y regidor del Cabildo de Panamá, Juan García Serrano, a principios del siglo XVII extrajo de una mina en Veraguas "más de 100.000 castellanos de oro" —unos diez quintales o 460 kilogramos—, entonces una inmensa fortuna. Los textos mencionan varios "mineros famosos", como Cristóbal de Aguilar Alfaro, quien llegó a tener 200 esclavos en las minas. O como Domingo González, quien llegó a las minas "muy pobre, con la capa en el hombro", pero pronto alcanzó a reunir "tantos negros esclavos suyos como días tiene el año". Cada esclavo le rendía por semana dos pesos de oro. De esa manera, cada año debía obtener rendimientos por un total de 35.000 pesos ensayados o poco más de 71.000 pesos de ocho. Las minas de Aguacate, cerca del pueblo de San Francisco, rendían a dos pesos de jornal por esclavo, lo que equivale a un kilo cada cien jornales, es decir el doble de lo que obtenía un esclavo en la época dorada de Concepción.

Hacia 1629, el presidente Álvaro de Quiñones Osorio dio órdenes para repoblar nuevamente la ciudad minera de Concepción, iniciándose un nuevo período de esplendor. Según el informe del contador de Veraguas, Andrés García de Zevallos, llegaron a contarse hasta 3.000 esclavos. El oro "se pesaba con romana", dando a entender que la producción era enorme. El capitán Juan de Montesdoca tenía 300 esclavos, y cada esclavo le entregaba entre 2 y 3 pesos cada semana, lo que equivale a una producción anual probablemente superior a 30.000 ó 40.000 pesos.

Juan de Valencia recordaba que en los momentos de mayor prosperidad la explotación minera en Concepción llegó a ser considerada como "el Potosí de Tierra Firme". Sin embargo, la minería

empezó nuevamente a decaer a partir de 1640, por casi idénticas razones a las que habían provocado su abandono en 1589. Según un memorial presentado por los mineros a la Corona para que prorrogara el impuesto del veinteno en lugar de pagar el quinto, la crisis era imputable a los siguientes factores: los rendimientos decrecientes por falta de una tecnología adecuada, el desabastecimiento de esclavos, y los frecuentes ataques piráticos, que interceptaban las embarcaciones con vituallas que les llegaban por mar desde Cartagena, produciendo el encarecimiento de las subsistencias.

Datos como los anteriores abundan. Por desgracia, gran parte de las evidencias documentales sobre la actividad minera en Veraguas se queda en la anécdota, pues no se han conservado registros fiscales sistemáticos de la producción para este período. Pero son anécdotas de una actividad que continuó sin cesar durante el resto del período colonial, constituyendo uno de los grandes soportes de la economía provincial, si es que no el más importante.

La crisis de 1640 y el despegue a partir de 1680

La decadencia de la producción aurífera a partir de 1640, tanto en Panamá como en la Nueva Granada, tenía al parecer una causa común. Hasta esa fecha el aprovisionamiento de esclavos en América estuvo en manos de los portugueses, gracias a la unión de las Coronas ibéricas (1580-1640). En la Nueva Granada, la progresiva disminución de la población indígena en las zonas mineras obligó desde fines del siglo XVI a introducir masivamente esclavos de África, que se convierten en la principal fuerza laboral de la minería. En Panamá, la zona minera de Concepción se encontraba totalmente despoblada de indios, de modo que su explotación recayó desde el mismo comienzo sobre esclavos negros. En el siglo XVII, cuando se reanuda la minería, aparte la mano de obra libre que trabajaba por su cuenta o era asalariada, fueron esclavos los que mayormente se siguieron explotando en los minerales, sobre todo en los principales yacimientos.

Evidentemente, en ambas regiones la mano de obra esclava era vital. Pero en 1640 Portugal se rebela contra España (que se había anexionado a su vecino en 1580), y el suministro de esclavos súbitamente se detiene, ocasionando un verdadero colapso de las actividades productivas, sobre todo en las colonias españolas donde la mano de obra esclava era insustituible, como en los centros mineros, en las Antillas, en Cartagena, en Panamá o en la costa peruana. La falta de esclavos castigó los más diversos aspectos de la economía en esta región[57]. La crisis fue grave y se prolongó por varios años. Pero no sólo Portugal cesó como proveedor de esclavos debido a su ruptura con España. Lo más grave fue que la trata esclavista quedó acaparada por Holanda, que llevaba años de estar en guerra con España tratando de consolidar su independencia. Tras una sucesión exitosa de golpes contra Portugal —a partir de 1637, cuando le arrebató Elmina, en la Costa de Oro, y luego varias islas frente al Golfo de Guinea—, Holanda se convirtió en la principal potencia esclavista entre 1640 y 1700. Sin embargo, durante los primeros años (al parecer hasta la década de 1660) la provisión de esclavos por parte de Holanda se concentró en sus recientes colonias americanas, a saber, el nordeste de Brasil, que retuvo entre 1620 y 1654 cuando se lo arrebató a Portugal, Guayana, y las islas caribeñas de Curazao, San Martín, Bonaire, Saba y San Eustaquio, donde el cultivo de la caña de azúcar empezaba a despegar y que necesitaba abundante mano de obra esclava. Aunque no se ha estudiado bien lo referente a los esclavos que Holanda vendió a las colonias españolas en América entre digamos 1640 y la década de 1660, si es que lo hizo, verosímilmente las ventas serían irregulares, en pequeñas partidas y del todo insuficientes. Era un mercado que se había desarticulado totalmente con la salida de Portugal y que no sería fácil de reconstruir, teniendo en cuenta que los principales interlocutores eran no sólo viejos enemigos sino que, además,

entre los principales objetivos de la Compañía holandesa de las Indias Occidentales (o *WIC*) recién fundada en 1621, estaba el de hacerle todo el daño posible a España en sus colonias americanas o el de apropiarse de las que pudiera, tema sobre el que volveré en el capítulo VIII.

Sólo se sabe que si bien durante esos años el abastecimiento de esclavos no cesó del todo, esto se hacía en mínima escala, y no empezó a regularizarse y volver a la normalidad hasta 1663, cuando España firmó un contrato en régimen de monopolio con la firma genovesa Grillo y Lomelín, que durante los siguientes diez años se convierte en la única proveedora de esclavos en América. Esta Casa estableció una de sus sedes más importantes en Panamá, desde donde se introdujeron alrededor del 60% de los esclavos que se importaron al continente durante la vigencia del contrato[58].

Sin embargo, para la recuperación de la minería haría falta algo más que contar con una abundante provisión de esclavos, y no fue hasta 1680 cuando pudieron abrirse nuevas fronteras de explotación aurífera tanto en Panamá como en la Nueva Granada, gracias a nuevas incitaciones de la



Indígenas americanos asesinando y ahogando a conquistadores con oro fundido. Grabado de Thédore de Bry.

coyuntura económica internacional. En efecto, para ambas regiones se señala como fecha de despegue el mismo año: 1680, y no era casual que ambos procesos coincidieran cronológicamente.

Convencionalmente, se ha señalado el 1680 como un año clave que da inicio a un proceso de grandes cambios para Europa. Después de la "crisis" del siglo XVII, se inicia una fase, primero de estabilización, luego de expansión entre 1680 y 1715, acompañada por una notable reactivación del tráfico de los metales y de artículos de lujo. La producción de la plata americana había decrecido sensiblemente a partir de mediados del siglo XVII, y España sufría una deflación prolongada. La escalada ascendente de los precios que se había iniciado en el siglo XVI se había detenido y los productos se venden más baratos.

Entre 1631 y 1660 el ingreso de plata a España había disminuido de manera sostenida, hasta reducirse en la última década a 43.326 kilogramos anuales. Hamilton ha sugerido que esto se debía a la gran cantidad de plata mexicana que se escapaba hacia Filipinas. Cuando Pierre Chaunu estudiaba el "Galeón de Manila" debatió esta tesis, sosteniendo que las Filipinas, lejos de competir con Europa, se encontraban sufriendo una crisis y que, además, la producción de plata de las minas también estaba disminuyendo. Pero como veremos en su momento, no era la crisis de las Filipinas la que motivaba la disminución de las remisiones de plata hacia Oriente, siendo que era más bien esta disminución la que causaba dicha crisis, y que, por lo demás, la disminución de las remisiones tenía que ver, por un lado, con una severa crisis en el mercado de los metales preciosos y, por otra, con los retrasos en la producción de la plata debido a las dificultades para el abastecimiento del mercurio.

Entre 1621 y 1660 la producción de plata en América fue de 759.300 kilogramos con un promedio anual de 18.983 kilogramos. Y esta sensible caída continuaba hasta 1680, cuando el promedio desciende a 16.850 kilogramos, pero luego la caída se detiene.

Sin embargo el oro era aún más escaso que la plata. En España éste valía 16,48 veces lo que valía la plata; en Hamburgo, 14,80 veces, y en Inglaterra 15,39 veces. Con esta sobrevaloración del oro era inevitable que empezaran a hacerse grandes esfuerzos por encontrarlo. Hasta 1680 los precios de los productos eran muy bajos, lo que significa que era una época de gran poder adquisitivo para los metales preciosos y una invitación para a ir su encuentro. Así se explica que a partir de 1680, y entre fines del siglo XVII y principios del XVIII, se inicie una impetuosa búsqueda de oro y plata en África, América y Extremo Oriente. Como resultado de esta nueva pulsión por los metales preciosos, se encontró oro nuevamente en Nueva Granada y Panamá, y entre 1692 y 1695 en Brasil, donde la explotación de las minas de oro se intensifica a partir de principios del siglo XVIII y hasta 1750 se convertirá en el mayor productor de oro del mundo.

El oro del Darién: 1680-1724

Fue así cómo, a partir de 1680, se abrió otro frente minero de primera importancia en Panamá, esta vez en Darién, sobre todo en la mina del Espíritu Santo de Cana, uno de los yacimientos más ricos del continente en su época. Lamentablemente las minas de oro más ricas jamás descubiertas en territorio panameño, y las que por más tiempo estuvieron bajo explotación continua, resultan ser las peor documentadas, aunque no faltan datos.

Según el médico-pirata Lionel Wafer, que estuvo en Darién a poco de iniciarse las explotaciones, se extraían entre 18.000 y 20.000 libras de oro anuales (o entre 8.000 y 9.000 kg) Sus cifras reflejan más bien una opinión generalizada y no pretenden ser precisas, pues como el propio Wafer nos dice: "Pero, aunque la cantidad que se recogiese fuese mayor o menor a la mencionada, es increíble lo que se extrae anualmente de esos ríos"[59]. Más confiables son los extractos de la Contaduría de

Panamá, según los cuales entre 1692 y 1716 se fundieron en las minas, por concepto de derechos, 663 libras y un tercio de oro (unos 300 kg), equivalentes a 66.334 castellanos. Se trata de lo ingresado en las Cajas Reales de lo correspondiente a la cota de oro, es decir la capitación pagada por cada trabajador, que era de cuatro castellanos por cabeza, lo que equivale a un rendimiento estimado de 1,3 kg por esclavo.

Estos datos nos servirán para un rápido ejercicio numérico. En primer lugar, nos indican que una libra valía alrededor de 100 castellanos de oro. Asumiendo una producción regular anual, tendríamos durante esos 24 años una recaudación promedio de 2.764 castellanos, lo que representaba cerca de 691 trabajadores ocupados en forma permanente cada año. Sin embargo habría que ajustar estas proporciones. En 1702 las extracciones mineras se suspenden brevemente debido a los ataques de los indios cunas Periquillo y Pancho Lere. En 1710 se produce otro ataque al real de minas y las extracciones se paralizan por dos años. Nuevamente hay otro ataque en 1712, y en 1715 hay un derrumbe en el mineral. Asumamos tres años completos de inactividad debido a estos accidentes, lo que nos dejaría con 21 años de actividad normal. En este caso, la recaudación promedio anual sería de 3.159 castellanos, o bien 790 trabajadores ocupados cada año de manera regular.

Otras fuentes nos ofrecen cifras distintas. Una serie procedente de la propia Caja de Panamá da para los años comprendidos entre 1691 y 1705 un total de 27.953 castellanos provenientes del "quinto y cota de oro". En 1699 no se recaudó nada. Estas cifras sugieren un promedio anual de 1.864 castellanos y unos 466 trabajadores por año. Pero hubo años excepcionales. En 1708 las fuentes aseguran que la cota de oro produjo sólo ese año 82.000 pesos, lo que convertido a castellanos (a razón de 25 por peso, según la cotización de entonces) hacen 26.240 castellanos (casi tantos como todo el período 1691-1705), y a razón de cuatro castellanos por jornalero, un total de 6.560 trabajadores[60]. Años más tarde el gobernador Andrés de Ariza afirmaba que en las minas trabajaban más de 200 hombres que alternaban noche y día en diversas faenas[61].

También Ariza nos aclara que la mano de obra empleada en los minerales era libre, aunque descendiente de esclavos de origen africano, y que se le pagaba un jornal equivalente a un platoncito de tierra diario, del que obtenían por lo menos de 120 a 160 pesos por mes, y al año tal vez arriba de 1.700 pesos, y algunos por encima de los 2.000 pesos, es decir más de lo que correspondía al sueldo del Gobernador de la provincia. Son sumas superiores al sueldo de los más altos funcionarios de la Real Hacienda —el Contador o el Tesorero—, y por supuesto más que el de cualquier oficial graduado, y varias veces el de un soldado o de un misionero. De hecho, los ingresos de los trabajadores de las minas podían ser superiores a los de cualquier empleado de gobierno, con excepción tal vez del Presidente de Tierra Firme, si consideramos desde luego solamente los sueldos nominales. Se explica así que, según Ariza, "aquellos jornaleros negros cortejaban en los bailes a sus queridas espolvoreándoles en la cabeza el oro que a granel llevaban en los bolsillos".

Debe aclararse que cuando Ariza se refiere al número de jornaleros alude aparentemente a sólo los que trabajaban en la mina principal, o del Espíritu Santo. De cualquier forma el número de brazos no es un indicador confiable para medir los rendimientos reales. De modo que sólo nos queda remitirnos a otras fuentes también poco confiables pero que son las únicas que se refieren al monto de la producción. Manuel de Montiano, gobernador de Panamá a mediados del siglo XVIII, escribe en una *Relación* fechada en 1756, que entre 1700 y 1724 la producción anual de las minas de Cana llegaba a un millón de pesos de oro[62]; otras fuentes mencionan una producción de 100.000 castellanos de oro anuales para el mismo período, es decir, 431,25 kilogramos cada año. Andrés Baleato, que escribe ya a fines de la colonia, dice que entre 1690

y 1724, la producción era de 2.613.500 pesos anuales, lo que equivaldría a 331,5 kilogramos de oro por año[63].Parece evidente que los años de mayor producción se encuentran entre 1690 y 1724, año en que se inicia el abandono irreversible de los minerales. El pico aparentemente se alcanzó en 1708, que fue un año francamente excepcional como acabamos de ver. Pero veamos más de cerca estas cifras. Empecemos por algunas equivalencias. Entre 1643 y 1688 el castellano de oro se evaluaba en 680 maravedíes, o bien a 20 reales de plata. Entre 1689 y 1712 se pagaban 850 maravedíes por cada castellano, es decir 25 reales de plata. En 1716 el castellano se paga a 21 reales, en 1717 a 20,4 reales, y a partir de 1719 hasta por lo menos 1751 se le da un valor de 18 reales. Al parecer, el castellano sigue bajando, pues entre 1778 y 1800 se evalúa a 544 maravedíes o 16 reales de plata, es decir a dos pesos pues cada peso era de 8 reales. Todas estas equivalencias se aplican en Panamá y proceden de datos tomados de sus propias Cajas Reales.

Asumamos un valor de 25 reales por cada castellano de oro: en tal caso, la producción de Cana, calculada para 1700-1724 en 100.000 castellanos anuales, tendría un valor de 312.500 pesos de plata cada año. Esta suma era equivalente al valor total del comercio exterior de Panamá y Portobelo juntos.

Examinemos ahora el volumen de la producción. Los contemporáneos calculaban de varias maneras las unidades de medida. Según ciertas fuentes, un castellano tenía 0,16028 onzas de peso, es decir que una libra, o 460 gramos, valía 100 castellanos. Otras fuentes equiparan 50 castellanos a un "marco de oro". Si la producción anual era de 100.000 castellanos, tendríamos que la extracción sería de 460 kilogramos, o algo más de 10 quintales de oro por año, es decir media tonelada. En otras palabras, si seguimos los estimados para la producción de 1700 a 1724, durante un cuarto de siglo se extrajeron, sólo de la mina del Espíritu Santo de Cana, 250 quintales de oro o 12,5 toneladas.

Vicente Restrepo, historiador colombiano, en su *Estudio sobre las minas de oro y plata en Colombia* escrito en 1883, calcula en base a los datos para 1700-1724, que la producción era de 15.385 libras por año, o bien 7,7 toneladas (toneladas castellanas de 20 quintales de cien libras)[64]. Al precio del oro actual (US$ 650 por onza en marzo de 2007), equivaldría a unos 160 millones de dólares anuales. Algunas fuentes mencionan 30 millones de pesos extraídos entre 1690 y 1724. Por mi parte, me inclino a creer que probablemente la producción llegó a alrededor de 15 toneladas durante los 35 años de mayor explotación. Tal vez habría alcanzado hasta 20 toneladas si consideramos toda la historia del mineral.

Pero aceptemos por buena la cifra ya mencionada de los 30 millones de pesos. Esto supondría, a razón de 25 reales de plata el castellano, una producción de 9,6 millones de castellanos en 35 años o bien un promedio anual de unos 274.000 castellanos. Si cien castellanos hacen una libra, tendríamos una producción anual promedio de 27,4 quintales o 1.260 kg, y para los 35 años una extracción global de unas 48 toneladas de oro y un promedio anual de 1,4 toneladas.

En suma, Darién produjo durante el período considerado, una media anual que variaba, según qué referencia se siga, de 1/2 tonelada de oro a 1,4 toneladas, y en sus años pico (1700-1724), 7,7 toneladas. No eran cantidades para nada despreciables. Comparemos algunas cifras conocidas para explotaciones mineras rudimentarias y artesanales como las que se hacían hasta el siglo XVIII. La Costa de Oro, en África (actual Ghana), que explota Portugal a partir de 1471 y se convierte en el siglo XV en la principal fuente de oro para Occidente, producía tal vez entre 5 y 8 toneladas de oro anuales. Entre 1504 y 1545 el promedio de la Costa de Oro era de unos 415 kilogramos al año, y toda África Occidental, incluyendo Gambia, Senegal, Sierra Leona, Mauritania y Marruecos, producía entre 1500 y 1520 un promedio de 700 kilogramos al año[65]. Eran cantidades comparables a las

de Darién. Para fines del siglo XVII, la producción conjunta de la Costa de Oro y América era de 10 a 12 toneladas por año. Si estas cifras y mis cálculos son correctos, para entonces al Darién le correspondía cerca de un 13% de la producción mundial.

Pero estas proporciones varían según qué fuente utilicemos. Entre 1681 y 1700 otros cálculos estiman una producción mundial de 10.765 kilogramos de oro, o 538,3 al año; y entre 1701 y 1720, un total de 12.820 kilogramos, o bien 675 de promedio anual[66]. Para todo el período, un total de 23.585 kilogramos y un promedio anual de 605 kilogramos. Si esto es así, y dependiendo de la fuente utilizada, sólo la mina de Cana producía entre casi tanto como el registro mundial y casi el doble, lo que parece poco verosímil. Pero aún limitándonos a períodos más cortos y mejor documentados, la parte alícuota de Darién es realmente considerable. Como vimos, entre 1700 y 1724, la producción anual era de 460 kg, lo que representaría el 68% de la producción mundial. La producción de las minas darienitas compara incluso con la de Minas Gerais, en Brasil, al menos para los primeros años de producción de éstas (según una fuente, 725 kg en 1699, y 1.325 kg de promedio anual entre 1700 y 1704), siendo que las mismas se convierten poco después en las más importantes del mundo en su tiempo. Y no está de más resaltar que la producción darienita se concentraba sobre todo en la mina del Espíritu Santo de Cana, mientras que la minería brasileña era típicamente de placer y se encontraba dispersa por un vasto territorio. De hecho, todo Brasil, incluyendo los minerales de Mato Grosso, Minas Gerais y Goiás, no llegan a superar la producción darienita de los años pico de 1700-1724 (7,7 toneladas anuales según una fuente, como ya se mencionó), hasta la década de 1730[67]. Es decir que, contemporáneamente, Darién pudo haber superado a Brasil durante varios años.

Tales evidencias son demasiado notables para ser ignoradas. O bien hay un enorme subregistro en las cifras para la producción mundial, o, lo que es muy verosímil, el oro de Darién no era debidamente registrado en las Cajas Reales al escaparse por las vías del fraude y el contrabando, o bien permanecía en la región sin apenas salir a los grandes mercados. Son extremos que merecen investigarse, pero se sabe que hacia 1691, en pleno apogeo de la producción darienita, el marqués de la Mina, a la sazón presidente de Panamá, omitió declarar el "quinto" de 30 libras de oro que tenía escondidas en su casa; y que un solo minero, don Clemente Calderón, tuvo en una ocasión 250 libras de oro sin declarar ("enterradas en un hoyo"), lo que equivalía a 112,5 kilogramos y cerca del 25% de la producción anual; todo lo cual escapaba al control fiscal. También el oro pasaba en grandes cantidades a manos de los comerciantes locales que llevaban desde Panamá, la capital, a las minas de Darién, "aguardiente, pan y vino, lienzos y bayetas, chaquiras para los indios, cuchillos y dulces, y carne y en fin todo cuanto han menester porque allá no hay nada". Estos comerciantes ganaban más que los mineros, "porque *venden todo esto a oro en polvo que allí no hay otra moneda*, y esto lo traen [a Panamá] y *no pagan quintos*". Tampoco en las minas se llevaba con rigor el cobro del quinto y esta omisión constituía "un renglón considerable"[68].

El hecho es que el oro darienita se producía en cantidades que estaban totalmente fuera de proporción tomando en cuenta las escalas de Tierra Firme, con tal vez menos de 50.000 habitantes y un presupuesto anual que para esas fechas no superaba los 250.000 pesos de plata, que en su mayoría procedían del situado que enviaba la Caja de Lima. Cabe mencionar, no obstante, que en los estudios sobre la minería americana de los últimos tiempos nunca se menciona la minería darienita, y para el período de su mayor producción sólo se hace referencia a las actividades que se realizaban en la Nueva Granada.

El impacto de la minería darienita en Panamá debió ser considerable. Según una fuente, 25 fragatas anuales viajaban al Darién sólo para atender la demanda de las minas. Gracias a la actividad minera,

conforme a un dato que menciona el gobernador Ariza, para 1712 Darién llegó a contar hasta 20.000 almas, y probablemente la gran mayoría en torno a los minerales. Si estas cifras son ciertas, en Cana y sus inmediaciones había una actividad bastante más animada que en torno a la capital. Panamá no llegaba a 7.000 habitantes a principios del XVIII, y su movimiento portuario se reducía a tal vez no más de 12 embarcaciones por año, incluyendo los galeones de la Armadilla de la Mar del Sur con los tesoros o con el situado.

Todo esto, sin embargo, desapareció casi tan abruptamente como sobrevino, cuando en 1724 el mestizo Luis García atacó el mineral volando sus socavones e inundando sus galerías, algunas con una profundidad de entre 40 y 60 metros. Según escribe años más tarde el gobernador Ariza, al derrumbarse la mina, todas las familias acomodadas abandonaron el territorio por temor a nuevos ataques y huyeron a Panamá, Cartagena y otras provincias. Sólo permanecieron los más humildes, en su casi totalidad negros libertos. En 1777 sólo había alrededor de mil almas, 20 veces menos que en los momentos de esplendor del mineral.

El espejismo de aquella era dorada desapareció para siempre. La próspera y bullente colonia minera se transformó en colonia fantasma. Nadie sabe qué se hicieron los millones que se sacaron ni en qué se gastaron. Gran parte del oro debió permanecer en la capital en manos de los comerciantes que abastecían el mercado darienita, y entre los proveedores de los distintos centros de producción agropecuaria del país, desde Chepo hasta el remoto Alanje, irrigando con su savia la economía del interior del país. Tal vez parte del oro fue empleado para adquirir productos extranjeros —sobre todo de urcas holandesas— en la boca del río Coclé del Norte, situado en la costa caribeña, por donde se abrió desde fines del siglo XVII, un gran portillo para introducir artículos de contrabando que cruzaban el Istmo y luego eran vendidos en los ávidos mercados sudamericanos. ¿Se abriría esta ruta incitada por el oro darienita? Estas mercancías se pagarían en oro, luego se venderían en el sur a cambio de plata, y así el maná americano reciclaba, derramándose de un confín a otro. Algún oro también viajaría hasta Costa Rica y Nicaragua, de donde también se enviarían productos para las minas. Pero seguramente también muchos de esos millones se dilapidaron torpemente, a juzgar por la forma como gastaban su jornal los mineros, según vimos arriba. De esas fabulosas minas sólo quedaría un excitante recuerdo. A fines de la colonia y todavía más allá, la historia de Cana había ingresado al mundo de la leyenda.

No se tienen noticias de nuevos proyectos para explotar la mina de Cana hasta fines del siglo XIX. En 1883 la denuncia la *Compañía Minera del Darién*, con sede en Bogotá, y en 1887, a cambio de cierto número de acciones, cede sus derechos a la *Darien Gold Mining Company*, que se organiza en Londres con un capital de 64.000 libras esterlinas. De acuerdo a Vicente Restrepo, esta compañía realizó trabajos de exploración y laboreo en los sitios donde, según la tradición, se había explotado el famoso filón de Espíritu Santo, pero su capital se agotó sin haber logrado descubrir las antiguas vetas de oro. La Compañía utilizó en las minas maquinaria y tecnología moderna, ferrocarriles y plantas eléctricas. Estas últimas fueron las primeras que se instalaron en todo el país.

El oro de Veraguas: siglo XVIII y principios del siglo XIX

Con el abandono de las minas darienitas desde el primer cuarto del siglo XVIII, la actividad minera se concentra entonces en Veraguas, donde alternan los empresarios mineros y los "mazamorreros" o "gurguzeros", a que ya aludí. Estos últimos solían hacer sus faenas en verano y era una práctica muy extendida entre la gente llana, al punto de que se había convertido en una suerte de segunda naturaleza de los veragüenses.

El cura Juan Franco, que escribió para la expedición Malaspina en 1790, explica que "gurcucero" era "voz provincial que significa el que vive de buscar oro que se encuentra somero en los montes, arroyos y desembocaduras"[69].

A lo largo del siglo XVIII continuó extrayéndose oro de aluvión en los ríos Santiago, Concepción, Barrera y Zapaterito, en la vertiente caribeña de la provincia, que eran los más famosos por su alto rendimiento. Todavía a mediados del siglo XIX se hacía mención a una batea de tierra que había producido una libra de oro y de muchas que habían rendido hasta cuatro onzas. Desde principios del siglo XVIII se extrajo "muchísimo" oro de la mina de Guerrero, nombrada así por quien la descubrió, pero luego fue abandonada por los altos costos de producción. Para esos años muchos empresarios dueños de esclavos preferían dedicarse a la pesquería de perlas en el Golfo de Panamá, donde se obtenían ganancias "más seguras".

En la segunda mitad del siglo XVIII, probablemente incentivados por el abandono de los minerales de Darién, en Veraguas se encontraron nuevos yacimientos y volvieron a explotarse otros viejos, que imprimieron nuevos bríos a la minería. A siete leguas de Santiago, la capital provincial, se empezaron a explotar las minas del Aguacatal o Aguacate, y de Remance, que fueron "muy pingües", pero tuvieron que abandonarse hacia 1777 "por la dificultad de trabajarlas". Esta última se encontraba entre los pueblos indígenas de Cañazas y San Francisco. En 1772 también se encontró oro en las playas del río Torio, en el Golfo de Montijo, y hacia 1784 se explotaron otras "minas poderosas" que se encontraban en Cancuas y Lajillas. A fines del período colonial los ríos preferidos por los gurguzeros eran el San Antonio y el San Bartolomé; en este último "se da el oro en puntas hasta del peso de una libra". Entre las minas de veta más productivas se encontraban las de Margaja y La Soledad, que eran limítrofes. La primera fue abandonada en 1794; La Soledad era propiedad del coronel español radicado en Panamá Juan Domingo de Iturralde, que la trabajaba en 1812 con diez negros libres[70].

Las minas veragüenses eran de tres tipos: de vetas, hilos y venas; las llamadas *hucicas*, o aluviones de cerro, y las de aluvión, veneros u oro corrido. Las técnicas de explotación continuaban siendo rudimentarias, los lugares donde se encontraban los yacimientos eran distantes y de difícil acceso, y los costos de producción resultaban muy altos (se decía que una arroba de carne costaba tanto como su transporte, que solía hacerse a hombro de indios porteadores), todo lo cual limitaba e incluso desalentaba las explotaciones.

Es difícil hacer un estimado adecuado de los rendimientos auríferos de este período, pues el impuesto que se cobraba —la cota de oro— no correspondía al valor de las extracciones, sino al número de hombres empleados en las labores. Pero se sabe que entre 500 y 600 hombres trabajaban en las minas, produciendo al año 30.150 castellanos de oro (130 kilogramos de oro, o tres quintales, y unos 3 millones de dólares al precio actual del oro); en 1793 la producción fue de 24.502 castellanos (unos 106 kilogramos de oro, o 245 libras). Un minero escribía en 1812: "Cuando el mineral estaba en actividad producía de ocho a diez quintales de oro al año" (800 a 1.000 libras). Pero entre 1808 y 1812 la producción se había reducido a unos dos quintales de oro por año.

El oro que se extraía de los ríos y montañas panameñas se utilizaba sobre todo para hacer los pagos correspondientes a las mercancías precedentes de Cartagena y Jamaica, y aún en mayor medida a las importadas de España, reservándose aproximadamente unos 2.000 pesos para la fabricación de alhajas. Las embarcaciones procedentes de España, Jamaica, La Habana y Cartagena se regresaban o bien con productos que tenían su origen en otros territorios del lado Pacífico —Perú, Ecuador, Centro América— o con el oro panameño, pues el Istmo prácticamente no enviaba a aquellos destinos mercancías de retorno.

El segundo ciclo de oro neogranadino: 1680-1801

A partir de 1680 despegó en la Nueva Granada un nuevo ciclo de oro, que se originó primero en el Chocó, un territorio situado en la vertiente del Pacífico, al Sur del Darién y de Antioquia, y con acceso al cercano Valle del Cauca y a ciudades importantes como Popayán, cuyos terratenientes y comerciantes empezaron a introducir cuadrillas de esclavos hasta alcanzar cerca de un millar para 1717. En 1727 se contaban más de 3.500 esclavos en los minerales del Chocó y hacia mediados del siglo XVIII esta cifra se había duplicado, provocando incluso saturación en las explotaciones. Los rendimientos decrecieron hacia 1780, las cuadrillas fueron trasladadas a los nuevos yacimientos de Caloto, que se reactivaron, o a las haciendas del Valle del Cauca. Uno de sus mejores estudiosos describe así la zona de explotación: "Los reales de minas ubicados en la vertiente del Pacífico, desde Quibdó hasta Barbacoas, constituían una franja longitudinal que transversalmente se distribuía en la jurisdicción de varias ciudades". Éstas eran Buenaventura, puerto del Pacífico, que se comunicaba directamente con Panamá; Cali, Nóvita, Citará y Popayán.

Producción promedio anual de las minas de oro de Nueva Granada en miles de pesos de plata

Período	Producción del período	Producción media anual
1680-1699	519,3	26,0
1700-1719	978,7	48,9
1720-1729	2.623,6	131,2
1730-1749	3.121,8	156,1
1750-1769	3.085,8	154,3
1770-1784	3.636,6	242,4
1785-1799	5.426,1	361,7
Total	19.391,9	149,1

Fuente: Jaime Jaramillo Uribe, op. cit., p. 58. Reelaboración del autor.

Durante los años de mayor esplendor de la minería chocoana, el abastecimiento de esclavos negros estuvo garantizado por los nuevos Asientos negreros de Francia e Inglaterra, que a partir de 1674 reemplazan a la casa Grillo y Lomelín. Popayán se convierte en uno de los grandes centros de introducción de esclavos, donde eran comprados para llevarlos a las minas y las haciendas, que prosperan a la par estimulándose mutuamente. El mercado minero se abrió a la producción de aguardiente y ganado de las haciendas, estimulando el desarrollo de la región y la acumulación de grandes fortunas, como las de las familias Mosquera, Caicedo o Arboleda.

Producción de oro en Nueva Granada por regiones

Años	Popayán y Barbacoas	Chocó	Antioquia
1735-1739	43,2%	51,2%	5,6%
1740-1759	40,6%	43,3%	16,1%
1775-1779	40,4%	29,3%	30,3%
1795-1799	34,7%	27,0%	38,8%

Jaime Jaramillo Uribe, op. cit., 1997, p. 57.

A los minerales llegaban también productos por mar, como los que se enviaban desde distintas partes de Panamá. Cuando se celebraban ferias en Portobelo se enviaban productos manufacturados de Europa, y a las minas de Barbacoas llegaban desde principios del siglo XVIII, sebo, velas, carne salada, manteca de cerdo, que viajaban desde el lejano Chiriquí, en el extremo oeste de Panamá.

Como ya dije, se ha calculado la producción anual de Nueva Granada durante el siglo XVIII en 9.375 libras. Según los cálculos realizados para el período 1680 a 1799, la producción la recoge el cuadro que aparece en esta página.

La producción del Chocó fue dominante hasta mediados del siglo XVIII, para luego decaer en favor de las minerales de Popayán y Barbacoas, que prevalecen hasta fin de siglo. Los minerales de Antioquia se reactivan primero lentamente, pero

su producción ya representa un tercio del total para el último cuarto del siglo, como lo evidencia el cuadro anterior.

Mucho de este oro permaneció en la propia Nueva Granada en manos de mineros, terratenientes o comerciantes, o se usó para pagar la burocracia y cubrir los gastos del ejército, o se convirtió en moneda, acuñándose en la Casa de Moneda de Bogotá. Sólo una parte fue enviada a España por la ruta de Cartagena. Una gran cantidad nunca se registró en las Cajas Reales y se escapó por las vías del contrabando y el comercio clandestino. Alejandro de Humboldt estimó que lo que salía por la vía ilegal ascendía a 300.000 pesos anuales; el virrey Ezpeleta lo estimaba en 200.000 pesos. Según el cónsul Henderson, las evasiones fiscales podían representar el doble del oro que se producía, ya que en las últimas décadas del período colonial la producción de Nueva Granada alcanzaba la cifra de 5 millones de pesos, y sólo se registraba en las Cajas Reales la suma aproximada de 2,5 millones anuales[71].

Las guerras de Independencia le propinaron un duro golpe a la minería del Chocó y del área del Pacífico, que representaba para entonces el 60% de todo el oro que producía Nueva Granada. Basándose en los registros fiscales, se ha calculado que entre 1801 y 1820 la producción aurífera se redujo sustancialmente, hasta en un 40%, y no pudo recuperarse hasta el comienzo de la época republicana, pero esta nueva fase escapa a los límites de este libro[72].



"Plano de la Bahía de Cartagena por lo tocante a los fuertes que ha hecho [el gobernador Francisco de] Murga y lo que toca también a la ciudad e Ysla de Xexemani [Getsemaní], año 1631". Atribuido a Lucas Báez. Archivo General de Indias, M y P., Panamá, 51.

Notas al capítulo II

[43] Javier Ocampo López, *Historia Básica de Colombia,* Plaza y Janés, Bogotá, 1999, p. 111.

[44] Robert West, *La minería de aluvión en Colombia durante el período colonial*, Bogotá, 1972; Germán Colmenares, "La Formación de la Economía Colonial", y Jaime Jaramillo Uribe, "La Economía del Virreinato (1740-1810)", en José Ocampo López, *Historia Económica de Colombia*, Biblioteca Familiar, Presidencia de la República, Bogotá, 1997, pp. 32ss, 55-56.

[45] Juan Carlos Solórzano Fonseca, "La búsqueda de oro y la resistencia indígena: campañas de exploración y conquista de Costa Rica, 1502-1610", *Mesoamérica* 24, diciembre 1992, pp. 312-363.

[46] Germán Colmenares, *Historia Económica y Social de Colombia, 1537-1719*, Bogotá, 1973, pp. 30, 257ss y 306ss.

[47] Earl J. Hamilton, op. cit., p. 42; Pierre Vilar, op. cit., 1974, p. 156.

[48] Germán Colmenares, op. cit., pp. 308s.

[49] Ibídem; Alfredo Castillero Calvo, *Estructuras Económicas y Sociales de Veragua desde sus orígenes históricos*, Editora Panamá, Panamá, 1967, pp. 59ss.

[50] Germán Colmenares, *Historia Económica y Social*..., figs. 5-5 y 5-6 y tabla 27, pp. 310 y 317.

[51] Alfredo Castillero Calvo, *Estructuras*..., pp. 41ss; "Conquista y Colonización de Veraguas, siglos XVI-XVII", y "El oro y las perlas en la economía colonial", en *Historia General de Panamá,* Bogotá, 2004, Vol. I, T. I, cap. IV, pp. 146ss y T. II, cap. XXXIII, pp. 435ss.

[52] Ibídem.

[53] Alfredo Castillero Calvo, *Arquitectura, Urbanismo y Sociedad, La vivienda colonial en Panamá, Historia de un sueño*, Editorial Presencia, Bogotá, 1994, p. 115.

[54] Archivo General de Indias, Panamá 379.

[55] Guillermo Céspedes del Castillo, *América Hispana (1492-1898)*, Vol. VI de *Historia de España* (M. Tuñón de Lara ed.), Ed. Labor, Madrid, 1983, p. 127.

[56] Archivo de Indias, *Información de méritos y servicios del capitán Lorenzo de Roa, Panamá, 17.V.1610*, Panamá 63A Nº 2; *Información de méritos y servicios del capitán Gaspar de Zurita, Panamá, 13.IV.1617*, Panamá 63A Nº 12; Alfredo Castillero Calvo, *Sociedad, Economía...,* pp. 603ss.

[57] Alfredo Castillero Calvo, "La peor crisis del siglo XVII", en *Sociedad, Economía...,* cap. XV.

[58] Alfredo Castillero Calvo, "La trata de esclavos", en Alfredo Castillero Calvo (ed.) *Historia General de Panamá*, Bogotá, 2004, Vol. I, T. I, cap. XIV, pp. 459ss.

[59] *A New Voyage and Description of the Isthmus of America*. Reprinted from the original edition of 1699, edited by George Parker Winship, Cleveland, The Burrows Brothers Co., 1903, p. 57. Traducción libre del autor.

[60] *Ajustamiento y liquidación de todos los efectos de entrada y salida de las Cajas de Panamá desde 1685 a 1706*, con carta remisoria del Marqués de Villarrocha del 28.IX.1707, Archivo General de Indias, Panamá 131.

[61] Andrés de Ariza, "Compendiosa Relación de la Provincia del Darién", Revista *Hombre y Cultura*, Editorial Universitaria, Panamá, 1971, T. 2, No. 2.

[62] Archivo General de Indias, Panamá 150.

[63] Andrés Baleato, Academia Real Náutica, Lima 4.XI.1817, "Ciudad de Panamá, Capital de su Distrito y Estaciones del Año". El original en el Museo Naval de Madrid. Utilizo la versión publicada por Antonio B. Cuervo, *Colección de Documentos Inéditos sobre la Geografía y la Historia de Colombia, Sección Primera, Geografía y Viajes*, Tomo II, p. 360, Bogotá, Casa Editorial de J. J. Pérez, 1892.

[64] Una edición reciente del libro de Restrepo en *FAES, Biblioteca Colombiana de Ciencias Sociales*, Medellín, 1979.

[65] Pierre Vilar, op. cit., p. 75.

[66] Ibídem, p. 276.

[67] Virgilio Noya Pinto, *O ouro brasileiro e o comércio anglo-portugués*, São Paulo, 1972, p. 122.

[68] Archivo General de Indias, Panamá 167. Itálicas mías.

[69] Juan Franco, *Breve Noticia o Apuntes de los Usos y Costumbres de los Habitantes del Istmo de Panamá y sus Producciones, 1794.* El original en la Bancroft Library, M-M 451, Berkeley University, California. Publicado por Omar Jaén, INAC, Panamá, 1978.

[70] Vicente Restrepo, op. cit., pp. 132s.

[71] Jaime Jaramillo Uribe, 1997, op. cit., pp. 61-62.

[72] Hermes Tovar Pinzón, "La lenta ruptura con el pasado colonial (1810-1850)", en José Antonio Ocampo, *Historia Económica*..., p. 132.

Capítulo III

El oro de Brasil y la coyuntura mundial

Portugal encuentra su Eldorado

Entre 1692 y 1695 se descubren grandes depósitos de oro aluvial en la región de Minas Gerais y en pocos años se inicia una extraordinaria eclosión de la actividad aurífera, una auténtica fiebre del oro que tendrá profundo impacto en el futuro del Brasil y en sus relaciones con Portugal. El *ciclo del oro* que se inició entonces le aseguraría a Brasil medio siglo de prosperidad, expandiendo considerablemente su territorio y aumentando su población, y contribuyó de manera decisiva a la temprana definición de la sociedad brasileña. Los nuevos territorios auríferos de Minas Gerais se convierten en la zona dominante y en el principal motor de desarrollo de la colonia, acelerando el proceso de su integración territorial y consolidando la colonización. De esa manera, el centro de gravedad económico se desplazó del nordeste, donde se encontraba la capital, Salvador de Bahía, entonces foco de la actividad azucarera, hacia el centro-sur, donde estaban los yacimientos mineros, y Río de Janeiro, gracias a su proximidad a las minas, emerge como la nueva capital en 1763. El auge de esta edad dorada obligó a Portugal a asumir un rol más activo en la colonia, fortaleciendo sus instituciones y organizando más eficientemente sus espacios. Finalmente, gracias al oro, Brasil se convierte en la gran piedra angular del imperio portugués, desplazando en importancia a las colonias que poseía en África, India y el Lejano Oriente. También la prosperidad que creó el oro, sobre todo en Minas Gerais, estimuló las artes y la arquitectura, dando origen al *Barroco Mineiro*, una vigorosa expresión cultural propia del Brasil que es hoy Patrimonio Cultural de la Humanidad.

No fue casual que el oro de Brasil empezara a explotarse precisamente en un momento en que este metal precioso escaseaba, ya que la producción de las minas americanas virtualmente se había detenido. En Europa abundaban los artículos manufacturados, pero éstos debían venderse a precios bajos porque no había suficiente moneda. En consecuencia, el oro se había revalorado y existía hambre monetaria. Por eso no debe sorprender que la cronología del descubrimiento y explotación del oro brasileño se produzca al mismo tiempo que el de otras zonas mineras, como Darién y Nueva Granada. Son ciclos concomitantes que responden a una economía globalizada.

Como se sabe, el descubrimiento de Brasil fue casual. Pedro Álvarez Cabral llegó a sus costas en 1500. Se dirigía a la India, pero fue desviado por el régimen atlántico de los vientos del hemisferio austral que lo empujaron accidentalmente a Brasil. Debido a este fenómeno eólico, durante las primeras décadas del siglo XVI, cuando las naves que bordeaban la costa africana y eran desviadas por los vientos hacia el oeste, utilizaban las costas del Brasil como una escala. Brasil tenía entonces poca importancia para Portugal, cuyos intereses se habían concentrado sobre todo en la India e Indonesia.

Dado que Brasil era una colonia dependiente de Portugal, para que los colonos empezaran a echar raíces debían desarrollar una actividad económica

que les permitiera vincularse al comercio atlántico, adaptándose a las necesidades de expansión de la economía europea. Fue así cómo, al estímulo de ese mercado externo, la colonia se incorpora al comercio atlántico a partir de 1501 con el palo brasil, que abundaba en sus costas, y de cuyo tronco se extraía la brasileína, un colorante para teñir tejidos, que una vez ingresó al mercado empezó a gozar de creciente demanda gracias al desarrollo de la fabricación de telas en Europa. Además del palo brasil (que debido a la sobreexplotación casi desapareció), a partir de 1525 los colonos empezaron a cultivar la caña de azúcar, un cultivo que habían aprendido de los genoveses, quienes lo introdujeron en el sur de Portugal desde mediados del siglo XV y luego lo desarrollaron en las Madeiras, y en las islas de Santo Tomé y Fernando Poo, frente a las costas africanas. Sin embargo, nada de esto se hizo de manera sistemática hasta 1530, cuando la colonia empezó a organizarse. Y cuando el palo brasil comenzó a escasear por agotamiento de las reservas, le llegó la hora al azúcar. En 1570 el azúcar se había convertido en el principal producto de exportación del Brasil y a fines del siglo ya dominaba la economía brasileña.

El ciclo de prosperidad del azúcar se extendió hasta finales del siglo XVII, cuando se deprimen los precios de mercado a consecuencia de la competencia de los ingenios que para la época se habían multiplicado en Europa, y de la sobreproducción de las plantaciones de azúcar que proliferaban tanto en las islas africanas (Madeira, Canarias, Santo Tomé, Fernando Poo), como en las colonias españolas. Para 1654, cuando Portugal recupera Pernambuco y expulsa a los holandeses del Brasil, ya el negocio azucarero estaba herido de muerte, sobre todo por la competencia de las plantaciones inglesas, francesas y holandesas del Caribe. Hacia 1670 se habían sumado a los centros de producción las colonias francesas de Guadalupe y Martinica y el precio del azúcar disminuye casi el 50%. Los precios del azúcar tocan fondo en 1688 cuando la arroba del azúcar blanco se vende a 800 reis y la del no refinado a 260, es decir a un tercio de lo que se vendía al comienzo de la guerra entre Holanda y Portugal de 1624 a 1654. La crisis coincide con una gran penuria de esclavos, la fuerza de trabajo sobre la que descansaba la economía azucarera.

Como ya se mencionó en el capítulo anterior, desde 1637 Holanda le había arrebatado a Portugal el monopolio de la trata de esclavos, y éstos eran desviados cada vez más a las recientes colonias azucareras holandesas del Caribe. La mayor parte del azúcar que producían las colonias inglesas y francesas del Caribe se enviaba a Amsterdam, que se había convertido desde 1622 en el mayor centro de refinado del azúcar: ya en 1661 tenía 60 refinerías. Pero las políticas proteccionistas que empezó a implementar Inglaterra a partir de 1651 con el Acta de Navegación (para eliminar a los holandeses del comercio de importación a la Isla), y otras de ese tenor impuestas por la Francia del ministro Colbert, propinaron un duro golpe a las refinerías holandesas. Además, empezaron a aparecer centros de refinado en otros países europeos. En 1660 Hamburgo se convierte en el principal competidor, que para 1690 tenía ya 8.000 personas trabajando en sus refinerías. En 1680 Francia contaba con una treintena, la mayoría en Ruán. Era demasiada competencia para Amsterdam, que deja de ser el principal centro de refinado de Europa.

Con los mercados saturados por la sobreoferta azucarera, los precios sufren una violenta caída en la bolsa de Amsterdam y la producción entra en crisis, lo que estimula en la colonia brasileña la búsqueda de un nuevo producto salvador. Dado que los precios en general estaban deprimidos y la cotización de los metales preciosos se encontraba en alza, la crisis mundial necesariamente estimularía las prospecciones mineras. En cuanto a la economía luso-brasileña, se trataba de la única salida para sortear la crisis.

Portugal había enriquecido con el oro desde que empezó a explotar la riqueza aurífera de la Costa de Oro (actual Ghana) en el último cuarto

del siglo XV, donde estableció el fuerte de São Jorge da Mina, o Elmina, y más tarde con el oro que obtenía de su colonia de Mozambique. (Fue aquí donde se encontraron las famosas minas de Sofala, situadas río arriba del Zambeze, que desde temprano se creyeron que eran las míticas minas del Ofir bíblico, adonde Salomón mandaba a buscar oro, idea que caló en el imaginario europeo, recogió John Milton en su *Paraíso perdido* y difundió António Bocarro en su *Década XIII da Histórica da Índia,* de 1635). Confiaba Portugal que así como los españoles lo habían encontrado en abundancia en sus colonias americanas, también lo encontraría en Brasil. Desde temprano habían circulado leyendas indígenas mal interpretadas, y noticias extravagantes difundidas por los *bandeirantes* sobre la existencia de grandes yacimientos de oro, plata y piedras preciosas.

La *bandeira*, o bandera, era la divisa o emblema que llevaban tropas de aventureros que organizaban incursiones para capturar indios por el interior del vasto país, del que casi no sabían nada los portugueses. Las que se dirigieron a Minas Gerais salieron de la meseta de Piratininga, en el estado de São Paulo, y en 1674 la que encabezó Fernão Días tenía el propósito de encontrar Sabarabuçu, el esquivo Eldorado. Pero luego de siete largos años de penurias sólo encontraron unas pocas piedras preciosas, aunque la empresa reveló gran parte del inmenso territorio y en los sitios donde acamparon las tropas surgieron más tarde los núcleos poblados que servirían de base para la colonización del Estado.

La ilusión de Eldorado había estado pues muy presente desde el comienzo de la colonización, y cada cierto tiempo se encontraban depósitos de oro aluvial, pero lo que se había encontrado había sido de poca importancia. La propia Corona portuguesa estimuló a los colonos con conocimientos en minería para que encontraran metales preciosos, aunque sin conseguir mayores resultados. Sin embargo, Portugal había estado más interesado en mantener el control de las rutas comerciales de África y Asia y en fortalecer su lucrativo comercio en el Océano Índico, Indonesia y China, que en un ignoto Brasil de dudoso valor económico. Todavía a mediados del siglo XVII regiones como Minas Gerais eran percibidas desde Lisboa como un territorio montañoso, de altas cumbres cubiertas por neblinas espesas y de bosques y selvas impenetrables en el fondo de los valles.

Todo cambió cuando, finalmente, entre 1692 y 1694, se encontró oro en el altiplano brasileño, en la región de Minas Gerais, entre Sierra de Mantiqueira y los manantiales del Rio São Francisco. Se considera que el más probable descubridor fue un colono de São Paulo llamado Antonio Rodrigues Arão, quien no pudo aprovechar su hallazgo al ser rechazado por los indios que trataba de cazar. Otro colono paulista, Bartolomeu Bueno de Siqueira, tuvo noticia del descubrimiento y fue en búsqueda de los yacimientos. Los descubrió en 1694, en los alrededores de Itaverava, y llevó las muestras a Río de Janeiro para la consideración del gobernador ya que ésta era la autoridad con jurisdicción sobre los descubrimientos.

Los principales depósitos se encontraban en Rio das Velhas, Rio das Mortes, Rio Doce y en la zona conocida como "minas de São Paulo", situados a lo largo de la Sierra do Espinhaço orientada en sentido norte-sur, donde parecía que cada río y cada quebrada resplandecía de oro. En realidad el oro parecía brotar de todas partes. También en Sabarabuçu, Cataguás o Cataguases, Caeté, Itambé, Itabira, Ouro Preto, Ouro Branco, etcétera. Un observador contemporáneo escribía que en el río llamado de Bento Rodríguez "en poco más de cinco brazas de tierra se sacaron cinco arrobas de oro"[73]. Podría ser una exageración, pero luego se afirmaba que algunos esclavos de una sola *bateiada* podían volverse ricos y comprar su libertad. Tantas eran las minas y tal su riqueza, que ya desde 1701 empezó a conocerse la zona como Minas Gerais, y en 1732 se le reconoció el nombre oficialmente. Era un vasto territorio que una vez delimitadas sus fronteras al convertirse en Estado comprendería

una extensión de 586.624 kilómetros cuadrados, un área mayor a la de Francia y Bélgica juntas.

Durante el siguiente medio siglo no hubo año en que no se anunciasen nuevos descubrimientos a lo largo de la costa y en el *sertão* —sabanas del interior—, aunque los principales yacimientos se encontraban en Minas Gerais, y más adentro, en Mato Grosso y Goiás. Los campos mineros se convertirán con el tiempo en ciudades como Ouro Preto, Mariana y Sabará. Más tarde, hacia 1714, al Norte de Minas Gerais, en Serro Frio, se descubren yacimientos de diamante cuya explotación daría lugar a la fundación de Diamantina. Después de tantos años de búsqueda infructuosa finalmente Portugal había descubierto su Eldorado.

Las primeras fiebres de oro: reservas, caos y conflictos

Al principio, los paulistas mantuvieron en reserva la noticia de los descubrimientos de oro por temor a que las rapaces autoridades portuguesas interviniesen y les privasen de su relativa autonomía. Incluso el gobierno trató de ocultar la noticia, pero no pudo evitarse que ésta se regara como fuego salvaje y empezaran a circular rumores fantásticos. Se decía que los yacimientos eran de tal magnitud que se extendían por todo el interior del territorio brasileño y que jamás se agotarían. En 1709 el Conselho Ultramarino (la principal agencia administrativa de las colonias con su sede en



Ciudad de Ouro Preto, Brasil (M. Pianzola, *Brasil Barroco*, p. 71).

Lisboa) aseguraba que las minas eran las más ricas que jamás se habían descubierto, por lo que temía que ellas provocarían el celo de las naciones extranjeras. El gobierno portugués llegó además a prohibir el libro titulado *Cultura e opulencia do Brasil por suas drogas e minas*, que publicó en 1711 en Lisboa el jesuita italiano Giovanni Antonio Andreoni bajo el nombre de André Joaõ Antonil (1649-1716). En esta obra exponía con ojo crítico las actividades mineras y describía de manera detallada la riqueza aurífera descubierta. La publicación fue confiscada y los ejemplares retirados de circulación para evitar que tanta riqueza concitase la envidia de otros países atrayendo su codicia hacia Brasil. Hasta donde se sabe, de la edición príncipe sólo lograron sobrevivir siete ejemplares, uno de ellos comprado el año 2002 por la John Carter Brown Library en una subasta de Sotheby por el que se pagaron 159.000 dólares.

El anuncio de tan impresionantes hallazgos desató un verdadero aluvión de inmigrantes de todos los estratos sociales, procedentes de Portugal, de las zonas colonizadas en la costa del Brasil, de otras colonias portuguesas e incluso extranjeros. La fiebre del oro drenó de pobladores las plantaciones costeras donde se cultivaba el azúcar, arrastrando a miles de colonos, y atrajo una enorme inmigración fresca directamente de Portugal. Como escribe Antonil: "una mezcla de toda condición de personas: hombres y mujeres, mozos y viejos, pobres y ricos, nobles y plebeyos, seculares y clérigos, y religiosos de diversos institutos, muchos de los cuales no tienen en Brasil convento ni casa"[74]. Debió precisar que también llegaban a montones clérigos apóstatas, salteadores de caminos, marineros, conversos, campesinos rústicos, musulmanes, gente de Goa y de Macao. Durante el período colonial ninguna otra región acogió una inmigración tan grande en tan poco tiempo, sea en Brasil o en todo el imperio español. Tampoco ninguna colonia de ese período recibió tanta gente en los centros urbanos o la concentró en ellos.

Este masivo impulso migratorio se debió también a que la explotación minera del Brasil, a diferencia de la del Perú o de México, era accesible a gente de escasos recursos, pues el oro era de aluvión y se encontraba a escasa profundidad en los placeres de los ríos, de modo que un hombre solo o con uno o dos esclavos y unas cuantas herramientas, es decir con muy poca inversión, podía dedicarse a la minería y, si tenía suerte, enriquecerse en poco tiempo. Al principio, cada año llegaban unos 1.400 inmigrantes directamente de Portugal, luego su número se eleva de 3.000 a 4.000 anuales, la mayoría de los cuales se dirige a las minas. Aunque los datos son escasos y poco precisos, se ha podido estimar que a lo largo del siglo XVIII emigró a Brasil una quinta parte de la población portuguesa. Fue una colosal sangría humana que tuvo profundas consecuencias. Para 1750 Portugal había quedado reducido a 2.900.000 habitantes. Según el censo de 1801 apenas había aumentado en 200.000 habitantes. Al estímulo de la fiebre del oro la población de Vila Rica (hoy Ouro Preto) llegaba en 1750 a 100.000 personas, la mitad que en Lisboa, la capital del imperio luso.

Mientras que la población de otros países europeos crecía sin cesar, Portugal se estancaba demográficamente, lo que contribuyó a debilitar su posición como potencia marítima, que ya en el siglo XVII había cedido en favor de Holanda e Inglaterra. Luego de una larga guerra entre Portugal y Holanda por el dominio de los mares, entre 1624 y 1654 los holandeses ocuparon el estado nordestino de Pernambuco cuya capital era Recife; conquistaron el fuerte de Elmina en 1637 (apropiándose del enclave portugués para el acceso al oro y los esclavos de la Costa de Oro), y luego otras islas en el Golfo de Guinea, que convierten en el gran centro de exportación de esclavos, arrebatándole el monopolio de la trata negrera a los portugueses. Pero el peor golpe que le propinó Holanda al imperio portugués fue quitarle Malaca en 1641 —ya que controlaba el estrecho de ese nombre, vital para el comercio de las especias—,

Ceilán en 1658 (que había conquistado Portugal en 1597), y la costa Malabar en 1663. Por otra parte, en 1661 Portugal cedía Bombay, Azemmur y Tánger a Inglaterra, como parte de la dote de Catalina de Braganza, hermana de Juan IV de Portugal, al unirse en matrimonio al recién coronado rey de Inglaterra Carlos II. A cambio de estas posesiones, Portugal se aseguraba la protección de la flota británica contra las agresiones holandesas. En Asia sólo pudo conservar Macao, en China, Timor Oriental, en el Sudeste de Asia, y los enclaves costeros de la India portuguesa. Sólo en África Portugal siguió conservando importantes extensiones territoriales, como Angola y Mozambique. Para la época del despegue de la producción aurífera de Brasil, Inglaterra se convertía en la mayor potencia marítima mundial y el originalmente inmenso imperio marítimo portugués era ya cosa del pasado.

A mediados del siglo XVII, tras estas pérdidas, la economía portuguesa se había hundido en una grave depresión. Una consulta del Consejo de Hacienda de 1657 la describe dramáticamente: "La Indias [...] se encuentra hoy reducida miserablemente a seis plazas principales que son: Mozambique, sin defensa; Goa, poco segura; Diu, arriesgada; Cochín, pendiente de la amistad del rey; Colombo, invadida por los holandeses; Macao, sin comercio, desesperada [...]". Finalmente, concluye, Angola, Santo Tomé, la costa de Guinea, Brasil, todo parecía estar a punto de perderse[75]. El descubrimiento de oro en Brasil a fines del siglo llegó en el momento oportuno para salvar a Portugal de la crisis.

Mucho mayor que la inmigración blanca a Minas Gerais, fue la inmigración forzada de esclavos negros. Como la población indígena era casi inexistente en la zona, la demanda de esclavos africanos para faenar las minas resultó tan alta que su número creció de cero a 30.000 durante la primera mitad del siglo XVIII, sólo en Minas Gerais. Para 1738, en el apogeo de las prospecciones, su número había crecido a más de 100.000. Entre 1698 y 1770, se ha calculado que sólo a Minas Gerais llegaron cerca de 341.000 esclavos. Aunque en las zonas mineras se encontraban esclavos de entre 35 y 50 etnias diferentes, la mayoría eran bantúes procedentes de la zona del actual Mozambique, al Este de África, y sudaneses de distintas regiones del Sudán Occidental, en la costa oeste de África. Muchos esclavos escaparon de sus amos y se internaron en los montes para fundar *quilombos*, adonde eran perseguidos por los implacables *capitães do mato*. Otros en cambio llegaron a trabajar por cuenta propia, comprometiéndose a pagar periódicamente una cantidad fija a su amo, lo que les daba la posibilidad de comprar su libertad, cosa que, gracias a la riqueza aurífera del territorio, no pocos lograron.

Mientras que en la faja costera la proporción entre hombres y mujeres era más o menos igual, en la región minera la relación de masculinidad era muy desproporcionada, lo que produjo una pronta integración racial de blancos portugueses y negras esclavas, siendo frecuentes las uniones mixtas estables y socialmente aceptadas. El resultado fue un mestizaje creciente favorecido por el aumento de los negros libertos, muchos de ellos enriquecidos repentinamente en las labores auríferas, y el surgimiento de un nuevo y vigoroso contingente humano, los mulatos.

Fueron muchos los centros mineros que rindieron poco y quedaron pronto abandonados. Surgían como meros campamentos temporales y luego desaparecían sin dejar rastro. No pocas veces se fundaban poblados que de un día para otro quedaban vacíos al descubrirse otros yacimientos potencialmente más productivos. Eran comunidades mineras de naturaleza efímera fundadas de manera atropellada y con poca o ninguna planificación. De esa manera, muchos mineros que fracasaban, abandonaban la minería para dedicarse a la agricultura o el comercio, o regresaban a las ciudades y poblados de la costa.

Siendo las zonas auríferas "esterilísimas de todo lo que ha menester para la vida humana —escribe

Antonil—, no se puede creer lo que al principio padecían los mineros por falta de mantenimientos, hallándose no pocos muertos con una espiga de millo en la mano sin tener otro sustento"[76]. No habiendo en las minas otra moneda que oro en polvo, y escaseando los comestibles, todo se pagaba a precios exagerados. Con oro en polvo se hacían apuestas sin mesura, por un esclavo trompetero se pagaba mil cruzados, o cuatro veces el precio normal de un negro, y el doble por una mulata de mala vida para usarla como esclava sexual. Antonil ofrece una extensa lista de productos para ilustrar la inflación descontrolada y la carestía de alimentos que produjo la abundancia del oro, no sólo en las minas sino también en "los puertos y villas de Brasil". En las minas, la carne, el maíz, la harina y el ron eran raros y muy costosos; los primeros cargamentos de cerdos aparecieron sólo en 1723, y un frasco de sal podía costar hasta media libra de oro.

El caos, el desorden, la violencia, las carestías y penurias, y la falta de control gubernamental, pronto convirtieron a los centros mineros en típicos pueblos de frontera. Un ingrediente que contribuyó a crear tensiones sociales en las comunidades mineras fue el carácter heterogéneo de la población. Así, desde temprano surgieron conflictos entre los paulistas, que eran lugareños y criollos y consideraban que las minas les pertenecían, y los forasteros (despectivamente bautizados *emboabas* o *pes-raspados* por los paulistas, y tratados por estos de *vos,* como lo hacían con sus esclavos), situación que tuvo su peor crisis entre 1707 y 1709 al estallar el episodio conocido como *Guerra das Emboabas*. A los inmigrantes procedentes de Portugal se sumaron los colonos del nordeste, y los paulistas fueron derrotados, lo que aprovechó el gobierno central para mediar e imponer el orden, estableciendo una estructura burocrática y administrativa. Al perder en el conflicto, los paulistas se desplazaron hacia el oeste, donde encontraron nuevos yacimientos auríferos como Cuiabá en 1718, en Goiás, y Vila Bela (1734), en Mato Grosso, y hacia las nuevas fronteras se extendió la fiebre del oro. Pero estos yacimientos florecieron sólo por poco tiempo y luego fueron abandonados, dificultados por la enorme distancia a la costa, separada a siete meses de viaje en canoa por un territorio difícil y amenazado por indios hostiles.

Rutas, transportes y articulación del territorio

Uno de los más serios problemas que tuvo que resolver la economía minera fue cómo sacar el oro a la costa y asegurarse un abasto eficiente de insumos y alimentos desde las regiones vecinas. Los centros mineros quedaban a gran distancia del litoral, se encontraban muy dispersos por un enorme territorio y localizados en territorios montañosos, todo lo cual hizo necesario estructurar un complicado sistema de transporte. La solución se encontró, como sucedió con las colonias españolas, en las recuas de mulas, que se convirtieron en la infraestructura básica del sistema. Debido a que en los centros mineros no se desarrollaron actividades agrícolas y que las zonas donde se producían alimentos se encontraban muy lejos, los transportes constituyeron una pieza fundamental para el funcionamiento de la economía minera.

Al estímulo del creciente mercado para animales de carga, en la región de Rio Grande do Sul se desarrolló la cría de mulares a gran escala, y fue gracias al comercio de mulas y a la ganadería vacuna, de la que allí tanto abundaba, que la región riograndense, antes pobre y atrasada, se integró al conjunto de la economía brasileña. "Cada año subían de Río Grande del Sur decenas de millares de mulas, las cuales constituían las principales fuentes de ingreso de la región. Esos animales se concentraban en la región de San Pablo donde, en grandes ferias, eran distribuidas a los compradores que provenían de las diferentes regiones. De este modo, la economía minera, a través de sus efectos indirectos, permitió que se articulasen las diferentes regiones del sur del país"[77].

A los centros mineros de Minas Gerais se llegaba en mula por diversas rutas. En los comienzos, la ruta más popular era la que salía de São Paulo siguiendo el Río Paraíba, que demoraba dos meses. Otra ruta más fácil pero más larga era la que salía de Salvador de Bahía en dirección al Rio São Francisco. Luego se abrirá un camino desde la costa a la altura de Río de Janeiro atravesando las montañas. Ésta era la ruta más corta y fue la preferida para ir a las minas y para exportar el oro. Para ello se utilizaba principalmente la bahía de Parati, que se convierte en el segundo puerto en importancia durante el ciclo del oro y fue la terminal más frecuentada para unir la costa con el interior. La cercanía de Río de Janeiro a las minas aseguró su prosperidad y finalmente su condición de capital. Para el transporte del oro, al igual que para el transporte de alimentos y otros insumos desde la costa a los centros mineros, se necesitaba gran cantidad de mulas. Recuas de mulas en incesante movimiento, llevaban el oro desde Minas Gerais a los puertos costeros y regresaban con bienes necesarios para las minas. Pueblos como Sorocaba en el interior de Sao Pablo se hicieron famosos por las ferias de mulas, que eran distribuidas por todo Brasil. Una escena típica era el muletero, o *tropeiro*, con su tren de 30 o 40 mulas, marchando por las distintas rutas establecidas y deteniéndose en modestos y pequeños apeaderos a orilla del camino.

Otro de los efectos de la minería fue el estímulo a la explotación pecuaria. Esta actividad ya existía en Rio Grande do Sul desde antes de que se desarrollara la minería, pero los precios del ganado del sur se habían mantenido siempre sumamente bajos, lo que contrastaba con los de la zona azucarera del nordeste brasileño. Pero el estallido de la minería en el vecino Minas Gerais cambió radicalmente la situación y el ganado rápidamente se valoriza mejorando sensiblemente los precios, que alcanzan niveles sumamente elevados. De hecho, el ganado nordestino, que se había desvalorizado al decaer la industria azucarera, empezó a desplazarse hacia el Sur en busca del próspero mercado minero, lo que a su vez provocó el encarecimiento de los precios que se pagaban por el ganado en los ingenios, obligando a las autoridades a intervenir.

La economía minera abrió un amplio marco de posibilidades para la actividad pecuaria, aumentado sensiblemente la rentabilidad de la ganadería, estimulando la explotación más amplia de las tierras y del rebaño, y contribuyendo a que las distintas zonas se especializaran, unas en el engorde y distribución, otras en la cría de ganado. De esa manera, las zonas ganaderas se hicieron interdependientes con el mercado minero de consumidores, y un enorme territorio, antes inconexo y poco productivo, fue integrándose económicamente.

Organización de la actividad minera, control fiscal y producción

La zona minera se extendía por un vastísimo territorio, ya que, como se dijo, los minerales eran de aluvión y se encontraban ampliamente dispersos. Fue sólo más tarde cuando empezaron a explotarse depósitos en galerías subterráneas donde se encontraban filones, aunque los que predominaron fueron los de placer. El oro se extraía sobre todo de lavaderos situados en los cursos de agua, que los mineros, muchas veces solos o con sus esclavos, cernían con una *bateia*. Era una tecnología primitiva casi idéntica a la que se practicaba en las colonias españolas de Nueva Granada o Panamá.

La dispersión de los yacimientos contribuyó a que el control gubernamental fuese extremadamente difícil y explica que el contrabando del oro fuese rampante en Brasil. El gobierno colonial ensayó varios métodos de control fiscal, como el impuesto del quinto (o el 20% del oro extraído) o el de capitación, que se aplicaba a cada esclavo, o sobre cada *bateia* en uso (rechazado al principio por los mineros pero finalmente impuesto a partir de 1735). El impuesto de capitación era semejante al que se cobraba en los centros mineros de las colonias españolas (así se hizo en Veraguas y en Darién), y se aceptaba como un método de recaudación más efectivo

que el quinto, pues se pensaba que era más fácil tasar el oro que podía extraer un esclavo por jornada. Pero cabe legítimamente dudar de la seguridad de este método. Los paulistas le informaron al padre André Joaõ Antonil que se consideraba un placer de buen rendimiento el que producía dos octavas de oro por batea; pero en otros placeres las *bateias* rendían media octava, tres, cuatro, cinco, ocho, quince y hasta treinta octavas y aún más[78]. Las diferencias podían ser muy grandes de un placer a otro y, como es obvio, se trataba de un método muy impreciso, aunque dadas las circunstancias no había otro mejor.

Producción de oro en Brasil. Siglo XVIII

Períodos	Kg por año
1700-1704	1.325
1705-1709	4.000
1710-1714	6.100
1715-1719	6.500
1720-1724	7.500
1725-1729	8.500
1730-1734	9.000
1735-1739	14.134
1740-1745	14.147
1745-1749	14.812
1750-1754	15.760
1755-1759	12.616
1760-1764	10.499
1765-1769	9.759
1770-1774	8.779
1775-1779	8.118
1780-1784	6.284
1785-1789	4.911
1790-1794	4.510
1795-1800	4.399
Total del siglo XVIII	858.265 kg

Fuentes: Virgilio Noya Pinto, op. cit., 1972; Frédéric Mauro: 1977.

Por otra parte, siendo que éstas eran actividades realizadas en lugares tan distantes y dispersos, resultaba muy difícil llevar un control efectivo sobre lo que producían los mineros. El oro no sólo podía disimularse en los propios centros mineros; también cuando se conducía en polvo o en lingotes fuera de Brasil para venderlo a ingleses u holandeses en la Costa da Mina, o en Buenos Aires, o a portugueses que regresaban de la India, o a bordo de navíos que llevaban oro y diamantes al norte de Europa. Ante la mirada impotente, o complaciente, de las autoridades lisboetas, los barcos ingleses realizaban en el Río Tajo un activo contrabando de oro y diamantes brasileños que tenía por destino el norte de Europa, sobre todo Inglaterra. Dado que la marina portuguesa tenía muy poca capacidad para vigilar el comercio entre Portugal y su rica colonia, a menudo debía contratar para esa tarea a barcos extranjeros, sobre todo ingleses, lo que contribuía a facilitar el contrabando[79].

Por supuesto que nada de lo anterior escapaba a la observación de los contemporáneos, que se admiraban tanto de las extraordinarias cifras de producción como de la descarada evasión fiscal. Antonil escribía que "ha habido años en que en todas estas minas o ríos se sacaban más de cien arrobas de oro (es decir, 2.500 libras o unos 1.600 kilos), fuera del que se sacaba y saca de otros ríos que los descubridores no manifiestan". De esa manera, continúa, "en estos últimos diez años se han sacado más de mil arrobas". Y concluye diciendo que si se hubiesen pagado los quintos reales y no se hubiese ocultado, como se hacía, una gran cantidad del oro extraído, a la Corona le hubiese correspondido el equivalente a 2.000 arrobas durante esos diez años[80]. Lo que quintaba era realmente sólo una mínima parte.

Estas cifras alucinantes, así como la flagrante evasión fiscal, eran hechos ampliamente conocidos en Europa. Por ejemplo, el Abate Guillaume Raynal, en su monumental e influyente obra *Historie philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux indes* (1776-1780), escribía desde París, que "si calculamos el oro que Brasil produce a base de los impuestos que recibe el rey de Portugal, la cantidad sería de 45 millones de libras. No exageramos si decimos que el deseo de defraudar el fisco lleva a sustraer de la fiscalización del gobierno la octava parte de lo que se produce"[81].

Producción de oro en Minas Gerais

1697	115,0 kilogramos
1699	725,0 kilogramos
1705	1,5 toneladas
1715	6,5 toneladas
1739	10,0 toneladas
1744	9,7 toneladas
1754	8,8 toneladas
1764	7,6 toneladas

A causa del fraude y el contrabando (sin mencionar la imprecisión de los métodos y la dificultad para cobrar los impuestos) parecería casi imposible conocer el monto efectivo del oro que produjo Brasil. Sin embargo, algunos autores son optimistas y no dejan de considerar útiles los registros fiscales. Uno de los principales especialistas en el tema propone una solución alternativa. Sostiene que si estos registros fiscales "se combinan con los del oro que llegaba al Tajo (aunque se plantea el problema de ajustar los pesos a los valores), podemos calcular con fundamento los niveles por debajo de los cuales no descendió la producción de oro en Brasil (...). Se calcula que en el siglo XVIII la Colonia produjo entre 750.334 y 948.105 kg. Se ha conjeturado que Brasil suministró unas 800 toneladas de oro a Europa en ese siglo y que de 490 a 510 toneladas de oro puro llegaron al Tajo entre 1700 y 1750. De 1725 a 1750, la producción anual de oro de la región ascendió a 18-20 toneladas (...). En conjunto, durante los primeros veinticinco años del siglo la producción se multiplicó por cinco, hubo un aumento más moderado de 1725 a 1734, un aumento sustancial y sostenido entre 1735 y 1749, un momento de auge de 1750 a 1754 (con un rendimiento anual estimado de 15.760 kg en Minas Gerais y Goiás, y excluida Bahía) y una decadencia en la segunda mitad del siglo, hasta el punto de que la producción media anual (4.399 kg) de Minas Gerais, Goiás y Mato Grosso de 1795 a 1799 fue algo menos que la de Minas Gerais (4.410 kg) en 1706-1710"[82].

Producción de oro en Brasil. Siglo XVIII



Oro de Brasil introducido en Lisboa

Año	Kilogramos
1699	725
1701	1.785
1714	9.000
1720	25.000
1725	20.000

Cuando empezó a encontrarse oro en Minas Gerais, se estimaba que la producción del año 1697 era de 115 kilogramos de oro; en 1699 ya la producción empieza a despegar y se eleva a 725 kilogramos. Entre 1700 y 1704, se producen 1.325 kilogramos de promedio anual. Entre 1710 y 1724 el promedio anual supera ya los 6.000 kilogramos. En la década de 1730-1740, el oro representaba las cuatro quintas partes del valor total de los cargamentos que Portugal recibía de Brasil. Los años más productivos fueron los de 1735 a 1754, con medias anuales de cerca de 15.000 kilogramos y, entre el 1739 y 1754, la producción promedia entre 9 y 10 toneladas. En 1755 el oro representaba todavía el 75% del valor de todas las exportaciones brasileñas a la metrópoli. A partir de ese año la producción empieza a decrecer y el ciclo del oro propiamente concluye. Pero aunque el declive es irremisible, el oro no deja de producirse, aunque cada vez menos. Entre 1755 y 1779 la media anual disminuye de 12.616 kilogramos a 8.779 kilogramos, luego desciende a 6.284 entre 1780 y 1784 y a menos de 4.000 kilogramos al año a partir de 1785. Al finalizar el siglo la producción se sitúa a los niveles de 1705-1709. Para todo el siglo la producción alcanzaría a entre 800 y 900 toneladas.



Escultura del profeta Daniel, por Aleijandinho (M. Pianzola, *Brasil Barroco*, p. 155).

El oro brasileño da la vuelta al mundo

Las distintas cifras de producción que dan diferentes autores varían y tampoco éstas coinciden con las publicadas por los periódicos holandeses de la época, pero la avalancha del oro brasileño sobre la economía mundial fue un hecho. Roberto Simonsen ha calculado que en Brasil se extrajo el 50% de todo el oro producido en el mundo durante los tres siglos precedentes, proporción igual al total producido por América entre 1493 y 1850[83]. A esta cuantiosa inyección del metal, estimada para todo el siglo XVIII hasta en 1.000 toneladas de oro, a la que se sumó la de diamantes, calculada para el mismo período en 3 millones de quilates (cerca de un millón de quilates llegaron al Tajo entre 1729 y 1748 y un total de 615 kilogramos sólo del Distrito Diamantino), acabó repartiéndose por el mundo entero. Enriqueció al tesoro real y a miembros de las élites portuguesas en el propio Brasil, en Lisboa y Angola. Estimuló el desarrollo de la ganadería en

el interior del territorio brasileño para poder abastecer la creciente demanda de carne y cuero en los centros mineros. Los galeones portugueses de la *Carreira da India* llevaron el oro del Brasil a Oriente, cargando de retorno artículos lujosos de India, China y Japón. También una gran cantidad de oro de Brasil era transportada por los barcos portugueses al África para la compra de esclavos. Mucho oro también permanecía en el propio Brasil para la construcción de obras urbanas, como puentes, edificios públicos, iglesias y hospitales, y para financiar el contrabando de la plata que era llevada del Alto Perú al Río de la Plata. Las ciudades de Minas Gerais atraían a artistas, poetas y músicos de todas partes y 3.000 músicos, la mayoría mulatos, tocaban exquisitas piezas barrocas, a menudo en hermosas iglesias rococó construidas por Antonio Francisco de Lisboa, llamado el Aleijadinho, y en ambientes sacros rodeados de luminosas y alegres pinturas, púlpitos y retablos del pintor y tallista Manuel da Costa Ataíde, o por esculturas también de tema religioso del propio Aleijandinho. Pero el oro contribuyó a enriquecer más a otros países que al propio Brasil o a Portugal, y sobre todo a los comerciantes franceses, holandeses e ingleses y a estos últimos más que a todos.

Es cierto que este fabuloso flujo aurífero salvó a Portugal de la recesión económica en que se encontraba, contribuyendo a mejorar la balanza de pagos con sus socios comerciales europeos, sobre todo Inglaterra. Sin embargo, Portugal estaba estancado en un contexto agrícola muy tradicional que le impedía implantar una política agrícola e industrial innovadora, pese a los esfuerzos que con el propósito de modernizar la economía realizaran, primero, Sebastiaõ José de Carvalho e Melo, marqués de Pombal, secretario de estado para los dominios ultramarinos (1750-1777), y luego de éste, los asesores de María I de Portugal. En consecuencia, el oro brasileño fue utilizado sobre todo para pagar por las importaciones a Portugal del norte de Europa, Italia y España. Portugal se convirtió cada vez más en una estación de paso de mercancías en tránsito entre Europa y Brasil. El principal beneficiado fue Inglaterra, que desplazó a sus rivales holandeses y franceses, sacando el máximo provecho al Tratado de Methuen suscrito con Portugal en 1703.

Este Tratado surgió como resultado de la *Guerra de Sucesión Europea* (1701-1713). Aunque al principio de la guerra, Portugal estuvo aliado a Francia, se vio en la necesidad de cambiar de bando a causa de su debilidad militar, aliándose a Inglaterra y apoyando la causa del archiduque Carlos de Austria (luego Carlos VI de Austria), que aspiraba a ocupar el trono español. Este Tratado se firma al terminar un período de grandes dificultades económicas para Portugal, coincidiendo con la crisis de la producción azucarera del Brasil, de modo que fue acordado en situaciones que le eran sumamente adversas, aunque era difícil en ese momento anticipar cuán negativas podían ser sus consecuencias. Aparte los aspectos militares y diplomáticos, este Tratado establecía un nuevo marco de relaciones comerciales entre Inglaterra y Portugal. Aunque el Tratado permitió a Portugal conservar la integridad territorial de su más importante colonia, Brasil, los efectos que produjo en su economía a mediano y largo plazo fueron fatales. Según los términos del Tratado, Inglaterra podía introducir en Portugal sus textiles libres de impuestos y, a cambio, Portugal podía enviar a Inglaterra sus vinos, pagando impuestos a un tercio menos de lo que pagaban los vinos franceses, lo que contribuyó a fortalecer el desarrollo de la industria del vino. Dado que Inglaterra estaba en guerra con Francia, se hacía difícil obtener vinos franceses, de modo que el *vinho do porto*, u oporto, empezó a reemplazarlos, haciéndose cada vez más popular.

Tradicionalmente la economía rural portuguesa se había mantenido muy atrasada y todavía en los siglos XVI a XVIII, tanto las élites como el Estado, habían mostrado poco interés por el desarrollo industrial, prefiriendo depender de las importaciones de otros países (además de Inglaterra, también de Holanda y Francia) por lo cual pagaba con los ganancias procedentes de las colonias, y a

partir de principios del XVIII sobre todo con el oro de Brasil. Así por ejemplo, los barcos que iban a comprar esclavos al África occidental con oro brasileño, regresaban cargados, además de esclavos, con mercancía europea, simplemente porque la compra de esclavos por sí sola no bastaba para dar salida a la gran cantidad de oro que se llevaba. De esa manera este oro, que pudo haber creado las condiciones para promover el desarrollo de la economía portuguesa en su conjunto, fue transferido en grandes cantidades a los países con desarrollo industrial, sobre todo a Inglaterra. Así, el desarrollo manufacturero de Portugal continuó estancado, perdiendo totalmente su capacidad para competir con las pujantes economías europeas.

El Tratado de Methuen sólo venía a confirmar de manera oficial, o si se quiere, legitimar, una tendencia comercial que ya existía entre ambos países desde mediados del siglo XVII, aunque ésta se había desarrollado un tanto erráticamente. La alianza entre ambos países se remontaba a 1654 cuando firmaron un tratado comercial, y quedó reforzada en 1661 con el ya mencionado matrimonio entre Catalina de Braganza y Carlos II. Ambas Coronas, además, firmaron un pacto de defensa mutua, lo que sentó las bases para una ventajosa asociación duradera. La alianza anglo-portuguesa representó para Portugal y su imperio la protección de la armada inglesa, que se convertiría en la más poderosa del mundo: en el siglo XVII protegió a Portugal y a sus colonias de las agresiones holandesas, y contribuyó a asegurar su independencia de España, que aún necesitaba consolidarse. Por su parte, Inglaterra obtuvo considerables ventajas económicas y pudo aprovecharse de las bases comerciales y de las posesiones territoriales que tenía el imperio portugués en tres continentes. A la larga, como era de esperarse, fue Inglaterra la que sacó mayores ventajas de esta asociación.

En 1670, Inglaterra ya dominaba el mercado portugués (pues gracias a la mejor calidad de sus telas y otras manufacturas éstas eran preferidas a las de Holanda y Francia), y los vinos del Valle del Duero empezaban a conquistar el paladar británico. De hecho, Inglaterra ya había estado abriéndose un espacio cada vez más amplio en el comercio internacional, tanto en América como en el lejano Oriente, y había empezado a desplazar de manera creciente a su principal rival, los holandeses. Gracias a la *East India Company,* establece cabezas de playa permanentes en la India y otros territorios orientales, donde adquiría especias, porcelanas, sedas y salitre, pagando con oro brasileño y plata altoperuana. A este tema volveré en el capítulo VIII.

Se ha calculado que, para la década de 1730, tal vez hasta dos tercios del oro brasileño acababa en manos inglesas. Además, a Lisboa llegaba plata de las colonias españolas en América (sobre todo de Potosí, gracias al contrabando por el Río de la Plata y Colonia do Sacramento, en la actual Uruguay) que también acababa en manos inglesas. Todo este flujo metalífero fue drenado sistemáticamente fuera de Portugal para pagar por las telas y otros productos manufacturados ingleses, lo que estimuló el desarrollo industrial de la Isla, e Inglaterra incrementó su dominio sobre el imperio luso-brasileño. Se ha considerado que toda esta riqueza financió, o contribuyó a financiar, la revolución industrial de Inglaterra, si bien algunos autores más cautelosos creen que todavía están pendientes de respuesta varios interrogantes sobre el tema. Otro tema que sigue debatiéndose es el impacto que realmente produjeron en la India y en el resto de Asia tanto los reales de a ocho de plata españoles como el oro brasileño llevado a Oriente por los portugueses a bordo de los galeones de la *Carreira da India*.

La generosa provisión de oro brasileño que llegó a Inglaterra le permitió a ésta, en efecto, una excepcional flexibilidad para operar en el mercado europeo. Pudo, por primera vez, saldar su comercio de materiales de construcción y otras materias primas, que recibía del norte de Europa, indirectamente, con manufacturas, consiguiendo de esa manera mayor margen de maniobra y pudiendo concentrar sus inversiones en el sector manufacturero, lo que le permitía un desarrollo tecnológico más rápido. Absorbiendo la mayor parte del oro

que se producía en el mundo, los bancos ingleses se convirtieron en el centro financiero de Europa, desplazando desde entonces a Amsterdam. Las cantidades de oro brasileño ingresado en Londres llegaron a alcanzar, en cierto momento, la suma de 50.000 libras por semana, lo que permitió la acumulación de reservas metálicas cuantiosas sin las cuales difícilmente hubiera podido hacer frente a las guerras napoleónicas. Con razón un historiador inglés se preguntaba qué habría sido de Inglaterra en esta gran guerra europea sin el oro brasileño[84].

El oro del Brasil y la crisis coyuntural de 1760-1780

El déficit comercial de Portugal con Inglaterra y su dependencia a ésta, se acentuó en la segunda mitad del siglo XVIII. El año 1762, durante la *Guerra de Siete Años* (1756-1763) España invade a Portugal, al que no le queda otra opción que aliarse a Inglaterra. Inglaterra ganó esta guerra, considerada con razón "la primera guerra mundial", ya que en ella se involucraron las mayores potencias de la época, y porque se peleó en casi todo el mundo: en el Caribe, en Norteamérica, en Las Filipinas, en las costas de África y sobre todo en la India. Lo más importante es que como resultado de haber ganado esta guerra, Inglaterra emergió como la mayor potencia colonial y marítima del mundo, desplazando totalmente a Francia, mientras que la *East India Company* fortaleció su posición en la India, que se convierte en la "joya de la corona imperial". Esta compañía se transformó de empresa comercial en un poder territorial, y quedaron sentadas las bases para el dominio imperial británico en Oriente. Al montarse este nuevo escenario, el comercio colonial se intensifica, gracias a la demanda creciente de azúcar, cacao, esclavos, algodón, tabaco y especias, y a Inglaterra, como la gran potencia comercial, marítima e industrial emergente, se le abre de par en par el acceso directo a los mercados coloniales.



Detalle de escultura de madera policromada de Ecce Homo. La peluca ha desaparecido. Sacristía de la capilla del Carmen, en Cachoeira (de la Orden Tercera), Bahía. Nótese los rasgos chinos del Cristo, influencia transmitida a Brasil por los portugueses de Macao. (M. Pianzola, *Brasil Barroco*, p. 75).

El nuevo marco comercial afectó severamente la ventas de los productos portugueses, sobre todo vino, sal, frutas y aceite, así como los que se producían en sus colonias, como tabaco, azúcar, madera, cacao y esclavos. Los demás productos debían importarse tanto a la metrópoli como a las colonias. Pero como el déficit de la balanza comercial portuguesa se financiaba con el oro del Brasil, si éste disminuía, Portugal no tenía suficiente para adquirir los productos extranjeros que necesitaba y ni siquiera podía comprar a Brasil lo que su propia colonia producía. Esta situación se presentó a partir de 1760 al empezar a disminuir la producción de oro brasileño, e hizo crisis en la década de 1780, cuando se redujo a los niveles de principios de siglo, lo que generó una profunda conmoción. A esto se agregaron otros factores negativos: en Brasil la producción de diamantes decayó entre 1766 y 1780, el comercio de esclavos disminuyó a partir de 1760, y los vinos de Oporto empezaron a enfrentar la competencia de la producción

extranjera. En el propio Portugal, la situación se agravó con dos grandes catástrofes ocurridas en Lisboa: el terremoto seguido por un *tsunami* que asoló la capital en 1755, y el incendio de sus aduanas en 1764. Además, la guerra internacional afectó su economía a partir de 1762, cuando Portugal fue invadida por España. Todo ello produjo una depresión que se extendió de 1760 a 1780, siendo su momento más crítico entre 1768 y 1771.

A esta doble crisis de la producción y el comercio, se sumó la crisis financiera del Estado. La mengua de la producción de oro ocasionó una disminución en la recaudación de impuestos. Entre 1725 y 1735 el promedio anual entregado al rey procedente del quinto del oro brasileño era de 96,1 arrobas de 50 kilogramos (o poco más de 4.800 kilogramos) y entre 1736 y 1751 fue de 125,4 arrobas por el impuesto de capitación por esclavo minero (o 6.270 kilogramos anuales), sin embargo, entre 1788 y 1801 el quinto había disminuido a sólo 44,3 arrobas de oro anuales o 2.215 kilogramos, es decir que al fisco ingresaban impuestos procedentes del oro del Brasil cuatro veces menos que medio siglo antes. La crisis no empezó a superarse hasta que se reanudó la exportación en gran escala de nuevos productos coloniales, como algodón, arroz, tabaco y cacao, a la vez que empezó a incrementarse nuevamente la producción de oro y diamantes en Brasil. La industria azucarera, que había estado en dificultades por la fuerte competencia de las islas británicas y francesas en el Caribe, tuvo un nuevo despegue gracias a la revolución de Haití (1791-1804), que eliminó a esta isla de la competencia por varios años. A esta recuperación contribuyeron además las nuevas políticas fisiocráticas y el libre comercio con los países de ultramar que se implantan en Portugal durante el reinado de María I de Portugal (1777-1816), época en la que incluso se llega a hablar de una “época áurea”[85].

Si bien el decrecimiento de la producción de oro continuó hasta el fin del siglo XVIII, la riqueza aurífera del Brasil estaba lejos de haberse agotado. El oro que se había extraído era sobre todo aluvial y por tanto sólo el más superficial; además, se había trabajado con técnicas muy rudimentarias. Era previsible que sus rendimientos fueran decrecientes. Pero en el siglo XIX, nuevas minas fueron abiertas con técnicas más avanzadas e inversión de capital inglés, que estuvieron bajo explotación durante todo el siglo XX. También durante el siglo XX continuaron explotándose en Minas Gerais distintas minas de diamantes y de piedras preciosas, así como minas de hierro, de manera que la historia de la minería del Brasil se extendió más allá del siglo XVIII. De hecho, por sus montañas serpentean en todas direcciones incalculables reservas minerales, donde abunda, además del oro y el hierro, el aluminio, el manganeso, el cinc, el cuarzo, el feldespato y el níquel.

Oro y Barroco Mineiro

El oro de Minas Gerais no sólo contribuyó a estructurar el inmenso territorio del centro-sur del Brasil, a consolidar la sociedad colonial, y a dar origen a la fundación de numerosas villas y ciudades; también creó una atmósfera de prosperidad que estimuló el desarrollo de una intensa actividad cultural, creando las condiciones para el nacimiento de un arte y una arquitectura auténticamente brasileños, el *Barroco Mineiro*.

Las villas y ciudades surgen de manera espontánea y muy rápida, con ninguna o muy poca planificación, debido al repentino asentamiento de grandes contingentes de buscadores de oro, adaptándose a las sinuosidades de una topografía accidentada o extendiéndose a lo largo de la orilla del río aurífero que les da origen, como en el caso de Sabará. A diferencia de las ciudades de la costa, que se hacen a semejanza de las portuguesas, siguiendo un patrón ortogonal con calles rectilíneas, siempre que lo permitiera la topografía, las de Minas Gerais se asemejan a las ciudades mineras de las colonias españolas, cuyo trazado

urbano se desarrolló con mucha libertad, dando una impresión de mayor movimiento a sus espacios urbanos y creando sorpresas visuales, como se observa en México o en Honduras. Sólo cuando ya su carácter urbano se había llegado a definir con carácter permanente, empezaron a aplicárseles normativas para ordenar su trazado.

Estas villas y ciudades se convirtieron en centros de una animada vida artística y las artes adquirieron un impulso sin precedentes en Brasil, que para algunos recuerda el Renacimiento europeo. Las creaciones artísticas que surgieron en este vigoroso despegue de florecimiento cultural, sobre todo en la arquitectura, la pintura y la escultura, constituyen una contribución original al arte universal y sientan las bases de una identidad cultural brasileña autóctona.

Aunque el Barroco europeo llegó con retraso al Brasil, cuando ya en Europa se imponía el estilo Neoclásico, los artistas brasileños (inspirados sobre todo en el Barroco portugués) demostraron tener la sensibilidad y la capacidad imaginativa para, valiéndose de elementos prestados, o copiados, conseguir recrear composiciones, e inventar una nueva y auténtica expresión barroca con un lenguaje peculiar y propio del país. Gracias al atractivo del oro, empezaron a llegar a Minas Gerais (en cuyas ciudades, gracias a la riqueza de la minería se concentró la actividad artística) maestros de obra constructores, canteros, tallistas, músicos y artistas portugueses de todo tipo, que encontraban oportunidades para trabajar en sus profesiones.

Sin embargo, hacia la tercera década del siglo XVIII hubo alarma en Portugal por el agotamiento demográfico que había provocado la fiebre del oro brasileño, y la administración central tuvo que tomar medidas para frenar el torbellino migratorio. Esto dio por resultado que, para la segunda mitad del siglo, al producirse el relevo generacional, y en la medida en que no se renuevan los técnicos portugueses, fuesen los hijos de los emigrantes llegados de Europa, habidos con las esclavas negras, los que mayormente ejercen las actividades artísticas y artesanales. Estos hijos mulatos encontraron en estas actividades, tanto una forma de supervivencia, como de afirmación social, y se entregaron a ellas con una dedicación realmente extraordinaria. De hecho, el *Barroco Mineiro* fue un arte en gran medida dominado por artistas mulatos que descubrieron su propia estética, mezclando de manera creativa y original la herencia cultural recibida de los padres europeos y las madres africanas. Fueron mulatos los músicos, los actores de teatro, los pintores, los escultores, los maestros de oficio, los santeros y los orfebres.

Las hermandades laicas, que ya existían en la costa, experimentaron un rápido florecimiento en Minas Gerais y contribuyeron a la organización de los oficios, estimulando la aparición de artistas con conciencia profesional y en poco tiempo empezaron a aparecer arquitectos como Domingo Moreira de Oliveira o Francisco de Lima Cerqueira, y verdaderos creadores como el escultor nacido en Portugal Francisco Xavier de Brito, quien realizó los retablos laterales de la Iglesia de la Orden Tercera de San Francisco de la Penitencia en Río de Janeiro, o pintores como Silva de Almeida Lopes, Manuel Antônio da Fonseca, y tal vez el más destacado, Manuel da Costa Ataíde, cuyo lienzo en el techo de la Iglesia de San Francisco de Asís en Ouro Preto aún cautiva; significativamente, en este lienzo aparece la Virgen María como una mujer morena rodeada de ángeles mulatos. Entre los músicos fue famoso el sacerdote nacido en Portugal José Maurício (1752-1815), y sobre todo el mulato Antônio de Sousa Lobo, llamado *Mestre Capela*, que dirigía un grupo muy apreciado.

Pero el más eminente de todos fue Antonio Francisco de Lisboa (1730-1814). Se le identifica como el más representativo del Barroco Mineiro, y por la calidad de su vasta obra arquitectónica y escultórica se le considera el artista brasileño más importante del período colonial. Nacido en Vila Rica (hoy Ouro Preto) era el hijo ilegítimo del carpintero y artista portugués Manuel Francisco

Lisboa, y de Isabel, esclava de éste. Aprendió el oficio con su padre, de quien adquirió el gusto barroco, y con él trabajó en la construcción de la Iglesia del Carmen de Ouro Preto, que su padre dejó inconclusa al morir en 1766. Se le apodaba Aleijandinho, o "lisiadito", por la deformación que empezó a sufrir en sus extremidades afectadas por la lepra cuando tenía unos 40 años de edad. Poseedor de un talento polifacético y considerado genio por algunos, este mulato, que nunca viajó fuera de su país, dejó su huella innovadora en numerosas ciudades mineras como Sabará, Tiradentes, Ouro Preto, Congonhas y Cachoeira do Campo, donde construyó iglesias que impresionan por la originalidad y belleza de sus abigarradas portadas barrocas (como la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen o la Iglesia de San Francisco de Asís, ambas en Ouro Preto), y realizó gran cantidad de decorados interiores, altares mayores y retablos, pero sobre todo destacó por sus notables esculturas, por lo que se le considera el escultor más significativo de la América colonial. Destacan sobre todo el Cristo Flagelado, o los Pasos de la Pasión, y su obra maestra, los Doce Profetas del Antiguo Testamento, estos últimos en la escalinata del atrio de la Iglesia de Bom Jesús de Matosinhos, en Congonhas do Campo, esculpidos en piedra jabón azulado o esteatita.

El conjunto escultórico de Los Profetas, cuya poderosa fuerza expresiva, con rostros viriles y dramáticas posturas teatrales parecen cobrar vida, ha sido calificado por el estudioso francés Germain Bazin como "un ballet de piedra". El historiador del arte Santiago Sebastián, sugiere que Aleijadinho pudo haber tomado como modelo para Los Profetas la portada de la Biblia publicada en Venecia en 1758, que representa una escalinata parecida a la de Congonhas, con estatuas de los hijos de Jacob. Otros perciben en la vigorosa expresividad de las figuras la influencia africana de su madre. Pero bien pudiera ser que se inspirara en los rostros de rudos mineros de la región, que le sirvieron de modelos. La vida de este atormentado y prolífico artista, que al final de sus días, para que pudiera esculpir, debían atarle los cinceles a las manos ya devoradas por la lepra, ha sido llevada al cine en 1966 en el filme *Cristo de Lama*, y en 2003 en *Aleijadinho, Paixão, Glória e Suplício* y el mismo año en un especial de televisión por *TV Globo*[86].

Durante este apogeo artístico se construyen medio millar de iglesias y capillas, centenares de fuentes de agua y de puentes; en cada ciudad se pavimentan las calles, se erigen edificios oficiales, como cárceles y casas consistoriales, y se renueva la arquitectura residencial; se crean inventos relacionados con la minería, la música alcanza niveles de alta categoría, compuesta y ejecutada por un gran número de orquestas, la pintura regional adquiere carácter de "escuela", cuya influencia llegará a otras zonas coloniales. Esta explosión de creatividad, surgida en una sola generación y concentrada en una sola región, desató en el imaginario colectivo una sensación de orgullo y autocomplacencia tal vez exagerados, como lo sugieren las siguientes expresiones: "Solamente en Vila Rica existen más músicos que en todo el reino de Portugal". O, "no se recuerda que el Brasil hubiera visto, ni hay constancia de que se hiciera en toda América, fiesta de mayor grandeza". O bien, "sus moradores se hicieron superiores a los de todas las naciones del mundo". Y finalmente: "en la región hay comerciantes cuya importancia excede a la del mayor de los mayores hombres de Portugal"[87].

Estas manifestaciones de ardoroso entusiasmo también las encontramos entre los que describen las ferias de Portobelo, por donde pasaba la plata del virreinato peruano, o en el ideario de los contemporáneos que escribieron sobre Potosí. Pero no era sólo el imaginario popular el que se dejaba de tal modo impactar por tanta riqueza, ya que los textos que la describen con tanta vehemencia y que han llegado hasta nosotros son habituales entre autores letrados, cronistas y en general publicistas serios. El oro y la plata los había deslumbrado, y tal vez no les faltaba razón para expresarse como lo hacían.

Notas al capítulo III

[73] André Joaõ Antonil, *Cultura e opulencia do Brasil por suas drogas e minas*, Lisboa, 1711, Tercera parte, IV. Traducción del autor.

[74] Antonil: 1711, Tercera parte, V. Traducción del autor.

[75] Citado por José Hermano Saraiva, *Historia de Portugal*, Alianza Editorial, Madrid, 1989, pp. 271-272.

[76] Antonil: 1711, Tercera parte, VI. Traducción del autor.

[77] Celso Furtado, *Formación económica del Brasil*, FCE, México, 1962, p. 85.

[78] Antonil: 1711, Libro III, IV. Traducción del autor.

[79] A. J. R. Russell-Wood, "Las industrias extractivas: Las piedras y los metales preciosos en el Brasil Colonial", en Enrique Tandeter y J. Hidalgo Lehuedé (eds.), *Procesos americanos hacia la redefinición colonial, Historia General de América Latina*, Vol. IV, Ediciones UNESCO, Editorial Trotta, 2000, p. 161.

[80] Op. cit., tercera parte, IV. Traducción del autor.

[81] Edición de Ginebra, 1775, tomo II, p. 232.

[82] A. J. R. Russell-Wood, op. cit.

[83] Citado por Fernando de Azevedo*, Brazilian Culture. An Introduction to the Study of Culture in Brazil*, New York, 1950, p. 49.

[84] W. Cunningham, *The Growth of Modern Industry and Commerce, Modern Times*, Parte I (primera edición, 1882), Cambridge, 1921, pp. 460s-1, citado por Celso Furtado, op. cit., p. 91.

[85] Frédéric Mauro, "La coyuntura de la crisis: Portugal y Brasil", en Germán Carrera Damas y John V. Lombardi (eds.), *La Crisis estructural de las sociedades implantadas, Historia General de América Latina*, Vol. V, Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, 2002, Vol. V, cap. 3, pp. 87ss.

[86] Para este subtítulo me he basado en los siguientes autores. Germain Bazin, "O Aleijadinho–A escultura barroca no Brasil", 2ª ed. Editora Record, Río de Janeiro, RJ, 1963; Sylvio de Vasconcellos, "Introducción al estudio del Barroco de la región aurífera brasileña", *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas*, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Caracas, 1966, Nº 5, Caracas, 1966, pp. 9ss; Graziano Gasparini, *América, Barroco y Arquitectura*, Ernesto Armitano Editor, Caracas, 1972, pp. 443ss; Maurice Pianzola, *Brasil Barroco*, Distribuidora Record, Río de Janeiro-São Paulo, impreso en Ginebra, Suiza, 1975; *Revista do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional*. Número 18, Ministério da Educação e Cultura. Editora Estabelecimentos Gráficos Iguassú Ltda. Río de Janeiro, RJ, 1978; *Museu Nacional de Belas Artes*, "A era do Barroco", Ministério da Educação e Cultura, Secretaria da Cultura, Fundação Nacional Pro-Memória, Imprinta Gráfica e Editora Ltda., Río de Janeiro, RJ, 1982; Jackson Saboya, "O vale dos bruxos-Aleijadinho profana o sagrado em nome da Magia", Editora Nova Era, Record, Río de Janeiro, RJ, 1996; Teresa Gisbert, "Las Artes", en E. Tandeter y J. Hidalgo Lehuedé (eds.) *Procesos americanos hacia la redefinición colonial, Historia General de América Latina,* Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, 2002, Vol. IV, cap. 24, pp. 561-564.

[87] Citas tomadas de Sylvio de Vasconcellos, op. cit., p. 16.

Capítulo IV

Auge y crisis de la minería de la plata en Hispanoamérica

Descubrimiento de las minas de plata

La búsqueda del oro fue prioritaria en las etapas iniciales de la Conquista, lo que se debió en buena parte a que la población indígena estaba más familiarizada con este metal que con la plata; también se había especializado en su uso y sabía dónde encontrarlo, o adónde decirle a los españoles que buscaran. Además, en América resultaba más fácil de encontrar y extraer el oro que la plata, sobre todo cuando se encontraba superficialmente en los placeres ribereños; de hecho era así cómo se le obtenía durante los primeros años, según ya hemos indicado. Pero el predominio del oro sobre la plata en esta fase de la conquista también se explica por su mayor valor, dado que, en general, es más raro de encontrar y, como ya se dijo, no se producía en Europa o muy poco. Era natural que tuviera mayor demanda. Hasta la década de 1551-1560, según las cifras registradas por Hamilton, el oro representaba casi el 60% del total de metales preciosos que América exportaba a Sevilla. De esa manera, una vez el oro empezó a abundar, gracias al que llegaba del Nuevo Mundo, modificó su valor relativo respecto a la plata, o coeficiente bimetálico. Esto explica el creciente interés que suscitaba a partir de entonces la búsqueda y explotación de yacimientos argentíferos en América. Se buscan y se encuentran, aunque no es un encuentro casual.

Antes, ambos metales se habían mantenido virtualmente a la par, pero a partir de 1500, hasta mediados del siglo XVI, esta relación varió en Europa, ya que el oro se había hecho relativamente más barato y la plata más cara. Esto ya ocurre a partir de la década de 1561-1570, cuando el valor intrínseco del oro empieza a ser desplazado por la plata, precisamente cuando la producción argentífera experimenta un creciente despegue en México, lo que cobra nueva fuerza a partir de la década de 1571-1580, cuando la producción del Alto Perú entra en escena.

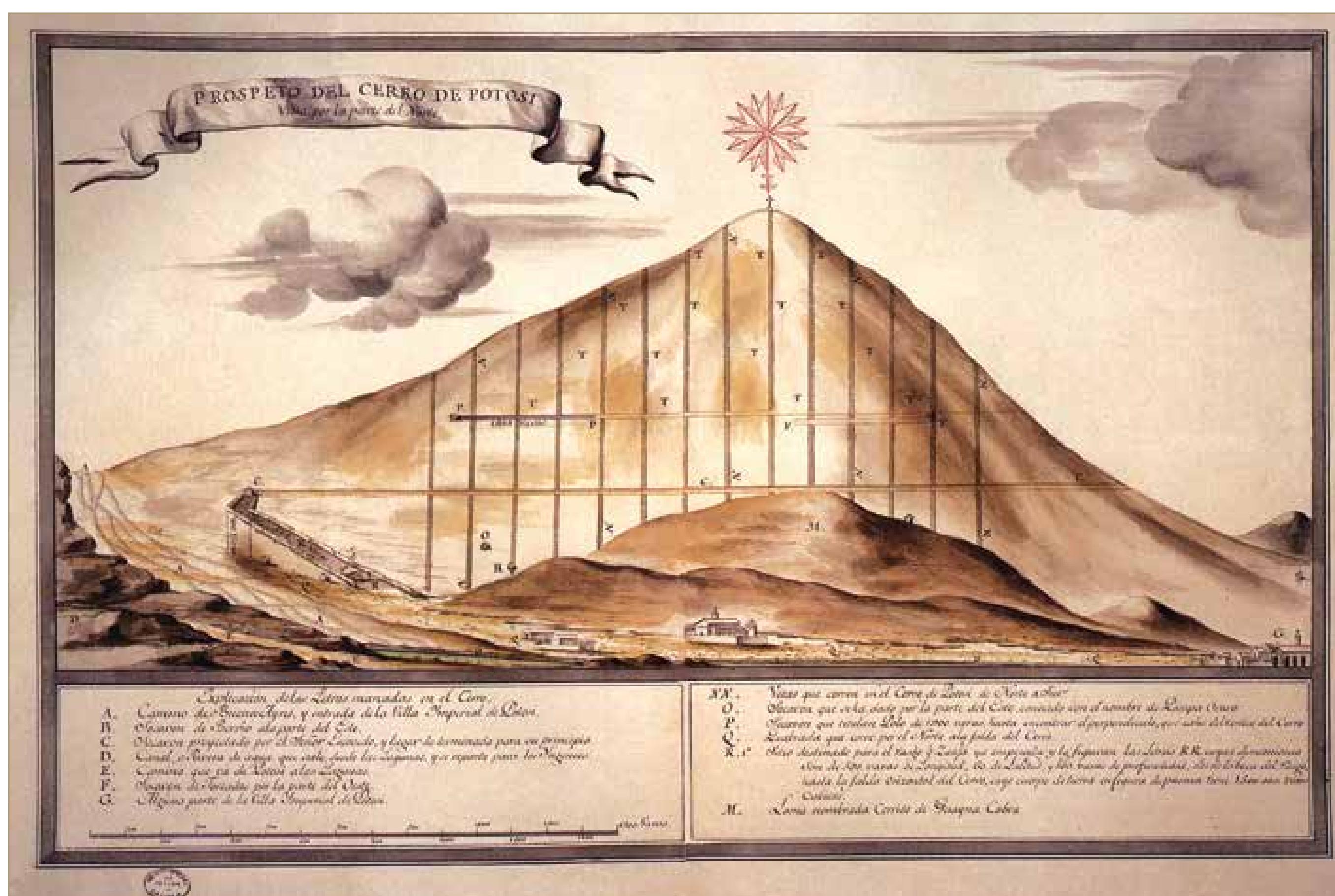
También se ha sugerido que uno de los motivos del abandono o del menor interés por la extracción del oro podría residir en la mayor rentabilidad de la minería de la plata luego de que se implantara el método de la amalgama por el mercurio, tema sobre el que se volverá más adelante[88]. Por otra parte, los colonos privilegiaron la explotación de los metales preciosos y sobre todo de la plata, por encima de cualquier otra actividad económica, e incluso se dedicaron a ello de manera casi exclusiva, debido a su preferencia por los productos exportables. Esto era así por la gran ventaja que gozaban la plata o el oro, debido a su alto valor intrínseco, escaso volumen relativo con respecto a otros productos de igual valor, y por consecuencia su menor costo al transportarse, sobre todo en una época donde el principal medio de carga por tierra eran las mulas. Cuando el barón Alejandro von Humboldt visita la Nueva España en la primera década del siglo XIX, observó que esta situación se había mantenido a lo largo de los siglos coloniales y que en sus tiempos no había señales de que fuera a cambiar.

Perú y Bolivia

Al principio de la conquista, las extracciones de plata del continente se realizaban en vetas ya conocidas por los pueblos indígenas. En Perú y Bolivia la minería de la plata estaba muy desarrollada y era una industria importante que se remontaba a tiempos remotos. Así lo confirman las numerosas figuras de plata con representaciones antropomórficas y zoomórficas que exhiben los museos, así como grandes cantidades de plata fundida encontradas en sedimentos de Laguna Lobato, cerca del Cerro Rico de Potosí, que han sido fechadas entre el año 1000 y el 1200, lo que sugiere una industria de la plata ya desarrollada en tiempos preincaicos. Según estas evidencias varios miles de toneladas de plata fueron fundidas antes de los incas, sobre todo durante el imperio Tiahuanaco, cuyo declive se inició hacia el siglo XII[89].

En Perú la minería de la plata realizada por los españoles empezó en Porco, al sudeste de Potosí, que ya era conocido por los Incas. Pero son los nuevos descubrimientos realizados por los españoles los que preparan el desarrollo de la gran producción argentífera que hará famoso al continente. El descubrimiento de las ubérrimas minas de Potosí en 1545, de Zacatecas, al Norte de México, en 1546, y de Guanajuato en 1548, es consecuencia de esta nueva pulsión por la plata.

La noticia del descubrimiento del Cerro Rico de Potosí (que significa *Cerro Tronador* en lengua vernácula) la da Reginaldo de Lizárraga, quien llegó a Quito con sus padres en 1555 desde la extremeña Medellín y llegó a ser obispo con el



"Prospecto del Cerro de Potosí visto por la parte del Norte", por Francisco Navarro, 1779. Archivo de Indias, M y P, Buenos Aires, CS 577, 121.

hábito dominico de Chile y de Asunción, Paraguay. Se encontraba en la ciudad de la Plata en la década de 1570 y asegura que fue en el segundo año de gobierno del virrey Francisco de Toledo cuando éste implantó la práctica de utilizar el mercurio para beneficiar el mineral de plata. En 1600, luego de haber vivido muchos años en la región e informarse de lo necesario sobre la producción argentífera, escribió una célebre *Descripción* donde relata el descubrimiento del Cerro Rico de Potosí basado en la versión que le dio un sujeto de apellido Zúñiga, según el cual los que hallaron la veta fueron sus indios yanaconas, en una región que sólo había sido rica en miel. En el capítulo C del libro I escribe: "Al principio los metales eran muy ricos porque las vetas lo eran y acudían cuarenta marcos y más por quintal". Medio siglo más tarde, los rendimientos habían disminuido, aunque todavía eran considerables: "el quintal que acude a 3 pesos ensayados, que es a tres cuartos de marco es muy rico, que son 6 onzas: son todas las minas de plata que en este reino se descubren de cabeza, es decir la riqueza tiénenla en la superficie"[90].

México

Entre las décadas de 1530 y 1540 ya se habían encontrado en México algunos filones en Colima, Sultepec, Zumpango, Taxco, Tlalpujahua y Guadalajara, pero luego se olvidaron al quedar eclipsados por los yacimientos de Zacatecas y Guanajuato. Más tarde se sumarán, también en la Nueva España, las minas de Pachuca y de Fresnillo, en 1553, Sombrerete en 1555 y San Luis Potosí en 1592. En 1522 Alonso Rodríguez Salgado encontró por azar una veta argentífera en Pachuca, en la región central del país, donde se estableció Real del Monte, que todavía sigue en explotación.

Una de las características más notable de la minería argentífera mexicana es que estaba distribuida por casi todo su territorio, desde Oaxaca hasta Nuevo México. Sin embargo, la mayoría se encontraba en el norte. Estas minas empiezan a ser explotadas entre 1546 y 1560, aunque no se aprovecharán plenamente hasta fines del siglo XVI, luego de llegar a acuerdos de paz con los indios chichimecas. Para 1570 ya se había establecido de manera definitiva el esquema geográfico de la minería de la plata en el México colonial, que se concentraba primordialmente en tres regiones: el centro del país, Nueva Galicia y Nueva Vizcaya.

La riqueza de estas minas fue extraordinaria. Las grandes minas zacatecanas fueron descubiertas en 1546 por Juan de Tolosa en las faldas del cerro La Bufa y llegaron a contribuir con una tercera parte de la producción de la plata del México colonial. En el siglo XVII Zacatecas se convierte en el centro minero de mayor importancia de la Nueva España. Las minas de Guanajuato empezaron a explotarse en 1548, y a partir de 1557 don Diego de Valencia inicia la explotación de la mina llamada La Valenciana, que llegó a convertirse en la más rica del imperio español en el siglo XVIII y aún siguen produciendo.

Luego siguieron apareciendo nuevos yacimientos, aunque la intensidad de los descubrimientos amainó después de 1570. Fueron importantes los de San Luis Potosí, Charcas y Mazapil, que comenzaron a explotarse a fines del siglo XVI. Durante el siglo XVII fueron escasos los descubrimientos, pero en 1670 se encuentran las importantes minas de Sombrerete en Nueva Galicia. San Luis Potosí, que ya había empezado a explotarse a fines del XVI, tiene un notable auge entre 1610 y 1620. Las minas de Parral, que ya eran conocidas desde 1547, florecen de manera extraordinaria entre 1630 y 1650.

Hasta fines de la década de 1970 se consideraba que durante el siglo XVI la mayor parte de la producción de la plata mexicana procedía de la zona norte, sobre todo después de que se descubrieron los ricos yacimientos del distrito de Zacatecas. Sin embargo, documentos encontrados por Peter J. Bakewell, en la *British Library,* la *Bancroft Library,* de la Universidad de Berkeley, y el *Archivo General de Indias*[91], revelan que para la última década del

siglo la zona más productiva se encontraba en el centro de México (o distrito de Nueva España, donde funcionaban las Cajas Reales de la ciudad de México), y en el que se hallaban las minas de Pachuca y Taxco. Según los registros del impuesto del quinto, o veinteno, para fines del siglo XVI la producción de esta zona central representaba las dos terceras partes de la producción total del virreinato. Según esto, y contra lo que antes se creía, incluyendo al propio Bakewell, la edad dorada de la producción argentífera del norte no se produce, al parecer, sino a partir de las primeras décadas del siglo XVII, cuando empieza el predominio de Zacatecas (que conservó a lo largo de todo el siglo XVII), de San Luis Potosí (que en la década de 1590 era todavía un mero centro de fundición) y Parral, esta última a partir de la década de 1630.

Para el mismo período, del total de 402 mineros existentes en los centros argentíferos, Nueva España contaba con 261 mineros, o el 65%, Zacatecas tenía 89 mineros, o el 22,14%. El resto se lo repartían: Guadalajara con 56 mineros y Guadiana con 26. Estas proporciones se mantienen también en el número de "haciendas en beneficio" y en la cantidad de animales empleados, aunque varían en cuanto al número esclavos, indios de repartimiento y naboríos (o asalariados). El distrito de Nueva España ocupaba 892 esclavos o el 14,6%, 3.582 indios naboríos, o el 58,8%, y 1619 indios de repartimiento o el 26,6%. Del total de la fuerza laboral, de 9.143 individuos, Nueva España ocupaba 6.093 individuos y absorbía el 66,64% del total, mientras que Zacatecas con 2.156 individuos de la fuerza de trabajo absorbía el 23,58%.

Honduras

La casi totalidad de los estudios publicados sobre la minería de la plata en la América española se han dedicado a México y Perú, dejándose de lado otras regiones donde también se desarrolló esta actividad. Éste es el caso poco conocido de Honduras, donde, sin embargo, la minería llegó a constituir el principal motor de la economía colonial. Es cierto que no faltan estudios[92], y existe una abundante documentación de archivo en Tegucigalpa, Guatemala y Sevilla todavía poco explorada. Pero aún queda una amplia tarea por desarrollar que podría arrojar muchas sorpresas[93]. Al parecer, los yacimientos hondureños eran de calidad comparable a los de México y el Alto Perú, pero no eran tan extensos y según la especialista en la historia de ese país, Linda A. Newson, probablemente no excedieron al 5% de la producción total de la plata que produjo la América española durante el período colonial.

Producción de plata en el Virreinato Novohispano entre julio de 1590 y febrero de 1597

Región	Veinteno (pesos de oro común)	Producción en marcos	Porcentaje
Nueva España (Caja Real de la Ciudad de México, o minas de Pachuca y Taxco)	296.619	906.558	59,35
Zacatecas	195.259	446.306	29,21
Guadiana	13.596	31.077	2,03
Guadalajara	62.847	143.650	9,41
Total		1.527.591	

Basado en Peter J. Bakewell, op. cit., p. 391. Bakewell llega a la conclusión de que la producción de la región central representa dos terceras partes del total luego de realizar varios ajustes en las cifras que aparecen en la Relación.

Siguiendo el mismo impulso que en otras partes del continente (es decir, rápido enriquecimiento y preferencia por un producto exportable), también en Honduras se buscaron desde temprano, y encontraron, yacimientos de metales preciosos. Así, muy pronto Honduras se sumó a los países productores de plata y, de hecho, la plata se convirtió desde el siglo XVI en su principal fuente de riqueza. Como en otras partes, lo primero que se buscó fue oro, y en la década de 1530 se descubre por primera vez en las cuencas de los ríos de Olancho, sobre todo en el río Guayape, situados al Este de Honduras. Pero ésta era una zona fronteriza e insegura, y expuesta a ataques indígenas hostiles; como era difícil de pacificar, tuvo que abandonarse en 1541, permaneciendo allí sólo un puñado de soldados. Los esclavos que trabajaban los lavaderos se rebelaron en 1542 y expulsaron una vez más a los colonos. No obstante la inestabilidad de esta zona aurífera, a mediados de la década de 1540 se había convertido en el centro minero más importante de Honduras, posición que mantuvo hasta 1565. Se calcula que durante diez o quince años la producción de oro del río Guayape alcanzó la considerable suma de 1.750.000 pesos, todo ello sacado del mismo río y sus cercanías. En 1553 se despacharon hacia España 26.400 pesos de oro fino. Sin embargo, para 1560 la producción de Olancho ya había declinado, probablemente por una combinación de falta de mano de obra y el decreciente rendimiento de los depósitos, ya que era oro superficial extraído de placeres ribereños[94].

En 1539 se encontró plata cerca de Comayagua, pero el oro continuó dominando, de lejos, la minería. El descubrimiento de estos depósitos dio por resultado, primero, la decadencia de Gracias, que había sido hasta entonces la capital, y luego, el auge de Comayagua como nueva capital y centro de la vida económica hondureña. Otros depósitos de oro se encontraron cerca de San Pedro Sula y en Trujillo, puerto situado a orillas del Caribe. Para fines de la misma década la colonia parecía tener asegurada su prosperidad basada en la extracción metalífera, pero el traslado de la Audiencia a la ciudad de Guatemala en 1549 convirtió a Honduras en un territorio subalterno y de interés económico secundario.

La producción minera declinó en la década de 1560, pero a partir de 1569 se descubrieron nuevos yacimientos de plata en Guazucarán, situado en el centro-sur del país, en la jurisdicción de Tegucigalpa, lo que condujo a la fundación de esta ciudad, y desde entonces y a lo largo de todo el período colonial se convierte en la región argentífera dominante del país. Desde entonces Tegucigalpa empezó a disputarle la capitalidad a Comayagua. En 1578 se descubre plata en Santa Lucía, situada en los cerros cercanos a Tegucigalpa. En 1581 se descubren venas de plata en San Marcos, Agalteca y Nuestra Señora de la O. En el siglo XVII continuaron descubriéndose nuevos yacimientos en San Juan, San Salvador y San Antonio Yeguare, todos en la jurisdicción de Tegucigalpa.

La producción argentífera alcanzó su cota más alta en 1584, una vez que se descubren los yacimientos de plata en la jurisdicción de Tegucigalpa. Ese año se produjeron más de 12.500 marcos de plata, equivalentes a unos 87.500 pesos de ocho reales. Luego la producción empieza a decaer, situación que continuó a lo largo del siglo XVII. A fines de este siglo se encuentran ricos depósitos de plata en El Corpus y en San Martín, ambos situados al Sur, en la jurisdicción de Choluteca, y nuevamente la actividad minera se reanima a comienzos del siglo XVIII cuando se inicia la explotación de nuevas minas en Potrerillos y Cedros. Pero los más importantes depósitos del siglo se encontraron en Opoteca, cerca de Comayagua, descubiertos en 1725, y en Yuscarán, donde la explotación de las minas de Quemazones y Guayavillas se inicia en 1744, y se convierte en el centro minero más importante del país. La actividad minera se mantuvo a lo largo del siglo XVIII y aún entrado el siglo XIX, y aunque su expansión fue lenta, no dejó de constituir el principal motor de la economía hondureña.

La mayor parte de los minerales se encontraban cerca de la superficie, pudiéndose explotar fácilmente con herramientas poco costosas. Pero lo común era que se encontrasen a mayor profundidad, teniendo que abrirse bocaminas por donde se ingresaba al depósito a través de profundas galerías, con pozos para el drenaje y aberturas para la ventilación. Para poder abrir las bocaminas y galerías en la roca era preciso utilizar la pólvora negra, aunque ésta no se empezó a utilizar hasta mediados del siglo XVIII. Estas bocaminas se encontraban generalmente situadas cerca de fuentes de agua, ya que este recurso era indispensable para la amalgamación del mineral de la plata con mercurio. En algunos lugares, donde el agua quedaba lejos de los depósitos, se construyeron acueductos de piedra, de los que quedan todavía algunos restos arqueológicos, como en Opoteca (Rosario). El aprovechamiento de la energía hidráulica se pudo utilizar en Honduras con más frecuencia que en México debido a lo accidentado del terreno, cuyas acusadas pendientes permitían a las corrientes de agua fluir hacia los valles profundos y estrechos. Con todo, los gastos y el trabajo para abrir las galerías y el uso de insumos que debían importarse desde lejos (como la pólvora o el mercurio) hacían que la minería resultara costosa.



Bocamina en Cedros, Honduras.

El mercurio debía importarse desde muy lejos; con frecuencia faltaba y los mineros se quejaban de su precio excesivo. Para economizar, o para evitar el control fiscal ya que el monto de lo que se usaba permitía a los funcionarios estimar la producción de plata, muchos mineros evitaban usar mercurio, sobre todo los *gurruguces* o mineros clandestinos. Estos *gurruguces* (también denominados *güirises), eran* despreciados y perseguidos por los propietarios formales de las minas que los consideraban poco menos que aves de rapiña. Trabajaban por su cuenta, a menudo solos o en pequeños grupos independientes de dos o tres, en minas abandonadas, donde removían las columnas de las galerías, dejándolas arruinadas después de aprovecharlas. Gente pobre y sin recursos, nunca pagaron impuestos, y les resultaba más práctico y económico fundir el mineral que tener que pagar por el mercurio, aunque se trataba de un método derrochador donde se desperdiciaba mucha plata. Esto podría explicar que en Honduras más de la mitad de los minerales se fundían en lugar de amalgamarse, contrario a lo que sucedía en México o Perú, donde la mayor parte de los minerales se amalgamaban con mercurio. Como recuerda MacLeod, refiriéndose al siglo XVII, en diferentes ocasiones, "el abastecimiento disponible de mercurio fue tan escasamente utilizado por los mineros hondureños que la Corona ordenó que se enviara a México. Existe evidencia de que el mercurio excedente de Honduras era embarcado ilegalmente a Pachuca y otras partes de Nueva España para su reventa, porque los mineros locales no deseaban utilizarlo"[95].

Otro insumo esencial para el beneficio de los minerales era la sal, ya que se necesitaba de arroba y media a dos arrobas para producir un marco de

plata (es decir unos 230 gramos o 7 pesos de ocho)[96]. Esta sal se llevaba de las salinas de Goascarán, Nacaome y Choluteca, vecinas al Golfo de Fonseca, en el Pacífico, detrás de cuyos manglares se extraía sal en abundancia,, lo que estimuló el desarrollo de la industria salinera de cara al mercado minero. La sal se utilizaba además para la conservación de alimentos. También se consumía abundante madera para la fundición ya que se calculaba que para fundir un quintal de mineral se necesitaba una arroba de madera.

Donde los depósitos eran abundantes y ricos, fueron surgiendo poblados que aún están en pie, como Cedros, Opoteca o Yuscarán, que fueron levantados literalmente sobre las bocaminas, las que aún se pueden observar detrás de las mismas casas. Esto explica el carácter sinuoso y empinado de sus calles empedradas, construidas a tenor del crecimiento espontáneo del centro minero y con poco arreglo al trazado ortogonal típico de las ciudades coloniales. Todo ello le da un carácter pintoresco a estos poblados, donde ya la actividad minera ha desaparecido, pero donde los vecinos muestran con orgullo nostálgico las bocaminas y galerías al visitante[97].

Los yacimientos se encontraban muy dispersos, pues a menudo se denunciaban vetas que debían ser pronto abandonadas al agotarse los depósitos, y los mineros se desplazaban a otros lugares en busca de vetas más ricas. Luis Pedro Taracena ha identificado cerca de treinta minas y áreas mineras, muchas de ellas pequeñas minas diseminadas en las montañas. En 1800 solo en la montaña de Quemazones se encontraban en explotación once minas. San José de Yuscarán llegó a tener 35 vetas. Para el beneficio de los minerales se necesitaban ingenios para moler metales y rastras de bueyes. Y como los centros mineros eran tantos y tan dispersos, en sus cercanías fueron surgiendo pequeños caseríos donde los colonos se dedicaban a la agricultura y la ganadería para producir alimentos. El ganado vacuno proveía no solo carne, quesos y cueros, sino también sebo para las velas que iluminaban las galerías. La crianza de mulas era también vital, tanto para el transporte como para la tracción de la maquinaria minera. La sal, por ejemplo, debía ser transportada desde la costa del Pacífico hasta las minas del interior, generalmente situadas en lugares montañosos y distantes. Si tenemos en cuenta que una carga de mula era de unas 175 libras y se necesitaban dos arrobas de sal (50 libras) para producir un marco de plata, si en un año se producían 300.000 pesos, como veremos ahora, es decir, 42.857 marcos, habrían sido necesarias cada año 12.245 cargas de mula, una cantidad realmente considerable.

Hay muchos factores que hacen difícil calcular lo que produjeron las minas de plata de Honduras durante el período colonial, sobre todo por la facilidad que existía para evadir los controles fiscales y contrabandear en las costas del Caribe. Uno de los mecanismos que permitía a las autoridades controlar y calcular la producción era mediante el mercurio que se consumía, pero los mineros solían derretir la plata en toscos hornillos en lugar de amalgamarla usando mercurio. Como en la región no se acuñaba moneda, los mineros solían comprar sus insumos y pagar a sus trabajadores en plata cruda y ésta circulaba sin haber sido registrada. Otro factor importante fue el rampante contrabando que se realizaba con los ingleses afincados en Jamaica, en la Costa de la Mosquitia, en el Caribe oriental de Honduras, y en la vecina Belice. En este comercio clandestino estaban involucrados casi todos, desde los comerciantes y vecinos a los curas párrocos, y sobre todo las autoridades oficiales. A cambio de plata, que era siempre bien recibida por los ingleses, se obtenían insumos y todo tipo de bienes, sobre todo textiles manufacturados, que eran difíciles de adquirir por otros medios debido a lo aislada de la colonia hondureña, a las trabas institucionales para comerciar con ciertas regiones dentro del propio imperio español, y a la incapacidad de España para abastecerla adecuadamente. Este comercio continuó incluso después de que los ingleses fueron expulsados de la Mosquitia

en 1787, luego de la campaña militar del capitán general Matías de Gálvez, y en 1816 era aún tan activo que el intendente Tornos calculaba que de cada 250 barras de plata producidas en Honduras sólo llegaban 210 a la Casa de Moneda para ser acuñadas. Las 40 barras restantes, es decir el 16%, encontraban su camino hacia Belice o Jamaica.

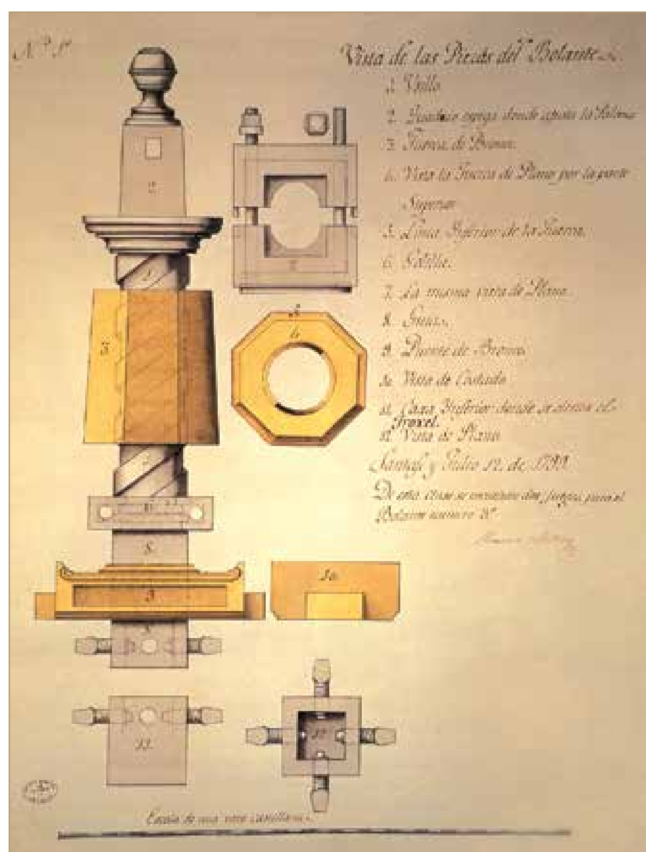
Dicho lo anterior se comprende que las cifras de producción que evidencian los registros fiscales representen tal vez sólo una parte y que tal vez sean más confiables las estimaciones que de cuando en cuando ofrecían los contemporáneos.

Se ha calculado, sin embargo, que la producción fue mucho mayor que la señalada en el cuadro anterior. Fernando de Echevers, quien escribe a mediados del siglo XVIII, asegura que la plata producida en Honduras podía valer 300.000 pesos al año. Autores modernos se sienten inclinados a confirmar esta cifra e incluso a ajustarla hacia arriba. Basándose en un informe de 1741, Miles Wortman cree que la cifra de Echevers es correcta[98]. Troy S. Floyd, por su parte, propone que durante la segunda mitad del siglo XVIII la producción media anual podía alcanzar a poco menos de 500.000 pesos, tomando en cuenta el rampante contrabando, ya que a su juicio las minas producían "por los canales legítimos", 230.000 pesos anuales, aunque los contemporáneos "estimaban que una cantidad igual a la de la producción legal evadía el pago del quinto gracias a la confabulación entre los funcionarios de Hacienda y los mineros, y al contrabando con los británicos"[99].

Producción de plata en Honduras

Año o período	Descripción de origen	Promedio anual
1584	Jurisdicción de Tegucigalpa	12.500 marcos
Fines de la década de 1720 a principios de la de 1730	Todo Honduras	8.000 marcos
1733-1748	Acuñadas en Casa de Moneda	24.000 marcos
1739	Acuñadas en Casa de Moneda	38.000 marcos[a]
1758-1774	Todo Honduras, por amalgamación, un total de 70.921	4.433 marcos
1771-1785	Diezmos para toda Honduras	16.000 pesos[b]
1785	Santa Lucía, Yuscarán, Cedros y San Antonio	9.300 marcos
1785	Ensayadas en Casa de Rescate	104 barras de plata, o 13.250 marcos
1785-1789	Plata amalgamada o fundida	14.000 marcos o 101.500 pesos[c]
1799	Yuscarán	125.000 a 130.000[d]

Basado en Linda A. Newson, op. cit., pp. 130-131. [a] Aunque el grueso de esta cifra es plata de Honduras, también incluye plata acuñada de otras partes de la Audiencia de Guatemala. [b] El 50,1% era plata amalgamada, y el 49,2% era fundida; el resto se había pagado en platería. [c] A razón de 7 pesos el marco. [d] Era un cálculo de contemporáneos, tal vez exagerado, aunque el mismo podría significar que una gran cantidad de plata no era ensayada ni gravada.



Vista de las piezas del bolante de máquina de acuñar moneda de la ceca de Santa Fe de Bogotá, por Mariano Millán, año 1799. Archivo de Indias, M y P, Ingenios y M, 289.

Durante el siglo XVII, cuando la minería pasó por largos períodos de estancamiento, la economía hondureña estuvo opacada por la de otros países de la región centroamericana, sobre todo por Guatemala y Salvador, y aun por Nicaragua. Pero como observa MacLeod, "sin su miserable industria minera, Honduras pudo haber quedado reducida a unas pocas manadas de ganado cimarrón, después de que los primeros conquistadores y esclavistas hubieron desaparecido de la escena"[100]. Durante casi todo el período colonial fue ignorada por las autoridades en España y de Guatemala. Su población era muy escasa, con apenas 90.138 pobladores según el censo de 1777, y un escuálido 1,3 habitantes por kilómetro cuadrado. En carta al rey Carlos IV escrita en Comayagua el primero de mayo de 1804, el gobernador intendente Ramón Anguiano decía que Honduras "es la más despoblada de todo el reino"[101]. Carecía de ríos navegables y tenía un extenso territorio montañoso, de cuestas empinadas y muy erosionadas, aptas solo para la explotación forestal, que hacía muy difícil las comunicaciones.

Eso sí, tenía la ventaja de un doble frente marino, y sobre todo el gran abanico costero que se abría al Caribe y a la economía atlántica, pero durante la colonia este frente sólo fue aprovechado para exportar añil y plata, casi siempre en un entorno de clandestinidad, y esto ya muy avanzado el siglo XVIII. La costa caribeña, con sus extensas playas de más de 675 kilómetros de longitud a vuelo de pájaro, bien irrigada, con abundantes y fértiles planicies, fue un espacio desperdiciado que quedó virtualmente abandonado a su propia suerte. Desde fines del siglo XVI, y sobre todo en las primeras décadas del siglo siguiente, las islas y costas caribes de Honduras son objeto de frecuentes incursiones enemigas. Los piratas desembarcan repetidas veces en la isla de Roatán y atacan Trujillo, y en 1638 los ingleses empiezan a ocupar territorios de manera permanente entre el Cabo de Honduras y el Cabo de Gracias a Dios para explotar su riqueza forestal. En 1643 los ingleses destruyen Trujillo y la ciudad es abandonada, quedando Honduras sin ningún puerto de salida hacia el Norte. La jurisdicción española sobre la costa Caribe queda entonces reducida a esteros y puntos de desembarco ocasionales que usan los contrabandistas para extraer sobre todo la plata de las minas hacia Belice o Jamaica. Es una zona de guerra fronteriza endémica, hostilizada por los indios *misquitos* del noroeste, aliados de los ingleses, y donde el único control español se ejerce, ya en las postrimerías del siglo XVIII, desde los fuertes de Omoa y Trujillo. Debido al anterior cúmulo de circunstancias, el espacio hondureño bajo control español queda confinado al corredor central y la mitad occidental del territorio. El valioso frente caribeño no despegaría hasta el siglo XX, con las bananeras, el cultivo de piñas y palma africana, el desarrollo de diversas industrias y más recientemente con el turismo.

La minería hondureña, por otra parte, enfrentó muchas dificultades que contribuyeron a que su producción no reflejara la verdadera riqueza de sus yacimientos: la carestía de la mano de obra (escaseaban los indígenas, los esclavos negros eran caros, y éstos nunca fueron más que unos pocos cientos), la falta de capital, el tamaño relativamente pequeño de los depósitos minerales, la burocracia y la incompetencia. Además, el mercurio, indispensable para el beneficio de los minerales, pocas veces estaba disponible en cantidades suficientes y en una ocasión el abastecimiento completo de un año se perdió por negligencia de los funcionarios. Sin embargo, a la minería de la plata no le faltó dinamismo y se convirtió en el producto salvador de la Honduras colonial.

La abundancia de plata permitió costear numerosas viviendas, caminos, edificios públicos e iglesias y estimuló la vocación de muchos artistas y artesanos. En las innumerables iglesias del interior de Honduras pueden admirarse numerosas obras de arte realizadas por estos artistas y artesanos, desde pinturas de tema religioso, retablos, ambones, y una gran variedad de ornamentos litúrgicos de plata labrada, como cálices, crucifijos, atriles, custodias, diademas, resplandores, coronas, guiones, sagrarios, candelabros, lámparas, ostensorios, hisopos, incensarios, vinajeras, porta viáticos, cruces procesionales, patenas, y frontales de altares mayores como el de la catedral de Comayagua. Algunos retablos son de notable belleza, destacándose sobre todo los de las catedrales de Comayagua y Tegucigalpa, verdaderas joyas del barroco colonial tardío. Debe haber existido una constante demanda de profesionistas de la plata, la madera y el lienzo para que en un censo de oficios y servicios que se hizo en 1821, sólo en Tegucigalpa se registrasen cinco doradores, dos pintores, dos talladores, un escultor, y nada menos que 18 plateros[102]. Si eran tantos era porque había demanda en el mercado y plata para pagarles. Y además, abundante materia prima para las obras de platería.

Leticia de Oyuela ha identificado en documentos municipales de fines del siglo XVII y del siglo XVIII una veintena de artesanos de la plata. Algunos se encuentran establecidos o son vecinos de pueblos mineros, como Cedros, El Corpus, o Yuscarán, por lo que bien pudiera atribuirse a ellos los ornamentos litúrgicos que se encuentran en sus iglesias. Atraídos por el mercado laboral hondureño llegaron a su vez orfebres y plateros de Perú, como Francisco Talavera de Armijo, que viajó acompañado de su hijo Antonio en 1753, y de Guatemala, como Antonio Pérez de Vargas Machuca, maestro orfebre matriculado en el gremio de orfebres de Guatemala, Gimeno de Figueroa, orfebre de plata y oro, que falleció en Comayagua en 1718, o Vicente Gálvez, maestro artífice del retablo mayor de la parroquia de Tegucigalpa, que llegó con sus cinco hijos, todos ellos escultores, joyeros y sobredoradores[103].

Además, la minería tuvo un enorme impacto en la formación nacional hondureña. Fue un semillero de patrones culturales y folclóricos que dejaron profundas huellas en la identidad nacional. Constituyó el principal motor de la economía, estimulando actividades como la salinera, la agrícola y la ganadera, articulando el sistema vial y contribuyendo de manera decisiva a la integración del territorio. Será el factor decisivo en la organización administrativa y en la formación de los circuitos de intercambio para comunicar las regiones domésticas entre sí, o para vincularse con el mundo exterior. Fue la minería la que determinó la ubicación de las principales ciudades de Honduras, y fue hacia las zonas montañosas del interior, en la mitad occidental del país, que gravitó la economía y la organización de los espacios. Finalmente, fue la minería de la plata la que incorporó a Honduras al comercio mundial.

La ilusión minera, lejos de morir con la colonia, continuó con entusiasmo creciente durante el siglo XIX, incluso entre los extranjeros. Un ejemplo típico fue el caso de William V. Wells, quien visita el país en 1854 para explorar el potencial

aurífero de Olancho y conocer los recursos argentíferos de otras regiones. Wells pretendía obtener del Gobierno de Honduras el derecho a explotar yacimientos de oro y de establecer estaciones comerciales para la explotación de pieles, madera de construcción y de tinte, y otros objetos de valor, por el río Guayape o Patuca. Permaneció en Honduras durante cerca de un año, y recorrió más de mil millas, la mayor parte a lomo de mula y visitando treinta y ocho ciudades y aldeas. En 1857 publicó *Exploraciones y aventuras en Honduras*, con ilustraciones del señor Lazo, de Tegucigalpa, cuñado de un irlandés dueño de una mina de plata[104]. En esta obra escribe prolijamente sobre las costumbres y la vida cotidiana en los pueblos y el campo, las fiestas, las comidas, la flora, la fauna, las tradiciones, los cultivos y crianzas, los recursos naturales del país, su historia y su geografía. Le dedica especial atención al laboreo del oro en los ríos olanchanos, y a las minas de plata, sobre todo de la zona vecina a Tegucigalpa cuyas técnicas extractivas y producción describe detalladamente.

Su entusiasmo por la riqueza minera de Honduras le hizo exclamar: "Honduras puede clasificarse, en verdad, como un almacén de plata. Sus cerros rebosan de minas que sólo requieren el apoyo de la industria para ofrendar sus ocultas riquezas". Pensaba que si se explotara la riqueza aurífera de Olancho con técnicas modernas, como en la California de la reciente Fiebre del Oro, "el país enviaría cantidades de oro en tal proporción que crearían una conmoción igual a la que despertó el furor minero en California durante los últimos diez años".

La ilusión minera continuaba muy viva a fines del siglo y durante la administración liberal de Marco Aurelio Soto, que introdujo con su equipo de colaboradores importantes reformas modernizantes. La producción de las minas de plata, en las que él mismo tenía intereses económicos, tuvo un nuevo despegue, y siendo que Tegucigalpa se había convertido en el principal centro minero y económico del país, Soto decidió en 1880 trasladar hacia allá la capital. Comayagua, capital de Honduras hasta ese momento, se encontraba en plena decadencia, mientras que en Tegucigalpa el auge minero, estimulado por abundante capital extranjero, sobre todo norteamericano, promovía gran cantidad de actividades económicas en la zona próxima.

El auge de la minería cambió radicalmente la situación de aislamiento de Tegucigalpa y el centro de gravedad económica del país se desplazó hacia la nueva capital. Soto inició así la construcción de una carretera pavimentada para conectar Tegucigalpa con la costa del Pacífico. En 1881 ya estaban construidos 40 kilómetros para el tránsito de carretas de cuatro ruedas tiradas por mulas. A lo largo del siglo XIX se habían otorgado cerca de 300 concesiones para explotar la minería, y a fines de 1879 se establece en San Juancito, en las cercanías de Tegucigalpa, la Rosario Mining Co. con un capital de 1,5 millones de pesos, siendo socio minoritario el propio presidente Marco Aurelio Soto. Esta empresa se convierte en la principal compañía transnacional hasta la entrada del siglo XX, cuando el polo económico se desplaza hacia la costa norte al expandirse la actividad bananera.

Como lo evidencia el caso de Honduras, la búsqueda de yacimientos de plata en el imperio español americano dio origen a la exploración de muchas zonas del continente hasta entonces desconocidas por los europeos, y al comenzar las explotaciones mineras se dio inicio a un intenso intercambio comercial entre áreas distantes antes incomunicadas, creándose mercados para un creciente desarrollo agrícola y ganadero en regiones que hasta entonces habían permanecido económicamente ociosas o muy poco aprovechadas. De hecho, la actividad minera, sobre todo la de la plata, se convirtió en el fluido vital del cuerpo económico, en la mayor fuerza integradora de la geografía colonial, en el principal producto de exportación de las colonias y en tal vez la razón más poderosa para que España tratara de mantener el control exclusivo sobre los vastos territorios americanos.

Los metales preciosos, sobre todo la plata, constituyeron de lejos el principal producto de exportación de las colonias americanas hacia la metrópoli. En la Nueva Granada, como se mencionó en el capítulo II, el oro constituía hasta el 90% y a veces más. La plata novohispana representaba en 1609 el 65% de las exportaciones[105]. Otro tanto ocurría con la plata peruana. De esa manera, el oro y la plata se convirtieron en el principal vínculo económico entre España y sus colonias ultramarinas.

Procedimientos para beneficiar la plata o la importancia del mercurio

Para sacar el mejor provecho de los yacimientos argentíferos se necesitaba una metalurgia compleja y costosa, aun cuando el mineral fuese rico en plata. Al principio se aplicó el método de reducir el mineral por oxidación en hornos rudimentarios. Este método era útil solo cuando el mineral era muy rico y tenía un alto contenido de plomo; su ventaja era la rapidez con que podía procesarse el mineral. Tenía el inconveniente de que implicaba un alto consumo de combustible vegetal, y éste era muchas veces escaso en los centros mineros, generalmente situados en sitios áridos y mal provistos de vegetación; a esto se agregaban las dificultades del transporte, ya que debía trasladarse desde grandes distancias.

Para vencer estas dificultades y disminuir los costes de producción, se introdujo el procedimiento de la amalgama de mercurio, que ya se conocía en Europa desde el siglo XV y era utilizado en las minas de Venecia. El alemán Lomman es el primero en recibir el privilegio para aplicarlo en las minas mexicanas; un año después se le otorga a Bartolomé Medina, también para las minas de Nueva España. Este método se difundió rápidamente por la zona argentífera entre 1555 y 1565 y en 1573 empieza aplicarse en Potosí.

Sin embargo, para utilizar este método —conocido también como "beneficio de patio" o simplemente "patio", porque se realizaba en patios cerrados rodeados de paredes—, se necesitaba mercurio, o azogue, un metal líquido, escaso y caro, y de transporte complicado. No había yacimientos de este metal en México, o muy escasos y de explotación incosteable, y las minas peruanas de mercurio no se descubren en Huancavelica hasta 1563-1564, y quedaban muy lejos de cualquier mineral argentífero.

En los patios donde se practicaba el método de amalgamación, primero el mineral era triturado en un molino de pisones operado hidráulicamente, aunque era más común que fuese machacado por los cascos de las mulas. Una vez triturado el mineral era conducido a un arrastre, o tahona movido por mulas, donde era reducido a polvo fino gracias al movimiento constante de las pesadas piedras de los arrastres. En esta fase del proceso a veces se le mezclaba en frío con mercurio. Entonces se regaba el polvo obtenido en el patio, en montones de 15 a 32 quintales, y se le agregaba sal, cal, una especie de sulfato de cobre impuro llamado "magistral", y agua. De esa manera, la plata se amalgamaba al mercurio y producía una pasta fácil de separar, y de la cual se eliminaba seguidamente el mercurio por volatilización, pudiéndose volver a utilizar éste. La cantidad de mercurio que se agregaba era en proporción a la cantidad de plata que se esperaba obtener, calculándose de 3 a 4 libras de mercurio para separar un marco de plata.



Reproducción de un baldés o baldrés de badana para transportar mercurio de Almadén, con capacidad para entre una y cuatro arrobas. Museo Minero de Almadén.

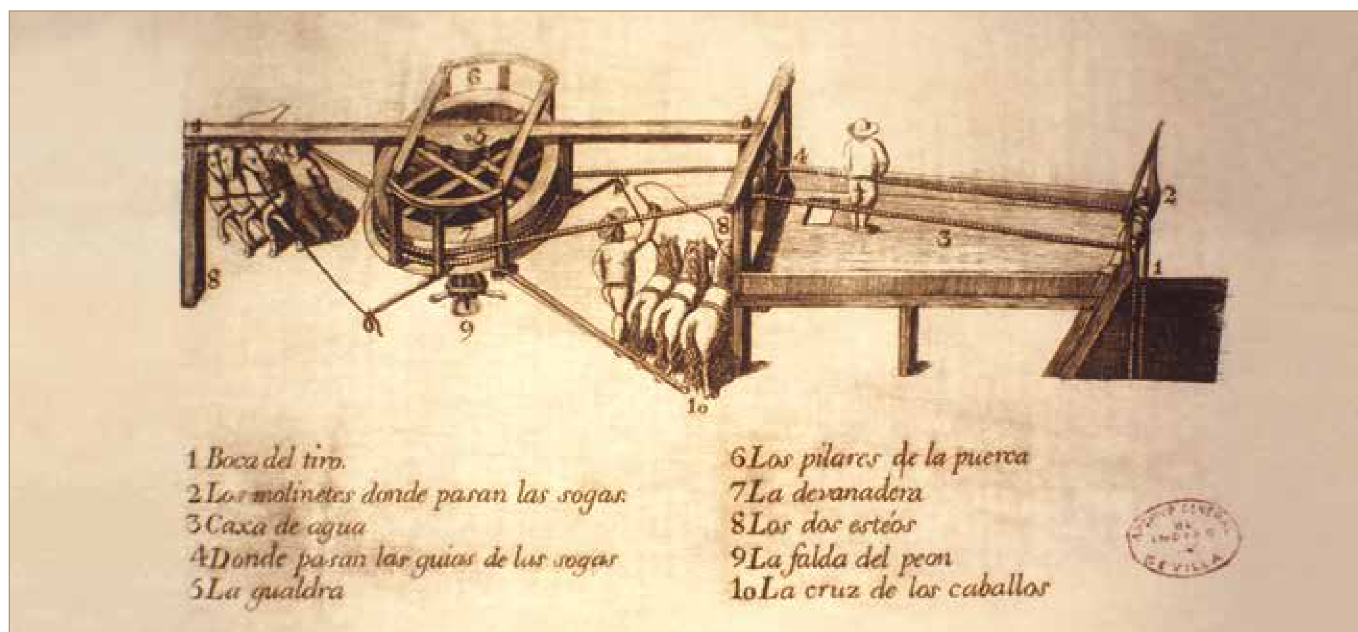
Con este método se economizaba drásticamente tiempo y consumo de combustible, que solo se necesitaba para destilar la amalgama y fundir la plata en barras. Otra ventaja era que permitía utilizar minerales menos ricos en plata, pudiéndose explotar filones anteriormente no rentables.

El método por amalgamación tenía el inconveniente de que requería abundante agua, que era escasa en los climas áridos donde se encontraba la plata y llovía poco. De esa manera fue necesario construir las haciendas de beneficio a orillas de cursos fluviales, a veces distantes de las minas, y canales para conducir el agua a fin de que sirviera como fuerza motriz para los batanes o pisones que machacaban el mineral. Cuando el agua faltaba, era necesario construir presas costosas o crear pantanos para almacenarla cuando llovía.

Por otra parte el embalaje del mercurio era muy complicado, no solo por la importancia que tenía, sino también debido a la delicadeza del producto, que era líquido y tendía a evaporarse. Para el transporte se requerían envases adecuados y costosos con objeto de minimizar las pérdidas del azogue durante los viajes. Para ello se diseñó un envase consistente en bolsas de cuero hechas con tres capas de piel. Cada una de estas bolsas contenía dos arrobas de mercurio. Estas bolsas se introducían en un barril y tres de éstos se colocaban en una caja de madera, cuyo peso era de un quintal y medio. Estas cajas se clavaban y se las ataba con cuerdas de cáñamo y otras tres entretejidas. Finalmente cada caja se envolvía con esparto y cáñamo, y sobre esta envoltura se fijaba una placa con el escudo de armas de la Corona. El esmero con que se empacaba el mercurio cuando salía de Sevilla en las flotas se hizo famoso en el mundo, de modo que durante los viajes por mar las pérdidas fueron por lo general escasas.



Reproducción de barriles de madera con interior forrado en esparto para transporte de baldreses con carga de mercurio para América. Museo Minero de Almadén.



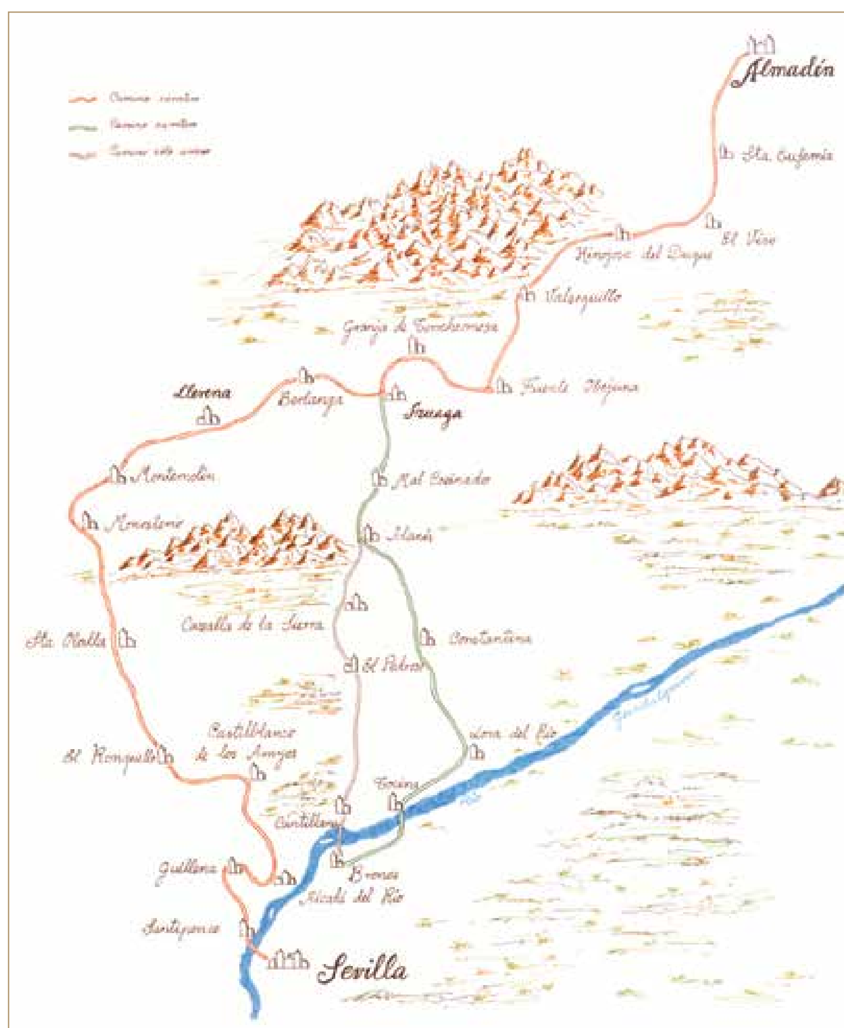
"Nuevo invento de un arte de malacate", para extraer agua, desensolves y metales y subir y bajar maderas, por Pedro Cortada. Archivo de Indias, M y P, Ingenios y Muestras, Gaceta de México, T. 3, Nº 22, pp. 204-205, Bibl. L. A. Siglo XVIII, 315/1, SG 196.

Sin embargo, debido a las particulares características inestables del mercurio, su transporte resultaba muy problemático, y las pérdidas eran frecuentes en los traslados de un lugar a otro, sobre todo si las distancias eran largas, y todas lo eran. En los trayectos por tierra muy largos y accidentados, difícilmente se podían evitar pérdidas, algunas de importancia. El mercurio que navegaba desde Sevilla a Veracruz, para llegar a la capital mexicana, debía recorrer a lomo de mula un empinado camino de 400 kilómetros que demoraba de 16 a 20 días. Luego debía seguir un camino aún más largo hasta las minas, dispersas por todo el territorio novohispano. Aunque no siempre se perdía mucho en estas rutas, cuando los arrieros descansaban en las posadas y dejaban afuera el cargamento sin vigilancia, los niños hurtaban puñados de azogue para jugar. A veces la pérdida ocurría en los propios almacenes, donde el mercurio permanecía depositado durante varios meses y abría agujeros en las bolsas de cuero escurriéndose hacia el suelo hasta desparecer del todo.

Las pérdidas debieron ser mucho mayores cuando el mercurio se transportaba por la ruta de Panamá para las minas del Alto Perú. Al empezar a transportarse de manera regular a partir de 1622,

"Plano o diseño de los instrumentos y útiles de que usan los prácticos en el empaque de azogue en las reales minas de Almadén...", 1787. Archivo de Indias, Mapas y Planos, Minas, 78.

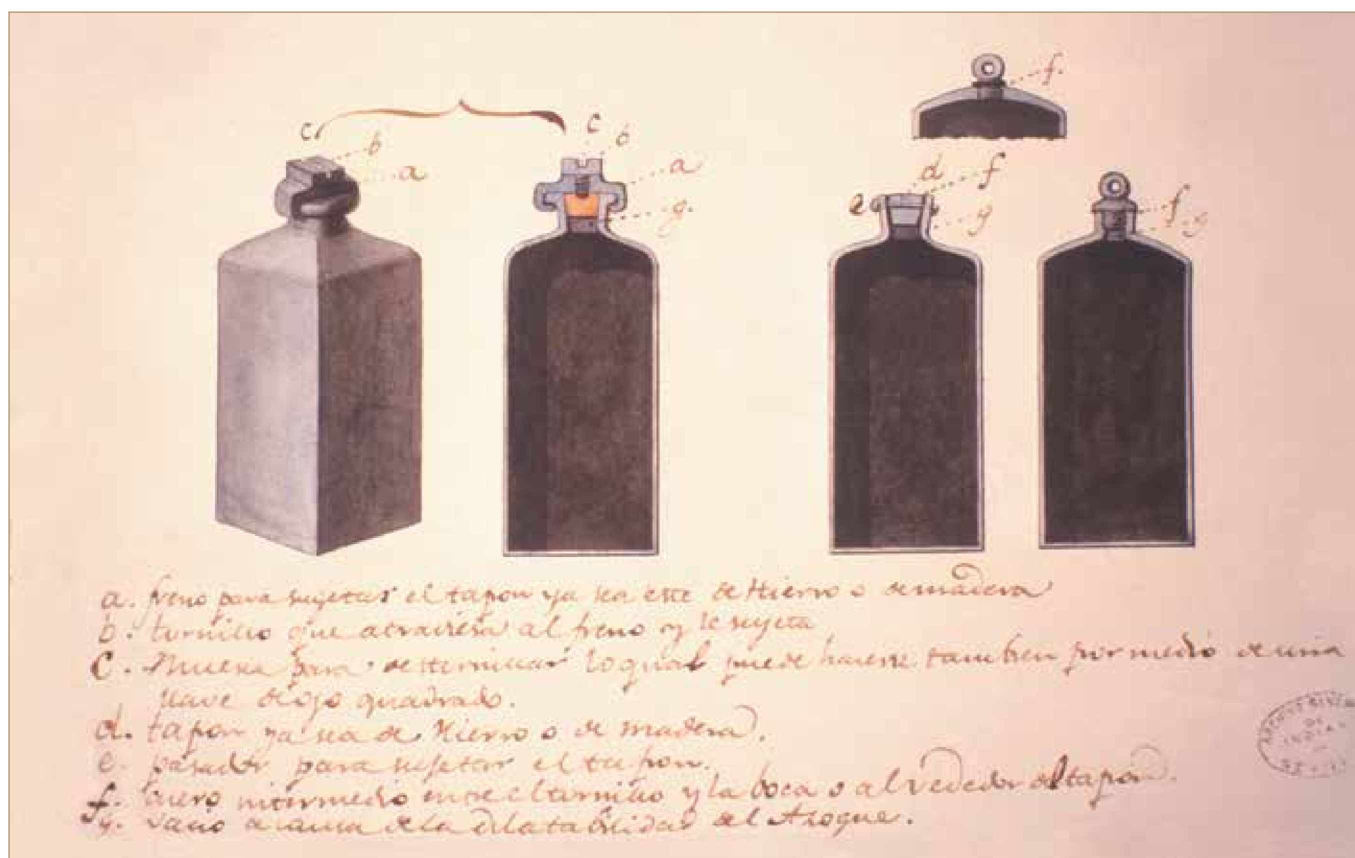
desde Idria o de Almadén, se derramaba en tales cantidades durante el transporte mular por la ruta panameña, que hasta se pensó que allí donde se había acumulado por accidente eran yacimientos naturales de azogue. Incluso se hicieron prospecciones para verificar si esto era cierto, con la desilusión consiguiente. Para evitar mayores pérdidas, se propusieron nuevos métodos de transporte más sofisticados. En 1751, se propuso llevar el azogue de Almadén a América en "cajones de tres nichos, con sus botellas o flascos {sic} de vidrio negro". Más tarde, en 1788 y 1791, se trata de transportarlo en envases de hierro colado.



Mapa con la ruta del mercurio de Almadén a Sevilla, para embarcar a América.

En México durante el siglo XVII algunos empresarios procuraron explotar los yacimientos de mercurio encontrados sobre todo en Michoacán, pero sus esfuerzos fracasaron al resultar incosteable el mineral. De esa manera, al carecer de minas de mercurio, y siendo el transporte del mercurio de Huancavelica problemático y costoso, las minas de plata mexicanas dependían sobre todo de tres grandes minas castellanas de mercurio ubicadas en Almadén. Estas minas, entonces recién modernizadas por técnicos alemanes, eran una concesión otorgada por Carlos V al Banco de los Fugger, de Augsburgo, como una forma de pagar parcialmente la deuda que había contraído la Corona española con esta familia. Los Fugger explotaron esta concesión entre 1525 y 1645, exportando a América una media de 148.500 kilogramos anuales de mercurio.

Las minas de Almadén, situadas en la región de La Mancha, eran explotadas desde la época de los romanos y se las considera el yacimiento de mercurio más rico del mundo. Aún están bajo explotación, pese a las constantes protestas de los ecologistas. Pero aunque la producción de Almadén se mantuvo a muy bien ritmo, sobre todo entre 1570 y mediados de la década de 1630 (con un promedio anual de unos 3.500 quintales), a partir de estos últimos años empezaron a surgir problemas financieros y administrativos que redujeron los rendimientos y, ya desde 1620, las autoridades españolas tuvieron que recurrir a las minas de mercurio de Idria, en Eslovenia (Alpes austríacos), entonces bajo los dominios austríacos de los Habsburgo. El mercurio de Idria sólo se exportó a América entre 1620 y 1645, y era enviado tanto al Perú como a México, exportándose cada año algo más 3.000 quintales.



Dibujos de envases de hierro colado para el transporte de mercurio de Almadén a las minas americanas, año 1793. ¿Francisco Angulo? Archivo de Indias, M y P, Ingenios y Muestras, 75.

Otra fuente potencial de abastecimiento era China, cuyos ricos yacimientos de mercurio eran conocidos desde tiempos inmemoriales. Desde México se hicieron repetidos intentos a lo largo del siglo XVII para llevar mercurio de China vía el galeón de Manila, y cada vez que escaseaba, cuando no llegaba de Huancavelica o de Almadén, se invocaba esta posibilidad. Pero las cargas que se enviaron fueron de mala calidad y esta fuente alternativa en realidad nunca llegó a aprovecharse. Por otra parte a las autoridades les inquietaba el riesgo de que el comercio del mercurio con China se convirtiera en otra vía de escape de la plata americana, primero hacia Macao, donde pasaría primero a mano de los portugueses, y luego a los ingleses. Sin embargo, todavía entre 1692 y 1693 se repetían esfuerzos por adquirir mercurio de China, sobre todo por insistencia del gobernador español en Filipinas, pero este experimento dejó escasa utilidad y no volvería a repetirse[106].

Las minas mexicanas produjeron más plata que Potosí hasta 1575, debido a que en ellas se introdujo más temprano el método por amalgamación, y a que tenían mayores facilidades para reclutar mano de obra. Pero en 1574 esta situación cambió tan pronto se inició la explotación de Huancavelica y las minas peruanas de plata empezaron a superar la producción mexicana. Los rendimientos de Potosí, tal como se reflejaban en el impuesto del quinto, según aclara un contemporáneo, "son conforme anda la labor en las minas de Huancavelica, donde parece se saca un año con otro de ocho mil y quinientos a nueve mil quintales a lo menos"[107]. Solo entre enero y las fiestas de San Juan, el quinto había ascendido a 516.803 pesos y para fines de año se calculaba que llegaría a un millón de pesos.

Quintos de plata de Potosí.
Años 1570-1585

Años	Pesos	Años	Pesos
1570	177.000	1578	530.000
1571	168.000	1579	688.000
1572	129.000	1580	750.000
1573	106.000	1581	803.000
1574	193.000	1582	861.000
1575	257.000	1583	769.000
1576	336.000	1584	764.000
1577	475.000	1585	1.000.000

Capoche, op. cit., 1959, p. 171. Las cifras están redondeadas.

Como resultado, entre 1575 y 1625 las minas peruanas producían 35% más que las mexicanas, y esta diferencia fue aumentando a lo largo del siglo XVII. De hecho, sería la relativa proximidad de Huancavelica a Potosí y otras minas del virreinato, lo que determinó el predominio de la producción argentífera del Perú sobre la novohispana.

Sin embargo, en la primera mitad del siglo XVII se presentaron dificultades en la producción de Huancavelica, y a partir de 1622 fue necesario empezar a importar a Perú de manera regular mercurio, primero de Idria en el decenio 1620-1630, y luego de Almadén, usando la ruta de Panamá. Pero México continuó dependiendo del mercurio importado, sobre todo de Almadén, y ocasionalmente de Huancavelica, aunque la regularidad de las entregas se interrumpía cuando había conflictos internacionales, lo que afectaba seriamente la producción. Esta incertidumbre actuó como un freno para los inversionistas mexicanos, que preferían limitarse a explotar menas de alta calidad y que no tuvieran que ser procesadas por amalgamación.

Dada la enorme importancia que tenía el mercurio como producto estratégico para el beneficio de la plata, la Corona se reservó Huancavelica, tanto como fuente de ingresos fiscales, como para controlar la producción de plata y evitar el fraude y el contrabando. Aunque fue arrendada a particulares, la Corona manejó Huancavelica como un monopolio estatal, y controlaba el mercurio que se llevaba de Almadén o de Idria, almacenándolo, transportándolo y distribuyéndolo entre los mineros que explotaban los yacimientos argentíferos. Huancavelica, como dije antes, exportaba mercurio a las minas de Nueva España, y producía más del 87% del mercurio que se consumía en las minas peruanas hasta mediados del siglo XVII. Del total de 370.000 kilogramos de azogue consumido en las minas de plata americanas, se estima que el 60,4% procedía de Huancavelica, el 37,08% de Almadén y el 2,32% de Idria.

En los Andes eran familiares las escenas de recuas de mulas transportando mercurio a Potosí; el recorrido se extendía por 1.500 kilómetros y tardaba dos meses, pero lo compensaba el hecho de que en retorno las mulas llevaban plata. También se observaban escenas de bongos y chatas en el río Chagres, que atraviesa parcialmente el istmo central de Panamá, transportando azogue de Almadén o de Idria en cajas que luego eran llevadas a lomo de mulas en el corto pero costoso trayecto de Cruces a Panamá. El transporte ribereño era un oligopolio de miembros adinerados de la élite panameña acostumbrados a cobrar altísimos fletes, aprovechándose de que se trataba de una ruta exclusiva y forzosa. Pero a juzgar por los acuerdos a que llegaban con las autoridades locales, en lugar de cobrarle a la Corona los altos fletes acostumbrados, lo hacían a precios muy moderados, a cambio de futuras concesiones, como nombramientos en cargos públicos, condonación de deudas contraídas con el gobierno, u otras mercedes y privilegios[108]. Esta recompensa por servicios prestados era típica del rejuego de contraprestaciones acostumbrado durante esa época.

El intercambio entre la plata y el mercurio fue definiendo la ruta que se estableció entre Potosí y Lima. A un extremo, se encontraba Potosí, situado a 4.890 metros de altitud en la cima de un páramo desolado, estéril, ventoso y frío, donde la producción agrícola era casi inexistente. De allí el recorrido seguía hacia el Norte, en dirección a

Chuquisaca (actual Sucre, que surtía a Potosí de productos agrícolas), luego hacia Cuzco y de allí a Huancavelica, cruzando cordilleras y desfiladeros helados de hasta 5.000 metros de altura. La ruta seguía de allí hacia Lima y su puerto cercano, el Callao. Hasta Lima, el recorrido demoraba dos meses y medio. También se usaba otra ruta: desde Huancavelica se enviaba el mercurio hasta la costa y de allí se transportaba por mar hasta Arica, un puerto meridional, aislado y carente de recursos a orillas del Pacífico, donde se desembarcaba para conducirlo en mulas o llamas hasta Potosí. Este camino terrestre era de 500 kilómetros, es decir más corto, pero igualmente difícil.

La Villa Imperial de Potosí

En su época de mayor esplendor se hicieron varios informes o relaciones sobre la ciudad de Potosí y el Cerro Rico. Son conocidas la del oidor Juan de Matienzo en 1577, la de Luis de Morales Figueroa en 1589, la de Baltasar Ramírez en 1597, la del obispo Reginaldo Lizárraga, de 1600, y en 1603 en una anónima *Descripción de la villa y minas de Potosí*, se encuentra abundante y valiosa información sobre la calidad y cantidad de la producción de plata, los precios de los productos, el costo de servicios como planchar camisas, las 120 prostitutas indias y españolas que existían en la ciudad, y el hecho de que se necesitaban mil indios solo para trabajar en las minas de sal que se usaba en el beneficio de los minerales, más otros 200 que hacían velas para consumo de la ciudad y las minas.

Pero tal vez la mejor fuente para conocer Potosí durante su época de apogeo es la *Relación general del asiento y villa imperial de Potosí y de las cosas más importantes de su gobierno*, escrita en 1585 por Luis Capoche, de la que se encuentran dos copias en el Archivo General de Indias[109], y publicada por primera vez en 1959 por Lewis Hanke. Capoche era propietario de equipos hidráulicos para la molienda de los minerales y al parecer oriundo de Sevilla. Dedica esta obra al nuevo virrey Hernando de Torres y Portugal, conde del Villar, a fin de ponerle al corriente de los problemas y potencial de la minería potosina. Es una guía fiel que permite conocer muy de cerca la realidad de las explotaciones, el trabajo en las minas y el ambiente de esa ciudad, única de su tipo en el mundo. Le explica al virrey los problemas que enfrentaba la producción por la escasez de mercurio y la falta de agua para accionar las máquinas que machacaban los minerales. Le presenta cifras, listas detalladas de nombres de mineros con sus indios, las numerosas vetas en explotación y quiénes las explotan, con las varas de mina que cada uno posee, indicando la profundidad de éstas, e ilustra su exposición con anécdotas esclarecedoras. Habla de las minas en fase de prospección, con proyecciones para posibles expansiones.

El “cerro” de la plata, nos dice Capoche, tenía forma de pan de azúcar, con dos leguas a la redonda. Cerca de él había otro cerro, pero mucho más pequeño. El declive es empinado pero no inaccesible para los animales de tiro e incluso para el ser humano. El cerro tiene filones muy ricos, pero también los hay pobres. Los desechos son colosales, y deben depositarse en pozos que luego son abandonados. Las vetas son de 2 a 6 pies de espesor, y las condiciones para trabajar los minerales son en extremo penosas.

Apenas pasados diez años desde que se descubrió la montaña de plata, Potosí ya contaba con 45.000 habitantes. El censo que ordenó levantar el virrey Toledo cuando realizó su visita oficial a Potosí en 1572, arrojó la sorprendente cantidad de 120.000 habitantes. Entre 1610 y 1650 se calculaban hasta 160.000 habitantes. Era la ciudad más poblada de todas las colonias americanas y tenía más población que Madrid o que la propia Sevilla, la capital española del comercio ultramarino del imperio español, que tenía menos de 130.000 habitantes para la misma época. Potosí estaba

Página siguiente: La Villa Imperial de Potosí, por Gaspar Miguel del Berrio. Museo de Charcas, Sucre, Bolivia. Primer tercio del siglo XVIII.



incluso más poblada que la gran mayoría de las ciudades de Europa occidental. Del total de habitantes, 38.000 eran españoles criollos, 40.000 peninsulares que habían emigrado a la ciudad, y 6.000 negros y mulatos; el resto —unos 75.000— eran indios, la gran mayoría mitayos procedentes de diversas regiones del Perú.

Estos indios mitayos eran trabajadores forzosos que se llevaban a las minas por turnos (o *mita*, en lengua quechua), según un viejo sistema incaico de levas temporales de trabajadores para que realizaran distintas obras públicas, como construcción de caminos, fortificaciones o templos. Sobre sus hombros recayó el peso aplastante de la extracción de los minerales. Durante los primeros años se peinaron literalmente cientos de kilómetros a la redonda para reclutar mitayos. Trabajaban en condiciones miserables y en pocos años morían, víctimas de enfermedades, desnutrición, o frío, o por el choque psicológico que suponía mudar tan radicalmente su modo de vida, cambiando el ambiente rural de sus lugares de origen para trabajar con míseros salarios en un medio crudo, industrial y urbano. Eran comunes las escenas de largas columnas de mitayos que partían con sus familias hacia las minas, a los que se despedía en sus pueblos como si partieran a un viaje sin retorno, pues eran muy pocos los que sobrevivían al duro trabajo en las minas. Muchos morían incluso en el camino. En Huancavelica los horrores de la mita se hicieron aún más penosos debido a la toxicidad del polvo de cinabrio, que ocasionaba frecuentes enfermedades y muertes por intoxicación. La sola idea de ser reclutado para las labores mineras provocaba pánico entre los indios.

Alarmados por las duras condiciones de explotación de los indígenas en las minas, algunos moralistas contemporáneos criticaron con frases muy duras la situación. El fraile dominico fray Domingo de Santo Tomás, exclamó que Potosí era "una boca del infierno". Y un abogado que había observado esta situación en el siglo XVII escribió: "No es plata lo que se lleva a España, sino sudor y sangre de indios"[110].

Gracias al vertiginoso crecimiento de Potosí, en un ambiente donde circulaban cantidades descomunales de plata, pronto se convirtió en un ejemplo único de ciudad caótica y desordenada pero donde había de todo lo necesario y todo era posible. Pese a que se encontraba en un lugar remoto, gracias a que los pagos se hacían con plata, y ésta abundaba, el lugar se encontraba bien abastecido de casi cualquier cosa que se necesitara en una ciudad opulenta de la época. La madera debía acarrearse desde muy lejos al desolado Potosí, y algunos ejes de ingenio eran tan largos que se requerían 60 indios para trasladarlos. Según Capoche, el comercio de ropa de Castilla, que llegaba por mar a Arica, o vía el Cuzco, y subía luego a Potosí, "es tan grande, que monta cada año más de un millón doscientos mil pesos". Los paños, bayetas y cordellates que producían los telares de Quito, Guánuco, la Paz y otras partes, montaba 150.000 pesos; los lienzos de algodón, alfombras, mieles, cera y "ropa de indios" que enviaba Tucumán, otros 25.000 pesos. Se consumían más de 3.000 quintales de hierro de Vizcaya para los ingenios usados en las minas. Se importaban más de 15.000 botijas de vino a 8,5 ó 9 pesos ensayados cada una, tanto de la costa (Ica, Camana y Arequipa), como de Carato, en el distrito de la Paz. De Castilla llegaban más de 8.000 botijas de vino a un costo de 15 a 16 pesos ensayados[111].

Potosí era un poderoso magneto que atraía toda la producción de la región, y muchos artículos de lujo le llegaban desde México, Europa, África e incluso de Asia. Según la crónica de Orsúa y Vela, recibía miles de mulas de Córdoba, Argentina; esclavos indios del sur de Chile; coca de Cuzco; artículos de Portugal vía Buenos Aires; alfombras de Persia; sedas de Granada; telas de Holanda; papel de Génova; mercería de Flandes; tapices, espejos y escritorios ricamente tallados; medias y tejidos de Nápoles; bordados y tejidos finos de La Toscana; puntas de oro y plata de Milán; de Roma, pinturas y láminas sagradas; sombreros y tejidos de lana de

Inglaterra; cristales de Venecia; cera blanca de Chipre, Creta y la costa mediterránea de África; grana, cristales, marfil y piedras preciosas, de India; diamantes de Ceilán; aromas de Arabia; perlas del golfo de Panamá. Todo ello "irresistiblemente arrastrado por el mercado insaciable que suscitara la montaña de plata"[112].

Los lujos eran extravagantes y el despilfarro alucinante. Los vecinos y sus mujeres pretendían vestir con tanto lucimiento "como en Madrid", gastando suntuosos trajes de terciopelos, sedas, brocados y tejidos de oro. Aun los obreros y mulatos vestían con ropas lujosas. Eran frecuentes los derroches de ostentación y pompa y todo asumía allí proporciones monumentales. En el cerro, escribe Capoche, todo lo que le subían a los operarios, como comida, frutas y refrescos, se pagaba solo con plata, e incluso "las indias a trueque de metal les dan su propia persona y sus madres las suben para este efecto al cerro". El exceso de riqueza parecía enloquecer a todos. Por un asiento del teatro se pagaba la asombrosa suma de 40 a 50 pesos. La ciudad estaba poblada por gente de toda laya. En su momento de mayor esplendor contaba con 700 a 800 tahúres profesionales, 120 prostitutas (entre las que destacaba "la terrible cortesana Doña Clara, cuya belleza y riqueza fueron impares"); 36 casas de juego y 14 escuelas de danza.

Despilfarrar la plata se convirtió en un instrumento de ostentación y prestigio: en 1556, se destinaron ocho millones de pesos para festejar la coronación de Felipe II. Pero también se hacían inversiones enormemente costosas: en 1577 se invertían 3 millones de pesos en obras hidráulicas.

En Perú existían al principio varias minas de plata dispersas, y a partir de mediados del siglo XVI surgieron otros centros mineros importantes como Porco, que ya he mencionado, Castrovirreina, cuya explotación se inició en 1555, Oruro, que empieza a producir en 1606, y Cerro de Pasco, donde se descubre plata en 1630. Pero pronto la producción se concentró en Potosí, que llegó a aportar entre el 80% y el 85% de toda la plata que producía el virreinato, y el 50% de toda la plata que se producía en el mundo a fines del siglo XVI. (Se asegura que a principios del siglo XVII, un tercio de lo que se producía en el mundo correspondía a las minas de plata de Japón).

La producción altoperuana tuvo al principio muchos altibajos. Entre 1550 y 1554 Potosí llegó a producir 13 millones de pesos[113], a razón de 2,6 millones por año. Pero entre 1560 y 1570 sólo se explotaban cuatro vetas principales que no tardan en agotarse. Son abandonadas, la mano de obra se dispersa y la ciudad se despuebla. Pero las cosas cambian radicalmente a partir de 1573, cuando llega a Potosí el virrey Francisco de Toledo para reordenar todo el sistema productivo: establece el sistema de la mita, asignando una cuota de obreros a cada pueblo indígena equivalente a entre el 15% y el 17% de los varones adultos de las provincias que debían entregar su cuota para las minas; introduce el método de la amalgama de mercurio para aprovechar los minerales pobres en plata, y organiza la explotación de Huancavelica. El primer año, 1573, la leva de indios mitayos ascendió a 43.000 hombres; hacia 1578 la leva anual era de poco más de 14.000, aunque posteriormente esta cifra se redujo de manera progresiva debido a que las pestes y la fuga de los indios a regiones exentas de la mita, produjeron cada vez mayor presión sobre la decreciente población. A fines del siglo XVII, durante el virreinato del conde de Monclova, la leva se redujo a 4.000 mitayos anuales.

A partir de las medidas toledanas, las cifras de producción aumentan de manera sostenida y Potosí se convierte en la mayor mina de plata del mundo. Entre 1570 y 1574 producía 6,5 millones de pesos, lo que casi se duplica en el quinquenio siguiente, alcanzando 17,2 millones. Entre 1580-1584 la producción asciende a casi 30 millones y este nivel se mantiene con leves variantes hasta principios del siglo XVII. En 79 años, desde 1550 hasta 1629, Potosí había producido 371,4 millones de pesos, a razón de 4,7 millones anuales, equivalentes a 202,6 toneladas de plata (más de cinco veces la producción anual de Japón).

Todo ello explica que los cronistas contemporáneos usaran expresiones entusiastas y altisonantes cuando se referían a Potosí. Un caso típico es el obispo Lizárraga. Escribe hacia 1600: "Este cerro es conocidísimo entre mil que obiera; parece que la naturaleza se esmeró en criarle como cosa de donde tanta riqueza había de salir; es como el centro de todas las Indias, fin y paradero de los que a ellas venimos. Quien no ha visto a Potosí no ha visto las Indias. Es la riqueza del mundo, terror del Turco, freno de los enemigos de la fe y del nombre de los españoles, asombro de los herejes, silencio de las bárbaras naciones. Todos estos epítetos le convienen. Con la riqueza que ha salido de Potosí, Italia, Francia, Flandes, y Alemania, son ricas, y hasta el Turco tiene en su tesoro barras de Potosí"[114]. Como se ve, ya para entonces era bien sabido que la plata del Cerro Rico le daba la vuelta al mundo y enriquecía a muchas naciones.

La producción argentífera americana hasta mediados del siglo XVII

Zacatecas, la principal mina de plata mexicana, producía hasta mediados de la década de 1570 más plata que Potosí, aunque Potosí no tardó en superarla una vez se introdujo el método de amalgamación. Sin embargo, Zacatecas, al igual que otras minas mexicanas de plata que se empezaron a explotar en el siglo XVI, como Real del Monte y Guanajuato, continuaron produciendo cantidades importantes hasta fines del período colonial. Zacatecas sola producía entre 1560 y 1629 un total de 90 millones de pesos, a razón de 1,3 millones anuales. Total entre Potosí y Zacatecas hasta 1629, cerca de 450 millones de pesos. Para comienzos del siglo XVII, a Zacatecas le correspondía el 40% del total de la producción argentífera novohispana. Su mayor producción tiene lugar en 1620, pero entre 1635 y 1690, avanza hacia una etapa de depresión debido a la escasez de mercurio[115].

Pero aunque Zacatecas era el centro minero más importante de Nueva España, no era el único, y su peso relativo osciló a lo largo del siglo entre el 22% y el 40% del total de la producción del virreinato. Pronto se fueron agregando a los centros mineros ya existentes otros nuevos, como Guanajuato y Pachuca, que entran en escena en la década de 1660. De esa manera, para fines del siglo XVII Nueva España producía más plata que a comienzos del siglo.

Producción estimada de plata en Potosí y Zacatecas. Años 1550-1630 (en millones de pesos)

Quinquenio	Potosí	Zacatecas
1550-1554	13,0	—
1555-1559	10,5	—
1560-1564	10,0	5,0
1565-1569	10,5	5,7
1570-1574	6,5	6,5
1575-1579	17,2	6,1
1580-1584	29,9	5,0
1585-1589	33,8	5,2
1590-1594	35,5	5,3
1595-1599	32,8	4,5
1600-1601	33,3	5,4
1605-1609	31,5	6,2
1610-1614	29,2	7,5
1615-1619	27,4	9,5
1620-1624	25,5	10,0
1625-1629	24,8	8,9
Totales	371,4	900,0

Fuente: John Fisher, op. cit., p. 175. El cuadro original tiene un error de transcripción en la fila correspondiente al quinquenio 1550-1554, donde en lugar de los valores del quinquenio aparecen los totales de ambas columnas. Bajo la de Potosí he insertado para el quinquenio la suma de 13 millones de pesos, cifra que, como se indica en el texto, corresponde a la producción de este centro minero para esos años según Ramón María Serrera, op. cit., p. 240. Usando esta cifra he ajustado el total de dicha columna.

En cuanto al Cerro Rico de Potosí, su papel dominante es absoluto hasta fines del siglo XVI, cuando alcanza su nivel máximo y es el principal centro minero de América y del mundo. Pero a lo largo del siglo XVII, y claramente a partir de

1640, fue disminuyendo lenta e inexorablemente. Para todo el conjunto del virreinato peruano, durante el siglo XVII su producción ocupó el 68% del total, y para fines del siglo se había reducido a un tercio de lo que había alcanzado a fines del siglo XVI. Se ha calculado que luego de alcanzar una producción de 6,4 millones de pesos anuales en 1650, en 1700 había decaído a 4 millones de pesos. La disminución de su importancia relativa se debe a la entrada en escena de otros centros mineros importantes, como Oruro, también en el Alto Perú; Castrovirreina, en el Bajo Perú; y en la segunda mitad del siglo, Carangas, Chucuito y La Paz, todas en el Alto Perú, aunque su producción no llegó a compensar la decadencia de Potosí.

Resumiendo, mientras que el siglo XVII se caracteriza por una tendencia al crecimiento de la minería en Nueva España, el área andina entra en una fase de decadencia, y para fines del siglo por primera vez la producción argentífera de Nueva España aventajará a la del virreinato peruano.

Dado que el rendimiento de los minerales dependía de la disponibilidad del mercurio, y que se calculaba la producción de plata por amalgamación a razón de un quintal de mercurio por cada 110 marcos (935 pesos de 8 reales, ya que un marco = 8 pesos y 4 reales de plata), más un estimado de 15% adicionales, los historiadores de la minería americana David Brading y Harry Cross han estimado que la producción argentífera total americana entre 1571 y 1700 alcanzó la suma 1.271,4 millones de pesos[116]. En 129 años, cerca de 10 millones de pesos anuales.

Notas al capítulo IV

88 Álvaro Jara, *Tres ensayos sobre economía minera hispanoamericana*, Universidad de Chile, Centro de Investigaciones de Historia Americana, Santiago, 1966, p. 26.

89 Sobre los sedimentos encontrados en Laguna Lobato, ver artículo publicado por los geólogos Mark Abbott y Alexander Wolfe, en la revista *Science*, del 26.IX.2003.

90 *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile,* capítulo C, libro I.

91 Peter J. Bakewell, “Notes on the Mexican silver mining industry in the 1590’s”, Sobretiro de *Humanitas*, Nº 19, Universidad de Nuevo León, 1978. El original de la *British Library,* en Additional Manuscripts 13, 976, item 61, ff. 346-347. El original del Archivo General de Indias, “Relación del estado que tienen las minas de esta Nueva España y las de Zacatecas y lo que deben los mineros de su Magestad y el azogue en especie que se les halló y la calidad de sus haciendas, cantidad de gente que tienen, y lo que más piden para el avío de ellas, sacado de las visitas que se hicieron en particular de todas las dichas minas por comisarios que fueron a ello con bastantes instrucciones de lo que debieron hacer”, con carta del virrey Monterrey al rey, México, 254.IV.1598, Archivo General de Indias, México 24, ramo 1, Nº 7ª. Una copia a máquina de este documento se encuentra en la *Bancroft Library.*

92 Entre los estudios pioneros pueden destacarse: Rafael Heliodoro Valle, “Las Minas Célebres de Honduras”, *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales de Honduras*, Vol., 7, Nº 3, Tegucigalpa, 1928, pp. 74-83; Antonio R. Vallejo, “Minas de Honduras”, *Revista de la Sociedad de Geografía e Historia de Honduras*, Tomo XXXIV, Nº X, XI y XII, Tegucigalpa, 1956 (reeditada en *Documentos para la Historia de Honduras*, Roberto Sosa [comp.], Tegucigalpa, 2002, Tomo I, pp. 464ss.); Robert West, “The mining economy of Honduras during the colonial period”, *Actas del XXXIII Congreso Internacional de Americanistas*, Costa Rica, Lehmann, 1959; Murdo J. MacLeod, *Spanish Central America, A Socioeconomic History 1520-1720*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1973 (publicada en castellano como *Historia socioeconómica de la América Central española 1520-1720*, Guatemala, Editorial Piedra Santa, 1980), que dedica al tema el capítulo 13; y Troy S. Floyd, “Bourbon Paliatives and the Central American Mining Industry, 1765-1800”, *The Americas*, Vol. 93, 1961, pp. 103-125 (traducido al español como “Paliativos de los Borbones y la industria minera centroamericana, 1765-1800”, publicado en *Historia de Centro América* (comp. Rina Cáceres), Banco Centroamericano, Costa Rica, 1990, pp. 211-234.

93 Entre los estudios más recientes deben destacarse Linda A. Newson, “La minería de la plata en la Honduras colonial”, publicado por primera vez en *Revista de Historia de América*, Nº 97, enero-junio 1984, pp. 45-76 y luego en *Historia de Centro América* (comp. Rina

Cáceres), Banco Centroamericano, Costa Rica, 1990, pp. 115-140; Bernabé Fernández Hernández, "Crisis de la minería en Honduras a fines de la época colonial", *Mesoamérica* 24, diciembre 1992, pp. 365-383; Luis Pedro Taracena Arriola, *Ilusión Minera y Poder Político, La Alcaldía Mayor de Tegucigalpa, siglo XVIII*, Editorial Guaymuras, Tegucigalpa, 1998; y Leticia de Oyuela, *Esplendor y miseria de la minería en Honduras*, Editorial Guaymuras, Tegucigalpa, 2003.

94 MacLeod, op. cit., pp. 49-50 de la edición en castellano; Taracena, op. cit., pp. 37-38.

95 Op. cit., página 216 de la edición en español.

96 Archivo General de Indias, Guatemala, 496, "Declaración del gremio de mineros de Tegucigalpa", 19.I.1799, citado por Bernabé Fernández Hernández, op. cit., p. 367. En este mismo legajo el gremio de mineros de Yuscarán confirma en 18.10.1799 igual proporción. Cf. Linda A. Newson, op. cit., p. 119, nota 37. El cálculo del marco de plata variaba mucho, según el momento y el lugar, ya que en otras partes solía evaluarse a 8 pesos 4 reales, o bien entre 65 y 70 reales, aunque el *Diccionario de Autoridades de la Real Academia Española,* de 1732, dice que el marco tanto de plata como de oro era de media libra, es decir 8 onzas.

97 Entre 2004 y 2006 tuve oportunidad de conocer extensamente el territorio hondureño y de visitar numerosos poblados mineros, sus bocaminas y galerías, con ocasión del proyecto del *Museo para la Identidad Hondureña*, cuya dirección, propuesta conceptual, guión museográfico y montaje nos encomendó el presidente Ricardo Maduro a mí y a la Dra. Ángeles Ramos Baquero, directora ejecutiva del Museo del Canal de Panamá.

98 Cf. Luis Pedro Taracena, op. cit., p. 122; Miles Wortman, "Bourbon reforms in Central America, 1750-1816", *The Americas,* Vol. XXII, Nº 2, octubre 1975, p. 223.

99 Troy Floyd, op. cit., p. 215.

100 Op. cit., página 223 de la edición en castellano.

101 Archivo General de Indias, Guatemala, 501. Citado por Bernabé Fernández Hernández, op. cit., p. 381, nota 54.

102 Luis Pedro Taracena, op. cit., p. 117.

103 Op. cit., pp. 64-68.

104 En *Exploraciones y Aventuras en Honduras*, Tegucigalpa, 1857, tiene un extenso capítulo bajo el título "Bosquejo histórico de Centroamérica", en 66 páginas, que comprende desde 1502 hasta 1856. Fue reeditado por el Banco Central de Honduras, en edición conmemorativa al X aniversario de su fundación, Tegucigalpa, 1960.

105 John Lynch, *Spain under the Habsburgs, Vol. II. Spain and America, 1598-1700*, Oxford, 1969, p. 185.

106 Para las minas de Almadén, Antonio Matilla Tascón, *Historia de las Minas de Almadén (Desde la época romana hasta el año 1645)*, Vol. 1, Madrid, 1958. Para las minas de Almadén, Idria, China y Nueva España, Peter J. Bakewell, *Minería y Sociedad en el México Colonial, Zacatecas (1546-1700*), FCE, México, 1976, capítulo VII, y Mervyn F. Lang, *El Monopolio Estatal del Mercurio en el México Colonial (1550-1710)*, FCE, México, 1977, Segunda parte, "Las Fuentes de Abastecimiento", capítulos IV-VII.

107 Luis Capoche, *Relación general del asiento y villa imperial de Potosí y de las cosas más importantes de su gobierno*, (1585), edición y prólogo de Lewis Hanke, Madrid, 1959, p. 177.

108 El asiento que suscribió la Corona con los transportistas del río Chagres en Panamá el año 1644 para la conducción de mercurio procedente al parecer de Idria, en Archivo General de Indias, Panamá 35.

109 Charcas 134 y 275.

110 Citado por Lewis Hanke, en el prólogo a Luis Capoche, op. cit., p. 25.

111 Luis Capoche, op. cit., p. 179.

112 Lewis Hanke, op. cit., p. 28.

113 Ramón María Serrera, *Tráfico Terrestre y Red Vial en las Indias españolas*, Dir. Gl. de Tráfico, Ministerio del Interior, Lunwerg Editores S.A., Madrid, Barcelona, 2ª ed., 1993, p. 240.

114 Op. cit., libro I, cap. C.

115 Ver sobre todo Peter J. Bakewell, *Minería y Sociedad*..., 1976.

116 John Fisher, "La producción metalífera", en Alfredo Castillero Calvo y Allan J. Kuethe (eds.), *Consolidación del Orden Colonial*, *Historia General de América Latina*, Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, 2000, Vol. III, T. 1, p. 175.

Capítulo V

Los metales preciosos y la crisis global del siglo XVII

Impacto de los metales preciosos en Occidente

La avalancha de plata que derramó América en un siglo, entre mediados del XVI y mediados del XVII, produjo en Europa, y luego en todo el mundo, un impacto brutal. Se inició entonces lo que el americanista francés Pierre Chaunu ha denominado "ciclo de la plata", y el naciente capitalismo europeo cobró un impulso irrefrenable.

Era evidente que tanta riqueza volcada de golpe a un continente que hasta la víspera había permanecido seco de metales preciosos, no podía dejar de provocar una gran conmoción económica. Desde 1556 varios "arbitristas" españoles como Luis Ortiz, Martín de Azpilcueta y Tomás de Mercado, entre otros, ya habían tomado conciencia del problema y observaban alarmados la creciente inflación que se había desatado primero en España y luego en toda Europa. En la Península el golpe se sintió con mayor fuerza debido a su limitada capacidad para la producción de mercancías que demandaban los nuevos y crecientes mercados ultramarinos, lo que provocaba la fuga de oro y plata hacia los centros manufactureros de Europa, mejor preparados para abastecer a los nuevos mercados. Los citados autores se quejaban de que este aluvión de metales preciosos había causado más mal que bien a España, ya que la estaban empobreciendo, pues la inflación degradaba la calidad de vida de sus habitantes, y el oro y la plata no dejaban de escaparse hacia el extranjero. Si, según se creía, la riqueza de las naciones dependía de la acumulación de metales preciosos, lo que estaba sucediendo era muy grave, y debían proponerse fórmulas para frenar el drenaje de estos metales. Pero España apenas pudo hacer nada para evitarlo y la situación continuó empeorando.

En 1934, el historiador economista Earl J. Hamilton retomó el tema en su obra clásica *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650*, para estudiar el impacto que produjo este aluvión de oro y plata en la economía europea. Realizó su investigación a raíz de la gran depresión que se produjo luego del *crash* de octubre de 1929, y esperaba encontrar explicaciones estudiando otra gran crisis del pasado. Hamilton utiliza nuevos instrumentos de análisis y aprovecha de manera sistemática una abundante documentación que probablemente no conocían los "arbitristas". Su obra provocó un importante debate académico, que todavía no se ha agotado, ya que sigue discutiéndose el verdadero significado que tuvo ese maná metalífero en la *economía-mundo-europea*, según la expresión que se puso de moda poco después. El propio Hamilton sostenía la tesis de que su llegada a Europa incidió directamente en el nacimiento del capitalismo, siendo, según él, su causa principal. Pero como suele ocurrir en la historia, las cosas no fueron tan simples; el proceso que dio origen al capitalismo fue mucho más complejo, y su nacimiento en realidad se debió a múltiples factores. La tesis más aceptada es que el capitalismo europeo ya había dado sus primeros pasos antes de que llegaran los metales preciosos, aunque éstos sin duda contribuyeron a su lanzamiento y despegue ulterior.

El hecho es que el flujo masivo de tanto oro y plata, sea que estuviese en el origen del capitalismo europeo, o que cumpliese un poderoso papel catalizador, lo cambió todo en Europa. Los precios se dispararon, creando una inflación sostenida que fue extendiéndose como una mancha de aceite: las mercancías que antes valían poco con relación al oro, ahora costaban más porque el oro abundaba, y cuando América empezó a derramar torrentes de plata el problema se complicó aún más. Los precios existentes a comienzos del siglo XVI se habían cuadruplicado un siglo después.

La subida de los precios estalla primero en Sevilla, se extiende por toda España, y luego avanza hacia Europa, señal de que también los metales preciosos, luego de excitar la economía castellana, se desplazan hacia afuera. Durante mucho tiempo, el mundo académico había sostenido que España era una mera intermediaria de metales preciosos para los demás países europeos. Su industria estaba poco desarrollada, y gran parte del oro y la plata que recibía de América lo derrochaba en guerras internacionales, gastos diplomáticos, despilfarros nobiliarios y proyectos hegemónicos poco realistas. Se ha dicho que, como consecuencia, así como llegaban los tesoros de ultramar, se escapaban afuera de la Península, quedando muy poco allí. Ahora se sabe que eso es sólo parcialmente cierto, ya que también era mucho lo que permanecía, contribuyendo a animar su economía y a encarecer los precios. También circulaban por el interior de su territorio, donde se quedaban o se atesoraban en forma de joyas y ornamentos litúrgicos, o para uso privado.

Se estima que hasta una quinta parte de la plata americana se quedaba transitoriamente en Andalucía, en beneficio sobre todo de Sevilla, de las zonas agrícolas del valle del Guadalquivir e incluso de Málaga. El tesoro restante era despachado casi de inmediato hacia el centro y el norte de España. A Toledo, Segovia o Cuenca y otras ciudades, para pagar por los tejidos y armas de su producción manufacturera, o al país Vasco, para pagar por el hierro que producían sus fundiciones, o por las naves que salían de sus astilleros, hasta que sus industrias quedaron arruinadas por la competencia de otros países europeos. O la plata era enviada sin tardanza a Madrid para entregar lo que pertenecía al rey. Pero desde Madrid salían los tesoros apresuradamente y eran derramados por toda Europa para pagar deudas a banqueros extranjeros y sobre todo para costear los gastos militares y diplomáticos que sangraban sin pausa el presupuesto real. (Durante noventa años, casi sin cesar, salvo algunas treguas, entre 1568 y 1659, España estuvo envuelta en guerras a gran escala para defender empresas dinásticas o cruzadas religiosas en el sur y el centro de Europa, el Mar del Norte, el Mediterráneo y el Atlántico, y era Castilla la que llevaba la mayor parte de la carga). Los ríos de plata que regaban a Castilla, luego de dejar una estela de inflación, siguen su curso hacia los países industrializados de Europa para compensar una balanza de pagos endémicamente deficitaria. Caían en manos de los holandeses, o de los ingleses, permitiéndoles de esa manera financiar sus operaciones comerciales en el Báltico, en el Levante, el Océano Índico o en los mares de la China.

No era poco, sin embargo, lo que quedaba en casa. Pero es tan difícil de cuantificar lo que salía como lo que permanecía. Porque con esos tesoros se acuñaron las monedas que circulaban por el reino y por toda Europa, se destinaron grandes sumas para costear el arte Barroco y se construyeron los múltiples palacios y los centenares de iglesias y conventos que se levantaron a todo lo ancho y largo de la Península, cuyos espacios interiores eran decorados por numerosas pinturas, tapices, alfombras, esculturas y muebles lujosos. Todo esto debió consumir grandes cantidades de plata y oro. Y como el Concilio de Trento estableció que los ornamentos litúrgicos (cálices, porta viáticos, custodias, etc.) debían confeccionarse con piedras y metales preciosos, muchos miles de onzas de oro y plata desaparecieron en manos de la Iglesia para este fin. No todo abandonó las tierras castellanas.

Debate sobre la crisis global del siglo XVII

Otro gran tema de debate es la "crisis global del siglo XVII". La discusión sobre las causas y amplitud de esta "crisis" se inició a principios de la década de 1950, y aún no cesa. Algunos de los primeros que participaron en esta discusión ya han muerto, pero el debate vuelve a encenderse cada vez que surge una nueva perspectiva de análisis o aparecen evidencias hasta ahora desconocidas. Al principio del debate se le concedía poca o ninguna importancia al papel que le correspondió a la plata en la crisis, pero esta situación se ha venido revisando en años recientes.

Pese a lo animado del debate sobre la "crisis", hay ciertos aspectos que parecen claros, aunque incluso éstos sólo son aceptados con reservas por algunos autores. Por una parte, hay cierto acuerdo en que la crisis no se extendió por todo el siglo, ya que en realidad se contrae a algunas décadas, empezando por las de 1620 y 1630, quedando claramente declarada a partir de 1640, y empezando a periclitar a partir de la década de 1680. (Alberto Tenenti nos recuerda, además, que también hubo crisis en 1660-1670 y en 1690-1700)[117]. Estas fechas varían según los países, aunque hubo algunos donde no se sintió la crisis (o apenas se sintió) y que por el contrario gozaron de prosperidad.

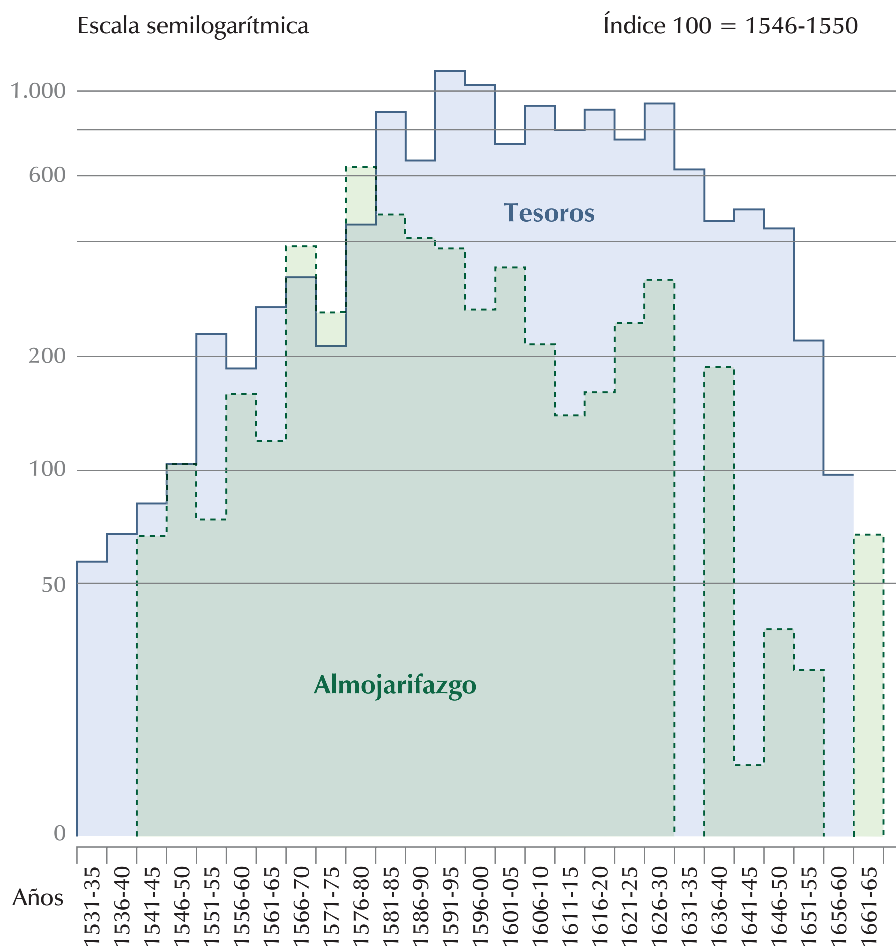
Suele citarse a Holanda como el mejor ejemplo de país que se libró de la crisis del XVII, ya que su época dorada se encontraba en todo su esplendor cuando otros países sufrían lo peor. Sin embargo, también Holanda se encontró por lo menos dos veces en serios apuros durante el siglo XVII. La primera vez ocurrió a comienzos de la década de 1620, justo al empezar la crisis, cuando colapsa el tráfico ultramarino con España, Portugal, el Caribe e Hispano América. Además, en general disminuye el comercio holandés con el sur de Europa. Jonathan I. Israel ha llamado la atención sobre el impacto que produjo en el arte la contracción del comercio durante este período, que se extendió hasta mediados de la década de 1640. Dado que la expansión de la actividad artística estaba tan íntimamente ligada a la prosperidad comercial (tema sobre el que volveré en el capítulo VIII), era inevitable que las artes se vieran seriamente afectadas por las dificultades comerciales del período. La demanda de obras de arte disminuyó, se produjo un cambio hacia pinturas más baratas y pequeñas, y la temática se tornó más modesta. Como resultado de las dificultades del comercio ultramarino, los colorantes procedentes de América y del Mediterráneo, como el índigo, la cochinilla, el palo de Campeche y el palo brasil, se hacen escasos y caros en Holanda. Al mismo tiempo escasearon colorantes y pigmentos que se importaban de Italia y el Levante. El impacto se sintió de inmediato en la calidad de la producción artística; al faltar los brillantes rojos, azules y amarillos, empezaron a producirse pinturas monocromas, predominando los tonos marrones y grises. Los vívidos y ricos coloridos utilizados entre 1609 y 1621 (durante la *Tregua* de doce años en la larga guerra con España), ceden casi súbitamente a tonos austeros. Esta situación se extendió por una veintena de años, pero luego la tendencia revirtió. Hacia 1645 ó 1647, en efecto, el colorido de las pinturas volvió a recuperarse, y se inició una nueva fase de esplendor del arte y la arquitectura en Holanda[118].

La segunda vez que Holanda estuvo en aprietos durante los años de la crisis global se produjo poco después de mediados del siglo, cuando fue expulsada de Pernambuco, se desploma la bolsa de Amsterdam al producirse la crisis del azúcar a que me referí en el capítulo III, empezó a periclitar su supremacía marítima y comercial tras las presiones de Francia e Inglaterra, y los ingleses le arrebatan Nueva Amsterdam en 1664 y la rebautizan Nueva York, privando a Holanda de su base comercial en Norteamérica. No debe olvidarse, además, que en Japón las minas de plata empezaron a declinar a partir de 1640, y que desde la década de 1660 el shogunato Tokugawa prohibió la exportación del metal.

Por otro lado, Japón debía reducir el déficit comercial con China, que era con mucho su principal mercado. En los sesenta años siguientes, la producción de las minas de oro y plata virtualmente cesaron en Japón, mientras que los contrabandistas chinos lo estuvieron drenando sin cesar de estos metales, de manera que a principios del siglo XVIII había una gran escasez de oro y plata[119]. Los metales preciosos eran vitales para el comercio holandés entre Japón y China, lo que obligó a los holandeses a tener que recurrir a la plata americana, que entonces escaseaba debido al declive de la producción de las minas del Nuevo Mundo. No debiera sorprender que, para una economía ya globalizada como era la holandesa, de alguna manera estos hechos estuvieran estrechamente relacionados. Y, como debe parecer obvio, estos años debieron ser críticos para Holanda.

Incluso en la propia América cada país experimentó los vaivenes de la crisis en tiempos distintos, en gran parte dependiendo de su grado de relación con la producción y flujo de los metales preciosos. En Panamá, por citar un caso conspicuo, los efectos fueron catastróficos, ya que su economía era muy dependiente de las ferias de Portobelo, y por tanto del movimiento de la plata procedente del Perú.

Almojarifazgo de la flota y tesoros transportados vía istmo de Panamá por promedios quinquenales. Años 1531-1665



Un aspecto en el que coincide la mayoría de los autores es que la producción de la plata americana disminuyó dramáticamente a partir de las décadas de 1630 y 1640 y que en consecuencia la remesa de metales preciosos hacia Europa decayó rápidamente a partir de esos mismos años. Esto es evidente en la relación Perú-Panamá-España, para esos años la ruta americana por donde pasaba la mayor cantidad de plata. En la ruta panameña, los ingresos fiscales, sobre todo el almojarifazgo, que era un impuesto *ad valoren* sobre las mercancías, dependían de que hubiese ferias en Portobelo y de que éstas se celebrasen regularmente, pero las ferias dependían de que llegara el tesoro del Perú y, si éste no llegaba, aquellas no podían celebrarse, causando una disminución del almojarifazgo. A partir de 1630 y 1640, el almojarifazgo se

desploma, siguiendo una pendiente casi paralela a la caída de los tesoros, como se observa claramente en la gráfica que aquí se incluye. La relación de causalidad es palpable[120].

Aunque puede discutirse la magnitud real del impacto que produjo, parece evidente que la caída de la producción argentífera americana afectó profundamente la economía mundial, ocasionando severas repercusiones políticas, a veces de alcances dramáticos, sobre todo en países como España, Portugal, Italia, el imperio Otomano o China. Apenas había empezado el debate sobre la "crisis", cuando algunos historiadores observaron que también América había estado en crisis durante el siglo XVII. El primero en plantear el problema fue Woodrow Borah, quien propuso en 1951 que en la Nueva España se inició una profunda depresión a partir de 1580 como resultado de la despoblación indígena a raíz de la Conquista. Y dado que había menos brazos, había decaído la producción agrícola y minera. A mediados de la misma década, los esposos Chaunu disputaron la tesis de Borah, al proponer que la crisis no aparece hasta aproximadamente 1620, cuando se inicia un progresivo estancamiento y decadencia del comercio transatlántico. Por su parte, John Lynch ha sostenido que la economía mexicana se estuvo expandiendo hasta por lo menos 1638 y que pasaba por un proceso de reestructuración, diversificando sus actividades, sobre todo en la agricultura, y disminuyendo el énfasis en la minería argentífera. Peter J. Bakwell ha demostrado, además, que la producción minera de Nueva España, lejos de estancarse, realmente despega en la primera década del siglo XVII y siguió aumentando hasta 1636[121]. Como quiera que sea, al llegar a 1640 la crisis de la minería y, concomitantemente del comercio transatlántico, ya estaba declarada.

Para explicar el estancamiento del comercio entre las colonias americanas y Europa, se ha destacado el hecho de que para entonces empezaban a desarrollarse las economías americanas, las cuales se hacían más autosuficientes y diversificadas. Eran cada vez menos dependientes del Viejo Mundo, su principal proveedor de mercancías, por lo que permanecía cada vez más plata y oro en su territorio, y era cada vez menos el que se enviaba a Europa. Hasta fines del XVI la mayor parte del volumen de las flotas consistía en vinos y aceites, pero ya para entonces las colonias habían empezado a producir estos productos en cantidades suficientes para el mercado local, por lo que dejaron de importarlos, y el flete de los galeones disminuyó desde entonces drásticamente. Cada vez eran más los artesanos locales, como carpinteros, plateros, cereros, herreros o sastres, organizados en gremios y talleres, que podían satisfacer las demandas locales, reduciendo la necesidad de importar mercancías españolas. Desde mediados del siglo XVI ya empezaban a construirse pequeñas embarcaciones para el comercio de cabotaje colonial, y a principios del siglo XVII ya se construían galeones en La Habana y Cartagena, y la navegación del Pacífico americano se hacía en barcos construidos en Panamá, Guayaquil o Nicaragua. Este proceso de creciente autosuficiencia se va haciendo cada vez más evidente a medida que van apareciendo nuevos estudios monográficos.

El hecho es que en los primeros decenios del siglo XVII, la demanda americana de artículos europeos declina aceleradamente y, en el decenio de 1620 a 1630, el comercio transatlántico empieza a derrumbarse. A mediados de la década de 1590, cuando la llegada de plata americana a España alcanza su pico, Felipe II recibía dos millones y medio de ducados; en los últimos años de Felipe III apenas llegaba al millón y, en 1620, año que anuncia el declive, sólo llegan 800.000 ducados[122]. Las ferias de Portobelo y de Veracruz, así como el sistema galeonista en su conjunto, debían su razón de ser al flujo de la plata que producían las minas altoperuanas o novohispanas y eran enviadas a España, ya que para eso se habían concebido. Si la plata dejaba de fluir, las ferias y el sistema galeonista inevitablemente debían declinar. Las ferias de Portobelo, las más importantes del hemisferio, ya que por allí pasaba el 60% de la producción argentífera del continente, dejan de celebrarse

anualmente, como se hacía antes y así lo establecía la legislación española. Empiezan a espaciarse cada vez más, hasta llegar a 1654, cuando las evidencias fiscales, las estadísticas del movimiento marítimo y las observaciones de autoridades informadas, coinciden en señalar que a partir de ese año la crisis galeonista y ferial quedaba declarada sin remedio. Hacia el final del siglo hubo períodos en los cuales las ferias se espaciaron entre nueve y once años, hasta llegar al caso límite de un lapso de catorce años sin feria. Era un sistema que había colapsado, reflejando la crisis global[123].

Para una economía como la panameña, que era tan dependiente del comercio externo y de la plata que enviaba Perú, los efectos fueron devastadores. Entre 1630 y 1640, se inició una irreversible decadencia económica y social que se reflejó dramáticamente en la decadencia urbana de la capital. La ciudad dejó de crecer; disminuyó sensiblemente la construcción de edificios de mampostería; el número de familias blancas se redujo de 600 a 300; se crean los primeros hornos para producir cerámica local, al disminuir la importación de mayólica española de calidad y de porcelana china; el comercio con China se detuvo. Durante esos años la población estuvo sometida a un encadenamiento de adversidades, la mayoría de ellas relacionada de una u otra manera con la crisis internacional de intercambios y con la disminución del flujo de la plata peruana. Se produjeron grandes pérdidas por dos célebres naufragios con flete de plata de vecinos (el de la Almiranta *San José* en 1631 y el de la capitana *Jesús María de la Limpia Concepción* en el Bajo de Chanduy en 1654, ambas con toda la carga del tesoro, y sólo de la última se pudo rescatar gran parte de la plata); las ferias de Portobelo entran en crisis; en 1644 se incendia la cuarta parte de la ciudad de Panamá, con grandes pérdidas económicas, sobre todo de mercancías almacenadas por los comerciantes; en 1635 quiebra el Banco de Lima, provocando la ruina de los vecinos panameños que tenían allí sus depósitos de dinero; en 1640, como ya se mencionó en el capítulo II, se suspende la trata esclavista al separarse Portugal de España, y dado que Portugal era entonces el único abastecedor de esclavos de las colonias hispanoamericanas, durante varios años dejan éstos de introducirse, lo que paraliza las actividades productivas que dependían de la mano de obra esclava, como la pesquería de perlas, los cultivos, la minería, la construcción y los transportes; al suspenderse la introducción de esclavos a los valles peruanos, dejan de enviarse con regularidad alimentos a Panamá, donde a consecuencia de ello se padecen repetidas y gravísimas carestías, que coinciden con devastadoras pandemias como las de 1645, 1651 y 1652, que acaban con gran parte de la población. Se trata de fenómenos concomitantes que reflejaban la crisis global y que por supuesto no eran exclusivos de Panamá[124].

En este punto conviene evocar, aunque sea brevemente, lo mucho que había cambiado el comercio y la navegación mundial desde que a partir de mediados del siglo XVI se regulariza la producción de plata en América y se institucionaliza el sistema de ferias y galeones para el traslado de esa plata hacia España y de allí a Europa y el resto del mundo. Nunca antes, en tan poco tiempo y a escala semejante, se habían abierto tantas rutas nuevas y circuitos de intercambio entre zonas tan distantes. Pasaban a ser parte de la historia las redes de intercambio creadas durante siglos y casi osificadas por los circuitos cerrados y semiautónomos de mares como el Báltico y el Mediterráneo, o el Océano Índico, donde la navegación y el comercio seguían dominados por el ritmo de los monzones estacionales. A partir del siglo XVI las naves empiezan a recorrer todos los mares, creando redes comerciales de una magnitud y a unas escalas antes desconocidas, que dan origen a una verdadera economía mundial. La plata americana empezó a engrasar la economía del globo cubriendo todos los mares y América se convirtió de pronto en un inmenso mercado de consumidores que hasta entonces no existía. El tonelaje de las flotas cargadas de mercancías europeas que llegan al Nuevo Mundo se cuadruplicó en cosa de medio siglo

(entre la década de 1540 y 1608), mientras que la plata enviada a Sevilla (si aceptamos las estadísticas de Earl J. Hamilton) se multiplicó por doce entre 1541 y 1610. Y como España no tenía capacidad para abastecer por sí sola las demandas de este creciente mercado, tuvo que recurrir al resto de Europa, que se lanzó ávida sobre la plata que llegaba de América intercambiándola por sus productos y de esa manera fortaleciendo su economía.

Pero la plata no se detuvo en Europa, y rápidamente siguió su curso hacia todos los confines de la tierra, hasta morir, literalmente, en China. Nunca antes, en tan poco tiempo, había surgido un intercambio de tales dimensiones en la historia humana. Y al estímulo del vasto mercado que iba surgiendo en el Nuevo Mundo, se desarrollaron industrias, se crearon técnicas innovadoras para adaptarse a sus crecientes exigencias, y se desplazaron, a escalas antes desconocidas, grandes masas humanas de esclavos y de emigrantes voluntarios, a lugares tan distantes como diversos. Se ha calculado que para mediados del siglo XVII ya vivían en América más de 160.000 "blancos" y cientos de miles de esclavos, más un número indeterminado, pero mucho mayor, de afro y euromestizos, cuyo número iba creciendo exponencialmente. Hacia 1650, los virreinatos de México y Perú habían importado desde los tiempos de la Conquista entre 250.000 y 300.000 esclavos. Sólo en Lima se contaban para 1640 unos 200.000 esclavos y en todo el virreinato ascendían a cerca de 100.000; en México, la cota máxima se alcanzó en 1646 con un total de 35.000 esclavos[125].

La política española de concentrar en comunidades urbanas a los pobladores de las colonias contribuyó además a facilitar la venta de productos y extender el consumismo. Se habían fundado decenas de capitales e infinidad de pueblos y ciudades donde se concentraba la población. Era un mercado de consumidores que crecía sin cesar, adaptándose a nuevos productos, como lo hicieron los nativos, o exigiendo conservar los tradicionales, como en el caso de los europeos, cuyos gustos y demandas se los imponen a todos y están dispuestos a pagar por nuevos lujos con la riqueza que acumulan. Pero entre la segunda década y mediados del siglo XVII, luego de casi cien años de abrirse de par en par las puertas de ese inmenso mercado, éste repentinamente se contrae y entra en una fase de estancamiento que duraría varias décadas. El comercio mundial debió estremecerse.

La falta de plata y la crisis mundial

Cuando hace medio siglo se discutía la situación de crisis creada por el desabastecimiento de la plata y la contracción del comercio entre América y Europa entre 1620 y 1680, el debate solía confinarse a la entonces llamada *economía-mundo-europea*. Era un enfoque teñido de eurocentrismo y por tanto limitado —pero en el que incurrieron desde Karl Marx y Max Weber a Fernand Braudel e Inmanuel Wallerstein... y algunos más[126]—, no obstante que la economía ya tenía para entonces un carácter crecientemente global y que a Europa sólo le correspondía una parte más bien pequeña, que distaba mucho de ser la dominante. Para esos años todavía se sabía muy poco del papel que le correspondió a la plata americana que fluía masivamente hacia Oriente, sobre todo a China, o de la creciente competencia que le hacían las sedas y telas baratas que se producían en China a las telas que llevaban los galeones españoles a sus colonias, y que en valor constituían parte considerable de la carga. Durante los primeros años del debate, poca importancia, si alguna, se le concedía al hecho de que era el Lejano Oriente, no Europa, el que absorbía la mayor parte de la plata americana. Y mucho menos que, hasta principios del siglo XIX, fuera China, no Europa, el gran centro y pivote de la economía mundial.

Sin embargo, el destino oriental de la plata americana no era desconocido por los contemporáneos. Jan Van Linschoten (1579-1611), un mercader de Haarlem que viajó en naves portuguesas a la

India entre 1579 y 1592, y que llevó una memoria secreta de su viaje, escribió que los barcos lusos solían ir ligeramente cargados, llevando sólo pipas de aceite y vino y alguna mercancía, además de agua y alimentos para el viaje, ya que su principal carga eran reales de ocho, es decir pesos de plata acuñados en las cecas americanas[127], aunque sabemos por otros viajeros de la época que también circulaban en abundancia las monedas de cuatro reales. Su coetáneo, el mercader florentino Franceso Carletti (1573-1636), que viaja por todo el mundo entre 1594 y 1606, desde Sevilla a América, pasando por Panamá, Perú, México, y de allí a Filipinas, Macao, Japón, Malaca o Goa, calculaba que China extraía del comercio que hacía con Portugal y España "más de un millón y medio de escudos [un escudo igual a dos pesos de plata de ocho reales] al año, vendiendo sus mercancías y no comprando nunca nada, de modo que la plata que una vez cae en sus manos no sale más"[128]. Imposible decir más claro que era China el destino final de la plata. Algunos historiadores dicen por ello que China fue "el cementerio de la plata americana". Asimismo, entre 1660 y 1699, según las cuentas de la *East India Company* inglesa, analizadas por K. N. Chaudhuri, la exportación de plata al Lejano Oriente representaba como media anual el 75% del total de bienes exportados[129]. Asimismo, a fines del siglo XVIII era de sobra sabido que la mayor parte de la plata americana iba a parar irremisiblemente al Asia (a India, pero sobre todo a China), como se puede observar en los textos de Adam Smith[130] o de Alejandro de Humboldt, quienes a su vez citan a otros autores que discuten el tema. Humboldt calculaba que de los 43.500.000 pesos "que anualmente la Europa recibe en el día de América, refluyen" por distintas vías hacia Asia 25.500.000 pesos, es decir el 58,62%, mientras que los restantes 18.000.000 pesos, o el 41,38%, permanecían en Europa[131].

Siendo esto así, al cesar en el siglo XVII los intercambios de sedas o porcelanas chinas por la plata americana, podría esperarse que a la crisis del comercio transatlántico seguiría otra del comercio transpacífico (como sabemos que en efecto ocurrió en la ruta del *galeón de Manila* a partir de 1635, hasta llegar a mínimos hacia 1680), o del que hacían entonces los portugueses, los ingleses y los holandeses por los mares orientales. Porque, de hecho, era una crisis que trastornó el comercio de todos los mares del globo.

Otra tesis generalmente aceptada es que la producción incesante y en grandes cantidades de las minas americanas, habían virtualmente "inundado" o "saturado" de plata al mundo (y no sólo a Europa, como antes se pensaba), dando por resultado la desvalorización de este metal. Nunca como entonces el precio del trigo (usado a veces como referente para medir la inflación en los regímenes antiguos) había subido tanto respecto de la plata. A lo largo del siglo XVI el precio del trigo había aumentado siete, ocho y diez veces en distintas partes de Europa. Los pesos de plata habían perdido capacidad de compra y se adquirían menos cosas por la misma moneda. Pero como si se tratara de un acto reflejo, casi simultáneamente decayó precipitadamente la producción de plata.

La pregunta que cabe hacerse es ¿por qué disminuyó la producción de las minas de plata en América? Existen dos posibilidades. Por una parte, dado que era tan costoso hacer producir las minas, por lo caro del mercurio y otros insumos, la falta de brazos, los elevados costos de transportes y equipos, ¿compensaba seguir explotando las minas al mismo ritmo de antes, siendo que se esperaban menos beneficios debido al decreciente valor de la plata? Cabría en efecto esperar que la devaluación de la plata contribuiría a desalentar las actividades mineras. Esto debe parecer lógico, y a esa conclusión llega Ralph Davis, quien no vacila en afirmar que al "bajar tanto el poder adquisitivo de la plata [...] no valía la pena continuar produciéndola con costos constantes o crecientes"[132]. Aunque me inclino por el mismo razonamiento, conviene sugerir que hace falta ahondar más en el tema hasta encontrar pruebas confiables de que ésa fue la verdadera razón.

Lo que sí parece fuera de duda es que la producción de plata decayó dramáticamente para los mismos años que se estancó el abastecimiento de mercurio. Los estudios hasta ahora publicados indican, en efecto, que el abastecimiento de mercurio disminuyó sensiblemente entre las décadas de 1630 y 1640, coincidiendo de manera concomitante con la caída de la producción de la plata. Para aquellos que tenían que ver con la actividad minera no era un secreto que la escasez de mercurio era el mayor obstáculo que impedía el desarrollo de la minería, por lo que sabían que cuando faltaba el mercurio inevitablemente decaía la producción de plata, que fue lo que ocurrió durante esos años. Los Fugger se declararon en bancarrota, y la producción de Almadén virtualmente se estancó; el asentista de las minas de Idria, Antonio Balbi, dejó de enviar mercurio después de 1645, y no volvió a celebrarse nuevo contrato con él hasta 1658. Por su parte, Huancavelica se declaró totalmente incapaz de satisfacer las demandas tanto de las minas del Alto Perú como de Nueva España[133].

Estimado de la producción argentífera hispanoamericana. Años 1571-1700 (en millones de pesos)

Década	Producción
1571-1580	66,0
1581-1590	110,5
1591-1600	110,9
1601-1610	82,6
1611-1620	124,7
1621-1630	126,8
1631-1640	122,7
1641-1650	106,4
1651-1660	109,0
1661-1670	80,7
1671-1680	95,6
1681-1690	52,5
1691-1700	83,0
Totales	1.271,4

Fuente: John Fisher, op. cit., p. 175.

La situación fue tan desesperada en Perú en 1633, que el virrey "trató de obtener que de México le llegara un abastecimiento complementario de urgencia; más aún, una real cédula de ese año dio instrucciones al virrey de México, marqués de Cerralbo, de que embarcara azogue con rumbo al puerto peruano de El Callao". Fue durante esa crisis que se llegó a hablar en Perú de llevar mercurio de China[134]. Se comprende que el virrey Luis de Velasco II, en carta dirigida al Consejo de Indias, escribiera: "el negocio más importante que hoy en las Indias se trata es la materia de azogues, como el principal nervio de ellas"[135]. Porque ciertamente sin mercurio no se producía plata y sin la plata se estancaba la economía colonial y se interrumpían los lazos comerciales que vinculaban a América con el resto del mundo.

Pero la producción del mercurio no se redujo porque los yacimientos se agotaban (ya se dijo que Almadén sigue aún produciendo en la actualidad). Tampoco faltaban problemas de carácter técnico que eran difíciles de resolver. Pero la principal causa del estancamiento fueron los problemas financieros y la mala administración. Como las minas de mercurio eran controladas por la Corona y ésta era la que debía pagarle a los asentistas, con mucha frecuencia se retrasaban los pagos, y ésta fue la causa de la bancarrota de los Fugger. Si no se les pagaba lo que se les debía, malamente podían seguir produciendo como les exigía el asiento. El mercurio que se entregaba a los mineros por parte de las autoridades era casi siempre a crédito, y también con frecuencia se retrasaban en hacer los pagos. La Corona enfrentaba entonces el dilema de que si no entregaba nuevas remesas de mercurio los mineros no producían plata, y sin plata no podían pagar el mercurio que debían. Esta situación llegó al extremo hacia 1640, cuando estalló la crisis de abastecimiento al encontrarse la Corona desprovista de liquidez por la falta de la plata americana, que llegaba cada vez menos, endeudada hasta el cuello, y envuelta en guerras internacionales que no podía costear. No podía pagarle a los asentistas de Almadén y de Idria, y al no llegarle mercurio a los mineros, éstos no podían producir plata. De esa

manera, como dice Bakewell, "por falta de dinero no se producía mercurio, por falta de mercurio no se beneficiaba el mineral de la plata, y por falta de plata los ingresos de la Real Hacienda se vieron reducidos". Fue un "círculo vicioso que acabó por atrapar a la Corona"[136]. No fue hasta la década de 1670 cuando empezó a normalizarse la producción de mercurio y, en consecuencia, a partir de 1690 se inicia un nuevo auge de la producción argentífera.

Lo que no está claro es si ambos fenómenos, el del desabastecimiento de mercurio y la devaluación de la plata, están interrelacionados, porque bien pudieran ser fenómenos independientes. A menos que al depreciarse la plata disminuyera la demanda de ésta, lo que podría explicar el relativo abandono en que quedó la producción de mercurio, sea por incompetencia o por falta de estímulo de los asentistas o de las autoridades responsables durante los años que duró la crisis de abastecimiento. El tema por supuesto debe investigarse más a fondo.

Evidencias de la crisis

Lo cierto es que gran parte del mundo civilizado quedó atrapado en la gran crisis de mediados del siglo XVII. China era entonces, sin comparación, el imperio más grande del mundo y tenía (según algunos autores) entre 150 y 160 millones de habitantes, y aunque carecía de plata, exigía pagar los impuestos en este metal, por lo que se convierte en la gran esponja que absorbe la mayor parte de la producción mundial. Una gran cantidad le llegaba directamente de América por el Pacífico (sobre todo vía Acapulco-Manila-Macao), o bien siguiendo un largo derrotero que pasaba por Sevilla, Ámsterdam, Lisboa, la costa Malabar y Batavia, pero la mayor parte era importada directamente de Japón, que para entonces era, después de América, el mayor productor de plata del mundo. Los portugueses la introducían por Macao hasta 1638 (cuando los Tokugawua los expulsaron de Japón). Juncos chinos y barcos japoneses transportaban el metal en grandes cantidades para los distintos puertos de la costa continental. En 1637 llegaban a Nagasaki 64 juncos chinos, y hacia 1641, éstos habían aumentado a 97. Entre 1604 y 1635, cuando la producción de plata llegaba a su máximo nivel, 30 barcos japoneses transportaban entre 15 y 20 toneladas anuales de plata a 19 puertos de la región, incluyendo Formosa y los archipiélagos de Filipinas e Indonesia. Entre 1615 y 1625 los barcos japoneses llegaron a transportar entre 65 y 80 toneladas de plata al año. Luego se sumaron los barcos de la Compañía holandesa de las Indias Orientales (o *VOC* por su siglas en holandés), aunque su importancia fue mucho menor a la de la competencia. En 1637, entre portugueses, chinos, japoneses y holandeses se exportaron a China unas 42,5 toneladas de plata. Se ha calculado que en 72 años, entre 1572 y 1644, habían ingresado a China más de 100 millones de monedas de plata (de una onza cada una), o unas 3.215 toneladas, con un promedio anual de 43,4 toneladas[137].

Pero hacia 1635, precisamente, China empieza a importar cada vez menos plata, tanto porque los grandes centros de producción periclitan como porque, a fuerza de acumularla durante los últimos 70 años, la plata se había devaluado, es decir que cada vez valía menos en China. En cuanto a la plata americana, cabe suponer que ya no compensaba tanto como con anterioridad el invertir en la minería ni en el transporte para llevarla hasta Manila o Macao. En todo caso, el estímulo para producirla y llevarla hasta allá debía ser mucho menor que antes. Un fenómeno parecido ocurre en Japón, donde la explotación de las minas se hace más costosa y por tanto menos provechosa al tener que hacer las excavaciones más y más profundas. Por otra parte, la situación del mercado chino sólo reflejaba lo que estaba sucediendo en el resto del mundo, donde la acumulación de la plata americana y japonesa producida desde el siglo XVI había reducido su valor, y en Europa nunca antes había descendido tanto en proporción al trigo.

Al decaer la producción argentífera en América, la plata dejó de fluir a los niveles de antes, y se debilitan los intercambios internacionales. Luego, se produce un caos monetario al experimentar con monedas de cobre para suplir el oro y la plata. Las consecuentes devaluaciones y revaluaciones de las monedas, sobre todo en el Báltico, Alemania, y en la propia España, provocan severos trastornos en el mercado europeo desde comienzos de la década de 1620. Llegó a tales extremos la caída de la moneda española que a mediados del siglo XVII las piezas de cobre representaban más del 98% del capital en circulación[138]. En el otro extremo, en Asia, también golpeada por la crisis, la expansión física de las rutas europeas llega a su fin hacia mediados del siglo. Por un lado, en China estalla el caos económico al colapsar la dinastía Ming en 1644; por otro, desde 1626 la producción de las minas de plata japonesas empieza a decaer, estancándose en 1640, y a partir de la década de 1660, Japón prohíbe la exportación de plata, perjudicando seriamente las actividades comerciales de la Compañía holandesa de las Indias Orientales, la única empresa europea con acceso directo a esta plata. La disminución del flujo metalífero hacia China debido a la crisis minera japonesa, flujo del que dependía en gran medida para el pago de impuestos que tanta falta le hacían para sostener los ejércitos y la burocracia, no podía ser ajena a la crisis generalizada que puso fin a la dinastía reinante.

Al disminuir el flujo de la plata procedente de América, España deja de contar con suficientes recursos para hacer la guerra, y es derrotada en todos los frentes europeos, donde pierde a los Países Bajos y debe enfrentar graves revueltas en el reino de Nápoles, mientras que toda la Península parece desgarrarse en movimientos separatistas: Portugal se independiza, Cataluña amenaza con separarse, y en Andalucía se frustra un amago autonomista alentado por un noble veleidoso cuando es descubierto a tiempo. Desde la década de 1620, España se había mantenido a la defensiva en el Caribe, mientras holandeses, ingleses y franceses amenazaban con ocupar islas deshabitadas pero muy próximas a las rutas y zonas críticas del imperio español. Entre 1630 y 1640, los holandeses se apoderan de Curazao, Aruba, Saba, St. Martin y St. Eustatius; Jamaica, "lying in the very belly of all comerce", cae en manos inglesas en 1655; Haití es ocupado por los franceses a partir de 1660, y España no es capaz de recuperar sus viejas posesiones. El Conde Duque de Olivares, el hombre fuerte de Felipe IV, confesó que el año 1640 había sido el más negro de la historia de España. Para ese entonces, España dejaba de figurar entre las grandes potencias.



Bocamina de las minas de Iwami Ginzan, en Japón.

Pero esa década también fue negra para la dinastía Ming, que en 1644 es destronada por los invasores manchúes. El colapso de la dinastía es el resultado de una crisis inducida por una combinación de factores, aunque hay buenas razones para

creer que la creciente disminución de las importaciones de plata de los años recientes tuvo un papel decisivo en la caída al exacerbar las dificultades por las que atravesaba. Como se dijo, los dos grandes proveedores de plata de China disminuyen sus exportaciones de plata para los mismos años, hasta estancarse en 1640. Aunque en América la exportación de plata se mantiene más o menos constante hasta la década de 1630, las remisiones a España empiezan a disminuir desde la década anterior, y a partir de 1640 se detienen. A la vez, las minas de plata japonesas empiezan a declinar a partir de 1624. Por ejemplo, las minas de Iwami Ginzan, luego de producir 38 toneladas anuales a principios del siglo XVII, disminuyen sus rendimientos anuales a 13,5 toneladas en 1603, luego, a sólo 4,5 toneladas desde el año 1624, y para 1640 la producción se detiene, ya que cada vez las galerías debían hacerse más profundas, lo que hacía más costoso el drenaje del agua, más difícil el trabajo y menos provechosa la explotación. Entre 1675 y 1682, el promedio anual fue sólo de 980 kg de plata. En 1691, 63 bocaminas de un total de 92 fueron clausuradas[139].

Es decir que, al mismo tiempo, China quedó repentinamente privada de la plata americana y japonesa, sus dos principales fuentes del metal. El impacto de esta caída en la economía china tuvo que ser devastador, ya que China no producía plata y dependía exclusivamente de estas dos fuentes, aunque fue mucho más grave la pérdida de las importaciones japonesas ya que, como afirma Atsushi Kobata (considerado uno de los mayores expertos en historia de la minería nipona), "entre mediados del siglo XVI y la primera mitad del siguiente la plata japonesa jugó un papel más importante"[140].

Hasta 1620 la masiva introducción de plata americana había contribuido a lubricar eficientemente la economía china (sobre todo la región del Yangtse), pero a partir de esa fecha, al iniciarse la depresión del comercio europeo, y sobre todo al reducirse primero y luego virtualmente estancarse desde 1640 los embarques de plata americana vía Filipinas, la economía china entra en serios problemas (agravada además por la creciente disminución de la plata que antes le llegaba de Japón). A la vez que esto ocurre, tras la separación de Portugal de España ese mismo año, se interrumpe abruptamente el acceso de los portugueses a la plata americana que llegaba a Manila, y que hasta entonces introducían a China por su factoría de Macao. Además, el comercio sino-español de Manila colapsó cuando 20.000 chinos fueron masacrados por los españoles entre 1639 y 1640, lo que provocó que muchos mercaderes chinos abandonaran Manila para desplazarce a Japón, sobre todo a Nagasaki. Al disminuir dramáticamente la llegada de la plata americana a Manila no había suficiente para pagar por las sedas y porcelanas llevadas de China y el comercio se estancó. En 1637 sólo un pequeño galeón viajó de Manila a Acapulco y su carga era de poco valor.

Al cesar la llegada de la plata, y con ella los pedidos del exterior, la industria de la seda, el principal producto de exportación de China, sufrió un duro golpe, al igual que la industria de la porcelana, lo que dejó a millares de obreros desocupados y afectó las redes comerciales internas. La escasez de plata, además, dificultó a la población el pago del impuesto del *latigazo único* (al que me referiré más adelante), lo que restó al Estado de recursos para pagar los salarios del funcionariado (cada vez más corrupto) y costear los gastos del ejército, debilitando de esa manera su capacidad coercitiva. El hecho es que según testigos contemporáneos la actividad económica virtualmente cesó en China al comenzar la década de 1640, al tiempo que los precios de la plata, las monedas de cobre, la seda cruda, los textiles de algodón, los bienes agrícolas y otros productos no comestibles decayeron drásticamente. En 1642 un residente del Yangtsé escribió que la mayoría de las casas estaban vacías y en ruinas. Hermosas fincas y haciendas estaban a la venta pero no había compradores. Iguales condiciones críticas existían en las

áreas costeras de Fujian y Guandong, provincias que habían estado muy vinculadas al comercio con Japón y Filipinas. Encontrándose el comercio paralizado, interrumpido el flujo de la plata y escaseando ésta, muchos mercaderes tuvieron que declararse en quiebra, y todos aquellos que de una u otra forma se ocupaban en el transporte o en actividades relacionadas al comercio quedaron cesantes, viéndose obligados a emigrar a otras partes de la costa, sobre todo a Guanzhou en busca de trabajo, comida... o víctimas[141].

Algunas autoridades se han inclinado a relacionar la caída de los Ming más bien con fenómenos climáticos, ya que entre 1626 y 1640 China padeció de un clima inusualmente severo, caracterizado por bajas temperaturas, inundaciones y sequías, ocasionando, según las regiones, el estancamiento o disminución de la población. Como consecuencia de las malas cosechas, los precios de los granos y de otros alimentos se dispararon. Precios altos, malas cosechas, desocupación masiva, falta de plata para pagar el *latigazo único*, todo ello contribuyó al malestar de la población, estimulando crecientes incidentes de violencia y rebeliones campesinas que acabaron por precipitar el colapso de la dinastía. Durante la crisis, además, la incapacidad del Estado para ejercer control sobre la población estimuló el bandidaje, al que se entregaron muchos campesinos como forma de supervivencia[142]. Puede por ello proponerse que la tesis de la plata o de la crisis climática no son mutuamente excluyentes, y que más bien ambas son complementarias, ya que un pésimo clima unido a una aguda falta de plata son combinaciones letales cuando golpean a un país que ya sufre de graves problemas políticos.

El 24 de abril de 1644 los rebeldes manchúes entraron en Pekín, y el último emperador Ming puso fin a su vida ahorcándose. Luego, durante el cambio dinástico, aumentaron las dificultades para comerciar con China. La resistencia armada contra la nueva dinastía manchú, la Ch'ing, o Qing, durará hasta 1683, y se concentra en el sur y en la isla de Formosa (Taiwán), lo que entorpeció el comercio que realizaban los países de Europa Occidental, sobre todo Inglaterra, que lo ejercía por intermedio de los portugueses de Macao. En 1644, la *East India Company* inglesa atraviesa serios problemas financieros, al negarse los portugueses a servirle de intermediarios en el comercio con China. En 1649, durante el Protectorado de Cromwell, cuatro sociedades mercantiles inglesas quiebran, librándose a duras penas del desastre sólo la *East India Company*, que quedó virtualmente moribunda. En la década de 1690, esta Compañía nuevamente se encontró en serios aprietos.

El hecho es que para mediados del siglo XVII, la parálisis del comercio en el Lejano Oriente recibió un golpe severo, y esta situación no empezó a cambiar hasta casi finales del siglo. Adoptando una inflexible política de aislamiento, el shogunato Tokugawa de Japón cerró sus puertas al comercio exterior, prohibió a los japoneses viajar fuera de la isla, y en 1660 prohibió la exportación de plata; expulsó del todo a los españoles en 1624 y a los portugueses en 1638, y sólo le permitió a los holandeses y a los chinos comerciar desde un minúsculo rincón en la bahía de Nagasaki. Pero es que también la crisis del período afectó severamente a Japón. Por un lado, la producción de plata primero empezó a decaer y luego se detuvo. Aunque las cifras disponibles son todavía escasas e insuficientes hay claras evidencias de la crisis minera. Una de ellas es la dramática disminución de la población en las zonas mineras: en 1610 contaban con 162.500 habitantes; en 1620 habían aumentado a 180.000, pero en 1630 disminuyen a 170.000 y a sólo 105.000 hacia 1640. Japón sufrió además de una serie de reveses climáticos, escasez de alimentos, y brotes de pandemias que azotaron la población entre mediados de la década de 1630 y mediados de la siguiente. El empeoramiento de las condiciones económicas y sociales forzó a los Tokugawa a expedir una serie de leyes suntuarias y otras regulaciones con objeto de frenar la fuga de gente del campo y aliviar la presión sobre el campesinado, que se encontraba "exhausto" en términos del propio gobierno.

Además, las actividades comerciales decayeron drásticamente y los principales comerciantes se vieron forzados a declararse en bancarrota. Finalmente, no podemos olvidar que los Tokugawa tuvieron que enfrentarse con la gran *Rebelión Shimabara* de 1637-1638, donde el bakufu tuvo enormes gastos y el orden quedó violentamente alterado[143].

En cuanto a China, la caída de la dinastía Ming generó un largo período de guerras e inestabilidad hasta la década de 1680, cuando finalmente fueron sofocados los últimos reductos de resistencia. Durante ese proceso, la nueva dinastía reinante cerró China al comercio exterior en 1659, una prohibición que no levantó hasta 1683, cuando restableció la paz interior. Fue una noche larga y oscura para el comercio en el Lejano Oriente.

Las minas de Japón

En 1526, se "descubren" las minas de plata de Iwami Ginzan, al Suroeste de la gran isla de Honshu, y a partir de 1542 se inicia la explotación a gran escala de las minas de plata de Ikuno (al centro de Honshu) y de la isla de Sado. A partir de entonces Japón se convierte en uno de los exportadores del metal más importantes del mundo. Atsushi Kobata conjetura que a principios del siglo XVII Japón llegaba a exportar 100 toneladas de plata al año[144]. La circulación de esta enorme masa de metal llegó a desempeñar un papel considerable en el comercio interno de Asia. Las ramificaciones del yacimiento de Ikuno se extendían por 350 km. El mineral de Iwami Ginzan ocupaba una extensión de cerca de 300 hectáreas que se extendían en medio de dos grandes cerros de entre 400 y 600 metros de altura. Allí se abrieron cientos de bocaminas donde se encontraron filones de plata de gran pureza. En sus años pico, diez mil trabajadores se aglomeraban en 150 villas y poblados, y se desarrollaron tres puertos para exportar la plata a China y Corea, a cambio de porcelanas, seda, artículos de lujo, especias y maderas nobles[145].

La fama de Iwami Ginzan se extendió rápidamente. San Francisco Javier escribió en una carta que los castellanos llamaban a Japón "Isla de la plata", y un mapa de Japón dibujado en 1568 por un cartógrafo portugués, destaca de manera prominente la frase *As Minas da Prata*, sobre el área de Iwami Ginzan y de Ikuno, identificando al país como "Reino de las minas de plata". Las minas de Ikuno eran conocidas desde 807, pero era entonces cuando empezaban a explotarse a fondo. Las minas de Iwami Ginzan habían sido descubiertas en 1309 por Ouchi Hiroyuki, aunque la explotación en gran escala la inició en 1526 Kamiya Jutei, un protegido del clan feudal Ouchi, y mercader de Hakata, el mayor puerto comercial de entonces. Se introdujeron técnicas probadas en China y Corea, pero a partir de 1533 se inventó en Japón un avanzado método de refinamiento o fundición llamado cupelación (o *haifuki)*, lo que disparó la producción, dando inicio a un verdadero "silver rush" que duró hasta 1555. En 1585 el control de las minas cae en manos de los clanes Mori y Toyotomi, y poco después Toyotomi Hideyoshi, luego de unificar Japón bajo su mando, ordena acuñar monedas de plata para financiar la invasión de Corea. A partir de 1600, tras la *Batalla de Sekigahara*, el shogunato Tokugawa asume el control de todas las minas de plata japonesas[146].

Gracias a su ventajosa posición en Nagasaki, los comerciantes portugueses, establecidos en esta ciudad desde 1570, habían podido utilizar la plata japonesa para sus intercambios asiáticos: con plata compraban porcelanas y sedas chinas, y especias y algodón de India e Indonesia, que llevaban de vuelta a Japón; o transportaban esa plata (más la plata americana que obtenían en la propia América, o vía el *Galeón de Manila* a partir de 1580), para pagar a sus proveedores europeos. Luego de lucrar de esta manera durante casi setenta años, los lusos fueron reemplazados por los holandeses a partir de 1641 (o más bien por la Compañía holandesa de las Indias Orientales), que continuaron lucrando con la plata japonesa en el

mercado oriental, aunque sin necesidad de salirse de los circuitos asiáticos, ni tener que llevar plata de Europa procedente de América. Pero al disminuir drásticamente la producción de las minas de Iwami Ginzan entre 1626 y 1640, y restringir los japoneses la salida de la plata entre las décadas de 1660 y 1680, a la *VOC* no le quedó otro remedio que ir a buscar a Europa la plata, donde ésta escaseaba porque le llegaba cada vez menos de América. El acceso de la Compañía holandesa a la plata japonesa se redujo de 1,1 millones de florines entre 1670 y 1680, a 298.000 en la década de 1680 a 1690, y a cero a partir de entonces, mientras que la plata que llevó de Europa (es decir de América) se multiplicó por seis entre 1670 y 1730[147]. A principios del siglo XVIII ya existía gran escasez de metales preciosos en Japón, debido no sólo a la decadencia de la minería sino también al contrabando chino. ¿Cabe entonces suponer que a partir de las décadas de 1660 a 1680, América quedó sola como proveedora de plata de Oriente? Si fue así, ¿no sería éste uno de los motivos por los cuales volvió a estimularse la producción de las minas americanas, iniciándose de esa manera el despegue que se produjo a finales del siglo? Si tal fue el caso, se evidencia una vez más que aquél ya era un mundo interconectado y que era la plata la que tejía las redes de la globalización.

Una crisis global

A mediados del siglo XVII, las crisis políticas, precedidas por calamidades climáticas, económicas y revueltas sociales, amenazan por doquier, desde China y Japón, o el Imperio Otomano y la India Mogol, hasta Italia, Francia, España y la Inglaterra de Cromwell. Disminuye en casi todas partes la población, el hambre acecha tras una serie de trastornos del clima y de sucesivas malas cosechas, los precios se disparan, el malestar popular se extiende, y la Peste Negra azota desde Chipre a Nápoles, desde Amsterdam a Sevilla y desde allí, en los galeones, da el zarpazo en Panamá. Nápoles, Londres y Sevilla, perdieron la mitad de su población. Lo mismo sucedió en América en ciudades portuarias como Portobelo y Panamá. Son fenómenos que se producen de manera extrañamente sincrónica, reflejo de un proceso de globalización donde la plata se sitúa en el centro de la vorágine. O así pareciera.

Pero los grandes acontecimientos históricos son siempre complejos y difícilmente resultan de una causa única. Sobre todo como el de la crisis de mediados del siglo XVII, cuyas vastas proyecciones parecieran no haber tenido límites geográficos. Aunque cada vez aparecen nuevos estudios sobre lo que ocurrió en distintos países, todavía falta mucho por investigar. Las variantes son tantas como son los países estudiados, pero poco a poco nuevas incógnitas van despejándose. Algunos autores tratan de explicar la crisis general imputándola a la llamada "pequeña edad de hielo", la cual provoca severos y sucesivos trastornos climáticos en todo el globo. Y estos cambios climáticos producen hambres y carestías, con su secuela inevitable de malestar social y revueltas, como sucedió en China, según ya vimos. Por su parte, otros atribuyen la crisis global al decrecimiento de la población en Eurasia. Se produjo, en efecto, una severa caída demográfica generalizada que se sintió en Italia, los Balcanes, Dinamarca, Hungría, los Países Bajos españoles, algunas partes de Francia e incluso en Inglaterra, aunque menos. Lo mismo sucedió en China. No podemos olvidar, por otra parte, los efectos devastadores de la *Guerra de Treinta Años* (1618-1648), que trastornó profundamente la economía de la Europa central, despobló a Polonia, Moravia y Bohemia, y dejó profundas secuelas que causaron la fragmentación de Alemania (que además perdió una enorme cantidad de su población civil, probablemente más del 40%)[148], y precipitó la decadencia de España.

Algunos gobiernos estaban además debilitados por la corrupción, como en el caso de la dinastía Ming, o eran simplemente incompetentes.

O se obstinan en políticas económicas contradictorias y en proyectos hegemónicos insostenibles, como en el caso de España, agobiada bajo la pesada carga de impuestos de guerra, de préstamos impagables y una balanza comercial ruinosamente deficitaria. O se encierran dentro de sus muros para aislarse del mundo exterior, como China y Japón. Todos estos factores debieron jugar su papel en el drama humano que se vivió entonces, pero no parece improbable que tanto la plata americana como la japonesa (o la falta de la misma) entraran en escena para dar un nuevo remezón, tal vez el más fuerte, a un edificio que hacía grietas.

Fue un período de grandes transformaciones. En cada país los factores que entraron en juego fueron muy diversos y tuvieron distintos orígenes, por lo que no es posible identificar una causa "última", si la hubo. Lo cierto es que el trastorno que se experimentó en Europa fue tan grande que varios centros mercantiles tradicionales de gran riqueza e importancia cultural como Venecia, Génova, Florencia, el sur de Alemania, Lisboa o Sevilla, perdieron importancia, trasladándose el centro de gravedad económica y cultural de la Europa sur y central hacia el Noroeste del continente, dando así origen a nuevas potencias comerciales y marítimas, primero Holanda, luego Inglaterra. En 1649, la peste bubónica diezmó a la población de Sevilla, y a partir de entonces ésta empezó a ceder su condición de capital comercial de las Indias en favor de Cádiz[149], pero la peste era el puntillazo final de un proceso de decadencia que venía anunciándose desde muchos años atrás. Se calcula que hubo 60.000 decesos, la mitad de la población sevillana. Nápoles y Génova perdieron también la mitad de sus habitantes en la peste de 1656. Y en 1665, el "año de la peste", hubo 100.000 muertos en Londres. Al promediar el siglo XVII por todas partes pareciera cruzarse el umbral de un antes y un después, de un punto de no retorno. En muchos casos fue así.

Lo cierto es que parece evidente que los metales preciosos, primero el oro americano, luego la plata del Nuevo Mundo y del Japón, subyacen a los grandes acontecimientos del mundo moderno. No cabe duda que el oro y la plata influyeron de manera decisiva en la evolución económica de Europa y del resto del mundo, promoviendo una amplia gama de actividades. Sobre todo los metales preciosos americanos: contribuyeron a la formación de capital en Europa, a la creación en el Nuevo Mundo de nuevos mercados para la manufactura y diversos productos europeos, incitando la producción y el desarrollo industrial de la Metrópoli; estimularon la emigración de europeos a América atraídos por las oportunidades que prometía y de esa manera europeizando el continente; impulsaron el intercambio de plantas y animales, primero entre ambos continentes y luego distribuyéndolos por todo el mundo, provocando una auténtica "revolución ecológica" a nivel universal. El oro y la plata americanos llegaron después de que el capitalismo europeo empezara a despegar, pero contribuyeron a acelerarlo, dándole un impulso avasallador. Pero cuando los metales preciosos americanos dejaron de fluir a torrentes la economía mundial entró en crisis.

Notas al capítulo V

117 *La Formación del Mundo Moderno, Siglos XIV-XVII*, Editorial Crítica, Barcelona, 1985, tercera parte, cap. II, p. 348.

118 Jonathan I. Israel, op. cit., pp. 559-560.

119 Como consecuencia, la prohibición de exportar metales preciosos volvió a renovarse en 1685 y 1715, y nuevamente en 1790. Marius B. Jansen, *The Making of Modern Japan*, Harvard University Press, 2000, pp. 90-91 y pp. 799-800, basado en los *Deshima Diaries*, pp. 128-129, y en Fred G. Notehelfer, "Smuggling the Kyoho Period", *Princeton Papers on Japan*, 1972.

120 Cf. Alfredo Castillero Calvo, "Economía Terciaria y Sociedad, Panamá siglos XVI y XVII", *Memorias del Congreso Conmemorativo del V Centenario del nacimiento de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés,* celebrado en Nicoya, Costa Rica, San José, 1979.

Publicado como separata por la Academia Panameña de la Historia, Impresora de La Nación, Panamá, 1980.

[121] Borah, Woodrow, *El siglo de la depresión en Nueva España*, Ediciones Era. S.A., Colección Problemas de México, México, 1982 (publicado en inglés por primera vez en 1951); Pierre y Hughette Chaunu, *Séville et l'Atlantique*, Paris, 1955-1959, Vol. 8, 2 (bis), pp. 1557ss; John Lynch, *Spain under the Habsburgs, Vol. II. Spain and America, 1598-1700*, Oxford, 1969, pp. 195, 209, 212; Peter J. Bakewell, *Minería y Sociedad*..., pp. 312ss.

[122] Sobre estas cifras, John H. Elliot, "España y América en los siglos XVI y XVII" en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina, 2. América Latina Colonial: Europa y América en los siglos XVI, XVII y XVII*, Editorial Crítica, Barcelona, 1990, cap. 1, p. 36.

[123] Alfredo Castillero Calvo, "La Carrera, el monopolio y las ferias del trópico", en Alfredo Castillero Calvo y Allan J. Kuethe (eds.), *Consolidación del Orden Colonial*, *Historia General de América Latina*, Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, 2000, Vol. III, T. 1, cap. 4; y "Las ferias del trópico", en *Historia General de Panamá*, Bogotá, 2004, Vol. I, T. II, cap. XII.

[124] Alfredo Castillero Calvo, "La peor crisis del siglo XVII", en *Sociedad, Economía*... cap. XV, pp. 665ss.

[125] Sobre la población de esclavos, Herbert S. Klein, "Los esclavos africanos", en Alfredo Castillero y Allan J. Kuethe (eds.), *Consolidación del orden colonial, Historia General de América Latina*, Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, 2000, Vol. III, T. 2, cap. 25, pp. 513 y 516.

[126] Como lo han destacado, entre otros, Andre Gunder Frank, en *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, University of California Press, 1998, pp. xxii, 5, 29, 30, 40-45, 153; y en relación a Marx y a Weber, John M. Hobson, en *Los Orígenes Orientales de la Civilización de Occidente*, Editorial Crítica, Barcelona, 2006, pp. 25, 31-39.

[127] Escribió dos libros: *Reisgheschrift van de Navigatien der Portugaloysers in Orienten* (del año 1595), que puede traducirse como *Documento de viaje de las navegaciones portuguesas a Oriente*, e *Itinerario, voyage ofte schipvaert van J.H. van Linschoten naar Oost ofte Portugaels Indien* (del año 1596) (o *Historias del viaje por barco de J. H. Van Linschoten al Oriente o Indias portuguesas)*. Hay una edición en inglés con el título *The Voyage to the East Indies*, Londres, 1885, Vol. 1, p. 10, citado por Carlo Cipolla, *Before the Industrial Revolution, European Society and Economy, 1000-1700*, segunda edición, W. W. Norton & Co., 1980, p. 232.

[128] *Razonamientos de mi viaje alrededor del mundo, (1594-1606)*, Universidad Autónoma de México, México, 1976, p. 148.

[129] Kirti N. Chaudhuri, "Treasure and Trade Balances: The East India Company's Export Trade, 1660-1720", *The Economic History Review*, 2d. ser., Vol. 21, 1968, pp. 497-498.

[130] *Investigación sobre la Naturaleza y causas de la Riqueza de las Naciones*, FCE, México, 1982 (tercera reimpresión), pp. 199-203.

[131] *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*, Editorial Porrúa. S.A. Edición de Juan A. Ortega y Medina, México, 1978, IV, XI, p. 444.

[132] *La Europa Atlántica desde los descubrimientos hasta la industrialización, Historia Económica Mundial*, (dirigida por Charles Wilson), Siglo XXI Editores S.A., segunda edición en español, México, 1977, p. 175. En la edición en inglés, *The Rise of the Atlantic Economies*, Cornell University Press, 1973, p. 159.

[133] Ver sobre todo Peter J. Bakewell, *Minería y Sociedad*..., capítulo VII, y Mervyn F. Lang, op. cit., varios capítulos y apéndices 1 y 2.

[134] Mervyn F. Lang, op. cit., p. 100.

[135] Citado por Peter J. Bakewell, *Minería y Sociedad*..., p. 209.

[136] Ibídem, p. 232.

[137] Atwell, William S., "Another Look at Silver Imports into China, ca. 1635-1644", *Journal of World History*, Vol. 16, Nº 4, The University of Hawaii Press, 2005, pp. 1-15.

[138] Ver por ejemplo Jan De Vries, "The dynamism of trade", en *Economy of Europe in an age of crisis*, 1600-1750, Cambridge University Press, 1976, p. 115, y Alberto Tenenti, op. cit., segunda parte, cap. IV, p. 258.

[139] *Informe Nº 1246 del ICOMOS (International Council of Monuments and Sites,* de UNESCO*) para la declaratoria de las minas de Iwami Ginzan como Patrimonio Cultural de la Humanidad*, 15-21 de octubre, 2006. Versión digital. Se aprobó la declaratoria el 21 de febrero de 2007. Para la producción entre 1673-1683, "Abbreviated Chronologial Table of the Iwami-Ginzan Silver Mine History", en *Iwami-Ginzan Silver Mines Site*, Cultural Properties Division, Shimane Prefectural Board of Education, 2003.

[140] Atsushi Kobata, "The production and uses of gold and silver in sixteenth and seventeenth-Century Japan", *The Economic History Review*, 2d. ser. 18, 1965, p. 246.

[141] William S. Atwell, op. cit., pp. 7 y 8.

[142] Sigo en este párrafo a J. A. G. Roberts, *A Concise History of China*, Harvard University Press, 1999, p. 137.

[143] William S. Atwell, op. cit., p. 6.

[144] Op. cit., p. 248.

145 *Informe Nº 1246 del ICOMOS,* ya citado.
146 Ver *Iwami-Ginzan Silver Mines Sites*, ya citado.
147 Jan de Vries, "Connecting Europe and Asia: A Quantitative Analysis of the Cape-route Trade, 1497-1795", en *Global Connections and Monetary History, 1470-1800*, Dennis O. Flynn, Arturo Giráldez y Richard von Glahn (eds.), Ashgate Publishing Ltd., Cornwall, 2002, pp. 65-77.
148 Ver por ejemplo, Alberto Tenenti, op. cit., p. 342.
149 Antonio Domínguez Ortiz, *Historia de Sevilla, La Sevilla del siglo XVII*, Universidad de Sevilla, 3ª edición, Sevilla, 1986, pp. 24, 35, 42, 72 y 76.



Tropas japonesas con mosquetes de modelo europeo en posición avanzada en forma de cuña, conocida como *gyorin* o escamas de pez, durante las Guerras Onin de fines del siglo XVI. Stephen Turnbull, *Samuráis. La Historia de los grandes guerreros de Japón*, Editorial LIBSA, Madrid, 2006, p. 195.

Capítulo VI

Los metales preciosos y el diseño imperial del Nuevo Mundo

En busca de un diseño continental

Tras el descubrimiento de las ubérrimas minas de plata de Potosí y Zacatecas en la década de 1540, la Corona empezó a replantearse de arriba abajo su política colonial en el Nuevo Mundo. Este cambio afectó de manera decisiva e irreversible a las colonias durante los siglos siguientes. En lugar de permitirle a las distintas regiones un desarrollo espontáneo y autónomo, donde se explotaran sus propios recursos y cada zona pudiera producir para satisfacer sus necesidades básicas, como los alimentos y otros productos indispensables para la subsistencia, o buscando sus propios mercados regionales según las posibilidades que ofrecía la naturaleza, creando sus propias rutas, mercados y circuitos comerciales, la metrópoli organizó los espacios americanos por especialidades, de manera que su desarrollo quedó sujeto a una extremada dependencia del sector externo y subordinado a las políticas económicas metropolitanas. Cada país quedó atado a una función específica dentro de la gran maquinaria del imperio, o a un "producto motor" o conjunto específico de productos para exportar, previamente asignados por la metrópoli: Panamá para servir como zona de paso; Perú y México para producir plata, Venezuela para cultivar cacao, Guatemala índigo; otros países, como Chile, se especializan en producir cordobanes y sebo, esto último para iluminar las galerías de Potosí, y así los demás. Esta dependencia condenó a las colonias a crecimientos "anormales" y desequilibrados, con grandes desajustes y distorsiones regionales. Fue así como quedó definido el "pacto colonial" y se prepararon las condiciones para el futuro subdesarrollo de vastos espacios americanos.

Pero esta política económica tardó en madurar. Esto se debió fundamentalmente a las inmensas dificultades ecológicas que presentaba el Nuevo Mundo. Y para elaborar un proyecto viable era preciso descifrar primero los secretos de su compleja ecología. De esa manera, el gran proyecto americano no pudo definirse hasta los tiempos de Felipe II, hacia las décadas de 1560-1570, es decir, cuando empiezan a vislumbrarse con claridad las potencialidades del Nuevo Mundo, y a crearse los instrumentos institucionales que permitieran su mejor explotación.

Recordemos que el gran objetivo de la expansión castellana allende los mares era llegar al Oriente, no a un continente del que no se sabía nada y mucho menos cómo explotarlo. Para los proyectos iniciales de la Corona, habría sido mejor que no existiera el Nuevo Mundo, pues al principio no sólo fue una sorpresa, sino una gran desilusión y un obstáculo enorme: veintiún años después de la llegada de Colón todavía permanecía infranqueable y no fue hasta que Balboa cruzó el Istmo de Panamá y encontró el Pacífico en 1513 cuando ese obstáculo dejó de serlo. Pero era apenas el comienzo.

Durante las primeras décadas, las sorpresas siguieron acumulándose, pero no siempre eran gratas y nadie sabía lo qué podía esperarse de esos inmensos

territorios que cada día se iban abriendo a la mirada del conquistador. Si no se hubiera encontrado tanto oro y plata, probablemente los colonos, que en su gran mayoría seguían dominados por una mentalidad medieval, habrían permanecido en las nuevas tierras, explotando en régimen señorial a una mano de obra indígena abundante y barata para desarrollar una economía diversificada y autosuficiente, que crecería lentamente pero de manera equilibrada y autónoma, es decir, más o menos como en la Madre Patria, cuyo modelo seguirían.



Felipe II, por Sofonisba Anguissola. Museo del Prado, Madrid.

Pero todo cambió de golpe cuando empezaron a descubrirse los grandes yacimientos de metales preciosos, sobre todo desde mediados del siglo XVI. A partir de entonces España empezó a tener una percepción muy distinta del Nuevo Mundo. Ya no se le percibía más como a un continente poco menos que inútil y problemático, sino como a un mundo lleno de posibilidades y promesas, y la gran solución que tanto necesitaba España para compensar los enormes gastos que había tenido en las empresas de descubrimiento y conquista, y convertirse en una potencia mundial fuerte y rica. Apenas resulta sorprendente que en el escudo que Felipe II ordenó colocar en la Villa Imperial de Potosí apareciera esta inscripción: “Para el poderoso emperador, para el sabio rey, este excelso monte de plata conquistará al mundo entero”. Al rey Prudente no debía escapar que esa montaña de plata haría girar las ruedas del imperio, así como de Europa e incluso de todo el mundo. Poderosas razones justificaban esa pretensión.

Por una parte, el oro y la plata eran indispensables para el capitalismo comercial europeo, entonces en pleno despegue, al que le apremiaba disponer de estos metales para acuñarlos en forma de moneda y lubricar la economía. Por otra parte, se trata de productos de alto valor unitario por peso y volumen, que además no son deteriorables, de manera que podían absorber los costes de transporte a grandes distancias. Oro y plata eran la clave para empezar a diseñar una nueva estrategia económica en América y una nueva reorganización política y administrativa de sus enormes espacios.

Las minas argentíferas de México y Perú fueron, así, las que decidieron el primer esbozo de organización de los espacios geográficos americanos, con la creación de los dos grandes virreinatos correspondientes. La distribución de las jurisdicciones administrativas partió de allí, precisamente porque fue en esas regiones donde se encontraron los grandes yacimientos. Desde esos polos surgieron las siguientes subdivisiones administrativas, es decir las Audiencias, las Gobernaciones, las Alcaldías Mayores, los Corregimientos, a su vez subdivididas en cabildos de españoles y éstos a su vez en pueblos indígenas satelitarios. Era como el diseño de un sistema planetario compuesto por círculos concéntricos o subordinados que giraban en torno a los grandes yacimientos de metal, y cuya fuerza e intensidad se iba debilitando a medida que se alejaban de los centros mineros.

Así se fueron definiendo las zonas nucleares y las subordinadas, las de menor importancia y las sencillamente marginales y carentes de valor. Estas últimas permanecieron durante siglos virtualmente abandonadas a su propia suerte o sólo eran habitadas por indígenas sin ningún o muy escaso vínculo con la vida colonial. La ruta transístmica panameña, Cartagena, La Habana, formaban parte del gran nervio central, porque por allí pasaban los tesoros. Pero en cambio Chile, o Venezuela, Paraguay o Costa Rica, ocupaban un rol muy secundario. Como resultado, extensos territorios permanecieron totalmente en el olvido o sólo ocupaban la atención de la Corona cuando allí se encontraba algún recurso que valía la pena explotar, por ejemplo un mineral aurífero, un "producto motor" de alta cotización coyuntural en el mercado, o cuando atraían a potencias extranjeras y corrían el riesgo de ser arrebatados al imperio, como la Mosquitia en Honduras y Nicaragua, o Darién, en el estratégico istmo de Panamá.

En ese vasto diseño, el gran agente de articulación era la ciudad, ese poderoso instrumento de organización espacial, de administración política y aprovechamiento de los recursos materiales del Nuevo Mundo, porque la ciudad fue, probablemente, el principal instrumento de dominación de los nuevos territorios y el mecanismo civilizatorio más poderoso que España aplicó en la gran empresa americana. La plata fue la que inspiró el gran diseño, pero fue la ciudad la que intercomunicó y mantuvo vigentes los espacios organizados[150].

El objetivo esencial fue pues, la explotación de los grandes yacimientos metalíferos —plata, oro—, además de piedras preciosas y perlas. Las explotaciones metalíferas ejercían una fuerte influencia a veces sobre una inmensa región. Virtualmente toda la actividad económica de estas regiones subordinadas quedaba destinada a suplir las demandas del centro minero. Tal es el caso de la región alto peruana, y de los centros de crianza mular de la pampa argentina, cuya economía gira casi totalmente en torno a la explotación metalífera de Potosí, o del ubérrimo Bajío y de la Guadalajara ganadera, cuya producción se destina —cuando no va dirigida a la gran Tenochtitlán— para el consumo en las minas de Guanajuato, San Luis Potosí y Zacatecas. Fue también el caso de Honduras, o de Minas Gerais, como vimos atrás.

Pero cuando se trata de núcleos coloniales que carecen de recursos metalíferos, quedan sólo dos opciones, o bien subordinarse a los polos mineros, convirtiéndose en abastecedores de insumos y alimentos, o buscar un "producto motor" que rescate su economía de la marginalidad y les permita ingresar a las corrientes comerciales mayores con este producto salvador: el cacao de Guayaquil, el cacao y los cueros de Caracas, el sebo chileno, el índigo de Honduras, Guatemala y Salvador, para mencionar casos muy conocidos.

La explotación jerarquizada de recursos naturales —metales preciosos, productos motores, alimentos, insumos— fue decisiva en el diseño geográfico del Nuevo Mundo, de sus circunscripciones administrativas y políticas y de su sistema de comunicaciones. Sin embargo, no bastaba una política económica inducida por el Estado, o iniciativas coloniales a tenor de las demandas que lentamente iban apareciendo en Europa o en los propios mercados americanos. Era necesario que las condicionantes ecológicas permitieran la implementación de estas políticas e iniciativas.

Primero era necesario resolver la cuestión del "paso". Y aunque Balboa había encontrado una ruta para cruzar el continente por el Darién en 1513, todavía para fines de la década de 1520 continuaban buscándose otros "pasos" más convenientes, que esperaban encontrarse hacia el norte, por Centro América. Como se mencionó en el capítulo I, mientras que Magallanes navegaba por el Pacífico para llegar al Moluco, desde el istmo de Panamá partía en 1521 la expedición de Andrés Niño y Gil González Dávila, para encontrar un paso por Centro América. No llegan más allá de Nicaragua y del Golfo de Fonseca, en Honduras, y desde entonces se concentra por Centro América la

búsqueda del paso. La meta oriental continuaba teniendo la máxima prioridad para la Corona durante el resto de la década y era Oriente todavía el objetivo último de Castilla.

Si la solución transístmica fue demorada y difícil, el descubrimiento de las rutas hacia el Perú y hacia Oriente se demoró aún más y fue todavía más azaroso. La llegada al Perú se retrasaría trece años y la ruta hacia Oriente fue tan elusiva que España acabó por renunciar a la Especiería, vendiendo a Portugal sus derechos sobre las Molucas en 1529 mediante el Tratado de Zaragoza. La ruta de ida y vuelta entre México y Filipinas no llegó a descubrirse hasta 1565, gracias a las expediciones de López de Legazpi y Andrés de Urdaneta. Por fin el círculo se cerraba: por un lado, la ruta Atlántica de ida y vuelta; luego, la ruta de la plata desde México y Perú; finalmente, la ruta del Pacífico para el galeón de Manila. Son las líneas maestras para la explotación a fondo de los recursos imperiales de ultramar.

No en vano es entonces cuando puede propiamente afirmarse que el proyecto americano quedaba diseñado en su totalidad. Es entonces cuando se elabora el ordenamiento filipino para la Carrera Atlántica con sus flotas, ferias y galeones; cuando el virrey Toledo sistematiza la explotación de la mano de obra indígena bajo la *mita* para el trabajo en las minas, y se inicia la explotación de las minas de mercurio de Huancavelica; cuando se elaboran las leyes de nuevos descubrimientos y conquistas y se establece la normativa definitiva para la fundación de ciudades y el poblamiento del territorio continental. Es desde entonces cuando realmente empieza a aplicarse a fondo la división territorial para la "república de indios" y la "república de españoles". Es también entonces cuando quedan definitivamente establecidas las grandes circunscripciones administrativas del Nuevo Mundo: los dos grandes virreinatos, subdivididos a su vez en Audiencias, Gobernaciones, Capitanías Generales o Alcaldías Mayores.

La vigencia de este proyecto, a lo largo de casi todo el período colonial, demuestra su asombrosa eficacia, lo que no deja de sorprender, pues tenía muchas fallas. En efecto, prevaleció a lo largo de todo el período Habsburgo y siguió vigente durante



Acuarela de navíos de guerra europeos del siglo XVIII, por Rafael Monleón. Museo Naval, Madrid.

muchos años del período Borbón. De hecho los Borbón lo adoptaron hasta por lo menos la mitad del siglo XVIII, cuando trataron de implantar nuevos esquemas de desarrollo, orientados hacia una explotación más racional, integral y eficiente de los territorios americanos. Pero el proyecto Borbón nunca pudo aplicarse a fondo; en todo caso no abandonó del todo el proyecto inicial ni lo modificó sustancialmente. No puede negarse la importancia de las reformas borbónicas, como la supresión del sistema de flotas; la apertura del Cabo del Hornos; la política de fronteras para afianzar el norte de Nueva España y diversos territorios mal sujetos del interior del continente; el paquete de reformas económicas de 1778; la creación del virreinato del Río de la Plata y de las capitanías generales de Venezuela y Cuba; los monopolios estatales como el del tabaco y el aguardiente; la reorganización de los ejércitos y las milicias; el fortalecimiento del sistema de defensas continentales, o la promoción de actividades agrícolas en zonas no mineras, que contribuyeron a darle una nueva jerarquización a los espacios americanos. A pesar de esto, en gran parte del territorio continental siguió vigente el esquema tradicional establecido por Felipe II; de esa manera, la minería siguió conservando, con mucha ventaja, su papel como gran motor económico, y como principal rubro de exportación. Es decir que el gran diseño continental que estableció Felipe II se mantuvo prácticamente hasta el final.

Habían pasado 27 largos y tortuosos años desde la conquista de las Antillas, hasta el diseño de la función transístmica, aquél que esbozó Pedrarias para que Panamá sirviera de puente entre España y Oriente. Desde la creación de la ruta panameña a la identificación de una ruta al Perú, transcurrieron otros 13 años más. Total, 40 años. Y todavía haría falta esperar varios lustros adicionales para que se descubriesen en México y Perú los fabulosos yacimientos argentíferos y España pudiese diseñar, ahora sí, sobre bases sólidas y coherentes, su gran proyecto americano. Desde el descubrimiento colombino, España había aguardado 70 años antes de poder formular este proyecto.

Era un proyecto demasiado complejo, y sobre un espacio geográfico demasiado vasto, para que pudiera ser perfecto o para que siquiera funcionase medianamente bien. Sin embargo, era un proyecto viable, acaso el único posible consideradas las tecnologías de entonces, las inmensas dificultades ecológicas y los criterios económicos en boga. Pese a sus muchas debilidades y fallas funcionó, y se mantuvo en pie durante casi tres siglos.

Ese gran proyecto descansaba sobre una trilogía de factores. En primer lugar y sobre todo, la plata, que fue el motor que hizo girar todo lo demás. El segundo factor fue el mar. El sistema de las flotas y las ferias de Portobelo y Veracruz, nervio vital de la economía imperial, y pieza clave también de la economía-mundo, no habría podido existir de no ser por el mar. Fue un sistema que jalonó la geografía con arreglo a una racionalización del espacio a unas escalas tal vez nunca antes conocidas por el hombre, y un sistema que dependía básicamente del mar. Por eso el gran diseño continental, desde el punto de vista de las comunicaciones, es esencialmente marino. Sin el mar, sencillamente, no habría sido posible el proyecto americano, pero así como lo hizo posible, también le impuso sus leyes de hierro.

El tercer factor fueron los recursos tecnológicos vigentes, en especial la tecnología de los transportes. La necesidad del transporte marino, sobre todo para poder hacer la travesía oceánica, determinó que fuese la tecnología naviera la que más rápidamente avanzara en aquella época. Sin los avances de esa tecnología, el proyecto americano tampoco habría sido posible, o no habría funcionado lo bastante bien para que fuese viable.

Estos tres factores básicos debían interrelacionarse entre sí y eran mutuamente dependientes. Y bastaba que uno de ellos no funcionase bien para que todo el sistema quedara paralizado. Ésta fue una de las grandes debilidades del sistema. Pero durante los siglos XVI y XVII nadie se atrevió a pensar que hubiese otro mejor o que pudiese cambiarse.

Las rutas de la plata, la carrera Atlántica, las ferias y las flotas

Los principios sobre los que descansaba este proyecto eran muy simples, al menos en sus líneas generales. Los dos polos del sistema eran, por un lado, la plata americana, y por otro las flotas de España. Por una parte, debía extraerse la mayor cantidad de plata de las minas de México y Perú. Por la otra, enviar regularmente flotas y galeones a recoger los tesoros en lugares señalados, una vez cada año. Las flotas irían fletadas con mercancías españolas para abastecer los ávidos mercados americanos, y en el encuentro de las flotas y los tesoros, en los lugares señalados —Nombre de Dios/Portobelo, Veracruz/ Jalapa— se celebraría una feria.

Para articular eficientemente el sistema de la llamada Carrera Atlántica, España creó el régimen de flotas y galeones, es decir convoyes regulares que harían el tráfico de España a América, escogiendo como punto de partida a Sevilla. El control de este sistema recaería en la Casa de Contratación sevillana. La ruta más importante era la que unía a Sevilla, por un lado, con Veracruz, en Nueva España; por otro, con Nombre de Dios, en Tierra Firme (hasta 1597, cuando Portobelo sustituye a Nombre de Dios). Las embarcaciones que realizaban esta singladura hacían breves escalas en alguna de las islas Canarias, y cuando ya se encontraban cerca del Nuevo Mundo, se detenían brevemente en alguna de las Antillas Menores, o bien en Puerto Rico, para dar un descanso fugaz a los pasajeros, pero sobre todo para reabastecerse de agua fresca y alimentos.



La Ruta Transístmica de Panamá, siglos XVI-XVIII.

La rigidez de tales itinerarios estuvo determinada por el sistema relativamente simple de vientos y corrientes predominantes. Son tan simples los circuitos eólicos y marinos que dominan estos mares que Fernand Braudel se ha permitido decir, refiriéndose al Atlántico, que “es suficiente seguir el sentido de los vientos y el de las corrientes para que éstos nos lleven y nos traigan por sí solos de una orilla a otra”[151]. La navegación no era, desde luego, tan sencilla como eso, y su frase debe aceptarse como una insinuante metáfora. Pero lo cierto es que tanto la del Pacífico como la del Atlántico eran rutas tan fijas como inflexibles y los senderos marinos de la Carrera nunca sufrieron alteraciones importantes.



Grandes rutas marítimas de la plata. Siglos XVI-XVIII.

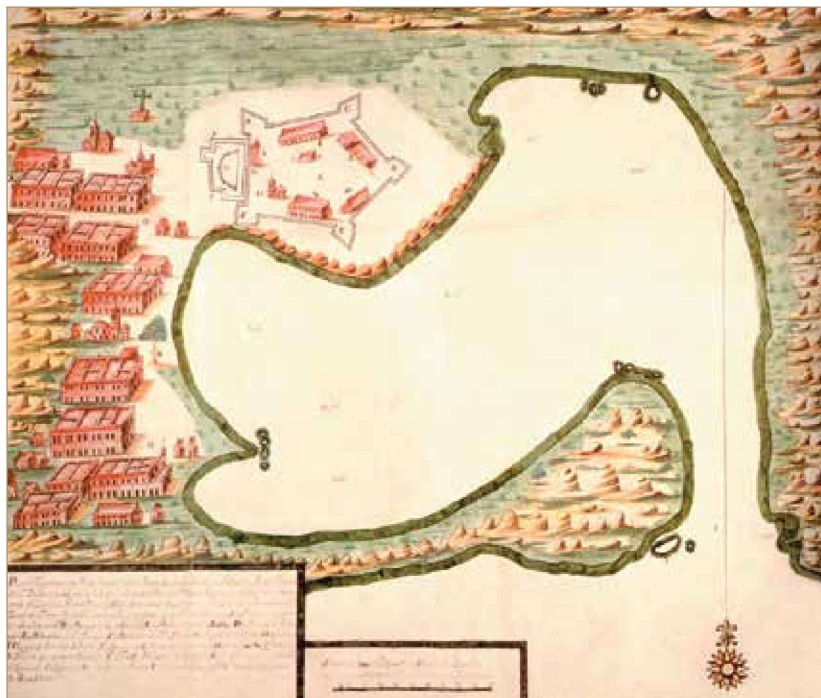
La ruta Atlántica hacia Tierra Firme

La flota de galeones de Tierra Firme se dirigía entonces hacia Cartagena, uno de los puertos más seguros y mejor defendidos del continente, para, luego de varias semanas de actividad comercial, encaminarse hacia Nombre Dios (desde 1597, a Portobelo), donde tenía lugar la célebre feria mercantil. Allí se descargaban las mercancías europeas, a la vez que se recogía la plata procedente de las minas peruanas y otros productos sudamericanos (sobre todo cacao, lana vicuña, tintes, más tarde cascarilla o quinina). La plata llegaba en el convoy de la Armadilla de la Mar del Sur, luego de haber sido transportada a lomo de mula o de llamas desde los yacimientos argentíferos de los Andes, hasta Arica, o Lima. Allí la recogía la Armadilla para conducirla hasta Callao, puerto de Lima, donde se hacían los registros fiscales correspondientes. De allí a Panamá, el viaje del convoy demoraba normalmente un mes. En el camino se iban agregando embarcaciones menores, de propiedad privada, con los productos de la tierra y pasajeros para participar en la feria panameña, aunque muy a menudo estas embarcaciones viajaban en solitario. Ésta era la ruta más activa del Pacífico americano.

La ruta Atlántica hacia Veracruz

La flota que se dirigía a Veracruz, empezó a hacer escalas regulares o "aguadas" en Puerto Rico, ya avanzado el siglo XVII. Se acercaba por el frente Atlántico de la isla en dirección a su cornisa noroccidental, para detenerse brevemente en San Germán donde quedaba el célebre manantial de Aguadilla. De allí continuaba hacia el Sudoeste, rumbo a Nueva España, para desembarcar en Veracruz.

El ascenso de Veracruz a México, comenzaba al nivel del mar y terminaba en la meseta central a más de dos mil metros de altitud, atravesando desfiladeros y pasos difíciles, aunque en general seguía un camino de suave pendiente, razonablemente tolerable. La distancia era enorme y el camino debía hacerse todo por tierra, en partes, cuando la orografía lo toleraba, en carros arrastrados por



Plano del puerto de Acapulco. Anónimo, 1730. Archivo de Indias, M y P, México 125.

mulas, pero el tramo más accidentado tenía que hacerse inevitablemente a lomo de mula. Una vez hechas las transacciones de las ferias, bien sea en Veracruz, y ya desde 1720 en Jalapa cuando se celebra allí la primera feria efectiva, se iniciaba la larga caravana de mulas fletadas con mercancías europeas con dirección a la capital de Nueva España, México-Tenochtitlán, para luego ramificarse en multitud de redes hacia el interior del virreinato.

La ruta Veracruz-México era frecuentemente transitada por los indígenas desde mucho antes de la llegada de Cortés, y fue descrita por algunos de los cronistas que le acompañaron. Ya en 1540 este camino era intensamente transitado por unos cien trenes de mulas, cubriendo este trayecto y uniendo ciudades intermedias. Muchos son los autores que describen este camino, como Humboldt[152]. Fue por esa ruta que descendía la producción metalífera de las minas novohispanas, y que recogía en Veracruz la flota que iba de España. Desde allí la plata se dirigía en convoyes a La Habana, donde la flota mexicana y la que iba a Portobelo, se unían para viajar juntas por la ruta de las Bahamas hasta España.

Pero Veracruz era muy insalubre, y su puerto no tenía buenas condiciones para cobijar las flotas, por lo que fue necesario desplazar el pueblo original hacia el islote fortificado de San Juan de Ulúa (aunque conservando el nombre primitivo). Pero también el nuevo Veracruz quedó ubicado en una zona "pantanosa, malsana, con un clima sofocante". Allí murieron en grandes cantidades los feriantes, víctimas del vómito negro. De modo que desde temprano los comerciantes que bajaban de México solían esperar la llegada de la flota en Jalapa, a 22 leguas de Veracruz. Ya en tiempos del andarín dominico inglés Thomas Gage (*circa* 1637), se procuraba tardar lo menos posible en Veracruz y desplazarse a Jalapa tan pronto como se podía, y así lo hizo él con sus demás compañeros dominicos[153]. Tan pronto como llegaban los galeones al puerto, compraban toda la carga que podían para conducirla rápidamente a la capital virreinal, procurando no sólo acaparar las mercancías, sino también evitando que la feria propiamente dicha se prolongara en aquel lugar tan insalubre. De hecho, las actividades propias de la feria se realizaban más bien en la ciudad de México, donde las mercancías, ya acaparadas por los principales comerciantes, eran desde allí revendidas a precios alzados a la clientela virreinal. Jalapa, situada a mayor altitud que Veracruz, con un clima más saludable, un *hinterland* más fértil y con un emplazamiento más seguro en caso de ataque por mar, fue creciendo urbanística y demográficamente, adquiriendo así cada vez más importancia. De esa manera, en 1718 la Corona decidió oficializar las ferias de Jalapa, y en 1720 se celebra allí la primera feria, quedando Veracruz como mero lugar de desembarco[154].

La ruta Atlántica de retorno

Concluida la feria novohispana, la flota se encaminaba a La Habana, donde se uniría a los galeones que se habían dirigido a Tierra Firme para emprender en convoy el retorno a España. Viajar unidos tenía el propósito de defenderse mejor en caso de ataque, o de auxiliarse unos a otros cuando ocurrían desastres naturales. Desde los comienzos de la Carrera, para distinguir los convoyes de Nueva España y Tierra Firme se denominaba a los primeros *flotas* y a los segundos *galeones*.

La navegación de la Carrera aprovechaba en todo su recorrido de ida los vientos alisios del nordeste. Era un viaje normalmente apacible y agradable. El tornaviaje era más difícil y peligroso. Una vez el convoy zarpaba de La Habana, trataba de remontar la latitud de las Bermudas, a fin de viajar con mayor rapidez, procurando evitar, no siempre con éxito, la peligrosa navegación por el archipiélago de las Bahamas, donde se produjeron numerosos naufragios, y de allí enrumbarse hasta la altura de las Azores, donde a veces, por no siempre, se hacía escala. Con este rumbo los vientos empujaban las naves por la cuarta de popa y se navegaba más rápido. Desde las Azores se enfilaba la proa hacia la Península. Esta ruta de ida y vuelta quedó establecida a partir del segundo viaje de Colón.

El galeón de Manila y la fuga de la plata hacia Oriente: siglos XVI-XVIII

Pero había además otra gran ruta: la que unía Nueva España con Oriente, esa delgada línea marítima que no pudo ser diseñada hasta la década de 1560 por falta de conocimientos náuticos y que tenía su punto de partida en Acapulco. Desde allí se hacía una dilatada y casi recta singladura en dirección oeste, partiendo de los 19º de latitud, hasta la altura de las islas Marshall, en medio del gran Océano Pacífico; luego se seguía sin pausa enfilando directamente la proa hacia al archipiélago filipino hasta alcanzar Manila. Esta singladura fue descubierta sin mucha dificultad desde temprano: partiendo de Acapulco se sabía cómo llegar



Dibujo del "Mercado de Manila llamado El Parián", por Juan Ravenet, dibujante de la expedición Malaspina, 1792. Museo Naval, Madrid.

a las islas orientales. Era una navegación relativamente segura y raras veces amenazada por serios peligros. Pero el recorrido era de cerca de 1.700 leguas y demoraba de dos a dos meses y medio.

Sin embargo pasaron décadas de inútiles esfuerzos antes de que se descubriera cómo realizar el viaje de vuelta desde Asia hacia Nueva España. Como ya mencioné, no fue hasta la expedición de Andrés de Urdaneta y Miguel López de Legazpi, en 1565, cuando se descubrió, finalmente, la ruta de retorno, remontando la navegación hacia el Nordeste, aprovechando los vientos norte y este, hasta alcanzar los 39º de latitud, a la altura del Japón, y abriendo un gran seno en dirección a California para luego, ya cerca de las costas continentales, bajar hasta Acapulco. Este recorrido era de unas 2.000 leguas y demoraba cuatro meses o más. El primero de mayo de 1566 salió de Acapulco el *San Jerónimo,* inaugurando la ruta del *Galeón de Manila*, o *nao de China*, que quedó establecida de manera regular y ya no se interrumpe hasta 1815. Aunque de una singladura mayor, ésta era una navegación semejante a la que hacían las embarcaciones en el Atlántico, es decir, viajando desde el Oeste hacia el Este con la proa orientada hacia el sudeste, y al regreso abriendo un amplio seno orientado hacia el nordeste[155].

Por esta ruta se escaparon hacia Oriente grandes sumas de plata procedentes de las minas de México y Perú. Durante los siglos XII a XV China había sustituido la circulación de oro y plata, e incluso de monedas fraccionarias de cobre, por una circulación totalmente fiduciaria de papel moneda. Esto produjo una severa inflación y la consiguiente devaluación del papel moneda, siendo necesario a partir del siglo XVI volver a los pagos en plata, aunque en forma de lingotes[156]. Como China tenía gran escasez de este metal, empezó a ejercer un gran poder de atracción en aquellos territorios donde se producían. De hecho, desde antes de la llegada de Colón a América, se consideraba a los países Orientales como el destino final de la plata europea, sobre todo China, ya que ésta sólo aceptaba plata en lingotes en pago por sus materias primas, como seda, especias, laca, y los colorantes para las telas finas que se manufacturaban en Europa, lo que le ocasionaba a ésta una balanza comercial endémicamente deficitaria.



Plaza Mayor de Manila, por Fernando Brambila, de la expedición Malaspina, 1792. Museo Naval, Madrid.

Mucho antes de que los españoles se establecieran en las Filipinas, los comerciantes de Cantón, Amoy y otros puertos del continente, visitaban las islas para vender a los "moros", hierro, pólvora y otros productos. Pero al afincarse los españoles a partir de 1572 y sobre todo después de 1575, cuando empezó a fluir la plata americana, cada año empezaron a llegar más los *sangleyes* —nombre peyorativo que los españoles daban a estos mercaderes chinos—, que permanecían durante meses en Manila hasta conseguir vender sus productos. Otros se quedaron para siempre, y en 1603 sumaban 25 mil. Los sangleyes llevaban de China porcelanas, tejidos de algodón, seda tejida y en rama, que en gran parte eran reexportados a Nueva España y otros destinos americanos. Comparados con la población española, eran una mayoría numérica y potencialmente peligrosa, por lo que eran vistos con recelo por las autoridades, que trataban de mantenerlos bajo control con impuestos y otras medidas de presión. Sin embargo, los sangleyes eran relativamente pacíficos si se les compara con los altivos y orgullosos japoneses, que visitaban Manila para adquirir productos de China, sobre todo sedas crudas, debido a que les estaba prohibido el comercio directo. A principios del siglo XVII ya se contaban en Manila entre mil y cuatro mil japoneses, y tanto por su naturaleza díscola ("gente gallarda y de mucho brío", dice una fuente de la época), como por las relaciones endémicamente tirantes con Japón, que varias veces amenazó con invadir las islas, y que no toleraba que se maltratara a su gente, eran una presencia que resultaba incómoda para la colonia española[157].

Los comerciantes japoneses llevaban a Manila para el consumo local harina de trigo, carnes saladas, pescados y frutas, y para embarcar en el galeón con destino a Nueva España, según una fuente contemporánea, "sedas tejidas de matices, [...] todo género de cuchillería, muchos cuerpos de armas, lanzas, catanas y otras visarmas, curiosamente labradas, escritorillos, cajas y cajuelas de madera, con barnices y labores curiosas y otras bujerías de buena vista". A cambio, adquirían seda cruda china, pieles de venado, palo brasil rojo para sus tintes, miel, cera trabajada, vinos de palma y de Castilla, grandes tibores de loza para guardar su té, "vidrios, paños y otras curiosidades de España"[158].



Fragmento de plato de porcelana china encontrado en Panamá la Vieja. Cortesía del Patronato de Panamá Viejo.

Era inevitable que China se convirtiera en un poderoso imán para la plata americana una vez que se inició la explotación de las minas, y hacia este destino empezó a afluir tan pronto como despegó la producción en la década de 1570. Como veremos en capítulos posteriores, desde el siglo XV China había reformado su sistema impositivo refundiendo varios impuestos en uno solo, que todas las clases sociales, incluyendo a los campesinos, debían pagar anualmente en plata[159]. A cambio de lingotes, y sobre todo de los altamente cotizados pesos de ocho acuñados en las cecas americanas, se compraban en Manila —que servía de puente para las mercancías de China y otros países orientales—, materias primas, marfiles, lacas, sedas, especias, y artículos de lujo como las exquisitas porcelanas, cuyas técnicas de producción sólo se conocían en Oriente (hasta 1708, cuando Böttger descubrió en Dresden, Sajonia, la fórmula para fabricarla[160]), y que gozaban de gran aceptación tanto en Europa como en las colonias americanas por su exotismo y rareza. Esta fuga del metal

contravenía las prohibiciones que España trató inútilmente de imponer para evitar o restringir estos intercambios, y desnaturalizaba su política de retener la mayor cantidad de metales preciosos. Pero Oriente succionó a América de sus metales preciosos aun con mayor avidez y eficacia que antes lo había hecho con Europa, convirtiéndose en el recipiente de buena parte de la plata que producían las minas americanas. Sobre este tema volveré en el capítulo VII.



Platos y tazones de porcelana azul de la dinastía Ming, rescatados en 1979 del naufragio del galeón *Nuestra Señora de la Pura y Limpia Concepción*, que se hundió el 30.X.1641 en el Banco de la Plata, al Norte de la isla de Santo Domingo. Cortesía de la Oficina Nacional del Patrimonio Subacuático, de la Secretaría de Estado de Cultura de República Dominicana. Fotos de Roberto Bruno.

Desde el istmo de Panamá, siempre un mirador privilegiado para seguir el rastro de los grandes movimientos de la plata y del comercio americano, se puede observar este proceso. En 1571 había llegado a Acapulco la primera remesa de mercurio de Huancavelica, y muy pronto los comerciantes peruanos descubrieron las oportunidades de negocios que se abrían con China a través del galeón de Manila. En 1579 la Corona autoriza a los puertos del Callao y Panamá para que comercien con las Filipinas, y a partir del año siguiente los comerciantes peruanos realizan sus primeros viajes a este archipiélago. Algunos comerciantes llegaron a obtener ganancias hasta del 500%. Las expectativas eran tales que en 1580 se organizó desde Panamá una expedición para repoblar Filipinas. En 1608, en Panamá "se decomisaron 21 fardos de ropa de la China". Su propietario era un vecino de México llamado Francisco de Palencia Blanco, y según el fiscal de la Audiencia de Lima, Cristóbal Cacho de Santillana "el valor de estos fardos es muy grande"[161]. Era, al parecer, una situación nada rara para entonces.

El mercader conocido como Judío Portugués comentaba que era muy intenso el comercio que se realizaba entre Lima y Acapulco para fines del siglo XVI y principios del XVII, a base sobre todo de la plata y de productos procedentes de China. De Lima, dice, "van a emplear muchos mercaderes y llevan muchas barras de plata y tejos de oro y muchos cajones de reales y cosas semejantes, y emplean en mercadurías de la tierra y de China, de que todos los años van cargados a Lima de tres a cuatro navíos". De la China, por el galeón de Manila, "se llevan al Perú grandes partidas de tafetanes y gorgoranes enrollados y otros de librete, damascos ordinarios y damascos

mandarines". Las telas chinas incluían además "rasos de muchas suertes, en particular vienen muchos de lustre blanco de Nankín, picotes y azabachados, muy lindos terciopelos llanos y labrados, negros, y de colores, mucha diversidad de colchas y sobrecamas labradas de muy diversos colores". La larga lista incluía también "grandes partidas de cates de seda blanca torcidas", "muchos cates de seda floja [...] almizcle, algalia, ámbar negro, muchas y finas porcelanas y otras mil lindezas". Las telas y sedas chinas llegaban en tales cantidades y eran tan baratas, que hasta "se visten de ellas los pobres". Todo esto se "vende bien" y "todos ganan"[162].

En cuanto a los productos mexicanos que los comerciantes sudamericanos compraban en Acapulco, Judío Portugués incluye "paños dieciochenos azules y verdes y otros colores y pardos negros, y van veinticuatrenos mezclas, sedas, tafetanes negros, dobles, muy buenos [...]; otros tejidos de seda, negros, de lindas y diversas labores de que se viste toda la gente más grave de Lima; terciopelados negros muy buenos y algunos de colores, muchos cortes para jubones de oro y plata finos [...]; mantas de gurbión para mujeres viudas y otro tafetán negro sencillo que sirve para ligas y para velos de monjas, grande cantidad de pasamanos de seda, negros y colores de finos pelos [...]; pasamanos de oro y plata finos para mujeres, tocas con seda y plata y muchos chapines, grande cantidad de sedas torcidas y flojas, beneficiadas en México, y muchas sedas de pespunte y medio pespunte de Mezteca, provincia de México". Concluye diciendo que las sedas de México eran las "mejores que se gastan en el Perú"[163]. Los embargos que se hicieron durante ese período a altos funcionarios en Panamá revelan que virtualmente cualquier vecino medianamente pudiente tenía acceso a este rico surtido de telas[164].

Se comprende que con este comercio, la fuga de plata americana tanto de Nueva España como de Perú fuese tan rápida como cuantiosa, y pronto se advirtió que las mercancías asiáticas le hacían seria competencia a las que se llevaban de Europa para las ferias portobeleñas, así como a las nacientes industrias americanas. La mayor competencia eran las telas, y sobre todo la seda de la China, cuya blancura y pureza eran inigualables. La Corona trató de frenar el daño, prohibiendo en 1587 y 1591 el comercio entre Perú y Filipinas, e incluso el tráfico entre Nueva España y Perú, pero estas prohibiciones no se respetaron y el comercio continuó, así como el drenaje de la plata peruana hacia China. Era una época de esplendor de la minería potosina y la tentación del comercio era muy fuerte para los mercaderes peruanos. Señal de que este comercio mantenía alarmada a la Corona, es que en 1604 seguían dictándose nuevas y más estrictas prohibiciones para el comercio entre Perú y Oriente, que seguían violándose. En 1609 se permitió a Perú limitar este comercio a dos embarcaciones de 200 toneladas cada una y un total de 200.000 ducados en plata. Pero estas restricciones seguían burlándose, ya que salían más lingotes y pesos de plata y más embarcaciones que lo permitido[165].

Las prohibiciones no sólo hacían referencia a la fuga de la plata sino también a otras "cosas de China", y muy especialmente a la introducción de "ropa", es decir telas. Felipe II en 1593 y luego Felipe III en 1635, ordenan por reales cédulas, "que no se puedan llevar al Perú ni a Tierra Firme". Este último rey vuelve a repetir más tarde la prohibición de la ropa china. La reiterada referencia de las reales cédulas a la ropa o las telas sugiere que a la Corona le preocupaba más la competencia China en este rubro, que la misma fuga de la plata, contrario a lo que suele afirmarse en los estudios sobre el tráfico de metales. Y es que para esas fechas, el rubro más importante y cuantioso de las ferias consistía en telas, y si los comerciantes llegaban a Portobelo con su carga de telas, que no podían vender por encontrarse el mercado saturado de sedas, tafetanes y terciopelos chinos o novohispanos, corrían el riesgo de regresarse a Sevilla con pérdidas o arruinados. De hecho, en la "Memoria de todos los géneros de mercadurías que son necesarios para el [virreinato del] Perú [...]", que reseña Judío Portugués para que se lleven desde España a

las ferias, se incluye el mismo surtido de telas que llegaban de México y de China. La competencia era cierta y el tema no era para tomarlo a la ligera.

Por eso continuaron las prohibiciones a fin de proteger el comercio entre la Península y sus colonias. En 1621 se prohibió el tráfico entre Guayaquil y Acapulco porque los barcos que transportaban el cacao guayaquileño iban fletados con plata de contrabando. En 1624 se prohibió totalmente el comercio entre Nueva España y Perú, ya que cada año más de un millón de pesos peruanos se escapaban hacia Acapulco para seguir su curso hacia China. Pero estas prohibiciones no frenarían el comercio y la fuga de plata, y esto no ocurrió hasta que empezó a saturarse de plata el mercado chino y a declinar, concomitantemente, la producción de plata en el Alto Perú, lo que coincide, además, con la decadencia de la producción aurífera en Panamá y Nueva Granada, es decir hacia 1640, como ya se mencionó. Verosímilmente, al frenarse el flujo de la plata hacia China, el comercio entre el virreinato peruano y Oriente cesó.

Aunque se sabe poco sobre el comercio entre Panamá y Oriente a partir de la década de 1570, consta que esta actividad ya se encontraba establecida en 1589. El fiscal Ayala, de la Audiencia de Manila, escribía ese año un tanto alarmado, que "ha habido nueva haber llegado a Macan [Macao], que es en el río de Cantón, un navío de Panamá o del Perú con mucho dinero para emplear"[166]. Este comercio debió continuar sin freno en los años siguientes, pues en 1591 la Audiencia de Panamá escribía al rey que "de este puerto y del Callao de Lima ha salido un navío a cargar a la China, y parece que se siguen inconvenientes porque los reales que se lleva para hacer sus empleos son en mucha cantidad y todo se queda perdido entre bárbaros, pues no se vuelve a comunicar más por contrataciones ni en otra manera con estos reinos"[167].

Entre 1607 y 1610, la Audiencia panameña informaba en su conocida "Descripción" de esos años, sobre los dañinos efectos que esta actividad ocasionaba a los comerciantes y transportistas locales. El primer efecto negativo consistía en que "una parte de las mercadurías que vienen de España para el Perú, toman su derrota por Nueva España", perjudicando a los comerciantes locales que tenían negocios con la Península e intereses en el mercado peruano. El segundo "y más importante, el haberse introducido la navegación de la China, que ha engrosado con daño general de España y de esta provincia, y consume muchos millones de plata que se llevan a perder para siempre entre aquellos bárbaros". Finalmente, "que la plata que solía pasar por aquí para España se divide y divierte, parte a la China, parte a Nueva España". Panamá, agrega, importaba de China "sedas, lienzos, hierro, cera, loza [¿porcelana y celedones?] y otros géneros". Como resultado, para principios del siglo XVII, el tránsito de mercancías y plata por la ruta transístmica había disminuido y los negocios vinculados a las ferias decaían, en parte sustituidos por el comercio con Oriente[168]. En otras palabras, el comercio con China había sido frecuente y una o tal vez dos generaciones de consumidores panameños se habían familiarizado con sus productos.

Otras evidencias sugieren que este comercio continuó por lo menos durante los siguientes treinta años. Una buena evidencia es cierta fuente de 1619 según la cual algunos comerciantes venecianos habían firmado Asiento con la Corona para comprar perlas en Panamá, una actividad entonces en expansión, con objeto de venderlas en China, donde tenían "excesivo valor". La fuente comparaba este negocio con la exportación de plata: "la mayor granjería que tienen los que contratan allá es llevar esto y plata"[169].

Aunque era considerable la fuga de plata hacia Oriente, tanto desde Nueva España como del complejo Callao-Panamá, es difícil de cuantificar. Durante este período, la producción agregada de plata de Potosí y Zacatecas promediaba unos 38 millones de pesos. Se trata de pesos de 8 reales de 272 maravedíes, que tienen un peso de 23,36 gramos de plata fina. Fueron estos pesos de plata, llamados también pesos fuertes, o pesos

duros, o piastras, los que se acuñaban en las cecas americanas y que invadieron el mundo. Así pues, estos 38 millones de pesos de plata tenían un peso de 887.680 kilogramos. Según los datos de Hamilton, durante ese mismo período (1581-1610) ingresaron a Sevilla 234.143 kilogramos de promedio anual, es decir que había una diferencia entre lo producido y lo que ingresaba a ese destino de 653.537 kilogramos. Si estas cifras son correctas, entonces apenas algo más del 26% de lo que producía América llegaba a Sevilla, quedándose una buena parte en América, o siguiendo otros destinos, y uno de ellos era China.

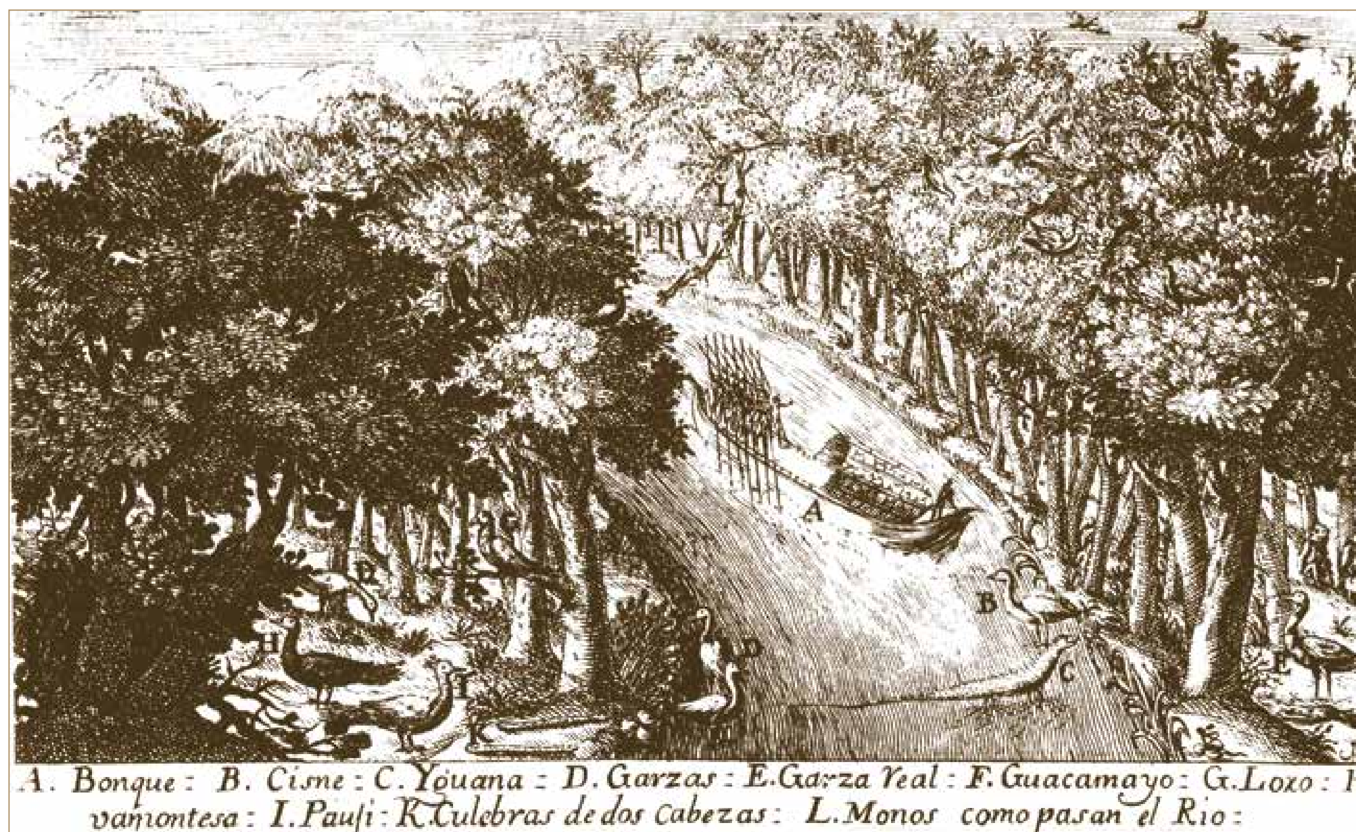
Estos hechos, así como las prohibiciones antes mencionadas, evidencian que el comercio entre China y Perú continuó. Como es patente, Panamá no escapó a este intercambio, que según las evidencias debió mantenerse activo hasta la década de 1630, o tal vez más allá. Si esto es así, se trata de una actividad que se extendió por cerca de medio siglo. Pero a partir de entonces el comercio con China amainó y tal vez desapareció del todo, para no reaparecer hasta el siglo siguiente. A principios del siglo XVIII, durante la *Guerra de Sucesión Española* (1702-1713), barcos franceses volvieron a inundar con mercancías chinas las costas del Pacífico americano. Todavía falta investigar la magnitud de los intercambios comerciales que se desarrollaron con China en los litorales americanos del Pacífico, aunque no faltan pistas sueltas que sugieren que esta actividad se mantuvo sin pausa a lo largo del siglo XVIII.

Mencionaré una anécdota aislada, pero representativa, de una situación que debía ser común. Durante la *Guerra de los Siete Años* (1756-1763), Panamá padeció una de las típicas carestías de alimentos que ocurrían al interrumpirse las comunicaciones con el exterior a causa de la guerra. Resultaba particularmente crítico cuando se cortaba la navegación con Perú, que era de donde recibía gran parte de sus alimentos. El primero de mayo de 1763 el gobernador Joseph Raón le escribe al rey resumiendo el problema. No había harina para el pan ni aun para hacer hostias; los precios de los productos locales se habían elevado al 300 y 400% y habían ocurrido muertes por inanición incluso entre los soldados de Portobelo. Cuando Mateo de Izaguirre, futuro conde de Santana y entonces agente de la compañía negrera establecida en Panamá, fue autorizado por Raón a viajar a Jamaica para comprar harinas y otros alimentos, sería detenido en Cartagena por órdenes del virrey de la Nueva Granada, de cuya jurisdicción era parte Panamá. El virrey también objetaba los viajes para comprar vituallas al puerto de Caldera, en Costa Rica, por temor a que la plata que se llevaría con el pretexto de comprar alimentos se escaparía hacia Guatemala y Las Filipinas y finalmente a China, que entonces inundaba de sedas y otros productos a Centroamérica. Si esto era cierto, como probablemente lo era, resulta evidente que las prohibiciones seguían violándose y que la plata seguía lubricando el comercio con China[170].

Años más tarde, en 1785, Carlos III creó la *Real Compañía de Filipinas* para realizar el comercio exclusivo entre España y Oriente. En 1787, la *Compañía* obtuvo privilegios para realizar la trata de negros en Chile y Río de la Plata, y en 1797 el derecho a comerciar entre Manila, Guatemala, Perú, Chile y Río de la Plata. Gracias a este tráfico, el Pacífico americano quedó inundado con mercancías chinas, de las que no pocas debieron ingresar al mercado panameño. Sobre la Compañía volveré en el último capítulo.

Las comunicaciones fluviales y las rutas de la plata

Una vez organizado el sistema de la Carrera de Indias, de las ferias y las flotas, la salida de la plata enfrentó grandes dificultades, ya que eran enormes las distancias y los medios de transporte muy rudimentarios. Se olvida a menudo otro aspecto que resultó decisivo: el hecho de que los principales centros de ocupación humana de los tiempos coloniales estuvieron mal provistos de vías de comunicación fluviales.



La navegación en bongo por el río Chagres, según Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *Relación histórica del viage a la América Meridional*, T. I, Madrid, 1748.

Con excepción del Chagres y del Magdalena, prácticamente no había ríos cercanos a las principales rutas de intercambio y esto se debió al propio sistema que impuso la metrópoli que, como dije, estructuró la geografía económica en función de la producción minera y ninguna mina importante quedaba cerca de las principales vías fluviales del continente. México contaba con el Coatzacoalcos, el Grijalba, o el Usumacinta, Venezuela con el Orinoco, y así muchos otros; pero estos ríos, que eran caudalosos y navegables, nunca llegaron a convertirse en rutas comerciales importantes porque se encontraban donde menos los necesitaba la geografía económica del imperio.

Hispanoamérica carecía de esa gran red hidrográfica que irrigaba profusamente el continente europeo y que de esa manera posibilitó su desarrollo, pero que también facilitó las incursiones de pueblos invasores, como los vikingos. Tampoco tenía aquellos grandes ríos del *Tidewater,* como el Potomac, el Rappahannock, el Patapsco, el Delaware, el York, o el James, que tanto facilitaran la salida de la producción tabacalera de las nacientes colonias norteamericanas, al creciente mercado, relativamente tan cercano, de Inglaterra. No tenía ríos para la salida de la plata mexicana o la peruana, que tenía que recorrer cientos de kilómetros antes de salir al mar. Y fue el mar lo que permitió aprovechar a fondo el sistema.

La ruta Callao-Panamá-Cartagena-Panamá

Tal vez donde las debilidades del sistema eran mayores era en el complejo Callao-Panamá-Cartagena. Era, sin duda, el más difícil y complejo, el más costoso, el más lleno de riesgos, el más propenso al contrabando y el fraude, el más vulnerable a la competencia del comercio extranjero y a la fuga de plata para los mercados europeos.

La navegación por el Pacífico americano

Luego de superar la accidentada, lenta y dilatadísima trayectoria que unía Potosí con los puertos del Callao o Arica, se iniciaba una navegación por un mar apacible, de ondas alongadas que favorecían la navegación por inercia, lo que permitía embarcaciones pesadas, grandes e incluso contrahechas; la posibilidad de viajar cerca de la costa permitía dedicar más espacio a las mercancías y menos al llamado "peso motor" para los alimentos y bebidas que se consumían en los viajes, es decir, sacarle más provecho económico al espacio disponible. Desde las costas de Chile o Perú, en dirección a Panamá, las naves eran empujadas por los vientos sures y la poderosa corriente de Humboldt hasta la altura de Guayaquil, de modo que el trayecto hasta Panamá se hacía en tiempos relativamente cortos: catorce días desde Guayaquil, treinta desde Callao. Éste era el trayecto más fácil, seguro y tolerable de la ruta. A diferencia del Caribe, que a partir del siglo XVII se convierte en un mar internacional amenazado por frecuentes ataques a la navegación, el Pacífico fue siempre un mar español, donde la piratería y los encuentros con flotas extranjeras eran más bien raros. Se viajaba con la costa a la vista y los vientos y las corrientes se encargaban del resto, hasta llegar a Panamá, casi siempre sin grandes sobresaltos.

Aunque la ruta marítima de Callao a Panamá era muy segura, no dejaban de ocurrir serios accidentes marinos, como el naufragio en los bajos de Chanduy, frente a la costa peruana, donde se hundió uno de los galeones de la Armadilla, o la pérdida de la Almiranta *San José*, a la entrada del Golfo de Panamá. En el rescate del primero se logró recuperar más plata de lo que iba registrado. De la *San José* sólo se rescató muy poco[171]. Pero en ambos casos quedó en evidencia, por las declaraciones de los pasajeros, que una gran cantidad de joyas, plata en barras y monedas o vajillas, las llevaban ocultas y sin el correspondiente registro, es decir defraudando al fisco, uno de los grandes problemas que fueron minando la eficacia del sistema hasta finalmente hacerlo colapsar.

Una vez en Panamá, se iniciaba entonces una experiencia totalmente distinta, ya que la ruta transístmica era costosa, accidentada, llena de peligros, y donde cualquier cosa podía suceder. Pero como el sistema había impuesto a Panamá como ruta forzosa, no quedaba otra opción.

La ruta del Istmo de Panamá y el volumen de la plata

Para conducir la plata peruana hacia el Atlántico con destino a España, el primer gran obstáculo era la ruta de Panamá. Cierto que Panamá era un istmo estrecho, con una distancia entre los mares mucho más corta que cualquier otra ruta continental —apenas 80 kilómetros— por lo que resultó ser la única ruta viable para el comercio entre el Pacífico sudamericano y Europa hasta que se abrió el Cabo de Hornos en el siglo XVIII. Pero su orografía era muy accidentada y la travesía debía hacerse cruzando un espinazo montañoso de selvas lujuriantes y lluviosas. Por eso el río Chagres fue un verdadero don que salvó a la ruta panameña, ya que era navegable desde su entrada por el Caribe hasta unos 30 kilómetros de Panamá, por donde se curvaba hasta su nacimiento en las montañas. Sin el Chagres, el transporte de mercancías se habría hecho muy difícil y sobre todo terriblemente caro. De hecho, si no hubiera existido, casi seguramente que la ruta transístmica se habría trasladado a Nicaragua, donde se habría aprovechado el río San Juan. Sin el Chagres, tampoco se habría podido hacer el Canal de Panamá, ya que éste es, básicamente, el río Chagres canalizado.

Pero el Chagres tenía muchas desventajas. Formaba una extensa curvatura desde su salida al atracadero de Cruces que hacía demorar los viajes con carga de mercancías hasta 14 días y aún más; en la estación seca bajaba el nivel del agua hasta

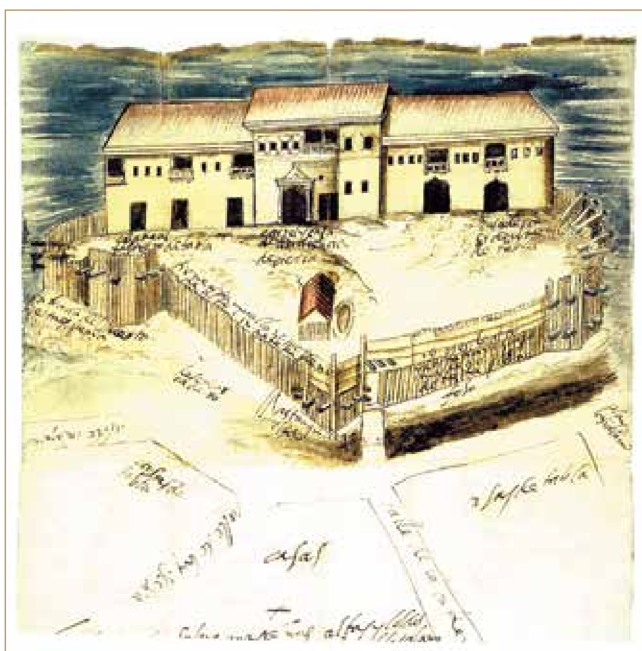
asomar el fondo en algunos tramos, lo que obligaba a descargar las mercancías desde las chatas y bongos para ser llevadas a hombros hasta donde volvía a ser navegable. La "bajada" desde Cruces era relativamente cómoda, ya que las embarcaciones se dejaban empujar por la corriente; pero a la "subida", sobre todo en la temporada de lluvias, los bogueros desfallecían empujando con sus pértigas las embarcaciones contra la corriente. De esa manera, los tiempos de recorrido variaban según la estación y la dirección seguida. De hecho, viajar de Portobelo a Panamá por el Chagres, tardaba tanto como de Guayaquil a Panamá, o de Portobelo a La Habana, y un viaje redondo por el río tomaba tantos días como viajar del Callao a Panamá; finalmente, se viajaba mucho más rápido de Portobelo a Cartagena que de Portobelo a Panamá, pese a la notable diferencia de las distancias.



El autor, con barra de plata de 16 libras encontrada en Boquerón, cerca de Portobelo.

Sin embargo, el Chagres fue la gran solución, sobre todo porque gracias a él se podían transportar las mercancías de mucho volumen a través del Istmo por bongos y chatas con el consecuente abaratamiento de los fletes. De hecho, el Chagres fue, esencialmente, la ruta de las mercancías, no la ruta de los tesoros. La ruta del Chagres era, por una parte, una ruta mixta, con un tramo terrestre de Panamá a Cruces, que solía hacerse a lomo de mula en ocho horas; el tramo restante, más largo y demorado, se hacía navegando por el río, hasta salir al mar por la boca del Chagres; el resto del trayecto se hacía navegando por la costa hasta Portobelo, todo lo cual demoraba entre 14 y 16 días. Era, pues, una ruta fluvial, marítima y terrestre. Cada una con sus diferentes tecnologías, costos distintos en fletes, embalajes, almacenajes e impuestos. Pero a la vez, el tiempo de duración variaba tremendamente según la estación y si se viajaba a favor o en contra de la corriente, en bongo o en chata, con carga o sin ella.

Existía también otra ruta, tan frecuentada e importante como la del Chagres, sobre todo durante los apremios de las ferias. Era la ruta por tierra entre Panamá y Portobelo, un trayecto de sólo 18 leguas pero muy accidentado, salpicado de montes elevados y cruzado por ríos torrentosos, que se hacía a lomo de mula en no menos de cuatro días. El alto costo de los fletes para las mercancías era por esa ruta simplemente inviable; no era así para los tesoros que pagaban lo mismo por la carga pero que tenían un valor por peso y volumen muchísimo mayor. Por esta ruta no existían los riesgos de naufragios como por la del Chagres. Pero sobre todo era mucho más rápida —la diferencia era de uno a cuatro comparada con la del Chagres— y esto era decisivo durante las urgencias de las ferias. Por eso fue, por antonomasia, la ruta de los tesoros. De hecho, en 1586, tras un naufragio en el Chagres con la pérdida de una importante carga de plata, la Corona prohibió el uso del río para el transporte de los tesoros. Esta prohibición definió aún más la especialización de las dos rutas.



“Perspectiva de las Casas Reales de la ciudad de Panamá, año 1591”, probablemente de Bautista Antonelli. Archivo de Indias, M y P, Panamá 33 y 236.

Durante las ferias, a juzgar por las series estadísticas que he manejado, los tránsitos operaban normalmente de la siguiente manera. La plata peruana y otros productos regionales (cacao, cascarilla, tintes, lana vicuña) se descargaban en el fondeadero situado entre Perico y Flamenco, dos islotes desabrigados a dos millas de Panamá, ya que esta ciudad no tenía puerto y sus orillas eran poco profundas. Desde allí se embarcaban en unos barquitos vernaculares de una vela, llamados “de la Tasca”, no más grandes que un bote. La carga era depositada en almacenes de la capital, y esperaban la llegada de la flota a Portobelo. Una vez llegada ésta, las mercancías tomaban la ruta del Chagres y los tesoros del rey el camino de Portobelo.

Durante el siglo XVI y buena parte del XVII, dado que la carga de mercancías sudamericanas ocupaba muy poco volumen, los transportes vía Chagres desde Cruces a Nombre de Dios/ Portobelo iban casi vacíos —cuando Nombre de Dios fue reemplazado por Portobelo a partir de 1597, quedó enteramente abandonado, y no volvió a repoblarse hasta fines del siglo XIX; Portobelo se convirtió desde entonces, hasta el fin del período colonial, en la terminal caribeña del Istmo—. En muchas ocasiones viajaban sin carga desde Cruces y ya estaban en la terminal caribeña cuando llegaba la flota. Sin embargo, cuando el volumen de las mercancías del Pacífico fue aumentando —de manera creciente desde mediados del XVII, con cacao sobre todo—, la práctica habitual era la de llevar esta carga con mucha anticipación a las ferias y depositarla, primero, en la Aduana de Cruces, luego en la Aduana situada en la boca del Chagres y aun en el mismo Portobelo, de manera que cuando llegaran las flotas ya la carga estuviese allí. Con esto se evitaba que el parque de mulas, siempre escaso en Panamá, tuviese que desviarse cargando mercancías de la capital a Cruces y pudiese concentrarse en el transporte de tesoros por tierra a Portobelo. La especialización de ambas rutas, y la asignación racionalizada de los transportes disponibles funcionaba precariamente, sobre todo por su escasez, pero así y todo funcionaba[172].

El monto de los tesoros varió mucho a lo largo del tiempo, pero la serie estadística que este autor ha podido reconstruir para un grupo representativo de años entre 1531 y 1665, con el total anual de barras, su peso, valor y costo de fletes, evidencia extremos entre unas 200 y poco más de 1.000 cargas mulares sólo para los tesoros del rey, con una media de más de 800 cargas mulares por feria. Para el total de los tesoros, incluida la plata de particulares, durante los años prósperos era común que se requiriesen entre 2.000 y 2.500 mulas. Todavía en 1645, cuando la remisión de plata empezaba a declinar, para la feria de ese año la plata del rey y de particulares —afirma una fuente oficial—, era transportada por 1.129 cargas de mulas, lo que representaba, como mínimo, un total de 2.258 barras de plata con un valor de 3,2 millones de pesos ensayados y unas 71 toneladas[173].

Entre 1575 y 1585 la plata enviada a la Corona varió desde un mínimo de 10 toneladas a un máximo de casi 45 toneladas anuales, con una media para los años conocidos, de 28 toneladas.

En la década de 1590 sólo para el rey se enviaban al año alrededor de 90 toneladas de plata. En 1609 se enviaban 55 toneladas, 29,2 en 1627, 57,3 en 1642, 75,6 en 1650, y 23,7 en 1660[174]. El cuadro adjunto muestra el tonelaje total que transitaba por Panamá con destino a España, es decir, la plata que se enviaba al rey y a particulares. Entre 1556 y 1575, la media anual remitida es de 46,5 toneladas; entre 1576 y 1595, la media anual es de casi 145 toneladas, y aún sigue subiendo. Entre 1596 y 1620, la media es de poco más de 159 toneladas al año. Todavía entre 1621 y 1630 las remisiones son elevadas, con una media de 154,9 toneladas anuales, pero a partir de allí empieza la caída. La media es de sólo 92,4 toneladas entre 1631 y 1650. Luego, el declive se acentúa: 40,3 toneladas entre 1651 y 1611, 18 toneladas entre 1656 y 1660 y sólo 1,3 toneladas entre 1661 y 1665.

Entre fines del siglo XVI y la década de 1620, el valor de las mercancías que se negociaban durante las ferias giraba en torno a los 20 millones de pesos; el promedio para los ocho años de ferias con datos entre 1650 y 1695 fue de casi 23 millones de pesos; entre 1706 y 1737 el promedio fue de 16 millones.

Dado que la crianza de mulas era costosa y problemática, y eran muchas las que morían en cada feria, en Panamá se fijaron ordenanzas para evitar que cargaran más de 8,5 arrobas (o 212,5 libras) por viaje entre Panamá y Cruces o entre Panamá y Portobelo, aunque esta normativa no siempre se obedeció. Hasta la década de 1570 la plata solía llevarse en barras de 25 libras, y cada una se evaluaba en 250 pesos ensayados. Pero desde 1579 el peso unitario empezó a aumentar, manteniéndose en alrededor de 30 libras hasta 1603; luego se eleva a 40 libras hasta 1607, para subir a 50 y luego a más de 60 libras la barra en la década de 1620. En un principio sólo se llevaban seis barras por mula y así se continuó haciendo hasta que las barras llegaron a pesar 40 libras, lo que representaba un peso por carga de 240 libras, una cantidad desmedida que excedía en mucho las 8,5 arrobas reglamentarias, con perjuicio de transportistas y bestias. El aumento del peso obedecía, aparentemente, al propósito de evitar fraudes, ya que era más difícil ocultar una barra de mayor tamaño; además, una barra tan pesada habría hecho más difícil los robos, pero no siempre se podía evitar que algunas se cayeran de las mulas y se extraviaran, lo que ocurría a menudo. Pero también podría imputarse al propósito de los propietarios de los tesoros de ahorrar fletes, pues seis barras con mucho más peso tenían más valor pero pagaban el mismo flete que seis más livianas.

De hecho, no fue hasta 1630 que el presidente Álvaro Quiñones Osorio estableció por ordenanza que sólo habrían de ir cuatro barras por

Tesoros transportados por Panamá por promedios quinquenales

Quinquenios	Pesos ensayados (de 450 maravedíes)	Toneladas
1556-1560	799.900	34,5
1561-1565	1.165.584	50,3
1566-1570	1.414.122	61,0
1571-1575	928.716	40,0
1576-1580	1.966.721	84,8
1581-1585	3.818.699	164,6
1586-1590	2.859.915	123,3
1591-1595	4.785.141	206,3
1596-1600	4.406.848	190,0
1601-1605	3.074.819	132,6
1606-1610	3.957.056	170,6
1611-1615	3.188.656	137,5
1616-1620	3.854.394	166,2
1621-1625	3.241.281	139,7
1626-1630	3.942.815	170,0
1631-1635	2.686.404	115,8
1636-1640	1.957.752	84,4
1641-1645	2.092.098	90,2
1646-1650	1.836.205	79,2
1651-1655	933.602	40,3
1656-1660	416.778	18,0
1661-1665	29.266	1,3

Fuentes: Basado en Alfredo Castillero Calvo, Economía Terciaria..., pp. 51-53. El tonelaje se ha calculado teniendo en cuenta que los pesos ensayados eran de 450 maravedíes, y su peso 43,11 gramos.

carga, con lo que se volvía a la carga original de unas 150 libras, cuando seis barras pesaban cada una 25 libras[175]. Ya en 1622 uno de los oficiales de Hacienda, Juan López de Cañizares, señalaba las desventajas de las barras de 100 a 130 marcos —o 50 y 65 libras— que era el peso normal en su tiempo, recomendado que éstas fueran de 60 marcos o 30 libras por ser más manejables y poderse salvar fácilmente en caso de naufragio[176]. Las barras, sin embargo, continuaron manteniendo su peso de 60 y más libras. Así por ejemplo, el jesuita Hernando de Padilla —que visita Panamá entre 1628 y 1629, y presenció maravillado la llegada a Portobelo de "más de 2.000 mulas" cargadas de plata—, afirmaba que "una mula" cargaba "dos barras, que son de ordinario de a mil pesos cada una"[177]. (Si un peso de plata equivale a una onza, el peso de cada barra era de 62,5 libras y si cada mula cargaba dos barras de mil pesos, las 2.000 que menciona Padilla llevaban un total de 4.000 barras con un peso aproximado de 125 toneladas. Su valor equivaldría a 5.720.000 pesos ensayados, ya que seguramente él se refería a estos pesos; los ensayados eran pesos de cuenta y valían 1,43 más que los de ocho reales, que eran moneda acuñada).Todavía en los años siguientes, hasta por lo menos 1660, el peso medio de las barras era de entre 61,5 y 64,7 libras, de modo que la iniciativa de Quiñones no prosperó.

Las barras iban marcadas con diferentes sellos y señales de identidad para que el propietario o las autoridades pudieran reconocerlas; a menudo tenían numerosas marcas, ya que cambiaban de dueño con frecuencia. Finalmente, las barras de plata fueron sustituidas totalmente por plata amonedada. Ya desde la década de 1590 habían empezado a llegar remesas de plata amonedada, lo que introdujo un cambio importante en los transportes y dio ocasión al florecimiento en Panamá de la pequeña industria de la cajonería. Desde esas fechas se estableció que cada carga mular sería de dos cajones de 2,000 pesos de a 8 reales cada uno, o su equivalente en oro y en barras, de modo que las bestias llevaran a cada costado un cajón para componer una carga de 4.000 pesos, lo que equivalía a un peso de 250 libras, ya que el peso en moneda pesaba cada uno una onza). La tendencia a aumentar las remesas de plata en moneda va acentuándose con los años. Así, en 1597, representan el 20%, pero en 1609 ya eran cerca del 30% del total de las remesas. El temor al fraude fue lo que motivó esta tendencia. Un documento de fines del XVII señalaba, en efecto, que los ingleses y franceses que contrabandeaban en las costas panameñas preferían la plata en barras a la amonedada, ya que obtenían un premio mayor cuando llevaban la plata a Europa en esa forma. Estos hechos sin duda contribuyeron a que la política de amonedar la plata cobrara mayor importancia. De esa manera, ya en el siglo XVIII era raro el embarque de plata en barras. Por ejemplo, en los registros por valor de más de 13 millones de pesos para las compras en la feria de 1726 prácticamente la totalidad iba en moneda[178].

El parque mular variaba de una feria a otra. En cada feria se producía una altísima mortalidad debido a la concentración de los tránsitos mientras duraba el trajín, es decir entre 30 y 40 días, y cada año debían importarse cientos y hasta millares de mulas desde Centro América para reponer las pérdidas de la feria anterior. Su importación variaba según el estimado que hacían los transportistas para el volumen esperado de los tesoros y las mercancías de las ferias. Se comprende que mantener activas las recuas de mula resultara tan costoso, y que en consecuencia los fletes fuesen tan caros. De allí que el parque mular se mantuviese dentro de marcos bastante rígidos, lo que obligaba a racionalizar celosamente su uso.

Por razones de seguridad, la Armadilla del Mar del Sur no salía del Callao con la carga de la plata peruana hasta que se tuviesen noticias de la proximidad de la flota en el Caribe, y la feria no debía demorarse más de 30 ó 40 días en Portobelo. El plazo para el transporte de los tesoros era, pues, perentorio y no podían admitirse demoras,

por lo que era preciso que la totalidad del parque mular se emplease sólo en el transporte de los tesoros, no quedando una mula desocupada hasta que se hubiese descargado en Portobelo la última barra de plata.

Era cuando se terminaba la feria que realmente entraba en movimiento la ruta del Chagres. La totalidad de la flota fluvial se componía, según los tiempos, de entre 25 y 40 chatas y bongos (más bien entre 25 y 30) con una capacidad agregada de carga de entre 500 y 1.200 toneladas. A principios del siglo XVIII navegaban el Chagres 16 chatas y 8 bongos. La capacidad media de las chatas era de 26,5 toneladas y de 13 toneladas la de los bongos, haciendo un tonelaje total de 5.572 toneladas, según un informe del presidente de Panamá, marqués de Villarrocha, con ocasión de la feria de 1731[179].

Un viaje redondo con carga de mercancía entre Panamá y Portobelo por la ruta del Chagres duraba no menos de 40 días. La carga de las flotas solía ser de entre 3.000 y 4.000 toneladas. De modo que toda la flotilla de un año típico, con 25 unidades y una capacidad de carga de 500 toneladas, habría necesitado entre seis y ocho viajes redondos, es decir, otros tantos meses para transportar toda la mercancía de una feria desde Portobelo hasta Panamá.

Lograr que la ruta transístmica funcionara eficientemente al servicio del gran sistema de los tránsitos no fue, como se ve, una tarea fácil. En realidad era una auténtica pesadilla, sobre todo por los repetidos conflictos entre mercaderes y transportistas en el ajuste de fletes, los altísimos costos de almacenaje, las agobiantes tasas fiscales y otros gastos menores, todo lo cual convertía la ruta panameña en un auténtico nudo de asfixia. Sin embargo era la única ruta disponible ya que era la única autorizada para el transporte de la plata.

Hacer funcionar la gigantesca maquinaria del sistema, armonizando la salida de las flotas desde Sevilla o Cádiz, con la producción argentífera peruana, que debía esperar a la caída de las aguas para proceder al beneficio de la plata, la conducción de ésta hasta Arica, por cientos de kilómetros a lomo de mula, y desde allí hasta Callao para los correspondientes registros y luego hasta Panamá, no era una operación simple ni fácil de acometer. Los problemas que oponía la barrera del Istmo a veces resultaban insuperables si la feria tenía lugar en invierno y los pasos se hacían intransitables; si la salida de la flota de Portobelo quedaba detenida por la amenaza de piratas, o si los dueños de mulas se rehusaban a cargar la plata por tarifas inferiores a las que reclamaban dada la carestía, por ejemplo, de maíz, y los gastos del parque mular eran mayores que los ingresos por fletes. Éstas eran situaciones asaz frecuentes. Era entonces cuando la barrera transístmica se convertía en una grave amenaza para el funcionamiento de todo el sistema.

Es comprensible que tan complejo sistema funcionara con dificultad, y que cualquier falla en el engranaje lo paralizase; pero aún así funcionó.

El difícil diálogo del hombre con la naturaleza

Pese a todas las dificultades, la naturaleza se mostró pródiga con el sistema. Las lluvias empezaban a caer justo a tiempo para que la plata pudiera ser beneficiada y trasladada a Lima o a Arica, precisamente hacia abril, es decir cuando empezaban a soplar los sures que facilitaban la navegación a Panamá, a donde se llegaba como dije en 30 días. En mayo apenas empezaba a llover en Panamá, los pasos del camino de tierra, a Cruces o a Portobelo, eran todavía transitables por la larga temporada seca de 3 a 4 meses, y los numerosos ríos y quebradas del trayecto aún no presentaban crecidas peligrosas, todo lo cual favorecía el trasiego de las mulas con los tesoros y mercancías. Finalmente, para esas mismas fechas ya habían dejado de soplar en el Caribe los peligrosos nordestes —cuya temporada era de diciembre a marzo—, y la navegación de la flota, de Cartagena a Portobelo, y viceversa, podía realizarse sin mayores riesgos; es más,

entre mayo y agosto era la mejor época para navegar y cuando el trayecto de regreso de Portobelo a Cartagena podía realizarse en el menor tiempo posible, precisamente cuando la flota debía salir de Portobelo para Cartagena y de allí seguir rumbo a La Habana. Es decir que, considerada la época, todas las circunstancias eran favorables para que el sistema marchara de la mejor manera posible, como si la Naturaleza y el Hombre, por una vez, se hubiesen puesto de acuerdo. Si todo el cronograma se cumplía como estaba previsto, las flotas podían estar de vuelta a España antes de que el invierno amenazara sus costas.

Tal era, en efecto, el programa ideal, y de hecho la mayoría de las veces se cumplió. Por lo que podría legítimamente sospecharse que cada punto del programa estaba más bien condicionado a los dictados ecológicos del mundo físico, que apoyado en las racionalizaciones creadas en Madrid o Sevilla. Y es que la naturaleza, sobre todo en aquellos tiempos, en que las principales fuentes de energía tenían en ella su origen, no podía ser una instancia ajena a la acción del hombre y a la que éste podía ignorar en el montaje de una maquinaria tan compleja. En el diálogo permanente que mantenía con la Naturaleza, el Hombre tenía que adaptarse a sus leyes de hierro o sacarles el máximo provecho.

Las rutas del oro en la Nueva Granada

Uno de los territorios que enfrentaba mayores dificultades para sacar sus metales preciosos era la Nueva Granada, cuyo sistema de comunicaciones se encontraba entre los peores del período colonial americano. Los patrones de asentamiento humano que se establecieron desde la Conquista crearon una distribución de los habitantes del país en grupos bastante aislados. Se formaron, de esa manera, cuatro grandes regiones: la Cordillera Oriental, integrada por Cundinamarca, Boyacá, Santander y, debido a sus vínculos comerciales con las anteriores, Tolima; la región del Cauca; la región antioqueña, y la Costa Atlántica. Cada una se desarrolló autárquicamente, manteniendo muy escasa comunicación entre sí. Estas regiones se encontraban a veces separadas por grandes obstáculos geográficos. Largas distancias separaban los centros poblados, que a menudo quedaban apartados unos de otros por inmensas zonas vacías. Por eso se ha comparado la ocupación del territorio neogranadino con un archipiélago. Este aislamiento creaba grandes dificultades para las comunicaciones[180].

Sin embargo, la Nueva Granada pudo contar con el río Magdalena, que se convierte en la gran arteria de comunicación con el exterior y la gran vía de salida de su producción aurífera. Pero el Magdalena no era un río fácil. La primera dificultad era su salida al Caribe, ya que su delta impedía o dificultaba muchísimo el acceso de las embarcaciones. Por otra parte, entre el delta y Cartagena, que era el único puerto importante en el Caribe neogranadino, mediaba una costa peligrosa por sus arrecifes y bajos, expuesta durante la estación de los alisios a fuertes vendavales que hacían muy arriesgada la navegación. De esa manera, era necesario conducir las mercancías a lomo de mula 22 leguas al interior desde Cartagena para comenzar a remontar el río desde Barrancas. La solución para evitar este trayecto y conducir las mercancías directamente desde la bahía de Cartagena tardó bastante en llegar pues no fue hasta 1650 cuando se construyó el célebre Canal del Dique.

Desde Barranca se navegaba por el río hasta Mompox en embarcaciones de 5 a 6 toneladas y de Mompox hasta Honda en canoas de 3 a 4 toneladas. El viaje estaba lleno de peligros y las pérdidas eran enormes. En las márgenes vivían indígenas no sometidos que a menudo atacaban las embarcaciones y los viajeros y las mercancías estaban constantemente expuestos al saqueo de los bogas, las incomodidades de la intemperie, los insectos, las sequías, las crecientes y los naufragios. Desde Cartagena a Barranca el viaje demoraba 4 días; de Barranca a Mompox otros 4 días; de Mompox a Honda, 22 días. Total, un mes completo[181]. Luego

había que emprender desde Honda el trayecto a Bogotá, un accidentado camino de herraduras de 150 kilómetros descrito por los viajeros como ejemplo de los peores caminos del Nuevo Mundo: otros 8 días. Total: 38 días. Pero a veces se tardaba más por la falta de bongos, champanes y canoas, por los ataques indígenas, por las sequías o el exceso de aguas, o por simple decisión de los viajeros, como le sucedió a Humboldt cuando viajó por el río en 1801. Los tiempos de navegación eran inevitablemente muy variables. Un texto oficial de hacia 1610 indica que la navegación por el río hasta Santa Fe demoraba normalmente 28 días, y el camino por tierra de Honda a la capital, 10 días, total 38 días. El viaje a la inversa era menos demorado. De Santa Fe a Honda tardaba lo mismo que a la subida, 10 días, pero la bajada por el Magdalena tomaba sólo 8 días[182]. Numerosos viajeros de principios del siglo XIX que navegaron por el Magdalena antes de la introducción del vapor, como el coronel John Potter Hamilton, demoraban hasta Honda no menos de tres meses, tiempo que, al parecer, se consideraba normal por aquellos años[183]. En algunos casos extremos se tardaba hasta cinco meses.

El Canal del Dique era una obra hidráulica llena de defectos y nunca se pudo solucionar el problema del lodo que arrastraban las corrientes ribereñas y se acumulaba en el fondo. De esta manera se cegó y dejó de usarse por largos períodos, teniendo entonces nuevamente que embarcarse las mercancías desde Cartagena, tomando la ruta marítima hasta las Bocas de Ceniza y remontar el Magdalena hasta Barranca, en todo lo cual se empleaban 14 días. En 1801, Humboldt encontró obstruidas las mismas Bocas de Ceniza y el viaje desde Cartagena a Honda le tomó 38 días. Sin embargo, esta ruta fue casi la única para acceder a los altiplanos del Nuevo Reino durante todo el período colonial.

La gran mayoría de los caminos del territorio neogranadino eran de herradura y la mula era el principal medio de transporte. La red caminera seguía los núcleos poblados buscando las líneas más cortas posibles, con la consecuencia de que a menudo los trayectos se hacían por pendientes elevadísimas y peligrosas. Este trazado colonial perduró hasta el siglo XIX, lo que impidió su transformación eventual en caminos de ruedas, sin importar las mejoras que se hicieran al pavimento. Con tales características, se comprende que el transporte del oro, las mercancías y pasajeros, no pudiera hacerse de otra manera que a lomo de mula, aunque también se emplearon frecuentemente cargueros humanos, como queda descrito en numerosos relatos de viajeros decimonónicos. Pero era la mula la preferida, sobre todo para las largas distancias y el transporte de mercancías, ya que podía cargar entre 200 y 250 libras.

En la Nueva Granada del decimonono la red básica de transportes se parecía notablemente al sistema de carreteras que describen las crónicas del siglo XVIII. Este panorama era común al resto de Hispano América.

Caravanas de mulas para el transporte de la plata

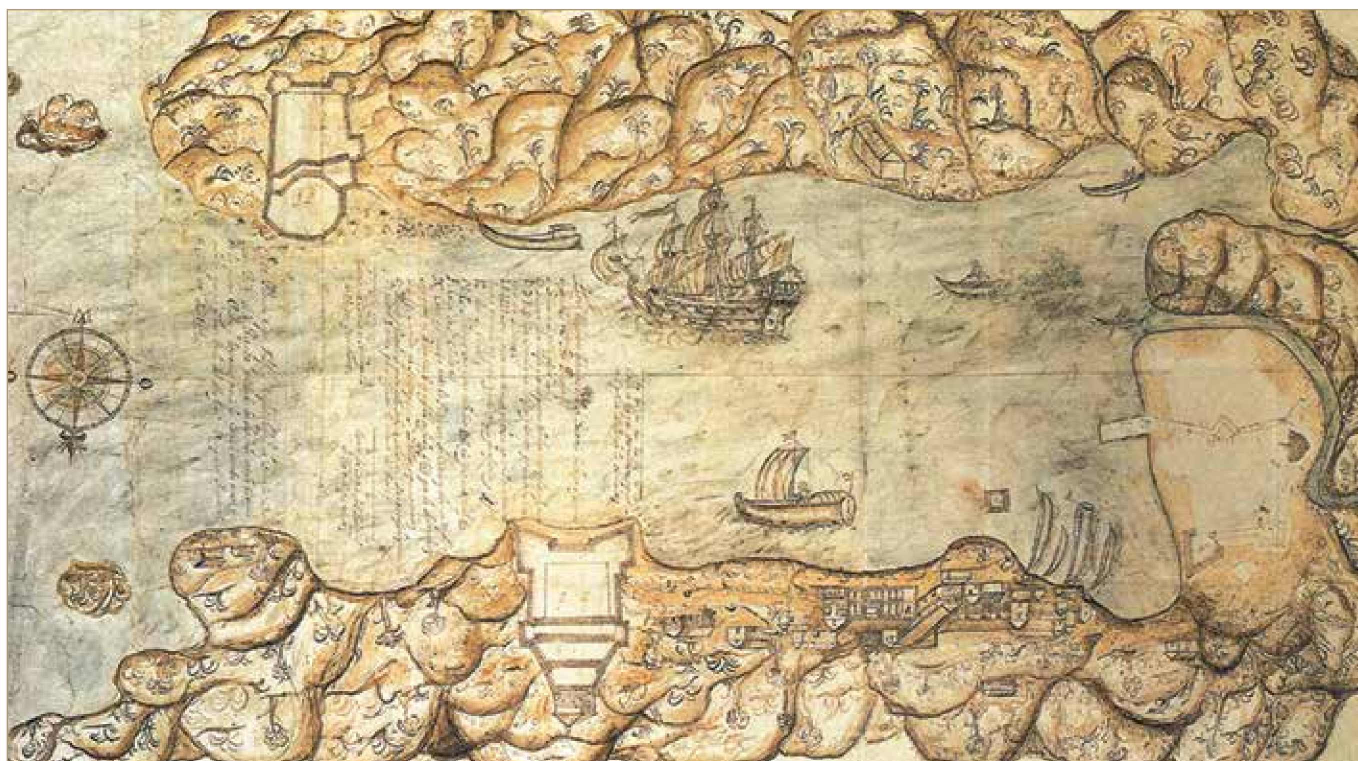
La mula fue la gran campeona de las comunicaciones por tierra y sin ella difícilmente se hubieran podido desarrollar eficientemente los transportes internos americanos. Debido a su enorme y creciente importancia la mula fue, sin comparación, el animal de carga con más demanda durante todo el período colonial y hasta muy avanzado el siglo XIX. Para el transporte de la plata fue esencial.

Humboldt se asombraba de los millares de mulas que semanalmente bajaban desde Chihuahua y Durango a la ciudad de México, cargadas de plata, cueros y vinos del norte, para regresar por el mismo camino con géneros de Europa introducidos por Veracruz y textiles de los obrajes de Querétaro y Puebla[184]. En la ruta de 500 kilómetros del camino Real del Norte, desde la capital mexicana hasta Santa Fe en Nuevo México, pasando

por los centros mineros o con ramales hacia éstos, se empleaban de manera regular entre 50.000 a 60.000 mulas[185]. También según Humboldt, "sólo el comercio de Veracruz ocupaba cerca de 70.000 mulas al año; y en la ciudad de México se emplean más de cinco mil en el lujo de los tiros"[186].

Pero la mula no sólo se usaba como animal de carga o de tiro, sino que también se vendía como cualquier mercancía, con la gran ventaja de que podía ser conducida a su destino por sus propios medios y sin necesidad de otro transporte. Fueron célebres los grandes centros de crianza mular, desde Venezuela a Tucumán y Córdoba, desde la Choluteca y Nicoya a Guadalajara. La cría de mulas y vacunos, que por decenas de millares se producían en las comarcas de "Tierra Adentro", tenían por destino los mercados interiores de Nueva España. Potosí, La Paz, Cuzco, Lima, Oruro, Paita, se abastecían también por decenas de millares anuales de mulas llevadas desde Salta, de las que se criaban en Santa Fe, Entre Ríos, Buenos Aires, Santiago, Córdoba y Tucumán. Grandes cantidades de mulas se exportaban a las Antillas desde Los Llanos, Cumaná, Barcelona y la Guayana. Y de la misma manera que en los dos mayores virreinatos y en Venezuela se formaron verdaderos circuitos pecuarios a base del comercio mular, así también en Centro América, desde El Salvador, Honduras y Nicaragua, año tras año, largas caravanas de mulas viajaban a lo largo de centenares de kilómetros para el mercado transístmico de Panamá[187].

Gracias en parte a la difusión que ha tenido el pintoresco relato de Concolorcorvo[188], la más conocida de estas caravanas de mulas, era la que salía desde los núcleos coloniales de la actual Argentina —Buenos Aires, Saladillo de Ruy Díaz, Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Salta— para su venta en el centro minero de Potosí o en el comercio de Lima. Las exportaciones anuales subieron



"Planta del designio de la nueva villa de Portobelo hecha por el General de Batalla D. Luis Venegas. Esta planta copió y verificó el General de Batalla D. Juan Baptista de la Rigada midiendo las distancias con la cuerda en los mismos puertos y terrenos; menos los castillos, escala norte adornos que no estaban en la del dicho General Venegas en Portobelo a 22 de octubre de 1688". Archivo de Indias, M y P, Panamá 97.

de 12.000 bestias en 1630 a 20.000 en 1700, aunque disminuyeron durante la decadencia de las minas hasta mediados del XVIII. Pero ya para la década de 1770 se vendían entre 50.000 y 60.000 animales en la gran feria de Salta, donde se concentraba la producción de mulas de la pampa para le venta en las minas de los Andes y en el mercado peruano. A esta caravana se unía otra menor, que salía del Valle Central de Chile, por los alrededores de Santiago, y cruzaba los Andes por el paso de Uspallata —situado a 4.000 metros de altura—, y descendía hasta Mendoza para unirse con el hilo que seguía la ruta de Salta.

Numerosas narraciones fechadas desde principios del siglo XVII, describen las interminables caravanas de mulas que iban desde Buenos Aires a Potosí, pasando por Saladillo de Ruy Díaz, Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán y Salta, para desde allí empinarse hasta Potosí y llegar hasta Lima. En el inmenso recorrido por la pampa argentina, lo que encontraba el viajero entre una población y otra, separadas por cientos de kilómetros —según Judío Portugués, de Buenos Aires a Córdoba, 200 leguas, de Córdoba a Santiago del Estero 60 leguas; de aquí a Esteco 80 leguas; de Esteco a Potosí 160 leguas—, eran inmensos hatos de ganado mayor, avestruces y una que otra choza indígena. Y sin embargo se trataba de la ruta más importante de Sudamérica para el comercio mular, sólo comparable a las que desde distintos puntos de Nueva España se dirigían a los centros mineros o a la capital del virreinato[189].

Descripción de las ferias

Las ferias de Portobelo eran las más celebradas, las que mayormente excitaban el imaginario de la época (sin duda mucho más que las de Veracruz/Jalapa) y las que mejor caracterizan el sistema. Desde Cieza de León a mediados del siglo XVI, hasta Antonio de Alcedo y Herrera, dos siglos y medio más tarde, encontramos aquí y allá diversos autores que emplean los calificativos más altisonantes para referirse a las ferias que se celebraban en el Istmo. Me limitaré a recordar algunos.



La feria de Portobelo en 1637. Grabado del libro del dominico Thomas Gage, *Viajes al Nuevo Mundo*.

Periodicidad decenal de las ferias.
Años 1580-1699

Década	Ferias	Frecuencia anual	Observaciones
1580-1589	7	1,43	
1590-1599	3	3,33	Entre 1590 y 1594 “hubo en toda España la peste que llaman de moquillo por lo cual no hubo en dicho tiempo armadas”.
1600-1609	8	1,25	
1610-1619	6	1,67	
1620-1629	6	1,67	
1630-1639	5	2,00	
1640-1649	7	1,43	
1650-1659	6	1,67	Desde 1654 “empezaron a descaecer los viajes de la Carrera de las indias y al mismo paso que ellos descaecían se fue aniquilando la opulencia y comercio de estos reinos”.
1660-1669	3	3,33	
1670-1679	2	5,00	
1680-1689	2	5,00	
1690-1699	2	5,00	

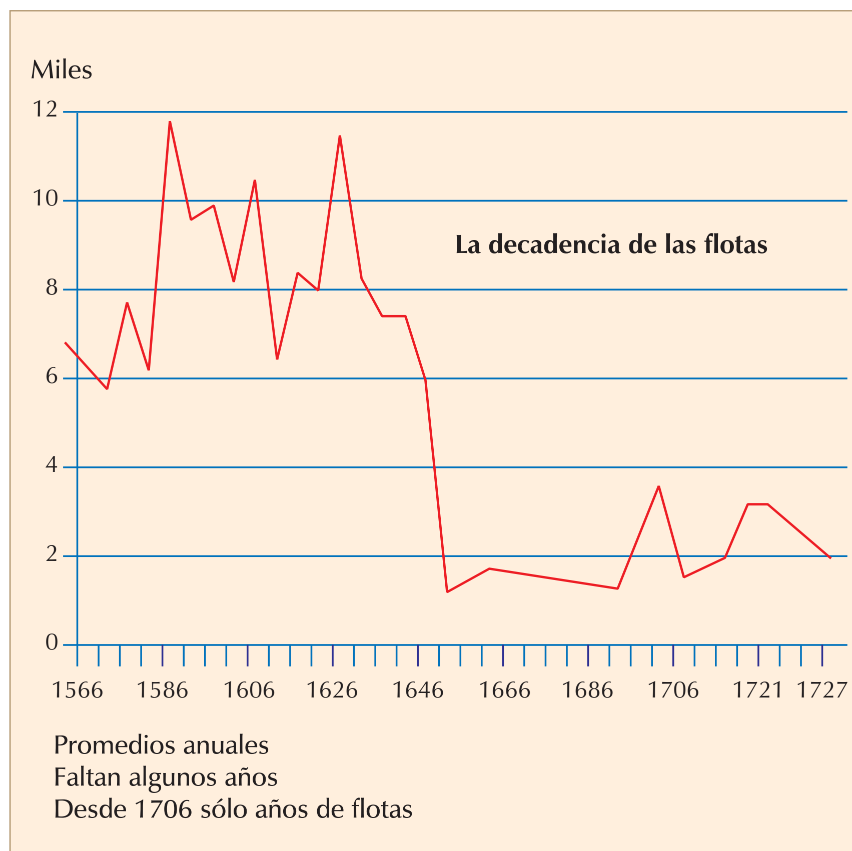
Fuente: “Manifiesto que a su majestad [...] y al Consejo [...] hace el capitán de mar y guerra don Bartolomé Antonio Garrote [...] en que demuestra que las armadas y flotas de Nueva España y Tierra Firme han salido de este reino para la América [...] desde 1580 a 1699”, en 22 hojas, desde fol. 192, en un tomo titulado con documentos sobre distintos temas titulado “Tratado de los títulos y grandes de España, tomo 1, Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Manuscritos de América I, signatura 12633.

El ya citado Judío Portugués, un agudo observador que visitó Panamá en la primera década del siglo XVII y dedicó una extensa relación al virreinato peruano escribe: “Esta es la mejor feria que tiene el mundo, porque en quince días se despachan aquí diez millones de mercaderías conforme son las flotas”. En 1637, otro famoso viajero, Thomas Gage, escribe las páginas probablemente más citadas por todos los que se han interesado en el tema. Expresaba maravillado, luego de haber visto descargar miles de barras de plata en el piso de la plaza del mercado y de asistir al espectáculo de la carga y descarga de la flota durante los quince días que ésta duró: “me atrevo a afirmar que no hay en todo el mundo una feria tan magnífica como la de Portobelo”[190]. Con parecido entusiasmo se pronunciaba en 1623 el tesorero de las Cajas de Panamá Juan López de Cañizares cuando afirmaba que Portobelo era “puerto tan importante, frontera, llave y paso para el Perú y donde se recoge el tesoro que de allá viene para S.M. y se hace la mayor feria del mundo[191]”.

En las “Noticias Sacras y Reales” de Diez de la Calle, fechadas en 1659, leemos: “En esta ciudad [Portobelo] se celebra la mayor feria que se conoce en el orbe pues hay año que se junta en esta ciudad, que solo tendrá dos calles, veinte millones en reales, oro y barras, sin los géneros preciosos de cacao, lana vicuña, tinta y palo brasil, cueros y otras especies y géneros de mercadurías; esto sin lo que llevan las naos de flota, que será casi otros tantos millones en ropa y géneros de España de que se

necesita en las Indias, y en el tiempo que está allí la flota, que suele ser un mes, se suele alquilar una casa en mil pesos ensayados solo los altos de ella". Total, alrededor de 40 millones de pesos en transacciones[192].

Con éstos o parecidos comentarios encontramos varias referencias a las ferias en diversos documentos del Consejo de Indias del siglo XVII, aún después de que las ferias habían empezado a dar señales de decadencia irreversible. Iguales adjetivos utilizan testigos tan desapasionados y críticos como Dionisio de Alcedo y Herrera, que además de conocerlas y estudiarlas como probablemente nadie lo hizo en su época, le tocó presenciar su clausura. En uno de sus tantos textos sobre el tema escribía Alcedo en 1759: "Esta bahía, puerto y ciudad [Portobelo] han sido el teatro de las mayores ferias que se han visto en el mundo y que nos refieren las historias"[193].



Movimiento marítimo de Portobelo. Tonelaje agregado de entradas. Años 1566-1737.

Simetrías y recurrencias del sistema

Las descripciones de las ferias portobeleñas se caracterizan por insistir en los mismos temas: carestía de almacenes, alojamientos y vituallas; alta mortalidad; mulas cargadas de barras de plata arrojadas descuidadamente en el pavimento y sin temor a que se perdieran; construcción de improvisadas tiendas con el velamen de los galeones; concertación entre las partes en materia de precios y tarifas; valor por decenas de millones de pesos de plata en lingotes y monedas que llegaban de Perú, y otros tantos millones en mercancías que intercambiaban ambos comercios; dependencia externa del puerto para su abastecimiento, y otros asuntos de este tenor.

Pero si, según esto, las características de las ferias, sus mecanismos y los procedimientos que se seguían en ellas para su funcionamiento, se repetían una y otra vez, también ocurría lo mismo con el intercambio de bienes entre ambos comercios. Porque, ¿no es el colmo de la monotonía y la repetición, intercambiar feria tras feria, década tras década, siglo tras siglo, el mismo inventario de productos? De hecho, desde las primeras décadas del siglo XVII, hasta la última feria, son la plata, el cacao, la lana vicuña, la piedra bezoar, las constantes menciones en las listas de productos protagónicos que exportaba América; aunque la plata la ocupa, con enorme ventaja, la primacía.

También sorprende la escasa variación en el tamaño de las flotas y en el volumen de la carga, ya que ésta es una medida más adecuada para conocer las dimensiones del comercio. En la segunda mitad del siglo XVI, cuando predomina la carga de volumen como el trigo, la vid y el aceite de oliva, hubo

muchas flotas cuya capacidad agregada se sitúa entre las 10.000 y 15.000 toneladas. En un año tope como 1589 las embarcaciones mercantes llegaron a desplazar 15.996 toneladas. Entre 1592 y 1608, cuando las flotas sufrieron su primera crisis, sólo en una los navíos mercantes se acercaron a las 10.000 toneladas, siendo la mayoría de entre 4.000 y 6.500 toneladas. En el decenio de 1617 a 1628, el promedio anual desciende a las 3.600 toneladas. La de 1624, considerada "grandiosa" por los contemporáneos, sólo desplazó 4.350 toneladas. Pero la flota de 1637 sólo alcanza 2.590 toneladas. Entre 1645 y 1660, cuando las ferias empiezan a dar claras señales de descomposición, la capacidad media se reduce a unos 42 navíos anuales y 3.461 toneladas. Ya para entonces, la carga que predomina son las telas y otros productos manufacturados. Entre 1658 y 1699, sólo se celebraron 14 ferias en Tierra Firme, y los volúmenes se fijan en unos techos máximos y mínimos que oscilan entre 2.000 y 6.000 toneladas de mercancías, con un promedio por flota de 16 embarcaciones. Pero hubo flotas con sólo 7, 8 y 9 embarcaciones. Sólo tres flotas llegaron a 20 embarcaciones y la de 1685 a 25. En las seis flotas que llegaron para las últimas ferias de Portobelo, hubo dos con menos de 2.000 toneladas y la mayor no llegó a 4.000 toneladas.

Ahora bien, si el volumen de las mercancías y los tesoros no variaba y si lo hacía era poco, era igualmente lógico que el valor de las transacciones tampoco sufriese grandes cambios. Según ya hemos visto, a causa de los fraudes resulta muy difícil establecer el monto de las transacciones, por lo menos a partir de las primeras décadas del siglo XVII, cuando la institucionalidad del fraude es ya un hecho y las estadísticas de impuestos como el almojarifazgo se hacen cada vez menos confiables. A falta de esta seguridad, podemos confiarnos de las voces contemporáneas, que de manera reiterativa aseguran que el valor del comercio que se realizaba en las ferias podía oscilar, según ya se dijo antes, entre 20 y 40 millones de pesos de a ocho[194].

La Casa de Contratación y el Consulado de Sevilla

El concepto de ferias, en puertos fijos y con carácter exclusivo, era inherente al monopolio comercial que estableció España en el Nuevo Mundo, así como era consustancial al concepto de colonia el carácter exclusivista del comercio. Por eso sólo habrían de celebrarse ferias en el Istmo de Panamá y en Veracruz o Jalapa. Era allí donde se concentrarían las mercancías que de España (es decir Europa) se enviaban a los insaciables mercados americanos, y que de América se enviaban a España, y era allí donde se recogían los tesoros de las minas americanas para ser enviados en seguros convoyes a la Madre Patria. La feria era el lugar de encuentro de los dos comercios, una actividad que se hacía (o debía hacerse) bajo la estricta vigilancia de las autoridades regias, para evitar que los extranjeros introdujeran sus mercancías y la plata tomara otro rumbo que no fuera España. Estaba prevista como una actividad rigurosamente controlada, estrictamente fiscalizada por el Estado para el exclusivo beneficio de los súbditos de España. Éste es uno de los sentidos fundamentales en que debe entenderse el monopolio del Estado español en el comercio americano. Por la misma razón, las flotas y galeones debían ir en convoyes estrictamente organizados bajo la vigilancia rigurosa del Estado, partiendo desde sus puertos de salida en números predeterminados, con un tonelaje prescrito, todos bajo el único y exclusivo pendón español, con fechas de partida y llegadas rígidamente establecidas de antemano por el Estado.

El obsesivo reglamentismo español, que todo lo quería controlar, señalando pautas y frenos, aun en las cosas más baladíes, se refleja con claridad en la legislación que regulaba la Carrera. Desde el comienzo se estableció que las flotas y galeones debían ser anuales y que habrían de zarpar en determinadas fechas del año. Pero de las 79 flotas que fueron a Nueva España entre 1560 y 1650, sólo once llegaron en el mes preestablecido, es

decir en mayo. Los galeones de Tierra Firme se ajustaron todavía menos a este calendario. Se tenía previsto que estos galeones llegaran a tiempo para celebrar la feria en agosto. Durante el mismo período señalado, de 69 salidas conocidas sólo una llegó a tiempo. La norma que predominó durante todo el tiempo que duró el sistema fue que a Tierra Firme los galeones llegaran sobre todo entre abril y junio, con predominio de mayo. Como era inevitable, el tornaviaje tampoco pudo ajustarse a los calendarios prefijados. El incumplimiento de la anualidad fue aún más notorio. En Tierra Firme, en los 195 años que median entre 1544 y 1739, año de la última feria que se organizó, sólo se realizaron, según mis propios cómputos, 105 ferias. Es decir, apenas poco más del 50% de lo que se tenía previsto. La realidad fue, sin embargo, mucho más cruda de lo que sugiere este cálculo porcentual, ya que, como resultado de la descomposición interna del sistema, zarandeado por todos lados por el contrabando, el fraude y otros factores, a medida que fue avanzando el tiempo cada vez se fueron espaciando más. Durante los primeros años del sistema se celebraron con la esperada regularidad anual (una feria cada 1,3 años entre 1544 y 1589). Pero esta anualidad se pierde a partir de 1590: una feria cada 2,2 años hasta 1610. De hecho, entre fines del siglo XVI y 1620, a veces se celebraban anualmente, pero en ocasiones había intervalos de uno o dos años. La anualidad se recupera parcialmente entre 1611 y 1622, cuando se celebran diez ferias en once años. Hasta 1650 el promedio fue de una feria cada 1,28 años; entre 1651 y 1663, una cada 1,7 años; entre 1664 y 1679, una cada 2,5 años; entre 1680 y 1695, una cada cinco años, lo que evidencia el progresivo deterioro del sistema desde mediados del siglo XVII. De hecho, a medida que avanzan los años se iban haciendo cada vez más espaciadas: entre 1696 y 1711 sólo se celebran dos, es decir a razón de una cada 7,5 años. En conjunto, entre 1637 y 1731, sólo se celebran 16 ferias, o sea una cada 5,8 años. Finalmente, en el siglo XVIII sólo se celebraron cinco ferias: la de 1708, la de fines de 1713 y principios de 1714, la de 1722, la de 1726 y la de 1731, que fue la última que se celebró. En los últimos años del sistema, hubo períodos sin ferias que se extendieron por 9 y 11 años, y si descontamos la de 1713, que no fue propiamente una flota, un lapso sin ferias llegó a la cifra récord de 14 años. Casi todas fueron un fracaso, salvo la de 1726 que no resultó tan mal. Para 1739 se estaba organizando otra, pero Edward Vernon capturó Portobelo y tuvo que cancelarse. No se celebraron más ferias[195].

El reglamentismo a ultranza pudo funcionar durante algún tiempo en el reinado de Felipe II. Se convirtió en una suerte de segunda naturaleza del sistema imperial, y es uno de los aspectos que mejor lo caracterizan. Pero más tarde devino en un verdadero lastre, aunque nadie parecía querer reconocerlo y nadie se atrevió a proponer seriamente que lo cambiaran. Como resultado, la normativa que regulaba el comercio con las Indias quedó como mero proyecto ideal e irrealizable, pero era así como se había legislado desde el principio y este concepto se mantuvo, en esencia, sin variar jamás.

En gran medida, el monopolio estatal propiamente consistía en la elaboración e implementación del aparato legal que regulaba los tráficos entre España y sus posesiones ultramarinas, así como en el control de las instituciones correspondientes, como la Casa de Contratación en Sevilla, creada en 1503, y la miríada de entidades administrativas que mantenía el Estado distribuidas por las colonias, donde se llevaba un estricto control de la fiscalidad, vigilándose el tráfico de las mercancías, pasajeros y tesoros, cobrándose los impuestos correspondientes y castigándose a los infractores. Sin embargo, la Casa de Contratación se encontró desde muy temprano enfrentada a una institución privada que le hizo una fuerte competencia, el Consulado de la Universidad de Cargadores de Sevilla, que en buena medida duplicaba sus funciones.

Con la creación del Consulado, el monopolio comercial pasó a ser compartido entre el sector público y el sector privado, creándose problemas de competencia y jurisdicción que produjeron

frecuentes tensiones entre las dos entidades. Esto se fue agravando con la creciente influencia que fue adquiriendo el Consulado sobre la Corona, al ir ésta cediéndole cada vez mayores controles sobre el comercio ultramarino a cambio de frecuentes y generosas donaciones y préstamos. De esa manera, el Consulado fue asegurándose cada vez mayores privilegios, y acabó por imponer sus criterios en materia comercial, ejerciendo un manejo tan eficiente en los asuntos relacionados con el comercio colonial que lo colocó prácticamente bajo su control.

Se ha sostenido que esta confabulación tácita entre el Consulado y la Corona generó fraudes en el comercio colonial de tal magnitud que hacen perder todo significado a las cifras oficiales que se han conservado sobre los impuestos que pagaban las mercancías en las ferias y los tesoros que se extraían de América. Como prueba de lo anterior se ha señalado, en base a testimonios cualitativos contemporáneos, como denuncias, datos procedentes de naufragios y otros testimonios, que el valor real de las flotas en el último tercio del siglo XVII era de ocho a diez veces mayor que su registro fiscal. En 1673, es decir, fecha en la que se ha considerando que el comercio colonial se encontraba sumergido en la más profunda depresión, la Casa de Contratación calculaba que, en conjunto, las flotas y galeones de Nueva España y Tierra Firme transportaban mercancías por el orden de 14 a 28 millones de pesos. Las cifras que dan los cónsules franceses para las dos últimas décadas del siglo XVII refrendan lo anterior, ya que afirman que las flotas de Tierra Firme conducían a España de 25 a 30 millones de pesos[196]. En otras palabras, que para entonces el volumen de las mercancías y los tesoros seguían manteniéndose a muy buen nivel.

Otras fuentes evidencian que los fraudes continuaban a escala semejante en las décadas siguientes. Diego de la Haya, residente y casado en Panamá, donde ocupara altos cargos, había visto funcionar de cerca el sistema, por lo que podía escribir en 1733 con cierta autoridad en un dilatado *Memorial*, que, no obstante la decadencia de la producción minera en Perú, éstas rendían al año unos siete millones de pesos; sin embargo, decía, en las ferias que se habían celebrado en lo que iba del siglo (las de 1708, 1722, 1726 y 1731) no se habían transportado más que 66 millones de pesos, siendo que durante los últimos 31 años los rendimientos mineros del Perú habían sido de unos 175 millones. Estimaba que los 95 millones de pesos de diferencia se habrían escapado, verosímilmente, por el contrabando. Según sus cifras, cada feria habría transportado una media de 16,5 millones de pesos por la vía legal, lo que sumado a lo defraudado probablemente alcanzaría las cifras del párrafo anterior, puesto que, como se sabe, buena parte de la plata producida permanecía en el virreinato[197].

Estos datos parecen contraponerse frontalmente a la impresión que se tenía hasta ahora sobre la crisis del comercio colonial durante esa época, y la disminución de la producción argentífera peruana. El hecho es que el monopolio estatal fue deviniendo en un monopolio de los cargadores sevillanos, sustrayéndose de manos del Estado por el sector privado. No es difícil comprender que el Consulado quisiera tener en sus manos el control del monopolio. Pero resulta sorprendente que, no obstante las evidencias incontrastables que se iban acumulando sobre la inoperancia del monopolio, el Estado persistiera en mantenerlo a toda costa, tal y como fue concebido desde el principio, y no buscara otra fórmula más eficiente para seguir aprovechando el comercio con las colonias. Se sabe, por ejemplo, que ejerciendo su control del monopolio, los cargadores sevillanos trataron muchas veces de impedir que se celebraran las ferias. Al evitar que fueran flotas y galeones con mercancías a las colonias esperaban provocar una carestía artificial en el mercado, y de esa manera sacar mayores ganancias cuando se celebraba la feria siguiente. Fue una trampa que el Consulado se tendió a sí mismo. Esto podía ser posible mientras tuviera un control efectivo del comercio colonial, y si el mercado americano no tuviera otra fuente de abastecimiento

que lo que podía llegarle en las flotas y galeones españoles. Espaciar las ferias, limitar las cargazones, sólo provocaba estimular el hambre de mercancías, incluso de las más elementales, empujando a las colonias, ávidamente, a abastecerse por su propia cuenta con el primero que se acercara a sus costas dispuesto a satisfacer sus necesidades. Era pues, una quimera que no podría sostenerse indefinidamente. Así, inexorablemente, hacia las últimas décadas del siglo XVII, la realidad de unas colonias cada vez menos dependientes de España, cada vez más abastecidas por naciones extranjeras, empezó a golpear con fuerza al monopolio.

El fin de las ferias y las flotas

Según Bartolomé Antonio Garrote, uno de los capitanes generales que comandó la flota de Tierra Firme, la crisis de las ferias ya era un hecho a partir de 1654. Pero España persistió en su política monopolista hasta muy entrado el siglo XVIII. Las ferias eran cada vez menos frecuentes, y a principios del siglo XVIII estuvieron virtualmente suspendidas. En esta coyuntura, Francia irrumpió en el mercado americano, doblando el cabo de Hornos a partir de 1698, para vender sus mercancías por las costas de Chile y Perú. Poco después, la coyuntura política internacional le daría gran impulso a este comercio, y la presencia de Francia en los mercados americanos, dominante hasta 1713, no cesa hasta 1724. En 1700 el príncipe francés duque de Anjou, asumiría el trono español como Felipe V, y en 1702 estalló la llamada *Guerra de Sucesión Española*, que enfrentaron a España y Francia como aliadas, contra Inglaterra, Austria, Portugal, Saboya y Holanda. La guerra se extendió hasta 1713, cuando se firman las paces en los Tratados de Utrecht y de Madrid.

Durante los años de guerra, España quedó postrada en estado de indefensión, y virtualmente incomunicada con sus colonias; sólo se pudo celebrar una feria en Portobelo, la de 1706-08. Durante esos años, España le pidió a su aliada Francia que la ayudara a defender sus posesiones ultramarinas, permitiéndole a cambio que enviara sus navíos a los puertos americanos para abastecerlos con mercancías y manejar la trata esclavista. Barcos de línea franceses convoyaron las flotas de nueva España y Tierra Firme, y en Perú los virreyes recibieron ayuda de barcos franceses para perseguir corsarios ingleses, a cambio de licencias para comerciar por sus costas. El comercio europeo por la ruta del Cabo de Hornos fue cada vez más intenso, y la plata peruana empezó a fluir hacia Chile y de allí a Europa.

Fueron años de un activo contrabando. Se ha calculado que entre 1703 y 1724 llegaron sólo a los puertos del Pacífico americano entre 153 y 210 naves francesas. En poco tiempo, el continente quedó inundado de mercancías de Francia, y sus naves aprovecharon la oportunidad para cargar en retorno plata de las minas americanas. Como resultado, el gremio de comerciantes peruanos, agrupados en el Consulado de Lima, denunciaron el 24 de septiembre de 1706, que la feria que se celebraría en Portobelo estaba condenada al fracaso, ya que el mercado regional se encontraba saturado de mercancías francesas. Su pronóstico se cumplió. Y en 1712 tuvo que llegarse a un acuerdo con el rey francés Luis XIV para que impidiera la salida de nuevos barcos, concediéndose la Corona española un plazo de siete años antes de celebrar la feria siguiente, a fin de que el mercado tuviese tiempo de consumir las mercancías adquiridas de contrabando.

Según Dionisio de Alcedo y Herrera, en 1709, cuando el contrabando francés por las costas del Pacífico sudamericano alcanzó su cota más alta, más de 30.000.000 de piastras (o pesos) en oro y plata fueron ingresados en las cecas francesas desde las embarcaciones que habían comerciado clandestinamente en las costas del virreinato peruano[198].

Una vez saturado el mercado americano, y a fin de mitigar las pérdidas, los comerciantes franceses empezaron a explorar posibilidades en el comercio con China. Un primer barco tomó rumbo

a China en 1708 y ya estaba de vuelta en Perú en 1711, cuyo mercado recibió complacido las finas mercancías orientales, produciendo ganancias de 500 y 600%. Otro tanto hicieron los mercaderes franceses en el mercado mexicano. Durante el siglo XVIII se realizaron muchos intercambios comerciales con China, y sus productos eran cada vez más familiares y cotizados en los mercados americanos, sobre todo la seda[199].

Mientras duró la *Guerra de Sucesión*, las relaciones mercantiles del imperio español quedaron severamente perturbadas e irreversiblemente dañado el sistema tradicional de intercambios entre España y sus posesiones americanas. Esta situación empeoraría aún más en los años siguientes.

Al terminar la *Guerra de Sucesión*, España e Inglaterra firmaron un Tratado el 23 de marzo de 1713, que concedía a ésta el monopolio de la trata negrera en América durante treinta años, a partir del 1 de mayo de ese año, con objeto de introducir 144.000 esclavos por los puertos del Atlántico. Un artículo adicional le permitía a Inglaterra introducir en cada feria que se celebrara en Veracruz y Portobelo un navío de 500 toneladas, que luego se conocería como *Navío de Permiso*, y obligaba a España a garantizar la continuidad del sistema de flotas y galeones. Estas medidas vulneraban el principio de exclusividad que por tanto tiempo había defendido España. Fue un triunfo extraordinario para Inglaterra, ya que desplazaría a Francia del comercio americano, se apropiaba del monopolio de la trata negrera, y el Navío de Permiso le abría de par en par un enorme mercado que le había estado vedado hasta entonces. El privilegio del asiento negrero y del *Navío de Permiso* fue entregado por la reina Ana de Inglaterra a la *South Sea Company* (conocida como *South Sea Bubble*), recién creada en 1711, que de inmediato inició actividades.

A consecuencia de lo anterior, España estableció en 1720 un nuevo *Proyecto de Galeones*, con el propósito de reconstruir el decadente régimen de ferias, y tras esto se celebran en Portobelo las de 1722, 1726, y 1731. En 1722, cuando llegó para la feria la flota comandada por el teniente general Baltasar de Guevara, asistió por primera vez el *Navío de Permiso Real Jorge.* Había gran expectación entre los comerciantes, que preferían comprar las mercancías inglesas, que eran más baratas que las españolas y estaban exoneradas. La primera sorpresa fue que el *Real Jorge*, en lugar de las 500 toneladas establecidas por el Asiento, llevaba 900, diferencia de mucho bulto que un ojo entrenado podía apreciar a simple vista. Las autoridades de ambos países se enfrascaron en una disputa acalorada sobre el patrón de medida a usar para el arqueo: que si "pipas de Málaga", "pies geométricos" o "palmos cúbicos" o "veinte quintales por toneladas", según decía el Asiento. La confusión y los ánimos caldeados empeoró al no poder entenderse bien por hablar unos mal el inglés y otros peor el español, además de la mala fe evidente de estos últimos, por lo que no llegaron a ningún acuerdo y el *Real Jorge* siguió llegando con el mismo exceso en el arqueo. De esa manera, el engaño y el fraude se mantuvo y el *Navío de Permiso* se convirtió en una fuente prodigiosa para el contrabando, logrando los ingleses, como era de esperarse, grandes ventajas.

Según Dionisio de Alcedo y Herrera, que estuvo presente en la feria y luego sería presidente y gobernador de Panamá, las mercancías inglesas se vendían 30% más baratas que las españolas y no pagaban los derechos de Aduana, como el almojarifazgo, o la avería[200]. Sin embargo la situación se agravó mucho más cuando los ingleses idearon otra forma de introducir mercancías de contrabando. Una veintena de embarcaciones inglesas (a veces de cuatro a seis paquebotes), que se ocultaban en la bahía de Leones, detrás del castillo de San Felipe de Todo Fierro (es decir a un costado de la bahía de Portobelo), descargaban a escondidas de noche las mercancías que llevaban y las introducían al *Real Jorge*, que de esa manera nunca parecía vaciarse. Así describen sus efectos en Panamá los marinos Jorge Juan y Antonio de Ulloa, contemporáneos de los hechos:

"Su carga equivalía a más de la mitad de la que llevaban los galeones, porque fuera de ser su porte excesivamente mayor que de 500 toneladas españolas y subir de 900, no llevaba víveres, aguada ni otras cosas, que ocupan gran parte de la bodega, porque aunque los sacaba de Jamaica, le acompañaban en la travesía cuatro o seis paquebotes cargados de géneros, los cuales ya que estaban cerca de Portobelo, trasbordaban sus mercancías y ponían en él cuantas podía sufrir todo su buque, y así encerraba más que la que llevaban cinco o seis de nuestros mayores navíos, y siendo la venta de esta nación libre, y más barata, era de sumo perjuicio para nuestro comercio"[201].

Era como un *Tonel de las Danaides*, que nunca se vaciaba, ya que una vez desocupadas sus bodegas, volvían a llenarse clandestinamente durante la noche, eliminando irremisiblemente a los mercaderes españoles de la competencia y llevando a más de uno a la ruina. Esta situación se repitió en las siguientes dos ferias a las que acudió el *Real Jorge,* es decir las de 1726 y 1730. Se comprende, así, que las ferias fracasaran. Pero lo que era fracaso y pérdidas para el sistema y para los mercaderes que iban de España, era ganancia para los que participaban a sus anchas defraudando al Fisco, como los contrabandistas locales, los funcionarios rapaces, de alto y bajo rango, y sus numerosos compinches. En la feria que se preparaba en 1738 para celebrarse en 1740, la plaza panameña se encontraba invadida por mercancías de contrabando, tanto del *Navío de Permiso*, como de mercancías procedentes de China, que para entonces llegaban cada vez más a menudo[202]. Como en todas las ferias que se habían celebrado desde comienzos del siglo, participaban en el contrabando el propio presidente y gobernador de Panamá (el caso más escandaloso fue Manuel de Alderete, en la feria de 1726, pero fue descubierto y enviado prisionero a España, ahogándose en el viaje en el Bajo de la Víbora), varios altos y medianos funcionarios, el clero, los comerciantes, algunos de los más conspicuos jefes militares y no pocos oficiales de menor rango, simples pulperos y mercachifles, o modestos artesanos, como sastres, cereros y carpinteros, y virtualmente todos los vecinos deseosos de comprar mercancías sin pagar impuestos.

Pero la feria que se organizaba en 1738 nunca se pudo realizar, ya que el vicealmirante Edward Vernon capturó a Portobelo el mediodía del dos de diciembre de 1739, dejando sus fortificaciones totalmente destruidas y la ciudad indefensa. Ya desde el Callao se había remitido la plata para Panamá el 28 de mayo de ese año, habiendo llegado a puerto a fines de julio siguiente. Una vez se supo del ataque, se dieron órdenes para hacer regresar el tesoro a Quito y enviarlo de allí a Honda, donde se realizaría la feria. Sólo una parte se condujo a Quito, pues el resto se remitió a Sonsonate, Realejo y Acapulco. Para hacer compras en esa feria, el comercio de Lima había llevado 11.734.192 pesos. Lo remitido al rey era de sólo 354.230 pesos (apenas el 3%), una proporción que para entonces ya era típica[203].

Fue el fin del sistema para la ruta del Istmo. El ataque de Vernon a Portobelo en 1739 dio inicio a la guerra conocida con el nombre de *La Oreja de Jenkis*, que se extendió hasta 1748. El *Navío de Permiso* ya no se apareció más, y el monopolio de la trata esclavista entregado a Inglaterra también fue suspendido. De hecho, a partir de 1743 terminaba el plazo de treinta años establecido para que la *South Sea Company* introdujera el *Navío de Permiso* y ejerciera el monopolio para la introducción de esclavos. Durante los prolongados años de guerra, el sistema de flotas quedó totalmente interrumpido, y hasta 1754 el tráfico entre España y sus colonias quedó limitado a registros sueltos, un sistema que no era del todo nuevo y que ya había existido incluso antes de que se crearan las flotas. De hecho, desde el siglo XVII habían sido registros sueltos los que a menudo llegaban a Portobelo o Veracruz cuando las flotas y galeones se espaciaban demasiado. Los registros sueltos de Antonio de Echeverz y del conde de Vegaflorida, entre otros, cumplieron ese papel en



Grabado del ataque del vicealmirante Edward Vernon a Portobelo en 1739.

Portobelo a principios del siglo XVIII. Lo cierto es que durante la *Guerra de la Oreja de Jenkins*, la generalización de estos registros contribuyó a revitalizar el comercio colonial dotándolo de un dinamismo y regularidad que no había tenido antes.

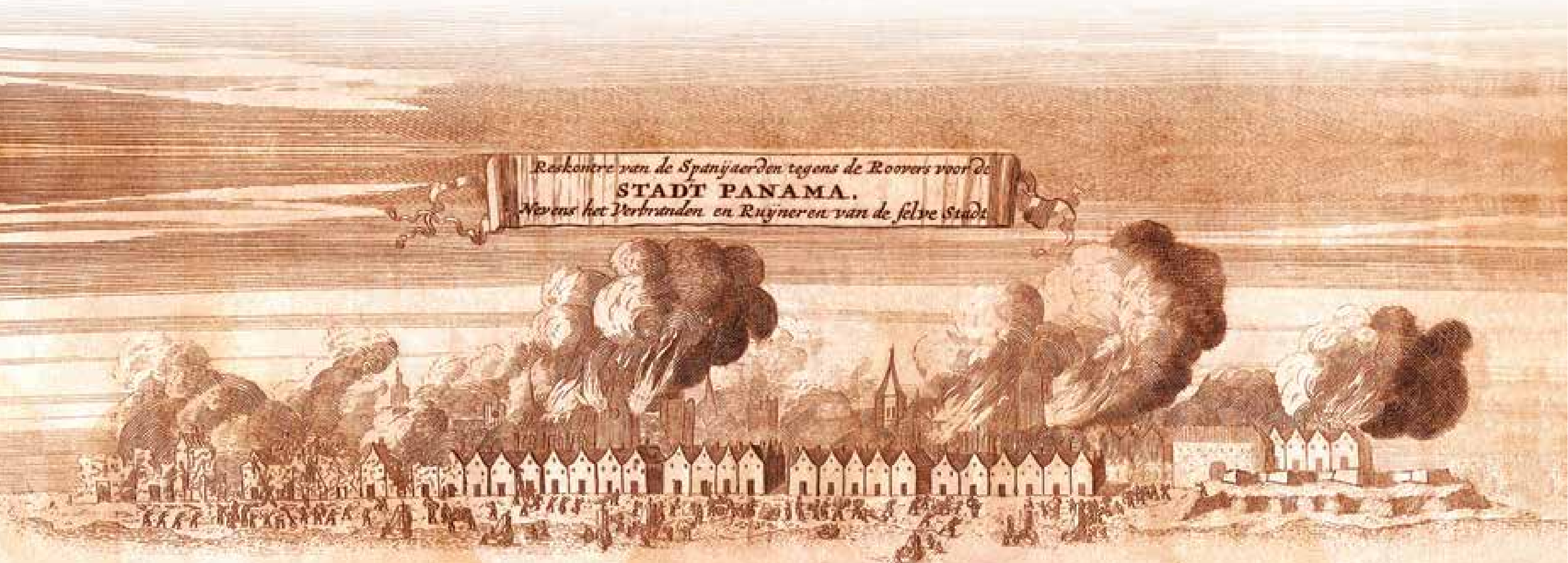
Durante los años que duró la guerra era improbable restablecer las ferias, ya que el ataque de Vernon había dejado a Portobelo indefenso. A su vez, por el Pacífico merodeaba amenazante la escuadra inglesa de George Anson, lo que hacía muy arriesgada la navegación entre Callao y Panamá. En 1744 una escuadra británica bombardeó Portobelo con 5.000 tiros de cañón que no dejó ninguna casa decente en pie. La propia Aduana quedó hecha ruinas. Sin fortalezas que defendieran la plaza, ni casas donde pudieran alojarse los mercaderes y almacenarse las mercancías, habría sido ilusorio celebrar una feria en Portobelo. Pero hay claras evidencias documentales de que la esperanza de restablecer las ferias no se había abandonado del todo aún en la década de 1750, como lo demuestran las peticiones elevadas al rey en copias quintuplicadas (dirigidas también a otras autoridades) por el procurador

general de Portobelo Joseph Joaquín de Moya, así como las respuestas contemporáneas firmadas en la propia Corte[204]. En las minutas del Consejo que acompañan esta documentación, fechadas en 1752, se hace mención al restablecimiento de las ferias como una posibilidad todavía abierta[205].

Pero las ferias nunca más volvieron a celebrarse en Portobelo. Ante la imposibilidad de mantener abierta la ruta transístmica, y a fin de que no se paralizaran los contactos comerciales con las posesiones americanas del Pacífico, la Corona española decidió abrir a partir de 1740 la ruta del Cabo de Hornos a los navíos de registro, permitiéndole a Perú y Chile el comercio directo con la Península; incluso barcos franceses fueron contratados por el comercio gaditano para realizar este giro mientras duró la guerra. El Cabo de Hornos fue testigo a partir de entonces de una intensa actividad marítima. Al terminar la guerra en 1748, habían aportado a Callao 18 navíos de registro; en 1761 sumaban 56. La geografía del comercio sudamericano descubrió a partir de entonces nuevos escenarios muy distintos a los tradicionales. La plata alto peruana dejó de fluir hacia Panamá para tomar el rumbo del Cabo de Hornos, o descender de la cordillera para dirigirse por la pampa a Buenos Aires, limitándose los envíos al situado (el subsidio anual en numerario que se enviaba de Lima para cubrir los gastos militares y la burocracia), o a partidas menores que remitían los comerciantes peruanos para adquirir productos que sólo se podían obtener por la ruta transístmica.

En sus *Memorias históricas,* Rafael Antúñez y Acevedo, contemporáneo de estos hechos, explica el desenlace final. Al firmarse la paz con Inglaterra en 1748, el Consejo de Indias convocó a los interesados y prácticos en la Carrera para deliberar sobre la conveniencia de continuar con el sistema de galeones. Los seis diputados que representaban el comercio de Cádiz abogaron, como era de esperarse, por su restablecimiento, aunque sin ponerse de acuerdo sobre las frecuencias de las flotas o su tonelaje. Finalmente, por Real Orden del once de octubre de 1754, se estableció que la flota de Nueva España saldría puntualmente cada dos años, suprimiéndose los registros sueltos. Para el resto de América se decretó la continuación de los navíos de registro y se canceló formalmente el sistema de galeones de Tierra Firme[206].

La ciudad de Panamá, incendiada durante el ataque de Henry Morgan, año 1671. De la primera edición en holandés de 1678, *De Americaensche Zee-Roovers*, de Alexander Olivier Exquemeling. El título del grabado traducido al español lee: "Resistencia de los españoles contra los piratas incendiando y destruyendo la ciudad de Panamá".



Por su parte, las ferias de Nueva España, que se celebraban en Jalapa, no se reinician hasta 1757, pero apenas se pueden mantener y sobreviven con grandes dificultades; se suspenden durante muchos años y se realizan de manera infrecuente. Se celebraron otras cinco más: en 1760, 1765, 1768, 1772 y 1776. Sin embargo esta renovada experiencia volvió a demostrar que el viejo sistema ya no era viable y sólo se mantiene porque en las flotas viaja el mercurio de Almadén, lo que garantizaba un cargamento tan útil como necesario en el viaje de ida. Pero los mercaderes novohispanos reconocen que ya las ferias no son de mucho provecho, y durante la *Guerra de Siete Años* con Inglaterra entre 1756 y 1763, se comprueban las ventajas de los registros sueltos. Aunque sus llegadas eran irregulares y su cargamento de poco volumen, los registros hacían inútiles las ferias, ya que con ellos se hacían con más facilidad y presteza las ventas en los distintos núcleos urbanos por medio de encomenderos o consignatarios. Poco después, en 1778, y teniendo como causa inmediata, precisamente, los problemas planteados por las ferias de Jalapa, se establece el *Reglamento de Comercio Libre*, que da el golpe de muerte definitiva al sistema de monopolio de puertos únicos y privilegiados.

Notas al capítulo VI

150 Sobre el papel de la ciudad como articuladora de los espacios coloniales, Alfredo Castillero Calvo, "The City in the Hispanic Caribbean, 1492-1650", en P. C. Emmer (ed.) *General History of the Caribbean, New Societies: The Caribbean in the long sixteenth century*, UNESCO Publishing, 1999, Vol. III, pp. 201-246; y Alfredo Castillero Calvo, "La Herencia Urbana Occidental", *Sociedad, Economía y Cultura Material, Historia Urbana de Panamá la Vieja, Patronato de Panamá Viejo*, Editorial Alloni, Buenos Aires, 2006, cap. I, pp. 1-22.

151 *Civilización Material y Capitalismo,* Biblioteca Universitaria Labor, Editorial Labor, Barcelona, 1974, p. 316.

152 Op. cit., V, XII, pp. 463ss.

153 *Thomas Gage's Travels in the New World,* edición de J. Eric S. Thompson, University of Oklahoma Press, 1958, cap. VII.

154 Cf. José Joaquín Real Díaz, *Las ferias de Jalapa*, EEHA, CSIC., Sevilla, 1959, pp. 9ss, a quien sigo en lo referente a las ferias jorochas y jalapeñas.

155 Cf. William Lytle Schurz, *The Manila Galleon,* Nueva York, 1939; *El Galeón de Manila*, Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1992; también su "México y Perú and the Manila Galleon", *The Hispanic American Historical Review*, I, Baltimore, 1918; Pierre Chaunu, *Les Philippines et le Pacifique des Iberiques (XVI, XVII et XVIII siècles) Introduction methodologique et Indices d*activité*, Paris, 1960; Valdés Lakowsky, Vera, *De las minas al mar. Historia de la plata mexicana en Asia: 1565-1834*, México, FCE, 1987, pp. 82ss; Felipe Fernández-Armesto, *Pathfinders. A global history of exploration*, W. W. Norton & Co., New York, London, 2006, pp. 201-203.

156 Pierre Vilar, op. cit., 1974, p. 131.

157 William Lytle Schurz, op. cit., pp. 133-134.

158 Ibídem, p. 133. Ver también Carmen Yuste López, *El comercio de Nueva España con Filipinas, (1590-1785)*, México, 1984; Woodrow Borah, *Early Colonial Trade and Navigation Between Mexico and Peru*, Berkeley, 1954.

159 Dennis O. Flynn, y Arturo Giraldez, "Cycles of silver: global economic unity through the mid-eighteen century", *Journal of World History*, otoño de 2002, Vol. 13, Nº 2, p. 391 (37). Ver también Carlo M. Cipolla, *La Odisea de la Plata Española*, Editorial Crítica, Barcelona, 1999, pp. 101ss.

160 Cf. Janet Gleeson, *El Arcano, La extraordinaria y verdadera historia de la invención de la porcelana en Europa*, Madrid, 1999; primera edición en inglés, Bantam Press, 1998.

161 Carta del fiscal de la Audiencia de Lima Cacho de Santillana, Lima, 5.IV.1609, citado por Pedro Rodríguez Crespo, "Aspectos del comercio Perú-México en la administración del virrey marqués de Montesclaros (1607-1615)", Separata de *Cuadernos del Seminario de Historia*, Nº 8, Lima, 1967, p. 22. Cacho de Santillana había sido poco antes fiscal en Panamá, de modo que debía conocer bien la situación.

162 Op. cit., p. 115.

163 Ibídem, pp. 114-115.

164 Cf. Alfredo Castillero Calvo, "Cultura Material y Vida Cotidiana", en *Sociedad, Economía y Cultura Material...*, cap. IX.

165 *Recopilación de las leyes de los Reynos de Indias*, ya citado, Tomo III, Libro VIII, Título XXXXV, pp. 522ss.

166 Archivo General de Indias, Filipinas 18-A, Manila, 15.VII.1589.

167 Archivo General de Indias, Panamá 14, carta fechada en Panamá, 29.VI.1591. Esta nota y la anterior proceden

de Fernando Iwasaki Cauti, *Extremo Oriente y el Perú en el siglo XVI*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, Lima, 2005, pp. 190-191.

168 "Descripción de Panamá", 1607, en Manuel Serrano y Sanz, *Relaciones Histórico Geográficas de América Central*, Madrid, 1908, pp. 175s.

169 Carta del sargento mayor Francisco de Narváez Alfaro al rey, Panamá, 25.VI.1619, Archivo General de Indias, Panamá 17.

170 Carta al rey, del gobernador de Panamá Joseph Raón, Panamá, 1.V.1763, Archivo General de Indias, Panamá 300.

171 Alfredo Castillero Calvo, *Sociedad, Economía y Cultura Material*... cap. XVII, pp. 673ss.

172 Alfredo Castillero Calvo, *Economía Terciaria*...; y "El transporte transístmico y las comunicaciones regionales", en *Historia General de Panamá*, Vol. I, T. I, cap. XIII, Bogotá, 2004.

173 Archivo General de Indias, Panamá 74. Ese fue un año de feria "típico".

174 Basado en las cuentas del Cargo de Panamá. Archivo General de Indias, Contaduría 1453, 1455, 1457, 1460, 1465, 1466, 1474, 1478, 1485ª, y Panamá 34, 35, 71 y 78.

175 Archivo de Indias, Panamá 74, documento fechado en Panamá a 3.VII.1630.

176 British Library, Spanish Papers Relating to the West Indies and Philippines, Dept. of Manuscripts, ADD 13992, "Informe impreso para el rey, Portobelo 1.VII.1622".

177 Biblioteca de la Academia de la Historia, Madrid, Jesuitas 9/3792 f. 550, "Relación del viaje del Sr. Padre Hernando de Padilla y sus compañeros desde Sevilla a Lima, años de 1628 y de 1629".

178 Archivo General de Indias, Panamá 106, "Carta del presidente de Panamá, Manuel de Alderete, del 3.III.1726", citada en "Consulta del Consejo de Indias al rey, de Madrid 3.X.1726".

179 Archivo General de Indias, Santa Fe 1162.

180 Jorge Orlando Melo, "La evolución económica de Colombia, 1830-1900", en *Manual de Historia de Colombia*, T. II, Instituto Colombiano de Cultura, segunda edición, 1982, pp. 150-153.

181 Archivo General de Indias, Santa Fe legajo 12, Ramo 1 documento 66A, Informe del contador Juan de Sologuren, citado por Germán Colmenares, *Historia Económica y Social*... cap. VI, p. 385; José Agustín Blanco Barros, *El Norte de Tierradentro y los orígenes de Barranquilla*, Banco de la República, Bogotá, 1987, p. 347.

182 Archivo General de Indias, Contaduría 1377, Caja de Cartagena.

183 John Potter Hamilton, *Viaje por el interior de las provincias de Colombia*, Imprenta del Banco de la República, Bogotá, 1955. Inició su recorrido a principios de 1823 y en 1827 lo publicó en Londres con el título de *Travels through the interior provinces of Columbia*.

184 Op. cit., libro V, pp. 462ss.

185 Ibídem, libro III, p. 153.

186 Ibídem, libro IV, p. 300.

187 Para un análisis comparativo del comercio de mulas en Nueva España, Venezuela y Argentina, Ramón María Serrera C., *Guadalajara Ganadera,* Sevilla 1977. Para Centro América, Murdo Macleod, op. cit., p. 182 y Alfredo Castillero Calvo, *Economía Terciaria y Sociedad*... pp. 23ss. Para la feria de Salta, Estela B. Toledo "El comercio de mulas en Salta: 1637-1698", *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas,* Nº 6, volumen monográfico dedicado a Demografía retrospectiva e Historia Económica, Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, Rosario, 1962-1963, pp. 165-191. Y Nicolás Sánchez Albornoz, "La saca de mulas de Salta al Perú: 1778-1808", Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas, Nº 8, volumen monográfico dedicado a América Colonial Población y Economía, Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, Rosario 1965, pp. 261-312. También Guillermo Céspedes del Castillo, *Lima y Buenos Aires, Repercusiones económicas y políticas de la creación del Virreinato del Plata,* Sevilla, 1947.

188 Concolorcorvo (Alonso Carrió de la Vandera) , *El Lazarillo de Ciegos Caminantes desde Buenos Aires hasta Lima*. Estudio preliminar de José Joaquín Real. Edición de Juan Pérez de Tudela. Biblioteca de Autores Españoles. Relaciones Histórico-literarias de la América Meridional, tomo CXXII, Madrid, 1959. El autor ha sido identificado como Alonso Carrió de la Vandera y el relato es de 1771-1773. Hay otra edición por Casa de las Américas, La Habana, 1972.

189 *Descripción del Virreinato del Perú, Crónica Inédita de comienzos del siglo XVII*, edición, prólogo y notas de Boleslao Lewin, Universidad del Litoral, Rosario, 1958, p. 12. El autor firmó con el seudónimo de Judío Portugués y su relato corresponde a la primera década del siglo XVII.

190 El original en inglés dice: "I dare boldly say and avouch that in the world there is no greater fair than that of Portobello, between the Spanish merchants, and those of Peru, Panama and other parts thereabouts". *Thomas Gage's Travels*... p. 330.

191 Carta al rey, Portobelo, 10.VIII.1623, Archivo General de Indias, Panamá 34A.

192 "Noticias Sacras i Reales de los dos imperios de las Indias Occidentales de la Nueva España año 1659", por Juan

Diez de la Calle, secretario del rey y oficial mayor de la Secretaría de Nueva España. *Biblioteca Nacional de Madrid,* Manuscritos, Signatura 2734 y 3024.

[193] Dionisio de Alcedo y Herrera, "Plano General Geográfico y Hidrográfico y Relación Histórica y Geográfica de las Provincias de Santiago de Veraguas, Panamá, con las adyacentes de Portobelo y Natá, la del Darién, que son las tres que componen el reino de Tierra Firme, año de 1759", *Biblioteca Nacional de Madrid*, Manuscritos Sign. 20400, fol. 30. Su último cargo oficial fue de Presidente de la Audiencia de Panamá.

[194] Cf. Alfredo Castillero Calvo, "La Carrera, el monopolio y las ferias del Trópico", y "Las ferias del trópico", ya citadas.

[195] Ibídem. Y del mismo autor, *Economía Terciaria y Sociedad*...

[196] Para los conflictos entre el Consulado y la Casa de Contratación he seguido la versión castellana que me facilitara Enriqueta Vila Vilar, de su artículo "El sistema colonial español", publicado en alemán con el título de "Das Spanische Handelsmonopol und seine inneren Widersprüche", en el *Haandbuch der Geshichte 1 (Vol. I), Mittel-, Südamerika und die Karibik bis 1760*, Sttugart, 1994, pp. 692-719. Véase también a Lutgardo García Fuentes, *El comercio español con América 1650-1700*, EEHA, Sevilla, 1980.

[197] "Puntos principales mediante los quales y otras disposiciones se podrá continuar el curso de los galeones, resultando en veneficio de los vasallos y en aumento de los Reales Haveres de S.M...", Diego de la Haya, Panamá, 26.IX.1733, en Biblioteca del Palacio Real, Miscelánea Ayala, signatura 2817, T. II., fols. 92-101v. Lo ha publicado Luz Alba Chacón, en *Don Diego de la Haya Fernández*. Editora Costa Rica, San José, 1967, pp. 231-251.

[198] *Memorial informativo*..., impreso en 1725, p. 8.

[199] Cf. Sergio Villalobos, "Contrabando francés en el Pacífico, 1700-1724", en *Revista de Historia de América*. México, junio de 1961, Nº 51, pp. 48-80. Y *Comercio y contrabando en el Río de la Plata y Chile*, Buenos Aires, 1965.

[200] *Aviso Histórico, político geográfico con las noticias más particulares del Perú, Tierra Firme, Chile y Nuevo Reino de Granada*, publicado por Justo Zaragoza en *Piraterías y agresiones de los* ingleses, Madrid, 1813. Allí se refiere al daño que produjo el *Navío de Permiso* al comercio español durante las veces que acudió a las ferias, pp. 204, 206, 230 y 250.

[201] Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *Noticias Secretas de América*. La versión más completa y reciente es la de Luis J. Ramos Gómez, en dos tomos, publicada por el C SIC, Madrid, 1985. *Relación Histórica del Viage a la América Meridional*, Madrid, por Antonio Marín, 1748, 4 vols., cap. VI.

[202] Sergio Villalobos, *El Comercio y la Crisis Colonial*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1990, pp. 56-59.

[203] Manuel Moreira Paz-Soldán, *La toma de Portobelo por el almirante Vernon y sus consecuencias económicas,* Lima, 1948; Encarnación Rodríguez Vicente, "Los caudales remitidos desde el Perú a España por cuenta de la Real Hacienda. Series Estadísticas (1651-1739)", *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas*, Separata del Vol. IV, Sevilla, 1966; Walker, Geoffrey J., *Política española y comercio colonial, 1700-1789,* Barcelona, 1979, pp. 253ss.

[204] El extenso Memorial de Moya lleva por fecha Portobelo, 18.V.1751, Archivo General de Indias, Panamá 140.

[205] Archivo General de Indias, Panamá 140.

[206] *Memorias históricas sobre la legislación y gobierno del comercio de los españoles con sus colonias en las Indias occidentales,* Madrid, 1797, pp. 5 y 111.



Capítulo VII

Europa y Oriente se enfrentan

Europa se prepara para globalizar el mundo

El súbito acceso a grandes cantidades de plata procedentes de América permitió a la Europa occidental expandir sus redes comerciales por todo el mundo. Nunca antes el comercio internacional había alcanzado tantos rincones del globo. El comercio a larga distancia hizo necesario el desarrollo de nuevas técnicas relacionadas a las crecientes exigencias del transporte marítimo, como la cartografía, la navegación celeste, el conocimiento de rutas marinas que por primera vez navegaban los europeos, y el perfeccionamiento de la artillería y de la industria naval. La naturaleza de estos intercambios a distancia hizo también necesaria una organización más eficiente del comercio y de los servicios. Al cabo de tres siglos, la combinación de estos factores convirtió a Europa occidental en la potencia hegemónica del globo.

Es sorprendente lo que logró en tan poco tiempo ese puñado de países relativamente pequeños, poco poblados, fragmentados en reinos casi siempre en guerra unos con otros, y al principio pobremente estructurados políticamente. Abrigados originalmente bajo el manto de una sola religión, al desaparecer en el siglo XVI esta aparente homogeneidad, las diferencias religiosas le dieron a los gobernantes pretextos para enfrentarse a sus rivales en guerras sangrientas. La noción, generalmente aceptada, de que la riqueza de las naciones consistía en la retención de los metales preciosos y en el empobrecimiento de los vecinos, convirtió cualquier avistamiento de naves de los países rivales en tentación para el pillaje. Las políticas mercantilistas de inspiración nacionalista agregaron nuevos elementos de tensión entre los países, al tratar de establecer cada uno un equilibrio en la balanza comercial (un concepto que se usó en Europa por primera vez en 1618), controlando las importaciones e incrementando las exportaciones hasta donde se podía. La aplicación de estas nuevas políticas se tornó cada vez más agresiva, lo que condujo a nuevos conflictos bélicos, convirtiendo la guerra en la solución inevitable de las rivalidades económicas.

A las guerras dinásticas tradicionales, se agregaron desde el siglo XVI las guerras de naturaleza confesional y desde los siglos XVII y XVIII las que eran espoleadas por motivos económicos. La guerra parecía el mejor medio para enriquecerse y resolver problemas. Así, la historia de Europa durante esos tres siglos quedó empapada por la sangre de terribles y prolongadas guerras de religión, dinásticas y económicas. Aunque Europa siempre había estado envuelta en guerras, los comienzos de la Edad Moderna fueron "desusadamente belicosos". "En el siglo XVI hubo menos de diez años de completa paz: en el XVII sólo hubo cuatro"; en el XVIII sólo hubo dieciséis años de paz. Entre 1500 y 1700 hubo una guerra europea casi cada tres años; España y Francia pocas veces estuvieron en paz durante el siglo XVII, y el Imperio otomano, la Austria de los Habsburgo y Suecia estuvieron en guerra dos de cada tres años, España, tres de cada cuatro, y Polonia

Página anterior: Ciudad y puerto de Sevilla. Detalle de cuadro de Alonso Sánchez Coello. Museo de América, Madrid.

y Rusia, cuatro de cada cinco[207]. Y las guerras duraban muchos años seguidos. Cuando estudiamos esos siglos recordamos los períodos por el tiempo que ellas duraban: *La Guerra de Ochenta años, La Guerra de Treinta Años, La Guerra de Siete Años*, etcétera. Francia e Inglaterra solas pelearon cinco guerras durante el siglo XVIII: la de *Sucesión Española* (1702-1713); la de *Sucesión Austríaca* (1740-1748); la *Guerra de Siete Años* (1756-1763), que concluyó con la cesión de Francia a Inglaterra de la India y Canadá; la guerra de independencia de Estados Unidos (1775-1783) y las guerras napoleónicas (1793-1802). Unas tuvieron trasfondo político, donde se debatía el balance del poder en Europa; otras eran económicas en las que se disputaba el dominio de los mares y enfrentaba a ambos países en el Caribe, en los Grandes Lagos de Norteamérica, en Bengala y en la costa de Coromandel cerca de Madrás, en India[208].

No sorprende que las mayores innovaciones militares ocurridas entre 1500 y 1800 tuviesen lugar en la belicosa Europa: la artillería pesada creada por Francia en el siglo XV, tanto para asedios terrestres como para batallas navales (usada a fondo por España para expulsar a los moros); la creación en Italia de la fortificación abaluartada, concebida para poder resistir la potencia de fuego de la moderna artillería (y extendida ampliamente por toda América por ingenieros como Bautista Antonelli); la invención del galeón por la Europa atlántica (fundamental para convoyar los tesoros americanos); y un nuevo sistema de fuego con mosquetes y arcabuces introducido hacia 1590 en los Países Bajos. Geoffrey Parker considera que estas innovaciones representaron para la época una auténtica "revolución militar"[209].

Todo esto ocurría mientras se producían grandes cambios en la estructura de los gobiernos, en las mentalidades y las instituciones, e incluso sobre la noción de riqueza; se innovaba en la organización de las actividades económicas y se creaban nuevos conceptos e instrumentos financieros. Y ocurría en medio de ininterrumpidos conflictos bélicos entre los países rivales, donde la balanza del poder se deslizó de una zona a otra, en sucesivos relevos. Fue un milagro que Europa conquistara la hegemonía de los océanos del mundo y sometiese tantos territorios en todos los continentes, sobre todo si se considera que lo hizo no como una unidad, o como parte de una ofensiva continental mancomunada, sino a través de sucesivas arremetidas desde países rivales entre sí, que trataban de impedirse mutuamente el éxito.

Pero hay otros rasgos que conviene destacar. Los europeos realizaron sus conquistas a los cuatro vientos inspirados en el convencimiento —propagado por algunos pensadores como el jesuita y cronista español José de Acosta—, de que la Providencia consideraba que unos pueblos debían gobernar a otros[210]. Esta idea la interpretaron en el sentido de que eran ellos los llamados a asumir el papel dominante. A esta convicción se agregó otra convenientemente complementaria, según la cual, como eran blancos, eran superiores racialmente a los pueblos que no lo eran. También se convencieron de que estaban dotados de una innata superioridad moral. Y así, con la idea de la supremacía blanca, se lanzaron confiados a dominar el mundo en la primera gran empresa de alcances realmente globales.

Fue una empresa con métodos y objetivos claros (dejando de lado las intenciones evangelizadoras de los pueblos ibéricos, que casi siempre sólo sirvieron de excusa, aunque igualmente tenían dimensiones ecuménicas): buscar especias en Oriente, metales preciosos en América, y esclavos en África, todo lo cual consiguieron utilizando la fuerza, aprovechando la superioridad de sus armas y barcos, y su mejor organización. Pero fue con los metales preciosos americanos que engrasaron la maquinaria que los llevó a conquistar el mundo. Sin la plata y el oro americano se les habría hecho muy difícil dominar los mares orientales.

Pero cuando se piensa en los métodos que emplearon para conseguir esos objetivos, resulta difícil no estar de acuerdo con aquellos autores para quienes lo que exportaron los europeos cuando

se expandieron por el mundo fue violencia y que las atrocidades que le atribuían a los pueblos dominados y que consideraban inferiores, palidecían al lado de las que ellos mismos cometieron, apenas diferenciándose en su salvaje brutalidad de las sociedades más primitivas, para no mencionar las secuelas que dejaron. Un ejemplo reciente es el conocido historiador Niall Ferguson, que en el mismo umbral de su libro sobre el imperio británico, reproduce dos textos que revelan una percepción cada vez más generalizada. El primero le sirve de epígrafe al primer capítulo y procede de la "Declaración de la conferencia contra el racismo, la discriminación racial, la xenofobia y las formas conexas", de *Intolerancia*, en Durban, 2001: "El colonialismo ha generado el racismo, la discriminación racial, la xenofobia y formas conexas de intolerancia, y [...] los africanos y las personas de origen africano, y las de origen asiático y los pueblos indígenas fueron víctimas del colonialismo y continúan siendo víctimas de sus consecuencias". Dos páginas más adelante reproduce el texto de una página web de la BBC, al parecer dedicada a escolares, que decía: "El imperio se engrandeció asesinando a muchos pueblos peor armados que él, y despojándolos de sus tierras, aunque sus métodos cambiaron después; el ejército hizo de la matanza masiva perpetrada con ametralladoras su táctica principal"[211]. Este enfoque va en camino de afianzarse.

Convencidos de su incuestionable superioridad, los europeos se asomaban a los territorios no europeos como si tuviesen auténticos derechos para hacerlos suyos. Se comportaban como si el mundo entero allende Europa no tuviese dueños, una inmensa tierra de nadie esperando a ser poseída y civilizada. Sus exploradores llegaban a lugares que por serles antes desconocidos, se consideraban sus descubridores y con derecho a tomar posesión en nombre de sus reyes, o de la Compañía que representaban. Descubrimiento y posesión formaban parte de la misma ecuación mental. Los reyes procedían entonces a legitimar las propiedades descubiertas, y a repartirlas entre sus súbditos para que procedieran a explotarlas, reservándose, eso sí, un porcentaje de los beneficios.

El problema era que cualquier país europeo podía reclamar los mismos derechos que sus rivales sobre las tierras recién "descubiertas". Por eso, cuando España y Portugal se repartieron el mundo mediante los Tratados de Tordesillas y de Zaragoza (a los que me referiré más adelante), el rey francés Francisco I se preguntó por el testamento de Adán que lo excluía del reparto del mundo. La reina Isabel de Inglaterra no se quedó atrás: "El uso del mar y del aire", expresó, "es libre y común a todos", un enfoque realmente avanzado para su época y que no vino a quedar sistematizado hasta que el abogado holandés Hugo Grotius, defensor de la libertad de los mares, publicó su *Mare Liberum*, luego incorporado a su obra general *De Jure Belli et Pacis*, de 1625, donde estableció las bases del Derecho Internacional. Incluso varios juristas españoles contribuyeron con rigurosos estudios académicos en favor de esta idea, pero sus propios reyes no les hicieron mucho caso[212]. ¡El propio Grotius defendió la legalidad de la captura de un barco portugués en el Estrecho de Malaca por un capitán de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales!

Como desde un principio la idea de la libertad de los mares andaba flotando en el aire, cuando los súbditos de los distintos países europeos se enfrentaban en ultramar, sobre todo si lo hacían en lugares remotos de propiedad discutible (en América o en los mares de Oriente), se sentían con pleno derecho a arrebatarse mutuamente sus posesiones. Inútilmente los franceses, los ingleses y los holandeses le reclamaban a España el derecho a comerciar con sus colonias, un coto infranqueable que ésta se había reservado para sí. En vista de lo cual, los franceses y los ingleses fueron los primeros en entregar a sus navegantes licencias para robarle, aunque quedó acordado que esto sólo se podía hacer en las tierras recién adquiridas. Fue de esa manera que la piratería se convirtió en una

actividad legítima y de alcances globales, ya que operó por todos los mares del mundo. Drake, o Hawkins, y tantos otros corsarios encontraban allí su justificación y hasta su base legal.

Por eso no sorprende que las compañías monopolistas que creó Holanda en el siglo XVII y cuyo ámbito cubría virtualmente todos los mares, contemplasen entre sus cláusulas constitutivas el derecho a otorgar licencia a sus capitanes para que saqueasen y robasen allí donde encontraban una buena presa, de manera no muy distinta a como lo haría cualquier pirata. Entre sus rivales europeos, los que más lo sufrieron fueron España y Portugal, pero también se sirvieron del corso por todo Oriente. La piratería siempre había existido y no la inventaron los europeos. Los piratas berberiscos asediaban las costas de Túnez, Libia y Argel; y abundaban por el Golfo Pérsico, por la costa Malabar y por los mares de China, donde piratas chinos y japoneses llevaban sus operaciones hasta los estrechos de Malaca. Durante siglos la piratería había constituido un serio problema para las rutas marítimas. Pero fueron los europeos los que extendieron su estela por todos los mares y océanos del globo.

Desde su arrogante concepción de superioridad, tampoco debe sorprender que el europeo considerase al negro africano un ser inferior (o al indio americano) al que podía esclavizarse. Pero la esclavización africana no habría alcanzado la escala colosal que tuvo, de no ser porque allí donde se establecieron los europeos éstos tuvieron necesidad de introducir una masiva mano de obra barata que pudiera producir aquellos productos que reclamaba el mercado que ellos mismos habían creado, sobre todo el del azúcar. La esclavitud no era ninguna novedad, pero nunca antes este drama humano había adquirido proporciones tan descomunales.

Esclavizando a un vasto continente, saqueando las riquezas de los territorios donde se instalaron, fueron devorándolo todo a su paso con insaciable glotonería y enriqueciéndose inmensamente. Fue así cómo se produjo el "milagro europeo", y Europa se hizo dueña del mundo.

La expansión europea dio origen, pues, al mundo que hoy conocemos, ya que sus acciones empezaron a tener impacto en los siete mares. Los gérmenes que ocasionaban grandes pandemias ya no se limitaban a un espacio geográfico continental, y empezaron a cruzar los océanos, viajando de Estambul a Chipre, de Chipre a Nápoles, de Nápoles a Marsella, de allí a Rótterdam y a Londres y de allí a América; o de Nápoles a Sevilla y a Panamá y a Lima. O como sucedió con la sífilis. La llevaron a su regreso las primeras naves colombinas, y la diseminaron las tropas que luchaban por los campos europeos y más allá. Ignorando su remoto origen, fueron imputándosela unos a otros, hasta quedarse con el nombre de "morbus gallicus" (o "mal francés", culpa con la que cargaron los galos sin haberlo ellos introducido).

Una de las consecuencias de mayor alcance causadas por la expansión europea y la consecuente globalización, fue la "revolución ecológica del intercambio colombino". La proliferación de plantas y animales que se inició a partir entonces entre los continentes produjo una verdadera revolución ambiental que transformó la piel de todo el planeta. Las plantas y animales siempre habían viajado muy lejos, pero nunca como a partir de los Cuatro Viajes de Colón. África fue invadida por el maíz, y por tubérculos como la yuca o mandioca, llevados a propósito, y de esa manera los africanos se multiplicaron más para que hubiera más esclavos que llevar a América. La América española se cubrió de ganado vacuno y porcino, hasta convertirse en la dieta básica de las colonias; el trigo y el arroz suplantaron en muchas partes al maíz; vastas extensiones quedaron abrazadas por un verde manto de cañaverales, cuyas azúcares endulzaron las bebidas amargas que se popularizaron por todas partes. El café de Yemen, en la Arabia Feliz, el té del Lejano Oriente, y el cacao de Guayaquil, México o Venezuela, transformaron los hábitos sociales de todo el mundo. Su complemento natural fue el tabaco, que se cultivaba en las vegas tropicales de Cuba, en las planicies de Virginia, en el Chiriquí panameño o en la

Ambalema tolimense. La historia ambiental del Nuevo Mundo se renovó de raíz, al cubrirse de nuevas plantas y animales. Europa se mostró al principio reacia a aceptar las plantas de origen americano, pero finalmente acabó rindiéndose a la papa, que muchas veces la salvó de hambrunas, y al tomate, que transformó la gastronomía italiana; o a plantas medicinales, como la quinina de los Andes, que servía para curar la malaria[213].

No es tarea fácil establecer si fueron los españoles, a través del *Galeón de Manila*, o los portugueses, utilizando su amplia red de factorías, los que primero introdujeron en Asia las plantas originarias de América. Apenas se sabe que a partir de tal fecha, en tal o cual lugar, ya se cultivaban y consumían. Entre 1600 y 1650 dos productos llevados del Nuevo Mundo, el maíz y el tabaco, fueron adoptados ampliamente por los agricultores del impero Mogol de la India[114]. En 1615 los ingleses llevaron a Japón la papa desde Java, donde la habían aclimatado. Durante el período de expansión económica del shogunato Tokugawa, en la segunda mitad del siglo XVII, en Japón ya se cultivaba extensamente el tabaco, que habían introducido en Nagasaki los portugueses hacia 1590. Desde el siglo XII se había introducido el azúcar desde China y las islas Luchu (o Ryukyu), pero era escasa y todavía se consideraba un lujo en el siglo XV. La *VOC* empezó a introducirla desde Batavia (actual Yakarta, en la isla de Java) en la segunda mitad del siglo XVII, y en el siglo XVIII, luego de una insurrección china que destruyó las refinerías holandesas de Java, los Tokugawa ordenaron cultivarla extensamente[215].

Pero la historia del azúcar en Oriente se remonta a mucho más atrás. Los paleobotánicos creen que es nativa de Polinesia y que se domesticó por primera vez en Nueva Guinea, hace 10.000 años; desde allí, mil años más tarde, se difundió hacia Las Filipinas, la India y tal vez Indonesia (aunque algunos piensan que Indonesia fue otro de los focos originales de domesticación). En una gramática sánscrita de 400 a 350 a. C., se menciona repetidamente el uso del azúcar en preparaciones culinarias indias, pero no es hasta el 500 de nuestra Era cuando se encuentran las primeras evidencias escritas inconfundibles sobre la producción de azúcar en India. El hecho es que hasta el siglo VII sólo en la India, en el delta del río Indo, y en la desembocadura del Golfo Pérsico, en el delta del Tigris y el Éufrates, se procesaba la caña de azúcar hasta convertirla en granos cristalizados. De la India llevaron la planta y la tecnología mercaderes judíos al Cercano Oriente, y empezó a refinarse a lo largo del Nilo. Luego vino la gran expansión árabe por el Mediterráneo a partir del siglo VII, extendiéndose el cultivo y la producción de azúcar por Sicilia, Chipre, Malta y Marruecos y, tras la conquista de España en el 711, empezó a cultivarse y refinarse azúcar en el sur de la Península[216].

Se tienen noticias de que hacia el año mil a. C., en China se chupaba la caña como un afrodisíaco. Pero todavía se ignoraba cómo convertirla en azúcar en tiempos del monje budista Xuanzang, que salió de Chengdu en 618 y regresó en 632, luego de recorrer 15.000 millas por el Lejano Oriente. A su regreso, el emperador Li Shimmin (o Zhenguan, 626-649), segundo de la dinastía Tang, le pidió que hiciera un relato de su viaje, en el que había recogido abundante y valiosa información de países lejanos, incluyendo lo referente al azúcar indio. Una década más tarde, Zhenguan envió una embajada a India que llevó de regreso la caña de azúcar y la tecnología para beneficiarla. Xuanzang llevó además muchas plantas y semillas de la India para China[217]. Es tal vez la primera referencia al importante papel que jugaron los monjes budistas —viajeros infatigables— como propagadores de plantas y semillas por Oriente (además de ideas). De la India también salieron el mango y la pimienta, cuyos cultivos se extendieron por Indonesia, donde se convirtieron en cosechas comerciales de primera importancia.

Del Nuevo Mundo llegaron al Extremo Oriente el camote (batata, boniato, o papa dulce), el cacahuate (aráquida, o maní), la papa, el maíz, el

tabaco, el tomate, la papaya, la guayaba y el chile, que no tardaron en extenderse por el Océano Índico e Indonesia. En Indonesia, el cacahuate (de origen mexicano) llegó a convertirse en ingrediente esencial de la gastronomía, con platos populares como el *sate*, una especie de *kebab* servido con salsa de cacahuates muy picante, el *gado gado*, ensalada de verdura con gambas fritas y aliñada también con salsa de cacahuate, o el *baka bana's*, hojuelas de banana empanadas y fritas con salsa dulce de cacahuates. Los portugueses podían haber introducido estos productos desde Malaca y los holandeses desde Batavia. En China, los portugueses podían haberlos introducido desde Macao. Otro de los puertos de ingreso más importante debió ser Manila, a donde arribaban los barcos con productos mexicanos y desde allí podían llevarlos los mercaderes chinos o portugueses a las islas y al continente.

Desde el comienzo, el camote fue uno de los que produjo mayor impacto en China y casi seguramente llegó de México, ya que su nombre nahuatl (*camotl*) todavía sobrevive en el habla cotidiana de los filipinos, y de Filipinas daría el salto al continente. En China fue rebautizado como *chin-shu* (o tubérculo dorado), o *pai-yu* (tubérculo blanco), o bien *kan-shu* (tubérculo dulce). El camote se menciona por primera vez en el Yunnan en 1563 y al parecer también ingresó a China por el Suroeste y por mar, sustituyendo con ventaja al taro chino, por lo que pronto se popularizó. Se decía en 1594 que un gobernador de Fukien (o Fujian) había recomendado el consumo de camote cuando las cosechas convencionales fallaban. A Corea no ingresó, sin embargo, hasta 1763. Lo introdujo un oficial desde la isla de Tsushima procedente de una misión diplomática a Japón. Su consumo se extendió ampliamente, y varios tratados explicaban cómo cultivarlo, recomendándose para enfrentar hambrunas. Llegó a convertirse en pieza esencial de la dieta campesina, pero no era de fácil cultivo, por lo que fue parcialmente reemplazado por la papa, que se introdujo desde China hacia 1840[218].

El cacahuate se cultivaba desde la década de 1530 en los terrenos arenosos de Shanghai. El maíz se menciona por primera vez en China en 1555. Al norte se plantaba trigo y cebada, pero al paso de los años los suelos se habían agotado, aunque a un nivel superficial; la introducción del maíz americano contribuyó a reanimar la productividad agrícola pues sus raíces se hunden más profundamente en el suelo para buscar nutrientes. El tabaco debió entrar para esos mismos años. Todos estos nuevos productos comestibles contribuyeron a mejorar las opciones alimentarias y a multiplicar la población. Eran productos que se adaptaban a suelos pobres y permitían repartir las cosechas a lo largo del año, y en China resolvían las dificultades del período vacío de invierno. El camote, al igual que el cacahuate, puede crecer en suelos pobres y mal irrigados, por lo que para fines del siglo XVIII llega a ser tan importante como el arroz para los pobladores de Fukien y del Guangdong. Además, el camote crece en suelos poco apropiados para el arroz y el trigo, de modo que permite aprovechar nuevas tierras agrícolas.

El cultivo del maíz se extendió más lentamente que la batata y el cacahuate, pero ya era un producto establecido desde principios del siglo XVII. Para el final de la dinastía Ming, es decir antes de promediar el siglo, las plantas comestibles del Nuevo Mundo eran ya importantes aun en los lugares más remotos del interior de China. El infatigable viajero Hsu-Hsia-ko, del tiempo del último Ming, encontró en remotas montañas del sur de China que el pueblo yao se alimentaba mayormente de papas y camotes. La transformación del paisaje producida por la introducción de estos productos ya se sentía durante la tercera o cuarta décadas del siglo XVII, y así fue preparándose la gran revolución agrícola que experimentaría China durante el siglo XVIII cuando el camote y el maíz transformaban vastas zonas del país. En la década de 1770, oficiales de Hunan aconsejaban aprovechar las colinas para sembrar maíz. Al finalizar el siglo el camote había conquistado a tal punto el paladar de los chinos que se vendía hervido o asado por las calles de Pekín[219].

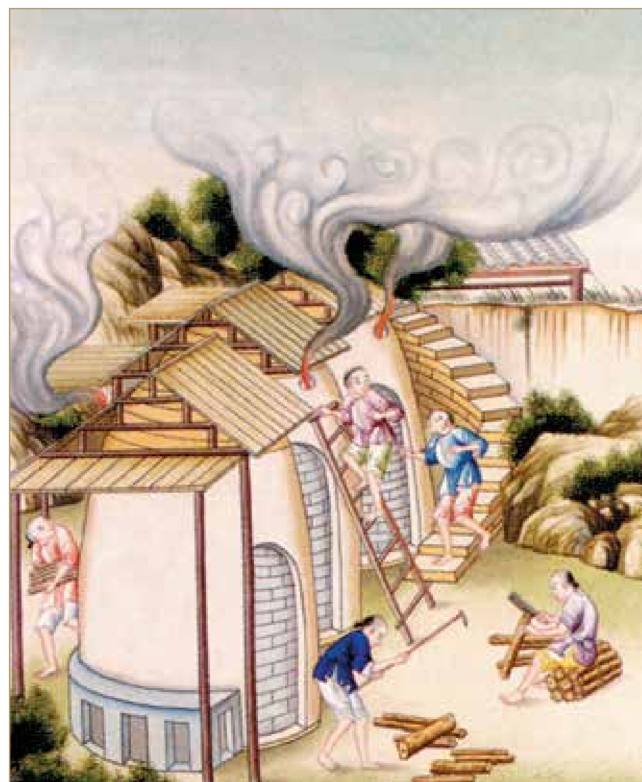
Gracias a los nuevos productos llevados de América, muchos más chinos pudieron alimentarse mejor y la población creció a un ritmo que no tuvo parangón en esa época. Al final de la dinastía Ming la población se había triplicado, creciendo de 50 millones a un estimado de entre 150 y 160 millones. La población europea era tal vez de 60 millones en 1500 y de 100 millones para 1600. India, por su parte, aumentó de 100 millones en 1300 a 150 millones en 1800. A mediados del siglo XVIII Europa y China tenían cada una cerca de 144 millones de habitantes. En 1762 el censo arrojaba ya una población de 200 millones en China; había aumentado a 300 en 1800, a 360 en 1812 y a 375 para 1814, mientras que en 1800 Europa tenía sólo 193 millones de habitantes[220].

Esta explosión demográfica permitió a China multiplicar su capacidad productiva y satisfacer el creciente mercado mundial que cada vez más apetecía sus productos. A fines del siglo XVI ya había 50.000 obreros trabajando en las 30 fábricas de papel del Jiangxi. Desde fines del siglo XVII los centros algodoneros de Songjiang al Suroeste de Shanghai, ya empleaban de manera permanente más de 200.000 obreros; en los hornos de porcelana de Jingdezhen, al Oeste del lago Poyang en el Jiangxi, trabajaban varias decenas de miles de obreros ceramistas, produciendo tanto para consumo interno como para la exportación. Según Margaret Medley se trataba de un verdadero sistema industrializado que ya se encontraba establecido desde la dinastía Song (960-1279). En los hornos de 10 a 12 cámaras, llamados por su forma "hornos dragón", podían producirse de 20 mil a 25 mil piezas de una sola tirada[221].

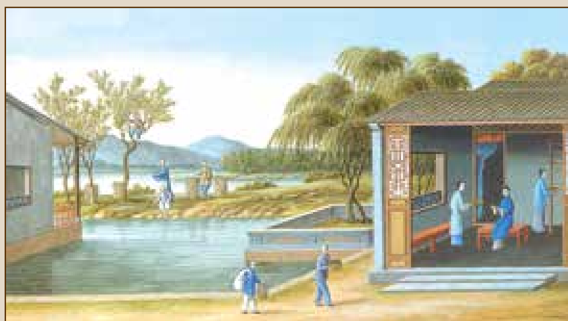
En los altos hornos de Hubei, del Shaanxii y del Sicuan, trabajaban de 2.000 a 3.000 obreros. En Fukien se concentraba la producción de té, que aumenta sin cesar gracias al inagotable y creciente consumo de la hoja en Europa, que pasa de 2,6 millones de libras inglesas en 1762 a 23,3 millones a finales del siglo, y seguirá aumentando en el

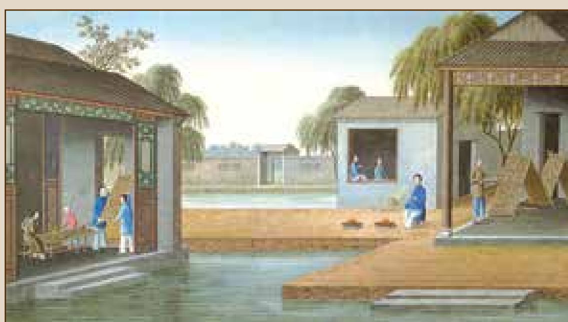


Taller de porcelana en Jingdezhen. (*La Chine des porcelaines*, p. 21).



Cocción de porcelanas en hornos de Jingdezhen. (*La Chine des porcelaines*, p. 22).


Recogiendo hojas de morera y alimentando gusanos de seda.


Preparando los capullos para el hilado de la seda.


Tiñendo y tejiendo la seda.


Mujer bordando, tiñendo y coloreando papel de seda, en Cantón.

Acuarelas que representan la producción de la seda en China, coleccionadas por Henry Manson en 1789 y publicadas once años después como *Costumes of China*. (Shelagh Vainker, *Chinese Silk. A Cultural History,* pp. 13-15 y 193).

siglo siguiente[222]. Muchos miles de brazos se ocupaban en la cosecha y beneficio del té y en las sederías de Suzhou (Soochow), en Jiangsu y Hangzhou, en Zhejiang. Se estima que para fines del siglo XVI la enorme demanda internacional de seda china (tanto en América como en Europa), había estimulado la producción al punto que sólo en Soochow, el principal centro de esta actividad, había alcanzado una población de medio millón de habitantes[223].

Por otra parte, gracias al mejoramiento de la situación económica de la población, el consumo interno de la seda aumentó, y aunque los centros tradicionales permanecieron en las provincias de Jiangsu y Zhejiang, la industria de la seda también floreció en las zonas costeras, hacia el Norte, en las provincias en Shandong, y en Guangdong, en el Sur. No sólo los talleres crecieron en tamaño (sólo en Hangzhou y en Suzhou operaban mil telares en cada uno, y en este último trabajaban 4.000 obreros), sino que, además, en muchos hogares campesinos el tejido de la seda llegó a convertirse en la principal fuente de ingreso. Al estímulo de la demanda europea, en la costa sur, en la provincia de Guangdong (donde se encontraban Cantón y Macao) las plantaciones de morera desplazaron las cosechas locales y, para mediados del siglo XVIII, el negocio de la seda representaba la mayor parte de su economía; en gran medida esta seda se destinaba para exportar a Europa[224].

Como resultado de todo ello, para fines del siglo XVII, en el pico de la producción de la porcelana, según los registros de la *VOC*, se exportaban a Europa, sólo por Batavia, 3 millones de piezas de porcelana china, la mayoría con formas y decoraciones basadas en modelos y diseños enviados por los clientes europeos de la Compañía[225]. En 1750 se exportaban a Europa, sobre todo desde Cantón, cerca de 70.000 kilos de seda cruda, y cerca de 20.000 kilos de productos de seda acabados (trajes, cortinas, tapicería, etc.); aproximadamente dos tercios de la primera y un tercio de la segunda iban con destino a Inglaterra. El resto se

destinaba en cantidades casi iguales para Holanda y Francia; cantidades menores iban con destino a otros países europeos y Estados Unidos[226].

Esta extraordinaria actividad productiva permitió a China posicionarse como gran centro de exportación de productos de calidad y de creciente demanda en el extranjero, atrayendo hacía sí ingentes cantidades de plata a cambio de los mismos. El comercio de China se hacía con el mundo entero, desde Japón y Asia del Sureste hasta Europa, y con América vía Manila. Este comercio tenía un doble efecto positivo, ya que por un lado estimulaba la agricultura y la industria, mientras que por otro producía una balanza de pagos sumamente favorable a China, pues la plata que se pagaba por sus productos permanecía allí. No sorprende que, según algunas estimaciones, "de los 400 millones de dólares de plata importados de América del Sur y de México hacia Europa entre 1571 y 1821, la mitad sirvió para que los países occidentales compraran productos chinos". Jacques Gernet, gran especialista en la historia china, comenta al respecto: "Si la estimación es exacta, tendería a demostrar que China, que debe al Nuevo Mundo unas plantas cuya difusión provocó una especie de revolución agrícola, fue uno de los países que más se benefició del descubrimiento de América"[227].

En América, los europeos destruyeron poderosos imperios y aniquilaron complejas culturas milenarias, y en poco tiempo el Nuevo Mundo quedó de arriba abajo europeizado una vez empezaron a implantarse las instituciones, la cultura y las mentalidades del Viejo. Pero a veces se exageran los resultados de la expansión europea en el resto del mundo. En civilizaciones complejas y sofisticadas como la India, la China o la nipona, y aun en estados musulmanes menos avanzados, apenas si hicieron mella los europeos, cuya cultura y productos manufacturados eran vistos con desdén, salvo excepciones como los relojes (entre los miembros de la aristocracia china), las armas de fuego y las técnicas militares y de fortificación (sobre todo entre los japoneses).

Todavía muy avanzado el siglo XVIII la presencia europea en la India se constreñía a unas pocas fortalezas y factorías arrinconadas contra las costas del subcontinente; lo mismo en Indonesia, donde se reducían a delgados enclaves costeros; en China los portugueses tenían apenas un pie adentro gracias a la diminuta Macao, que para esas fechas era sólo una sombra de lo que fue al principio, y los holandeses poseían sólo un minúsculo reducto en Nagasaki, apenas tolerado por los japoneses. Eran puertas que Oriente mantenía semicerradas, porque desdeñaba lo que podía ofrecerle Europa. De hecho, Japón lo hizo para intercambiar su plata por productos chinos que los portugueses primero y luego los holandeses llevaban del continente, o por especias que los europeos llevaban de Indonesia, más que por los productos que cargaban de Europa. China no se abrió hasta el siglo XIX, pero sólo porque se la obligó por la fuerza y la naciente revolución industrial europea presionó con sus jóvenes músculos. Inquietos y molestos por la fuga de su propia plata, que China devoraba sin tregua, para que se le abriera ese enorme mercado, Occidente, y a su cabeza Inglaterra, la forzó a comprar opio imponiéndoselo por la fuerza de las armas, en la primera y tal vez única operación de narcotráfico estatal a gran escala.

La perspectiva china. O el "otro encuentro"

Algunos historiadores suelen olvidar lo que ya se conoce desde hace mucho tiempo, a saber, que cuando Europa y Asia entraron directamente en contacto a partir del siglo XVI, no era la primera sino la última la más civilizada, la más sofisticada y la más rica, aventajándola en muchas cosas, salvo tal vez en la industria naval y en las armas de guerra. Hace más de medio siglo el historiador belga Jacques Pirenne escribió en su *Historia Universal*, una obra muy conocida y citada que: "A mediados del siglo XVII, Asia aún tenía un lugar

mucho más importante en el mundo que Europa [...] las riquezas de Asia eran incomparablemente mayores que las de los Estados europeos. Sus técnicas industriales mostraban una sutileza y una tradición que los artesanos europeos carecían. Y no había nada en los métodos modernos empleados por los mercaderes de los países occidentales que el comercio asiático tenía que envidiar. En materia de crédito, transferencia de fondos, seguros y sociedades, ni India, Persia ni China tenían nada que aprender de Europa"[228].

La tesis de la superioridad de China sobre el resto del mundo en ciencia y tecnología la defiende, entre otros, William H. McNeill. En su celebrado estudio *Pursuit of Power*, dedica un capítulo a destacar, precisamente, la supremacía china entre los años 1000 y 1500. Afirma que la explicación de su notable crecimiento en riqueza, conocimientos y tecnología a partir de la dinastía Song, se encuentra en la masiva comercialización de su sociedad, ya que sus cien millones de habitantes se encontraban inmersos en una tupida red comercial, comprando y vendiendo para satisfacer las necesidades diarias, lo que contrasta con lo que ocurría en el resto del mundo. Mientras que, hacia el año mil, Europa se encontraba dividida, mal comunicada, mucho menos poblada, y atrapada en el atraso económico y tecnológico, China no cesaba de progresar en casi cualquier aspecto; sus inventos y creaciones se multiplicaron; brillaron las artes y las artesanías. Uno de sus más notables logros, nos recuerda McNeill citando a Robert Hartwell, fueron sus adelantos en la producción de hierro utilizando altos hornos calentados con carbón y que ya producían 13.500 toneladas a comienzos del siglo VII; para el año 1078 ya producían 125.000 toneladas, mientras que Inglaterra y Gales juntos no producían para 1788 más que 76.000 toneladas, el 60% de lo que producía China siete siglos antes[229].

Pero hay historiadores que no se dejan impresionar por estos datos y opinan de otra manera, argumentando que más bien era Europa la que empezaba a aventajar a Asia ya desde el siglo XV[230]. El tema es sin duda debatible. Lo cierto es que cuando llegaron los europeos a la India, a China o a Japón, se sorprendieron de que los productos que llevaban tuviesen tan poca aceptación salvo, eso sí, los metales preciosos, mientras que, por otro lado, descubrieron productos manufacturados de tan buena calidad que de inmediato encontraron ávidos compradores en casa, donde obtenían jugosas ganancias, como coloridas alfombras y tapices, brocados, textiles de algodón estampados o delicadamente bordados, finísimas piezas de seda, u objetos de traslúcida porcelana, que no tenían idea de cómo se hacía y cuyo secreto de fabricación no llegaron a descubrir hasta el siglo XVIII. Nadie discute, además, que los chinos se habían adelantado a los europeos en muchas cosas, y lo cierto es que hasta fines del siglo XVIII, era China la que estaba de moda en Europa y no lo contrario, y eran los productos orientales los que inundaban el mercado europeo, no al revés. Hasta la *Guerra del Opio* (1839-1842), cuando Inglaterra invadió China, y hasta 1853, cuando la flota del capitán Matthew C. Perry, erizada de cañones, se posaba en la bahía de Tokio, el Lejano Oriente se había mantenido virtualmente cerrado al comercio con las naciones occidentales, salvo en una que otra cosa, tanto porque China y Japón se consideraban civilizaciones muy superiores, como porque sencillamente sus productos no les parecían lo suficientemente interesantes o necesarios.

"Hasta cerca de 1450 –escribe Jared Diamond–, China era desde el punto de vista tecnológico mucho más innovadora y progresiva que Europa, incluso más que el Islam medieval"[231]. Habían inventado el papel y crearon un sistema monetario basado en el papel moneda; usaban desde hacía mucho tiempo grandes hornos para la fundición de metales; y hacia 960, durante la dinastía Song, inventaron la imprenta con tipos móviles de madera (aunque no el disco de Faístos), anticipándose en cuatro siglos y medio a la primera imprenta que apareció en Europa, cuando en los Países Bajos comenzaron a imprimirse naipes e imágenes de

santos, y se adelantaron en medio milenio a la impresión de la Biblia por Wutenberg. En su larga lista de inventos se encontraban las cometas, las carretillas de uso individual para cargas livianas como piedras y ladrillos, las compuertas para canales, las perforaciones profundas, y complejos y eficientes arreos para animales de carga.

Para detener el paso de las hordas del norte, la Gran Muralla se había empezado a construir desde el 208 antes de Cristo, durante la dinastía Chi'n; mil quinientos años después, para los tiempos de la dinastía Ming, la muralla se extendía por 6.400 kilómetros, una proeza arquitectónica que no tiene igual en el mundo. Desde el siglo V, China había empezado la construcción del Gran Canal, la mayor obra hidráulica de la antigüedad y aún en uso, de 1.800 kilómetros de largo. Desde el siglo XI los barcos de particulares que usaban el canal desplazaban 110 toneladas, poco más que la capacidad de *La Niña*, de Colón. Se extendía desde Pekín hasta Hangzhou, en el delta del Yangtse, para llevar a la capital granos, sal y otros insumos (y ladrillos desde las provincias de Jiangsu y Shandong, para construir la Ciudad Prohibida en tiempos del emperador Yongle, de la dinastía Ming), uniendo los ríos más importantes de China, como el Yangtse, el Amarillo, el Haihe, el Huaihe, y el Qiantang. Tiene una extensión equivalente a la distancia que hay de Nueva York a Nueva Orleans, o de Sevilla a Amsterdam, o del puerto de La Rochele, en el Cantábrico francés, hasta las orillas occidentales del Mar Negro.

En lo que no estaban más avanzados los orientales era en las armas de fuego (aunque sí en otras armas, como las temibles ballestas de tiro múltiple). Ciertamente los chinos habían inventado la pólvora en el siglo X y lanzado bombas incendiarias con catapultas en combates navales durante la dinastía Song, pero los cañones de tubo metálico que habían estado perfeccionado desde mediados del siglo XIII, eran en realidad poco eficaces, en parte porque no estaban montados sobre cureñas funcionales; les resultaba difícil proveerlos con la munición del calibre apropiado y eran muy propensos a estallar cuando hacían fuego. Además, sus armas de fuego portátiles eran poco prácticas y aún menos confiables. Cuando llegaron los primeros portugueses a las costas de Guangdong en 1514-1516, los chinos seguían apegados a las bombardas de tipo tradicional, y en la década de 1550 reconocieron la escasa utilidad que tenía su artillería contra los piratas japoneses, conocidos como *wokou* o *wakô* (literalmente "enanos") que asolaban sus costas, y no confiaban tampoco en sus mosquetes (que en cambio los japoneses ya usaban con eficacia)[232]. Desde mediados del siglo XVI los japoneses habían empezado a producir de manera



El emperador Yongle, o Zhu Di (1360-1424). Gobernó de 1403 a 1424.

autóctona arcabuces y escopetas, utilizando como modelo los que habían llevado en 1545 dos aventureros portugueses en un barco chino que naufragó en la isla de Kyoshu. Llegaron incluso a perfeccionarlos bastante, "hasta el punto de que en 1600 poseían ya más y mejores escopetas que cualquier otro país del mundo"[233]. (Sin embargo, la ética de la élite samurai, basada en la defensa cuerpo a cuerpo con espadas que constituían símbolos de clase y en sofisticados rituales, acabó por despreciar las armas de fuego hasta lograr que se prohibieran a partir de 1600, después de que la *Batalla de Sekigahara,* asegurara la pacificación del Japón y las hiciera innecesarias).

No fue hasta las guerras contra los japoneses en Corea (1593-1598), que los Ming se sintieron tentados a acudir a los cañones de tipo europeo conocidos en China como "bombardas francas" (*folanji chong*). Y para combatir a los invasores manchúes, en la cuenca del río Liao, los Ming tendrían que recurrir a la ayuda de los misioneros jesuitas para que los portugueses les fundiesen cañones en Macao[234]. Eran cañones de bronce fundido de 280 kg de peso que disparaban proyectiles de 15 kg. Uno de estos cañones se conserva en el Palacio Nacional de Pekín.

Pero la dinastía Qing (que reemplaza a la Ming en 1644) tampoco se esforzó mucho por actualizar sus armas de fuego, y su interés se redujo a la compra de unos pocos mosquetes que la nobleza usaba para ir de caza. Cuando estalló la *Guerra del Opio* quedó en evidencia lo patéticamente obsoletas que estaban las fuerzas imperiales. Para enfrentar a los invasores británicos, las menguadas fuerzas chinas se defendieron con viejos mosquetes de mecha, cuya carga de pólvora debían encender los soldados a mano. Pero las bolsas de pólvora que llevaban los mosqueteros atadas a la cintura eran muy peligrosas cuando se acercaban al fuego, que nunca faltaba en el fragor de la batalla. Como resultado, en los combates usaron los mosquetes como si fueran mazos o bates, si bien la mayoría de los "abanderados" usaban espadas, lanzas y cuchillos. Los invasores en cambio disparaban con rifles automáticos, mucho más rápidos y precisos. Por otra parte, la marina de guerra Qing era inexistente y se enfrentaba a la potencia naval más poderosa de la tierra; la artillería británica, que era de largo alcance, resultó devastadora. En la *Batalla de Chuenp*i, el 3 de noviembre de 1840, dos fragatas británicas acabaron sin dificultad con la flota de juncos de guerra chinos. Las bajas británicas a causa de las armas de fuego fueron insignificantes y de la tropa de 10.000 soldados que fueron enviados desde Ceilán (indios casi todos), la mayoría murió de malaria e, irónicamente, de disentería, de la que hubieran podido curarse con opio[235]. En realidad el conflicto bélico se limitó a unas cuantas escaramuzas, pero al advertir el emperador la superioridad militar británica, para evitar mayores humillaciones, decidió suspender hostilidades y firmar el *Tratado de Nanking*, donde se vio obligado a hacer grandes concesiones al comercio exterior, abandonando la tradicional política comercial china de aislamiento.

También los chinos se habían retrasado en la creación de instrumentos de medición del tiempo. Lo irónico es que siglos atrás habían inventado el reloj mecánico, pero lo dejaron de usar y finalmente lo abandonaron y olvidaron del todo (como probablemente sucedió con otros inventos), al parecer inducidos "por la oleada de austeridad confuciana que acompañó la subida al poder de la dinastía nacional de los Ming". Fue uno de esos típicos casos históricos donde se producen retrocesos tecnológicos en sociedades aisladas (o ensimismadas y autosatisfechas, como la china), o donde la voluntad de un todopoderoso emperador es la que decide sobre casi cualquier cosa, como era el caso. (O caen en desuso por carecer de utilidad práctica o por involución de las sociedades, como ha ocurrido con tantos inventos creados por el hombre desde la Antigüedad Clásica). Pero esto cambió en 1582 cuando el padre jesuita Mateo Ricci instaló en la casa donde se alojaba con sus compañeros de Orden, "un reloj grande con la aguja que muestra

las horas y que por fuera da a la calle con una gran campana que sonaba las horas". Este "reloj grande" fascinó al pueblo. La Corte no demoró en interesarse por estos aparatos mecánicos, tal vez por la tradicional afición que tenían los chinos cultos por los problemas del tiempo y la astronomía. De hecho, cuando se dañó el reloj que Ricci le había llevado de obsequio al emperador, por no haber nadie quien supiera repararlo, se le llamó, lo que le dio acceso desde entonces al palacio imperial, y le abrió las puertas para una estrecha relación con el propio emperador que, impresionado por la sabiduría del jesuita, le confió la educación de su hijo.

Pronto empezaron a llegar relojes de Europa, que podían verse colgados en las tiendas, donde se vendían también los de bolsillo. Los chinos de la nobleza, sin embargo, no consideraban a los relojes como instrumentos de medición del tiempo sino como curiosidades o juguetes entretenidos, aunque lujosos. Esto sufrió un vuelco a partir del siglo XVIII cuando en Europa empezó la producción en masa de relojes a bajo precio y los ingleses comenzaron a exportarlos a Cantón, donde se vendían "a bajo precio, como en Europa".

El emperador K'ang-hsi (Kangxi, o Sheng-tsu, nacido en 1654, que reinó desde 1661 hasta su muerte en 1722), tal vez el más admirable de la era imperial tardía y quien gobernó más tiempo que ningún otro emperador antes que él, tenía gran afición por los relojes y formó una colección con el entusiasmo de un conocedor. Bajo la tutela de los padres jesuitas aprendió desde niño el latín; estudió altas matemáticas y ciencias y se interesó por la tecnología occidental. Hombre de considerable talento, dejó versos y prosa de calidad. Fomentó la divulgación de la historia china y ordenó hacer monumentales obras académicas como diccionarios, historias y enciclopedias[236]. En el palacio imperial designó al jesuita Valentin Chalier para que se encargase de su colección de relojes (y del taller, para mantenerlos en hora o repararlos cuando se dañaban) con el nombramiento de superintendente. Tenía bajo sus órdenes a cien operarios chinos. Hacia 1735 Chalier escribía: "El palacio imperial está lleno a rebosar de relojes [...] relojes de bolsillo, carillones, relojes de repetición, órganos, esferas y relojes astronómicos de todo tipo y especie; hay más de mil ejemplares de los mejores maestros de Londres y París".



Kangxi (1654-1722; gobernó entre 1662-1722), tercer emperador de la dinastía Qing. Autor anónimo, Museo del Palacio, Pekín.

Una historia paralela se produce en Japón, donde tampoco se hacían relojes cuando llegaron los europeos. El primer reloj lo introdujo el padre jesuita san Francisco Javier, quien se lo regaló al gobernador de Yamaguchi en 1550. Cuarenta años más tarde otro jesuita le regaló un reloj al daimyo Hideyoshi (muerto en 1598) y se sabe que otro misionero le regaló al shogun Tokugawa Ieyasu (o Iyeyasu) un reloj hecho en Madrid en 1581, que un herrero de nombre Tsudo Sukezaiema

copió con gran habilidad para producir el primero hecho en Japón. Al parecer, sin embargo, la relojería nipona nunca se acercó en calidad ni en cantidad a la europea, pues los herreros que los producían eran pocos y la producción escasa; además, los japoneses estaban más interesados en imitar armas de guerra europeas que en los relojes[237].

En lo que China sí había llevado una gran ventaja a Europa era en las técnicas para la navegación de altura y en la construcción de navíos (hasta que dejó de aprovechar su superioridad a partir de la década de 1430, como veremos más adelante). Fueron ellos los inventores de la brújula y del timón de codaste, que introdujeron en Occidente desde el siglo XII; tenían los necesarios conocimientos astronómicos para la navegación celeste; se cree que dominaban el cálculo de la longitud (lo que no consiguieron los europeos hasta el cronómetro de John Harrison, ya muy avanzado el siglo XVIII), y fueron capaces de construir los mayores barcos del mundo hasta los vapores del siglo XIX. El gran junco chino para la navegación de alta mar se remonta al siglo XI y llega a su perfeccionamiento cuando se construyen las llamadas "flotas del tesoro del Dragón", para las exitosas expediciones que realiza a principios del siglo XV el almirante Cheng Ho (o Zheng He, 1371-1433), eunuco musulmán, amigo de infancia y protegido de Zhu Di (o Ch'eng-tsu), tercer emperador de la dinastía Ming, que gobernó entre 1402 y 1424, año en que murió. (Se llamaba Zhu Di, pero como estaba prohibido llamarlo por su nombre personal, éste adoptó el de Yongle o Yung-lo).

Eran embarcaciones enormes, con gigantescos timones de popa o codaste (que como dije inventaron los chinos y luego copiaron los europeos, aunque éstos los hacían mucho más pequeños), compartimentos estancos interiores que se podían inundar sin que el barco se hundiera, eslora de entre 390 y 408 pies (unos 130 metros), y entre 160 y 166 pies de manga (unos 54 metros)[238]. Es decir que eran naves muchísimo más largas y anchas que el navío de línea español *Santísima Trinidad*, construido en los astilleros de La Habana en 1769 y que combatió en la batalla de Trafalgar (1805). Éste medía 61,29 metros de eslora y 16,25 metros de manga, desplazando casi 3.000 toneladas, y era el de mayor porte de todos los que Europa había construido hasta entonces. Para 1420, la marina Ming contaba con no menos de 3.800 barcos, de los cuales 1.350 eran de combate, incluyendo 400 que por su tamaño constituían verdaderas fortalezas, más 250 barcos "del tesoro" designados para cruceros de larga distancia[239]. Cada uno de los barcos "del tesoro" consumía el equivalente a 150 hectáreas de bosques de teca de la mejor calidad y jamás se han vuelto a construir barcos de madera de esas dimensiones. El primer barco que se construyó en Europa que superó en tamaño a los del "tesoro" fue el *Great Eastern*, de Isambard Kingdom Brunel, que medía 211 metros de eslora y 25 de manga, pero esto sucedía en 1858, en plena revolución industrial europea y casi cuatro siglos y medio más tarde.

Cheng Ho realizó siete grandes viajes entre 1405 y 1433. Comandaba flotas de más de 60 embarcaciones que llevaban más de 20.000 hombres, recorriendo las costas de Vietnam, Indonesia, India, Persia, la Península Arábiga, hasta pasar por Adén, bajar a Mogadiscio y Malindi y acaso aún más al sur. En esa época China era, sin discusión, la mayor potencia naval del mundo, y no existía en Europa una armada que ni de lejos podía comparársele. Pero al regreso de su último viaje, todo había cambiado, pues habían hecho crisis las viejas rivalidades entre los eruditos mandarines, burócratas, tradicionalistas y férreamente apegados a las ideas confucianas, por un lado y, por otro, los comerciantes de Fukien, ávidos de la expansión ultramarina; los imperialistas, que deseaban revivir las viejas glorias del tiempo de Kublai Kan; los monjes budistas que necesitaban de recursos para sus misiones; y finalmente los eunucos. Estos últimos gozaban de mayor influencia en la corte que los escépticos eruditos; eran los encargados de la diplomacia y favorecían la expansión ultramarina

(Cheng Ho era uno de ellos), y además se encontraban más cerca del emperador por convivir con él en la Ciudad Prohibida[240].

Cheng Ho se encontró con que los mandarines habían hecho fuertes críticas al emperador Yongle (su viejo amigo Zhu Di), por haber éste agotado prácticamente el tesoro real en gastos ingentes, como fueron la construcción de cientos de kilómetros para extender la Gran Muralla; edificar la Ciudad Prohibida de Pekín, deforestando grandes zonas de bosques para sus enormes salas; consumiendo un millón de cucharas de té que mandó a fundir para dragar 130 millas del Gran Canal y construir 38 esclusas en sólo cinco años; emplear durante decenas de años a cientos de eruditos para elaborar una enciclopedia de 4.000 volúmenes que recogía todo el saber conocido; y construir la armada del tesoro, la cual había agotado los bosques de Annam (Vietnam) provocando la rebelión de los nativos, y que después de todo sólo había revelado que afuera de China no había nada que valiera la pena buscar, salvo algunos animales exóticos y considerados propicios, como aquella jirafa que Cheng Ho llevó de regalo y del que hizo un famoso dibujo el calígrafo Shen Du[241]. El balance de los siete periplos había sido francamente negativo y, además, eran actividades que contravenían aquellos preceptos confucianos que hacían referencia a la mesura y a la futilidad de buscar la verdad fuera de casa. En la cúspide de este frenesí constructivo, entre 1417 y 1420, se estima que el 2% de la población del imperio (o dos de cada cien) trabajaba en la Ciudad Prohibida. China tenía entonces unos 60 millones de habitantes, es decir que cerca de 1,2 millones estaban trabajando en los megalomaníacos proyectos de Yongle, ¡sólo en Pekín! Tan ambiciosos y desmesurados proyectos habían devastado bosques y dejado tan empobrecido el tesoro público que los campesinos comían hierba.

Sin embargo, al emperador Yongle no le habían faltado razones para gastar por lo menos en tres de sus grandes proyectos. Y todos tres tenían que ver con un formidable enemigo mongol conocido en el Oeste como Tamerlán. Amenazaba por el Norte desde las áridas estepas, y era necesario ampliar y reforzar la Gran Muralla, mudar la capital de China, de Nanking, situada al Sur, a Pekín, que quedaría más cerca de la frontera, y para habitarla el emperador necesitaba construir la Ciudad Prohibida, que para ser abastecida de alimentos dependía de la restauración y dragado del Gran Canal. Los tres grandes proyectos se hicieron en un tiempo record. Las obras del Gran Canal se habían concluido en 1415, y la construcción de la nueva capital con su Ciudad Prohibida se empezó en 1406 y se terminó en 1417. Eran obras grandiosas y necesarias, pero resultaban excesivas para el tesoro imperial.

Sin embargo, hacía falta una chispa para que las críticas de los mandarines tuvieran efecto, y ésta se produjo cuando la Ciudad Prohibida fue pasto de las llamas y quedó reducida a un mar de pavesas, lo que ellos interpretaron como una señal celestial para que se detuviera tanto exceso. Pero el enfado de los dioses no se aplacó: falleció la concubina predilecta de Zhu Di, y cayó una plaga en Fukien de la que murieron más de 160.000 que se pudrían en los campos porque no había quien los sepultara. El emperador, ya anciano, enfermo, devastado por la pérdida de su querida madam Wang, y agobiado por la disminución de su potencia sexual, cruelmente revelada por sus concubinas coreanas, que para agraviarlo aún más se acostaron con eunucos, acabó derrumbándose y cediendo a las exigencias de los mandarines. Prohibió que las naves volvieran a salir, ordenando que permanecieran en puerto hasta podrirse, y que se destruyera la documentación recogida en los viajes, a fin de que se olvidara todo lo a ellos relacionado. Los gastos de la flota imperial se declararon un desperdicio de dinero y sin ningún provecho para China. A partir de entonces, por decreto imperial, China se encerró sobre sí misma, dándole las espaldas al mar y abandonando para siempre sus ambiciones expansionistas ultramarinas. Cuando murió Zhu Di en 1424, estas medidas fueron reiteradas por su joven hijo y

sucesor, que se sometió a los consejos de la clase letrada, y se convirtieron en parte de la tradición imperial. Incluso se ordenó a las poblaciones de la costa mudarse al interior. Pero China podía hacerlo porque para entonces ningún enemigo la amenazada por el mar, una situación que, sin embargo, cambiaría en los dos siglos siguientes. Por lo demás, como ha sugerido William H. McNeill, al concluirse el Gran Canal, China continental podía satisfacer todas las necesidades de su población sin necesidad de la navegación oceánica, de modo que ya no necesitaba más de la "flota del tesoro", que tanto le había costado al tesoro imperial y al pueblo chino[242].

Cuando llegaron a sus costas los primeros portugueses, casi un siglo después, sólo quedaba el recuerdo de aquella poderosa fuerza naval, y los frágiles y pequeños juncos que encontraron eran apenas un pálido remedo de la "flota del tesoro". Ya no eran las naves del emperador Ming las que dominaban los mares del Lejano Oriente; desde fines del siglo XV, eran los juncos de los piratas chinos y japoneses el gran azote de los mares orientales.

La experiencia de los distintos países europeos que asomaron a los mares de Asia se repitió una y otra vez durante los siglos XVI a XVIII. Todos pudieron encontrar acomodo en pequeños rincones a orillas del Océano Índico, pero se les mantuvo a raya cuando trataron de poner pie en China o en Japón.

Al principio no le pudo ir peor a los portugueses. El rey de Portugal, confiado en que sus emisarios serían bien recibidos en China para iniciar relaciones comerciales en términos amistosos, envió una embajada encabezada por Tomé Pires, un farmacéutico, escribano y comerciante exitoso, con cartas en las que se dirigía al emperador como a otro soberano igual que él. La pequeña flota diplomática llegó a las costas de China en agosto de 1517 y entró por el Río Perla para dirigirse a Cantón. Pero el emperador desconfió de la misión, y creyó que se trataba de piratas, por lo que ordenó que se les retuviera en Cantón, donde permanecieron durante meses. Pronto empezaron a surgir tensiones que condenaron la misión al fracaso. El primer error de los portugueses fue construir un fuerte en Cantón, tras sobornar a los funcionarios locales. Luego, se recibió una carta del sultán de Malaca, donde éste le informaba al emperador que había sido destronado por los portugueses y le pedía ayuda para recuperar la soberanía perdida. Como Malaca era un país vasallo y tributario de China, el emperador lo consideró una ofensa intolerable, que sólo podía enmendarse si Tomé Pires daba órdenes para que fuera devuelta y se restituyera al sultán. Como Pires se rehusó, los portugueses fueron encarcelados y el propio Pires fue arrastrado por las calles hasta la cárcel, descalzo y descubierto, sufriendo la burla de los chiquillos. La situación luego empeoró cuando se produjo un enfrentamiento entre barcos chinos y portugueses. Todo el grupo fue encarcelado y atado con pesadas cadenas. Finalmente, en septiembre de 1522, los portugueses fueron ejecutados. Sus cuerpos fueron desmembrados y las cabezas colocadas sobre estacas con sus penes en la boca para que sirviera de escarmiento. En cuanto a Pires, unos creen que también fue ejecutado, aunque otras fuentes sugieren que sobrevivió, que llegó a estar en presencia del emperador, y que nunca abandonó el país, donde casó con una china[243].

Pero todo este horror no desanimó a los portugueses, que continuaron repitiendo sus visitas por las costas de China, donde entablaron cordiales relaciones comerciales con mercaderes chinos independientes que hacían poco caso de la política oficial y a quienes beneficiaba este intercambio, sobre todo por la función de intermediarios que ejercían los portugueses en el comercio con Japón. Finalmente, en 1557, los portugueses consiguieron que se les permitiera establecer una factoría en la pequeña península de Macao, a cambio de combatir la piratería, y pagar una renta más impuestos. El sistema de factoría (que no era un invento portugués) ya estaba muy extendido por el Lejano Oriente, de modo que se trataba de una solución

que acomodaba bien a ambas partes. Por ejemplo, Corea le permitió a Japón establecer una factoría en una punta situada al extremo sureste de la Península, no obstante las serias diferencias que existían entre ambos países; Japón, a su vez, le permitió abrir una factoría a los portugueses en Nagasaki, luego a los ingleses y a los holandeses en la isla de Hirado, y finalmente a los portugueses y a los holandeses, en Deshima.

Los portugueses habían establecido sin grandes dificultades sus factorías en distintos sitios del Océano Índico, pero en Macao, donde pronto fueron apodados con desprecio *farangi*, o *folangji* (es decir "francos", y así llamaban también a los españoles), sólo fueron tolerados como simples huéspedes. No se les permitía entrar a tierra continental, advirtiéndoseles que serían arrojados si hacían algo que disgustara a sus anfitriones. Así y todo allí permanecieron hasta fines del siglo XX.

Japón recibe a los primeros europeos

A diferencia de la mala experiencia temprana que tuvieron en China, los portugueses entraron con buen pie en Japón, donde las perspectivas fueron prometedoras durante varias décadas. Pero esto era así porque la situación política del Japón era entonces muy diferente a la de China. Los primeros portugueses llegaron en 1545, cuando encallaron en la isla de Kyoshu, al extremo sur del archipiélago nipón, y considerada la cuna de la civilización japonesa. En 1549 llegó a Kagoshima —activo puerto situado en el extremo meridional de Kyoshu—, el jesuita español san Francisco Javier, que venía de evangelizar en la India, en las costas situadas frente a Ceilán hasta la isla de Manar, y en Malaca. Iba acompañado de dos compañeros de su Orden, un par de criados y un japonés de nombre Yahiro (o Anjiro), que los portugueses habían rescatado de manos de la justicia. Atraído por su fama, este último le había buscado en Malaca, y le sirvió de guía para llegar a Japón.

Cuando llegaron los portugueses y los jesuitas, el país se encontraba en un estado de total anarquía, asolado por guerras endémicas que se remontaban a 1467 y aún más atrás. Japón no mantenía relaciones con el exterior, salvo con China, aunque de manera errática, debido a las tensiones tradicionales entre ambos países, sobre todo por los constantes ataques de los piratas japoneses a los barcos y pueblos costeros del continente, una situación que se remontaba a por lo menos el siglo XIV, y que se intensificó en el siglo XV tras la desaparición de las "flotas del tesoro". La refinada cultura japonesa había deslumbrado a Francisco Javier, y las religiones que predominaban eran la sintoísta y la budista, que poseían grandes templos y monasterios desde donde los bonzos budistas ejercían su influencia como guías religiosos e intelectuales. La figura del emperador era meramente simbólica, y delegaba el poder en el shogun, una suerte de primer ministro, o valido, pero en esa época era una institución carente de fuerza cuyo poder era disputado por los numerosos daimyo o señores feudales, e incluso por samuráis de menor rango, en guerra unos con otros.

Este clima de inestabilidad mantenía debilitado militar y políticamente al Japón, pero brindó a los jesuitas una oportunidad para propagar su religión, y a los mercaderes portugueses un terreno fértil para hacer negocios. Las actividades de los misioneros y de los comerciantes portugueses se concentraron mayormente en la isla de Kyoshu. Durante un año, Francisco Javier no había convertido más que a 150 japoneses; en la vecina isla de Hirado pasó tres meses y convirtió otro centenar; pero cuando se trasladó a la isla de Honshu, la mayor del archipiélago nipón —donde se encontraba Miyako o Meaco, actual Kioto, entonces la capital del impero japonés—, encontró la ciudad en ruinas a consecuencia de la guerra y no consiguió ver al emperador ni a nadie importante. Allí fue objeto de burlas y humillaciones y regresó a su sede decepcionado. Sin embargo, continuó su labor misionera, aunque en sus dos años en las islas no

logró convertir al cristianismo más que a un millar de personas. Debió sentir que había fracasado en Japón, por lo que decidió abandonarlo y buscar otros horizontes para misionar. Regresó a Goa y de allí se dirigió por mar a China, convencido de que tendría más suerte que en Japón, pero enfermó gravemente en el barco, estando ya frente a las costas del continente, no lejos de Hong Kong. El capitán lo envió a la orilla, donde quedó expuesto a la intemperie y falleció poco después en lamentables condiciones. No pudo hacer nada en lo que esperaba sería su nuevo destino. Tenía 46 años y había pasado once en Oriente.

Sin embargo, los jesuitas continuaron misionando en Japón y en los siguientes treinta años habían conseguido expandir el cristianismo por el interior del país; para 1570 ya habían logrado unas 30.000 conversiones, y en 1581 la Compañía de Jesús contaba con 75 misioneros y 200 iglesias. Esto fue posible gracias a que muy pronto ganaron el favor de algunos jefes militares y daimyo que adoptaron la fe cristiana, lo que permitió a los jesuitas extender su influencia por las islas. Entre los conversos se encontraban muchos samurai y algunos daimyo, que adoptaron nombres cristianos como Simón o Francisco, usaban la cruz en sus cascos, y en las batallas invocaban a voces a Cristo y a María. Oda Nobunaga (1534-1582) —uno de los tres hombres fuertes del Japón del período y quien sentó las bases para la pacificación y unificación del país—, se apoyó en los jesuitas para neutralizar políticamente a los poderosos monasterios budistas (que le habían sido adversos) cuando tomó el control de Kioto y el centro de Honshu en 1568. Le atraían las ideas de los jesuitas y quería aprovecharse de los conocimientos de los portugueses en materia de fortificaciones militares; además, tenía particular interés en sus armas de fuego, sobre todo los mosquetes de mecha como aquellos que habían introducido por primera vez unos náufragos portugueses en 1545 y que muy pronto los hábiles armeros japoneses empezaron a copiar.

Al reconocer las ventajas de contar con los conocimientos y la tecnología militar de estos extranjeros y advertir que sus actividades mercantiles le ayudarían a financiar las guerras que mantenía con otros señores rivales, el daimyo de la isla de Kyoshu les permitió establecerse en la bahía de Nagasaki, un abrigado puerto natural protegido de los tifones, donde existía una pequeña villa portuaria entonces sin importancia. Allí fundaron los portugueses la ciudad de ese nombre en 1570 o 1571 (que no hay que confundir con la isla artificial de Deshima, o Dejima, también en la bahía de Nagasaki, donde se permitió que se afincaran, primero los portugueses en 1634 y luego los holandeses a partir de 1641, y a que me referiré más adelante).

A partir de esa fecha, el comercio entre China y Japón en barcos portugueses empezó a florecer. Debido a rivalidades históricas entre China y Japón, y sobre todo por los ataques de la piratería japonesa (a menudo patrocinada por algunos daimyo involucrados en esta actividad), la dinastía Ming había prohibido el comercio directo con el archipiélago japonés, de modo que los barcos lusos —que no estaban sujetos a estas restricciones y eran libres de comerciar entre el continente y las islas—, pudieron aprovecharse de un comercio muy lucrativo, transportando a China espadas, productos de laca, quimonos y sobre todo plata de sus minas, a cambio de oro y de seda en rama. Esta última tenía gran demanda entre las clases adineradas japonesas, ya que la que se producía en Japón era de calidad inferior a la china. La ventajosa posición de Macao convirtió a los portugueses en los intermediarios ideales para este comercio, sobre todo porque hasta la década de 1580 Japón se encontraba atrapado en guerras intestinas y los principales daimyo estaban demasiados ocupados combatiendo a sus rivales. Por su parte, los jesuitas también obtuvieron beneficios participando en Macao de la exportación de seda en rama a Japón: por cada 1.600 fardos de seda descargados al año, se les garantizaban 50, que compraban a 90 ducados, pagando un total de

4.500 ducados; luego los vendían a 140 cada uno, con una ganancia bruta de 2.500 ducados, o el 13%; una vez deducidos el flete y los impuestos, obtenían ganancias netas de cerca de 1.600 ducados[244]. Además, las naos y carracas portuguesas llegaban a Macao y Nagasaki con valiosas cargas de la India y Malaca, llevando de vuelta plata de Japón, y sedas y porcelana china. Por otra parte, lo que no era menos importante, también transportaban plata que el galeón de Manila llevaba de México y Perú y que llevaban a sus distintas factorías en Oriente. En pocos años se hizo evidente la prosperidad del comercio portugués en Oriente, y Nagasaki creció rápidamente. Cuando llegaron los portugueses a mediados del siglo XVI, el pequeño puerto tenía unos 2.500 pobladores; en 1579 ya tenía 400 casas; en 1590 su población era de cerca de 5.000 habitantes, y en la siguiente década se había triplicado, aumentado a 15.000 en 1600. Pero siguió creciendo, y hacia mediados de la década ya tenía 24.500 habitantes: se había multiplicado por diez en cincuenta años.

Al principio, la llegada de los comerciantes portugueses al puerto de Nagasaki era una exótica novedad que los japoneses probablemente aceptaron con benevolente curiosidad. Les llamaba la atención sus grandes narices, su pelo rojizo, sus extraños ojos negros y redondos (o sus "ojos de gato"), así como su rara indumentaria, donde destacaban los sombreros de copa redonda y los anchos pantalones englobados, o bombachas, entonces de moda en Portugal. Así eran representados, algo caricaturescamente, en los exquisitos biombos Namban fechados entre 1593-1602 y atribuidos al pintor japonés Kano Domi, de la escuela *Momoyama*. Son los más tempranos que se conocen y algunos se conservan en el *Museu Nacional de Arte Antiga*, en Lisboa. En los biombos Namban (de *namban-jin*, o "bárbaros del sur", que era como nombraban a los lusos), aparecen escenas donde se representa a los portugueses acompañados por sus esclavos negros, o llegando en sus barcos y descargando mercancías protegidos por paraguas (un invento chino que ya aparece en estampas del siglo II. a. C. y que probablemente fue introducido en Europa por los portugueses —y no por los ingleses, como suele afirmarse, pues llegaron a China mucho después—), o llevando entre sus cargamentos hasta un elefante, probablemente adquirido en la India[245].

Sin embargo, luego de casi un siglo, la buena fortuna de los portugueses llegaría a su fin en Japón. Al morir Nobunaga, asesinado en 1582 por uno de sus generales, le sucedió su cercano colaborador el general y daimyo Hideyoshi Toyotomi (o Ideyoshi, 1536-1598), que, gracias a sus notables éxitos militares, se convierte en kampaku, o regente imperial, y prosiguió con la obra de Nobunaga, pacificando y uniendo el país. El emperador no podía nombrarlo shogun debido a sus humildes orígenes, pero de hecho actuó como si lo fuera, pues asume el control político y militar y se convierte en el hombre más poderoso del Japón. Durante su regencia no cesaron las guerras intestinas, pero en 1591 ya había logrado completar la unificación del Japón, y en 1592 y 1597 invadió a Corea con intenciones de atacar China, pero el ejército de ésta entró en apoyo de los coreanos (a los que China consideraba sus súbditos), y en 1598 Hideyoshi tuvo que evacuar la Península. (Fue una experiencia que marcó profundamente el imaginario antinipón de los coreanos)[246]. Así y todo, se inició desde entonces un largo período de estabilidad en Japón (interrumpido brevemente por la *Batalla de Sekigahara* en 1600), que se caracterizó por un gobierno férreamente absolutista y centralizador. Otra característica del período fue la política de rigurosa fidelidad a las tradiciones y a la cultura nacional, así como de rabiosa intolerancia con los extranjeros. Para los jesuitas y otras órdenes religiosas cristianas que también se habían establecido en las islas, fue el comienzo de una larga noche de pesadillas.

A Hideyoshi le resultaba indiferente que la gente común se convirtiera al cristianismo, pero no estaba dispuesto a tolerar que lo hicieran los nobles, y le inquietaba la influencia cristiana en el

oeste del Japón, donde los jesuitas controlaban parcialmente la administración de Nagasaki. Al principio estuvo dispuesto a tolerar a los misioneros, pero pronto sospechó que la nueva fe era la cabeza de playa para algo mayor, y empezó a considerar a los conversos como una peligrosa amenaza interna, sobre todo porque su número era ya alarmante y no cesaba de crecer (se mencionan cifras tan altas como 300.000 para 1596). Le desagradó la información de que los portugueses habían vendido a japoneses como esclavos, y percibía a Nagasaki como un foco demasiado independiente que podía desafiar su autoridad. En resumen, empezó a sospechar que el cristianismo podía ser fuente de desunión, siendo que su máximo objetivo era precisamente unificar el país, y cuando más



Mercaderes portugueses desfilando con regalos por Nagasaki, observados por japonesa y niño. Orlando Ribeiro, *Originalidade da Expansâo Portuguesa*, Edições Joâo Sá da Costa, 1ª ed., Lisboa, 1994, p. 82.



Mercader portugués con esclavos descargando mercancías en Nagasaki. *Pabellón de Portugal, Catálogo de la Exposición Mundial de Lisboa, Lisboa*, 1998, p. 251.



Mercaderes portugueses descargando mercancías en Nagasaki. *Pabellón de Portugal, Catálogo de la Exposición Mundial de Lisboa, Lisboa*, 1998, p. 259.



Descargando mercancías en Nagasaki de un barco portugués. *Pabellón de Portugal, Catálogo de la Exposición Mundial de Lisboa*, Lisboa, 1998, p. 233.

Detalles de biombos Namban, atribuidos a Kano Domi, 1593-1600. Museu Nacional de Arte Antiga, Lisboa. Cortesía de Víctor Mestre de Oliveira.

lo necesitaba en vista de sus planes de invasión a Corea y China. Pasó entonces a instigar algunas persecuciones menores contra los religiosos y los cristianos japoneses, y en 1596, en un arrebato de ira, ordenó sacrificar a 26 cristianos en Nagasaki: seis franciscanos, tres jesuitas portugueses y diecisiete creyentes japoneses. Fueron mutilados, exhibidos en diferentes ciudades, y en las cercanías de Nagasaki fueron crucificados, colocándolos cabeza abajo. Sin embargo, a los comerciantes portugueses no los tocó, y la ciudad pudo seguir prosperando. Tampoco expulsó a los religiosos, pero era evidente que sus días estaban contados.

El aislacionismo Tokugawa

El sucesor de Hideyoshi, Tokugawa Ieyasu (1543-1616), consolida la unificación del Japón tras vencer en la *Batalla de Sekigahara* (octubre de 1600), en la que reduce a los últimos vestigios de daimyo rebeldes. Ieyasu restablece la figura del shogun; continuó afianzando las reformas que había introducido su predecesor, y se mostró aún más riguroso con los extranjeros. Se inició entonces un largo período que se extendería durante 264 años, conocido como período o shogunato Tokugawa, o Edo, llamado así por haberse establecido en Edo (actual Tokio) la sede del shogunato (o *bakufu*), mientras que en Kioto permanecería la residencia imperial. Una de las características más salientes de este largo período fue la política de aislamiento del resto del mundo (o *sakoku*), lo que condujo a la prohibición y expulsión de los extranjeros, y al rechazo de toda influencia foránea, salvo la china, cuya cultura y artículos de consumo tanto apreciaban y necesitaban los japoneses. Todo esto cambió radicalmente a partir de 1868, cuando se eliminó para siempre el shogunato y se inició el período conocido como *Restauración Meiji*, que dio comienzo a la modernización del Japón.

Fiel a su mentalidad xenofóbica, Ieyasu fue aún menos indulgente con el cristianismo que Hideyoshi, y su hostilidad se acrecentó con la llegada de los holandeses a partir de 1609, que como protestantes que eran, repudiaban a los jesuitas contrarreformistas; además, eran competidores de los mercaderes portugueses, cuyo lucrativo comercio con China sin duda codiciaban. Para los holandeses estas eran dos poderosas razones para hostilizar a sus rivales. (Sin mencionar que Portugal era parte de la monarquía española, contra la que libraban su larga lucha por la independencia). Lo que decidió este radical cambio de Ieyasu fue la providencial llegada del experto en construcción de naves William (o Will) Adams, nacido en Kent, Inglaterra, que llegó a las costas de Kyoshu luego de naufragar en el *Liefde*, buque bandera de la flotilla holandesa, de la que era el piloto mayor. No demoró en ganar la confianza de Ieyasu, y quedó a su servicio. Le construyó varias embarcaciones; le explicó los métodos de navegación occidentales, y logró rescatar los cañones del *Leifde*, que luego se usaron para bombardear el castillo Osaka. El shogun llegó a admirar las habilidades de Adams y mantuvo numerosas conversaciones con él. Gracias a su asesoría, Ieyasu decidió que para el comercio exterior había mayores ventajas tratando con los recién llegados, y debió reafirmarse en su convicción de que el catolicismo podía constituirse en una amenaza para el shogunato. Adams (que pasó el resto de sus días en Japón y casó con japonesa), le habría aclarado también que, a diferencia de los portugueses, los holandeses no tenían la menor intención de convertir a nadie a su fe, lo que era cierto. De esta manera, entre 1612 y 1614 Ieyasu pasó de una política de tolerancia a otra de prohibición y persecución sistemática. Este último año se ordenó a los misioneros abandonar Japón. Todos los misioneros fueron expulsados, al igual que los japoneses que no renunciaran al cristianismo. Luego siguió una brutal campaña de persecución contra los cristianos, resultando en miles de muertos o torturados en Nagasaki y otras partes del país. Los sucesores de Ieyasu, Hidetada y Iemitsu, llevaron las persecuciones aún más lejos.

Durante el shogunato de Hidetada, los cristianos eran vistos de manera creciente como agentes de poderes extranjeros, y unos 700 cristianos fueron ejecutados; un testigo observó a niños quemados vivos en los brazos de sus madres. Finalmente, la *Rebelión Shimabara* de 1637-1638 le sirvió de excusa al sucesor de Hidetada, Tokugawa Iemitsu, para dar el golpe final. Encabezada por un joven católico llamado Amakusa Shiró (1621-1638), unos 37.000 campesinos, muchos de ellos conversos, disgustados por la pesada carga de impuestos, el mal gobierno, el maltrato a los campesinos (que para hacerles pagar los impuestos el daimyo les cubría con traje de paja y hacía quemar vivos) y las malas condiciones económicas, capturaron el castillo de Hara, en la península de Shimabara, al Este de Nagasaki. Pero el bakufu aplastó la rebelión enviando 120.000 soldados, y los rebeldes fueron exterminados con viciosa brutalidad. Pocos cristianos escaparon con vida. Iemitsu hizo levantar el censo de toda la población japonesa, prohibió el cristianismo y ordenó la persecución sistemática de los japoneses cristianos. Esta vez ni los comerciantes portugueses se libraron, pues también fueron expulsados para siempre de Nagasaki. Así llegó a su fin al llamado (sin duda exageradamente) "siglo cristiano" en Japón[247].

A pesar de que los portugueses estuvieron presentes en Japón durante setenta años, su influencia en la cultura japonesa fue más bien marginal, como también lo sería la holandesa, no obstante que los holandeses permanecieron por más de dos siglos. Es cierto que el idioma portugués se utilizó como lengua franca durante mucho tiempo, y que mientras los lusos estuvieron en Nagasaki, los japoneses acostumbraban insertar palabras sueltas portuguesas cotidianas (por lo que aún queda una decena de vocablos en el habla japonesa actual, fuera de los términos religiosos que dejaron los jesuitas); además, los japoneses adoptaron la moda portuguesa de los pantalones bombachos, capas largas y curiosos sombreros de copa. Pero no quedó mucho más. También es cierto que los japoneses mostraron gran curiosidad por ciertos artículos europeos, como relojes, espejuelos y mapas, y en general por las ciencias aplicadas, como la astronomía, la cartografía, la construcción naval, la minería y la metalurgia, pero muy poco interés por su cultura intelectual o por su filosofía, de manera que la influencia cultural europea de los siglos XVI a XVIII no fue ni profunda ni duradera[248]. Sin embargo, hubo dos contribuciones europeas fundamentales que dejaron profundas huellas, ambas relacionadas con la tecnología militar: las armas de fuego y las fortificaciones. Oda Nobunaga entrenó a sus soldados de infantería para que dispararan los mosquetes en andanadas controladas, y en la *Batalla de Nagashimo*, de 1575, empleó 3.000 arcabuces que aplastaron a los samuráis de la caballería takeda. Los mosquetes, como vimos atrás, fueron perfeccionados por los japoneses hasta 1600, cuando sintieron que ya no serían necesarios, una vez que el país había sido pacificado y los samuráis podían defender el shogunato con sus filosas tachi y katanas. Pero cuando esto ocurría, la tecnología militar introducida por los europeos ya había innovado profundamente el modo de hacer la guerra, contribuyendo a la estabilidad y unificación del Japón. Irónicamente, esta tecnología llegó con el cristianismo, y resultó en la expulsión tanto de los jesuitas como de los nacionales del país que la introdujo.

En cuanto a las fortificaciones, la primera que se levantó a la manera occidental —que en realidad era un palacio fortificado—, fue el castillo de Azuchi, construido por Nobunaga junto al lago Biwa, cerca de Kioto, y a un costo enorme, entre 1576 y 1579. Su idea era construir una ciudadela, pero con el lujo de una residencia palaciega. Hideyoshi construyó entre 1583 y 1585 el castillo de Osaka, un edificio colosal de bloques de granito, y Ieyasu reconstruyó totalmente el de Edo. Pronto empezaron a proliferar otros castillos, ya que cada daimyo quería tener el suyo. Sin embargo, desde el punto de vista formal, estas impresionantes y masivas fortificaciones palaciegas sólo



Castillo de Osaka, construido por Toyotumi Hideyoshi (entre 1583-1585). Fotografía cortesía de Kaneme Sakai.

recuerdan vagamente la influencia occidental. Se inspiraron en el sistema abaluartado que estaba de moda en Europa, con sus grandes fosos secos o de agua, escarpas, ángulos fijantes, parapetos, galerías, puentes levadizos, torres del homenaje (o tenshu), e intrincados corredores defensivos, como los que se hacían para la misma época en América bajo la dirección de Bautista Antonelli. Pero la impronta de la estética japonesa les da un aire inconfundible. Desde el exterior destaca su monumentalidad, sus bien cuidados jardines y sus techos elegantemente curvados hacia arriba. Algunos fueron emplazados sobre elevados cerros y con una vista espectacular. Sus interiores, donde estaban bien definidos los aposentos del señor y de sus vasallos, fueron suntuosamente decorados; sus paredes, columnas, cielorrasos e incluso los marcos de las puertas y ventanas fueron cubiertos con pan de oro, o con laca roja o negra; o bien cubrían las paredes con paneles de papel o seda pintados por grandes artistas como Eitoku (1543-1590), o Sanraku (1557-1635), de la llamada Escuela Kano, con temas donde aparecían grandes y retorcidos cipreses en medio de un paisaje rocoso, utilizando formas de trazo nítido y vivacidad cromática sobre fondos planos de color dorado brillante, o escenas campestres con grupos humanos celebrando bodas o pescando, o animales salvajes o míticos en medio de paisajes bucólicos. Estos diseños brillantes con fondo dorado y de grandes dimensiones se utilizaban para iluminar los interiores oscuros de los castillos de los señores de la guerra.

Una vez se restableció la paz y se consolidó la unificación, el bakufu podía contar con grandes recursos domésticos, gracias a que el sistema de recaudación de impuestos empezó a regularizarse, pero sobre todo debido a la producción de oro y plata de sus minas, y al oro que importaban de China a cambio de la plata que exportaban. Nobunaga, Hideyoshi y muchos daimyo cuyos dominios eran ricos en metales preciosos, se dedicaron a estimular la minería, introduciendo nuevos métodos para el beneficio de metales, y los castillos se convirtieron en grandes depósitos de oro y plata, que acostumbraban mostrar a sus invitados para impresionarles. La prosperidad consecuente, y los subsiguientes años de paz, costearon y promovieron el movimiento o estilo artístico conocido como *Momoyama* (1568-1614), por el nombre del palacio de ese nombre que construyó en 1594 Hideyoshi (quien todo lo concebía en gran escala), y que se caracterizó por su exuberancia y opulencia. El florecimiento y esplendor del arte *Momoyama* fueron utilizados por la nueva clase dirigente para expresar su propio poder y su riqueza.

El arte anterior, dominado por obras de tema religioso, y construcción de iglesias y estatuas dedicadas a Buda, o por dibujos a tinta de líneas simples y pinceladas rápidas, con mínimos detalles que apenas insinúan la figura, como en el arte *Muromachi* del shogunato Ashikaga (1336-1573), es reemplazado por la escuela Kano, que se

inclina por temas profanos y militares, con decoraciones monumentales en los palacios, cubriendo las paredes y las puertas corredizas con composiciones de líneas audaces y enérgicas y gran riqueza cromática donde dominan los vívidos colores y los fondos dorados. Son expresiones ajenas al sentido occidental de la perspectiva o los claroscuros, donde destacan las siluetas nítidas en contraste con el fondo de oro. Dado que el propietario —guerrero victorioso—, deseaba impresionar a los visitantes, en los pabellones del palacio era tema recurrente la representación de escenas de guerra realistas y dramáticas con imágenes bien definidas y de colores vistosos. El arte Momoyama popularizó los célebres biombos Namban a que ya me referí, y que tres artistas japoneses conversos llevaron a México durante las persecuciones religiosas, donde ejercieron una poderosa influencia en el arte novohispano de biombos, tablas y enconchados Namban-jin.

Algunos historiadores han encontrado paralelismos entre el arte Momoyama y el Renacimiento europeo, o bien lo consideran como el equivalente japonés del Barroco o el Rococó. Fue durante ese período, y luego de la invasión a Corea, que varios daimyo y el propio Hideyoshi llevaron artesanos coreanos para que introdujeran en Japón las técnicas de producción de la porcelana, que luego harían famosas a Imari, Satsuma, Nabeshima y Yatsushiro. Fue el inicio de una época de esplendor para las artes decorativas[249].

Iemitsu profundizó la política aislacionista del Japón. A partir de 1633 introdujo una de las reformas más radicales del shogunato, oficializando el aislamiento de Japón del resto del mundo (o más bien de Occidente, pues el comercio continuó sin cesar con otras regiones del Lejano Oriente y sobre todo con China, que le era indispensable); prohibió los viajes interoceánicos, castigando con pena de muerte al japonés que tratara de salir del país o que retornara del exterior; limitó la entrada de naves extranjeras en el puerto de Nagasaki y ordenó que las naves japonesas no desplazaran más de 63,5 toneladas, a fin de que sólo pudieran hacer navegación de cabotaje. Los únicos extranjeros admitidos serían los holandeses y los chinos, y aunque a todos se les vigilaba con extremo rigor, a los chinos se les toleraba de mucho mejor grado, pues su presencia era bastante más atractiva para los japoneses debido al enorme interés que concitaban su cultura y sus productos. De hecho, en 1689 a los chinos se les permitió establecer un cuartel en Nagasaki que doblaba en tamaño el de Deshima, aunque se les aplicaban las mismas normas de estricto control. En su primer año se alojaron en el cuartel hasta 4.888 chinos, y cada vez que llegaban las flotas se contaban por miles los chinos que se reunían allí. Por su parte, los mercaderes portugueses, reacios a quedar totalmente expulsados del comercio con Japón, enviaron en 1640 una misión diplomática con el propósito de negociar la reanudación del comercio, pero los delegados fueron sumariamente ejecutados. Quedaba claro que no había vuelta atrás y que la nueva política sería inflexible[250].

Pero en el Lejano Oriente, al igual que los portugueses, los holandeses tuvieron que contentarse con mantener una presencia precaria, cuando no fugaz. Desde el principio los *hongmaoyi*, o “bárbaros pelirrojos”, fueron vistos con desconfianza por los chinos y sólo les dejaron comerciar, pero sin permitirles establecerse en tierras del Imperio. Luego, hacia 1622, los holandeses establecieron un fuerte en la costa oeste de la isla de Taiwán (o Formosa, es decir *Hermosa*, en portugués), que aún no formaba parte de China y era un hervidero de piratas que usaban sus cuevas y bahías como refugio; pero también de allí fueron expulsados. La isla estaba todavía habitada por sus primitivos ocupantes, los cazadores austronesios, que vivían en cavernas, pero ya empezaba a ser poblada por inmigrantes chinos, que durante el siglo XVII introdujeron por millares, primero los holandeses, y luego el pirata chino Zheng Chenggong (1624-1662), conocido como Coxinga o Koxinga, mestizo de padre chino y madre japonesa.

A los ingleses les resultó todavía más difícil establecerse en el Lejano Oriente. Habían llegado en 1613 a Japón, cuatro años después que los holandeses, donde ambos grupos abrieron sus factorías en Hirado. Sin embargo, Japón les puso tantas trabas (en gran parte porque fueron acusados por los holandeses de practicar un cristianismo muy parecido al de los portugueses y españoles) que tuvieron que abandonar la isla en 1623 para no volver más. En cuanto a China, el imperio Qing no les permitió establecerse en Cantón hasta principios del siglo XVIII.

Por su parte, España había tratado de establecer una base en Formosa como parte de su campaña para protegerse de las agresiones holandesas a las Filipinas. En 1626 construyó un fuerte en el norte de la isla, el de *Quilonga*, o *Santísima Trinidad*, pero fue una presencia efímera por la dificultad de mantenerlo desde Manila, y finalmente los españoles fueron expulsados de Formosa por los holandeses en 1643.

También España tuvo muchas dificultades en sus relaciones con Japón. Si los japoneses recelaban de los portugueses por su agresivo proselitismo religioso, ¿por qué iban a tratar de manera distinta a los españoles, que además eran gobernados por la misma Corona? Tras su inicial política de tolerancia con los cristianos y los extranjeros, Hideyoshi cambió radicalmente de actitud y adoptó una postura amenazante contra la presencia española en las Filipinas. A partir de la década de 1590 las tensiones entre Japón y Manila aumentaron, atizadas por varios intentos serios de invasión, o por inquietantes amenazas a la colonia española, como sucedió en 1592. Durante los años siguientes hubo varios intercambios de embajadas casi siempre acompañadas con bravatas de ambos lados, a veces intercaladas con gestos conciliatorios pero sin abandonar los mutuos recelos. Hideyoshi estuvo a punto de invadir Filipinas en 1598, pero el daimyo murió antes de materializar su designio. Al sucederle Tokugawa Iyeyasu —que se interesaba más por la expansión comercial y de la marina mercante que por las conquistas territoriales—, las relaciones hispano-japonesas mejoraron. Pero con la llegada en 1616 de su heredero y sucesor Hidetada, las cosas volvieron a empeorar. Los misioneros cristianos fueron perseguidos con sistemática furia, como ya se mencionó, y la política japonesa se tornó decididamente antiespañola. Las embajadas españolas fueron rechazadas o tratadas con insolente descortesía. Finalmente, en 1624 Hidetada expidió un edicto que cortó toda relación con Manila. Los españoles fueron expulsados de Japón y, como ya vimos, los religiosos perseguidos y exterminados. A los japoneses se les prohibió que fueran a Filipinas bajo ninguna excusa[251].

Aunque a los holandeses se les permitió dedicarse al comercio en Deshima, sus condiciones de vida eran muy poco de envidiables. Éste era un rincón cercado tan exiguo que apenas medía algo más de una hectárea. Tenía forma de abanico y estaba unido a tierra firme por un puente rigurosamente vigilado por numerosos funcionarios que impedían a los holandeses salir del recinto, so graves penas, y que habían hecho voto solemne por cumplir la misión de observarles hasta en el menor movimiento. El Diario que llevaba el factor jefe y enviaba a sus superiores en Batavia y Holanda está repleto de quejas por las exigencias de regalos por parte de los japoneses, el forcejeo con las autoridades de Nanking por el precio y volumen de los artículos, o la calidad de las lacas y porcelanas que llegaban. Para alimentarse, tenían adentro algunos cultivos y unos pocos animales domésticos. Permanecían encerrados como si fuesen prisioneros y su vida era supremamente aburrida, por lo que los factores eran renovados cada año. Consolaban su tedio recibiendo vistas de mujeres japonesas que les enviaban de cuando en cuando. Para evitar que espiaran o se familiarizaran con la realidad japonesa, no se les dejaba aprender japonés, de modo que dependían de los numerosos traductores y funcionarios japoneses que administraban las oficinas situadas frente a Deshima, creadas precisamente para atender los asuntos holandeses. Cuando llegaba la flotilla de la *VOC*, el capitán

debía desmontar los cañones y esconder en barriles las Biblias, o cualquier literatura protestante, para evitar sospechas de proselitismo cristiano. Durante los primeros años incluso se obligaba a los holandeses a pisar las imágenes de María y del Niño Jesús como prueba de que no eran devotos. Se les permitía ir a tierra firme sólo una vez cada año (luego, ya en el siglo XVIII, a medida que el interés y el recelo por los holandeses fue disminuyendo, cada dos años y finalmente cada cuatro) para rendir tributo al shogun, ya que éste los consideraba sus vasallos, y en cada visita debían entregarle costosos regalos.

El largo viaje hasta Tokio ha sido descrito por varios europeos, pero el más conocido es el del médico y naturalista alemán Engelbert Kaempfer (1651-1716), que hizo el viaje dos veces, en 1691 y 1692, acompañando al factor en su condición de médico de la *VOC*. Su relato es sorprendente. Cuando los miembros de la comitiva se presentaban en la corte, eran tratados como exóticas y divertidas criaturas. Una y otra vez se les pedía que se desvistiesen, se quitasen y pusiesen las pelucas, brincaran, bailaran, cantaran, o se besaran "como hombre y esposa", lo que divertía sobre todo a las mujeres. Ante el daymio que los interrogaba, debían posar, o hacerse mutuas reverencias, dar la vuelta, saludarse, o hacer como que conversaban, ante el daimyo que los interrogaba. Todo esto para diversión de la corte. Se les preguntaba hasta el fastidio sobre sus costumbres y vida cotidiana (cómo era su vida marital o cómo trataban a los niños). La parodia duraba hasta cuatro horas y media. Esto es sorprendente, porque pareciera que todavía entonces los japoneses seguían percibiendo a los europeos como a bichos raros, pues Kaempfer hace su visita después de medio siglo de haberse instalado los holandeses en Deshima. Además de tales humillaciones, los holandeses eran sometidos a tratamientos físicamente ofensivos. A menudo eran "golpeados con bastones como si fuesen perros", y los niños los agredían con insultos cuando iban por las calles[252].

Pero el interés de los japoneses por estos extranjeros fue decayendo con el paso del tiempo. Entre los productos que importaban los holandeses a Deshima, a los japoneses les interesaban sobre todo los de Asia (incluyendo artículos de lujo, especias y otros productos tropicales del sudeste asiático), mientras que los europeos ocupaban el último lugar de sus preferencias, como anteojos, relojes o espejos. Por otra parte, Japón era virtualmente autosuficiente. Entonces ¿por qué seguían permitiéndoles en Deshima? Kaempfer sugiere que les convenía mantenerles allí porque constituían una valiosa fuente de información del mundo occidental. De hecho, Occidente les intrigaba cada vez más a medida que iban enterándose de sus progresos en el campo de la medicina, y de sus formidables adelantos técnicos, científicos e intelectuales. Consta que algunos letrados empezaban a preocuparse por el atraso de Japón en todos esos campos debido a su política aislacionista. Pero a mediados del siglo XVIII, Holanda ya había dejado de ser la potencia marítima que fue en el pasado y cada vez tenía menos importancia para Japón. Por otra parte, la política de exclusión se había ido relajando bastante a lo largo del siglo XVIII, aunque todavía se mantenía en 1853, cuando llegaron las cañoneras de Matthew C. Perry y la historia de Japón dio un giro radical. Sin embargo, la llegada de Perry fue sólo el comienzo de un largo y laborioso proceso de negociaciones, que incluyeron varios tratados, hasta que tras varios años, finalmente, un Japón bastante reacio al principio, empezó a abrirse al mundo exterior, haciendo concesiones tanto a Estados Unidos como a diversos países europeos. La apertura completa tuvo que esperar, sin embargo, a la *Restauración Meiji*, a partir de 1868.

Pero volvamos a los ingleses. Al mismo tiempo que se retiraban de Hirado, lo hacían también de Indonesia, para concentrar sus esfuerzos en la India, que parecía ser más prometedora. Sin embargo, sus progresos fueron allí bastante lentos y hasta mediados del siglo XVIII sus éxitos fueron siempre modestos. Su posición subalterna y periférica no

empezó a cambiar hasta la segunda mitad del siglo. Su presencia en Surat desde 1613 era totalmente precaria y no pasaba de ser una concesión graciosa del *Gran Mogol* Jahangir, que sometió a los ingleses a varias humillaciones. La factoría de Surat, a la que se agregó en 1631 la de Masulipatnam, constituían diminutos rincones que debían competir con la colonia portuguesa de Goa, situada más al Sur. Y en 1647, cuando el sultán de Golconda concedió a los ingleses el derecho a administrar el puerto de Madrás, lo hizo a condición de que le pagaran un tributo fijo de sus beneficios. ¡De esa manera, la Compañía inglesa de las Indias Orientales se convertía en un vasallo feudal de un gobernante indio![253] Fue preciso esperar a la segunda mitad del siglo XVIII, gracias al terror que infundían las ubicuas fuerzas navales inglesas, para que las cosas empezaran a cambiar.

El aislacionismo de China

En cuanto a China, no fue hasta 1684 que el emperador K'ang-hsi (Kangxi) dio órdenes para que Cantón fuese abierto al comercio exterior. Contra lo que suele suponerse, la dinastía Qing era muy consciente de la importancia y necesidad del comercio exterior, pero desconfiaba de los ingleses (como de todos los extranjeros) e incluso de la lealtad de los súbditos costeños del sur (donde quedaban Cantón y Macao). Esta apertura fue de inmediato aprovechada por la Compañía inglesa para empezar a frecuentar el puerto, donde compraba sedas, porcelanas y té, pagando con plata; pero tuvo que esperar hasta 1711 para que se le permitiera establecer allí una factoría permanente. Pronto coincidieron en Cantón mercaderes de Génova, Bremen, Hamburgo, y los agentes de la Compañía holandesa de las Indias Orientales. También España estableció en Cantón una factoría. Sin embargo, la Compañía inglesa fue, a mucha distancia, la que sacó mayor provecho de este comercio. En 1757 el emperador Ch'ien Lung (Qianlong), nieto de K'ang-hsi, designó a Cantón como único puerto abierto a los extranjeros, que era un puerto seguro y el más grande de todo el Imperio. Sin embargo, las distancias seguían manteniéndose, ya que por tradición China veía a los extranjeros como tributarios y vasallos del soberano imperial, una condición que los extranjeros trataban de ignorar, pese a lo que ya debían conocer de la mentalidad de sus anfitriones.

Como era típico de la administración china tradicional, los Qing trataron de establecer normas precisas para regular el comercio. De esa manera, los extranjeros en Cantón debían negociar sólo con oficiales locales y sólo a través de ellos podían acceder al gobernador de la provincia, y si acaso a otros funcionaros de mayor rango, como el comisionado imperial de aduanas o el comisionado imperial de la provincia. Dado que el comercio marítimo dependía absolutamente del favor de los oficiales chinos, éstos se aprovechaban de sus privilegios para sacar ventajas económicas incluso de manera abusiva, desangrando a los extranjeros con impuestos y comisiones y llevándose a sus bolsillos hasta el 10% de las transacciones. Esta situación abusiva se mantuvo hasta 1760 sin que Pekín estuviese al tanto de los niveles de corrupción de los oficiales cantoneses, pero al enterarse el gobierno de lo que hacían, ordenó castigar severamente a los responsables y estableció que cada comerciante debía hacer sus negocios a través de un gremio oficial de comerciantes conocido como el *Co-Hong* o *Hong*, y que una vez hechas sus transacciones los extranjeros debían salir del puerto en su barco. A partir de entonces, los oficiales nombrados en Cantón pudieron seguir controlando y desangrando el comercio a través de este gremio, y las agencias extranjeras tuvieron que someterse a las veleidades del monopolio *Hong,* pocas veces llevando la mejor parte[254].

Los *Hong* constituían asociaciones tradicionales organizadas por calles (de la palabra *hang*, que significa calle). Agrupados como gremio y con la mencionada patente oficial para ejercer el comercio

en monopolio, no sólo realizaban transacciones con los extranjeros sino que también tenían tratos con los productores de bienes. Notoriamente corruptos, solían apilar los cargamentos con objeto de crear carestías artificiales y subir a antojo los precios. Antes del *Tratado de Nanking*, que dio fin a la *Primera Guerra del Opio*, era frecuente observar entre 50 y 60 clípers anclados durante meses en el puerto de la isla cantonesa de Whampoa (Huangpu), esperando a que se les permitiera cargar o descargar, acumulando costos y sujetos a los caprichos de este gremio.

En Cantón, los ingleses estaban confinados a un simple edificio al que debían aproximarse por agua, y no se les permitía poner un pie fuera de la factoría, ni mantener relaciones con la población china, salvo con los *Hong*. Aunque los agentes de la Compañía vivían con mucho lujo dentro de la factoría, los oficiales chinos trataban con desprecio a estos "demonios extranjeros". Para que no quedaran dudas sobre la que se sentía por ellos, nunca se les permitió establecer relaciones diplomáticas con el imperio, y el gobierno sólo permitió que sus súbditos comerciaran con los ingleses a condición de que se mantuviesen aislados y al margen del sistema chino de la ley y la administración[255]. Tal era la resistencia de las autoridades chinas a considerar a los extranjeros como a iguales, que en 1743 no le permitieron al comodoro George Anson reabastecer su flotilla cuando llegó de su largo periplo por el Pacífico, a menos que entregara los prisioneros españoles que llevaba a bordo y que poco antes había capturado en un encuentro que tuvo con el galeón *Nuestra Señora de Covadonga,* que se dirigía a Manila cargado de plata mexicana. Anson había cruzado el Estrecho de Magallanes, atravesado el Pacífico, combatido en altamar, y para poder regresar a casa y completar la vuelta al mundo, necesitaba agua, vituallas y reparar sus naves. Dadas las necesidades de su flotilla, Anson se vio obligado a acceder. Pero lo que para el inglés constituía un gesto humanitario y de buenas relaciones internacionales, desde el punto de vista de las autoridades locales este acto constituía una forma de tributo y por tanto el reconocimiento por parte de Anson de la soberanía china. A partir de este incidente, las autoridades chinas empezaron a considerar a los ingleses y a todos los demás extranjeros que llegaban a Cantón como esencialmente tributarios y vasallos del Celeste Imperio[256].

Así se explica el tratamiento que recibieron en la Corte las misiones diplomáticas que envió Inglaterra para que se le abrieran los puertos de la China a sus productos. Para fines del siglo XVIII, los países europeos, al igual que los nacientes Estados Unidos, estaban ansiosos por penetrar el todavía inexplorado y potencialmente vasto mercado chino. Para Inglaterra la situación era particularmente grave debido al balance comercial crónicamente negativo con China, ya que debía pagar casi siempre con plata americana por sus productos, entre los que destacaban la porcelana, pero sobre el té. La porcelana se fabricaba masivamente en los complejos imperiales de Jingdezhen y Dehua, para satisfacer el creciente atractivo que tenía en Europa, adonde estaban de moda los "chineros", las colecciones particulares para exhibir platos y vajillas en las vitrinas de las casas, y las ubicuas tazas de té. China, por otra parte, había logrado retener el monopolio mundial de la producción del té, que para principios del siglo XIX llegó a representar el 80% de todas sus exportaciones a Europa. Este desequilibrio comercial en favor de China había creado creciente ansiedad en Inglaterra, sobre todo por la política de estricto control que mantenía el imperio Qing sobre las importaciones extranjeras. Como consecuencia, y también debido a la mala administración de sus negocios en India, la Compañía inglesa de las Indias Orientales estuvo al borde de la bancarrota.

En busca de una solución, en 1792 el gobierno británico envió a Lord George Macartney en misión oficial a China. Llevó obsequios del rey Jorge III y una carta de éste donde le proponía al emperador Qianlong (Ch'ien-lung, o Kao-tsung, 1735-1796) establecer relaciones diplomáticas en

plano de igualdad. Según las interpretaciones tradicionales, esta misión fue un rotundo fracaso debido a los errores u omisiones protocolares de los ingleses. Por un lado, la carta (que tuvo que ser varias veces traducida porque no había otro traductor que un niño inglés de 12 años, aunque muy avispado, que acompañaba a su padre en la misión y aprendió chino en el camino), carecía de las expresiones necesarias que reconocían explícitamente la supremacía del emperador Qing. Pero tal vez lo peor fue que Macartney y su séquito se rehusaron a postrarse a los pies del emperador haciendo el *ketou*, o "golpeos de cabeza", llamado también "saludo humilde", que debía repetirse varias veces, arrodillándose con ambas piernas y agachando la cabeza hasta darse con la frente en el piso, y mejor si se hacía hasta hacerse sangre, como lo hacían los funcionarios que deseaban mostrar su devoción absoluta al emperador. Como no lo hicieron, o lo hicieron de mala gana o incompleto (hay varias versiones sobre este hecho), la misión fue rechazada, al igual que los obsequios, que incluían hermosos relojes, pinturas de paisajes, y un lujoso carruaje que se había montado y desmontado varias veces durante su largo viaje desde Cantón, porque a juicio de la Corte ninguno tenía interés para el mercado chino[257]. Por otra parte —y ésta podía ser la razón de fondo, aunque nunca se mencionara—, si la relación comercial con Occidente era favorable a China, como debía ser patente para el emperador, ¿qué necesidad había de cambiar las cosas?



Hongli, o Qianlong (1711-1799), quinto emperador de la dinastía Qing. Por Giuseppe Castiglione (1688-1766), 1736. Gobernó 60 años, desde 1736 hasta 1796, cuando abdicó. Museo del Palacio, Pekín.

A este humillante fiasco, siguieron otras embajadas enviadas por Holanda, Francia y Rusia, que igualmente fracasaron, en cada caso por su resistencia a someterse al *ketou*. Entretanto, la frustración de Europa crecía. Para Inglaterra, este fracaso puso en evidencia la imposibilidad política de mejorar la situación, mientras que el desequilibrio comercial continuaba, la plata seguía fluyendo de Inglaterra a China, y los ingleses consumían cada vez más té, que bebían en delicadas tacitas de porcelana china. Inglaterra, sin embargo, siguió insistiendo, y en 1816 volvió a enviar otra misión diplomática, que estuvo a cargo de William Pitt Amherst. Mas esta misión "fue un desastre peor que el de Macartney, puesto que el grupo fue físicamente expulsado del palacio de verano imperial [...] cuando rehusaron saludar humildemente"[258]. Pero donde la diplomacia falló, o precisamente porque falló, triunfó la fuerza, a la que los ingleses tuvieron finalmente que acudir, pero aún debían esperar casi medio siglo para decidirse a usarla.

Como debe parecerle obvio al lector por las páginas precedentes, durante todo ese tiempo la presencia europea no tuvo ninguna o muy poca influencia en Oriente, permaneciendo arrinconada en bases situadas a orillas del mar. Fue una penetración marginal y en muchos casos apenas epidérmica. China y Japón permanecieron completamente ajenos al dominio de los europeos. Japón sólo

reverenciaba la cultura china, y durante todos estos siglos hizo lo imposible por asimilar su sabiduría, mientras que era muy poco el aprecio que le merecía la cultura occidental. La política Tokugawa de aislamiento estaba dirigida precisamente a Occidente, no a los países vecinos, y mucho menos a China, cuyos productos y conocimiento apetecía con avidez. Resulta irónico que si algo de la cultura occidental fue aceptado en Oriente, fueran sus barcos y su armamento, cuya tecnología muy pronto asimilaron los japoneses y sobre todo los piratas que controlaban los mares orientales. La ironía consiste en que fue gracias a ellos que Koxinga, el fiero reyezuelo pirata sino-japonés que tenía el control de Taiwán, expulsó para siempre a los holandeses de Fuerte Zelandia. Lo hizo en mayo de 1661 a la cabeza de 900 barcos y 25.000 hombres[259]. Pero este interés fue mitigándose, hasta casi desaparecer, a medida que se consolidó la dinastía Qing y se afianzó la pacificación del Japón. A lo largo de estos tres siglos, la posición europea en el Lejano Oriente fue siempre débil y vulnerable, y los europeos apenas si hicieron mella en su cultura.

Los pueblos que rodeaban el Océano Índico no tenían como práctica la de tratar de ejercer control sobre el comercio, y el patrón que había prevalecido durante siglos era el de una amplia libertad en la navegación y en los intercambios, de manera que los navegantes recorrían los mares sin preocuparse por ir armados, ya que no lo consideraban necesario. Todo esto cambió cuando llegaron los portugueses con sus bien artillados barcos, y empezaron a dominar las rutas a punta de cañón y exigiendo el pago de tributos. Cuando se instalaron los holandeses el control se hizo aún más férreo.

Las compañías inglesa y holandesa, al igual que los portugueses y españoles, actuaban a nombre de sus respectivos Estados, tenían el apoyo institucional de sus gobiernos y disponían de una organización compleja cuya normativa había sido establecida desde la Madre Patria. Nada de esto se había visto antes en la región del Índico, donde cada mercader actuaba por su cuenta y riesgo, de manera que fue el carácter de la navegación y el comercio que había prevalecido hasta entonces lo que hizo posible la penetración europea y el cambio de la balanza de poder a favor suyo. Un hecho muy significativo es que los astilleros indios de Surat, y más tarde de Bombay, cambiaron los diseños de sus *dhows* tradicionales por barcos de tipo inglés. Lo hicieron no porque los considerasen mejores o más marineros que los *dhows* árabes —de velamen triangular y poco calado, que eran ideales para aquellos mares (y aún en uso)—, sino porque un barco de apariencia inglesa inspiraba mucho más temor y respeto en un mar infestado de piratas. Aprendieron a hacerlo tan bien, que el astillero de Bombay, de propiedad de la familia india Parsee, construyó durante varias generaciones admirables barcos de tipo inglés, incluso para la Marina Real inglesa.

En cambio, tradicionalmente China había percibido los mares que la rodeaban de manera muy distinta. Para la dinastía Ming (1368-1644), el vasto mar que la rodeaba cumplía una función equivalente a la Gran Muralla, cuya primera etapa había sido construida por Qin Shi Huang (259-210 a. C.), su primer emperador, más de milenio y medio atrás: una barrera para mantener a los pueblos bárbaros fuera de China. El fundador de la dinastía Ming, Chu Yüan-chang (1328-1398), fue quien definió el tono que caracterizó la vida en China en los tiempos modernos. Sentenció una vez: "Los pueblos extranjeros están separados de nosotros por montañas y mares y en un rincón muy lejano. Sus tierras no producen lo suficiente para nosotros ni para mantenerse ellos; su gente no nos será de utilidad alguna si se establecen entre nosotros". En otras palabras, no los necesitamos ni nos interesan. Siendo de origen campesino, consideraba que la verdadera riqueza del país debía descansar en la agricultura. Adoptó el punto de vista del confucianismo de que el comercio era despreciable. Fue él quien estableció la célebre prohibición marítima según la cual los contactos de China con ultramar debían hacerse mediante embajadas

diplomáticas conocidas como misiones tributarias y donde los pueblos extranjeros eran considerados vasallos del emperador. Tal había sido, en efecto, el cometido de los viajes de Cheng Ho. Logró que muchos de los pueblos que visitó en su largo periplo por el Océano Índico aceptaran ser vasallos y tributarios de China, al menos formalmente, aunque a la larga poco fue lo que funcionó en la práctica, sobre todo cuando la presencia china se dejó de sentir después de estos viajes. Se cree que sólo en los territorios contiguos a China tuvo efecto esta relación tributaria, como Annam (Vietnam) y Corea. Pero en lugares más distantes, como Malaca, no pasaba de ser una ficción: cuando llegó Tomé Pires a Cantón y el emperador recibió noticias del sultán de Malaca pidiendo protección por haber sido depuesto por los portugueses, sólo recibió respuestas ambiguas y ningún apoyo práctico.

Según esta política tributaria, había que mantener la superior civilización china libre de toda contaminación exterior. Ningún mercader extranjero sería tolerado, salvo si lo hacía en condición de vasallo, y a ningún chino se le permitiría viajar al exterior, a menos que lo hiciera en misión oficial. Esta sociedad de economía autosuficiente, que confiaba en la superioridad de su cultura, se consideraba el centro del mundo, el *Zhongguo,* o *Imperio Medio.* El resto del mundo era la periferia, donde habitaban los bárbaros. Coherente con la mentalidad confuciana, la sola idea de cambio o novedad, o cualquier expresión o iniciativa ajena a las costumbres y usos establecidos, era despreciable. Se comprende así que lo extranjero, que por el hecho de serlo era intrínsecamente distinto a lo chino, fuese percibido como inferior e indeseable y rechazado con desconfianza.

Su relación con el mundo exterior la resume claramente Joseph Needam a propósito del último viaje de Cheng Ho: “Los chinos no intentaban rodear una gran civilización extranjera, situada a través de sus rutas comerciales; se interesaban por los objetos extraños, por las rarezas y por el cobro de los tributos de principio, más que por cualquier clase de comercio; no estaban movidos por un proselitismo religioso; no construían fuertes, ni establecían colonias. Durante menos de medio siglo, se comprobó su presencia y después, de pronto, ya no regresaron, y China volvió a su vocación agrícola volcada hacia el interior”[260].

La distancia entre esta civilización y la Occidental, que ya tocaba a sus puertas, no podía ser mayor. Lo que una consideraba deseable, la otra lo despreciaba. Siendo así, ¿cómo no rechazar a esos europeos propensos a novedades, díscolos, irrespetuosos de la autoridad, impacientes por ordenar el mundo a su manera y en el menor tiempo posible, que despreciaban las costumbres locales y pretendían imponer la suya, y se comportaban como si les asistiese un derecho moral superior a fundar colonias donde les placía, dedicarse libremente al comercio, o convertir a su fe a los súbditos de otros monarcas, introduciendo misioneros o diplomáticos que exigían ser recibidos ante los reyes y emperadores divinos como si fuesen iguales? Era previsible que la política china de puertas cerradas y de menosprecio por lo extranjero se mantuviese incólume hasta que los europeos la violentaron para obligarlos a consumir opio y convertirlos en consumidores de sus manufacturas, para así detener la sangría de metales preciosos y equilibrar su balanza comercial. Era el choque de dos concepciones culturales radicalmente contrapuestas que inevitablemente se estrellarían cuando se vieran las caras. Pero si, finalmente, la presión de Occidente prevaleció, fue porque se impuso por las armas.

Sobre todo después de la suspensión de los viajes de Cheng Ho y de la muerte de Yongle, China percibía el mar como algo ajena a ella, como una barrera para los extranjeros que querían entrar a sus dominios, y eso explica su pobre desempeño al tratar de controlar la piratería, pese a que ésta plagaba sus costas, y que tuviera que depender para ello de la buena voluntad de los daimyo japoneses, así como su vacilante política en lo relativo a lo que hoy conocemos como mares territoriales. También explica su total indiferencia cuando los

mercaderes chinos que se aventuraban por otras latitudes eran allí aprehendidos y castigados, lo que contrasta con la actitud del Japón, que reaccionaba con espinoso rigor cuando así eran tratados sus súbditos. Desde la perspectiva del imperio chino, el súbdito que salía de sus fronteras lo hacía por su cuenta y riesgo y se volvía un paria.

Irónicamente, el chino había sido desde tiempo inmemorial un pueblo con vocación a emigrar. Este fenómeno se remonta al siglo XI, cuando empezaron a mudarse a los archipiélagos vecinos. El chino Ma Huan, traductor de árabe, que acompañó a Cheng Ho en dos de sus viajes, encontró en Java, entonces el principal centro de intercambio entre China e India, una comunidad china de más de mil familias. Los vínculos entre Java, Guandong y Fujian, se remontaban a siglos atrás, y hay constancia de que ya en el siglo V barcos procedentes de China llegaban a Java, y probablemente desde entonces algunos chinos empezaron a instalarse en la isla. Cuando la flota de Cheng Ho arribó a uno de los puertos javaneses descubrieron que éste había sido fundado por pobladores chinos y eran chinos los que lo manejaban. Encontraron también que en la vecina Sumatra, un grupo de chinos se había establecido desde fines del siglo XIV en un puerto de la costa norte de la isla. En Malaca, la comunidad china mantenía estrechos lazos con la corte imperial y le enviaba misiones tributarias, y en otras islas cercanas, muchos comerciantes chinos se habían igualmente establecido, casándose con las nativas e integrándose en la sociedad[261].

En los siglos XVI a XVIII seguían emigrando en grandes cantidades, a Filipinas, a las Molucas, a Malasia, a Batavia, o a Timor, atraídos, como antes, por las oportunidades de negocios, o por necesidad. En muchas ciudades empezaron a aparecer barrios chinos. En Nagasaki establecieron una base, y a comienzos del régimen Tokugawua había allí más de dos mil; se encontraban chinos por doquier en las costas de Kyoshu y aun en remotos lugares del interior de Honshu, donde muchos artesanos chinos trabajaron a las órdenes de Nobunaga e Ieyashu para construir castillos o edificar la nueva capital, Tokio. Pero en todas partes su éxito, cuando lo tenían, despertaba recelos o envidia. En 1596 fueron deportados de Manila doce mil, y aún quedaba otro tanto; en 1749 su número aumentó a unos 40.000, al parecer debido a la migración masiva provocada por una hambruna en el continente. A principios del siglo XVII la flota china que se concentraba en Batavia (Java) doblaba en tamaño a la de la *VOC*, y con las mercancías llegaban cientos de inmigrantes chinos[262]. Allí se instalaron fuera de los muros, y en 1740 se produjo una sublevación en la que más de 5.000 fueron masacrados por una multitud enardecida.

La política de exclusión china fue en realidad más aparente que real y en todo caso fue bastante ambigua. No podía, de cualquier forma, evitar hacer excepciones, sea porque a la administración imperial le convenía hacer una que otra concesión, o porque se trataba de bienes extremadamente deseables que sólo se obtenían en el extranjero, o porque le resultaba imposible evitarlo. Una de estas excepciones fue la presencia de los misioneros jesuitas. Pero éstos eran un puñado y su presencia sólo se toleró debido a sus notables conocimientos científicos y técnicos. (En la década de 1580 eran sólo dos o tres, en la década siguiente eran entre seis y diez, y en 1601, cuando abrieron una casa en Pekín, sumaban en toda China sólo 17). A la corte imperial china le interesaban los conocimientos que ellos dominaban, como la astronomía, las matemáticas, la cartografía, la geografía, el calendario, la construcción de relojes y cañones, y otras invenciones europeas. Un caso temprano y realmente excepcional fue el jesuita italiano Mateo Ricci (1552-1610). Hombre de prodigiosa memoria, gran talento y erudición, dominaba la cartografía, la astronomía, las matemáticas y otras disciplinas, y comprendió que la mejor manera de expandir el cristianismo en China sería ganándose a las élites, compenetrándose de su cultura y adoptando los rituales y maneras del país anfitrión.

Sustituyó el traje de su Orden, primero por el de bonzo budista y, finalmente, por otro de ricas sedas usado por los eruditos, convencido de que ese cambio de apariencia lo haría más aceptable a las élites, como en efecto así fue (aunque esto le ganara el serio reparo de otros compañeros de Orden, que lo consideraban un acto de arrogancia poco jesuítico). Aprendió a hablar y escribir el chino con fluidez; compuso en esta lengua el primer catecismo cristiano, y diseñó el primer sistema para latinizar el chino; estudió a fondo al maestro Kug Fu-tse, tradujo sus *Analectas*, y fue el primero en darlo a conocer en Europa con el nombre de Confucio; tradujo *Elementos de Geometría* de Euclides al chino; dibujó un mapa de China que demostró que ésta era la misma Catay de Marco Polo y que era tres cuartos más pequeña de lo que creían los chinos; y en 1602 publicó un mapamundi basado en la cartografía occidental, sobre todo en los trabajos de Ortelius y Mercator. En su estudio exhibía una copia de este mapa, y entregó otra al emperador, al que convenció de que su país no era ni el más grande ni el centro del mundo. Enseñó a los chinos conceptos como latitud y longitud, así como la distribución de los océanos y las masas sólidas, y les hizo cambiar su visión sinocéntrica del mundo. El mapa de Ricci era conocido como el *Gran mapa de los diez mil países* y una copia llegó a Japón en 1603, donde se reimprimió varias veces con el nombre de *Bankoku Zensu* que se convirtió durante mucho tiempo en el mapamundi estándar de Japón[263]. Además, construyó numerosos instrumentos científicos, como cuadrantes solares, esferas terrestres y celestes y relojes. Tuvo pleno acceso al emperador Wanli (o Zhu Yijun, que nació en 1563 y gobernó desde sus nueve años de edad, entre 1572 y 1620), y se ganó la admiración de los eruditos chinos. A Ricci se le conocía como Li Ma-teu o simplemente doctor Li. Pero su proyecto de emplear la ciencia como instrumento evangelizador (cuyos resultados esperaba a largo plazo, dada la naturaleza de la cultura china), y el uso del ritual chino en la liturgia cristiana, fueron repudiados rotundamente por el Vaticano. Murió en Pekín, donde fue enterrado con excepcionales honores y aún se le recuerda con veneración. Aunque no dejó de esforzarse por expandir la fe cristiana, no parece haber alcanzado mayores resultados como evangelizador, salvo entre algunos miembros de las élites, pero hasta entonces nadie había contribuido tanto como él al conocimiento de China en Europa y de la cultura occidental en China.

El interés por la ciencia y la tecnología occidentales fue mucho mayor durante la dinastía Qing, que por ser de origen manchú estaba menos influenciada por las tradiciones culturales y artísticas chinas y se mostró más receptiva a las aportaciones europeas. A comienzos de la dinastía gozaron de cierto predicamento el astrónomo Adam Schall y su sucesor Ferdinand Verbiest, ambos jesuitas, a quienes se encargó la confección del calendario imperial. El emperador Kangxi fue no sólo tolerante con los jesuitas, sino que además les confió considerables responsabilidades como matemáticos, arquitectos, artistas y diplomáticos. Puso en sus manos las negociaciones con Rusia que concluyó en el Tratado de Nerchinsk de 1689, y que definía las fronteras entre ambos países. Fue el "primer tratado firmado por China que aceptaba el principio de igualdad diplomática con otro estado". En 1692 Kangxi fue curado de malaria por los jesuitas con quinina que les había llegado de América. Ese mismo año, el emperador expidió un edicto de tolerancia que permitía a los jesuitas enseñar el cristianismo, así como a realizar un levantamiento cartográfico del imperio[264]. Durante su gobierno, llegó a China en 1715 el jesuita Giuseppe Castiglione, excepcional pintor italiano, al que nombró pintor de la Corte en el Palacio Imperial. El nieto de Kangxi, el emperador Qianlong, que admiraba a Castiglione, y que se distinguió por ser un gran patrocinador de las artes y la literatura, le encargó el diseño del Palacio de Verano y un conocido retrato suyo que aún se conserva. En su taller, Castiglione enseñó a pintores chinos a representar la perspectiva y las figuras tridimensionales, que

ellos no dominaban, hasta que murió en Pekín en 1766. Son famosos sus dibujos de grupos de caballos, que todavía hoy se siguen reproduciendo en los sellos de correos de China.

Pero, no obstante la aceptación de que gozaban estos religiosos en la Corte, el tema del proselitismo era otra cosa. Aunque los jesuitas lograron la conversión de algunos personajes notables —entre ellos ciertos eruditos y miembros de la familia imperial—, en general sus enseñanzas cristianas eran rechazadas, ya que eran percibidas como "un amasijo de leyendas a menudo incomprensibles y a veces inmorales". No pasó mucho para que se acusara a los jesuitas de tratar de corromper las costumbres chinas y de tener ideas que chocaban radicalmente con su mentalidad y su cultura. Encontraron una fuerte oposición en el cuerpo de letrados y en el clero budista, que consideraban el cristianismo una especie de budismo prostituido mezclado con préstamos del Islam[265]. Y dado que la metodología evangelizadora de la Compañía privilegiaba a las élites, cabe suponer que millones de chinos nunca se enteraron de su existencia. En 1705 el propio emperador Kangxi puso freno a su expansión cuando un enviado del Vaticano llegó con pretensiones de imponer las reglas del ceremonial romano. En 1707 Kangxi prohibió los ritos cristianos, ordenó a los jesuitas a permanecer en Pekín sólo como consejeros, y expulsó las demás órdenes religiosas. A partir de entonces, la presencia jesuítica periclitó. Luego se sucedieron persecuciones contra los misioneros y los conversos, y en 1723 el cristianismo fue declarado una secta perversa y peligrosa. Desde entonces quedó definitivamente prohibido. Para 1773 ya no quedaban jesuitas en China. Sin la presencia de la *Compañía de Jesús*, China no volvió a tener acceso a la ciencia europea hasta después de las *Guerras del Opio*.

Otra gran excepción que hicieron los Ming con respecto al mundo exterior fue el tratamiento que dieron al comercio con otros países, pese a los prejuicios confucianos contra esta actividad que existían desde el primer emperador de la dinastía. De hecho, no obstante su política contra el comercio, Chu Yüan-chang no pudo impedir que los mercaderes siguieran activos y prosperasen, sobre todo en zonas superpobladas donde los suelos eran pobres e inadecuados para la agricultura y los pobladores debían buscar su fortuna en el comercio. Por otra parte, ya en sus tiempos, gracias al notable desarrollo que gozó la industria a lo largo de todo el imperio, la necesidad de los intercambios aumentó y por tanto el comercio.

Además, era imposible frenar los contactos comerciales con el exterior, teniendo China, como tiene, tan extensas costas continentales, por no mencionar que la política tradicional de puertas cerradas debía tropezar constantemente con la apetencia de los propios chinos por vender sus productos o comprar a los extranjeros, por lo que, desde mucho antes de que llegaran los europeos, un gran número de comerciantes se dedicaban al contrabando por toda esa vasta zona, y muchos miles ya se encontraban establecidos en Taiwán, en Filipinas, en la península de Indochina y en Indonesia. La propia política restrictiva del gobierno chino era una invitación para que ésta fuera constantemente violada (más o menos como ocurrió con España y su política exclusivista en América, a la que los propios españoles hacían poco caso). Algunos magnates independientes acumularon grandes fortunas en el negocio de la seda o de la porcelana. Se trataba de una situación que difícilmente podían controlar los emperadores Ming. ¿Y cómo iban a hacerlo cuando en las fábricas de porcelanas y celedones de Jingdezhen, en las de papel de Jiangxi, y en las sederías de Suzhou y Hangzhou, se concentraban en cada una decenas de miles de obreros y cuya producción el propio gobierno estimulaba?

Esta situación se hizo aún más evidente a partir del siglo XVI, cuando la necesidad de apertura comercial empezó a sentir la constante presión de la demanda extranjera de productos chinos una vez que los europeos asomaron a sus costas. Lo cierto es que las restricciones comerciales que se habían

establecido desde 1434, fueron levantadas en 1567, y a partir de la década de 1580, cada año, veinte navíos de Fukien viajaban anualmente a Manila, donde ya en 1603 residían veinticinco mil chinos. Resulta difícil no relacionar este cambio de política comercial con la llegaba masiva de plata a Manila desde la Nueva España, sobre todo después de 1570, y que tanto necesitaba China para que sus súbditos pudiesen pagar en plata el famoso impuesto único, al que ya se hizo referencia. La política de restricción comercial china era, como se ve, mucho menos rígida de lo que se ha pensado. John M. Hobson y Joseph Fletcher llegan incluso a proponer que el sistema tributario del comercio exterior chino tenía más bien un carácter simbólico; servía para guardar apariencias y garantizar la legitimidad del Imperio, de manera que en realidad ni los súbditos ni el propio emperador se engañaban con el supuesto vasallaje de los extranjeros, ya que, de hecho, el gobierno no impedía que los mercaderes chinos comerciasen con el exterior haciendo negocios lucrativos que a todos beneficiaban[266]. Eso sí, manteniendo a los extranjeros a raya e imponiéndole sus propias reglas de juego.

Por otra parte, la política de exclusión era papel mojado para la formidable fuerza pirática que asolaba sin tregua las costas de China. Eran piratas chinos y japoneses, y en menor número coreanos, que constituían una fuerza temible y que la administración imperial no podía controlar. Se organizaban en pequeños núcleos y a veces se coaligaban en bandas para atacar a sus presas. Los piratas eran tan poderosos que llegaron a tomar control de toda la isla de Taiwán de donde, como ya se dijo, expulsaron a los holandeses, siendo una de las pocas colonias europeas en caer en un poder no europeo. Fue una época dorada para la piratería y el contrabando (dos actividades que hacían indistintamente los piratas). Las costas chinas eran saqueadas desde el norte del Shandong hasta el oeste del Guangdong, y los piratas y contrabandistas penetraban hasta cien kilómetros hacia el interior. La audacia de los piratas los llevó hasta Nanking (la antigua capital de China) y al sur de la provincia de Anhui. Y como la piratería tenía estrechos vínculos con el contrabando, sus complicidades se extendían ampliamente, incluyendo armadores, mercaderes y hasta altos funcionarios del gobierno. La pasividad de los gobernantes chinos, combinada con el rampante contrabando y la imposibilidad de controlar los dos mil o tres mil kilómetros de costa, continuó hasta aproximadamente 1681, cuando cayó Taiwán y desaparecieron los últimos restos de apoyo a la dinastía Ming. Frente a una piratería tan poderosa y unas políticas estatales tan reacias a la presencia extranjera, era muy poco lo que podían hacer los europeos, salvo servirse de los contrabandistas chinos como intermediarios, o asociarse a los piratas, dos cosas que se sabe que hicieron, pero fuera de eso no consiguieron mucho más[267]. Fue un muro que durante siglos no pudieron escalar.

En contraste con China, donde los extranjeros eran estrechamente controlados por los oficiales imperiales, o con el Japón, donde los Tokugawa excluyeron a todos los europeos de sus islas (salvo a los holandeses en la diminuta Deshima, en la bahía de Nagasaki), la India era completamente permeable a los visitantes de afuera, que podían viajar al interior y permanecer en el país todo el tiempo que quisieran. Era la sociedad, con su compartimentación en castas, la que oponía más obstáculos, no el Estado. Luego de pagar sus impuestos de aduana, todos los extranjeros podían viajar libremente y domiciliarse en cualquier pueblo de la península, y muchos mercaderes, poetas, artesanos o simples aventureros europeos establecieron relaciones de amistad con oficiales mogoles, dejando fascinantes relatos de sus viajes por el interior del país. El francés François Bernier, fue médico personal del emperador mogol Aruzangzeb (1658-1707), "el último de los grandes mogoles"; considerado uno de los primeros antropólogos, Bernier propuso la primera clasificación de las razas humanas desde una perspectiva racista y dejó un relato de sus viajes por la India. El mercader Gemelli

Carreri le conocemos por su *Giro del Mundo* y por una descripción de Aurangzeb o Aruzangzeb. El artesano Austin de Burdeos, trabajó en la elaboración del pórtico del trono en Delhi. El joyero Travernier dejó una descripción pormenorizada del Trono del Pavo Real, el mayor símbolo de poder y autoridad mogol. El veneciano y judío converso Niccolo Manucci fue diplomático, artillero, médico y curandero, y dejó extensas memorias con anécdotas divertidas aunque a veces inverosímiles[268].

Durante el siglo XVIII, la dinastía manchú se consolida y China goza de un largo período de estabilidad y crecimiento, aunque sigue cerrada para los forasteros. El régimen Tokugawa del Japón seguía manteniendo su política de aislamiento (que se va a endurecer aún más durante el siglo XIX), prohíbe a los japoneses abandonar el archipiélago, y entre 1660 y 1680 restringe la exportación de plata de sus minas. En cambio, el imperio mogol de la India colapsa en la primera mitad del siglo. Su debilidad ya es manifiesta en 1712, cuando muere el emperador Bahadur Shah I, el segundo hijo de Aurangzeb. Estuvo menos de cinco años en el poder y su gobierno se caracterizó por rebeliones en torno a la sucesión al trono, iniciándose un proceso de decadencia. Para 1720 el imperio quedó dividido en dos. En 1739 sufre una humillante invasión del rey de Persia y el emperador huye con el Trono del Pavo Real a cuestas. Desde entonces todo fue pendiente abajo. Y mientras se debilitaba el imperio mogol, India se convierte en un valioso trofeo que se disputan Francia e Inglaterra. Ambas potencias se enfrentaron en dos guerras europeas durante esos años, la de *Sucesión Austríaca* (1740-1748) y la de *Siete Años* (1756-1763), que resultaron decisivas para el destino de la India. Gracias a su superioridad naval y al apoyo que recibió desde Inglaterra, la Compañía inglesa de las Indias Orientales derrotó a Francia y acabó con sus aspiraciones en la India. Tras este avasallador triunfo, la Compañía se apropia de la India, mientras que Francia se declara en retirada. Se creó entonces el estado de la India bajo control inglés, que no desapareció hasta 1947.

Estas divergencias nos ayudan a comprender, por una parte, la relativa facilidad con que pudieron penetrar los europeos en el Océano Índico y, por otra, los obstáculos insalvables que enfrentaron para conquistar el Oriente Lejano. Los holandeses tomaron pleno control de las islas de las especias, donde sofocaron a sangre y fuego toda resistencia. En el subcontinente indio los ingleses establecieron un dominio imperial. Pero Japón y China permanecieron imbatibles, hasta que todo cambió ya muy avanzado el siglo XIX, como veremos en el próximo capítulo.

China, destino final de la plata

¿Por qué China se convierte en el mayor destino de la plata desde principios del siglo XVI hasta 1839? La explicación reposa en cinco factores fundamentales. En primer lugar, las transformaciones de su economía monetaria desde el siglo XV. En segundo lugar, las reformas fiscales que se introducen a partir de 1531 y que se sistematizan y extienden a todo el imperio entre 1570 y 1580 bajo el nombre de "método del latigazo único" (*yitiao bianfa*) o "impuesto único"[269]. Tercero, la masiva disponibilidad de plata del vecino Japón entre mediados del siglo XVI y mediados del siglo XVII, pero sobre todo de las ingentes cantidades de plata americana que empiezan a llegar desde la década de 1570. Cuarto, la creciente demanda internacional de productos chinos de calidad, sobre todo porcelana, seda y té. Y finalmente, la gran capacidad productiva de China, que desde fines del siglo XVII hasta fines del siglo XVIII disfruta de estabilidad, expande sus fronteras, aumenta sensiblemente en población y muestra una capacidad sorprendente para adaptarse a la demanda internacional de sus productos.

La moneda corriente en China había sido tradicionalmente de cobre, pero a partir del siglo VIII la escasez de monedas se hizo crónica. Esto se debía en parte al creciente comercio que se había

desarrollado dentro y fuera de China durante las dinastías Tang (618-907) y Song (960-1279). Por otro lado, Vietnam, Japón y Corea adoptaron el uso de la moneda de cobre china como propia. Todo ello ocasionaba constante falta del metal, teniendo que prohibirse desde los Tang el uso privado de cobre. Y ésa fue la razón de que la producción de porcelana se convirtiera en una industria mayor al final de esa dinastía: tazones, platos y muchos otros artículos domésticos de porcelana eran producidos en masa para reemplazar el cobre o el bronce que se usaba para hacer esos objetos en tiempos anteriores. A veces monedas de hierro, plomo e incluso de cerámica circulaban por causa de la escasez de cobre. El papel moneda fue entonces inventado en el siglo XI como una manera de aliviar el problema[270].

El papel moneda continuaba emitiéndose durante la dinastía Ming, pero no obstante los esfuerzos que se hicieron para mantener este sistema, hacia fines del siglo XIV el papel moneda se había devaluado rápidamente. Entre 1375 y 1445 había perdido mil veces su valor original y la inflación era endémica; para fines del siglo XV carecía de todo valor comercial. El pueblo había perdido la confianza en el papel moneda, y su uso sólo pudo mantenerse al precio de muchas arbitrariedades e injusticias que infligieron al pueblo los funcionarios y el gobierno central. Como consecuencia, el sistema monetario quedó restringido al uso de monedas de cobre y plata sin acuñar. Aún así, todavía a partir de 1450 volvía a emitirse papel moneda, aunque se pensó no imprimirlos más, si bien siguieron circulando hasta 1573. En 1643, sin embargo, nuevamente se emiten billetes. Será la última vez. Ese año la dinastía Ming se encontraba al borde del colapso, la economía estaba en crisis y las sublevaciones amenazaban con la propia existencia del gobierno. Un año después, el líder rebelde Li Zicheng (1605[?]-1645) invade Pekín, el último emperador Ming se suicida, y empieza a gobernar la dinastía Qing. Estos billetes son los últimos que se conocen antes de los billetes de



Dos monedas acuñadas durante la dinastía Song-norteña (960-1125). La más pequeña, de 7,6 g y diámetro de 29 mm, corresponde al período Zhenge (1111-1117) y valía "2 cash". La más grande, de 11,1 g y diámetro de 35 mm, corresponde al período Chongning (1102-1106) y tenía un valor de "3 cash". El "cash" era la unidad de moneda de curso legal de 35 g. Cortesía de Lin Mei-hua y Roberto Bruno.

banco del siglo XX. La dinastía Qing no repetiría el error de los Ming y nunca imprimió billetes, cuyo uso consideró como signo de mala administración[271].

Para el pago de tributos, desde por lo menos el siglo XIV se habían estado usando pequeños lingotes de plata, es decir plata sin acuñar. En algunas regiones, como Guandong, los impuestos ya se pagaban en lingotes de plata desde principios del siglo XV; esta práctica se extiende luego por el bajo Yangtse, donde la administración decide que al pagar impuestos, un *liang* (*tael*: término malayo adoptado por los europeos) de 36 gramos de plata equivale a 4 *shi* (o sea 240 litros) de cereales. El uso de la plata se va extendiendo mientras avanza el siglo. Desde 1465 ya se pagan en plata los impuestos de las provincias, y a partir de 1475 también los impuestos sobre la producción de sal. Entre 1480 y 1500 se exime a los campesinos de ciertos trabajos obligatorios si pagan determinadas tasas en plata.

Mientras avanzaban estas prácticas y se iba consolidando el uso de la plata en el pago de impuestos, la administración decide implantar hacia 1531 una reforma fiscal conocida como el *latigazo único*, mencionado antes. Fue un paso trascendental, ya que se simplificaban las prácticas fiscales, cuya anterior complejidad se prestaba para muchos abusos, mientras que por otra parte

legalizaba la difusión general en la economía china del uso del lingote y de las monedas de plata. A largo plazo las consecuencias de esta reforma fiscal fueron enormes, ya que China se convierte a partir de entonces en un gigantesco imán para la plata disponible en el mundo[272].

Lo irónico de la situación es que China virtualmente no producía plata, y la poca que tenía, la había ido perdiendo al tener que pagar por productos importados. En 1996 se encontró un naufragio en el mar de Java, fechado hacia el año mil de nuestra Era, cuya carga iba al parecer dirigida a esta isla, donde se ha encontrado gran cantidad de artefactos de procedencia china, incluyendo plata en lingotes y monedas, algunas de oro, pero sobre todo de plata. En los lingotes se leen estas inscripciones con caracteres chinos: "plata de 52 *liang* [o 67 onzas] certificada por el oficial Chen Xun", con lo que se garantizaba la pureza del metal. Java era entonces una suerte de punto de encuentro para el comercio entre China e India, donde la plata escaseaba. Para las mismas fechas aparecen documentos del gobierno chino que describen la insaciable demanda local por productos del sureste de Asia, como resinas aromáticas, especias y maderas nobles, y la preocupación oficial por el drenaje de plata que este comercio ocasionaba. Para frenar la fuga del metal los funcionarios chinos sugerían utilizar porcelana en lugar de plata como medio de pago. En el naufragio se encontró una gran cantidad de porcelana china, lo que evidencia que esta política se implementó y resultó exitosa[273]. Sin embargo, es probable que, dada la demanda de plata (sobre todo en India) ésta siguió exportándose. Finalmente, hacia 1430, la producción de las minas de plata había disminuido sensiblemente y muchas minas se habían cerrado. A mediados del siglo XVI se hicieron intentos por reabrir viejas minas, pero con pobres resultados, ya que toda la producción se redujo a 1.810 kilogramos al año. Entre 1597 y 1606, cuando la administración hacía grandes esfuerzos por mejorar la producción, todo lo que se conseguía al año era unos 3.500 kilogramos. Esto era insignificante para un país del tamaño de China con una población que rondaba los 100 millones para 1600. Había que buscar la plata en otra parte.

El primer beneficiario en este intercambio será el vecino Japón, que tradicionalmente había tenido muy escasa producción de plata. Dada la creciente demanda de plata en China, tal vez no fuera casual que, casi al mismo tiempo que se inicia la explotación de los ricos yacimientos de plata en Iwami Ginzan, se establezca el *latigazo único*. Si China no tenía plata, al menos no lo suficiente para que su población pudiese pagar en ese metal el *latigazo único*, introducido a partir de 1531, ¿de dónde pensaba obtenerla? El hecho es que casi de inmediato se inicia en Iwami Ginzan la producción de plata a gran escala y su exportación al continente. Tampoco debe ser casual que la imposición del *latigazo único* se extendiera a todas las partes del imperio a partir de las décadas de 1570 y 1590, precisamente cuando despegaba con fuerza la producción argentífera americana. Son demasiadas coincidencias cronológicas para considerarlas casuales.

La explotación minera en Iwami dio inicio a un período de gran actividad comercial con el continente. Casi inmediatamente comenzaron a llegar a Corea numerosos barcos cargados con plata japonesa para comprar artículos chinos. Sin embargo las tensiones históricas entre China y Japón se interpusieron a las promesas de una actividad que habría beneficiado a todos. Desde el primer Ming, en 1371, las relaciones con los daimyo del Japón occidental habían sido tensas y para fines del siglo XV China cortó drásticamente las relaciones diplomáticas y comerciales con la isla, para desolación de los japoneses que necesitaban desesperadamente de los productos chinos. Sin embargo, no duró mucho el alivio que representó el acceso a estos productos vía Corea, gracias a la plata de Iwami Ginzan, pues en 1539 también Corea le cerró lo puertos a Japón, temerosa de que la llegada masiva

de plata japonesa disparara los precios. Pero nada detendría el flujo del metal hacia el continente y el retorno de bienes chinos a las islas, de manera que no había pasado un año de la prohibición coreana cuando empezaron a llegar a Japón en busca de plata barcos chinos (probablemente contrabandistas) procedentes de Fukien, Quanzhou y Zhangzhou. Informes coreanos de las décadas de 1540 y 1550 señalan que los mercaderes chinos viajaban a Japón con el único propósito de conseguir plata[274].

La situación era absurda desde el punto de vista de las oportunidades de negocios, ya que si por un lado se encontraba China con hambre de plata, por otro estaba Japón que tenía avidez por los productos chinos, sobre todo seda en rama. Sin embargo, a fines del siglo XV y principios del siglo XVI, las prohibiciones de China contra los japoneses se habían aflojado, al menos en la práctica, y por los mares vecinos navegaban con mucha libertad contrabandistas y piratas chinos y japoneses. Desde 1540 los barcos chinos de Fukien empezaron a viajar a Japón con el único propósito de cargar plata, y los portugueses, que ya empezaban a familiarizarse con esos mares, no demoraron en lanzarse ávidamente sobre la presa, iniciando un animado comercio entre Ningpo y Kyoshu, intercambiando productos chinos, sobre todo seda y oro, por plata japonesa. Mucho antes de que en 1557 establecieran una base en Macao, los portugueses habían estado cruzando el mar que se interponía entre China y Japón, llevando plata de las islas y cargando de vuelta seda en rama, un producto muy necesario para que los telares nipones pudieran satisfacer la demanda de la clientela aristocrática. En el negocio de comprar seda china con plata japonesa y vender aquella en Japón, los portugueses podían obtener ganancias del 30 al 40%[275]. Muchas veces los barcos portugueses sólo llevaban de Japón carga de plata. Se estima que entre 1550 y 1650 Japón suministró entre el 60 y el 70% de toda la plata que ingresó a China[276]. Pero también en Japón había gran demanda de otros productos chinos, como azúcar, algodón, porcelana y mercurio. En 1592 se diversificó esta demanda cuando el daimyo Hideyoshi, necesitado de plomo y salitre para hacer pólvora, y de oro para financiar la guerra que había declarado a Corea, concedió como algo excepcional licencia a los japoneses para que fueran a conseguirlos a la colonia portuguesa de Macao y otros puertos del sudeste asiático. Pero como vimos, desde la década de 1620 la producción de plata empezó a declinar; se estanca en 1640, y en 1660 el régimen Tokugawa prohibió su exportación. Salvo de manera clandestina, deja de llevarse a China; Japón se encierra sobre sí mismo, y se prohíbe el comercio con el extranjero.

Pero China tenía otro proveedor que cada vez adquirió para ella más importancia: Manila, que recibía cada año millones de plata en lingotes y monedas de las minas americanas, sobre todo de la Nueva España. Desde la década de 1570, cuando despegó la producción de plata en América, hasta 1640, la plata fluyó a raudales hacia Manila y de allí a China, entrando por los puertos de Fukien, que suplían hasta el 30 y el 40% de toda la plata que ingresaba al continente. El intercambio entre Manila y Fukien alcanzó un pico en las primeras dos décadas del siglo XVII. Por sus extensas costas y numerosos puertos naturales, Fukien había sido desde tiempos inmemoriales el principal centro de actividades comerciales de China con el exterior. Tenía una ventajosa posición estratégica, pues se encontraba frente a Formosa y en la ruta hacia Japón, por el Norte, y hacia Filipinas por el Sur.

El número de barcos chinos que llegó a Manila se elevó de nueve en el año 1577-1578, a 48 en 1588. Los funcionarios de aduana de Haicheng se quejaban de que los barcos procedentes de Luzón no llevaban otros productos que pesos de ocho reales españoles, que estaban exentos de derechos. A partir de 1580 tuvieron que imponer un impuesto de 150 *taels*, luego rebajado a 120, para corregir esta situación. Entre 1611 y 1612 el

90,1% de los derechos de aduana de Manila procedía de carga llevada de China. Esta situación continuó: entre 1631 y 1639 llegaron 40 barcos de promedio anual; luego el flujo disminuyó, aunque sin detenerse del todo[277].

Las autoridades españolas estaban alarmadas por el enorme drenaje de plata que escapaba hacia China, estimándola en cinco millones de pesos o su equivalente, 127.000 kilogramos anuales, una suma muy respetable para la época. Otros cálculos elevan aún más esta cifra. Según cálculos basados en el informe de Juan de Yabarra de 1636, y en extrapolaciones realizadas por Pierre Chaunu usando como base el almojarifazgo de Filipinas, entre 1601 y 1614 los barcos chinos transportaron al continente un promedio anual de 145.000 kilogramos de plata, unas 72,5 toneladas[278].

Para ilustrar lo que significaba esta cifra, baste compararla con el volumen de los tesoros procedentes del Perú que transitaban en esa misma época por la ruta panameña. Como vimos en el capítulo anterior, en un año típico de feria en el siglo XVII, se transportaban de Lima a Panamá y de allí a Portobelo, alrededor de 245 toneladas de plata, es decir unos 490.000 kilogramos. Esto representaba el 60% de toda la plata que exportaba América a España, de manera que el total del producto de Perú y Nueva España equivaldría a cerca de 408 toneladas, es decir 816.666 kilogramos, de modo que lo desviado hacia China sólo por la ruta de Manila podía representar el 18%. Si, como sugieren algunos autores, hasta la mitad de la plata americana emigraba hacia Oriente, tendríamos que el restante 32% probablemente llegaría por la ruta del Cabo de Buena Esperanza y el Océano Índico en embarcaciones de las Compañías holandesa e inglesa, e incluso en barcos portugueses. Todo esto es por supuesto muy especulativo.

Luego viene un receso dramático a partir de las décadas de 1630 y 1640, como ya vimos. La ingente producción de plata en América durante los últimos 70 años había provocado una saturación de los mercados y en consecuencia el metal se había devaluado. Las minas de plata de América disminuyen drásticamente su producción entre 1640 y 1680, y para esos mismos años Japón empieza a retirarse del mercado argentífero, contribuyendo a agravar la escasez del metal. Pero la situación cambia hacia 1680 al restablecerse la demanda internacional de plata e iniciarse la recuperación de la minería en América, y el flujo de plata vuelve a llegar, esta vez a un ritmo mucho mayor. América se convierte en el principal proveedor del metal en China. Pero no sólo le llega por la vía de Manila; son enormes las cantidades de plata americana que llevan los barcos de las Compañías inglesa y holandesa de las Indias Orientales, como veremos en el capítulo próximo.

Por otra parte, se ha calculado que entre 1500 y 1800, el 70% del oro y el 85% de la plata que circuló por el mundo se extrajo de las minas americanas. Pero tal vez nunca se sepa cuánta plata americana ingresó realmente a China, ya que faltan evidencias cuantitativas confiables. Como ya se ha mencionado en páginas anteriores, los cálculos de los especialistas varían, aunque varios autores creen que tal vez hasta la mitad de toda la producción americana siguió ese destino. Entonces, si es cierto que entre 1500 y 1800 América envió a España algo así como 81.000 toneladas de plata, China habría absorbido más de 40.000 toneladas del metal[279]. Otros análisis más sofisticados ajustan los datos. La cifra que dan los contemporáneos para el siglo XVII y que recoge John TePaske, de 5 millones de pesos anuales, citada atrás, la rebajan Denis O. Flynn y Arturo Giráldez a 2 millones (51.600 kg de plata). Según Jan De Vries, la plata americana que llegaba a China, por la vía de Manila o por otras rutas, probablemente no excedía entre el 10% y el 20% en la primera mitad del siglo XVII. Pero en su pico más alto, entre 1725 y 1750, China podría absorber hasta el 30% de la producción americana[280]. Todos estos cálculos, por supuesto, seguirán debatiéndose. Pero cualesquiera sean los estimados, es evidente que las

cantidades de plata que entraban a China eran enormes y que China era su principal destino.

Pero (hasta 1620 ó 1630) el gran atractivo de ir a China para llevar plata no consistía sólo en que se podían comprar productos que allí eran baratos y venderse a buen precio en los mercados internacionales debido a su gran demanda. La principal razón era otra y se relaciona con el coeficiente bimetálico. La gran ventaja de la plata en China era el elevado valor que allí tenía con respecto al oro, en comparación con la relación oro/plata en Europa. En 1609, el funcionario español Pedro de Baeza, que sirvió en Filipinas durante treinta años, escribía que en China había grandes cantidades de oro de 22 quilates, que de ser transportado a Nueva España o a Castilla podía tener una ganancia del 70 al 80%. Anotaba que los chinos manejaban el oro como una mercancía más (lo mismo hacían con la plata) y que se pagaba a razón de 1:5,5 y como mucho, cuando escaseaba el oro, a razón de 1:7, en contraste con la relación prevaleciente en España que era de 1:12,5[281]. Es decir que en China un *liang* de oro se podía comprar con 5,5 *liangs* de plata o, lo que es igual, que un peso de oro valía 5,5 pesos de plata. Con relación a la plata, el oro era, pues, baratísimo. Un hábil comerciante portugués podía llevar oro de China y cambiarlo por plata en Japón obteniendo ganancias hasta del 60%[282].

En Occidente no se comprendía que en China no se apreciara el oro (a diferencia de Japón, donde escaseaba y se valoraba mucho). La relación oro/plata en China había derivado levemente desde su histórico pico alcanzado en el siglo XIV de 1:4-5, a 1:6 para comienzos del siglo XVI. En contraste, la relación oro/plata rondaba alrededor de 1:12 y hasta de 1:14 en Europa; 1:10 en Persia y 1:8 en India. De esa manera los pesos españoles, cuyo valor intrínseco era mayor que su valor nominal, empezaron primero a migrar hacia el Levante, la India y Malaca antes de ser devorados por China, donde eran atraídos por una fuerza irresistible ya que la ganancia era mucho mayor[283].

El oro de China empezó entonces a fluir a cambio de la plata que le llegaba y que era absorbida masivamente para que los chinos pudiesen pagar el impuesto del *latigazo único*. Para el comerciante que llevaba plata y recibía a cambio oro chino, el negocio era simplemente redondo. Y el hambre de plata en China parecía insaciable. Pero no era mayor que la sed de lucro de los que buscaban cambiarla por oro. Según explican Flynn y Giráldez, los comerciantes europeos podían "utilizar una onza de oro para comprar unas once onzas de plata en Amsterdam, y transportar el metal a China y cambiar allí las once onzas por unas dos onzas de oro. Las dos onzas de oro podían llevarse de nuevo a Europa y cambiarlas por veintidós de plata, que a su vez podían ser llevadas de nuevo a China, donde su valor volvería a doblarse"[284].

Sin embargo, para los años finales de la dinastía Ming (tal vez por agotamiento de las reservas), la exportación de oro de China había disminuido y era pequeña en comparación a las exportaciones de seda y porcelanas. Para la década de 1630 o tal vez desde antes, el intercambio de oro de China por plata extranjera era ya un factor muy menor en el conjunto del comercio externo del país[285]. Pero antes de llegar a esto, era muy fuerte el atractivo de llevar plata a China a cambio de oro, lo que se hizo sentir desde temprano. Tan pronto como empezaron a producir las minas de plata americanas, grandes cantidades de pesos de plata acuñados en las cecas del Nuevo Mundo llegaban a Cantón y Fuzhon, donde ya circulaban desde 1564. La circulación del peso de plata mexicano de ocho reales rápidamente aumentó a medida que avanzaba el siglo XVI en Guandong y en Fukien[286]. Eventualmente, pesos de plata especialmente acuñados en las Casas de Moneda de México para el comercio con China, se convierten en la moneda corriente en la costa de China, donde eran conocidos como dólares mexicanos. Ejemplares de estos pesos aún pueden encontrarse en la actualidad. Eran marcados y resellados por los funcionarios chinos para

que fueran válidos y pudieran circular, como el peso mexicano que se reproduce en estas páginas.

Con ligeras variantes, la situación histórica del coeficiente bimetálico en Oriente se mantenía aún a fines del siglo XVIII. Como decía Adam Smith, que escribe en la década de 1770, en China, "el valor de los metales preciosos es mucho más alto que en cualquier parte de Europa". Y agrega: "En la China y en la mayor parte de los mercados de la India, diez onzas de plata, o a lo más doce, compran una de oro, mientras que en Europa vale catorce o quince". Más adelante aclara que: "En China, la proporción del oro a la plata continúa siendo aún de uno a diez y de uno a once. En Japón, según se dice, es de uno a ocho"[287].



Anverso y reverso de peso de ocho reales de 1803 con efigie de Carlos III, acuñado en México y resellado en China de 37 mm de diámetro. Obsequiado al autor por el historiador sevillano José Manuel Serrano.

Pero en esta ecuación había otro factor clave: la enorme demanda de productos chinos en el mercado internacional y la capacidad que demostró China para abastecer ese inmenso y voraz mercado. Luego de la crisis que siguió a la caída de los Ming, que continuó hasta la década de 1680 cuando cesó la resistencia contra los manchúes, se inició un período de prologada estabilidad que se extendió hasta la segunda mitad del siglo XVIII. Durante esos años se produjo una auténtica revolución agrícola, gracias a la multiplicación de plantas introducidas del Nuevo Mundo y a la diversidad y perfeccionamiento de las técnicas de cultivo, lo que hizo posible un extraordinario crecimiento de la población. Era una agricultura mucho más desarrollada y diversificada que la europea, sus campesinos se alimentaban mejor y en general estaban más instruidos que los de Europa. Los Qing realizaron exitosas campañas de conquista y expandieron considerablemente el espacio físico de China, absorbiendo territorios que habían sido de Rusia, además de Mongolia y Taiwán, entre otros. En 1759 China llega a su mayor extensión cuando controla un área de 13 millones de kilómetros cuadrados y se convierte en el imperio más grande del mundo. Nunca antes había sido tan vasto ni lo sería después. Debido a su crecimiento territorial, a su desarrollo urbano, a la sofisticación de sus élites, a su enorme población y expansión comercial, a su riqueza y su prosperidad económica, China se convierte en el país más temido, poderoso e influyente de Asia, y en una de las primeras naciones del globo. Los propios occidentales lo consideraban el país más poderoso de la tierra[288]. Aún en el último cuarto del siglo XVIII, cuando ya empezaba a declinar el entusiasmo de los europeos por China, Adam Smith reconocía que éste era "uno de los países más ricos, mejor cultivados, más fértiles e industriosos, y uno de los más poblados del mundo"[289].

Romance efímero entre China y Europa

Por otra parte, las noticias que desde fines del siglo XVI y a lo largo del siglo XVII llegaban a Europa procedentes de China la pusieron de moda. Las cartas y libros escritos por los jesuitas, como Mateo Ricci, Nicolás Trigault, Álvarez Semedo, Martino Martini, entre otros, o por los agustinos fray Martín de Rada y Juan González de Mendoza (quien publica en 1585 una *Historia del Gran Reino de China*)[290], se fueron acumulando a lo largo de los años y contribuyeron a excitar la imaginación de los europeos. Durante el siglo XVII se formaron en Holanda las primeras bibliotecas con libros chinos, resultado de las actividades jesuíticas.

Pero aunque el estudio de la historia, la cultura y el pensamiento chino evolucionó lenta y fragmentariamente, el interés por la sinología fue en ascenso. A fines de siglo XVII varios monarcas enviaron misiones jesuíticas a China con listas de temas para que se informaran sobre sus inventos mecánicos. Así lo hizo Luis XIV cuando envió seis jesuitas a China en 1685 con una larga lista de temas que elaboró la Academia francesa de Ciencias para que recogieran información sobre la flora, la fauna, la ciencia y la producción agrícola. Esta misión había sido sugerida por el ministro Colbert, quien a su vez había sido aconsejado por el filósofo Leibniz. Este célebre filósofo le solicitó a los jesuitas que le enviaran información sobre el té, el papel, la seda, los tintes, la fabricación de metales, de la "verdadera" porcelana, diversas tecnologías agrícolas, militares y navales, y además maquetas y máquinas[291]. Empezaron a aparecer escritos donde se admiraba la sabia serenidad de los monarcas chinos de la dinastía reinante (se admiraba sobre todo a K'ang-hsi, a Yongzhen y a Qianlong), los principios confucianos que regían su conducta, su visión racional del mundo, y la extraordinaria calidad de las lacas, porcelanas y sedas chinas. El modelo de los mandarines chinos, cuyas carreras se basaban en la meritocracia, inspiró la formación del funcionariado europeo de la época.

Voltaire, Malebranche, Leibniz, Quesnay, Hume, Adam Smith y otros intelectuales europeos admiraban la racionalidad del pensamiento chino y el sentido práctico de sus ideas. Uno de los más ardientes defensores de las concepciones chinas fue Voltaire, que se apoyó en sus ideas sobre política, religión y filosofía, basadas en principios racionales, para atacar la inclinación europea por la aristocracia hereditaria en sus obras *L'orphelin de la Chine*, de 1755 y *Zadig*, de 1748. Atacó a Jacques Bénigne Bossuet por no hacer mención a China en su *Discours sur l'Histoire Universelle* (1681). Otro gran deudor de las ideas chinas fue François Quesnay, al que se considera el "Confucio europeo". Se inspiró en las prácticas agrícolas chinas para su famosa defensa de la agricultura como fuente esencial de riqueza (lo que contribuyó a la revolución agrícola de Gran Bretaña del siglo XVIII), y en la noción de economía política del *wu-wei*, que al francés se tradujo como *laissez-faire*. Confucio se convirtió en una suerte de "santo patrono de la Ilustración"[292].



Sopera y plato hondo de porcelana con escudo de armas de la Casa Real de España. Vajilla de Felipe V. Compañía de Indias, primera mitad del siglo XVIII. Museo Nacional de Artes Decorativas, Madrid. (*Oriente en Palacio*, p. 209).

A China se encargaban piezas de porcelana con diseños de estética occidental, jarrones, platos y vajillas con escudos de armas de las Casas Reales, de familias aristocráticas o de las Compañías de navegación que hacían el comercio con Oriente, o con paisajes y temas campestres basados en modelos de gusto europeo que acompañaban los encargos. (Estas porcelanas eran conocidas en España como "Compañía de Indias"). La población inglesa se aficionaba cada vez más al té, que se convierte en la gran bebida nacional y se importa en cantidades masivas, no de otra parte que de China, que tiene el monopolio de la producción. Las camas de los reyes se decoran con doseles, cortinas y sobrecamas de seda con estampados importados de China y de temas "chinescos". Se popularizaron en las cortes europeas los muebles tallados y laqueados con alegorías de

temas chinos en relieves dorados que todavía hoy se exhiben en museos y palacios. Estos escritorios, sillas, sillones, cómodas, *chifoniers*, aparadores, burós, biombos, arcones y lujosos baúles, eran conocidos como "chinoiseries", o "chinerías".

Las paredes de los palacios se empapelaban con rollos de papel de arroz llevados de China, con divertidas ilustraciones donde se representaban escenas populares de aldeas chinas, como el que se conserva en el Museo de Artes Aplicadas (el *MAK*) de Viena, y que había estado originalmente en un castillo checo. Desde principios del siglo XVIII se pusieron de moda en los palacios europeos los "gabinetes de porcelana", esas fastuosas habitaciones con paredes cubiertas por paneles de porcelana y pinturas de lacas ricamente decoradas



Panel del gabinete de porcelana. Palacio Real, Aranjuez. *(Catálogo de Porcelana y Cerámica Española*, p. 143).



Rincón del salón de lacas. Palacio de la Granja de San Ildefonso, Segovia.

con motivos orientales, como la del palacio Dubsky en Brno, que fue uno de los primeros en adoptarla. En el "salón de los espejos" del Belvedere y en dos salas del palacio de Shönbrunn, en Viena, encargados por la reina María Teresa de Austria, las paredes se encuentran adornadas por pequeños jarroncitos o leoncitos de Fo (o quimeras) de porcelana colocados sobre repisas. En España son notables el espléndido salón "chino" de porcelanas del palacio de Aranjuez, el "salón de lacas" del Palacio Real de La Granja de San Ildefonso (Segovia), y varios salones del Palacio Real, en Madrid, donde aún se conservan los grandes jarrones de porcelana, o tibores, de la colección de Isabel de Farnesio, esposa de Felipe V, quien era otro gran aficionado a coleccionar

chinerías. También durante la primera mitad del siglo XVIII se puso de moda importar porcelana de la localidad de Arita, que salía por el puerto de Imari, en Japón, cuyos tibores competían en belleza con los chinos, por lo que se les conocía como *Imari chino*. La estética rococó europea armonizó a la perfección con la estética china y en buena medida el rococó se inspiró en ella.

Pero nada de esto hubiera sido posible sin la enorme capacidad que demostró el imperio Qing para satisfacer esa ingente demanda. Dominaban las técnicas más sofisticadas de producción, incluso desconocidas por los occidentales, como la fabricación de la porcelana, y contaban con una inmensa mano de obra barata. De esa manera, producían masivamente productos de alta calidad que podían venderse a bajos precios en el mercado internacional, sobre todo el europeo, con jugosas ganancias para los mercaderes. Los complicados hornos de porcelana se multiplicaron en Jingdezhen; en las montañas de Fukien pululaban los recolectores de té; en Suzhou y Hangzhou abundaban los trabajadores colectando las hojas de morera para alimentar los gusanos, retirando la seda de los capullos, hilando, tejiendo, tiñendo y preparando los rollos de seda cruda, o trabajándola para venderla como producto acabado. Fue una edad dorada para la expansión comercial y el desarrollo artesanal de China. Sin embargo, en el caso de la porcelana, para poder satisfacer la incontenible demanda internacional, a medida que avanza el siglo XVIII, la calidad de las piezas empezó a desmejorar.

La masiva y alta productividad china fue un fenómeno único para la época. Se comprende al atractivo que China despertó en Occidente y la avidez con que las principales potencias económicas se lanzaron a su conquista. Su inmensidad territorial y demográfica, su prosperidad material, y la confianza en su superioridad cultural, explican por qué se comportó como lo hizo ante los “bárbaros” de Occidente cuando éstos pretendieron imponerle sus reglas.



Jarrón o tibor de porcelana Imari, con decoración floral. Japón, período Edo, primera mitad del siglo XVIII. Palacio de la Granja de San Ildefonso, Segovia. (*Oriente en Palacio*, p. 223).



Tibor de porcelana azul sobre blanco; tapadera con león de Fo. China, dinastía Qing. Primera mitad del siglo XVIII. Palacio de la Granja de San Ildefonso, Segovia. (*Oriente en Palacio*, p. 221).

Notas al capítulo VII

207 Sobre la frecuencia de las guerras, Geoffrey Parker, *La Revolución Militar, Innovación Militar y Apogeo de Occidente 1500-1800,* Alianza Editorial, Madrid, 2002, p. 25.

208 Cf. C. P. Hill, *British Economic and Social History, 1700-1975*, Edward Arnold (Publishers), Ltd., Bath, cuarta edición, 1977, p. 57.

209 Geoffrey Parker, op. cit., p. 25.

210 Autor de *Historia Natural y Natural de las Indias*, publicado por primera vez en Sevilla en 1590.

211 *El imperio Británico. Cómo Gran Bretaña forjó el orden mundial,* Barcelona, 2006, pp. 17 y 19. El título original en inglés*, Empire, How Britain Made the Modern World*, 2003.

212 C. E. Carrington, *The British Overseas, Exploits of a Nation of Shopkeepers*, Cambridge University Press, 1968, pp. 41-42.

213 Sobre la distribución de plantas y animales, a raíz del Descubrimiento, se ha hecho clásico el libro de Alfred W. Crosby, *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492,* Greenwood Press Inc., 1973, del que se han hecho 30 ediciones. También de Crosby, *Ecological Imperialism*. *The Biological Expansion of Europe, 900-1900*, Cambridge University Press, 1986. El tema ha generado una abundante literatura.

214 John F. Richards, *The Mughal Empire, The New Cambridge History of India*, Cambridge University Press, 1995, p. 190.

215 George B. Sansom, *A History of Japan 1334-1615*, Stanford University Press, 2006 (la primera edición es de 1961), p. 184, y *Japan A Short Cultural History*, Stanford University Press, Stanford, 2006 (la primera edición es de 1931), p. 421; W. Scott Morton, *Japan, its history and culture*, 3ª ed., McGraw-Hill, Inc., 1994, p. 129; Marius B. Jansen, op. cit., p. 191.

216 Sidney W. Mintz, *Sweetness and Power, The Place of Sugar in Modern History*, Penguin Books, 1986, pp. 19-23; Henry Hobhouse, *Seeds of Change. Five Plants that Transformed Mankind*, Harper & Row Publisher, New York, 1987, p. 44.

217 Stewart Gordon, *When Asia was the World*, Da Capo Press, Philadelphia, USA, 2008, pp. 12, 16-17, 19 y 188.

218 Para el camote y la papa en Corea, Carter J. Eckert, Ki-baik Lee, *et al.*, *Korea Old and New, a History,* Harvard University Press, 1999, pp. 171 y 185.

219 Sobre la introducción de plantas americanas en China, Jacques Gernet, *El Mundo Chino*, Editorial Crítica, Barcelona, nueva edición revisada, 2005, p. 383; E. N. Anderson, *The Food of China*, Yale University Press, 1988, pp. 97-98; ver también Felipe Fernández-Armesto, *Near a Thousand Tables, A history of Food*, Key Porter Books, 2002, pp. 178-179.

220 Jacques Gernet, op. cit., pp. 434-435; E. N. Anderson, op. cit., pp. 95 y 109.

221 *The Chinese Potter, A practical history of Chinese ceramics*, Phaidon Press Ltd. 2001, pp. 105 y 147. Publicada por primera en 1976.

222 Jacques Gernet, op. cit., p. 432.

223 El dato sobre la población de Soochow, en Thomas W. Barker, "Silver, Silk and Manila: Factors leading to the Manila Galleon Trade", p. 3. Sobre la producción de la seda, Shelagh Vainker, *Chinese Silk, A Cultural History,* The British Museum Press in association with Rutgers University Press, New Brunswick, New Jersey, 2004, pp. 72, 142 y 169.

224 Shelagh Vainker, op. cit., pp. 184-185.

225 Margaret Medley, op. cit., p. 261.

226 Shelagh Vainker, op. cit., p. 192.

227 Jacques Gernet, op. cit., pp. 432-433.

228 La publicó por primera vez en París entre 1945 y 1956. En España se ha publicado varias veces. V.g. *Historia Universal,* Editorial Éxito, Madrid, 1961, 8 tomos; Barcelona, 1979, 10 vols.

229 *The Pursuit of Power, Technology, Armed Force and Society since A. D. 1000*, The University of Chicago Press,1982, pp. 24-27.

230 Un ejemplo representativo es E. L. Jones, *El milagro europeo, Entorno, economía y geopolítica en la historia de Europa y Asia*, Alianza Editorial, Madrid, 1993, p. 25, aunque dice apoyarse en Joseph Needham, "The Roles of Europe and China in the Evolution of Oecumenical Science", *The Advancement of Science*, Vol. 24, 1987, pp. 83-98, y en Charles Isawi, "Europe, the Middle East and the Shift in Power, Reflections on a Theme by Marshall Hodgson", *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 22, 1980, pp. 487-504.

231 Jared Diamond, *Armas, Gérmenes y Acero. La sociedad humana y sus destinos. ¿Por qué los pueblos de Eurasia conquistaron, desplazaron o diezmaron a las poblaciones de América, Australia y África y no a la inversa?*, Editorial Debate, Madrid, 1998, p. 289.

232 Geoffrey Parker, op. cit., pp. 120-122.

233 Jared Diamond, op. cit., p. 294.

234 Sobre las armas de China y Japón, Geoffrey Parker, op. cit., pp. 120-122; ver también Jacques Gernet, op. cit., p. 397.

235 Pamela Kyle Crossley, *Los Manchúes,* editorial Ariel, Barcelona, 2002, p. 173; Martin Both, *Opium, a History*, St, Martin's Griffin, New York, 1999, p. 135.

[236] Charles O. Hucker, *China's Imperial Past. An Introduction to Chinese History and Culture*, Stanford University Press, Stanford, California, 1975, p. 297.

[237] Para el tema de los relojes, Carlo Cipolla, *Las Máquinas del tiempo y de la Guerra. Estudios sobre la génesis del capitalismo*, Editorial Crítica, Barcelona, 1999, pp. 53-72; David S. Landes, *Revolution in Time: Clocks and the Making of the Modern World*, Cambridge University Press, 1983, pp. 67-97; Jonathan D. Spence, *The Memory Palace of Matteo Ricci*, Penguin Books, 1985, pp. 180ss y 302.

[238] Según los cálculos hasta ahora más precisos de Louise Levathies, *When China Ruled the Seas, The Treasure Fleet of the Dragon Throne, 1405-1433*, Oxford University Press, 1994, p. 80. Otros autores calculan 150 metros de eslora por 50 de manga.

[239] William H. McNeill, op. cit., pp. 44-45, citando a Joseph Needam, *Science and Civilization in China,* Vol. 4, parte 3, p. 484.

[240] Los más recientes estudios sobre la "flota del tesoro" son los de Louise Levathies y de Gavin Menzies, ya citados. Menzies sostiene que otras flotas del tesoros contemporáneas a las de Cheng Ho, pero a cargo de otros almirantes, descubrieron Australia y Nueva Zelanda, para dirigirse a América y recorrerla de arriba abajo por el Oeste, o llegar en otro viaje al Caribe y al este de Norte América luego de cruzar el Cabo de Buena Esperanza bordear el occidente de África y cruzar el Atlántico.

[241] El rollo con el dibujo de la jirafa se encuentra en el Museo de Arte de Filadelfia.

[242] Op. cit., p. 47.

[243] Stewart Gordon, op. cit., capítulo 9, dedicado a Tomé Pires, quien dejó una relación de sus viajes por Oriente con numerosas referencias a plantas y drogas, que Armando Cortesao tradujo y publicó bajo el título de *The Suma Oriental of Tomé Pires*, *an account of the East, from the Red Sea to Japan, written in Malacca and India in 1512-1515*, Hakluyt Society, Londres, 1944.

[244] Para el negocio de la seda por los jesuitas, Jonathan D. Spence, op. cit., p. 176.

[245] Sobre los Namban, Maria Helena Mendes Pinto, *Biombos Namban*, Instituto Portugués do Patrimonio Cultural, Lisboa, 1988, 78 pp., con ilustraciones; hay una 2ª ed., IPPC, Lisboa, 1998; Alexandra Curvelo, "Nagasaki, an European artistic city in early modern Japan", *Bulletin of Portuguese/Japanese Studies*, Universidade Nova de Lisboa, Lisboa, Portugal, Vol. 2, junio 2001, pp. 23-35.

[246] La versión coreana de esta invasión, en Carter J. Eckert, *et al*., op. cit., pp. 143ss. Para la perspectiva japonesa, George B. Sansom, *A History of Japan, 1334-1615*, Stanford University Press, 2006, capítulo XII.

[247] Sobre la experiencia misionera en Japón en los siglos XVI-XVII, Charles R. Boxer, *Christian Century in Japan 1549-1650*, Carcanet Press, Manchester, 1993; George B. Sansom, *Japan A Short Cultural*..., pp. 444ss; George B. Sansom, *A History of Japan*..., pp. 264, 292-295, 297-299, 403-404; George B. Sansom, *A History of Japan 1615-1867*, Stanford University Press, 2004, pp. 36-45.

[248] George B. Sansom, *Japan A Short Cultural...,* pp. 421 y 437.

[249] Sobre el arte Momoyama y su relación con los metales preciosos, George B. Sansom, Japan, *A Short Cultural History*..., pp. 435-443; George B. Sansom, *A History of Japan 1334-161*..., pp. 338-340 y 382; Marius B. Jansen, op. cit., pp. 26, 65 y 167.

[250] Marius B. Jansen, op. cit., capítulo III, sobre todo pp. 75 a 95.

[251] Ver sobre estos temas, William Lytle Schurz, op. cit., "Los japoneses", capítulo II; Carles R. Boxer, *The Portuguese Seaborne Empire, 1415-1825*, London, Penguin Books, 1969; George B. Sansom, A *History of Japan, 1334-1615*, Stanford University Press, 1961; Mikiso Hane, *Breve historia del Japón*, Alianza Editorial, Madrid, 2006, cap. 3; Agustín Y. Kondo Hara, *Japón Evolución histórica de un pueblo (hasta 1650)*, Editorial Nerea, S.A., 1999, capítulos 7 a 9; W. Scott Morton, op. cit., capitulos 10 y 11, 2005; Marius B. Jansen, op. cit., capítulo 3.

[252] Marius B. Jansen, op. cit., pp. 80-85; John M. Hobson, op. cit., p. 216; Egelbert Kaempfer, *Kaemper's Japan: Tokugawa Culture Observer*, edited, translated and annotated by Beatrice M. Bodart-Bailey, University of Hawaii, Honolulu, 1999, capítulo 6, pp. 280-287, y sobre la vida en Deshima, pp. 188-190, a la que también se refiere en numerosas partes del libro.

[253] C. E. Carrington, op. cit., pp. 154 y 157.

[254] John A. Harrison, *China since 1800*, Harcourt, Brace & World, Inc, New York, 1967, pp. 11-12; Pamela Kyle Crossley, op. cit., p. 160.

[255] C. E. Carrington, op. cit., pp. 187 y 416.

[256] John A. Harrison, op. cit., p. 10.

[257] Lord Macartney, *An Embassy to China: journal*, editado por J. L. Cranmer-Byng, London, 1962.

[258] Para una descripción de estas embajadas, Pamela Kyle Crossley, op. cit., pp. 161-168, y Harry G. Gelber, *The Dragon and the Foreign Devils. China and the World, 1100 B. C. to the present*, Walker & Co. New York, 2007, pp. 161-173.

[259] Para la expulsión de los holandeses de Formosa, Jacques Gernet, op. cit., p. 419.

[260] *Science and Civilization in China*, Cambridge, 4 T., 5 vols., 1954-1965. Citado por Pierre Chaunu, *La Expansión Europea, Siglos XIII al XV*, Editorial Labor S.A., Barcelona, 1972, p. 183.

[261] Sobre estas poblaciones chinas, Stewart Gordon, op. cit., cap. VII, dedicado al relato de Ma Huan, pp. 124 y 126.

[262] Sobre la flota china en Batavia, Marius B. Jansen, op. cit. p. 65.

[263] Sobre el mapamundi de Ricci, John C. O. E. Clark y Jeremy Black, *Joyas de la Cartografía, 100 ejemplos de cómo la cartografía definió, modificó y aprehendió el mundo*, Parragon Books Ltd., Reino Unido, impreso en Tailandia, 2005, pp. 136-137.

[264] J. A. G. Roberts, op. cit., pp. 147 y 150.

[265] Jacques Gernet, op. cit., pp. 402-406.

[266] John M. Hobson, op. cit., pp. 104-106.

[267] Para la piratería en los mares orientales, Philip Gosse, *Los Piratas del Oeste, los Piratas del Oriente (Historia de la Piratería)*, Colección Austral, tercera edición, Espasa Calpe S.A., Madrid, 1953, pp. 154-156; Jacques Gernet, op. cit., pp. 376-380; Tonio Andrade, "The Company's Chinese Pirates: How the Dutch East India Company Tried to Lead a Coalition of Pirates to War against China, 1621-1662", *Journal of World History,* Vol. 15, Nº 4, diciembre, 2004. Sobre Coxinga, además, Geoffrey Parker, op. cit., pp. 154-156, y Jonathan Clements, *Coxinga: And the fall of the Ming dynasty*, Sutton Publishing, 2005.

[268] John F. Richards, op. cit., p. 187; Percival Spear, *Historia de la India II*, FCE, tercera edición en español, México, 2001, pp. 92-93.

[269] Sobre las fechas y origen del *latigazo único*, J. A. G. Roberts, op. cit., p. 132.

[270] Charles O. Hucker, op. cit., p. 354.

[271] Jacques Gernet, op. cit., p. 374; J. A. G. Roberts, op. cit., p. 131.

[272] Jacques Gernet, op. cit., pp. 374-375; J. A. G. Roberts, op. cit., p. 132.

[273] "Ingots and Artifacts. The Intan Shipwreck, circa 1000 CE", en Stewart Gordon, op. cit., pp. 57-73, sobre todo pp. 64 y 71.

[274] Richard von Glahn, *Fountain of Fortune*, *Money and Monetary Policy in China, 1000-1700*, University of California Press, Berkeley, 1996, pp. 116-118 y 126.

[275] Atsushi Kobata, op. cit., p. 253.

[276] Richard von Glahn, Fountain of Fortune…, pp. 114-118.

[277] Ibídem, p. 123 y cuadro de p. 121.

[278] Ibídem. Ver cuadro de p. 124.

[279] Según Carlo M. Cipolla, *La Odisea de la Plata Española*, Editorial Crítica, Barcelona, 1999, p. 7; en el siglo XVI se enviaron más 16.000 toneladas, en el XVII, más de 26.000 y en el XVIII más de 39.000 toneladas.

[280] Jan de Vries, "Connecting Europe and Asia...", ya citado, p. 81.

[281] Richard von Glahn, op. cit., pp. 130-131.

[282] Atsushi Kobata, "The production and uses of gold and silver in Sixteenth and Seventeenth-Century Japan", *The Economic History Review*, 2d. ser., 18, 1965, pp. 245-266.

[283] Richard Von Glahn, op. cit., pp. 128-129.

[284] Dennis O. Flynn y Arturo Giráldez, "China and the Manila Galleon", en J. H. Latham y Heita Kawakatsu, *Japanese Industrialization and the Asian Economy*, pp. 71-90, citado John M. Hobson, op. cit., p. 103.

[285] Sobre la disminución de la exportación del oro en China, William S. Atwell, op. cit., p. 5.

[286] Jacques Gernet., op. cit., p. 478.

[287] Op. cit., pp. 199 y 203.

[288] Jacques Gernet, op. cit., pp. 429-431; Charles O. Hucker, op. cit., p. 301.

[289] Op. cit., p. 70.

[290] El título completo es "Relación verdadera de las cosas del Reyno de Taibin, por otro nombre China", escrito en 1575, Bibliothèque Nationale de Paris, Sign. Fonds Espagnol, 325.9 (MF 13184), f. 15-30, publicado por Mª Dolors Folch Fornesa. Rada escribió también *Arte y vocabulario de la lengua china*. La obra de González de Mendoza se publicó primero en Roma en 1585, en Madrid en 1586 y en Amberes en 1596. Su título completo es *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del Gran Reino de la China.* Folch Fornesa ha publicado la versión digital del libro primero de la edición de Amberes.

[291] John M. Hobson, op. cit., pp. 268-269.

[292] Ibídem, pp. 262-266.

Capítulo VIII

Las rutas orientales de la plata y la formación de los imperios marítimos. Siglos XVI-XIX

Los imperios ibéricos

Los primeros que se lanzaron a la conquista del globo fueron los pueblos de la península ibérica. España se llevó al gran premio del Nuevo Mundo, que retuvo durante tres siglos, manteniendo su presencia al menos en aquellos territorios que le importaba conservar. Pero el impacto económico que tuvo en Europa el Descubrimiento de América fue al principio insignificante y no fue hasta que empezaron a explotarse las minas de plata de México y Perú que se justificaron plenamente los gastos de la conquista y se pudo iniciar con provecho la colonización del continente. Gracias a la plata, España se convirtió en la principal potencia europea hasta mediados del siglo XVII y en la envidia de todos sus rivales. Pero empezó a periclitar a partir de entonces, desgarrada por guerras internacionales, agobiada por los zarpazos que le propinaban las naciones enemigas por todas partes, y cada vez más empobrecida debido a su incapacidad para retener y aprovecharse de la plata americana.

Sin embargo, el pionero de las navegaciones atlánticas no fue España, sino su vecino Portugal. Era un país pequeño, pobre y poco poblado, muy montañoso y con escasas tierras cultivables, pero su gran frente marino lo condujo casi de manera natural a convertirse en conquistador de los mares, primero del Atlántico y luego de los lejanos mares orientales. Era un pueblo de pescadores y marinos, que la pesca había llevado desde temprano a las costas irlandesas y aún más lejos, hasta aventurarse en el remoto Atlántico, en busca de ballenas y bacalao. En esta aventura descubrieron las Azores y las Madeiras, mucho antes de que Colón llegara a las islas antillanas, e iniciaron la exploración de las costas occidentales de África. En 1415 capturaron Ceuta. En 1420 desembarcaban en Madeira, en 1425 empezaron a ocupar las Azores, y trataron de colonizar las Canarias entre 1425 y 1427. Los comerciantes genoveses que habían emigrado a Portugal buscando mejores oportunidades al cerrárseles desde 1453 el comercio con Levante luego de la ofensiva del Imperio Otomano en Europa, llevaron de Sicilia la caña de azúcar para desarrollar su cultivo en el sur del país. Luego lo extendieron a las Madeiras, y más tarde a las otras islas portuguesas y a Canarias.

Los portugueses navegaban en carabela, un barco sumamente económico e ideal para las exploraciones, pero mientras la carabela usara la vela cuadrada sólo podía aprovechar los vientos de popa. Sin embargo, una vez incorporaron a la carabela el aparejo de la vela latina, que copiaron de los musulmanes que navegaban por las costas del noroeste africano, pudieron sacar ventaja de los vientos de proa, mientras descendían por las costas africanas en busca de marfil, malagueta —una especia que podía pasar por pimienta—, y sobre todo oro y esclavos. Fue gracias a la carabela y la vela latina que Gil Eanes, en 1434, pudo doblar el Cabo Bojador, esa panza occidental de África que llenaba de terror a los navegantes por considerar

que era la última frontera a lo desconocido. Mucho más al sur, en 1460, los portugueses descubren la isla desierta de Cabo Verde y entre 1469 y 1474, las islas de Príncipe, Santo Tomé, Annobón y Fernando Poo, en el Golfo de Guinea.

Vencido el obstáculo del Cabo Bojador, los portugueses avanzaron sin cesar por las costas subsaharianas y cada vez más al sur, y en 1443 Nuño Tristâo llevó a Portugal el primer cargamento de esclavos que adquirió en la isla de Arguin, situada un poco más abajo de Cabo Blanco. La carga se vendió bien en Portugal, donde empezó a crearse un creciente mercado de esclavos, sobre todo para explotar en el sur la agricultura y las plantaciones de azúcar, actividad ésta que requería de abundante mano de obra, que era escasa en la zona. También se llevaron grandes cantidades a las islas, donde faltaban brazos para el desarrollo de la industria azucarera. De esa manera, para fines del siglo XV, Portugal se convierte, gracias a sus islas, sobre todo las de Santo Tomé y Fernando Poo, en el principal proveedor de azúcar de Europa. Desde Arguin hacia el sur, hasta Sierra Leona, se adquirían esclavos hasta poder exportar 3.500 al año para abastecer el mercado de las islas, de Portugal y de otras partes de Europa. La mano de obra esclava se introdujo en la economía a un nivel nunca antes conocido en Europa. (En el propio Portugal se había conservado esta práctica a lo largo de la Edad Media, cuando se organizaban incursiones en tierras castellanas para capturar musulmanes y venderlos como esclavos. Y aunque el cristianismo condenaba la esclavitud, abundan los documentos que hacen referencia incluso a moros cristianos que eran esclavos en Portugal[293]).

El hecho es que para fines del siglo XV el comercio de esclavos había llegado a convertirse en un gran negocio. Desde entonces, se hizo habitual encontrar esclavos sirvientes en las casas portuguesas y más tarde, gracias a sus dominios africanos, Portugal se convirtió en el gran proveedor de esclavos de América, donde tuvo el virtual monopolio de la trata negrera hasta 1640, cuando se separó de España y Holanda empezó a controlar el negocio.

Para organizar mejor la extracción de oro y de esclavos, Portugal construyó en la Costa de Oro (actual Ghana) el fuerte de Sâo Jorge de Elmina, donde se recibía el oro que los musulmanes cargaban a través del desierto del Sahara para cambiarlo por esclavos, o por unos chales a rayas fabricados en Túnez o Teherán, o por mercancías europeas, como telas, brazaletes, pañuelos y baratijas, que producían beneficios de "cinco a uno o más", según la obra de cosmografía del navegante y geógrafo lisboeta Duarte Pacheco Pereira, titulada *Esmeralda de Situ Orbis*, publicada entre 1506 y 1508, donde resume los descubrimientos lusitanos y da pautas para la navegación por África. Un esclavo se podía comprar, decía Pacheco, por "ocho o diez pulseras de cobre".



Detalle de mapa dibujado en España hacia 1375 que muestra al rey de Mali, Mansa Musa, con un gran peñasco de oro. El original en la Bibliothèque Nationale, París.

Pero Portugal tenía prisa por llegar a la India y a las tierras de las especias, y no le convenía demorarse más recorriendo las costas occidentales de África. Llegar al Océano Índico se convierte en obsesión, y Juan II (1481-1495) envía dos expediciones por tierra en dirección a Levante para seguir la ruta clásica hacia la India y encontrar el legendario reino cristiano del *Preste Juan*, en Etiopía. La expedición a cargo de Pedro de Covilha y Alonso de Paiva se dirige al Cairo, y por la ruta de Yemen

llega sin dificultades a la India. Mientras avanzan, Covilha envía detallados informes sobre las posibilidades para el comercio y la navegación por el Océano Índico. Regresa por mar para reconocer las costas orientales de África, y llega hasta el Río Zambeze, que desemboca en el Océano Índico formando un enorme delta. Eran noticias excitantes que pedían acelerar el paso ya que, a la vuelta de la esquina, esperaba un potencial aliado cristiano contra el Islam y la no menos deseada ruta a la Especiería.

En 1487, Bartolomé Díaz doblaba el Cabo de Buena Esperanza, en el extremo sur de África, pero disturbios internos en Portugal impiden la organización de nuevas expediciones, hasta que Vasco da Gama salió de Lisboa en julio de 1497 con cuatro naves pequeñas y 150 hombres; cruzó nuevamente el Cabo, llegó a Mozambique en marzo siguiente, y guiado por un piloto árabe de Malindi familiarizado con el Océano Índico, llegaba a la India el 20 de mayo de 1498. Allí obtuvo un botín de considerable riqueza: su valor era sesenta veces lo que costó la expedición. El viaje de Da Gama tuvo consecuencias extraordinarias, ya que, luego de muchos años cargados de expectativas, finalmente ponía al alcance de Europa la puerta que se abría al Oriente. La casi infranqueable barrera que había creado el Imperio otomano en Levante, dificultando el comercio entre Europa y Asia, finalmente se podía rodear, y por primera vez era posible poner en contacto directo y sin intermediarios a dos continentes que habían estado hasta entonces mal comunicados. Por supuesto que los primeros en aprovecharse de esta ventaja fueron los propios portugueses, que sin demora empezaron a moverse agresivamente, estableciendo bases en los nuevos territorios para comerciar con ellos, por las buenas o por las malas.

En 1502 Da Gama navegó nuevamente a la India. Esta vez comandaba una poderosa flota de dieciocho buques de guerra que tenía el propósito de hacer una demostración de fuerza. En el camino a la India se detuvo en Mozambique, donde dejó aseguradas dos bases. Al llegar a la costa Malabar, al Suroeste de la India, encontró la enconada resistencia de los mercaderes musulmanes. Cuando desembarcó para comerciar con los artículos que llevaba, nadie se interesó, por considerarlos bastos y poco atractivos. Respondían a una estética ajena a los gustos locales y eran de inferior calidad a los que se producían en la India. Y como Da Gama quiso insistir en su venta y el rechazo local no cedía, apeló a sus cañones. Bombardeó la ciudad de Calicut y hundió las embarcaciones que le hicieron frente, obteniendo la primera victoria naval sobre la flota de los árabes de Malabar. Sus barcos no eran pesados y el buque insignia apenas llevaba 16 cañones, es decir que no constituía una fuerza poderosa. Pero como los barcos árabes que navegaban el Índico no portaban cañones, y sus delgados cascos no estaban protegidos contra las bombas de las naves portuguesas artilladas, para Da Gama resultó fácil imponerse, y regresó a Lisboa en 1503 con un valioso cargamento de especias. Desde ese momento, quedó claro que la fuerza de los cañones le abrirían de par en par a Portugal las puertas de Oriente.

En 1500 Pedro Álvarez Cabral había descubierto Brasil accidentalmente, y los primeros años del siglo XVI fueron de incesantes avances portugueses por las costas del África oriental y Asia. Un primer paso fue asegurarse la alianza de los Estados islámicos de la costa de Mozambique. Ese mismo año, Diego Días avistó Madagascar en su ruta a la India, y otros exploradores portugueses llegaron al pequeño archipiélago de Socotora, en el cuerno de África, a la entrada del Mar Rojo y ruta para el comercio con Levante. En 1508, el almirante Alfonso de Albuquerque captura Socotora, y luego Ormuz, puerto estratégico en el comercio de las especias, situado a la entrada del golfo Pérsico. Luego se dirigió a la India. En febrero de 1509 el primer gobernador portugués en la India, Francisco de Almeida, derrota a los musulmanes en la batalla naval de Diu, frente a la isla de este nombre. En 1510, Albuquerque, quien sucede a



Factoría portuguesa de Goa, India. Tinta sobre papel del cronista general de la India y desde 1631 guardamayor del Archivo de Goa, António Bocarro, *Década XIII da História da Índia,*1635. Biblioteca Nacional, Madrid, Mss. 1190, T. II, dibujos de fortalezas portuguesas. (*Oriente en Palacio*, p. 127).

Almeida, tomó por la fuerza a Goa, al Suroeste de la India, que convierte en la capital de la India portuguesa y en la base principal para el comercio en el Océano Índico. Estos deslumbrantes éxitos militares aseguraron para Portugal el control del comercio de las especias y le abrió paso a su hegemonía marítima en Oriente. Eliminó a sus rivales árabes en el Océano Índico, gracias a la potencia de fuego de sus cañones, logrando de esa manera desbaratar a voluntad las rutas comerciales tradicionales, y exigirles concesiones comerciales a los soberanos de los Estados de la costa e islas.

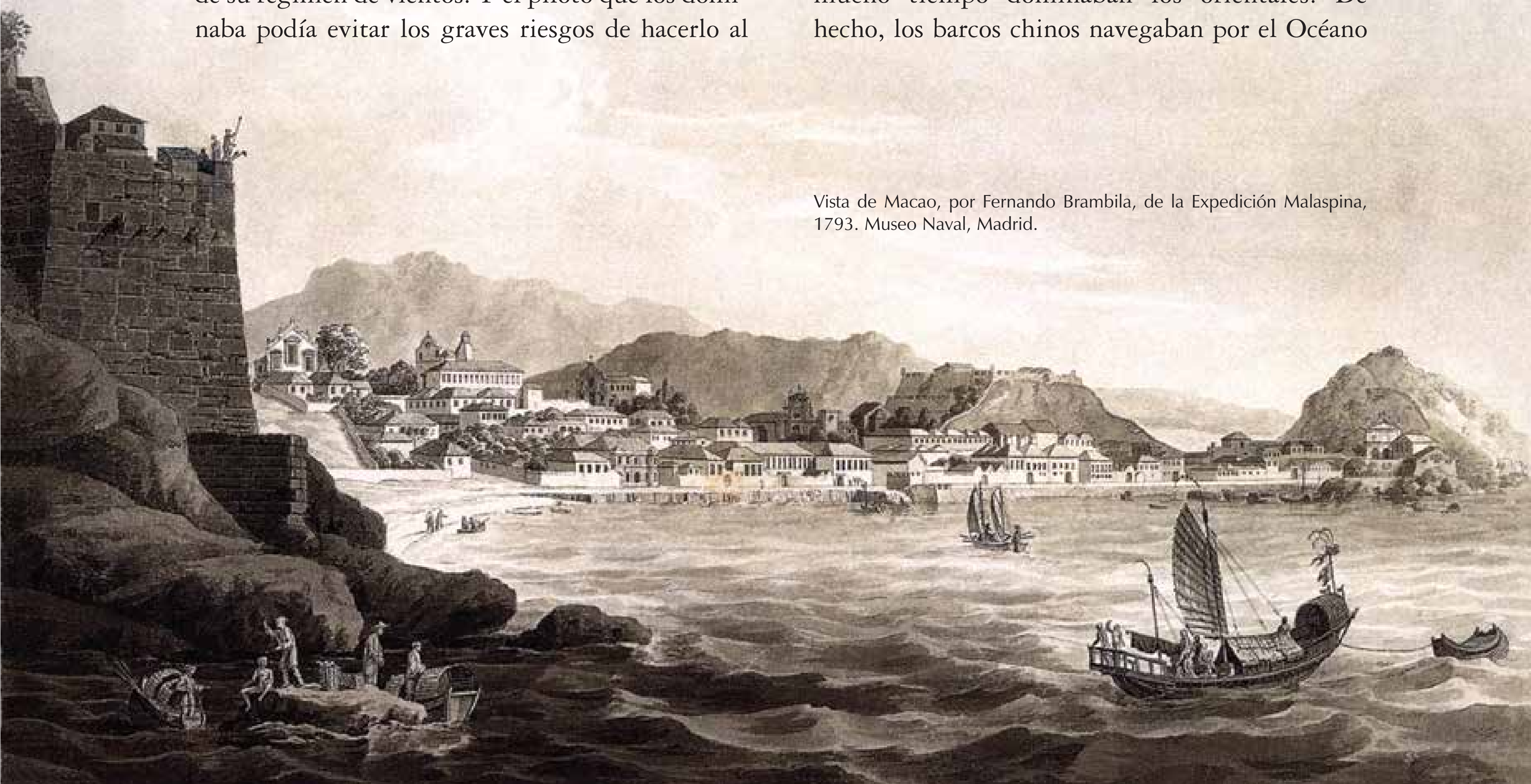
Con un agudo sentido geoestratégico, Albuquerque desarrolló un programa de conquistas en puestos clave. En 1511 conquistó Malaca, situado en el estratégico estrecho que comunica el Índico con los mares de la China. Luego se dirige a las Molucas, que abundaban en especias exóticas; estableció bases en las islas de la Sonda, en la costa Malabar, en Persia y en Arabia; y usó la diplomacia desde una posición fuerza con los príncipes locales, como el sha de Persia y el rey de Siam, para establecer un vasto imperio comercial que se permitía exigir peaje a los barcos que transitaban por el Índico.

Luego Portugal enfiló sus barcos más hacia el Este, estableciendo puertos comerciales en lugares tan distantes como China y Japón. En 1557 establece una pequeña colonia en la diminuta península china de Macao, que usa como puerto y está situada a una distancia estratégica entre Japón, país rico en oro y sobre todo plata, y el archipiélago

filipino, a cuya capital, Manila, llegaba cada año un enorme cargamento de plata de México. En la década anterior, exploradores portugueses habían encallado en las costas japonesas del Suroeste; en 1549, tras la llegada de los misioneros jesuitas, se funda la primera iglesia cristiana, y cincuenta años más tarde ya contaba con 300.000 creyentes. Finalmente, en 1570, Japón le permitió a los portugueses establecerse de manera permanente en Nagasaki, pequeña villa que pronto se convirtió en activa ciudad portuaria. Lograron lo que ningún otro país europeo había alcanzado hasta entonces: abrir sendas cabezas de playa a la sombra de las dos grandes civilizaciones del Extremo Oriente, ambición nacional de las dos potencias ibéricas que por fin se hacía realidad.

Las rutas que navegaron los portugueses por el Océano Índico y los mares orientales ya eran conocidas por los árabes desde hacía muchos siglos. Era una navegación dominada por los monzones estacionales, con meses prefijados para navegar hacia el Este y otros tantos para dar la vuelta. Era un mar tan peligroso como cualquier otro, pero al menos se podía confiar en la regularidad estacional de su régimen de vientos. Y el piloto que los dominaba podía evitar los graves riesgos de hacerlo al comienzo o al final de los monzones, que era cuando las naves podían correr serios peligros. La innegable ventaja de esta navegación era la clave de las intensas relaciones comerciales que se habían desarrollado desde tiempos inmemoriales entre los pueblos ribereños del Índico, el vasto archipiélago de Indonesia, China, Corea y Japón, mucho antes de que llegaran los primeros navegantes europeos.

Cuando los portugueses apenas empezaban sus correrías por el África occidental, Cheng Ho, el legendario eunuco musulmán al servicio del emperador de China, realizaba aquellos épicos viajes con "la flota del tesoro", recorriendo el Océano Índico, cobrando tributos, imponiendo por donde pasaba la hegemonía china y llegando tan lejos como Malindi, en Kenia, donde le entregaron en su viaje de 1414 una jirafa como tributo para el emperador Yongle. Allí se han encontrado evidencias arqueológicas como porcelanas, celedones y objetos de bronce de evidente factura Ming y aun de fechas anteriores, así como indicios genéticos y lingüísticos, y tempranos relatos de viajeros portugueses que dejan pocas dudas sobre la presencia china en lugar tan lejano[294]. Era una ruta que desde hacía mucho tiempo dominaban los orientales. De hecho, los barcos chinos navegaban por el Océano



Vista de Macao, por Fernando Brambila, de la Expedición Malaspina, 1793. Museo Naval, Madrid.

Índico y las costas africanas varias décadas antes de que lo hiciera Cheng Ho, probablemente desde el siglo XII. Se sabe también que a mediados del siglo XIV, es decir poco después del último viaje de Cheng Ho, un célebre navegante árabe, Shihãb al-Din Ahmad Ign Mãjid, zarpó hacia el Oeste en dirección al Cabo de Buena Esperanza, remontó la costa de África occidental y alcanzó el Mediterráneo atravesando el Estrecho de Gibraltar[295]. Gavin Menzies menciona también varias flotas del tesoro contemporáneas a las de Cheng Ho, que atravesaron tanto el Atlántico como el Pacífico[296].

El hecho es que por sólo 80 años no se encontraron frente a frente las inmensas "naves del tesoro" de Cheng Ho con las diminutas carabelas de Vasco da Gama. Cabría preguntarse cuáles habrían sido las posibilidades del portugués de avanzar por el Índico, de haberse enfrentado a una armada cuyos mil mástiles parecían un bosque en las nubes cuando desplegaban sus velas y cuya sola presencia hacía temblar a sultanes, jeques, emires y reyes. Pero el destino no lo quiso así.

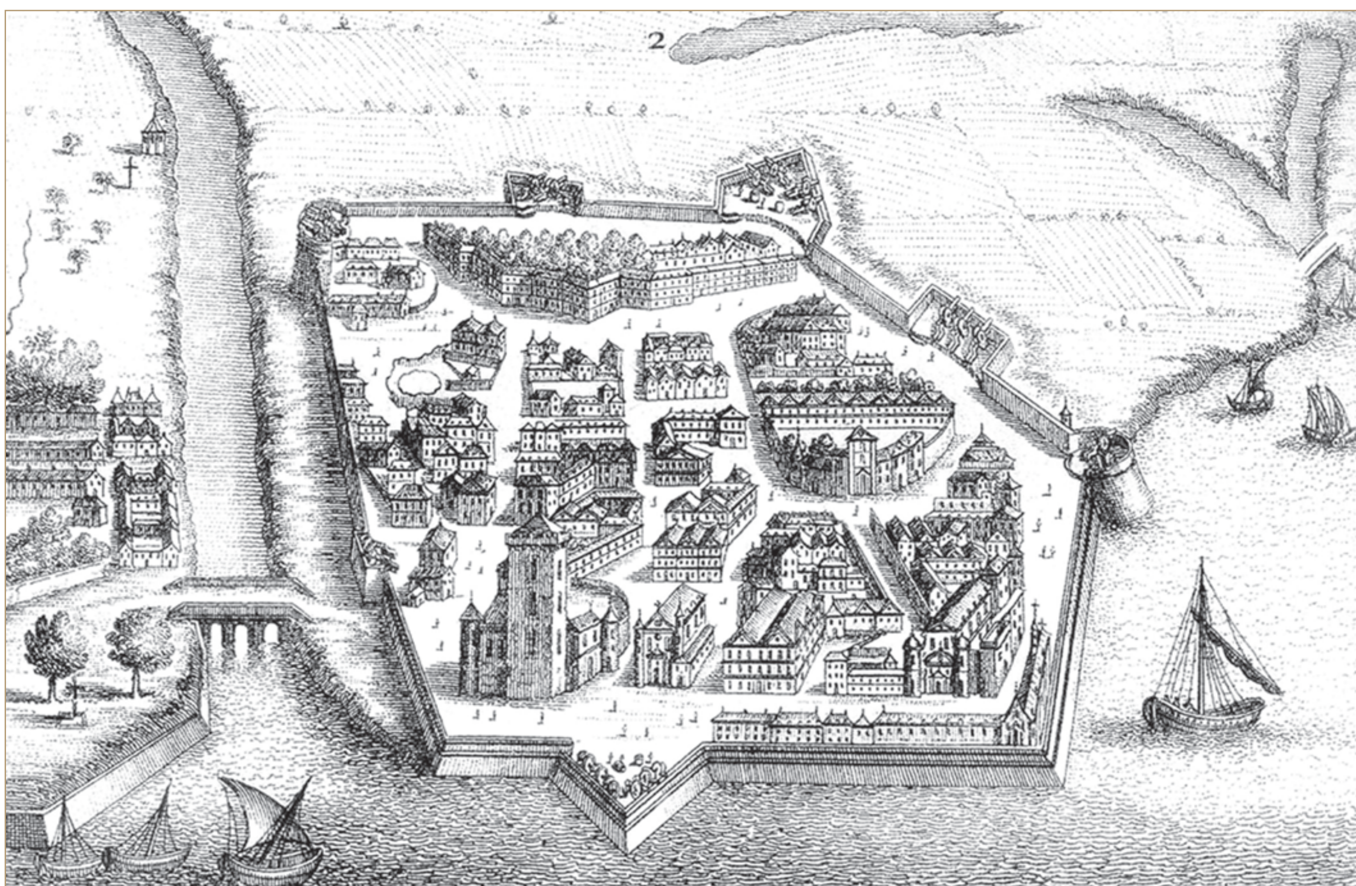
Como las naves del tesoro ya se habían retirado de la escena, por suerte para los portugueses, éstos pudieron avanzar sin que nada los detuviera, y sólo necesitaron algo más de una década para dominar la navegación de los monzones en el Índico; construyeron naves de tipo europeo con los materiales locales, y emplearon a menudo pilotos y marinos árabes. Rápidamente aprendieron también los secretos del comercio interregional y se hicieron dueños del comercio del Océano Índico. Gracias a su control de Ormuz, a la entrada del Golfo Pérsico, y punto estratégico para la comunicación del Océano Índico con los mares del extremo Oriente, Portugal tuvo fácil acceso a las codiciadas monedas de plata persas, que eran indispensables para el comercio con el interior de la India. Por Socotora tenían acceso a las inestimables monedas de oro otomanas. Desde Goa, Portugal llegó a desarrollar un comercio triangular, intercambiando tejidos de algodón de la India por oro y marfil del África oriental y por especias de Indonesia, gracias a sus factorías de Malaca, Timor y Ternate.

Macao, por otra parte, le abrió las puertas al interior de China, aunque sólo en calidad de huéspedes, y no se les permitió ir más allá de la *Porta do Cerco*, en la garganta de la pequeña península. Puesto que en la factoría de Macao no había espacio para la agricultura, los residentes dependían del abastecimiento alimenticio que les llegaba de China, el cual podía ser interrumpido cada vez que los anfitriones consideraban incorrecta la conducta de sus huéspedes. Así y todo, la colonia prosperó. Hacia 1582, tenía unos 10.000 habitantes, de los cuales 400 ó 500 eran portugueses varones, mientras que el resto eran sus consortes indias o chinas, la descendencia mestiza de estas uniones, esclavos negros, y miembros de varias órdenes religiosas, más 300 ó 400 familias chinas que servían como intérpretes, tenderos o artesanos[297].

En 1586 Macao adquirió autonomía, y aunque a China no le agradó que en 1605 los portugueses construyeran sin su permiso una muralla perimetral para protegerse de los ataques holandeses, acabó tolerándola. Después de que la Casa de Braganza recuperase el control de Portugal en 1640, Macao fue rebautizado *Cidade do (Santo) Nome de Deus de Macao, Não há outra mais Leal,* o Ciudad del (Santo) Nombre de Dios de Macao, "no hay ninguna más Leal", en reconocimiento a que nunca aceptó la soberanía española durante el dominio Habsburgo. Finalmente, en 1685 China declaró oficialmente a Macao como puerto de comercio exterior. Después de las *Guerras del Opio* y del establecimiento de los británicos en Hong Kong a partir de 1842, se inició el declive comercial de Macao, ya que los barcos de mayor calado preferían internarse hasta el puerto cantonés de Victoria Harbour, bajo control británico. El debilitamiento de China después del *Tratado de Nanking* de 1842, permitió que Portugal declarase a Macao en 1845 puerto franco; además, expulsó a los funcionarios y soldados chinos y empezó a cobrar impuestos a los residentes chinos.

Poco después, en 1849, Portugal "independizó" a Macao de China. La presencia portuguesa se mantuvo allí hasta recientemente, dejando una fuerte impronta cultural.

Carracas y naos portuguesas (o "barcos negros") cargados de seda, porcelanas y otros productos chinos, salían de Macao cada verano, llegando a Nagasaki entre doce y treinta días más tarde. Era tal la demanda de seda cruda, que el propio daimyo Hideyoshi estaba particularmente activo en el negocio; en 1581 se importaron 100.000 libras en Nagasaki, y otro tanto en Satsuma el siguiente año[298]. En noviembre o diciembre las naves regresaban cargadas de plata de las minas japonesas, obteniendo excelentes ganancias, gracias al alto precio relativo que se pagaba por la plata en China. Desde Macao, los portugueses sirvieron además de intermediarios a los españoles de Las Filipinas, y a los ingleses, intercambiando grandes cantidades de porcelana, seda, o productos de laca, por metales preciosos americanos. Asimismo, desde Macao se sacó provecho a otra línea de comunicación, uniendo las Célebes, ricas en especias, con Manila, donde aquellas se pagaban con plata que llegaba en el galeón de Acapulco. Fue un comercio enormemente lucrativo, que los portugueses lograron mantener durante un largo período, pese a las incesantes hostilidades que tuvieron que enfrentar, tanto por parte de los musulmanes, como de sus rivales europeos. Entre 1603 y 1620 los holandeses perdieron nueve barcos en combate con los portugueses mientras trataban de conquistar Mozambique y Goa, que inútilmente bloquearon nueve veces. Apenas empezaron a hacerle mella a las bases portuguesas de Asia a partir de 1641, cuando ocuparon Malaca y, en 1650, la costa de Ceilán[299].



Malaca portuguesa. Grabado de la ciudad, en Joâo Pedro de Campos Ferrera y José Maria Cabral, *O Bairro Portugués de Malaca*, Ed. Afrontamento, 1996, p. 34. Cortesía de Víctor Mestre de Oliveira.

En comparación con el descubrimiento y la conquista de América por los españoles, la epopeya lusitana para llegar a Oriente fue mucho más ardua, y los portugueses tuvieron que enfrentarse a adversarios más formidables. Adversarios que, además, se consideraban muy superiores a los europeos, cuya cultura miraban con desdén o en el mejor caso les dejaba indiferentes. Las distancias que debían recorrer para alcanzar sus nuevas posesiones no eran menores que las de los españoles para llegar a América: de Malaca a Lisboa se tardaba tanto tiempo como de Potosí a Sevilla y de Goa a Lisboa tanto como de Sevilla a Lima. En la ruta de ida y vuelta de Manila a Sevilla vía México, se tardaba tanto como en el viaje redondo de Macao o Japón a Lisboa, un viaje que tardaba tres años[300].

Fue sorprendente el éxito que logró este pequeño país en tan poco tiempo, y más aún que fuese capaz de conservar por tanto tiempo sus nuevas posesiones, sobre todo si consideramos que, cuando empezó su gran empresa africana a principios del siglo XV, no llegaba probablemente al millón de habitantes; en 1530 sólo contaba con millón y medio. Por un lado, explotaba los recursos de África y Brasil sin casi tener que enfrentar rivales, monopolizaba la trata esclavista, cubría las demandas europeas con el azúcar que producían las islas africanas y el litoral brasileño del Nordeste, y extraía el oro de Ghana y Mozambique. Es cierto que no pudo arrebatarle a los árabes el comercio de las especias por el Mar Rojo, lo que les restó el 70% del comercio con Europa. Pero en cambio, durante ocho décadas Portugal conservó un virtual monopolio del comercio en el Océano Índico, hasta que países rivales europeos, ya en las postrimerías del siglo XVI, empezaron a disputárselo, aunque sin arrebatárselo del todo. Allí se producían productos que eran verdaderas rarezas en Europa y se pagaban como artículos de lujo, sobre todo aquellos que sólo se podían producir en la zona intertropical. Muchos de estos productos eran adquiridos a cambio de plata, sobre todo plata americana en forma de moneda, especialmente pesos de cuatro y de ocho reales, que allegaban por distintos medios de las colonias españolas y hacían circular por todo Oriente como un instrumento de cambio corriente.

Debido a que el viaje era tan largo, sólo productos muy cotizados y de gran valor unitario, como las especias, podían transportarse para amortizar los gastos. De esa manera, hasta las primeras dos décadas del siglo XVII, la pimienta fue el principal producto que cargaban las naves portuguesas para el mercado europeo. Entre 1520 y 1620 la producción de especias se había duplicado,



Anverso y reverso de moneda de cuatro reales de 34 mm de diámetro, acuñada en la Casa de Panamá, encontrada en los restos del naufragio, en 1585, del barco portugués *Santiago*, entre Mozambique y Madagascar. Cortesía de Nicolás Liakopulos Falcón. Fue adquirida en la subasta 70 del UBS "Collection of Spanish Colonial Coins", 21.III.2007, lote 291.



Anverso y reverso de moneda de dos reales de 25 mm de diámetro, acuñada en la Casa de Panamá (c. 1580). Cortesía de Nicolás Liakopulos Falcón.



Anverso y reverso de moneda de un real de 23 mm de diámetro, acuñada en la Casa de Panamá (c. 1580). Cortesía de Nicolás Liakopulos Falcón.

representando la pimienta sola los dos tercios de la carga introducida en Europa por los portugueses. La gran mayoría era obtenida en la costa Malabar, en la India sudoccidental, que tenía la ventaja de que se la podía transportar a Europa en diez meses. En cambio, el transporte de otras especias, como el sándalo, el macis, la nuez moscada o el clavo, cosechadas en las Molucas, tardaba mucho más tiempo. Desde Portugal, como ya vimos que decía el comerciante contemporáneo Jan Van Linschoten (ver capítulo V), los barcos iban con muy poca carga, pues su principal flete eran monedas acuñadas en las cecas americanas[301].

Una prueba tangible de lo que afirmaba Linschoten es el hallazgo de las cinco monedas de cuatro reales y una de un real, acuñadas en la ceca de Panamá, que fueron descubiertas en abril de 1977 por el buscador de tesoros Ernest Erich Klaar en el pecio de la nave portuguesa *Santiago*, de 900 toneladas, armada con 20 cañones de bronce y otras piezas menores. Había salido en convoy de Lisboa en abril de 1585 con otras cinco naves y naufragado el 19 de agosto siguiente en un peligroso atolón situado entre Mozambique y Madagascar, el Bassas da India, hoy en posesión de Francia. Este atolón es de forma circular, tiene seis millas de diámetro, mide 0,2 kilómetros cuadrados y está sujeto a frecuentes ciclones. Según el dramático relato que ha llegado hasta nosotros, los náufragos quedaron atrapados en las diez isletas del desolado arrecife, donde no había sombra ni agua potable, y cuyas rocas y arenas cubría el mar tres horas antes y tres horas después de la marea alta. Un pequeño grupo —el capitán del barco y algunos tripulantes—, logró escapar en una lancha que los llevó a las costas de Mozambique, situado a 110 kilómetros de distancia, mientras que el resto permaneció durante días aferrado a las rocas y a merced de las olas; nunca más se supo de ellos[302].

De este naufragio se rescataron 12 cañones de bronce, un astrolabio, varios objetos religiosos, joyas y varios kilos de plata acuñada entre las que se encontraban las monedas panameñas. La creación de la Casa de Moneda de Panamá fue autorizada por real cédula de Felipe II en 1578 (era la sexta que se fundaba en América y la primera en Centro América); debía producir sólo monedas de plata de cuatro denominaciones, de 1/2 real, 1, 2 y 4 reales, que pronto empezó a acuñar. Una real cédula fechada en Madrid el 2 de marzo de 1579 ordenaba que las monedas de 1, 2 y 4 reales debían tener en un lado castillos y leones y en el otro un escudo completo con las armas reales. Como las de medio real eran muy pequeñas, sólo debían tener a un lado un monograma por "filipus" con una corona encima y en el otro lado castillos y leones. Las demás monedas debían tener escrito alrededor en ambos lados la leyenda "Filipus dey gracia yspaniarum et indiarum rex", y junto al escudo real una letra *p* con una letra *a* encima, para indicar que se había acuñado en la ciudad de Panamá; el cuño del ensayador debía ir al otro lado del escudo. El 29 de mayo del año siguiente se enviaron 61 reales con las primeras muestras a la Casa de Contratación de Sevilla[303]. Por razones no del todo aclaradas, la ceca dejó de existir a comienzos de 1583, luego de haber estado en producción durante esos pocos años. El tesorero viajó a Madrid con un pliego de peticiones para que se le permitiera continuar con las acuñaciones y se le autorizara a acuñar monedas de oro, aprovechando que en Veraguas existía un importante centro de producción aurífera, pero todo fue en vano.

Gracias a estas marcas de identidad, analizadas con detalle por el historiador numismático Jorge Proctor, se ha podido establecer fuera de toda duda la procedencia de las monedas del naufragio. En cada una de ellas, al lado izquierdo del escudo, visto desde el frente, se observa con claridad la letra *p* y sobre ella una *a*. Se trata pues de monedas de la ceca panameña. Al lado derecho del escudo, la de un real tiene el cuño del ensayador que abreviaba su nombre colocando la letra *x* debajo con una *o* encima (según comunicación personal de Proctor tal vez Juan Gutiérrez, el primero ensayador de la ceca, que fue nombrado en 1579). Otras tres monedas de cuatro reales llevan también el

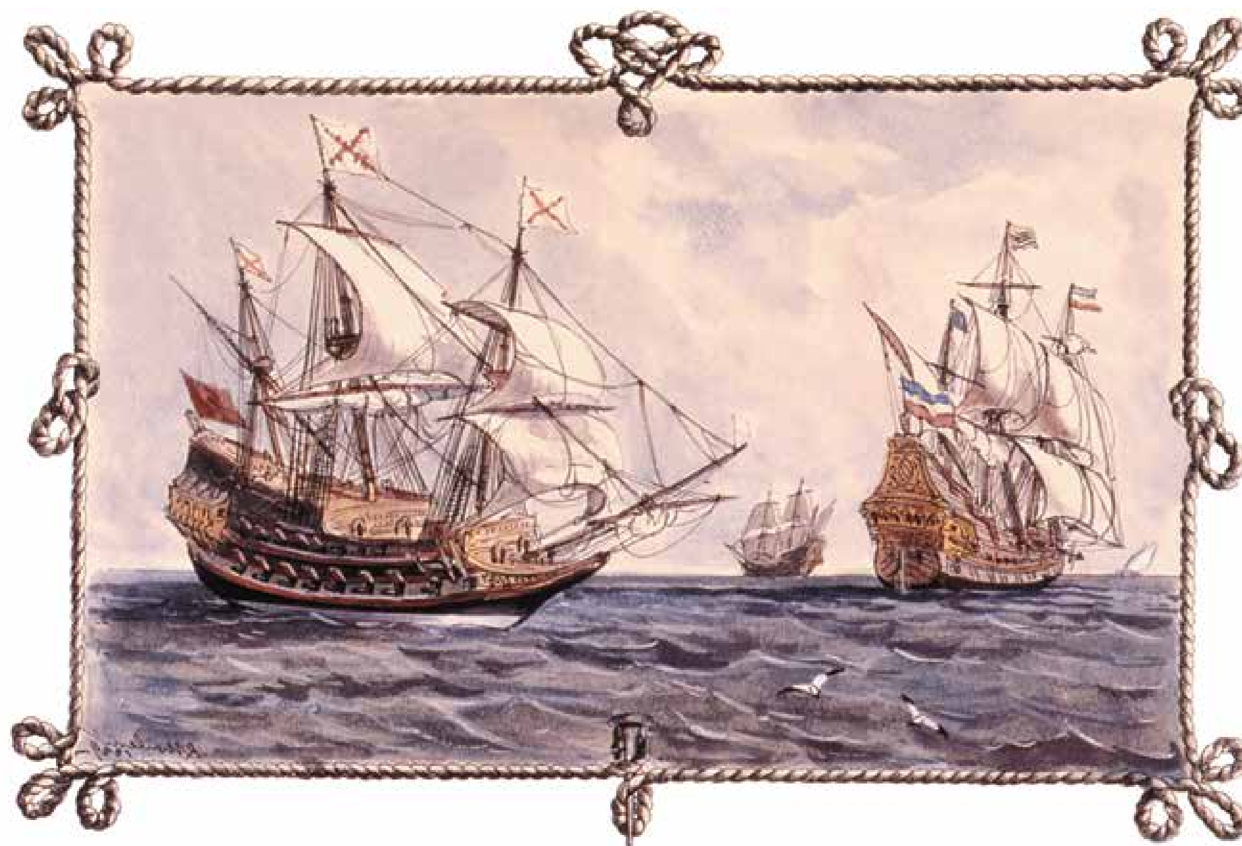
cuño con la *x* y la *o* encima; las dos monedas restantes tenían el cuño de otro ensayador, que abreviaba su nombre con una letra *b* debajo y una *o* encima, tal vez Bernardino Rodríguez, el último que al parecer ejerció el cargo. Tal vez nunca imaginaron que las monedas que acuñaron darían la vuelta al mundo y que la huella de su punzón nos serviría hoy para aclarar lo que sólo se conocía por los textos. Éstos repiten: "se llevaban a Oriente monedas de plata americanas de cuatro y ocho reales", pero como vemos por el naufragio del *Santiago* también corrían las de menor denominación.

Cuando navegaba el *Santiago*, Portugal y España se encontraban gobernadas bajo una misma Corona, lo que debió haberle facilitado a los portugueses el acceso a la plata americana de manera más expedita de la que desde hacía tiempo venían disfrutando, gracias a la presencia de sus numerosos comerciantes y tratantes de esclavos en las colonias españolas. Una de ellas era Panamá, ruta de la mayor parte de la plata que producía América en esa época, y donde era muy conspicua la presencia de mercaderes y negreros portugueses que entraban y salían sin aparentes restricciones, acumulaban fortuna, e incluso se afincaban en el país, dedicándose al transporte, ocupando cargos públicos, convirtiéndose en propietarios de viviendas para alquiler, y ejerciendo exitosamente el comercio en el virreinato peruano. Pero fue sobre todo la trata negrera lo que abrió a los portugueses las puertas de la América española. Como España no tenía posesiones en territorio continental africano, cuando ambas Coronas se unieron bajo el cetro de Felipe II, se concedió a los portugueses el monopolio de la trata para abastecer a las colonias de mano de obra esclava, y así continuó hasta la rebelión de Portugal en 1640, cuando se produjo la separación. Hasta 1595, España había otorgado numerosas licencias a particulares para introducir esclavos en sus colonias, pero ese año concedió el primer asiento monopolista en favor del portugués Pedro Gómez Reinel para introducir 4.500 esclavos al año hasta completar la cantidad de 38.250. Luego se sucedieron los asientos monopolistas de Juan Rodríguez Coutiño en 1601, al que le sucede su hermano Gonzalo Váez; en 1615 se le concede el asiento a Antonio Rodríguez de Elvas; en 1623 a Manuel Rodríguez Lamego y en 1631 se firma con Melchor Gómez Ángel y Cristóbal Mendes de Sossa, que fue el último[304].

Los asentistas, o sus representantes, que a veces eran sus parientes cercanos, se trasladaban a las colonias españolas con sus esclavos; no pocos se radicaban y se asociaban con colonos españoles. De Angola o de Guinea viajaban a Cartagena con el cargamento de esclavos, se dirigían a Portobelo, cruzaban el Istmo y desde Panamá iban con su carga a Lima y de allí se internaban por el interior para vender los restantes en las minas altoperuanas. En 1607 un censo revela la presencia de tres portugueses radicados de manera permanente en la ciudad de Panamá. Uno de ellos era Manuel Carballo, que se había afincado desde 1592; se dedicaba, según declaraba, a "tratar y contratar con esclavos". Otro portugués esclavista, Felipe Rodríguez, también se establece en Panamá y se asocia al influyente capitán Pedro Pablo Minucho, un corso radicado en el país, quien le sirve de fiador en sus negocios[305]. En 1618 había 36 extranjeros en la ciudad de Panamá, de los cuales 19 eran portugueses, muchos de ellos, si no todos, tratantes de esclavos[306]. El caso mejor documentado es Jorge Rodríguez de Lisboa, quien se afinca en la ciudad de Panamá desde 1606. Era propietario de barcos, de esclavos, de un importante aserradero, y se dedicaba al comercio, y luego de residir casi veinte años en el país, adquiere por compra el alguacilazgo mayor de la ciudad, un cargo de gran prestigio e influencia. En 1628 declaraba una fortuna de 119.000 pesos, considerada entre las mayores del reino[307]. Ejemplos como éste no eran raros en América. No debiera pues sorprender que la plata acuñada en Panamá, luego de pasar por las manos de algún portugués avecindado, o de paso por el país, viajara a Portugal y saliera por Lisboa en camino al Oriente para ser cambiada por especias, porcelanas o sedas, como aquellas cuyo destino fue permanecer sepultadas en el mar para dar fe de su aciaga aventura.

La plata, sea en barras, pero sobre todo en moneda, con que se pagaba por los esclavos, verosímilmente viajaba a Lisboa o de vuelta a las colonias portuguesas de donde se extraían esclavos, y de allí seguiría su camino hacia la India o más allá, como las monedas que se encontraron en el *Santiago*. Se desconoce la cantidad de monedas que se acuñaron en la ceca panameña, pero hay evidencias de que muchas de ellas seguían circulando varias décadas después de que fue cerrada. En el naufragio del *Atocha* se encontraron varias monedas acuñadas en Panamá. El galeón había salido de Portobelo en 1622, donde había cargado las monedas para España.

Después de España, Portugal se había convertido en el segundo país europeo con un vasto imperio cuyos dominios se extendían por tres continentes. Logró retener la mayoría de sus colonias durante un siglo, y algunas hasta muy avanzado el siglo XX (como Goa, Angola, Mozambique, o Macao). Fueron los pueblos ibéricos los que despejaron para Occidente las grandes rutas de la futura economía mundial; los restantes países europeos sólo tuvieron que seguir sus pasos, y sus mayores realizaciones oceánicas palidecen ante las deslumbrantes hazañas de aquellos pioneros. Si se comparan, lucen como empresas de segundo orden. Pero los recursos y la capacidad que tenían Portugal y España para aprovecharse de sus posesiones eran muy desiguales. España tenía grandes ventajas sobre Portugal: era una nación poderosa, contaba con el temible ejército de sus tercios, era una potencia marítima, estaba mucho más poblada, y poseía vastos recursos territoriales tanto en Europa como en el Nuevo Mundo; el control que ejercía sobre sus colonias era de carácter territorial, con sólo débiles y esporádicas resistencias por parte de los pueblos indígenas, y disponía del inagotable recurso de sus metales preciosos. Sus dominios



Acuarela de navíos de guerra de Rafael Monleón, Museo Naval, Madrid.
Al parecer uno es español y el otro holandés, tal vez de la VOC.

territoriales fueron consolidándose con el paso del tiempo, al extender y profundizar la implantación de su cultura, su religión y sus instituciones, y bastaron dos o tres generaciones para que cada vez fuese mayor el número de nativos o de afro descendientes asimilados que aceptaban el terruño que les había visto nacer como su única patria. España logró montar una poderosa red de defensas continentales a lo largo y ancho de América; aprovechó sus recursos naturales para mantener activa una flota naval respetable; y pudo contar de manera creciente con numerosos ejércitos locales, compuestos por españoles, criollos, mestizos y mulatos, e incluso indios y negros recién liberados.

Portugal en cambio nunca logró organizar sus ejércitos como España; no contaba con nada parecido a los temibles tercios de sus vecinos, y su antaño gloriosa marina no era una amenaza seria para rivales poderosos como los que empezaban a asomar en Europa; tenía limitados recursos domésticos y su presencia en las colonias era sumamente frágil y vulnerable. No pasó mucho tiempo antes de que los pueblos orientales se atreviesen a retar la presencia portuguesa o que la atacasen sus rivales europeos. Apenas veinte años después de sus triunfos navales, ya había perdido la ventaja original que tenían sus cañones, puesto que los árabes empezaron a proteger los cascos de sus barcos con gruesas tablazones que no podían penetrar los proyectiles portugueses. Para entonces su fuerza naval en el Océano Índico se reducía a 60 barcos y 1.073 piezas de artillería, "que ni siquiera en acción eran utilizadas con eficacia"[308]. Por otra parte, los Estados musulmanes, desde el Imperio otomano hasta Indonesia, pasando por la India mogol, ya habían empezado a instalar artillería en sus barcos, amenazando seriamente la superioridad naval portuguesa y su dominio de los mares. En el decenio de 1560 se produjeron violentos combates navales en el Mar Rojo con los otomanos, y en la década de 1570 se enfrentaron los portugueses a la altura de Singapur con los barcos de Acheh, parcialmente equipados con armas y tropas turcas. Varios barcos portugueses fueron hundidos, y aunque vencieron en los encuentros, tuvieron que acceder a que el comercio entre Sumatra y Egipto (en manos otomanas) se pudiera realizar en barcos musulmanes[309]. Ya su control de los mares de Asia empezaba a verse muy comprometido.

El sistema colonial portugués se basaba en factorías monopolistas o redes comerciales, donde se establecía una comunidad mercantil extraterritorial que gozaba de gran autonomía administrativa y hasta de la ley, donde la Corona nombraba a sus propias autoridades y que ésta explotaba mediante concesionarios; pero la función de estos pequeños enclaves estaba más dedicada a la distribución que a la producción y más a las relaciones humanas que al control de los territorios. A diferencia de España, cuya conquista y colonización era devoradora de vastos espacios geográficos, Portugal se afinca en los nuevos territorios mediante estas bases costeras de carácter comercial, un modelo que se inspiraba en la colonización griega de la península Ibérica. Su población era demasiado escasa para mantener una ocupación territorial al estilo de los españoles. En contraste con los inmensos dominios territoriales de España en América, compactos, fuertemente defendidos, y de interiores inaccesibles y lejanos, las factorías portuguesas en Asia eran como diminutos puntos dispersos de un inmenso archipiélago, distantes entre sí, mal protegidos y expuestos a ataques por mar, por lo que todavía sorprende que Portugal pudiera conservarlos durante tanto tiempo, pese a las amenazas y hostigamientos tanto de los Estados musulmanes, como de sus rivales europeos. De hecho, a partir de 1570, dada la fragilidad de sus dispersas posesiones, y ante el acoso musulmán, que le había hecho perder el monopolio comercial, Portugal modificó su política colonial basada en exiguas factorías, tratando de conquistar territorios más extensos, como la ocupación de un área más amplia en la región costera de Mozambique, y en la isla de Ceilán, cuyas costas empieza a ocupar a partir de 1597. (En el caso de Brasil, como vimos en el capítulo III, la penetración territorial a fondo no

vino a producirse hasta fines del siglo XVII, cuando se descubre oro en Minas Gerais a cientos de kilómetros de la costa). Pero estos planes de conquista lo desgastaron aún más, ya que carecía de hombres suficientes, barcos y armas, y lo debilitó ante la creciente ofensiva musulmana y la emergente amenaza de inesperados visitantes europeos que empezaban a asomar a las puertas de Asia. Para fines del siglo la balanza del poder en Oriente basculaba cada vez más en contra de Portugal.

Pese a que España y Portugal poseían colonias vecinas en Asia y América, ambos países habían logrado mantener sus relaciones de manera razonablemente armónicas. Estas pacíficas relaciones remontaban sus raíces a lejanos antecedentes, y durante generaciones habían negociado diplomáticamente sus diferencias. Además, existían viejos lazos dinásticos. Isabel la Católica era hija de Isabel de Portugal, segunda esposa de Juan II de Castilla. Dos de sus hijas con Fernando el Católico se casaron con Manuel I de Portugal, *El Afortunado*: en primeras nupcias, éste desposa a Isabel de Aragón y Castilla, y al morir ésta, en segundas nupcias, casa con María de Aragón y Castilla, cuya hija Isabel de Portugal casa en 1526 con Carlos V, su primo hermano por parte de madre, ya que ambos eran nietos de Isabel la Católica. Pero *El Afortunado* enviudó por segunda vez, y se casó por tercera con Leonor de Austria, hermana de Carlos V, resultando así ser éste yerno y cuñado suyo. Isabel de Portugal, la esposa de Carlos, era hermana del sucesor de Manuel I, el rey Juan III, *El Piadoso*, también nieto de Isabel la Católica y madre del futuro Felipe II. Pero aún se estrecharían más estos lazos cuando Juan III casa con Catalina de Austria, hermana de Carlos, siendo así doblemente cuñados. Había tanta sangre mezclada que podría decirse que eran una sola familia. Pero esta enredada madeja de bodas entre parientes se hacía para disipar las turbaciones y posibles discordias entre ambos pueblos. Además, no puede olvidarse que los Habsburgos de la Casa de Austria, sobre todo Federico III (1415-1493, que casó con Leonor de Portugal) y del gran Maximiliano I (1459-1519), bisabuelo y abuelo paternos de Carlos V, habían demostrado ser verdaderos maestros en el arte de las alianzas dinásticas[310]. El propio Carlos V siguió su ejemplo cuando casó a su hermana mayor, la archiduquesa Leonor de Austria, con Francisco I de Francia, después de que habían sido archirrivales, y a quien había combatido y vencido en la batalla de Pavía (1525) y llevado preso a Madrid. Esta misma Leonor es la que menciono arriba, casada en primeras nupcias con Manuel I *El Afortunado*, que era viudo de sus dos tías, Isabel y María, hermanas de su madre, Juana *La Loca*.

Desde el siglo XV, cuando disputaban sus derechos sobre las Canarias, y al regreso de Colón de su viaje al Nuevo Mundo en 1492, ambos países habían logrado delimitar sus áreas de influencia en el Atlántico mediante sucesivos tratados: el de Alcaçovas-Toledo de 1479, con cláusulas sobre sucesión y acuerdos matrimoniales, y que cedía Canarias a España, y el de Tordesillas, de 1494, que entregaba el Nuevo Mundo a España y África a Portugal. Ya que, como exploradores oceánicos, hasta ese momento no tenían rivales en Europa, se repartieron los nuevos mundos que iban descubriendo, utilizando líneas tan imaginarias como borrosas y elusivas. En el de Alcaçovas-Toledo, el mundo por descubrir se dividía en dos mitades, separadas por el paralelo de las Canarias (lo que quedaba al Norte sería para España y lo que al Sur para Portugal). El de Tordesillas iba de Polo a Polo (lo que quedaba al Oeste se lo reservaba España, y Portugal lo que quedaba al Este). Todo ello consignado mediante tratados que ambos países honraron hasta donde podía ser razonablemente posible, o mientras el otro consintiese.

En 1529, luego de disputarse el derecho a las Molucas, donde no faltó el cruce de fuegos, firmaron un nuevo tratado, el de Zaragoza. Pero esto era así porque entonces España aún no había logrado descubrir la ruta de ida y vuelta de Acapulco a Las Filipinas, estaba gastando recursos en la conquista de América, cuyos resultados eran todavía muy vagos, y Carlos V se encontraba demasiado ocupado

resolviendo los complejos problemas de sus extensos dominios europeos, donde debía vigilar incontables frentes guerreros y conflictos religiosos. Además, Carlos acababa de casarse con Isabel de Portugal y debía evitar problemas con su doble hermano político Juan III *El Piadoso*. La posesión de ese remoto puñado de islas distaba mucho de ser una prioridad para el emperador, por lo que optó por cederlas a Portugal a cambio de una fuerte suma de dinero. En este arreglo quedó expedito el camino para que España se quedase con las islas Filipinas. Finalmente, en 1580, cuando muere Sebastián, rey de Portugal, sin dejar una línea sucesoria claramente definida, Felipe II asume por la fuerza el control del país. Tras la victoria militar del ejército invasor, Felipe llegó a Portugal en abril de 1581 y fue proclamado rey en las cortes reunidas en Tomar, quedando unidas las dos Coronas.

La unión de ambas Coronas le produjo de inmediato grandes ventajas a España, ya que amplió notablemente su frente atlántico, con un puerto de primer orden como Lisboa, tuvo acceso a otra flota, y a los extensos y ricos territorios de Brasil[311]. También la unión le produjo ganancias a Portugal, cuando menos al principio.

Conforme a los llamados Estatutos Filipinos establecidos por el rey en Tomar, y negociados en secreto previamente, la nobleza portuguesa conservaría sus privilegios, costumbres y libertades; la legislación portuguesa seguiría vigente; se nombrarían sólo a portugueses en los cargos de virrey o gobernador de Portugal; se garantizaba la autonomía administrativa portuguesa; los portugueses podrían ocupar cargos en el funcionariado español; en los actos oficiales se continuaría empleando el portugués; Portugal conservaría su moneda, que seguiría acuñando; el comercio de la India y de Guinea sólo podría ser ejercido por los portugueses; para defender la flota de la India contra el enemigo, las fuerzas españolas acudirían en ayuda cuando hiciese falta. Se respetaron todos los intereses de la aristocracia y se daba también satisfacción a las expectativas de los sectores económicos, por lo que no se produjo una reacción antiespañola, que quedó reducida a una minoría intelectual y a expresiones de nostalgia de los sectores populares[312]. De hecho, la unión parecía prometer tiempos mejores, ya que Portugal, que estaba sumido en serios apuros económicos, pasaba a formar parte de una potencia que se encontraba en la cúspide de su poder marítimo.

Pero la unión dinástica le acarreó tanto ventajas como desventajas a Portugal. Por un lado, le dio mayor seguridad al tener como aliado a la mayor potencia europea, y se le abrieron nuevas oportunidades comerciales en las colonias españolas, que no desaprovecharon. Como se trataba más bien de una unión de las dos Coronas y no de una fusión de ambos reinos (como había ocurrido antes entre Castilla y Aragón, y sucedió en 1707 entre Inglaterra y Escocia), no se contempló un programa económico de integración ni una política unitaria, y Portugal pudo desarrollar el comercio con sus posesiones ejerciendo una amplia autonomía. Pese a lo estrecho de sus relaciones, ambos imperios se mantuvieron claramente diferenciados, pero sus vínculos fueron sólidos, sobre todo en el comercio del Lejano Oriente y, según vimos atrás, también en el tráfico de esclavos en América. De esa manera, entre fines del siglo XVI y principios del XVII, la economía portuguesa tuvo un respiro. Pero luego vinieron los problemas. Por una parte, los recursos de Portugal quedaron comprometidos en las guerras que libraba España con el resto de las potencias europeas y que no cesaban, y por otro, la relativa prosperidad que se gozó en tiempos de Felipe II empezó a declinar. Finalmente, al agravarse la situación de España, y en general del Imperio, Portugal quedó arrastrado en la caída. Más grave aún fue que los enemigos de España empezaron a atacar las posesiones portuguesas para hacerle daño. Y aunque España mantenía sometida a Portugal, que cada vez se sentía más incómoda con su condición subordinada y dependiente, la mayor amenaza para el imperio portugués y su comercio ultramarino no era su vecina peninsular. Esa temible amenaza sería Holanda.

Holanda, la primera economía moderna europea

Holanda y Portugal eran países muy diferentes. Ambos eran pueblos pequeños, poco poblados y tenían una extensa experiencia comercial y naviera; contaban con amplios frentes marítimos y estuvieron bajo la Corona española durante varias décadas, quedando ambos sometidos bajo la férula de Felipe II. Pero hasta allí llegan las semejanzas.

Mientras que en Holanda dominaba una crecientemente poderosa y rica burguesía comercial, Portugal era una "monarquía agraria", a la vez que una "monarquía marítima": tal era el poder del rey, cuyo prestigio venía desde los tiempos de la Reconquista contra los musulmanes. Era además un rey rico y poderoso, gracias a los ingresos provenientes de la expansión ultramarina de los siglos XV y XVI, que representaban entre el 60 y el 70% de los ingresos totales del Estado. Todo el poder militar se concentraba en sus manos, y mientras la riqueza y poder del monarca crecía, la originalmente pequeña nobleza cortesana aumentaba y se hacía más dependiente; los antiguos nobles se convierten en funcionarios o en oficiales del ejército, a quienes paga el rey. En un par de generaciones toda la economía portuguesa se había transformado. De Madeira y las Azores, de sus factorías en Marruecos, las islas de Cabo Verde y la costa de Guinea, obtenía madera, azúcar y vino, que reexportaba a Europa. Guinea le enviaba oro; de India y Malaca, Ternate y Timor recibía especias; de Brasil palo brasilete y luego azúcar. Y el rey era quien controlaba el monopolio comercial, que se reservaba para sí o lo arrendaba mediante licencia a particulares portugueses (a menudo nobles) e incluso a extranjeros, pero a los que controlaba de cerca. En Amberes tenía un agente que representaba sus intereses ultramarinos en expansión. La estructura social de Portugal era muy diferente a los demás países europeos. No había pasado por la experiencia feudal, ni contaba, como Holanda, con una burguesía comercial, y en ningún otro país europeo el rey tenía una injerencia tan decisiva en la actividad económica[313].

Cuando Portugal se encontraba en plena expansión oriental, comenzó a escasear madera para la incesante demanda de sus astilleros, pues los mejores bosques quedaban retirados del mar. Holanda también había agotado sus reservas forestales, que había convertido en tierras de cultivo, pero tenía acceso a los inagotables bosques de Noruega, cuya madera podía transportar por mar a un precio 25 veces más barato que si se llevaba por tierra del interior del continente. De hecho, Holanda se convirtió en gran depósito de maderas noruegas tanto para abastecer a sus propios astilleros, que llegan a ser los mayores de Europa, como para venderla a otros países europeos cuyos bosques también se encontraban lejos del mar. A lo largo del siglo XVII, además, se produjo un notable incremento de las marinas europeas, ávidas de tomar parte en el creciente comercio ultramarino que se iba desarrollando tanto en Oriente como en el Nuevo Mundo, y fue en los astilleros holandeses donde se construyeron gran parte de sus barcos. Un caso notable fue Inglaterra, donde para fines del siglo XVII, entre un tercio y una cuarta parte de sus barcos mercantes eran de construcción holandesa[314].

Las tierras de Portugal son pobres y montañosas, las de Holanda fértiles y llanas, generosamente irrigadas por ríos e ideales para los cultivos, y los holandeses habían logrado desarrollar exitosamente una agricultura sin barbecho. A pulso, le habían ganado tierras al mar mediante la creación de pólderes drenados y protegidos por diques, una técnica que desarrollaron desde el siglo XII; se ha sugerido que esta práctica prolongada fraguó el carácter nacional, al acostumbrar a los holandeses a solidarias tareas comunitarias. Los holandeses eran industriosos y se aplicaron desde temprano a desarrollar artesanías y manufacturas, creando una industria textil pujante que alcanza su cúspide entre 1670 y 1680. Los portugueses no se esmeraron por desarrollar la industria. Durante el largo siglo que duró su predominio del comercio con

Oriente, no se sabe de ninguna innovación industrial introducida en el país. Los considerables beneficios que obtuvieron del negocio de las especias y otros productos orientales, o de las materias primas y del oro que recibían del Brasil, no originaron actividad industrial alguna distinta a la que existía antes de que Portugal despegara como país explorador. A fines del siglo XVI o principios del XVII, la actividad industrial portuguesa no había ido más allá de las actividades artesanales del siglo XIII, generalmente destinada a servir de complemento de la vida rural y de las aldeas. El consumo conspicuo de las ciudades y de la gente acomodada provenía de las importaciones, no de la producción local, que se limitaba a las herrerías, los hornos de teja, tejidos toscos, calzado, arreos, hilado de lino y construcción naval[315]. No fue hasta los proyectos de modernización del Estado por el enérgico marqués de Pombal, a partir de 1750, cuando se iniciaron algunos proyectos industriales: se reclutaron técnicos extranjeros y se estimuló la actividad mediante privilegios; se fomentó la fabricación de la seda, de tejidos de lana, lacas, botones, loza, sobreros de fieltro, peines de marfil, relojes, etc., y el número de industrias aumentó considerablemente, hasta contar en 1788 con cuatrocientas veinticinco fábricas. Sin embargo, la mayoría eran simples talleres artesanales, y en ninguna de ellas llegó a instalarse la máquina de vapor, una tecnología que ya se había generalizado en Inglaterra, de manera que Portugal no podía competir con los artículos de la industria inglesa[316].

Mientras que la población de Portugal era eminentemente rural y el campesinado permanecía anclado en prácticas agrícolas medievales todavía para finales del siglo XVIII, Holanda ya gozaba a principios del siglo XVI de una de las agriculturas más avanzadas de Occidente, y se encontraba muy urbanizada; a principios del siglo XVII la mitad de su población vivía en ciudades de tamaño grande o mediano. En 1662, Ámsterdam contaba ya con más de 120.000 habitantes y era la ciudad comercial más vibrante del mundo. Leiden, famosa por su industria textilera y la segunda ciudad más importante, había crecido hasta contar 45.000 habitantes en 1622; en 1670 ya tenía 70.000 pobladores. Holanda era el país más urbanizado de Europa y sus ciudades eran limpias, armónicas y bellas[317].

La obsesión de los holandeses por la higiene y la limpieza ha sido destacada por Peter Burke y sobre todo por Simon Schama, quien ha elaborado el tema por extenso. Vivían en permanente desvelo por tener inmaculado cada rincón de la casa, sus cuerpos, el pavimento de las calles, y pasaban horas barriendo, fregando y restregando pisos y aseando paredes, manteniendo bien lustrados y bruñidos sus muebles y enseres domésticos, y hasta sus mascotas. Escupir en el piso estaba absolutamente prohibido, poco menos que si fuera un delito. Las tareas de limpieza dentro de las casas seguían una obsesiva rutina diaria, “con precisión casi militar”. Los pisos eran escrutados pulgada por pulgada. La ropa de cama colocada, doblada y guardada con escrupuloso método. Tal vez lo que más llamaba la atención a los visitantes era la extraordinaria limpieza de las calles “pavimentadas con ladrillos y tan limpias como el piso de una habitación”. A ningún extranjero dejaba de llamarle la atención esta hecho, sobre todo al contrastarlo con las sucias ciudades europeas. Pero otros encontraban extravagante y absurda la costumbre holandesa de lavar los establos varias veces al día y de atar a un poste por el rabo a las vacas para evitar que esparcieran sus orines y excrementos por el suelo. Según Schama, estos escrúpulos higiénicos tenían una significación simbólica que constituían una afirmación de identidad que implicaba separación[318]. La suciedad del mundo hacía de las cosas indistintas e indiferenciadas; la limpieza exhibía diferencia y exclusión, es decir, la del pueblo elegido, ellos. Mantener impolutos sus cuerpos y su entorno era tal vez una manera de afirmar las virtudes calvinistas, aunque también podía ser que se tratase de viejos hábitos, aunque poco elaborados, y que la ética calvinista hizo aflorar con más fuerza, imprimiéndoles un significado y un valor moral que antes no tenían.

La sociedad holandesa era una mezcla de ricos burgueses, algunos magnates feudales, rentistas, príncipes precarios y súbditos rebeldes. A medida que se iba construyendo la sociedad protestante, la nobleza se reducía y era menos rica. Para principios del siglo XVII la nobleza prácticamente había dejado de existir[319]. Los "palacios" donde vivían los príncipes de Orange no eran muy distintos a las casas de cualquier patricio adinerado. Las casas de los ricos ya eran más suntuosas para fines del siglo XVII, pero no se comparaban ni de lejos, por ejemplo, con la magnificencia y fastuosidad de los palacios de la nobleza veneciana[320]. Fue esta sociedad la que creó la primera República de la Edad Moderna. Era una República donde el verdadero poder e influencia residía no en la aristocracia sino en la burguesía comercial. El mecenazgo de las artes deja de estar en manos de los cortesanos y de la Iglesia, de la que desaparecen las representaciones de tema religioso al imponerse la liturgia protestante. La nueva clientela es la emergente clase de burgueses opulentos que se sienten más atraídos por lo cotidiano y los detalles, y que desean exaltar sus valores y modo de vida. La demanda de pinturas por parte de esta creciente clientela es insaciable. Se ha estimado, a base de extrapolaciones que, para 1650, se habían producido en Holanda dos millones y medio de pinturas, la mayoría copias o de pobre calidad, aunque un 10% eran de calidad. ¡Nada menos que 250.000! Se producía sobre todo para el mercado interno, pero también para otras partes de Europa, sobre todo Alemanía, e incluso para el mercado americano. Según Jonathan I. Israel, fue un fenómeno único por su escala e intensidad, sin paralelo en ningún otro lugar o momento de la historia[321].

La pintura de la Escuela Holandesa, que floreció de manera tan extraordinaria, deja de interesarse por los temas épicos, devocionales y místicos, para preferir escenas costumbristas o de naturaleza social, retratos individuales o colectivos de burgueses o de personas comunes y corrientes, temas mitológicos, paisajes rurales, ribereños y marinos, interiores domésticos, bodegones y naturalezas muertas. Se ha sugerido que el calvinismo "fomentó indirectamente el desarrollo de la pintura paisajista"[322]. Los cuadros que representan escenas populares, de pícaro humor erótico, casi grotescas, no carecen de mensajes moralistas. En los retratos hay mayor interés en destacar el rango social del individuo que en reproducir fielmente el rostro. La temática se seculariza. Es el triunfo de los gustos y la ética de la burguesía que se refleja en una nueva estética.

La gran originalidad y aporte de la pintura holandesa de la *Golden Age* fue rescatar el interés por los paisajes, las escenas urbanas y de la vida cotidiana de atmósfera intimista. Los artistas encontraban la belleza en casi cualquier cosa, incluso en la pobreza, como lo revelan las pinturas donde se representan rincones humildes, patios de viviendas modestas o escenas donde el pueblo se divierte, que pintaron con amoroso detalle. Pintores como Pieter De Hooch, David Teniers el Joven, Johannes Vermeer, Gabriel Metsu, Adriaen van Ostade, Nicolás Maes o Jan Steen representaron estas escenas con tan exquisito realismo que aún no se han igualado. Siguen fascinándonos y constituyen testimonios plásticos irremplazables de la vida cotidiana de la época[323].

Pero la originalidad de los holandeses cubrió también otros campos. Fueron pioneros en la creación de compañías monopolistas para el comercio ultramarino, siendo las primeras en emitir acciones y establecer una bolsa de valores, dos instrumentos financieros que por primera vez empezaron a usarse en Europa. Podrían también considerarse las primeras empresas de carácter multinacional. La más famosa fue la Compañía holandesa de las Indias Orientales, o *VOC*. Eran poderosas empresas mixtas, con capital privado pero dependientes del gobierno, que sirvieron de modelo a las que luego se crearon en Europa. Manejaban abundantes recursos de capital, tenían sus propias flotas de guerra y soldados, y actuaban en sus posesiones ultramarinas con notable autonomía.



Familia holandesa, por Pieter de Hooch, 1662. Museo Gemäldegalerie, Viena.



Patio de casa en Delft, por Pieter de Hooch, 1658. National Gallery, Londres.

Las pinturas de la Escuela Holandesa recrean los gustos y valores de la naciente burguesía, como lo ilustran estas dos pinturas representativas.

Holanda tiene a su alcance un envidiable sistema hidrográfico. El Río Rhin, que sale al Mar del Norte por el puerto de Róterdam y penetra profundamente el corazón de Europa, atraviesa Alemania, Francia, Austria y Suiza, hasta el lago de Constanza, pasando por ciudades como Düsseldorf, Colonia, Bonn, Coblenza, Manheim, Estrasburgo, y Basilea. Ya en Holanda, sus brazos van a engrosar el Mosa, que comunica a Lieja y penetra en Bélgica y Francia; a su vez, el Mosa une sus brazos con el Escalda, que es poco profundo pero que irriga generosamente los suelos y forma varias islas al morir en el mar. Portugal está mal provisto de ríos navegables. El Duero era demasiado llano para permitir barcos de gran calado. El Guadiana sirve más bien como límite fronterizo con España y su caudal es escaso en la desembocadura onubense de Ayamonte. El más importante es el Tajo, que es el más extenso de la península Ibérica y penetra profundamente en el interior de España, adonde nace en Casas de Fuente García, en la provincia de Teruel, por la Sierra de Albarracín; pero no es un río que pueda compararse a los grandes ríos del norte y el centro de Europa. Portugal se abre al infinito océano Atlántico, pero sus dominios no quedaban en Europa sino en otros continentes, situados mucho más lejos; Holanda limita con el Mar del Norte y muy cerca le queda el Báltico, y gracias a su eficiente sistema marítimo y mercantil, llegó a dominar el comercio y la navegación del norte de Europa y el Golfo de Vizcaya. Conservó esta supremacía hasta mediados del siglo XVII, concitando la envidia y la rivalidad de Francia e Inglaterra, que hicieron todo lo que pudieron por combatirla.

Carlos V heredó los Países Bajos (Holanda y Bélgica actuales) como parte de sus posesiones, y como nació y creció en Gante, se habituó a un ambiente de tolerancia religiosa. Al principio se mostró condescendiente con Lutero, aunque luego se le enfrentó personalmente y la brecha quedó abierta. En Holanda optó por no perseguir a los protestantes; gobernó con prudencia, y respetó los

sentimientos de autonomía de sus pobladores, en su mayoría calvinistas. Sin embargo, cuando Felipe II sucedió a su padre, trató de poner en cintura a los ricos burgueses, la pequeña nobleza, los príncipes y los magnates feudales, y de modernizar el Estado para hacerlo más uniforme y eficiente. Además trató de imponer por la fuerza las normas tridentinas y la Inquisición. Pero se tropezó con el naciente nacionalismo y el fanatismo religioso de los calvinistas. El rechazo no se hizo esperar. La rebelión estalló en 1568, iniciándose *La Guerra de Ochenta Años*. Pero Holanda quedaba lejos, tenía un amplio frente marino, y una maraña de canales en los deltas del Mosa y el Rhin, que le permitieron resistir sin sufrir mucho daño las embestidas de los tercios españoles, contrario a la suerte que corrieron los Países Bajos del Sur, que fueron sometidos y devastados. La salvaje represión que España infligió a la nueva religión, condujo a una guerra abierta por la libertad nacional y religiosa que terminó en 1609, cuando las Provincias Unidas hicieron efectiva su independencia. Sin embargo, luego de la tregua de 1609 a 1621 la guerra continuó, hasta que en 1648 se firmó el *Tratado de Westfalia* y España reconoció la independencia de Holanda.

La devastación de lo que sería la futura Bélgica, y sobre todo la destrucción de Amberes, su capital, que había sido el gran emporio de las especias, de la plata americana y del comercio internacional durante el siglo XVI, tuvo sin embargo consecuencias favorables para Holanda. Amberes era un centro financiero internacional, donde se concentraba la banca y mucha gente de todas partes de Europa con habilidades en el comercio, las finanzas, la industria y las artesanías. Allí operaban activamente grandes firmas comerciales como los Welser, los



Grabado de los almacenes y muelle de la Compañía holandesa de las Indias Orientales (*VOC*), temprano siglo XVIII. Copia de grabado de Petrus Schenck.

Imhof, los Affaitati y los Gualterotti. Pero tras la devastación de la guerra, se produjo la emigración de capitales, y sobre todo de un inestimable capital humano, que se trasladó masivamente a Amsterdam, hasta entonces de una importancia modesta en comparación a otras ciudades holandesas. Tras la destrucción de la industria y el comercio del sur de los Países Bajos y el colapso comercial de Amberes, miles de refugiados, en su mayoría calvinistas, escaparon al Norte. Décadas después, más de un tercio de la población de Amsterdam eran emigrantes del sur o sus descendientes. Muchos de los que huyeron de la guerra y se establecieron en otras partes de Europa, mantuvieron estrechos vínculos con sus antiguos socios, parientes o conocidos que permanecieron en Amsterdam, lo que fue otro factor para que esta ciudad se convirtiese en el nuevo centro comercial de Occidente. Entre 1585 y 1622, la población de Amsterdam había aumentado de 30.000 a 105.000 habitantes. Para mediados del siglo ya tenía 120.000 pobladores. La arruinada Amberes es así reemplazada por Amsterdam, que deja de ser sólo un gran centro de distribución de la pesca y de los productos bálticos para convertirse en el principal mercado mundial de las especias y de productos americanos como la cochinilla de Oaxaca (esencial para teñir o pintar de rojo), el cacao y la plata, y desde principios del siglo XVIII, también del oro brasileño, y Holanda es lanzada a una fase de asombrosa prosperidad.

Portugal no había estado ajeno a los efectos de esta guerra. Hay indicios de que por lo menos desde el siglo XII, Portugal había mantenido relaciones pacíficas y regulares con los Países Bajos. Se sabe por ejemplo del naufragio de un barco portugués que en 1194 se dirigía a Flandes con carga de melaza, aceite y madera. El hecho es que, casi tan pronto como Portugal empezó a llevar especias del remoto Oriente, los barcos y mercaderes de los Países Bajos empezaron a participar de sus actividades coloniales. Entre 1501 y 1513, ya los barcos holandeses bajaban a Lisboa para recogerlas, llevarlas a Amberes y desde allí redistribuirlas por Europa. Juan III *El Piadoso*, además, trató de ampliar el comercio de Portugal con el Báltico y la zona del Rhin. A principios del siglo XVI Holanda todavía distaba mucho de ser un rival peligroso de Portugal. Podía envidiarle sus hazañas y las conquistas que sus navegantes iban realizando, sobre todo en Asia, pero aún estaba lejos de poder quitárselas. Todo empezó a cambiar cuando los Países Bajos declararon su independencia de España y Felipe II prohibió su comercio con Portugal, ordenando excluirlos del comercio con Oriente y perseguir sus embarcaciones. El resultado fue que los holandeses, que ya para fines del siglo XVI eran una potencia marítima, comenzaran a hostigar a España justamente por su flanco más débil: las colonias portuguesas.

Aunque Portugal había sido el gran pionero de la navegación oriental, los exigentes compromisos imperiales en recursos materiales y humanos lo habían ido debilitando con los años, mientras que los holandeses, que no le perdían paso a los portugueses, se fortalecían y quisieron arrebatarle sus triunfos, y hasta cierto punto lo lograron. A lo largo del siglo XVI, Holanda empezó a fortalecer sus músculos marítimos y, ya para finales, sus navegantes se atrevían a navegar hasta Oriente por el Estrecho de Magallanes y dar la vuelta al mundo, o por la ruta portuguesa del Cabo de Buena Esperanza para surcar el Océano Índico.

Los holandeses crearon un tipo de barco sencillo y barato, aunque eficiente, que desarrollaron en la década de 1590, el *fluit*, o filibote, panzudo, de fondo casi plano, de proa chata y popa redondeada. Llevaba pocos cañones y a veces ninguno. Concebido como una bodega flotante, podía ser manejado por pequeñas tripulaciones y maximizaba su capacidad de carga, aunque sacrificando su maniobrabilidad y defensa. Debido a los bajos costos con que podían transportar los productos, su competitividad no tenía rivales entre los cargueros europeos. Además, establecieron agentes en los puertos principales del Báltico y convirtieron a Amsterdam en un gran depósito de productos de

todas partes, y en centro de reunión de compradores y vendedores de otros países europeos que descubrieron las ventajas de colocarlas allí. De esa manera, hasta mediados del siglo XVII, los holandeses pudieron controlar buena parte del comercio del oeste de Francia. A su vez, España y Portugal dependían de los granos y diversos productos del Báltico que llevaban los barcos holandeses a cambio de la plata americana, la cual era transportada en grandes cantidades a Amsterdam, que para mediados del siglo ya era el principal mercado europeo de los metales preciosos.

Los vínculos comerciales entre España (sobre todo Castilla) y los Países Bajos, se remontaban a la Baja de Edad Media, y éstos se habían intensificado en el siglo XVI. Incluso durante los años que duró la *Guerra de Ochenta Años,* nunca se interrumpieron del todo. Primero Amberes, luego Amsterdam, llevaban a España productos básicos de los propios Países Bajos y de otros lugares de Europa, como trigo y otros cereales, paños, madera y pertrechos para la construcción (naval sobre todo), pescado seco, bacalao y pescados envasados, plomo, estaño, especias y porcelana de Asia Oriental, lácteos variados, libros, artículos de uso litúrgico, orfebrería, y pequeños artículos de lujo y de decoración de interiores, pero sobre todo textiles, "que constituían un grueso capítulo en la exportación a América". A su vez, los barcos holandeses cargaban de retorno en los puertos españoles, sobre todo, materias primas para la industria holandesa, como lana y hierro de la zona del Cantábrico, y desde Andalucía productos agrícolas variados, desde vino y pasas a frutos secos, cítricos y frutas de temporada; a la vez transportaban mercancías de origen americano, como índigo, cacao, cochinilla, quinina y otras drogas, "y, sobre todo, oro y plata"[324].

Holanda se había convertido en la mayor potencia naval a principios del siglo XVII, con miles de barcos y 120.000 marinos navegando por los Siete Mares. Excluyendo China, su tonelaje representaba la mitad de la flota mundial. Se ha calculado que para 1670 Holanda superaba el tonelaje agregado de las marinas mercantes inglesa, francesa, escocesa, alemana, española y portuguesa juntas, con un total aproximado de 570.000 toneladas. No sorprende que Amsterdam reemplazara a Portugal como centro de producción de atlas, mapas y manuales náuticos. La proyección cartográfica del belga Gerardus Mercator, de tipo cilíndrico, ya se había perfeccionado para fines del siglo XVI y, cuatro décadas más tarde, había desplazado al rudimentario portulano, permitiendo dar el gran salto de la navegación limitada por los mares europeos a la vasta navegación oceánica.

Debido a la gran lejanía de los mares orientales, los holandeses se habían tenido que contentar durante casi todo el siglo XVI con ser los distribuidores de las especias que llevaban los portugueses. Pero la guerra con el imperio hispano-lusitano los obligó a prescindir de intermediarios y a tener que ir por ellos mismos a buscar las especias. Las cartas de navegación que le entregó a la *VOC* en 1598 el cartógrafo oficial de la Compañía Petrus Plancius[325], y la publicación, en 1596, del ya citado *Itinerario* de Linschoten, brindaron suficiente información a los holandeses para abrirse paso por la ruta portuguesa, y en 1595 realizaron un primer viaje a Java, que si bien fue de poco provecho, les mostró el camino, y les reveló que Indonesia tenía un enorme potencial para el negocio de las especias. En éste y otros viajes que se hicieron en los años siguientes, observaron que los monzones estacionales tenían la desventaja de limitar los viajes a ciertas épocas del año; además, debían evitar las bases portuguesas ya establecidas. De esa manera, para eludir a los portugueses y a los monzones, adoptaron como ruta de entrada al Índico una latitud situada mucho más al Sur, evitando el gran arco formado por las costas de África y la India. Podían entrar por el Sur en el mar de Java, a través del estrecho de la Sonda, lo que les permitía navegar todo el año y recortar el viaje de Ámsterdam a Batavia de once a tres o cuatro meses. Fue por ello que escogieron a Indonesia como base de operaciones, estableciéndose en la isla de Java, donde fundaron a principios del siglo XVII la plaza fortificada de

Batavia, nombre que emplearon en homenaje a sus remotos antepasados, los bátavos (como los llamaban los romanos). Desde allí empezarían a operar exitosamente, llevando al principio productos manufacturados, como armaduras, armas, tejidos, objetos de cristal, juguetes, y artículos de lujo. Todo lo cual cambiaban por especias, obteniendo a su regreso a casa jugosas ganancias.

En su dilatado periplo hacia el Océano Índico, los holandeses iban equipados para la guerra, con flotas bien artilladas y dispuestos a apoderarse de las bases que los portugueses tenían tanto en África como en Asia, y donde éstos, que se habían sentido seguros durante tanto tiempo, operaban sus flotas casi sin defensa. Durante varias décadas realizaron ataques incesantes y no le dieron tregua al imperio portugués. Atacaron Bahía en 1624 y le arrebataron un gran trozo a Brasil durante un período de casi un cuarto de siglo, cuando ocuparon Pernambuco (1630-1654); en África se apropiaron del fuerte de Elmina (1637) en la Costa de Oro, de Luanda (en 1641-1642), y de las islas de Santo Tomé y Annobón en el Golfo de Biafra, que se convierte en su principal centro de exportación de esclavos; luego avanzaron hasta los mares orientales, donde atacaron las colonias portuguesas de Goa, Ceilán, Formosa, y Macao, causándoles pérdidas severas. Como se mencionó en el capítulo III, el peor golpe sufrido por el imperio portugués fue la pérdida de Malaca, que le arrebataron los holandeses en 1641; Ceilán cayó en manos holandesas en 1658, y la costa Malabar en 1663. Además, Portugal perdió Mascate en 1648; Tidore en 1657, y Cochín en 1663. Al controlar Holanda la fuente de las especias en Indonesia, la colonia portuguesa de Goa perdió su función de gran emporio y disminuyó la importancia comercial del Mar Rojo y el Golfo Pérsico. Portugal no fue capaz de organizar en Europa el comercio de redistribución de las especias, ni de hacerle frente a las agresiones holandesas en Indonesia, por lo que su presencia en esta vasta región insular virtualmente cesó, quedando totalmente desplazado por Holanda, o más bien, por la *VOC*.

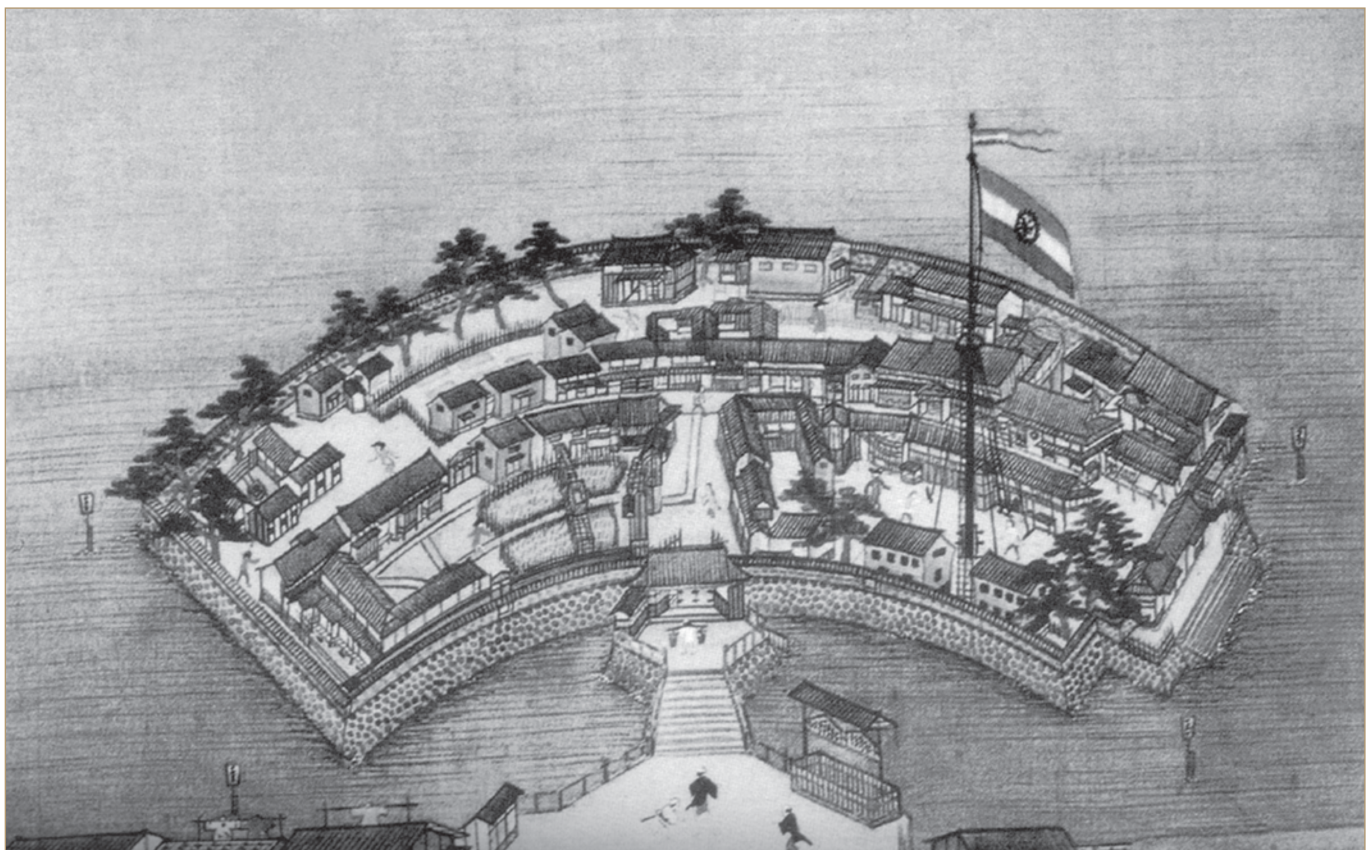
Aunque los holandeses se movilizaban por todo el Océano Índico e hicieron incursiones por el Mar Rojo y el golfo Pérsico, fue en Indonesia donde mantuvieron su principal centro de operaciones, con su base en Batavia. No les resultó difícil mantener a raya y luego desplazar a los portugueses, e incluso —por un buen tiempo—, a los ingleses, gracias al poderío de sus flotas y cantidad de combatientes, además de la política de terror que aplicaron desde el principio entre los pueblos indígenas, hasta asegurarse en la primera mitad del siglo XVII casi el monopolio de la venta en Europa de las más valiosas especias, que casi equivalían a una cuarta parte de su comercio. A la pimienta agregaron a fines del siglo el algodón y la seda. En valor, este comercio llegó casi a igualar al que Holanda hacía en el Báltico, y es posible que lo superarse en la segunda mitad del siglo. De hecho, las mayores fortunas holandesas se amasaron en Asia.

En ánimo de expandir su influencia comercial, los holandeses se dirigieron a China y Japón. Trataron de ocupar Macao, pero los portugueses los rechazaron. En cambio, tuvieron por algún tiempo más suerte en Taiwán, que pudieron controlar entre 1622 y 1662, pero fueron expulsados por el pirata Koxinga, como ya se dijo en el capítulo anterior. Durante los años de guerra, mientras quedaban restos de resistencia Ming (a la que apoyaba Koxinga), los holandeses se pusieron del lado de los invasores manchúes, y aunque los ayudaron a capturar el puerto de Amoy en 1662, no consiguieron de la nueva dinastía ninguna concesión a cambio; no se les permitió acceder a los puertos chinos, y tuvieron que seguir merodeando por la costa como contrabandistas o como piratas, hasta 1715, cuando finalmente el emperador les dejó abrir una factoría en Cantón, cuatro años después de que se instalaran los ingleses.

Los holandeses fueron más exitosos en Japón donde, como ya vimos en el capítulo anterior, reemplazaron a los portugueses en el puerto de Nagasaki. Hasta ese momento, los holandeses, que habían llegado a Japón en 1609, se habían instalado

en el puerto o isla de Hirado, al Norte de Nagasaki, donde ejercían el comercio de manera limitada. Vimos también que los portugueses ya llevaban muchos años en el pequeño pueblo pesquero de Nagasaki, donde fundaron su propia ciudad-enclave, que en muy pocos años había crecido y prosperado de manera sorprendente. Pero esta situación cambió en 1634. Para evitar que los europeos pusieran pie "en el sagrado suelo del Japón", ese año, el shogun Tokugawa Iemitsu, aplicando su inflexible política xenofóbica, había dispuesto la creación de una isla (o *shima* en japonés) en la bahía de Nagasaki, donde los europeos pudieran dedicarse al comercio, aunque prohibiéndoles cruzar a tierra firme, y allí se le permitió a los portugueses que se establecieran. Medía sólo 120 metros de largo por 75 metros de ancho (o bien 82 por 236 pasos), poco más de una hectárea. Se la llamó Dejima o Deshima que, por ser artificial, los japoneses no la consideraban propiamente parte del suelo de Japón. Sus exiguas dimensiones y el estricto control que el shogunato ejercería sobre esta diminuta isla artificial no dejaban dudas sobre los limitados derechos que Japón estaba dispuesto a conceder a los extranjeros, que eran apenas tolerados como un mal necesario. Pero en 1637, cuando estalló la *Rebelión de Shimabara*, los holandeses, que deseaban liberarse de la competencia portuguesa y adversaban el cristianismo contrarreformista de los jesuitas, se pusieron del lado del bakufu Tokugawa y bombardearon desde sus naves a los rebeldes. Gracias a esta oportuna ayuda al bakufu, su suerte mejoró. Los portugueses fueron expulsados en 1638 y los holandeses ocuparon su lugar[326].

Como el shogunato Tokugawa deseaba familiarizarse con las armas y equipos navales de los holandeses, que les impresionaban mejor que los de los portugueses, y además los necesitaba



Deshima. Detalle de pintura del puerto de Nagasaki por Maruyama Okyo (1733-1795), en 1792. M. J. Jansen, *The Making of Modern Japan*, figura 6.

para comerciar con China, le permitió a los agentes de la *VOC* establecerse en Deshima a partir de 1641, que desde entonces fue el único lugar donde los europeos pudieron comerciar con Japón. Como se ha mencionado en el capítulo anterior, las relaciones entre China y Japón habían sido tradicionalmente tensas y con frecuentes fricciones, al punto que Hideyoshi, como vimos, trató de invadirla entrando por Corea, de manera que China había llegado a prohibir el comercio directo entre ambos países. Sin embargo, este comercio nunca se detuvo del todo, gracias a la práctica de las embajadas diplomáticas, pero sobre todo gracias a los mercaderes chinos que iban y venían sin ningún control por parte del gobierno imperial. Mediante las embajadas, ambas cortes se intercambiaban lujosos artículos suntuarios, virtualmente como regalos, aunque eran los chinos los que enviaban los obsequios más fastuosos. Muchas veces estos obsequios consistían en libros de poesía o en tratados que recogían la sabiduría china, tan precisada por los japoneses, o bien textos sagrados como el Tripitaka, texto fundamental de los budistas. Los mercaderes lucraban con lo demás. Japón exportaba a China decenas de miles de sables, azufre, centenares de miles de libras de cobre, madera de sapán para el tinte, y abanicos, un invento japonés, que ya en el siglo XVI empezaban a usar las mujeres de la nobleza portuguesa, como se sabe por algunos retratos conservados. El flete de retorno consistía en sedas (sobre todo en rama para el ajuar de los cortesanos), libros, pinturas y monedas de cobre. A la carga de productos japoneses que transportaban los holandeses con destino a China se agregó la plata, una vez que empezaron a tener acceso a las minas de Iwami Ginzan, probablemente desde que llegaron a Hirado en 1609, cuando las minas llegaban al máximo de su producción. Si bien este flujo metalífero empezó a declinar desde la década de 1620 y se detiene hacia 1640, justo cuando los holandeses se instalan en Deshima, aun así continuaron exportándola, aunque cada vez menos pues, como ya se dijo, a partir de 1660 el shogunato Tokugawa prohíbe la exportación de plata. Desde entonces, la plata que la *VOC* introduce en China procede sobre todo de América.

En cincuenta años aproximadamente se había constituido el gran imperio ultramarino holandés, con sus posesiones en Brasil, en las costas de África y en Indonesia. Durante un corto tiempo también tuvieron un pie puesto en Norteamérica, a orillas del río Hudson, donde fundaron en 1609 Nueva Amsterdam —la futura Nueva York—, pero los ingleses se la arrebataron en 1664. Fue cedida a Inglaterra formalmente en el *Tratado de Breda* de 1667, al final de la segunda guerra anglo-holandesa, y los holandeses recibieron a cambio Surinam, al Norte de Brasil, y la pequeña isla Run, en Indonesia, rica en macis y nuez moscada.

Holanda era la mayor potencia marítima mundial. Dominaba el comercio y la navegación del Mar del Norte y el Báltico, de las costas africanas y el Océano Índico. Tuvo en sus manos, hasta mediados del siglo XVII, el control mundial del negocio azucarero mientras retuvo a Pernambuco en Brasil y el monopolio del refinado en Amsterdam; el control de la trata negrera desde 1640 hasta fines del siglo, gracias a sus bases en el Golfo de Guinea, y el cuasi monopolio del comercio de las especias gracias a su dominio sobre Timor Occidental y Ternate, que eran las que producían las más cotizadas: el clavo, la nuez moscada y el macis. Pero no sólo se interesaba en las especias. En India adquiría pimienta, sándalo, sedas y salitre (esencial para elaborar la pólvora); en China, té, porcelana, ruibarbo, seda, oro y bordados, y en Japón, seda elaborada, porcelana, y sobre todo mucha plata; en Bengala y Coromandel, salitre, opio, algodón, tejidos, cueros y tinturas; en Java y las Molucas, azúcar, azufre, añil, arak, sagú, sándalo y drogas; en Borneo y Sumatra, alcanfor, pimienta, jengibre, ébano, estaño, oro y diamantes; en Ceilán, canela, marfil, nácar, perlas y maderas.

La Compañía holandesa de las Indias Orientales (VOC)

Para fines del siglo XVI Holanda ya había desplazado a los portugueses en la navegación oriental, y entre 1598 y 1602 se habían formado varias Compañías que llegaron a armar 65 barcos distribuidos en 14 flotas particulares con destino a Indonesia en busca de especias. Todas iban fuertemente armadas y de ellas 50 regresaron cargadas a tope, alcanzando beneficios de hasta 400%, lo que provocó una inmediata alza en los precios. Estimuladas por el éxito alcanzado y para evitar la competencia entre unas y otras, las más importantes optaron por refundirse en una sola, creándose oficialmente en 1602 la Compañía holandesa de las Indias Orientales (o *Vereenide Oostindishe Compagnie*, conocida generalmente por las siglas *VOC*), que pronto inundó los puertos holandeses de artículos exóticos y caros adquiridos en Asia. Estaba concebida para monopolizar el comercio de Holanda con Oriente, de modo que ningún holandés podía dedicarse al comercio en esta zona sin pertenecer a la Compañía. El gobierno holandés le concedió a la *VOC* amplios privilegios, como derechos exclusivos para comerciar al Este del Cabo de Buena Esperanza, el derecho a negociar en nombre de los Estados Generales, firmar contratos y alianzas, acuñar sus propias monedas, construir fuertes, nombrar gobernadores, armar su propio ejército y, además, si hacía falta, practicar la piratería. Incluso podía hacer tratados con países extranjeros. Eran poderes que ningún rey europeo habría cedido a simples mercaderes. De esa manera, la *VOC* se convirtió en "un Estado dentro del Estado" y tuvo a su disposición un inmenso poder comercial y político.



Logo de la *VOC*.



Moneda de la *VOC*, acuñada en 1735.



Edificio de la Compañía holandesa de las Indias Orientales (*VOC*), en Ámsterdam.

Se fundó con un capital base de 6,5 millones de florines, una suma enorme en aquella época. Para levantar este capital se abrió su acceso a un amplio público, de manera que virtualmente cualquiera podía adquirir acciones en la Compañía. Por cierto, en 1606 se usó por primera vez el término *accionista*, otra de las grandes innovaciones holandesas. En poco tiempo, la *VOC* llegó a contar con más de mil cien accionistas; la mayoría eran holandeses, pero también muchos de ellos eran extranjeros, entre los cuales se contaban 39 alemanes y 301 de Bélgica y Luxemburgo.

La *VOC* llegó a tener más de 150 buques cargueros, 40 naves de guerra, 20.000 marineros, 10.000 soldados y cerca de 50.000 empleados civiles a su servicio. Y aun así, llegó a pagar dividendos del 40%, provocando la envida de sus rivales. Sus rutas comerciales incluían Japón, China, India, el Golfo Pérsico, África y todos los países europeos. En el Golfo Pérsico intercambiaba especias por sal, en Zanzíbar sal por clavo, en India clavos por oro, en

China plata por té, sedas y porcelanas, en las islas del sudoeste de Asia, especias por cobre, y en Japón, cobre y plata, para transportar a China, a cambio de sedas y porcelanas. Como ya mencioné, la Compañía estableció su base de operaciones para todo Oriente en Batavia, situada estratégicamente en la ruta de la nuez moscada y el macis. En la década de 1620, bajo las órdenes del fundador y primer gobernador general de Batavia, Jan Pieterzoon Coen, la casi totalidad de los primitivos habitantes de las islas del Mar de Banda (de donde son originarios el macis y la nuez moscada), habían sido deliberadamente expulsados, muertos por hambre o simplemente asesinados, para ser reemplazados por esclavos de los países vecinos y dedicarlos al monocultivo de la nuez moscada. En las islas de Lontor, Run y Rosengain, el exterminio de los hombres fue brutal, y mujeres y niños fueron esclavizados. Fue una de las colonizaciones más brutales y despiadadas realizadas por Occidente. Los barcos que llegaban a Batavia procedentes de Holanda iban cargados con plata de las colonias americanas, sobre todo del Alto Perú, además de insumos para las colonias que tenía la Compañía en otras bases asiáticas.



Puerto español en Formosa, por Pedro de Vera, 1630. Archivo de Indias, M y P, Filipinas 216.



Retrato de Jan Pieterzoon Coen por el pintor honlandés del siglo XVII Jacob Waben. Museo Westfries, ciudad de Hoorn, norte de Holanda.

El principal interés de la Compañía en la costa de Coromandel, Bengala y China (por la vía de Formosa, hasta que fue expulsada de allí por Koxinga) eran las sedas, los textiles de algodón y la porcelana, para embarcarla a Japón (vía Nagasaki), aunque al menos tres cuartas partes de las compras debían pagarse en efectivo. El papel de Japón era crítico, pues allí se recibía plata (de la que producían sus minas), a cambio de las mercancías que se introducían. Entre 1630 y 1680 la Compañía recibía anualmente de sus actividades en Asia más de tres millones de florines de plata y oro, siendo el Japón, hasta 1660, su principal proveedor de plata.

Al expulsar a los portugueses en 1638 y abocarse a una política de aislamiento, Japón se hizo muy dependiente de los mercaderes chinos

para sus importaciones. Pero tras la invasión manchú de 1644 y la caída de la dinastía Ming, el caos sobrevino en China, y para evitar tener que depender de un solo proveedor, el shogunato se vio forzado a apoyarse en la *VOC*, que demostró ser una conveniente alternativa política y económica para realizar los intercambios. La política japonesa de aislamiento resultó de esa manera sumamente provechosa para la *VOC*, que se llevó la parte del león en el comercio de Japón con los demás países de la región. Los beneficios que obtuvo la Compañía fueron notables hacia mediados del siglo, lo que contribuyó a que pudiera financiar una continua expansión de sus actividades por toda Asia. Como resultado, los dividendos pagados por la *VOC* para esos años excedían ocho veces la inversión original, representando para los accionistas originales que vendían en 1648, ganancias del orden del 27% anual.

El comercio en los mares de Oriente era tan ventajoso como el que se hacía entre Oriente y Europa, pese a los contratiempos causados por los piratas, las rivalidades con otros países europeos, los accidentes, la corrupción, la ineficiencia, los robos y las enfermedades. La *VOC* se convirtió en la Compañía más rica del mundo. Gracias a sus enormes dividendos, enriqueció a Holanda, contribuyendo al esplendor de su arte y su cultura, haciendo posible una extraordinaria producción artística, científica e intelectual. Pero no debe olvidarse que era una Compañía carente de escrúpulos, inhumana en el tratamiento a los nativos, que creó el mayor monopolio de su época, forzó la subida del precio de las especias hasta en un 180% y aniquiló a la competencia local, hasta que en 1799 fue disuelta como resultado de los malos manejos, la corrupción, y deudas por 110 millones de florines, teniendo el Estado holandés que asumir su control[327].



"Descripción del Puerto de los Olandeses en Ysla Formosa", fines del siglo XVIII. Colección Fernández de Navarrete, Ms. 27. Museo Naval, Madrid. (*Oriente en Palacio*, p. 100).

La Compañía holandesa de las Indias Occidentales (WIC)

También durante ese período, Holanda tuvo otras iniciativas que contribuyeron a posicionarla por delante de todos los demás países europeos. En 1609 se crea el Banco de Amsterdam, concebido como banco de depósito y de cambio, que frena la multiplicación de los bancos privados y asegura el fortalecimiento de la moneda, logrando una gran reputación en el curso de los primeros dos tercios del siglo XVII. Por otra parte, en 1621 se fundó otra Compañía complementaria de la *VOC*, la Compañía de las Indias Occidentales (*West-Indische Compagnie*, o *WIC),* cuyo teatro de operaciones comprendería África Occidental (entre el Trópico de Cáncer y el Cabo de Buena Esperanza), el Caribe y Norte América. Al igual que su predecesora, recibió un amplio mandato para ejercer el monopolio, siendo privilegiada y organizada de manera análoga. Su modo de proceder era similar al de la *VOC,* pues también se le concedió licencia para realizar operaciones de corso y contrabando, lo que haría sobre todo a expensas del imperio español, ya que uno de sus objetivos consistía en crearse un espacio colonial en África y América, despojando a España y Portugal de algunas de sus posesiones.

Las dos primeras décadas del siglo XVII fueron, en efecto, pródigas en ataques corsarios a las colonias españolas, aunque no todas fueron exitosas. En 1598 zarpó de Róterdam la flota de Oliver van Noort y en 1600 atacó Valparaíso, capturando dos barcos. Cerca de Concepción se encontraba la nave *El Buen Jesús*, fletada en oro, pero el capitán arrojó la carga al mar para evitar su captura. Noort continuó con sus dos naves, el *Mauritius* y el *Eendracht*, en dirección a Las Filipinas, con el propósito de ocupar Manila, pero le hizo frente el presidente de la Audiencia Antonio de Morga, con la nao *San Diego* y el patache *San Bartolomé*, y tras reñido combate lo rechazó, de cuyo episodio dejó Morga un detallado relato. Noort siguió su viaje y completó la cuarta circunnavegación del globo (después de las de Magallanes, Drake y Cavendish). La siguiente expedición tuvo lugar en 1615. Esta armada era costeada por la *VOC* y al mando se encontraba Joris von Spielbergen, que saqueó Valparaíso y luego atacó el puerto peruano de Cañete, sosteniendo una recia batalla con la Armada de la Mar del Sur. En 1620, otro "enemigo holandés entró en esta Mar del Sur con nueve naos y quemó algunos navíos", dice un informe procedente de Panamá. Tal vez se refería a la armada holandesa compuesta por 15 buques al mando de Jacques Clerk, apodado Jacques L'Hermite, que andaba merodeando por el Pacífico y había bloqueado y atacado El Callao. Pero la plaza resistió durante tres meses, evitando que los invasores pudiesen desembarcar, y éstos se vieron forzados a dirigirse a la isla de San Lorenzo, donde cayeron presa de enfermedades por falta de agua potable y allí fueron enterrados los muertos, incluyendo a L'Hermite. Todos estos ataques pusieron en evidencia lo desprotegida y vulnerable que estaban las aguas españolas del Pacífico, que no dejarían de estar amenazadas en lo sucesivo por los enemigos de España. Esta inesperada amenaza la obligó entonces a embarcarse en un costoso programa de defensas en América, amurallando ciudades y levantando fortificaciones, desde el sistema de fuertes para proteger la ciudad de Valdivia, en Chile, hasta Acapulco, pasando por el Real Felipe del Callao, y el fuerte de la Navidad y la muralla de las Casas Reales, en Panamá.

El caso más notable de todos ocurrió en septiembre de 1628, cuando Piet Hein capturó en el puerto de La Habana toda la flota que llevaba el tesoro americano. Con el enorme tesoro capturado, la *WIC* pudo costear la organización de una gran armada compuesta por 61 naves de guerra y siete mil hombres que se apoderó en 1630 de Pernambuco, y fundar la colonia de Nueva Holanda en Norteamérica. La piratería, que era muy vieja en la historia humana, pero que se había limitado a espacios marítimos reducidos, la extendían ahora los holandeses a todos los confines, convirtiéndola por primera vez en una empresa global.



Sede de la *VOC* y *Stadhuys* (o Casa de Gobierno), de la Batavia colonial, donde ejercía el gobernador general. Allí se celebraban matrimonios, actos judiciales, condenaban delincuentes, y se atendían asuntos comerciales y de gobierno. Servía también de prisión. Era el centro de poder holandés en la Indonesia colonial. Queda en la plaza (o Taman) Fatahilla, de Yakarta, donde se celebraban ferias semanales, mercados y fiestas, así como ajusticiamientos. El edificio original es de 1627, pero fue demolido y nuevamente construido y ampliado entre 1707 y 1710 bajo los gobernadores generales Joan von Hoorn y Abraham van Riebeeck. Desde 1974 es el Museo de Historia de Yakarta, donde se exhiben mapas, pinturas, muebles, y memorabilia de la *VOC*. Foto tomada en 1994 por Jim Malcolm, OBE.

El contrabando ejercido por los barcos de la *WIC* fue de efectos menos espectaculares, pero resultó ser un medio relativamente seguro y mucho más regular para adquirir plata americana. En las costas panameñas del Caribe occidental, cerca de la desembocadura del río Coclé del Norte, era frecuente, entre fines del siglo XVII y las primeras décadas del XVIII, que los comerciantes panameños comprasen mercancías de contrabando a las urcas holandesas pagando con plata altoperuana o con oro local. Fueron tan regulares estos intercambios, que al oeste de la ruta oficial (la que atravesaba el Istmo utilizando el Chagres, y que comunicaba a Panamá con Portobelo) se creó otra ruta paralela, teniendo como punto de partida a Natá, en el Pacífico, con varias escalas en la montaña, donde se establecieron fortines, y que salía al Caribe por el río Coclé.

Otra de las funciones de la *WIC* era la trata de esclavos africanos, actividad que le arrebató a los portugueses a partir de 1637 y que virtualmente monopolizó durante el resto del siglo. Ya se ha mencionado que en África se estableció en la Costa de Oro, y durante un breve período también en Angola, que le sirvieron de base para la trata esclavista. En Brasil, como ya hemos visto también, retuvo durante una treintena de años la región de Pernambuco, pero fue expulsada de allí en 1654, y al haber perdido para esas fechas su superioridad marítima sólo pudo conservar Surinam y las islas

caribeñas de Curaçao y San Eustaquio. En Norteamérica fundó la colonia de Nueva Holanda, que cubría partes del estado de Nueva York (donde fundó Nueva Amsterdam) y de los actuales estados de New Jersey, Connecticut y Delaware pero, como ya se dijo, la entregó a los ingleses en 1664.

La *WIC* no fue tan exitosa como la *VOC,* que llegó a ser mucho más rica y poderosa, y luego de años de estar acumulando deudas, se reorganizó en 1674 para constituir una nueva Compañía. La piratería fue abandonada y se concentró en la trata de esclavos africanos y en la explotación de sus pequeñas colonias caribeñas[328].

Auge y caída de la hegemonía holandesa

Gracias a su producción, a la solidez de su sistema bancario y al comercio a distancia, Holanda logró atraer hacia sí mucha de la plata americana, luego de pasar primero por España, donde se pagaba por los granos bálticos y las manufacturas holandesas, o era adquirida directamente en las colonias americanas mediante el contrabando o el saqueo. Los metales preciosos que Holanda adquiría en América no estaban destinados a circular por el interior del país, sino más bien a ser empleados en el comercio con Asia, donde compraban los productos pagando en oro y sobre todo en plata, en lingotes o en pesos españoles, o piastras, acuñados en las cecas americanas, que eran de alta ley metálica. La mayoría de estas monedas y lingotes era exportada hacia Oriente tan pronto como llegaba. Muchos comerciantes europeos que hacían negocios en América llevaban sus ganancias metálicas a Holanda, sobre todo por la seguridad que les ofrecía el Banco de Amsterdam, que se convierte en una pieza clave en el sistema monetario mundial. Sin embargo, también alguna plata americana en pasta se retenía en Amsterdam para ser nuevamente fundida y convertida en moneda nacional de uso interno.



Casas coloniales de mercaderes holandeses en Yakarta. Plaza Fatahilla, actualmente distrito Glodok o Barrio Chino. Foto tomada en 1994 por Jim Malcolm, OBE.

Este drenaje de la plata americana hacia Holanda, para morir en Oriente, continuó a lo largo del siglo XVIII, hasta la *Guerra de los Siete Años* (1756-1763), cuando Holanda cede la supremacía de los mares a Inglaterra. Desde entonces fue Inglaterra la que empezó a controlar el comercio con Oriente, y fue en sus barcos que llegó a las costas de Oriente el oro de Brasil y la plata americana.

Durante siglo y medio, Holanda retuvo su condición como mayor emporio europeo, gracias a su pasmosa expansión comercial, a su altamente productiva agricultura, a su avanzada industria y a su moderno sistema financiero. El impacto que produjo en este pequeño país la acumulación de capital, resultado de esta combinación de factores, fue simplemente avasallador y sin igual en la historia en términos de tiempo y amplitud.

El dominio holandés del comercio mundial y el acceso a las enormes cantidades de oro y plata que se producían en América y en Asia, pusieron en sus manos, tanto una gran riqueza material, como una masiva cantidad de recursos que potenciaron su creatividad, estimulando el desarrollo de las ciencias, los inventos y las artes. La extraordinaria producción artística e intelectual que surgió durante este período era un reflejo no sólo de la prosperidad reinante y del carácter nacional holandés, sino que también se hacía eco de los propios retos que planteaban las necesidades de la navegación, la guerra, la industria o el comercio, por lo que una de las características de los científicos holandeses fue la naturaleza práctica de sus investigaciones. Su ciencia era pura a la vez que aplicada y los científicos confeccionaban manualmente sus propios inventos, ya que eran tan artesanos como lo eran los artistas.

Fue en esa edad dorada que surgieron pintores como Johannes Vermeer, Frans Hals, Nicolás Maes, Pieter De Hooch, Rembrandt van Rijn, y David Teniers el Joven, científicos como Willebrord Snellius (matemático y astrónomo, por quien lleva su nombre un cráter lunar), Anthonie van Leeuwwenhoeck (gran pionero de la microscopía moderna, además de entomólogo y anatomista), Hermannus Boerhaave, y Christiaan Huyghens (constructor de un famoso telescopio con el que descubrió satélites y lunas, inventor de un cronómetro de péndulo para la medición de la longitud, y descubridor de la teoría ondular de la luz), anatomistas innovadores como Van Vessel y Pieter Paauw, inventores de fórmulas de tintes para paños, estrategas militares, constructores de molinos y fortificaciones como el matemático Simon Stevin, pensadores como Hugo Grotius (que como ya vimos promovió la idea del uso libre de las vías de comunicación marítima para beneficio de todos, una idea muy conveniente para la expansión comercial holandesa, y autor del primer tratado de Derecho Internacional), y el filósofo de origen sefardita Baruch Spinoza.

También como reflejo de las necesidades prácticas de la época y de las nuevas habilidades adquiridas por los holandeses, floreció en Amsterdam la mayor actividad cartográfica e impresora de toda Europa[329]. El esplendor de la cartografía se produjo en Holanda entre fines del siglo XVI y principios del XVII, gracias a los trabajos pioneros de Ortelius y Mercator, que elaboraron atlases magníficos. Pero la cúspide de esta lucrativa actividad la alcanzó la familia Blaeu, cuyas suntuosas colecciones de mapas se hicieron célebres por su impecable técnica y belleza. Establecidos en Amsterdam desde 1596 como fabricantes de globos terráqueos e instrumentos científicos, los Blaeu convirtieron su imprenta en la más grande de Europa. Willem Blaeu fue nombrado cartógrafo jefe de la *VOC* en 1633. Dos años más tarde, la familia Blaeu publicaba un atlas de 208 mapas, obra realmente maestra. Y en 1662 edita en gran lujo el *Atlas Maior*, que contenía 593 mapas a doble página y 3.000 páginas de texto y se vendía por 45.000 florines, una pequeña fortuna entonces[330].

La Compañía inglesa de las Indias Orientales

Los holandeses pronto encontraron émulos en otros países europeos, que también trataron de conquistar un trozo del comercio con Asia, creando Compañías análogas a las suyas. Los daneses fundaron su propia Compañía de las Indias Orientales en el siglo XVII y a fines del siglo también habían creado otra para las Indias Occidentales. Los suecos crearon una Compañía de las Indias Orientales en 1616, pero no duró mucho. Luego crearon en 1611 la Compañía de los Mares del Sur, y en 1630 la Compañía de África, que también fueron efímeras. Inglaterra y Francia también trataron de establecer sus propias Compañías semejantes al modelo holandés, pero fueron mucho menos ambiciosas y agresivas. Francia, que era una

gran potencia continental, fue la última en interesarse por las empresas ultramarinas, pero lo hizo sin la agresividad de los holandeses y su administración fue errática. Finalmente, luego de la *Guerra de Siete Años,* de mediados del siglo XVIII, Inglaterra redujo a casi nada las posesiones que tenía Francia en la India, luego de derrotarla en todos los frentes donde combatieron. Después de este fracaso, Francia quedó virtualmente excluida del comercio con Oriente, conservando apenas nominalmente unas cuantas factorías situadas al Este de la India de las que apenas sacó provecho y que poco después también abandonó.

Cuando Inglaterra estableció la Compañía inglesa de las Indias Orientales en 1600, los holandeses tenían acaparado el mercado de las especias y habían inflado sus precios en el mercado. Para mantener altos los precios, acostumbraban destruir parte de las cosechas cuando ésta era abundante. Holanda se había adelantado por unos pocos años en el comercio con Oriente, y las ventajas ya se hacían evidentes, por lo que los comerciantes ingleses reaccionaron creando la Compañía para no quedar al margen de un negocio que tanto prometía. Aunque Inglaterra se había adelantado en dos años a la creación de la *VOC* holandesa, sus movidas fueron mucho menos ambiciosas. Mientras que durante los primeros diez años de existencia la Compañía inglesa enviaba 17 barcos a Oriente, Holanda enviaba 134. Además, el capital inicial de la Compañía holandesa era diez veces mayor que la inglesa, ya que ésta se fundó con sólo £30.133, que aportaron 101 accionistas. La competencia fue desigual desde el principio.

En 1661, cuando la Compañía inglesa tenía ya bien establecidas sus bases en la India, se definieron las atribuciones de sus directores. De manera análoga a la Compañía holandesa, los directores de la inglesa estaban autorizados a acuñar moneda, nombrar gobernadores de fortalezas, anexar territorios, enlistar soldados, armar barcos, mantener cortes de almirantazgo, imponer leyes marciales, hacer la guerra, infligir castigos y negociar tratados "con cualesquiera que no sean cristianos". A la "John Company" como se la llamaba, se le otorgaban poderes más amplios que a los gobernadores nombrados para Norteamérica. Estos estatutos fueron varias veces revisados, pero casi siempre para ampliar aún más los poderes de los directores.

Los primeros tres viajes de la Compañía fueron a Java, Sumatra y las Molucas, donde el capitán James Lancaster estableció la factoría de Bantam, en Java. Pero dado que esta zona ya era explotada por los holandeses y los portugueses, y consciente de la dificultad de disputarles por la fuerza sus posesiones, la Compañía inglesa prefirió tratar de asegurarse una base en la India. El primer barco inglés que llegó fue el *Héctor*, comandado por el capitán Willian Hawkins, que ancló en la boca del río Tapti, el año 1608. Al principio, el Gran Mogol Jahangir (1605-1627) recibió a los ingleses con frialdad, pero luego de tres años de complicadas negociaciones, y tras haberse hecho amigo de Hawkins, que hablaba turco fluidamente, adoptado la vestimenta oriental y desposado a una cristiana de Armenia que le había entregado, en 1613 le concedió a los ingleses autorización para que establecieran una factoría comercial en Surat. A partir de ese momento, la presencia inglesa comenzó a presionar fuertemente a los portugueses de Goa. En 1612 los ingleses los derrotaron en un combate naval en el estuario de Swally, frente a Surat. Jahangir quedó impresionado por este resultado y se mostró más dispuesto a entregarles mayores privilegios a cambio de que protegieran el tráfico marítimo mediante nuevos acuerdos firmados en 1618. De esta manera, la Compañía se convirtió en una suerte de gendarme marítimo del imperio Mogol. Luego, en 1622, la fuerza naval de la Compañía expulsó a los portugueses de Ormuz. Después de estos éxitos militares, la Compañía fue ampliando su radio de acción, mientras que el comercio portugués periclitaba.

Para 1614, el barco *Hope* llevaba por primera vez a Inglaterra un cargamento de índigo y algodón de la India. Poco después, los ingleses comenzaron a

comerciar en el Mar Rojo. Sin embargo, era muy poco lo que llevaban los ingleses que tuviera atractivo en el mercado indio, y al Gran Mogol sólo le interesaban curiosidades inglesas para su fasto personal, como dejó claro en los acuerdos con la Compañía. Los agentes ingleses lo intentaron todo. Llevaron juguetes ingeniosos, virginales, cornetas (con un músico para que la tocara y que se quedó en la corte mongol luego de convertirse al Islam), vino burgundi, mastines capaces de dominar un tigre, y paños de lana finos que no podían usarse en un país tan cálido y que además eran caros. Estas curiosidades impresionaron poco a Jahangir. Tampoco encontraron fáciles compradores en el mercado local. El Gran Mogol estaba además acostumbrado a que sus rajáes le llevasen de obsequio trenes de elefantes enjoyados en oro, o piedras preciosas para adornar sus lujosos trajes. Contra eso no era posible competir[331].

Entretanto, los barcos de la Compañía intentaron probar suerte más al Este, en busca de especias. En Amboyna, en el archipiélago de las Molucas, adquirieron clavo de olor que se vendió en Londres con ganancia del 150%, cifra que se convirtió en el beneficio promedio de los viajes siguientes. Pero los problemas no tardaron en aparecer con los portugueses y los holandeses, que reclamaban tener el monopolio de las islas de la especiería. Luego de varios incidentes, en 1623 se produjo la célebre Matanza de Amboyna, donde los holandeses se apoderaron del puesto que tenían los ingleses y ejecutaron a sus ocupantes. Después de este cruento episodio, los ingleses quedaron eliminados de las islas de las especias y no les quedó otra opción que establecerse en la India, donde sólo en el extremo sur se producían algunas especias, sobre todo pimienta. Aunque la Compañía mantuvo una precaria factoría en Java hasta 1682, su acceso a las especias dependía de los abastecedores que llegaban a los puertos de la India. A los ingleses les interesaba de la India sus textiles, el salitre y el azúcar, pero éstos eran productos de mayor volumen que las especias y se producían en condiciones de mayor competencia, siendo el margen de ganancia menor y mayor el esfuerzo por producirlos. Los holandeses tenían pleno control de las islas donde se encontraban sus factorías, y manejaban el negocio de las especias en condiciones de monopolio, pudiendo fijar sus precios en Europa. En cambio, los ingleses debían competir con los comerciantes locales, hacer frente a las veleidades de gobiernos fuertes a los que debían tratar con diplomacia o ganar su voluntad a alto precio, y además enfrentaban la rivalidad de los portugueses.

Así y todo, el negocio prosperaba y los beneficios para la Compañía inglesa eran altos y constantes, aunque las ganancias no eran espectaculares. Importaba índigo de Agra, salitre y azúcar de Bengala, pimienta de la costa Malabar, seda en rama de Persia, telas de algodón de Madrás, y cálico de Calcuta. El problema era encontrar compradores para los productos ingleses, que eran caros y poco apropiados para aquel mercado. Aunque la India era autosuficiente en la mayoría de los bienes y productos que necesitaba, prácticamente no producía nada de metales preciosos. Las minas de plata de Mewar, encontradas a principios del siglo XVI, se agotaron rápidamente, y la producción de oro aluvial del nordeste era mínima, de manera que aceptaba con avidez los pagos que se le hicieran en plata y oro[332]. De esa manera, a los ingleses no les quedó otro remedio que pagar con metales preciosos por los productos orientales, sea en barras o en monedas, que por fortuna no dejaban de fluir de las ubérrimas minas americanas.

Como consecuencia de la presencia europea en la India, tanto de los portugueses como, sobre todo, de las Compañías inglesa y holandesa, la escala y rango de las exportaciones para Europa crecieron dramáticamente. La demanda de pimienta negra en Europa estimuló su cultivo en el suroeste de la India. En 1621 se importaron a Europa 7 millones de libras de pimienta de la India, de las cuales 5,6 millones correspondían a las Compañías inglesa y holandesa, quedando los restantes 1,4 millones en manos portuguesas. Otros productos

que tuvieron un incremento estable fueron el índigo de Bayana y Gujarat, que produjo grandes beneficios, hasta que quedó desplazado por la producción del índigo centroamericano.

A partir de 1650, nuevos productos surgieron al estímulo del comercio europeo. Tal es el caso del cultivo de la morera para producir seda en rama para las sederías de Francia e Italia; y del salitre, de creciente demanda para la producción de municiones, que también se usaba como lastre para los barcos que regresaban a Europa. Otro sector que recibió un gran avance fue la producción de textiles. Para 1620, la Compañía inglesa vendía un cuarto de millón de piezas de algodón en una subasta en Londres. Telas de algodón de mejor calidad como el cálico y el chintz (una palabra india que significa manchado, de acabado brillante, generalmente estampado con motivos florales, usado para adorno de camas, manteles, doseles y cortinas), empezaron a encontrar demanda en el mercado de lujo. También aumentó la demanda de seda de la India. Los precios de los textiles en Londres, entre 1660 y 1680, aumentaron constantemente y la demanda creció sin cesar. En 1664 la Compañía inglesa importó más de un cuarto de millón de piezas de algodón de India, con un aproximado de 4,2 millones de metros cuadrados. Para 1684 las importaciones se habían multiplicado por más de seis veces. Las importaciones holandesas siguieron la misma tendencia, y para 1689 el mercado europeo se había saturado. Se produjo entonces una abrupta caída, y la Compañía inglesa entró en crisis en la última década del siglo, pero se recupera al entrar al siglo XVIII cuando la demanda vuelve a crecer[333].

El comercio europeo de retorno consistía casi totalmente en carga de metales preciosos del Nuevo Mundo. Durante todo este período, los ingleses sólo lograron vender cantidades modestas de paños finos de lana, y metales como latón, plomo y cobre en bruto, además de algunos productos europeos de lujo. La Compañía holandesa, por su parte, podía vender en la India especias de



Vista del puerto de Cantón, China. Óleo sobre lienzo de autor anónimo. Escuela anglochina. Museo Naval, Madrid. (*El Galeón de Manila*, p. 235).

las Molucas y Ceilán. Para ambas Compañías, sin embargo, casi la totalidad de los pagos por los bienes adquiridos en la India descansaba en los metales preciosos. Entre 1660 y 1760, a medida que la exportación de textiles aumentaba, las Compañías inglesa y holandesa embarcaron juntas un promedio de más de 34 toneladas de plata y cerca de media tonelada de oro cada año. El arribo de metales preciosos a las arcas del imperio Mogol era conducido directamente a la ceca imperial para ser fundida y convertida en rupias o en muhrs de oro. A menudo los cajones de pesos de plata acuñados en Perú eran reembarcados sin abrir, vía Amsterdam o Londres, hasta que llegaban a las cecas mogoles de Surat[334]. Era un intenso y creciente intercambio que beneficiaba tanto al imperio mogol como a las Compañías europeas, de manera que, pese a las frecuentes tensiones que enfrentaron, el gobierno indio siguió otorgándoles concesiones para que ampliaran sus actividades y consolidaran sus posiciones, sobre todo a los ingleses. La Compañía inglesa fue expandiéndose incesantemente, estableciendo numerosas plazas fuertes en lugares estratégicos de la costa. Para 1647 la Compañía tenía 23 factorías. En 1661 establece una base en Bombay (entregada en dote a Carlos II de Inglaterra por la princesa portuguesa Catalina de Braganza, como ya se dijo); a partir de entonces Inglaterra y Portugal se convierten en aliados, firman sucesivos acuerdos de amistad y comercio, y sus relaciones continúan consolidándose en el siglo XVIII, como se ha mencionado en el capítulo III. La primitiva casa matriz de la Compañía, situada originalmente en Surat, se traslada a Bombay en 1674. En 1690 la factoría de Hughli, en Bengala (donde se producía salitre, seda, y más tarde opio), se traslada a Calcuta, un sitio pantanoso y malsano pero con un fondeadero profundo[335].

Pero el problema de los intercambios entre la India e Inglaterra persistía, ya que la demanda de textiles en la isla estimulaba la producción de la península, y los metales preciosos americanos continuaban fluyendo como medio de pago, mientras que era muy poco lo que le interesaba a los indios comprar de los ingleses. Era un típico caso de balanza comercial deficitaria y esto no escapaba a los accionistas de la Compañía y a los políticos de casa, que empezaron primero a quejarse, luego a protestar enérgicamente, y finalmente a exigir un cambio en la situación. Bajo estas presiones, la Compañía empezó a buscar otras alternativas comerciales. Sus agentes se dirigieron al sur de Arabia, donde encontraron el café de Yemen, y a China, donde consiguieron en 1711 que se les permitiera establecer un puesto comercial en Cantón (Guangzhou, en chino). Allí descubrieron el té, que adquirían a cambio de plata. Y empezaron a llevar ambos productos a Europa, donde se vendían al principio como exóticos artículos de lujo. El té ya se anunciaba para la venta en Londres en 1658, pero todavía a principios del siglo XVIII era un producto poco conocido en la Europa occidental. En Inglaterra y otras ciudades europeas sólo se le servía en las cortes y en las casas de familias adineradas, o como bebida exótica en los cafés públicos. Pero pronto se convertiría en la bebida social más característica de la isla[336]. A mediados del siglo XVIII el paladar inglés ya se había decantado por el té como bebida favorita, quedando desplazados el chocolate y el café.

La difusión del té en Europa se inicia hacia 1730, aunque el incremento de las ventas era ya notable en 1720, cuando se importaban 12.700 toneladas. En 1830 la importación había aumentado a 360.000 toneladas. A principios del siglo XIX representaba el 80% de todas las exportaciones de China a Europa, como se dijo en el capítulo anterior. Las zonas de producción en China se concentran en Guandong, el Jiangxi y el Anhoui, aunque también se produce en Zhojiang, el Juiangsu y el Hunan. A fines del siglo XVIII se agregó a la lista otro producto de exportación que se sembraba en Bengala y cuyas consecuencias fueron trágicas para China: el opio[337].

Las Guerras del Opio (1839-1842, 1856-1860)

Debido a las dificultades que confrontaba Gran Bretaña en el comercio con India, el comercio con China se convertiría en el eje de sus actividades en el Lejano Oriente. Por un lado, la mayoría de las manufacturas indias, sobre todo los tejidos de algodón, competían con las manufacturas británicas, que estaban protegidas por la legislación; por otro, India no proporcionaba suficientes materias primas. El problema se complicaba debido al aumento del poder político británico en la India desde mediados del siglo XVIII, ya que los beneficios de la Compañía provenían más de sus rentas territoriales que del comercio. Pero como India no producía metales preciosos, éstos no podían enviarse a Inglaterra como parte de los beneficios de la Compañía sin dejarla sin dinero. Se decidió entonces exportar a China productos de la India y, con el beneficio que se obtenía, comprar productos chinos para de esa manera evitar que continuara la sangría de metálico. El comercio del té se convirtió en este proceso en gran parte de la solución, pero el problema subsistía, pues sólo dos géneros producidos en la India tenían fácil venta en China, el algodón en rama y el opio, y este último era de lejos el más importante. Por otra parte, los productos ingleses, como los tejidos de algodón y de lana de Yorkshire, no se vendían bien en China, donde la producción de telas de algodón y sedas estaba muy desarrollada y abastecía el mercado interno. Lo que finalmente consiguió establecer un balance comercial favorable a Inglaterra fue la droga, que era de alto valor unitario y gozaba de creciente demanda en China[338].

En el siglo XVII los portugueses habían introducido el opio en las costas de Fukien (aunque especialistas en drogas sostienen que el opio era conocido y usado en China desde muy antiguo). Pocos años después, en una feria anual que se celebraba en Cantón, se empezó a introducir opio importado de la India. A principios del siglo XVIII se importaban hasta 200 cajas anuales. A partir de 1729, el gobierno prohibió su venta, y esta prohibición se extendió a todo el imperio a partir de 1731. Pero el opio siguió entrando de contrabando y en cantidades aún mayores. El cultivo del opio se multiplicó hacia fines del siglo XVIII tras la ocupación de la India por los ingleses. La Compañía había adquirido derechos territoriales en Bengala en 1757, y en 1765 los extendía a Bihâr. En 1773 controlaba el contrabando del opio en China y empezó a cultivar la adormidera en Bengala; después extendió el cultivo a Malwa, en la India central. Más tarde, la Compañía lo llevará a China desde Turquía, aunque en menor grado. Desde 1810 se introducían en Cantón de 4.000 a 5.000 cajas, cada una con 65 kilogramos de opio (cerca de 700.000 libras, con un valor de entre 5 y 10 millones de pesos de plata mexicanos, ya que la caja se vendía a entre mil y dos mil pesos). A partir de entonces, las introducciones aumentarán rápidamente, y la venta del opio se convertirá en la principal fuente de ingresos del imperio británico en su comercio con China[339].

En China, las prohibiciones contra la importación de opio volvieron a reafirmarse en 1799. Pero la Compañía inglesa continuó estimulando el cultivo de la amapola en Bengala para introducir de contrabando opio en China, hasta un promedio de cerca de 900 toneladas anuales. El incremento parecía irrefrenable. Hacia 1825 la mayor parte del té que se compraba en China, ya se podía pagar con dinero procedente de la venta ilegal del opio y sin necesidad de llevar plata. Por primera vez, China dejaba de ser destino de la plata para empezar a exportarla. Hacia 1838 el contrabando de opio llegaba a cerca de 1.400 toneladas anuales. El gobierno chino, alarmado por los desastrosos efectos que la droga producía en la población (dos millones de chinos ya estaban enviciados con la droga), y aun entre los miembros de la nobleza (incluyendo a dos hijos del emperador), estableció la pena de muerte para los contrabandistas, y en 1839 el emperador Daoguang (1782-1850) ordenó ejecutar una política

sistemática de confiscación del opio contrabandeado en el puerto de Cantón, así como la prisión y expulsión de los introductores. Le encomendó esta tarea al inflexible gobernador Lin Xexu (o Lin Tse Hsu), que ordenó la incineración de los 40.000 cajas de opio que encontró en el puerto y cuyo valor se ha estimado en 3 millones de libras esterlinas (o unos 60 millones de dólares mexicanos), una suma cuantiosa para la época (varias veces el monto de la deuda externa contraída por algunos países hispanoamericanos después de la Independencia). El forcejeo entre la Compañía y Lin Xexu, resultó en la llamada *Primera Guerra del Opio* que se inició en 1839. Exhibiendo una invencible superioridad bélica, como ya se mencionó en el capítulo anterior, Inglaterra rápidamente aniquiló la defensa china. El resultado fue que China se vio obligada a firmar en 1842 el humillante *Tratado de Nanking*, que zanjó definitivamente la disputa.





Dos viñetas sobre la preparación del té para acomodarlo en cajas, y negociaciones entre mercaderes chinos y europeos para el embarque de la hoja a Europa. (*Le voyage du thé. Album Chinois du XVIIe Siécle*).

Según este Tratado, China abría cinco puertos al comercio inglés con carácter permanente: Shanghai, Ningpo, Foochow, Amoy y Cantón, donde los británicos podrían establecer consulados y comerciar libremente. Las tarifas comerciales serían reguladas mediante acuerdo de ambas partes; China cedía a Inglaterra la ciudad de Hong Kong por un período de 150 años (fue devuelto a China en 1997); se concedía el rango de "nación más favorecida" a Inglaterra, y ésta debía recibir una indemnización de guerra por valor de 21 millones de libras esterlinas, que incluían el valor de las cajas destruidas por Lin, y que China debía pagar en tres años con un gravamen del 5% de interés si se atrasaba en los pagos. (De esa manera, el país vencido contraía una deuda externa equivalente a la de tal vez todos los países hispanoamericanos juntos después de la Independencia). Tras este Tratado, el inmenso mercado chino se abrió de par en par a los traficantes de la droga y a las manufacturas inglesas de la naciente *Revolución Industrial*. Inglaterra ya no tuvo que llevar más metales preciosos a cambio de los productos chinos, y la balanza de pagos se volvió enteramente a su favor, convirtiendo al pueblo chino en un gran mercado de consumidores de droga y de productos occidentales.

Pero Inglaterra y las demás potencias occidentales aún no estaban satisfechas y siguieron presionando para obtener mayores ventajas comerciales, ampliar el negocio de la droga y tomar control de nuevos puertos. Así, en 1856, se inició la



Extremo Oriente hacia 1600.

Segunda Guerra del Opio. Las fuerzas conjuntas de Inglaterra y Francia atacaron Pekín, al que sitiaron y rindieron; y, pese a las protestas de los franceses, los ingleses saquearon e incendiaron los templos y santuarios de la ciudad, para, según sentenció el Primer Ministro Lord Palmerston, "darle una lección a esas pérfidas hordas, para que de aquí en adelante el nombre de Europa sea motivo de temor". El Palacio de Verano del emperador fue destruido. Encontrándose China humillada, con un ejército totalmente desmoralizado e incapaz de oponerse a la agresión externa, un funcionariado corrupto e incompetente, un poder imperial totalmente debilitado y carente de prestigio, y desgarrada por graves y extensas revueltas campesinas, se vio forzada a firmar el *Tratado de Tientsin* (Tianjin o Tiensin), en 1858, que al principio se negó a firmar, por lo que la guerra continuó por dos años más. Tras este Tratado, al que luego se agregaron otras cláusulas cuando terminó la guerra, las potencias occidentales se aseguraron otros diez puertos más; el derecho a navegar libremente por el Yangtse; abrir legaciones diplomáticas en Pekín; comerciar por el interior del territorio chino, y el derecho a evangelizar. También quedaba legalizado el comercio del opio, permitiéndose a los ingleses introducir toda la droga que quisieran. En poco tiempo, Inglaterra llegó a apropiarse de siete octavas partes del comercio de China, extendió sus dominios sobre nuevos puertos, y aumentó considerablemente la introducción de opio. En 1850 ya introducía 68.000 cajas, o 2.210 toneladas. En 1873, introducía 96.000 cajas, o 3.100 toneladas de la droga, con un valor de cerca de 100 millones de dólares mexicanos.

La masiva introducción de la droga y las dos *Guerras del Opio*, tuvieron terribles consecuencias para China, sobre todo porque desde principios del siglo XIX se encontraba sufriendo de una severa descomposición interna, y ya no era capaz de mantenerse inmune a las presiones externas. Al tener que comprar opio con plata, desde principios del siglo empezó a sentirse un creciente drenaje de este metal que, para empeorar las cosas, cada vez ingresaba en menores cantidades, una situación cuya gravedad ya debía ser muy notoria hacia mediados del siglo, es decir, entre las dos guerras. Si era más la plata que salía que la que entraba, ¿cómo habrían de pagar los campesinos sus impuestos, y el emperador pagar a sus funcionarios y mantener a su ejército? Es más, la salida de la plata para comprar opio y otros productos importados por las potencias occidentales, alteró las tasas de intercambio entre el cobre y la plata, aumentando el costo de los impuestos que debían pagar los campesinos. Al seguir exportándose plata, el valor de ésta fue aumentando en detrimento de la moneda de cobre, de manera que si en 1820 un *liang* de plata de 36 gramos aproximados valía 1.000 piezas de cobre, ya en 1845 el *liang* valía 2.200 o más, es decir que se había más que duplicado, lo que agravó seriamente la condición de las clases menos favorecidas, ya que eran éstas las que poseían la mayoría de las piezas de cobre, pero tenían que pagar los impuestos en plata. También a consecuencia de este bimetalismo plata/cobre se produjo una imparable alza de precios que afectó sobre todo a los sectores populares[340].

La situación que se presentó entonces guarda gran similitud con los últimos años de los Ming, aunque fue bastante peor. Se estancó la producción de algunos productos de exportación tradicionales (ya Europa podía producir su propia porcelana, y, gracias a la *Revolución Industrial*, sus telares producían textiles cada vez de mejor calidad, más baratos y en mayor cantidad, es decir que podían competir con los productos chinos). Como consecuencia, en China muchas fábricas disminuyeron su producción, o cesaron de producir y fueron abandonadas, dejando desempleados a cientos de miles de obreros. La apertura del puerto de Shanghai, luego del Tratado de 1842, dejó en el paro a muchos miles de barqueros que se dedicaban a transportar el té a Cantón. Y, al igual que ocurrió en otros períodos de crisis, surgió una nueva oleada de piratería como modo de supervivencia. Todo esto ocurre en un momento en que China siente los efectos de la

superpoblación: para fines del XVIII rebasaba los 300 millones de habitantes. Como ya se ha mencionado, la introducción de nuevas plantas comestibles americanas había contribuido al crecimiento demográfico a lo largo del XVIII, pero el exceso de población forzó a muchos miles de chinos a desplazarse a otras partes creando nuevas presiones sobre una economía en descomposición.

Esta acumulación de factores contribuyó a la contracción de la economía entre 1825 y 1850, lo que condujo a su vez a un creciente desempleo en casi cualquier sector y a la degradación de la sociedad. El ambiente era propicio, como ya había ocurrido otras veces cuando se presentaban condiciones semejantes, para la revuelta social.

La humillante derrota de la dinastía en la *Primera Guerra del Opio* la había hundido en el descrédito, y el sentimiento antimanchú volvió a revivir, a la vez que surgieron nuevos sentimientos xenofóbicos y nacionalistas, aunque de una manera distinta a la noción de *Zhongguo* de la tradición oficial. El ejército estaba completamente desmoralizado, y una sensación de vacío de poder se apoderó de la población, dando origen a la formación de sectas y sociedades secretas, y a varias rebeliones campesinas. La más formidable fue la *Rebelión Taiping* (o *Gran Paz*), que estalla en 1850 en el pueblo de Jiantiancun, en el Guangxi oriental. Fue la mayor de todas las insurrecciones de la historia china. Era de inspiración mesiánica, y la encabezaba Hung Hsiu-chüan (Hong Xiuquian, 1814-1864), un iluminado que se creía el segundo hijo de Dios (y hermano menor de Jesucristo), a quien la divinidad le había encomendado restaurar la verdadera fe en China. Instauró una forma degenerada de protestantismo, concedió igualdad de derechos a las mujeres, eliminó la propiedad privada, e inició una revolución de tipo comunista (que luego sería fuente de inspiración para Mao). Le siguieron millones de seguidores y formó un vasto ejército de combatientes, o *Adoradores de Dios*, que arrinconó a las fuerzas imperiales. Estableció un reinado paralelo que ocupaba la mitad sur de China, bajo el nombre de *Reino del Cielo de la Gran Paz*, e instaló su cuartel general en Nanking, la *capital celestial.* Durante los largos años de guerra, las fuerzas de las naciones occidentales se habían mantenido neutrales, pero al sentir que sus intereses en Shanghai eran amenazados por los Taiping, decidieron apoyar al emperador. Se formó un ejército mercenario al mando del célebre aventurero inglés C. J. Gordon y, en 1864, tras una serie de derrotas de los Taiping, cae Nanking, y el *Rey del Cielo,* hermano chino de Cristo, se suicida envenenándose. Fue el fin de la revuelta. Durante las guerras se ha calculado que perecieron más de 30 millones de chinos, el 10% de toda la población[341].

El impacto de la rebelión fue devastador para la economía. La anteriormente próspera industria ceramista sufrió un duro golpe, ya que no sólo fueron destruidos los hornos imperiales de porcelana



El emperador Daoguang, a quien le tocó enfrentar la Guerra del Opio.

de Jingdezhen, sino que también se detuvo la producción en otros centros[342]. Lo mismo sucedió con otras actividades productivas. Gran parte de las líneas internas de intercambio quedaron interrumpidas, y parecía que toda la estructura económica se venía a pique. Por otra parte, durante las *Guerras del Opio* y la rebelión Taiping, la producción de la seda pasó a manos de extranjeros (ingleses, estadounidenses, franceses y alemanes), que se establecieron con sus fábricas para producirla industrialmente, sobre todo en la zona de Shanghai, aunque algunos se asociaron con empresarios chinos[343].

Fue durante esos años que, como resultado de la descomposición del imperio, se inició la gran migración china hacia América, unos con destino a Perú, otros a Cuba y a Centro América, o a otros países. En 1851, embarcados en dos clíper salieron unos 1,000 chinos con destino a Panamá para trabajar en la construcción del primer ferrocarril transístmico del continente. Finalmente, en la década de 1860, muchos miles escogieron por destino el Oeste de Estados Unidos para trabajar en el Ferrocarril Transcontinental, o Union Pacific.

Después de las *Guerras del Opio* y de estas rebeliones, China quedó postrada y derrotada. Ya no era más el *Zhongguo*, el centro del mundo, sino una periferia.

Notas al capítulo VIII

293 José Hermano Saraiva, op. cit., p. 62.

294 Sobre la jirafa de Malindi y la temprana presencia china en Kenia, Louise Levathies, op. cit., pp. 140 y 198-203.

295 William H. McNeill, op. cit., p. 45; John M. Hobson, op. cit., p. 194.

296 Gavin Menzies, op. cit., capítulos II, IV y V.

297 Sobre la población de Macao, Jonathan D. Spence, op. cit., p. 173.

298 Sobre las importaciones de seda, Jonathan D. Spence, op. cit., p. 175.

299 Geoffrey Parker, op. cit., pp. 144-148.

300 Alberto Tenenti, op. cit., p. 289.

301 Para la expansión del imperio portugués hay una abundante bibliografía. Citaré las obras que he aprovechado más: Jaime Cortesao (1947); Charles R. Boxer (1969); J. H. Parry (1952, 1964); Ralph Davis (1977); Alberto Tenenti (1985); Felipe Fernández-Armesto (2002, 2006).

302 El relato del naufragio fue publicado por primera vez en la obra de Gomes de Brito, (1688-1759) *História Trágico-Marítima*, bajo el título de “Relaçao do naufrágio da nau Santiago no anno de 1585, e itinerário da gente que dele se salvau, escrita por Manuel Godinho Cardoso, e agora novamente acrescentada com mais algumas noticias”. La primera edición se publicó en dos volúmenes, en 1735 y 1736. Hay otra edición por Barcelos, Companhia Editora do Minho, 1943, 3 vols., publicada en versión digital. Hay ediciones recientes en portugués.

303 Para el estudio más reciente y completo de la Casa de Moneda en Panamá, Jorge Proctor, *The Forgotten Mint of Colonial Panama, A looking into the production of coins in America during the 16th Century and Panama's Spanish Royal House for minting coins*, primera edición numerada de 150 copias, agosto de 2005. La real cédula de creación de la Casa de Moneda, procede del Archivo General de Indias, Panamá 229, fols. 65-69 y la reproduce Proctor en el Apéndice; lo referente al naufragio, p. 62; sobre los ensayadores, pp. 101-102; para la marca de las monedas, p. 95; además, reproduce las monedas del *Santiago* en pp. 123, 149, 148, 149, 150, 154 y 158.

304 Alfredo Castillero Calvo, *Sociedad, Economía y Cultura Material, Historia Urbana de Panamá la Vieja*, editorial Alloni, Buenos Aires, 2004, p. 580.

305 Ibídem, pp. 580-581.

306 Certificación del escribano de Cámara Pedro González Rangel, de los extranjeros avecindados en Panamá, con carta del presidente *a.i* de la Audiencia Juan de Santa Cruz Ribadeneira, Panamá, 30.VI.1620, Archivo General de Indias, Panamá 17.

307 Memorial y Autos del licenciado Antonio Martínez de Leguízamo, clérigo presbítero natural y vecino de Panamá, año 1627, Archivo General de Indias, Panamá 379. Ver, Alfredo Castillero Calvo, *Sociedad, Economía y Cultura Material*..., p. 621.

308 Geoffrey Parker, op. cit., p. 145.

309 Ibídem, pp. 146-147.

310 Sobre la ascensión de los Austria y sus políticas dinásticas, Andrew Wheatcroft, *Habsburgs. Embodying Empire,* Penguin Books, 1996.

311 John H. Elliot, op. cit., cap. 1, p. 35.

312 Cf. José Hermano Saraiva, op. cit., pp. 233-234.

313 José Hermano Saraiva, op. cit., p. 174; Frédéric Mauro, “Portugal y Brasil: Estructuras Políticas y

Económicas del Imperio, 1580-1750", en Leslie Bethel (ed.), *Historia de América Latina, 2, América Latina Colonial: Europa y América en los siglos XVI, XVII y XVIII,* Editorial Crítica, Barcelona, 1990, cap. 4, pp. 127-128.

[314] Alberto Tenenti, op. cit., p. 323.

[315] José Hermano Saraiva, op. cit., p. 221.

[316] Ibídem, pp. 298-299.

[317] Jonathan I. Israel, *The Dutch Republic: Its Rise, Greateness and Fall 1477-1806*, *Oxford History of Early Modern Europe*, 1998, pp. 113-119 y 328-332.

[318] Peter Burke, *Venecia y Amsterdam. Estudio sobre las élites del siglo XVII*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1996, p. 25; Simon Schama, *The Embarrassement of Richess. An Interpretation of Dutch Culture in the Golden Age*, Fontana Press, Londres, 1991, cap. VI, pp. 375 a 381.

[319] Referencia a desaparación de la nobleza, en Jan de Vries y Ad van der Woude, *The First Modern Economy, Success, failure, and perseverance of the Dutch economy*, *1500-1815*, Cambridge University Press, 1997, p. 587.

[320] Peter Burke, op. cit., p. 17 y cap. 8, "El patrocinio de las artes", pp. 155ss.

[321] Jonathan I. Israel, op. cit., pp. 547-564.

[322] Peter Burke, op. cit., p. 163.

[323] Ver también sobre estos temas, Charles Wilson, *Los Países Bajos y la Cultura Europea en el siglo XVIII*, Editorial Guadarrama, Madrid, 1968; Jonathan I. Israel, op. cit., capítulos 23 y 33; y sobre la significación social del arte holandés, sobre todo Simon Schama, op. cit.

[324] Ana Crespo Solana, *Entre Cádiz y los Países Bajos. Una comunidad mercantil en la ciudad de la Ilustración*, Fundación Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, 2001, pp. 36-37, citando a autores como N. Steegsgaard, "The Growth and composition of the Long-distance trade of England and the Dutch Republic before 1750", en D. Tracy (ed.) *The Rise of merchant Empires. Long-distance trade in the Early Modern world, 1350-1750*, Cambridge University Press, 1993, p. 390.

[325] Placius nació en Flandes en 1552; se estableció en Amsterdam en 1585 tras huir de Bruselas por temor a ser perseguido por los españoles por sus creencias religiosas. Produjo para la *VOC* más de 100 mapas y cartas de navegación.

[326] Mikiso Hane, op. cit., pp. 56-57; William Scott Morton, op. cit., p. 126.

[327] Sobre la *VOC*, Jan de Vries y Ad Van der Woude, *The First Modern Economy*… ya citado, pp. 382-396; John E. Jr., Wills, *Pepper, Guns and Parleys, The Dutch Commerce and Finance in the 18th Century*, Cambridge, MA, 1974; Om Prakash, *Dutch East India Company and the Economy of Bengal, 1630-1720*, Princeton, 1985.

[328] Para la *WIC*, Jan de Vries y Ad van der Woude, op. cit., pp. 396-402.

[329] Ver sobre estos temas, Charles Wilson, op. cit., cap. 6; Jonathan I. Israel, op. cit., capítulos 24 y 34.

[330] John C. O. E. Clark y Jeremy Black, op. cit., pp. 116-119.

[331] C. E. Carrington, op. cit., cap. III.

[332] Sobre los metales preciosos en la India, John F. Richards, op. cit., pp. 74 y 286.

[333] John F. Richards, op. cit., p. 197-198.

[334] Ibídem, p. 198.

[335] Ibídem, pp. 196-204; Percival Spear, op. cit., p. 89.

[336] Para la introducción del té en Inglaterra y su temprana comercialización, Joel, David & Karl Schapira, *The Book of Coffee & Tea, A Guide to the Appreciation of Fine Coffes, Teas, and Herbal Beverages*, St. Martin's Press, New York, 1982, pp. 161-169.

[337] Jacques Gernet, op. cit., p. 475; para la historia de la Compañía y el comercio con Oriente, C. E. Carrington, op. cit., cap. III; Kirti N. Chaudhuri, op. cit., y *The Trading World of Asia and the English East India Company, 1660-1760*, Cambridge University Press, Cambridge, 1978.

[338] David K. Fieldhouse, *Economía e Imperio. La expansión de Europa (1830-1914), Historia Económica Mundial,* Siglo Veintiuno, México, 1978, pp. 242-243.

[339] Jacques Gernet, pp. 473 y 478.

[340] Jacques Gernet, pp. 478-479 y 483.

[341] Sobre la *Rebelión Taiping*, Jacques Gernet, op. cit., pp. 483-490; J. A. G. Roberts, op. cit., pp. 172-180.

[342] Charles O. Hucker, op. cit., p. 413.

[343] Shelagh Vainker, op. cit., p. 198.

Capítulo IX

Producción y rutas de la plata durante los Borbones

La producción argentífera en el siglo XVIII

Para fines del siglo XVII los registros fiscales indican que la producción de plata en la América española se mantenía en torno a los 8,3 millones de pesos; 3,9 millones correspondían a México y el resto a Perú, que ya había cedido la primacía de la producción a las minas novohispanas. En Perú, Potosí continuaba siendo el principal centro minero.

La producción de plata en México se expandió rápidamente en las primeras décadas del siglo XVIII, hasta alcanzar un promedio de 10,2 millones de pesos al año en la década de 1720; en la década de 1750 había llegado a 13 millones anuales; sufre una leve disminución en la década de 1760, pero las décadas siguientes fueron de constante crecimiento: 17,2 millones anuales en la década de 1770; 19,4 millones anuales en la década de 1780; 23,1 millones al año en la década siguiente, y en este nivel se mantiene hasta 1810, al estallar las guerras de independencia, habiendo alcanzado su nivel más alto en 1804, con 27 millones de pesos. Solo las minas de Guanajuato producían casi tanto como las minas del Alto y Bajo Perú juntas. Le seguían en importancia, Catorce, cuya producción era de 4 millones al año, Zacatecas, con casi 3 millones, y Real del Monte[344].

En Sudamérica también el crecimiento se mantuvo, aunque fue menos espectacular. De 6,4 millones de pesos anuales a mediados del siglo XVII, había descendido a 4 millones en 1700. A Potosí le correspondía el 50% del total. Mientras en México se duplicaba la producción, en Potosí continuó decayendo, hasta reducirse a los niveles de la década de 1650, cuando producía 3 millones anuales; pero luego volvió a recuperarse hasta alcanzar un promedio de 10 millones de pesos anuales hacia fines del siglo. Para entonces, Potosí empezaba a ceder la supremacía en favor de las minas de Cerro de Pasco, en Perú, cuya producción alcanzó niveles record a fines del siglo XVIII.

Gracias sobre todo a las minas mexicanas, la producción de plata en Hispanoamérica se multiplicó por cuatro durante el siglo XVIII. El crecimiento en México fue de cerca del 600%, mientras que en Perú, incluido el Alto Perú, fue del 250%[345]. Gran parte de esta producción seguía enviándose a España, y aunque a lo largo del siglo fueron surgiendo nuevas rutas de salida, también permanecía en el continente, donde irrigaba su economía.

Creación del Virreinato de Buenos Aires y apertura de rutas nuevas

La plata novohispana continuó saliendo, como hasta entonces, por sus puertos tradicionales, es decir, por Veracruz, y sobre todo por Acapulco; desde la segunda mitad del siglo XVIII también se embarcaba en Veracruz en los llamados registros sueltos. Los cambios más dramáticos se produjeron en la ruta tradicional de la plata peruana. Tras la eliminación de las ferias y las flotas con destino a

Portobelo, a partir de la década de 1740 el istmo de Panamá quedó súbitamente al margen de las grandes corrientes de la plata del virreinato peruano. Primero, se abrió la ruta del Cabo de Hornos, creando otra opción distinta a la ruta panameña, que era cara, insalubre e incómoda; luego se creó en 1776 el virreinato del Río de la Plata, y se abrió el puerto de Buenos Aires, adonde desde mucho antes acudían barcos ingleses para transportar la plata peruana a Europa o a Oriente, como he mencionado en un capítulo anterior. Las minas del Alto Perú pasan a formar parte del nuevo virreinato, y a partir de entonces, la producción argentífera podía legalmente bajar directamente a Buenos Aires, cosa que desde hacía muchos años venía haciéndose, aunque de manera ilegal. Este cambio de ruta representó un duro golpe para el virreinato peruano ya que lo despojó de sus principales centros mineros, condenándolo a un progresivo declive económico. Antes de la división de los virreinatos, el Alto y Bajo Perú producían alrededor de un millón de marcos de plata anuales, es decir, unos 8,5 millones de pesos, de los cuales 800.000 marcos se destinaban a la Casa de Moneda. Repentinamente, el virreinato de Perú, y por tanto la ruta panameña, perdían la producción de las minas argentíferas de Oruro, Cangas, Chucuito, La Paz y Potosí.

Hasta entonces, el 90% de las exportaciones peruanas consistía en plata. Para empeorar las cosas, en 1777 el virrey de Río de la Plata prohibió la exportación de la plata en barras del Alto Perú al Bajo Perú. Con esta medida pretendía que la plata se dirigiera hacia Buenos Aires para fortalecer económicamente su virreinato, pero a la vez logró interrumpir en Perú el tradicional intercambio de comestibles y mercancías para las minas peruanas de Arequipa y Cuzco. El mismo año de la separación, la plata registrada en el Bajo Perú (es decir de las minas situadas dentro del virreinato de Perú) apenas alcanzó a 275.000 marcos. Sin embargo, la producción pronto empezó a recuperarse, manteniendo una tendencia ascendente durante el resto del período colonial, no obstante los efectos negativos de la rebelión de Tupac Amaru en 1780-1783, y las guerras entre España e Inglaterra durante la misma década, que interrumpieron los suministros del mercurio europeo. En 1792 la plata producida era superior al medio millón de marcos, alcanzando un máximo en 1799, con 637.000 marcos. Solo las guerras de independencia impusieron un freno a la producción, y a partir de 1812 los efectos empezaron a sentirse, con un caída gradual[346]. A partir de la división de los virreinatos, la ruta de la plata del Alto Perú quedó modificada: desde el altiplano andino, la producción descendía hasta la pampa argentina, para dirigirse a Buenos Aires, de donde tomaba rumbo a España o al resto a Europa, y de allí a la India o a China.

La Real Compañía de Filipinas

A su vez, en las décadas de 1780 y 1790, varios puertos americanos del Pacífico empezaron a entrar en contacto directo con Asia. Como ya mencioné en el capítulo VI, en 1785 Carlos III fundó la *Real Compañía de Filipinas* para realizar el monopolio del comercio entre España y Oriente, si bien que respetando el tráfico tradicional entre Acapulco y Manila, que continuaría como hasta entonces. Se trataba de un viejo proyecto que se remontaba a 1610, en tiempos de Felipe III. La *Real Compañía* se organiza con un capital de 8 millones de pesos, reservándose la Corona un millón en acciones. Se pusieron en circulación 32.000 acciones, de las cuales 3.000 se reservaron para Manila. El principal propósito de la Compañía era unir directamente el comercio entre Manila y Cádiz, que ya había reemplazado a Sevilla como capital comercial del imperio y sede del monopolio ultramarino español; pero sobre todo crear una gran red comercial que uniera las Filipinas con América y España y, asimismo, convertir a Manila en el centro del Pacífico español y en uno de los mayores puertos de Asia, con enlaces en Indonesia, India, China y Japón. Se inspiraba

en las Compañías comerciales de Holanda e Inglaterra creadas a principios del siglo XVII, que ya conocemos, y antes de su aprobación se realizaron seis viajes experimentales con fragatas de la Armada entre 1765 y 1783. Esta conexión se haría bien por la ruta del Cabo de Buena Esperanza, o por el Cabo de Hornos. La de esta última hacía escala en Montevideo, o en El Callao. Manila conservó su función como gran depósito de mercancías orientales, pero a partir de esta base, la Compañía abrió nuevas rutas y contactos comerciales entre España, América y Asia, que hasta entonces habían estado fuera del alcance de los comerciantes establecidos en las Filipinas. De esa manera, luego de su creación, la Compañía estableció un comercio directo no sólo con Manila, sino también con la India, gracias a sus factorías en Calcuta y en la costa de Coromandel, navegando al puerto de Tranquebar y Serampor, con China (en Macao o en su factoría de Cantón, donde la bandera española era izada junto a las de Inglaterra, Holanda y otras naciones europeas), con Japón, con Malasia (Malaca, Penang), y Batavia, en la isla de Java.

En 1787 la Compañía obtuvo privilegios para realizar la trata de negros en Chile y Río de la Plata, y en 1797 el derecho a comerciar entre Manila, Guatemala, Perú, Chile y Río de la Plata. Gracias a este tráfico, el Pacífico americano quedó inundado con mercancías chinas, sobre todo México y Perú, incrementándose el drenaje de plata americana hacia Asia. De hecho, la plata americana se mantuvo, hasta el final, como el gran motor que lubricaba el comercio con Oriente, sobre todo al incorporar la plata del virreinato peruano. En un buen año (1809-1810), se exportaban de Manila a la India 1,1 millones de pesos de plata americana y 1,2 millones a China, lo que representaba el 55,2% del total de las exportaciones[347].

La Compañía funcionó entre 1785 y 1834, pero sólo logró conquistar algunos de sus objetivos debido a la conflictiva situación internacional del período y a la resistencia de los comerciantes radicados en las Filipinas vinculados al comercio del Galeón de Manila, que la percibían como una amenaza a sus intereses. Lo cierto es que, debido a las actividades de la Compañía, el mercado mexicano quedó saturado de productos orientales y filipinos, a precios mucho más baratos que los del Galeón, por lo que éste dejó varias veces de salir hasta que, finalmente, ya herido de muerte, fue eliminado para siempre en 1815.

Los viajes iniciales reportaron buenas ganancias a la Compañía, arrojando beneficios del 50% en Cádiz. En 1802 las acciones habían duplicado su valor y las perspectivas parecían prometedoras. El año siguiente, el capital original había aumentado a 12,5 millones de pesos. Pero a partir de la crisis internacional de principios del siglo XIX, todo empezó a cambiar. Como consecuencia, a partir de la primera década del siglo los balances de la Compañía empezaron a arrojar pérdidas y éstas irían en aumento. Era imposible que no fuera así. Afectadas primero por la ocupación napoleónica, y luego por los movimientos independentistas americanos, las operaciones de la Compañía se hicieron cada vez más difíciles. Las Cortes del trienio liberal, por otra parte, acordaron abolir todos los privilegios de la Compañía y se dieron órdenes para que indemnizara a los accionistas, aunque nada de esto se hizo por el caos prevaleciente. Como explica María Lourdes Díaz-Trechuelo, la llegada del ejército enviado por la Santa Alianza prologó todavía un año más la vida agónica de la Compañía, hasta que finalmente el Consejo Real decretó su abolición el 6 de septiembre de 1834.

Hasta recientemente se había considerado que la Compañía fracasó como empresa, debido a que sus objetivos eran demasiado ambiciosos o porque algunos de ellos no se cumplieron. Por lo demás, es cierto que en sus últimos años fue poco menos que inoperante. Sin embargo, el reciente estudio de Carlos Martínez Shaw ofrece pruebas estadísticas que obligan a revisar esta interpretación. De hecho, gracias a la Compañía, las actividades comerciales de Manila gozaron de cierta prosperidad entre 1795 y 1810. Sus importaciones

aumentaron de 1,2 millones de pesos en 1785, a 2 millones en 1795, y a 5,3 millones en 1809-1810. Mientras que en 1795-1796 arribaron 44 barcos al puerto, en 1810 llegaban 55, la mitad de ellos procedentes de Europa y Estados Unidos. Solo a partir de 1816, debido a la crisis internacional, es evidente el declive, cuando las importaciones descienden a 3,1 millones de pesos. Sin embargo, todavía ese año Perú exportaba desde El Callao la suma de 700.000 pesos fuertes, mientras que entre 1815 y 1818 las minas novohispanas enviaban por Acapulco 1,3 millones de pesos. Después de casi 30 años de creciente prosperidad, la decadencia era irreversible, aunque todavía en 1820 seguían recibiéndose en Manila remesas de plata de Acapulco[348].

Una ruta inesperada de la plata durante las guerras de Independencia

A partir de 1809-1810, a consecuencia de las guerras napoleónicas y de los primeros movimientos de independencia, se interrumpieron gran parte de los circuitos de intercambio tradicionales en las colonias americanas, teniendo éstas que abrirse sus propios mercados. A comienzos de 1809, la Junta Central de Sevilla, que gobernaba en nombre de Fernando VII, le dio a Inglaterra amplias libertades para comerciar con las colonias españolas en América. Se trataba de concesiones provisionales, y aunque no autorizaban a los gobernantes de las colonias a tomar decisiones independientes, les sirvió de excusa para permitir el comercio con las llamadas "naciones neutrales", o "amigas".

Cerradas las viejas rutas de intercambio, algunas colonias se encontraban desabastecidas y su comercio detenido, de modo que en muchos casos abrirse al comercio con Inglaterra, o con las ex colonias británicas de Norteamérica, era la mejor forma de superar la crisis de aislamiento. Así sucedió en Panamá, que seguía fiel a España, donde el gobernador Juan Antonio de la Mata y Barberán autorizó la apertura del Istmo para el comercio con Jamaica, lo que dio inicio a un espectacular flujo de plata procedente de las minas novohispanas y peruanas con destino a esa isla, pasando por la ruta transístmica. Nunca antes la plata mexicana había seguido esta ruta, y desde la última feria, hacía 70 años, la plata peruana había dejado de viajar a Panamá, salvo para cubrir el situado o hacer pagos diversos en la plaza. La plata empezó a cruzar el Istmo en grandes cantidades, como no lo hacía desde muchas décadas atrás, pero esta vez el flujo era constante, y no de año en año como en los mejores tiempos de las ferias[349].

Al independizarse Chile, la escuadra al mando del contralmirante escocés Thomas Alexander Cochrane, al servicio de este país, bloqueó la navegación por las costas del Pacífico hasta el Cabo de Hornos, obstruyendo la salida de un amplio sector de productos del continente hacia España y la importación de manufacturas europeas a estos territorios. A Perú, que seguía fiel a la Madre Patria, se le cerró toda posibilidad de contacto marino con ésta, como no fuera por la ruta de Panamá. La Independencia de Argentina, por otra parte, provocó el desvío hacia Lima de la plata del Alto y Bajo Perú; pero esa plata sólo podía salir por la ruta del Istmo. La mayor novedad se produjo en la ruta de la plata novohispana. En México, los levantamientos de Morelos e Hidalgo perturbaron las rutas tradicionales de la plata que producían las minas del Nordeste. Veracruz quedó cerrado, y el cura Morelos ocupó Acapulco. De esa manera, la plata no podía salir por ninguno de los puertos que se habían usado siempre, teniendo que empezar a utilizarse el puerto de San Blas, en el Pacífico, que quedaba en Guadalajara, entonces ocupada por el ejército realista y que permanecía leal a España. Finalmente, la isla de Jamaica —emporio comercial británico—, aprovechó la crisis para servir de intermediaria comercial entre Gran Bretaña y las colonias americanas, desabastecidas por la guerra y ávidas de manufacturas europeas[350].

Durante esta coyuntura, varias empresas inglesas se establecieron en Panamá, convirtiéndolo en un gran depósito para sus mercancías, con la mira puesta en Guadalajara, Guatemala y Perú. Entre 1812 y 1821 ya se encontraban varias firmas con sede en Jamaica establecidas en Guadalajara, y su prosperidad fue tan notoria que en 1815 el gremio de comerciantes, o Consulado, de México elevó una airada protesta. Argumentaban que mediante este comercio ilícito se extraían grandes cantidades de plata mexicana en prejuicio del Erario y de la economía virreinal, calculando que en cinco años se habían extraído por San Blas más de 10 millones de pesos de plata. El virrey Calleja, alarmado por la situación, proclamó un bando el 12 de julio de 1816, prohibiendo este tráfico en consideración a que "un torrente de buques" había salido de Panamá "a inundar de mercancías extranjeras las costas del Mar del Sur". Pero como el comandante militar de la plaza, José de la Cruz, consideraba que este comercio era ventajoso para Guadalajara, desatendió el bando del virrey[351].

Durante ese período barcos de guerra ingleses convoyaban las embarcaciones que hacían el giro entre Panamá, San Blas y el Callao, o entre Portobelo, Chagres y Kingston. Gran parte de estas mercancías consistían en tejidos de algodón asiáticos que serían distribuidos en los mercados del Pacífico americano, con la mira, según parece, de arruinar los telares españoles y conquistar estos mercados. Las mercancías británicas eran descargadas en Jamaica y de allí eran embarcadas hasta Panamá, donde eran conducidas a Guadalajara o Perú para recibir en pago plata de los dos virreinatos. El mercado colonial quedaba así abastecido de manufacturas británicas y asiáticas y la plata era drenada hacia Gran Bretaña, vía Jamaica, o hacia su destino final, los centros de producción orientales de donde procedían. Baltimore también participaba de estas actividades. Fue un movimiento comercial intenso que duró hasta 1818, lo que produjo la acumulación de importantes fortunas tanto en Panamá como en Jamaica.

En la documentación tapatía de la época cada vez más se hablaba de los comerciantes "panameños", que frecuentaban el puerto con mercancías inglesas procedentes de Jamaica, y que aparentemente eran los que mayores ganancias obtenían, de hecho haciendo grandes fortunas en este negocio. Se mencionan más de 30, varios de ellos dueños de los barcos y fragatas que viajaban por el Pacífico y el Caribe. Algunos de estos "panameños" adquirieron grandes propiedades agrícolas en Guadalajara, como el gran fundo triguero que compró Pedro Juan de Olazagarre, por el que pagó cerca de 25.000 pesos al contado. Se sabe que era dueño de al menos dos fragatas[352].

No se conocen muchos detalles sobre los beneficios directos que este comercio produjo en Panamá, pero no hay duda de que fueron considerables, pues hacia 1823 un millón de pesos se le adeudaba a los comerciantes panameños en el puerto de San Blas, suma que, aseguraba un cónsul británico, una vez pagada sería reinvertida varias veces en productos llevados de Jamaica.

Un tal F. A. Prinsep, le envió un impreso de 30 páginas en forma de carta al embajador de España en Londres, fechada el 11 de noviembre de 1820, donde se quejaba de la devastadora competencia que le infligía al comercio de Veracruz el que se hacía entre Guadalajara y Jamaica vía Panamá. Afirmaba que desde 1812 por lo menos tres millones de pesos anuales eran desviados de la ruta de Veracruz a la de Panamá, aunque algunos calculaban mucho más: 45 millones entre 1812 y 1818, es decir 7,5 millones anuales[353]. A esto había que agregar la plata procedente de Perú, de lo que se sabe muy poco.

Gracias a este comercio, la ruta del Istmo conoció un empuje extraordinario entre 1810 y 1818. Por primera vez durante el período colonial, la plata de los mayores centros mineros del continente, tanto de México como de Perú, tomó la ruta del Istmo: la mexicana por el Pacífico generalmente en barcos panameños, y la peruana desde el Callao a Panamá; a la vez, el comercio del Istmo se

convierte en el intermediario entre Jamaica y Baltimore y los mercados del Pacífico. Es decir, que recupera su antiguo papel continental de ruta forzosa. Para el comercio panameño fue una auténtica epifanía. Pero este comercio cesó a partir de 1818, cuando los movimientos de independencia empezaron a consolidarse, y Gran Bretaña dejó de necesitar de Jamaica y de la ruta panameña para comerciar con las colonias liberadas.

La plata que permanecía en América

Hasta el fin del período colonial, la industria minera de Hispanoamérica siguió dominando tanto el comercio atlántico como el intercontinental, a la vez que constituía un motor determinante en la articulación de la producción agrícola e industrial. Empleaba menos del 1% de la población del imperio, pero representaba el 56% de todo lo que se exportaba de Hispanoamérica a España. Durante la época de los Habsburgo, que habían organizado la economía colonial en torno a la producción argentífera, los metales preciosos representaban entre el 80% y el 85% de todas las mercancías americanas embarcadas hacia la Península, alcanzando en 1594 un increíble 95% del total. Aún en el siglo XVIII, cuando los Borbones trataron de implantar nuevas políticas liberales y promover el crecimiento económico de regiones no mineras, estimulando el cultivo del tabaco, el azúcar, el cacao, los cueros, el índigo o la grana y otros productos agrícolas, los metales preciosos representaban el 90% de las exportaciones peruanas y el 80% de las novohispanas con destino a España.

A medida que avanza el siglo XVIII, sin embargo, hay una tendencia a reducir la proporción de las exportaciones de metal en favor de otros productos, aunque sin cambiar en lo sustancial la estructura tradicional. Según las cifras de García-Baquero, entre 1747-1778 los metales absorben el 76,4% del total de las exportaciones americanas, mientras que otros productos ocupan el 23,6%; para el período 1779-1796, el 66% corresponde a los metales y el restante 34% a los otros productos[354]. Hay un cambio de tendencia, pero aún es evidente que la minería seguía irrigando las redes de intercambio interregionales, estimulando la producción de tejidos como los obrajes de lana en Ecuador, la crianza de mulas, el cultivo de viñedos, de coca, de yerba mate, la producción de cobre y de mercurio, la curtiembre de cueros y un sinfín de otros productos agrícolas e industriales. Las evidencias son concluyentes: la minería mantuvo hasta el final un papel decisivo en la economía colonial.

Debe aclararse que el comercio entre las colonias americanas fue resultado de desarrollos espontáneos, y que no funcionaba como un gran mercado integrado a escala continental, sino más bien como un conjunto de mercados regionales. En los mercados mayormente integrados a los circuitos de la plata, cuyas economías estaban más monetizadas, es decir donde la plata circulaba y no siempre faltaba, como eran los puertos y las rutas más importantes, este metal además de circular permanecía, y lo hacía de las maneras más diversas. Es un error creer que la plata y el oro producido en América se escapaban siempre para salir del continente, ya que, muy por el contrario, era considerable la cantidad que se quedaba en estos territorios, aunque esto es difícil de cuantificar. Este fenómeno era ya patente desde los tiempos de la Conquista, como lo sugieren las diferencias entre el oro registrado en las distintas Cajas Reales y el que se registraba en la Casa de Contratación de Sevilla. Es evidente que ya para entonces era mucho el oro que se quedaba en América. Gracias a los fraudes frecuentes, y a la gran cantidad de oro y plata que jamás era declarada al Fisco, las cantidades que permanecieron debieron ser cuantiosas; el caso del oro darienita en el siglo XVII, como vimos en el capítulo II, lo ilustra diáfanamente.

Por otra parte, cuando se fueron desarrollando vínculos regulares de intercambio entre las colonias y formándose circuitos comerciales

interregionales, los metales preciosos que circulaban entre los distintos territorios americanos y que permanecieron fue en aumento.

Algunos de estos productos de intercambio consistían en insumos, como el índigo o el múrice y otros tintes para los obrajes; maderas, cueros, o brea; pero el grueso lo constituye el comercio de productos alimenticios, y de hecho el comercio de alimentos fue tal vez uno de los más activos de este intercambio regional. Este comercio aparece casi desde el mismo nacimiento de las colonias: las Antillas abastecen a Castilla del Oro y a México durante las fases iniciales de la Conquista; Panamá abastece las expediciones peruanas, y desde Panamá se envían las primeras vacas para Nicaragua y Perú; Nombre de Dios y Portobelo no habrían podido celebrar sus ferias sin los alimentos de Nicaragua, las grandes islas caribeñas y la región cartagenera; después de un fugaz proyecto minero, Costa Rica se convierte en región agrícola para depender de sus ventas al istmo de Panamá. Es difícil creer que este comercio consistía meramente en trueques y que las ventas no se hacían a cambio de oro o plata, que de esa manera circularían llegando hasta insospechados rincones.



Sagrario de plata para la reserva del Jueves Santo. Parroquia mayor de San Pedro Apóstol, Huelva. Enviado en 1752 por su donante a esta parroquia, desde Veracruz, México. (*Plata labrada de Indias. Los legados americanos a las iglesias de Huelva*, pp. 20-21).



Copón de plata sobredorada. Parroquia del Divino Salvador, Cartagena, Huelva. Enviado en 1737 por su donante, desde Veracruz, México. (*Plata labrada de Indias. Los legados americanos a las iglesias de Huelva*, pp. 15-16).

Durante el período colonial, gran cantidad de objetos litúrgicos en plata y oro fueron enviados a España por donantes residentes en América. Pero muchos más se hicieron para servir en las iglesias americanas, como la lujosa custodia que se exhibe en la siguiente página.

Más avanzado el período colonial estos vínculos se amplían. Perú recibe insumos de Panamá, Guayaquil y Nicaragua; de Chile recibe sebo y cordobanes, y después de 1685, sobre todo trigo. Panamá exportaba a Perú maderas, cueros, piedra labrada, e incluso escobas, y a la vez no habría podido sobrevivir sin la llegada regular de vituallas —granos, azúcar, legumbres— de los valles de la costa peruana. El cacao guayaquileño viaja regularmente a Acapulco desde el siglo XVI, y en el siglo XVIII abastece incluso a Campeche, en el Caribe mexicano, luego de cruzar el istmo de Panamá. Los obrajes quiteños dependían de los tintes —índigo, múrice— que le enviaba Nicaragua, que a su vez suplía de brea a los astilleros de Guayaquil, donde se producía la mayor parte de los barcos mercantes y de la Armadilla de la Mar del Sur que navegaban por el Pacífico americano. Quito abastecía de pólvora los fuertes de Lima, Panamá y Nicaragua. Y para todo esto se usaba como medio de pago la plata. Finalmente, las ventas de bienes agrícolas e insumos a los centros mineros, los grandes magnetos de la producción interior del continente, obviamente se hacían a cambio de oro o plata, que irrigaban la economía hasta lugares distantes[355].

Por otra parte, es sabido que las colonias conservaban la plata y el oro en forma de vajillas y joyas, a menudo con el propósito de atesorar y tener una reserva para tiempos de necesidad; se invertía en esclavos y en equipos; en construcciones inmobiliarias y navales; y en muchas otras actividades productivas o en gastos suntuarios que se pagaban con plata y que permanecían en casa. Las colonias necesitaban médicos, abogados, alarifes, arquitectos, escribanos, sastres, carpinteros, herreros, plateros, cereros y muchos otros profesionistas cuyos ingresos se invertían en bienes raíces y diversos negocios, o se gastaban localmente en servicios, confección de muebles, vestuario o calzados, alquiler o reparación de viviendas, o compra de medicinas.

Gracias a los enormes y constantes donativos que recibía de los vecinos, la Iglesia realizaba cuantiosas erogaciones para construir sus costosísimos templos, conventos y hospitales, como los de San Juan de Dios, para atender a soldados y a pobres; eran regentados por la Orden de ese nombre, y los había en casi cada ciudad importante americana. Además, la Iglesia gastaba grandes sumas de dinero en joyas y ornamentos litúrgicos. Tomemos tres ejemplos singulares, aunque no únicos, todos de valor incalculable. Todos tres, en la Nueva Granada, país rico en oro y esmeraldas. En primer lugar, la custodia de la Catedral de Bogotá, donada por el arzobispo Álvarez de Quiñones en 1736, llamada "La Preciosa": pesa 18 libras de oro fino y está adornada con 3.223 piedras preciosas entre



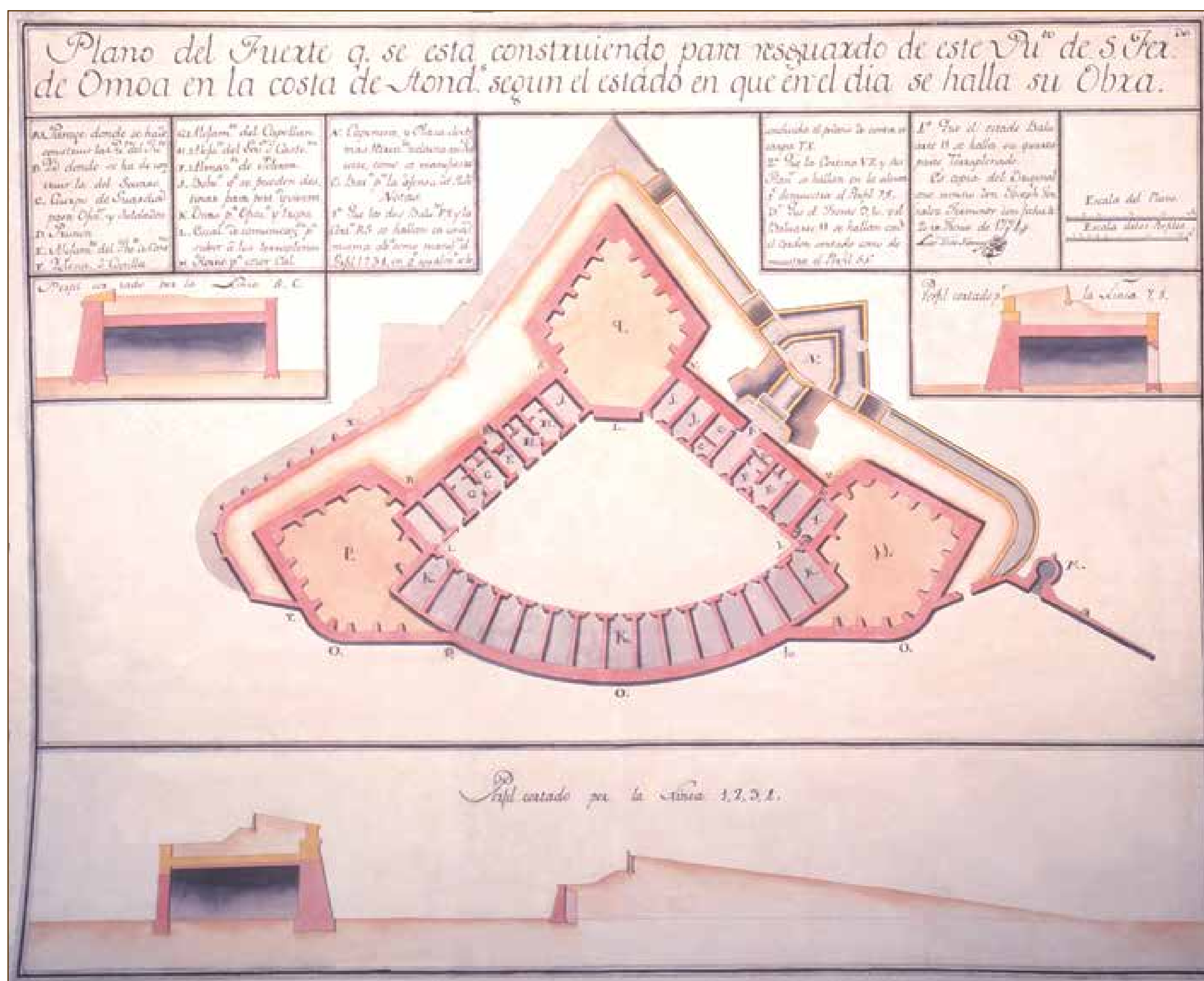
Custodia de la Catedral de Bogotá, conocida como "La Preciosa".

esmeraldas, diamantes y amatistas, además de 262 perlas[356]. Otra es la custodia conocida popularmente como "La lechuga" (por el verdor que irradian sus esmeraldas), hechura del platero José de Galaz para la iglesia de San Ignacio, en Bogotá, entre 1700 y 1707. Es de oro, con un mástil en figura de ángel que sostiene el "sol", y tiene 1.485 esmeraldas, un zafiro, trece rubíes, veintiocho diamantes, sesenta dos perlas barrocas, 168 amatistas y un topacio, y pesa 4.902,06 gramos, unas 10,8 libras. Finalmente, la "Custodia Grande de Santa Clara la Real", de Tunja, hecha entre 1734 y 1737, cuyo peso es 4.230,72 gramos, unas 9,32 libras[357].

A su vez, el Estado debía gastar en la construcción de fortalezas, edificios públicos, caminos, embarcaciones de guerra y armamentos, y pagar por los servicios de una abigarrada y extensa burocracia y por los crecientes gastos militares. La plata que se destinaba a todos estos gastos permanecía en gran parte en el continente.

En las expediciones científicas que Carlos III envió al continente se gastaron sumas extraordinarias, como la del médico y botánico gaditano José Celestino Mutis en la Nueva Granada (1761-1786), que costó más de dos millones de pesos, o la expedición botánica del virreinato del Perú (1777-1815) a cargo de Hipólito Ruiz López, cuyo costo ascendió a 400.000 pesos. Según Manuel Lucena Giraldo, la primera fase de las expediciones se realizaba en España con financiamiento peninsular, que incluían grandes gastos en infraestructura y personal; pero ya en América, los gastos eran cubiertos por las reales cajas de los territorios donde se realizaban las tareas[358].

Para formarse una idea, siquiera sea vaga, de los enormes gastos, sólo en defensa, empezaré por evocar algunos de los complejos fortificados más impresionantes: las imponentes moles del San Felipe de Barajas, en Cartagena; del Castillo del Morro y del Castillo de la Fuerza, en La Habana; y del San Felipe del Morro, en San Juan de Puerto Rico. Sólo en San Juan se construyeron también dos fuertes pequeños, El Cañuelo, situado frente al Morro, y el San Jerónimo, así como La Fortaleza de Santa Catalina y el enorme San Cristóbal, con su complicado sistema de baluartes, hornabeques, baterías y trincheras; además, la ciudad estaba protegida dentro una gran muralla. En Cartagena, para fines del período colonial, además del San Felipe de Barajas, se habían construido el fuerte de San Fernando de Bocachica, los fuertes-batería del Ángel de San Rafael, Santa Bárbara, San José, Santa Cruz o Castillo Grande, San Juan del Manzanillo, y San Sebastián del Pastelillo. La cornisa caribeña de Panamá era defendida por el Fuerte de San Lorenzo del Chagres, y por el conjunto de fortalezas de Portobelo: el Santiago, el San Fernando y el San Jerónimo, además de varias casa-fuertes y construcciones militares complementarias. Todas fueron construidas enteramente de nuevo a partir de mediados del siglo XVIII. Y en la década de 1780 se construyeron en el arco de San Blas cuatro fortificaciones para enfrentar la amenaza de invasión de fuerzas británicas, que en asocio con los indios cunas pretendían ocupar Darién. En el caribe hondureño, al mismo tiempo, se construyó a un gran costo la fortaleza de Omoa, también para hacer frente a los ingleses asociados a indios locales, los mosquitos. Pero además, había que proteger las costas de Venezuela, de Centro América, de México y de Florida, y en el sur, las costas de Chile, de Perú, de Montevideo y de Buenos Aires. Acapulco era defendido por el fuerte San Diego, y Manila estaba protegida por murallas y por el fuerte Santiago. Para cada sitio militarmente sensible era preciso construir defensas. Casi todas las fortificaciones que estaban funcionando en Hispanoamérica en la segunda mitad del siglo XVIII se habían tenido que construir de nuevo, para adaptarlas a las modernas técnicas de la fortificación y a la creciente potencia de fuego naval, todo ello conforme al vasto y costoso programa de las reformas borbónicas. Otros gastos cuantiosos realizados por la Corona se dedicaron –sobre todo en la segunda mitad del siglo XVIII–,



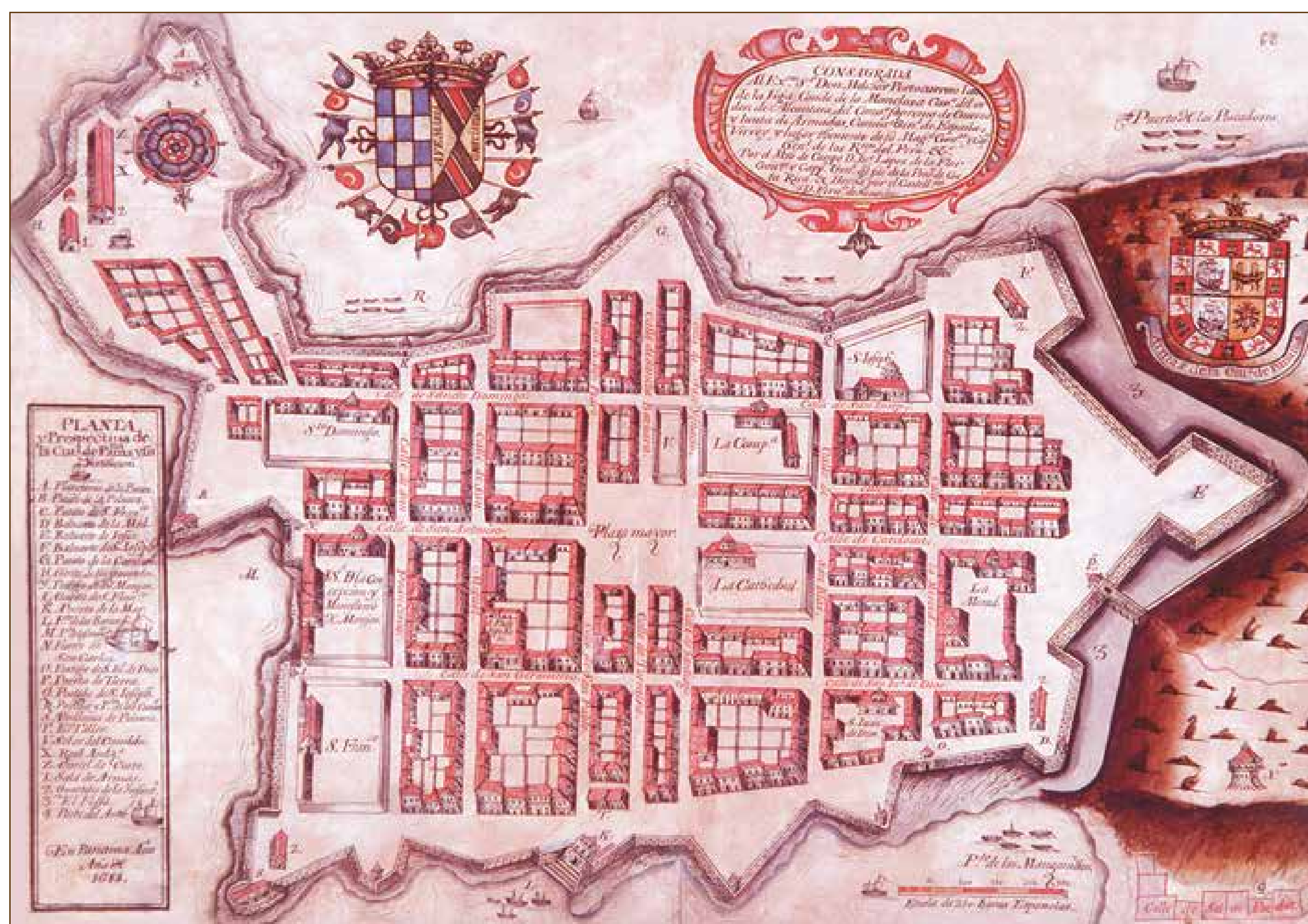
"Plano del fuerte que se está construyendo en el Puerto de San Fernando de Omoa en Honduras", por el ingeniero Luis Diez Navarro, 20 de junio, 1774. Archivo de Indias, M y P, Guatemala 208.

a robustecer las fuerzas navales, con el propósito de equipararse a la marina inglesa en la disputa por la supremacía de los mares. Gran parte de este ambicioso y costoso proyecto se concentró en los astilleros de La Habana, de donde salieron varios navíos que combatieron en Trafalgar, como el *Santísima Trinidad*, el *Príncipe de Asturias*, el *Rayo* y el *San Cristóbal*. "siendo los dos primeros de los más importantes de la armada española". El *Santísima Trinidad*, botado en 1769, llegó a tener cuatro puentes y 136 cañones, y era "el buque de guerra de mayor velamen jamás construido"[359]. Tuvo un costo de 165.000 pesos, correspondiéndole a Veracruz el 80%, a La Habana el 20% y nada a Madrid, que sólo envió las velas y algún equipo para armarlo, que probablemente representaría un 5%, quedando la parte alícuota de La Habana en tal vez un 15% [360]. Todos los gastos militares en América se pagaban con plata producida en el continente; la Corona nunca envió moneda sino, por excepción, materiales como velas, cordones o cosas por el estilo, además de instrumentos de navegación, que eran difíciles de conseguir en América.

El situado panameño: un caso de estudio

De todas estas erogaciones, tal vez la que arroja mayor luz para comprender el fenómeno de la permanencia de metales preciosos en América sea la transferencia de capital público conocida como situado; tiene la ventaja además de que puede cuantificarse con relativa seguridad gracias a la abundante documentación fiscal conservada. Para ilustrarlo, escogeré un ejemplo representativo: el situado de Lima con destino a la plaza de Panamá.

A la Caja de Lima se le asignó, o situó, una cantidad fija que debía remitir en distintas remesas a otras Cajas del virreinato donde existían importantes plazas militares y cuyos ingresos locales no eran suficientes para cubrir sus gastos de administración y de guerra. Los situados más importantes que enviaba Lima eran los destinados para las plazas militares de Panamá, Callao y Valdivia (en el Caribe, las Cajas de México o de Nueva Granada enviaban situados a Cartagena, Puerto Rico, Cuba y San Juan de Ulúa, así como a numerosas plazas menores, como Omoa y Trujillo, en Honduras, Araya, en Venezuela, o San Agustín, en Florida). Mientras las ferias en Panamá fueron prósperas, sus ingresos eran suficientes para sus gastos internos, pero una vez empezaron a espaciarse, su presupuesto se tornó endémicamente deficitario, teniendo que depender desde entonces del situado que recibía de Perú y que se estableció a partir de 1664. Al principio el situado se fijó en 105.150 pesos anuales y debía cubrir sólo los gastos militares. Pero



“Planta y perspectiva de la ciudad de Panamá y su fortificación”, año 1688, por Fernando de Saavedra. Museo de Historia, Panamá.

luego del ataque de Henry Morgan a Portobelo en 1668, y sobre todo después de la destrucción de Panamá por el mismo Morgan en 1671, se hicieron enormes gastos en fortificaciones, en la mudanza y construcción de la capital y en el aumento de las dotaciones militares, teniendo que incrementarse varias veces el situado incluso para cubrir los gastos de la burocracia y hasta los sínodos de los curas[361].

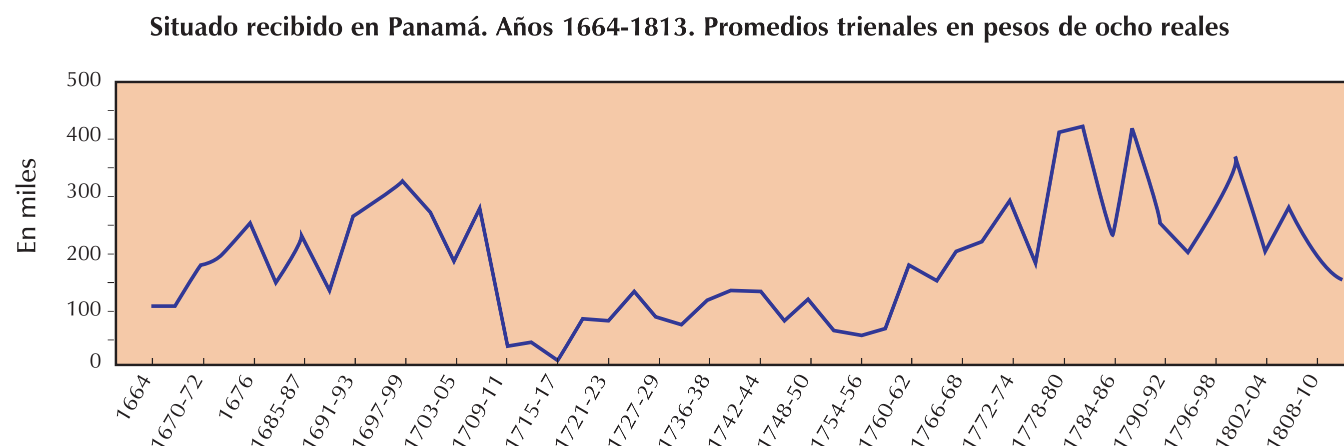
Las guarniciones aumentaron de 605 hombres en 1663, a 701 en 1682 y a 1,240 en 1683. En 1684 la dotación se había elevado a 1.734 hombres. De esta manera, resultaba inevitable acrecentar al mismo tenor el monto del situado, y por R.C. del 18 de enero de 1673, se fijó esta asignación en 275.315 pesos 6 reales anuales; aunque lo recibido entre 1674 y 1676 tuvo un promedio de 251.910 pesos, y de 150.000 pesos entre 1679 y 1680. En 1684 el notable aumento de la tropa había elevado los gastos por concepto de salarios a la suma sin precedentes de 406.140 pesos 5 reales. Entre 1685 y 1698 Lima remitió a Panamá 3.446.514 pesos, con un promedio anual de 246.180 pesos, dejando un déficit anual medio de 159.961 pesos. Sólo en dos ocasiones, en 1687 y 1697, Lima remitió partidas de 500.000 pesos y más, para compensar las faltas de los años anteriores.

Desde su creación, el situado llegó a representar el ingreso más importante de las Cajas panameñas: 11% correspondían a préstamos, 25% a ingresos corrientes y 64% al Situado. Hasta 1708 las remisiones del situado fueron regulares, aunque las cantidades enviadas en los últimos seis años mostraron tendencia a disminuir. En los años siguientes, las remisiones fueron muy erráticas y deficitarias debido a la decadencia de la producción argentífera peruana, pero la situación cambió a partir de 1756, cuando las remisiones empezaron a regularizarse y el situado se convirtió en el principal puntal no sólo del fisco sino de la propia economía panameña. A partir de 1757 se fija la suma en 100.000 pesos anuales. Esta cantidad se envía puntualmente hasta 1761. En lo sucesivo las sumas enviadas cada año van a ser mucho mayores. En la década comprendida entre 1762 y 1771 se remitieron 2.129.760 pesos, o sea 213.000 pesos anuales de promedio. En la década siguiente, de 1772 a 1781, se remitieron 3.821.189 pesos, a razón de 382.000 pesos cada año. Entre 1782 y

Promedio anual del Cargo de Lima y del Situado de Panamá. En peso de ocho reales

Período	Ingresos Caja de Lima (totales)	Índice	Situado nominal (totales)	% del Cargo de Lima	Situado efectivo (totales)	Índice	% del Cargo de Lima	Déficit
1664-1672	2.379.792	100	105.150	4,42	121.003	100	5,08	15.853
1673-1684	2.820.597	119	275.315	9,76	211.146	174	7,49	-64.169
1685-1690	3.070.477	129	406.141	13,23	246.180	203	8,02	-159.961
1700-1708	2.080.696	87	275.315	13,23	252.287	208	12,13	-23.028
1709-1723	1.066.202	45	275.315	27,36	47.708	39	4,47	-227.607
1730	1.723.913	72	275.315	15,97	76.000	63	4,41	-199.315
1736-1739	1.159.696	49	275.315	23,74	160.588	133	13,85	-144.727
1782-1786	1.918.997	81	200.000	10,42	188.101	155	9,80	-11.899

Nota: Entre 1736 y 1739 se hicieron varios valimientos en vista de la guerra con Inglaterra para suplir la falta del situado. El situado de 1782-86 correspondió sólo al remitido de Lima. El total recibido en Panamá, tuvo una media anual de esos cinco años de 309.353 pesos; la diferencia la recibió de Nueva Granada. Fuentes: La columna de ingresos de la Caja de Lima hasta 1739, procede de Encarnación Rodríguez Vicente[363]; el siguiente dato de la columna procede de Archivo General de Indias, Panamá 360. Los datos restantes proceden de distintos legajos de Contaduría y de diversos legajos de la Audiencia de Panamá existentes en el Archivo General de Indias.



1785 se remitieron 1.499.658 pesos, con un promedio anual de 374.914 pesos. Entre 1789 y 1794 se remitieron 1.735.530 pesos, a razón de 289.255 pesos anuales. Entre 1795 y 1803 se remitieron 2.535.966 pesos, a razón de 281.774 pesos anuales[362].

De esa manera, según los datos registrados, se enviaron durante 54 años 11.500.000 de pesos. Suma que se elevaría a no menos de 12.500.000 si agregamos las remisiones que debieron hacerse entre 1786 y 1788 (años sin datos conocidos), cuando el promedio no debía ser inferior a 300.000 pesos anuales.

Proporcionalmente, la sangría que representó al erario imperial la remisión del situado fue durante este lapso de 40 años aún mayor que la del período comprendido entre 1685 y 1705, cuando alcanzó poco más de 5 millones de pesos, a razón de 250.000 pesos anuales.

A fines del siglo XVIII, empezó a remitirse situado a Panamá también desde las Cajas Reales de Cartagena y Santa Fe. El total recibido ascendía a 320.000 pesos. Pero las remisiones cesan en 1809 como consecuencia de las guerras de independencia.

El cuadro anterior evidencia que la carga del situado panameño representaba una considerable sangría para la Caja de Lima. Esta transferencia de dinero, que llegaba al contado, no sólo contribuía a vivificar la economía de una plaza pobre como la panameña, sino que llegó a convertirse en su puntal más importante, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XVIII[364].

Pero estos ingentes gastos también se hacían en las demás plazas americanas y éstas eran muchas. Los exhaustivos estudios recientes de José Manuel Serrano sobre los gastos militares del virreinato de Nueva Granada (que comprendía las plazas militares de Panamá, Portobelo, Cartagena, Santa Marta y Río Hacha) confirman la magnitud de las erogaciones. En los 42 años que median entre 1651 y 1699, sólo los gastos militares de Cartagena (incluyendo gastos navales, salarios y fortificaciones) ascendieron a 5.064.502 pesos, con un promedio anual de 120.583 pesos[365]. Durante los 29 años del reinado de Carlos III, el gasto militar de Nueva Granada ascendió a 27.511.591 pesos, con un elevadísimo promedio de casi 950 mil pesos anuales[366].

Otro ejemplo notable es el gasto militar en el remoto Texas, donde se encontraba el presidio de San Sabá, siempre amenazado por los comanches. Sólo para proteger esta lejana frontera el Tesoro Real desembolsó la enorme suma de 3.197.195 entre 1730 y 1772[367].

Todo este dinero circulaba por los confines de la colonia, permitiendo ejercer los pagos por los productos y servicios que adquiría, de manera que muchas veces la plata retornaba a su lugar de origen, contribuyendo a reactivar la economía regional, es decir, permaneciendo en América.

Notas al capítulo IX

[344] John R. Fisher, "La producción metalífera", ya citada, p. 170.

[345] Ibídem, p. 171; sobre la producción argentífera americana del XVIII, David A. Brading, *Mineros y comerciantes en el México Borbónico (1763-1810),* FCE, México, 1975. Primera ed. en inglés, 1971; Flynn Dennis O., Giráldez Arturo y Richard von Glahn (eds.), *Global Connections and Monetary History, 1470-1800*, Aldershot, 2003, Antonio García-Baquero González, "American Gold and Silver in the Eighteenth Century: From Fascination to Accounting", Cap. 3, pp. 107-121; y John R. Fisher, "Mining and Imperial Trade in Eighteenth-Century Spanish America", cap. 4, pp. 123-131.

[346] John R. Fisher, *Minas y Mineros en el Perú colonial,* Lima, 1977, pp. 57-58.

[347] Para estas cifras, Carlos Martínez Shaw, *El sistema comercial español del Pacífico (1765-1820)*, Madrid, 2007, p. 65.

[348] Sobre la Compañía, María Lourdes Díaz-Trechuelo Spínola, *La Real Compañía de Filipinas*, EEHA, Sevilla, 1965; de la misma autora, "La Real Compañía de Filipinas en Guipúzcoa", *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, 4, Museo Naval, San Sebastián, 2003, pp. 369-381; Antonio García-Abasolo, "Ensayando una doble vía. La ruta Cádiz-Manila", en Carlos Martínez Shaw, Carlos, y Alfonso Mola, Marina (comisarios), *El Galeón de Manila* (catálogo), Ministerio de Educación, Cultura y Deporte de España, TF Artes Gráficas, 2000, pp. 215-226; Carlos Martínez Shaw, *El sistema...,* pp. 52-72.

[349] Alfredo Castillero Calvo, "Despegue comercial preindependentista", en *Historia General de Panamá*, Vol. II, cap. I, Bogotá, 2004, pp. 3-16.

[350] Archivo General de la Nación, Bogotá, Aduanas, T. XXII, fols. 54-73; Archivo General de Indias, Estado 86, Panamá 248 y Guadalajara 532.

[351] Vera Valdés Lakowsky, *De las minas al mar. Historia de la plata mexicana en Asia: 1565-1834*, FCE, México, 1987, p. 243; Alfredo Castillero Calvo "Despegue comercial preindependentista", ya citado.

[352] Jaime Olveda, *Guadalajara, abasto, religión y empresarios*, México, 2000, p. 137.

[353] *Carta al Exmo Señor Duque de Frias, sobre* el *Comercio de Nueva España*, Londres, 1821, p. 10.

[354] Antonio García-Baquero, op. cit., p. 120.

[355] Alfredo Castillero Calvo, "El comercio y los transportes", en *Sociedad, Economía*..., cap. XII, pp. 495-547.

[356] Monseñor J. Miguel Huertas, mayordomo de fábrica de la Catedral, Oscar Monsalve, fotógrafo, *El Tesoro de la Catedral de Santafé de Bogotá*, Amazonas Editores, S.A., Bogotá, 1995, pp. 24-39.

[357] "La lechuga" y la "Custodia Grande" se encuentran actualmente en exhibición en el Museo del Banco de la República, en Bogotá, en el mismo complejo del que forman parte el Museo de la Moneda y el Museo Botero.

[358] Manuel Lucena Giraldo, "Las expediciones científicas y su impacto sobre el territorio americano", conferencia dictada en el *Seminario Internacional Territorio, Razón y Ciudad Ilustrada*, celebrado en Bogotá del 16 al 19 de octubre de 2007, próxima a publicarse.

[359] Lo referente al astillero de La Habana, en Allan J. Kuethe y José Manuel Serrano, "El Astillero de La Habana Trafalgar", *Revista de Indias*, Vol. LXVII, Nº 241, CSIC, Madrid, 2007, p. 773.

[360] Comunicación personal de Allan J. Kuethe y José Manuel Serrano.

[361] Sobre los ataques de Morgan a Portobelo y Panamá, y el proceso de mudanza y construcción de la nueva capital, Alfredo Castillero Calvo,"La Destrucción de Panamá la Vieja", en *Sociedad, Economía...*, capítulo XXI.

[362] Sobre las dotaciones militares y los gastos del situado, Alfredo Castillero Calvo, "Las fuerzas regulares y las milicias", y "El financiamiento de las defensas", en *Historia General de Panamá*, Vol. I, T. II, capítulos XVIII (pp. 3-26) y XIX (pp. 52-65), Bogotá, 2004.

[363] "Los caudales remitidos desde el Perú a España por cuenta de la Real Hacienda. Series Estadísticas (1651-1739)", *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas*, Separata del Vol. IV, Sevilla 1966.

[364] Para el cuadro y el análisis anterior, Alfredo Castillero Calvo, "El financiamiento de las defensas", pp. 52-65.

[365] José Manuel Serrano Álvarez, *Ejército y Fiscalidad en Cartagena de Indias. Auge y declive en la segunda mitad del siglo XVII,* El Áncora Editores, Bogotá, 2006, ver cuadro de pp. 108-109.

[366] Ibídem, *Fortificaciones y Tropas. El gasto militar en Tierra Firme, 1700-1788*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2004, p. 168.

[367] José Manuel Serrano Álvarez y Allan J. Kuethe, *"The San Sabá Presidio and Spains's Frontier Policy in North America"*, The West Texas Historical Association Yearbook, Vol. LXXXIII, 2007, p. 13.

Bibliografía

Acosta, José de, **Historia Natural y Natural de las Indias**, edición príncipe, Sevilla, 1590. Al año siguiente se hizo una edición facsímil en Barcelona y en 2006 una edición digital en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Alcalá-Zamora, José N., **España, Flandes y el Mar del Norte (1618-1639): la última ofensiva europea de los Austrias madrileños**, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2001.

Alcedo y Herrera, Dionisio, "Plano General Geográfico y Hidrográfico y Relación Histórica y Geográfica de las Provincias de Santiago de Veraguas, Panamá, con las adyacentes de Portobelo y Natá, la del Darién, que son las tres que componen el reino de Tierra Firme, año de 1759", **Biblioteca Nacional de Madrid**, Manuscritos Sign. 20400, fol. 30.

___ **Memorial informativo**..., impreso en 1725.

___ "Aviso histórico, político geográfico con las noticias más particulares del Perú, Tierra Firme, Chile y Nuevo Reino de Granada", publicado por Justo Zaragoza en **Piraterías y agresiones de los ingleses**, Madrid, 1813. Hay una edición reciente.

Álvarez de Toledo, Luisa Isabel, duquesa de Medina Sidonia, **Historia de una conjura: la supuesta rebelión de Andalucía en el marco de las conspiraciones de Felipe IV y la independencia de Portugal**, Diputación Provincial, Cádiz, 1985.

Álvarez Nogal, Carlos, **Los banqueros de Felipe IV y los metales preciosos americanos (1621-1665)**, Banco de España, Madrid, 1997.

Andagoya, Pascual de, "Relación que da el Adelantado Pascual de Andagoya, dirigida al Emperador Carlos V sobre su partida de Panamá y reconocimientos hasta Cali", en **Relaciones y Visitas a los Andes, S. XVI**, edición de Hermes Tovar Pinzón, Instituto de Cultura Hispánica, Santa Fe de Bogotá, 1993.

Anderson, E. N., **The Food of China**, Yale University Press, 1988.

Andrade, Tonio, "The Company's Chinese Pirates: How the Dutch East India Company Tried to Lead a Coalition of Pirates to War against China, 1621-1662", **Journal of World History**, vol. 15, Nº 4, diciembre 2004.

Antonil, Joaõ Antonio (Joaõ Antônio Andreoni), **Cultura e Opulencia do Brasil por suas drogas e minas**, Lisboa, 1711. (Se publicó por segunda vez en Río de Janeiro en 1837; luego se han hecho varias ediciones en portugués y una recientemente en internet; se publicó en francés en 1968).

Antúñez y Acevedo, Rafael, **Memorias históricas sobre la legislación y gobierno del comercio de los españoles con sus colonias en las Indias occidentales**, Madrid, 1797. (Hay una reciente edición facsimilar del CSIC, Madrid, 1981).

Ariza, Andrés de, "Compendiosa Relación de la Provincia del Darién", Darién, 1.VI.1778, en AGI Panamá 284. Publicada en revista **Hombre y Cultura**, vol. 2, Nº 2, Editorial Universitaria, Panamá, 1971.

Atwell, William S., "Another Look at Silver Imports into China, ca. 1635-1644", **Journal of World History,** vol. 16, Nº 4, The University of Hawaii Press, 2005.

Azevedo, Fernando de, **Brazilian Culture. An Introduction to the Study of Culture in Brazil**, Nueva York, 1950.

Baleato, Andrés, "Ciudad de Panamá, Capital de su Distrito y Estaciones del Año", Academia Real Náutica, Lima, 4.XI.1817. El original en el Museo Naval de Madrid, publicado por Antonio B. Cuervo, **Colección de Documentos Inéditos sobre la Geografía y la Historia de Colombia, Sección Primera, Geografía y Viajes**, Casa Editorial de J. J. Pérez, Bogotá, 1892, tomo II, p. 360.

Bakewell, Peter J., **Minería y Sociedad en el México Colonial, Zacatecas (1546-1700)**, FCE, México, 1976. (Primera edición en inglés, 1971).

___ "Notes on the Mexican silver mining industry in the 1590's", sobretiro de **Humanitas**, Nº 19, Universidad de Nuevo León, 1978.

___ **Silver and Entrepreneurship in Seventeenth-Century Potosí, The Life and Times of Antonio López de Quiroga**, University of New Mexico Press, 1988.

___ **The Mines of Silver and Gold in the Americas**, Ashgate/Variorum, 1997.

___ **A History of Latin America: c. 1450 to the present**. The Blackwell History of the World, Blackwell Publishing Ltd., 2004. (Primera edición, 1997).

Báncora Cañero, Carmen, "Las remesas de metales preciosos desde el Callao a España en la primera mitad del siglo XVII", **Revista de Indias**, año XIX, No.75, Madrid, enero-marzo de 1959.

Bancfroft, Hubert H., **History of Mexico 1600-1803**, vol. XI, San Francisco, 1883.

Bargalló, Modesto, **La minería y la metalurgia en la América española durante la época colonial**, FCE, México, 1955.

Bazin, Germain, "O Aleijadinho-A escultura barroca no Brasil", segunda edición, Editora Record, Río de Janeiro, Brasil, 1963.

Bergeron, Louis (ed.), **Inercias y Revoluciones, 1730-1840**, tomo 3 de la **Historia Económica y Social del Mundo**, dirigida por Pierre León, Ediciones Encuentro, Madrid, 1978.

Blanco Barros, José Agustín, **El Norte de Tierradentro y los orígenes de Barranquilla**, Banco de la República, Bogotá, 1987.

Borah, Woodrow, **El siglo de la depresión en Nueva España**, Colección Problemas de México, Ediciones Era S.A., México, 1982. Publicado antes por SeptSetentas, México, 1975. La versión original en inglés, Ibero-Americana: 35, Universidad de Berkeley y Los Ángeles, 1951.

___ **Early Colonial Trade and Navigation between Mexico and Peru**, University of California Press, Berkeley, 1954.

Boxer, Charles Ralph, **The Golden Age of Brazil, 1695-1750. Growing Pains of a Colonial Society**, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1962.

___ **The Dutch Seaborne Empire: 1600-1800**, Penguin Books, Londres, 1990. (Primera edición, 1965).

___ **Fidalgos in the Far East, 1550-1770**, Oxford University Press, Londres, 1968.

___ **The Portuguese Seaborne Empire, 1415-1825**, Penguin Books, Londres, 1969.

___ **The English and the Portuguese Trade, 1660-1780**, La Trobe University, Bundoora, Australia, 1981.

___ **Christian Century in Japan 1549-1650**, Carcanet Press, Manchester, 1993.

Bowen, Huw V., **The Business of Empire: The East India Company and Imperial Britain, 1756-1833**, Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

Brading, David A., **Mineros y comerciantes en el México Borbónico (1763-1810)**, FCE, México, 1975. (Primera edición en inglés, 1971).

Braudel, Fernand, **El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II**, FCE, México, 1976.

___ **Civilización material y capitalismo (siglos XV-XVIII)**, Editorial Labor S.A., Barcelona, 1974.

___ **The Wheels of Commerce. Civilization & Capitalism, 15th-18th Century**, vol. II., Harper & Row Publishers, Nueva York, 1982. (Primera edición en francés, 1979).

Burke, Peter, **Venecia y Amsterdam. Estudio sobre las élites del siglo XVII**, Editorial Gedisa, Barcelona, 1996.

Caio Prado, Junior, **The Colonial Background of Modern Brazil**, University of California Press, Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1971.

Calvete de la Estrella, Juan, "Vida de don Pedro Gasca", en **Crónicas del Perú**, Biblioteca de Autores Españoles, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, Editorial Atlas, Madrid, 1965.

Cardozo, Manoel, "The Brazilian Gold Rush", **The Americas**, vol. 3, Nº 2, octubre 1946, pp. 137-160.

Castillero Calvo, Alfredo, **Estructuras Económicas y Sociales de Veragua desde sus orígenes históricos**, Editora Panamá, Panamá, 1967.

___ "Economía Terciaria y Sociedad, Panamá siglos XVI y XVII", **Memorias del Congreso Conmemorativo del V Centenario del nacimiento de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés**, celebrado en Nicoya, Costa Rica, San José, 1979. Publicado como separata por la Academia Panameña de la Historia, Impresora de la Nación, Panamá, 1980.

___ **La Ruta Transístmica y las Comunicaciones Marítimas Hispanas, siglos XVI a XIX**, Ediciones Nari, Editora Renovación, Panamá, 1984.

___ **Arquitectura, Urbanismo y Sociedad, La vivienda colonial en Panamá, Historia de un sueño**, Editorial Presencia, Bogotá, 1994.

___ **Conquista, Evangelización y Resistencia**, Instituto Nacional de Cultura, Panamá, 1994.

___ "The City in the Hispanic Caribbean, 1492-1650", en P. C. Emmer (ed.) **General History of the Caribbean, vol. III, New Societies: The Caribbean in the long sixteenth century**, UNESCO Publishing, 1999, pp. 201-246.

___ "La Carrera, el Monopolio y las Ferias del Trópico", en Alfredo Castillero y Allan J. Kuethe (eds.), **Consolidación del Orden Colonial**, **Historia General de América Latina**, Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, vol. III, tomo I, cap. 4.

___ "Los transportes y las vías de comunicación en Hispanoamérica", en Alfredo Castillero y Allan J. Kuethe (eds.), **Consolidación del Orden Colonial**, **Historia General de América Latina**, Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, 2000, vol. III, tomo I, cap. 18.

___ **Historia General de Panamá** (director y editor), Comité Nacional del Centenario de la República de Panamá, Bogotá, 2004, 3 volúmenes y 5 tomos.

___ "Las ferias del trópico", **Historia General de Panamá**, vol. I, tomo. I, cap. XII, Bogotá, 2004.

___ "El transporte transístmico y las comunicaciones regionales", **Historia General de Panamá**, vol. I, tomo I, cap. XIII, Bogotá, 2004.

___ "Orígenes de la alimentación colonial", **Historia General de Panamá**, vol. I, tomo I, cap. V, Bogotá, 2004.

___ "La trata de esclavos", **Historia General de Panamá**, vol. I, tomo I, cap. XIV, Bogotá, 2004.
___ "El financiamiento de las defensas", **Historia General de Panamá**, vol. I, tomo II, cap. XX, Bogotá, 2004.
___ "El oro y las perlas en la economía colonial", **Historia General de Panamá**, vol. I, tomo II, cap. XXXIII, Bogotá, 2004.
___ "Despegue comercial pre-independentista", **Historia General de Panamá**, vol. II, cap. I, Bogotá, 2004.
___ **Las Rutas de la Plata. La Primera Globalización**. Repsol YPF, Editorial San Marcos, Madrid, 2004.
___ "La Herencia Urbana Occidental", en **Sociedad, Economía y Cultura Material, Historia Urbana de Panamá la Vieja**, Patronato de Panamá Viejo, Editorial Alloni, Buenos Aires, 2006, cap. I, pp. 1-22.
___ "Cultura Material y Vida Cotidiana", en **Sociedad, Economía y Cultura Material, Historia Urbana de Panamá la Vieja**, Patronato de Panamá Viejo, Editorial Alloni, Buenos Aires, 2006, cap. IX.
___ "La peor crisis del siglo XVII", en **Sociedad, Economía y Cultura Material, Historia Urbana de Panamá la Vieja**, Patronato de Panamá Viejo, Editorial Alloni, Buenos Aires, 2006, cap. XV.
___ **Sociedad, Economía y Cultura Material, Historia Urbana de Panamá la Vieja**, Patronato de Panamá Viejo, Editorial Alloni, Buenos Aires, 2006.
Capoche, Luis, **Relación general del asiento y villa imperial de Potosí y de las cosas más importantes de su gobierno**, (1585), edición y prólogo de Lewis Hanke, Madrid, 1959.
Carletti, Francesco, **Razonamientos de mi viaje alrededor del mundo, (1594-1606)**, Universidad Autónoma de México, México, 1976.
___ **My Voyage around the World: a 16th Century Florentine Merchant**, Herbert Weinstock (trad.), Methuen, Londres, 1963.
Carrington, C. E. **The British Overseas. Exploits of a Nation of Shopkeepers,** Cambridge University Press, 1968.
Casas, Bartolomé de las, **Historia de las Indias**, edición de Agustín Millares Carlo y estudio preliminar de Lewis Hanke, Fondo de Cultura Económica, México, 1951, 3 tomos.
Carrió de la Vandera, Alonso (Concolorcorvo), **El lazarillo de Ciegos Caminantes**, Biblioteca de Autores Españoles, Editorial Atlas, Madrid, 1959. Estudio preliminar de José Joaquín Real. Edición de Juan Pérez de Tudela. Biblioteca de Autores Españoles. Relaciones Histórico-literarias de la América Meridional, tomo CXXII, Madrid, 1959. Hay otra edición por Casa de las Américas, La Habana, 1972.
Céspedes del Castillo, Guillermo, **La avería en el comercio de Indias.** En "Anuario de Estudios Americanos", Sevilla, 1944, tomo II, pp. 515-698.
___ **Lima y Buenos Aires, Repercusiones económicas y políticas de la creación del Virreinato del Plata**, Sevilla, 1947.
___ **América Hispana (1492-1898)**, vol. VI de **Historia de España** (M. Tuñón de Lara, ed.), Editorial Labor, Madrid, 1983.
Cipolla, Carlo, **Before the Industrial Revolution, European Society and Economy, 1000-1700**, segunda edición, W. W. Norton & Co., 1980.
___ **La Odisea de la Plata Española**, Editorial Crítica, Barcelona, 1999. Título original: **Conquistadores, Pirati, Mercatanti, La saga dell'argento spagnuolo**, Bolonia, 1996.
Clark, John C. O. E. y Jeremy Black, **Joyas de la Cartografía, 100 ejemplos de cómo la cartografía definió, modificó y aprehendió el mundo**, Parragon Books Ltd., Reino Unido, impreso en Tailandia, 2005.
Colmenares, Germán, **Historia Económica y Social de Colombia, 1537-1719**, Bogotá, 1973.
___ **Cali: Terratenientes, Mineros y Comerciantes, S. XVIII**, Universidad del Valle, Cali, 1976.
Chacón, Luz Alba, **Don Diego de la Haya Fernández**, Editorial Costa Rica, San José, 1967.
Chaudhuri, Kirti N., "Treasure and Trade Balances: The East India Company's Export Trade, 1660-1720", **Economic History Review**, 2d. ser., vol. 21, 1968.
___ **The Trading World of Asia and the English East India Company, 1660-1760**, Cambridge University Press, Cambridge, 1978.
___ **Trade and Civilisation in the Indian Ocean: An Economic History from the Rise of Islam to 1750**, Cambridge University Press, 1985. (Reimpreso varias veces, la última en 2002).
Chaunu, Pierre y Huguette Chaunu, **Séville et l'Atlantique**, París, 1955-60, 8 volúmenes.
Chaunu, Pierre, **Las Filipinas y el Pacífico de los Ibéricos (Estadísticas y Atlas). Siglos XVI, XVII y XVIII**, Instituto Mexicano de Comercio Exterior, México, 1974.
Clements, Jonathan, **Coxinga: And the fall of the Ming dynasty**, Sutton Publishing, 2005.
Colón, Cristóbal, **Los Cuatro Viajes, Testamento**, edición de Consuelo Varela, Alianza Editorial, Madrid, 1986.
Colón, Hernando, **Vida del Almirante don Cristóbal Colón**, edición de Ramón Iglesia, Fondo de Cultura Económica, México, 1947.
Cortesao, Jaime, "Los portugueses", en Antonio Ballesteros Beretta, **Génesis del Descubrimiento**, Salvat Editores, Barcelona-Buenos Aires, 1947, pp. 497-766.

Crespo Solana, Ana, **Entre Cádiz y los Países Bajos. Una comunidad mercantil en la ciudad de la Ilustración**, Fundación Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, 2001.

Crosby Jr., Alfred W., **The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492**, Greenwood Press Inc., 1973.

___ **Ecological Imperialism. The Biological Expansion of Europe, 900-1900**, Cambridge University Press, 1986.

Crossley, Pamela Kyle, **Los Manchúes**, Editorial Ariel, Barcelona, 2002.

Cunningham, W., **The Growth of Modern Industry and Commerce, Modern Times**, parte I, Cambridge, 1921. (Primera edición, 1882).

Curvelo, Alexandra, "Nagasaki, An European artistic city in early modern Japan", **Bulletin of Portuguese**/ **Japanese Studies**, vol. 2, Universidade Nova de Lisboa, Lisboa, Portugal, junio 2001.

D'Ans, André-Marcel, **Honduras, difícil emergencia de una nación, de un Estado**, Tercera edición revisada por el autor, de la primera en francés de 1997. Traducción del francés por Albert Depienne, Litografía López, Tegucigalpa, 2004.

Dargent Chamot, Eduardo, "Oro y plata en el Perú de la Conquista", en **Las Casas de Moneda Españolas en América del Sur**, Lima/Madrid, 2005.

Davis, Ralph, **La Europa Atlántica desde los descubrimientos hasta la industrialización**, Historia Económica Mundial, (dirigida por Charles Wilson), segunda edición en español, Siglo XXI Editores S.A., México, 1977. (La primera edición en inglés, **The Rise of the Atlantic Economies**, Cornell University Press, 1973).

De Vries, Jan, **The Economy of Europe in an Age of Crisis 1600-1750**, Cambridge University Press, 1976.

___ "Connecting Europe and Asia: A Quantitative Analysis of the Cape-route Trade, 1497-1795", en Flynn, Dennis O., Giráldez Arturo y Richard von Glahn (eds.), **Global Connections and Monetary History, 1470-1800**, Aldershot, 2003, cap. 2.

___ y Ad van der Woude, **The First Modern Economy, Success, failure, and perseverance of the Dutch economy**, **1500-1815**, Cambridge University Press, 1997.

Deyon, Pierre y Jean Jacquart (eds.), **El Crecimiento Indeciso, 1580-1730,** tomo 2 de la **Historia Económica y Social del Mundo**, dirigida por Pierre León, Ediciones Encuentro, Madrid, 1978.

Diamond, Jared, **Armas, Gérmenes y Acero. La sociedad humana y sus destinos. ¿Por qué los pueblos de Eurasia conquistador, desplazaron o diezmaron a las poblaciones autóctonas de América, Austria y África, y no a la inversa?**, Editorial Debate S.A., Madrid, 1998.

Diez de la Calle, Juan, "Noticias Sacras i Reales de los dos imperios de las Indias Occidentales de la Nueva España año 1659, por Juan Diez de la Calle, secretario del rey y oficial mayor de la Secretaría de Nueva España", Biblioteca Nacional de Madrid, Manuscritos, Signatura 2734 y 3024.

Díaz-Trechuelo Spínola, María Lourdes, **La Real Compañía de Filipinas**, EEHA, Sevilla, 1965.

___ "La Real Compañía de Filipinas en Guipúzcoa", **Itsas Memoria, Revista de Estudios Marítimos del País Vasco**, vol. 4, Museo Naval, San Sebastián, 2003.

Domínguez Ortiz, Antonio, **The Golden Age of Spain, 1515-1659**, Nueva York, 1971. Traducido al español como **Desde Carlos V a la Paz de los Pirineos, 1517-1600**, Barcelona, 1974.

___ **Historia de Sevilla, La Sevilla del siglo XVII**, tercera edición, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1986.

Eckert, Carter J., Ki-baik Lee, *et al.*, **Korea Old and New, a History**, Harvard University Press, 1999.

Elliot, John H., **La España Imperial, 1496-1716**, Barcelona, 1993. (Primera edición en español, 1965).

___ "España y América en los siglos XVI y XVII", en Leslie Bethell (ed.), **Historia de América Latina, 2, América Latina Colonial: Europa y América en los siglos XVI, XVII y XVIII**, Editorial Crítica, Barcelona, 1990, cap. 1.

___ **Lengua e imperio en la España de Felipe IV**, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1994.

___ **El Conde-Duque de Olivares: el político en una época de decadencia**, Mondadori, Barcelona, 1998.

___ **Imperios del Mundo Atlántico, España y Gran Bretaña en América, 1492-1830**, Taurus Historia, Santillana Ediciones Generales S.L., Madrid, 2006.

Fagan, Brian, **The Little Ice Age, How climate made History 1300-1850**, Basic Books, Nueva York, 2002.

Fausto, Boris, **A Concise History of Brazil (Cambridge Concise Histories)**, Cambridge University Press, 1999. La versión en portugués se publica como **História Concisa do Brasil**, Editorial EDSUP, Brasil, 2002. Hay otra en español con el título **Historia Concisa del Brasil**, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Ferguson, Niall, **El Imperio Británico**, Barcelona, 2006. El título original en inglés, **Empire. How Britain Made the Modern World**, 2003.

Fernández-Armesto, Felipe, **Pathfinders. A global history of exploration**, W. W. Norton & Co., Nueva York y Londres, 2006.

___ **Near a Thousand Tables. A History of Food**, Key Porter Books, Ontario, Canadá, 2002.

___ **Civilizaciones. La lucha del hombre por controlar la Naturaleza**. Taurus Historia, Santillana Ediciones

Generales S.I., Madrid, 2002. Traducción del original en inglés **Civilizations, Culture, Ambition and the Transformation of Nature**, publicado en 2000.

Fernández de Oviedo, Gonzalo, **Historia General y Natural de las Indias**, Biblioteca de Autores Españoles, Editorial Atlas, Madrid, 1959, 5 tomos.

Fernández Hernández, Bernabé, "Crisis de la minería en Honduras a fines de la época colonial", **Mesoamérica,** vol. 24, diciembre 1992.

Fieldhouse, David K., **Economía e Imperio. La expansión de Europa (1830-1914), Historia Económica Mundial**, Siglo Veintiuno, México, 1978.

Fisher, John R., **Minas y Mineros en el Perú colonial**, Lima, 1977.

___ "La producción metalífera", en Alfredo Castillero y Allan J. Kuethe (eds.), **Consolidación del Orden Colonial**, **Historia General de América Latina**, Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, 2000, vol. III, tomo 1, cap. 7.

___ "Mining and Imperial Trade in Eighteenth-Century Spanish America", en Flynn, Dennis O., Giráldez Arturo y Richard von Glahn (eds.), **Global Connections and Monetary History, 1470-1800**, Aldershot, 2003, cap. 4, pp. 123-131.

Floyd, Troy S., "Bourbon Paliatives and the Central American Mining Industry, 1765-1800", **The Americas,** vol. 93, 1961. Traducido al español como "Paliativos de los Borbones y la industria minera Centroamericana, 1765-1800", en **Historia de Centro América**, Rina Cáceres (comp.), Banco Centroamericano, Costa Rica, 1990.

Flynn, Dennis O. y Arturo Giráldez, "Born with a 'silver spoon': the Origin of World Trade in 1571", **Journal of World History**, vol. 6, 1995, pp. 201-221.

___ "Cycles of Silver: global economic unity through the mid-eighteenth century", **Journal of World History,** vol. 13, Nº 2, 2002, pp. 391-427.

Flynn, Dennis O., Arturo Giráldez y Richard von Glahn (eds.), **Global Connections and Monetary History, 1470-1800**, Aldershot, 2003.

Folch Fornesa, Mª Dolors (investigador principal), **China en España, corpus digitalizado de documentos españoles sobre China de 1555 a 1900**, Programa Nacional de Promoción General de Conocimiento, Universitat Pompeu Fabra, Facultad de Humanidades, Escola d'Estudis de l'Àsia Oriental.

Franco, Juan, **Breve Noticia o Apuntes de los Usos y Costumbres de los Habitantes del Istmo de Panamá y sus Producciones, 1794**. El Original en la Bancroft Library, M-M 451, Berkeley University, California. Publicado por Omar Jaén, INAC, Panamá, 1978.

Frank, Andre Gunder, **ReOrient Global Economy in the Asian Age**, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1998.

Fréres, Mariage, **Le voyage du thé. Album Chinois du XVIIe Siécle**, Bibliothèque de l'Image, 2002.

Furtado, Celso, **Formación económica del Brasil**, FCE, México, 1962. (Primera edición en portugués, 1959).

Gage, Thomas, **Gage's Travels in the New World**, edición de J. Eric S. Thompson, University of Oklahoma Press, 1958.

Ganesha Society, **The Yakarta Explorer, Walking Tours in the City**, Yakarta, Indonesia, 1991.

García-Baquero González, Antonio, **Cádiz y el Atlántico (1717-1778)**, Sevilla, 1976.

___ "American Gold and Silver in the Eighteenth Century: From Fascination to Accounting", en Flynn, Dennis O., Arturo Giráldez y Richard von Glahn (eds.), **Global Connections and Monetary History, 1470-1800**, Aldershot, 2003, cap. 3, pp. 107-121.

García Fuentes, Lutgardo, **El comercio español con América, 1650-1700**, EEHA, Sevilla, 1980.

Gasparini, Graziano, **América, Barroco y Arquitectura**, Ernesto Armitano Editor, Caracas, 1972.

Gelber, Harry G., **The Dragon and the Foreign Devils. China and the World, 1100 B. C. to the present**, Walker & Co., Nueva York, 2007.

Gernet, Jacques, **El Mundo Chino**, nueva edición revisada, Editorial Crítica, Barcelona, 2005.

Geyl, Peter, **The Netherlands in the Seventeenth Century, 1609-1648**, Londres, 1961.

Gisbert, Teresa , "Las Artes", en Enrique Tandeter y Jorge Hidalgo Lehuedé (eds.), **Procesos americanos hacia la redefinición colonial**, **Historia general de América Latina**, Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, vol. IV.

Glahn, Richard von, **Fountain of Fortune: Money and Monetary Policy in China, 1000-1700**, University of California Press, 1996.

Godinho Cardoso, Manuel, **Relaçao do naufrágio da nau Santiago no anno de 1585, e itinerário da gente que dele se salvau, e agora novamente acrescentada com mais algumas noticias**, en Bernardo Gomes de Brito (1688-1759), **História Trágico-Marítima**, Companhia Editora do Minho, Barcelos, 1943, 3 volúmenes (publicado en versión digital). C. R. Boxer ha traducido los episodios de 1559 a 1565 y de 1589 a 1622, bajo el título **The Tragic History of the Sea**, Cambridge, Hakluyt Society, en 1959 y 1968. Hay ediciones recientes en portugués de la obra de Brito.

Góngora, Mario, **Los Grupos de Conquistadores en Tierra Firme (1509-1530)**, **Fisonomía histórico-social de un tipo de conquista**, Universidad de Chile, Centro

de Historia Colonial, Editorial Universitaria, Santiago, 1962.

González de Mendoza, Juan, **Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del Gran Reino de la China**, Madrid, 1586.

Gordon, Stewart, **When Asia was the World**, Da Capo Press, Philadelphia, EE.UU., 2008.

Hamilton, Earl J., **American Treasure and the price revolution in Spain, 1501-1650**, Octagon Books, 1970. (Primera edición, 1934). Traducida al español como **El Tesoro Americano y la Revolución de los precios en España, 1501-1650**, Editorial Ariel, Barcelona, 1975.

___ **El Florecimiento del Capitalismo**, Alianza Editorial S.A., Madrid, 1984. (Primera edición en **Revista de Occidente**, 1948).

___ **War and Prices in Spain 1651-1800.** Cambridge, Massachusetts, 1947.

Hamilton, John Potter, **Viaje por el interior de las provincias de Colombia (1827)**, Imprenta del Banco de la República, Bogotá, 1955.

Harrison, John A., **China since 1800**, Harcourt, Brace & World, Inc., Nueva York, 1967.

Hobhouse, Henry, **Seeds of Change. Five Plants that Transformed Mankind**, Harper & Row Publisher, Nueva York, 1987.

Hobson, John M., **Los Orígenes Orientales de la Civilización de Occidente**, Editorial Crítica, Barcelona, 2006. Primera edición en inglés bajo el título **The Eastern Origins of Western Civilisation**, Press Syndicate of the University of Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

Huertas, Juan Miguel, mayordomo de fábrica de La Catedral, Oscar Monsalve, fotógrafo, **El Tesoro de la Catedral de Santafé de Bogotá**, Amazonas Editores S.A., Bogotá, 1995.

Huizinga, J. H., **Dutch Civilisation in the 17th Century and other essays**, The Fontana Library, 1968.

Humboldt, Alejandro de, **Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España**, edición de Juan A. Ortega y Medina, Editorial Porrúa S.A, México, 1978.

Hane, Mikiso, **Breve historia del Japón**, Alianza Editorial, Madrid, 2006.

Hucker, Charles O., **China's Imperial Past. An Introduction to Chinese History and Culture**, Stanford University Press, Stanford, California, 1975.

ICOMOS (International Council of Monuments and Sites, de UNESCO) **Informe Nº 1246 para la declaratoria de las minas de Ginzan como Patrimonio Cultural de la Humanidad**, 15-21 de octubre, 2006.

Israel, Jonathan I., **The Dutch Republic: Its Rise, Greateness and Fall 1477-1806**, Oxford History of Early Modern Europe, 1998.

Isawi, Charles, "Europe, the Middle East and the Shift in Power, Reflections on a Theme by Marshall Hodgson", **Comparative Studies in Society and History**, vol. 22, 1980.

Jansen, Marius Berthus, **The Making of Modern Japan**, Harvard University Press, 2000.

Jara, Álvaro, **Tres ensayos sobre economía minera hispanoamericana**, Universidad de Chile, Centro de Investigaciones de Historia Americana, Santiago, 1966.

Jerez, Francisco de, **Verdadera Relación de la Conquista del Perú y provincia de Cuzco**, en **Crónicas de la Conquista del Perú**, México, s.f.

Jones, E. L., **El milagro europeo, entorno, economía y geopolítica en la historia de Europa y Asia**, Alianza Editorial, 1993. (Primera edición en inglés, Cambridge University Press, 1987).

Juan, Jorge y Ulloa Antonio, **Noticias Secretas de América (1735-1745)**, Ediciones Mar Océano, Buenos Aires, 1953.

Judío Portugués (anónimo), **Descripción del Virreinato del Perú, Crónica Inédita de comienzos del siglo XVII**, edición, prólogo y notas de Boleslao Lewin, Universidad del Litoral, Rosario, 1958.

Kaempfer, Egelbert, **Kaemper's Japan: Tokugawa Culture Observer**, editado, traducido y notas de Beatrice M. Bodart-Bailey, University of Hawaii, Honolulu, 1999.

Klein, Herbert S., "Los esclavos africanos", en Alfredo Castillero y Allan J. Kuethe (eds.), **Consolidación del orden colonial, Historia General de América Latina**, Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, 2000, vol. III, tomo 2, cap. 25.

Kobata, Atsushi, "The Production and Uses of Gold and Silver in Sixteenth and Seventeenth-Century Japan", **Economic History Review,** 2d. ser. 18, 1965.

Kuethe, Allan J., y Serrano Álvarez José Manuel, "El Astillero de la Habana y Trafalgar", **Revista de Indias**, vol. LXVII, núm. 241, C. S. I. C., Madrid, 2007.

Kuethe Allan J., y Serrano Álvarez, José Manuel, "The San Sabá Presidio and Spains's Frontier Policy in North America", **The West Texas Historical Association Yearbook**, vol. LXXXIII, 2007.

Kondo Hara, Agustín, **Japón, Evolución histórica de un pueblo (hasta 1650)**, Editorial Nerea S.A., Guipúzcoa, 1999.

Landes, David S., **Revolution in Time: Clocks and the Making of the Modern World**, Cambridge University Press, 1983.

___ **La Riqueza y la Pobreza de las Naciones. Por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres**, Editorial Crítica, Barcelona, 2003. (Primera edición en inglés, 1998).

Lang, Mervyn F., **El Monopolio Estatal del Mercurio en el México Colonial (1550-1710),** FCE, México, 1977.

Lawson, Philip, **The East India Company: A History, 1600-1857** (Studies in Modern History), Longman, Londres, 1993.

Levathies, Louise, **When China Ruled the Seas, The Treasure Fleet of the Dragon Throne, 1405-1433**, Oxford University Press, 1994.

Linschoten, Jan H. Van, **The Voyage to the East Indies**, Londres, 1885.

Lizárraga, Reginaldo, **Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile**, estudio preliminar y edición de Mario Hernández Sánchez Barba, Biblioteca de Autores Españoles, Editorial Atlas, Madrid, 1968. Hay otra edición por Ignacio Ballesteros, en Crónicas de América 37, Historia 16, Madrid, 1987.

Lockhart, James, **The Men of Cajamarca, A Social and Biographical Study of the first conquerors of Peru**, University of Texas Press, Austin, 1972.

___ y Stuart B. Schwartz, **Early Latin America. A history of colonial Spanish America and Brazil**, Cambridge Latin American Studies, Cambridge University Press, 1983, reimpresa en 1984, 1985, 1987 y 1989.

Lohman Villena, Guillermo, "La memorable crisis monetaria de mediados del siglo XVII y sus repercusiones en el virreinato del Perú", **Anuario de Estudios Americanos**, Sevilla, 1976, tomo XXXIII, pp. 579-639.

López de Gómara, Francisco, **Historia General de las Indias y vida de Hernán Cortés**, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1979.

López Piñero, José María, **Ciencia y Técnica en la Sociedad Española de los siglos XVI y XVII**, Labor Universitaria, Barcelona, 1979.

Loredo, Rafael, **Los repartos**, Lima, 1958.

Lucena Giraldo, Manuel, "Las expediciones científicas y su impacto sobre el territorio americano", conferencia dictada en el **Seminario Internacional Territorio, Razón y Ciudad Ilustrada**, celebrado en Bogotá del 16 al 19 de octubre de 2007, próxima a publicarse.

Lynch, John, **Spain under the Habsburgs, Spain and America, 1598-1700**, vol. II, Oxford, 1969.

Macartney, Lord George, **An Embassy to China: journal**, editado por J. L. Cranmer-Byng, Londres, 1962.

MacLeod, Murdo J., **Spanish Central America, A Socioeconomic History 1520-1720**, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1973. Publicada en español como **Historia socioeconómica de la América Central española 1520-1720**, Editorial Piedra Santa, Guatemala, 1980.

Madeira Santos, Catarina, **Expansión y descubrimientos portugueses: problemática y líneas de investigación**, Cuadernos de Historia Moderna, Nº 20, Servicio de Publicaciones, Universidad Complutense, Madrid, 1998.

McNeill, William H., **The Pursuit of Power**, The University of Chicago Press, Chicago, 1982.

Martínez Shaw, Carlos, **El sistema comercial español del Pacífico (1765-1820)**, discurso de ingreso a la Real Academia de la Historia, Madrid, 2007.

___ y Marina Alfonso Mola (comisarios), **El Galeón de Manila** (catálogo), Ministerio de Educación, Cultura y Deporte de España, TF Artes Gráficas, Madrid, 2000.

___ (comisarios y responsables científicos), **Oriente en Palacio, Tesoros Asiáticos en las Colecciones Reales Españolas, Palacio Real de Madrid**, Patrimonio Nacional, Ediciones El Viso, Madrid, 2003.

Matilla Tascón, Antonio, **Historia de las Minas de Almadén**, vol. 1, (desde la época romana hasta el año 1645), Madrid, 1958.

Mauro, Frédéric, **Le Bresil du XV e á la fin du XVIIIe siécle**, SEDES, 1977.

___ "Portugal y Brasil: Estructuras Políticas y Económicas del Imperio, 1580-1750", en Leslie Bethel (ed.), **Historia de América Latina, vol. 2, América Latina Colonial: Europa y América en los siglos XVI, XVII y XVIII**, Editorial Crítica, Barcelona, 1990, cap. 4.

___ "La coyuntura de la crisis: Portugal y Brasil", en Germán Carrera Damas y John V. Lombardi (eds.), **La Crisis estructural de las sociedades implantadas, Historia General de América Latina**, Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, 2002, vol. V.

Medley, Margaret, **The Chinese Potter. A practical history of Chinese ceramics**, Phaidon Press Ltd., Londres, 2001. (Publicado por primera vez en 1976; tercera reimpresión de la tercera edición).

Melo, Jorge Orlando, "La evolución económica de Colombia, 1830-1900", en **Manual de Historia de Colombia**, segunda edición, Instituto Colombiano de Cultura, 1982, tomo II.

Mendes Pinto, Maria Helena, **Biombos Namban**, Instituto Portugués do Patrimonio Cultural, Lisboa, 1988, 78 pp., con ilustraciones. (Segunda edición, IPPC, Lisboa, 1998).

Menzies, Gavin, **1421, El año en que China descubrió el Nuevo Mundo**, Grijalbo, Madrid, 2003.

Mintz, Sidney W., **Sweetness and Power. The Place of Sugar in Modern History**, Penguin Books, 1986.

Moloughney, Brian y Xia Wenzhong,, "Silver and the fall of the Ming Dynasty: A reassessment". **Papers on Far Easter History**, vol. 40, 1989, pp. 51-78.

Montiano, Manuel, "Relación", Panamá 29.IX.1756, AGI Panamá 223.

Morales Martínez, Alfredo (director y comisario de la exposición), **Filipinas puerta de Oriente. De Legazpi a Malaspina**, Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior, SEACEX, Lunwerg Editores, Barcelona, 2003.

Moreyra Paz-Soldán, Manuel, **La toma de Portobelo por el almirante Vernon y sus consecuencias económicas**, Lima, 1948.

___ **La Moneda Colonial en Perú: Capítulos de su Historia**, Banco Central de Reserva del Perú, Lima, 1980.

Morton, William Scott, **Japan, its History and Culture**, tercera edición, McGraw Hill, Inc., 1994.

Museu Nacional de Belas Artes, "A era do Barroco", **Ministério da Educação e Cultura**, Secretaria da Cultura, Fundação Nacional Pro-Memória. Imprinta Gráfica e Editora Ltda., Río de Janeiro, Brasil, 1982.

Needham, Joseph, "The Roles of Europe and China in the Evolution of Oecumenical Science", **The Advancement of Science**, vol. 24.

Newson, Linda A., "La minería de la plata en la Honduras colonial", **Revista de Historia de América**, Nº 97, enero-junio 1984 y luego en **Historia de Centro América** (comp. Rina Cáceres), Banco Centroamericano, Costa Rica, 1990.

Noya Pinto, Virgilio, **O ouro brasileiro e o comércio anglo-portugués**, São Paulo, 1972.

___ "Las Estructuras del Sistema Colonial. Análisis Coyuntural", en Alfredo Castillero y Allan J. Kuethe (eds.), **Consolidación del Orden Colonial**, **Historia General de América Latina**, Ediciones UNESCO/ Editorial Trotta, 2000, vol. III, tomo I.

Ocampo, José Antonio (comp.), **Historia Económica de Colombia**, Presidencia de la República, Bogotá, 1997.

Ocampo López, Javier, **Historia Básica de Colombia**, Plaza y Janes, Bogotá, 1999.

Olveda, Jaime, **Guadalajara, abasto, religión y empresarios**, México, 2000.

Oyuela, Leticia de, **Esplendor y miseria de la minería en Honduras**, Editorial Guaymuras, Tegucigalpa, 2003.

Palomero Páramo, Jesús Miguel (comisario de exposición), **Plata labrada de Indias. Los legados americanos a las iglesias de Huelva** (catálogo), Patronato Quinto Centenario, Huelva, Guadalquivir, S.I. Ediciones, 1992.

Parker, Geoffrey, **El ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659. La logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos**, Madrid, 1985. (Primera edición en castellano, 1976).

___ **España y los Países Bajos, 1559-1659. Diez estudios**, Madrid, 1986. Título en inglés, **Spain and the Netherlands, 1559-1569. Diez estudios**, Fontana, 1979.

___ **España y la rebelión de Flandes**, Madrid, 1989.

___ **Europa en crisis, 1598-1648**, Madrid, 1986. (Primera edición en castellano, 1981).

___ (ed.) **La Guerra de los Treinta Años**, A. Machado Libros S.A., Madrid, 2004. Edición traducida de la segunda edición aumentada y revisada de la edición inglesa de 1997.

___ **La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de occidente, 1500-1800,** Alianza Editorial, Madrid, 2002.

Parry, J. H., **Europa y la Expansión del Mundo (1415-1715)**, FCE, México, 1952.

___ **Época de los Descubrimientos Geográficos**, Editorial Guadarrama, Madrid, 1964.

Pianzola, Maurice, **Brasil Barroco**, Distribuidora Record, Río de Janeiro-São Paulo, impreso en Ginebra, Suiza, 1975.

Pinto Vallejos, Julio, "Slave control and Slave Resistance in Colonial Minas Gerais, 1700-1750". **Journal of Latin American Studies**, vol. 17, Nº 1, mayo 1985, pp. 1-34.

Pirenne, Jacques, **Historia Universal**, Barcelona, 1979, 10 volúmenes.

Pires, Tomé, **The Suma Oriental of Tomé Pires**, **an account of the East, from the Red Sea to Japan, written in Malacca and India in 1512-1515**, traducido por Armando Cortesao, Hakluyt Society, Londres, 1944.

Pizarro, Pedro, "Relación del Descubrimiento de los Reinos del Perú..., año 1571", en **Crónicas del Perú**, Biblioteca de Autores Españoles, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, Editorial Atlas, Madrid, 1965.

Pomeranz, Kenneth, **The Great Divergence. China, Europe, and the Making of the Modern World Economy**, Princeton University Press, Princeton, 2000.

Porras, Diego de, "Relación hecha por Diego de Porras, del viage e de la tierra agora nuevamente descubierta por el almirante D. Cristóbal Colón", en **Colección de documentos para la Historia de Costa Rica relativos al Cuarto y Último viaje de Cristóbal Colón**, publicado por la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica, San José, Costa Rica, 1952.

Prakash, Om, **Dutch East India Company and the Economy of Bengal, 1630-1720**, Princeton, 1985.

Prescott, William H., **Historia de la Conquista del Perú**, segunda edición, Compañía General de Ediciones S.A., México, 1965.

Proctor, Jorge, **The Forgotten Mint of Colonial Panama, A looking into the production of coins in America during the 16th Century and Panama's Spanish Royal House for minting coins**, primera edición numerada de 150 copias, agosto 2005.

Ramos Pérez, Demetrio, "Las grandes conquistas", en **Historia General de España y América**, tomo XVII, Ediciones Rialp S.A., Madrid, 1982.

Raynal, Abate, **Historie philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux indes**, Ginebra, 1775. Publicado por primera vez en Amsterdam, 1770. Traducido y adaptado al castellano por el duque Almodóvar del Río en 1784 y reeditado 38 veces antes de 1830.

Restrepo, Vicente, **Estudio sobre las Minas de Oro y Plata en Colombia**, FAES, Medellín, 1979.

Roberts, J. A. G., **A Concise History of China**, Harvard University Press, 1999.

Robins, Nick, **The Corporation that Changed the World. How the East India Company Shaped the Mondern Multinational**, Pluto Press, Londres, Ann Arbor, 2006.

Rodríguez Crespo, Pedro, "Aspectos del comercio Perú-México en la administración del virrey marqués de Montesclaros (1607-1615)", Separata de **Cuadernos del Seminario de Historia**, Nº 8, Lima, 1967.

Rodríguez Vicente, Encarnación, "Los caudales remitidos desde el Perú a España por cuenta de la Real Hacienda. Series Estadísticas (1651-1739)", **XXXVI Congreso Internacional de Americanistas,** Separata del vol. IV, Sevilla, 1966.

Schama, Simon, **The Embarrassement of Riches. An interpretation of Dutch Culture in the Golden Age**, Fontana Press, Londres, 1991**.**

Spate, Oscar Hermann Kristian, "Imperios Asiáticos, Comercios Cristianos", cap. 6, en **El Lago Español**; primera edición, ANU Press, Australia, 1979; segunda edición, ANUE Press, Australia, 2004. Hay edición digital.

Russell-Wood, A. J. R., "Colonial Brazil: The Gold Cicle, c. 1690-1750", en Peter Bakewell, **The Mines of Silver and Gold in the Americas**, Ashgate/Variorum, 1997.

___ "Las Industrias extractivas: Las piedras y los metales preciosos en el Brasil Colonial", en E. Tandeter y J. Hidalgo Lehuedé (eds.), **Procesos americanos hacia la redefinición colonial**, **Historia General de América Latina**, Ediciones UNESCO, Editorial Trotta, 2000, vol. IV.

___ "El Brasil colonial: el ciclo del oro, c. 1690-1750", en L. Bethell, **Historia de América Latina, América Latina colonial: economía**, vol. III, Cambridge University Press-Editorial Crítica, 1990.

___ **The Portuguese Empire, 1415-1808: A World on the Move**, The Johns Hopkins University Press, 1998.

Saboya, Jackson, "O vale dos bruxos- Aleijadinho profana o sagrado em nome da Magia", Editora Nova Era, Record, Río de Janeiro, Brasil, 1996.

Sánchez Albornoz, Nicolás, "La saca de mulas de Salta al Perú: 1778-1808", **Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas**, Nº 8, volumen monográfico dedicado a América Colonial Población y Economía, Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, Rosario, 1965.

Sánchez Hernández, M. Leticia, **Catálogo de Porcelana y Cerámica Española del Patrimonio Nacional en los Palacios Reales**, Editorial Patrimonio Nacional, Madrid, 1989.

Sansom, George Bailey, **A History of Japan, 1334-1615**, Stanford University Press, Stanford, 2006. (Primera edición, 1961).

___ **A History of Japan, 1615-1867**, Stanford University Press, Stanford, 2004. (Primera edición, 1963).

___ **Japan, A Short Cultural History**, Stanford University Press, Stanford, 2006. (Primera edición, 1931).

Saraiva, José Hermano, **Historia de Portugal**, Alianza Editorial, Madrid, 1989.

Serrano Álvarez, José Manuel, **Fortificaciones y Tropas. El gasto militar en Tierra Firme, 1700-1788**, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2004.

___ **Ejército y Fiscalidad en Cartagena de Indias. Auge y declive en la segunda mitad del siglo XVII**, El Áncora Editores, Bogotá, 2006.

Serrano y Sanz, Manuel, **Relaciones Histórico Geográficas de América Central**, Imprenta de Idamor Moreno, Madrid, 1908.

Serrera, Ramón María, **Tráfico Terrestre y Red Vial en las Indias españolas**, Dirección General de Tráfico, Ministerio del Interior, Lunwerg Editores S.A. Madrid, Barcelona, segunda edición, 1993.

Schurz, William Lytle, **El galeón de Manila**, Editorial Cultura Hispánica, Madrid, 1992. (La primera edición en inglés es de 1939).

___ "México y Perú and the Manila Galleon", **The Hispanic American Historical Review**, vol. I, Baltimore, 1918.

Smith, Adam, **Investigación sobre la Naturaleza y causas de la Riqueza de las Naciones**, FCE, México, 1982.

Shimane Prefectural Board of Education, **Iwami-Ginzan Silver Mines Sites**, Cultural Properties Division, 2003.

Solórzano Fonseca, Juan Carlos, "La búsqueda de oro y la resistencia indígena: campañas de exploración y conquista de Costa Rica, 1502-1610", **Mesoamérica**, vol. 24, diciembre 1992.

Spence, Jonathan D., **The Memory Palace of Matteo Ricci**, Penguin Books, Londres, 1985.

Steegsgaard, N., "The Growth and composition of the Long-distance trade of England and the Dutch Republic before 1750", en Tracy, D. (ed.), **The Rise of merchant**

Empires. Long-distance trade in the Early Modern world, 1350-1750, Cambridge University Press, 1993.
Stein, Stanley J. y Bárbara H. Stein, **Plata, Comercio y Guerra, España y América en la Formación de la Europa Moderna**, Editorial Crítica, Barcelona, 2002.
Suárez, Margarita, **Desafíos transatlánticos. Mercaderes, banqueros y el estado en el Perú virreinal, 1600-1700**, FCE, Lima, 2001.
Szaszdi, Adám, "Spain and American Treasure: The Depreciation of Silver and Monetary Exchange in the Viceroyalty of Lima 1550-1610", **The Journal of European Economic History**, vol. 4, Nº 2, Banco di Roma, Roma, 1975, pp. 429-457.
Tandeter, Enrique, "Los ciclos de la minería de metales preciosos: Hispanoamérica", en **Procesos americanos hacia la redefinición colonial, Historia General de América Latina,** Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, 2000, vol. IV.
Taracena Arriola, Luis Pedro, **Ilusión Minera y Poder Político, La Alcaldía Mayor de Tegucigalpa, siglo XVIII**, Editorial Guaymuras, Tegucigalpa, 1998.
Tenenti, Alberto, **La Formación del Mundo Moderno, Siglos XIV-XVII**, Editorial Crítica, Barcelona, 1985.
Toledo, Estela B., "El comercio de mulas en Salta: 1637-1698", **Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas**, vol. 6, volumen monográfico dedicado a Demografía retrospectiva e Historia Económica, Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, Rosario, 1962-1963.
Tomás y Valiente, Francisco, **La España de Felipe IV: el gobierno de la monarquía, la crisis de 1640 y el fracaso de la hegemonía europea***,* Espasa-Calpe, Madrid, 1982.
Turnbull, Stephen, **Samuráis, La Historia de los Grandes Guerreros de Japón**, Editorial LIBSA, Madrid, 2006.
Vainker, Selagh, **Chinese Silk, A Cultural History**, The British Museum Press in association with Rutgers University Press, New Brunswick, New Jersey, 2004.
Valdés Lakowsky, Vera, **De las minas al mar. Historia de la plata mexicana en Asia: 1565-1834**, FCE, México, 1987.
Valle, Rafael Heliodoro, "Las Minas Célebres de Honduras", **Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales de Honduras**, vol. 7, Nº 3, Tegucigalpa, 1928.
Vallejo, Antonio R., "Minas de Honduras", **Revista de la Sociedad de Geografía e Historia de Honduras**, tomo XXXIV, Nº X, XI y XII, Tegucigalpa, 1956. (Reeditada en **Documentos para la Historia de Honduras**, Roberto Sosa (comp.), Tegucigalpa, 2002, tomo I.
Vasconcellos, Sylvio de, "Introducción al estudio del Barroco de la región aurífera brasileña", **Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas**, vol. 5, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Caracas, 1966.
Vedia, Enrique de (ed.), **Historiadores primitivos de Indias**, vol. II, Madrid, 1946-1947.
Vila Vilar, Enriqueta, "Las Ferias de Portobelo: Apariencia y realidad del comercio con Indias", **Anuario de Estudios Americanos**, vol. XXXIX, Sevilla, 1982.
___ "El sistema colonial español", (versión manuscrita en español y publicada en alemán), en **Haandbuch der Geshichte**, vol. I, Sttuggart, 1994, pp. 692-719.
Vilar, Pierre, **Oro y Moneda en la Historia 1450-1920**, Editorial Ariel, Colección Demos, Barcelona, 1974. (Primera edición, 1964).
Villalobos, Sergio, "Contrabando francés en el Pacífico, 1700-1724", **Revista de Historia de América**, vol. 51, México, junio 1961.
___ **Comercio y contrabando el Río de la Plata y Chile**, Buenos Aires, 1965.
___ **El Comercio y la Crisis Colonial**, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1990.
Walker, Geoffrey J., **Política española y comercio colonial, 1700-1789***,* Barcelona, 1979.
West, Robert, "The mining economy of Honduras during the colonial period", **Actas del XXXIII Congreso Internacional de Americanistas**, Lehmann, Costa Rica, 1959.
___ **La minería de aluvión en Colombia durante el período colonial**, Bogotá, 1972.
Wells, William V.**, Exploraciones y Aventuras en Honduras**, Tegucigalpa, 1857. Reeditada por el Banco Central de Honduras, en edición conmemorativa al X aniversario de su fundación, Tegucigalpa, 1960.
Wheatcroft, Andrew, **Habsburgs. Embodying Empire**, Penguin Books, Londres, 1996.
Wills Jr., John E., **Pepper, Guns and Parleys, The Dutch Commerce and Finance in the 18th Century**, Cambridge, 1974.
Wilson, Charles, **Los Países Bajos y la Cultura Europea en el siglo XVIII**, Editorial Guadarrama, Madrid, 1968.
Wortman, Miles, "Bourbon Reforms in Central America, 1750-1816", **The Americas***,* vol. XXII, Nº 2, octubre, 1975.
Yuste López, Carmen, **El Comercio de Nueva España con Filipinas, 1590-1785**, INAH, México, 1984.




BANCO
NACIONAL
DE PANAMA


cc creative commons


ISBN 978-9962-00-419-6
9 789962 004196